

# The Monuments Men

Robert M.  
Edsel

con Bret Witter

La fascinante aventura  
de los *guerreros del arte*  
que impidieron el expolio  
cultural nazi



Lectulandia

La segunda guerra mundial no sólo se cobró vidas humanas: el patrimonio artístico europeo fue también víctima de la barbarie nazi, que ejerció de forma sistemática el pillaje y el saqueo de obras de arte de todo tipo, incluidos cuadros de Miguel Ángel, Leonardo da Vinci, Van Dyck y Vermeer, robados para Hitler y otros dirigentes del nacionalsocialismo. En total, más de cinco millones de objetos fueron confiscados y trasladados a los territorios del Tercer Reich durante los primeros años de la guerra.

Para evitar la desaparición y el deterioro de ese enorme legado cultural, cuando la guerra encaraba su fase decisiva los aliados crearon la sección de Monumentos, Bellas Artes y Archivos, en la que hasta 1951 trabajaron algo más de trescientas personas de trece países distintos. En su mayoría no eran militares, sino directores de museos, conservadores, historiadores y profesores de arte que utilizaron sus conocimientos para recuperar, catalogar y devolver a su legítimo lugar cuadros, esculturas y retablos, y para proteger abadías, iglesias y otros edificios históricos de los estragos de la guerra.

Los miembros de la sección de Monumentos, conocidos como *Monuments Men*, encararon en aquellos años cruciales una carrera contrarreloj para salvar tesoros culturales de la destrucción, ejerciendo a menudo una labor detectivesca a través de documentos recuperados en catedrales bombardeadas y museos, y gracias a pistas conseguidas con la ayuda de la población local. Se convirtieron de este modo en héroes improbables sumergidos en el epicentro de la peor guerra del siglo xx, que arriesgaron sus vidas y en algunas ocasiones la perdieron, y que, como tantos otros que vivieron aquella época, personificaron el coraje que permitió que la mejor humanidad derrotara a la peor.

La crónica nunca antes explicada de la mayor caza del tesoro de la historia.

**Lectulandia**

Robert M. Edsel

# **The Monuments men**

**La fascinante aventura de los guerreros del arte que impidieron el  
expolio cultural nazi**

ePub r1.0

liete y brusina 11.03.14

Título original: *The Monuments Men*

Robert M. Edsel, 2009

Traducción: David Paradela López

Editor digital: liete y brusina

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para mi madre, Norma,  
la tía Marilyn  
y mi hijo Diego*

*A la memoria de mi padre y mi tío,  
A. Ray Edsel y Ron B. Wright,  
veteranos ambos*

*Y para los hombres y mujeres  
de la sección de Monumentos,  
cuya heroica gesta salvó mucha  
de la belleza que hoy disfrutamos*

«Más allá del significado que estos cuadros hayan podido tener para quienes los contemplaban una generación atrás, hoy no son sólo obras de arte. Hoy son símbolos del espíritu humano y del mundo obrado por la libertad de espíritu. [...] Acoger estas obras hoy reafirma la voluntad de los ciudadanos de Norteamérica, para quienes la libertad del espíritu y la mente humanos, a los que se deben las grandes obras del arte y la ciencia, nunca podrá ser totalmente destruida».

Presidente Franklin D. Roosevelt, ceremonia inaugural de la Galería Nacional de Arte, 17 de marzo de 1941

«Solía llamarse “saqueo”. Pero hoy las cosas se han vuelto más humanas. A pesar de eso, pretendo saquear, y hacerlo a conciencia».

*Reichsmarschall* Hermann Göring, alocución ante una conferencia de comisarios del Reich y comandantes militares en los Territorios Ocupados, Berlín, 6 de agosto de 1942

## NOTA DEL AUTOR

Casi todos sabemos que la segunda guerra mundial fue la guerra más devastadora de la historia. Conocemos su terrible coste en vidas humanas; hemos visto imágenes de la destrucción de las ciudades de Europa. Y sin embargo, cuántos de nosotros hemos recorrido majestuosos museos como el del Louvre, hemos paladeado la soledad en catedrales imponentes como la de Chartres o hemos admirado una pintura sublime como la *Última Cena* de Leonardo da Vinci mientras nos preguntábamos: «¿Cómo sobrevivieron a la guerra todos estos formidables monumentos y obras de arte? ¿Quiénes los salvaron?».

Los grandes acontecimientos de la segunda guerra mundial —Pearl Harbor, el Día D, la batalla de las Ardenas— han pasado a formar parte del imaginario colectivo, lo mismo que los libros y películas —*Hermanos de Sangre*, *The Greatest Generation*, *Salvar al soldado Ryan*, *La lista de Schindler*—, y los escritores, directores y actores —Ambrose, Brokaw, Spielberg, Hanks— que han dado vida a los héroes y hazañas de la época.

Pero ¿y si nos dijeran que queda por contar un episodio importante de la segunda guerra mundial, un episodio significativo que aconteció en plena confrontación y del que fueron protagonistas un conjunto de héroes de todo punto inverosímiles? ¿Y si nos dijeran que en primera línea de batalla hubo un grupo de hombres que salvaron literalmente el mundo tal como lo conocemos; una brigada que ni empuñaba ametralladoras ni pilotaba tanques; individuos que no eran hombres de Estado; hombres que no sólo supieron prever la grave amenaza que pesaba sobre los mayores hitos culturales y artísticos de la civilización, sino que acudieron al frente para intentar evitarla?

Estos héroes anónimos fueron conocidos como los *Monuments Men*, «los hombres de Monumentos», un grupo de soldados que participaron en la campaña militar de los Aliados occidentales entre 1943 y 1951. Su cometido inicial consistió en mitigar los daños ocasionados en combate, principalmente en lo relativo a estructuras: iglesias, museos y otros monumentos relevantes. Con el avance de la guerra y el franqueamiento de la frontera alemana, pasaron a ocuparse de localizar obras de arte, muebles y demás creaciones culturales robadas o desaparecidas. Durante el tiempo que ocuparon Europa, Hitler y los nazis cometieron el «mayor saqueo de la historia», confiscando y trasladando al Tercer Reich más de cinco millones de objetos de arte. La campaña aliada, encabezada por los hombres de Monumentos, resultó ser «la mayor búsqueda de tesoros de la historia», con su correspondiente repertorio de anécdotas, inimaginables y curiosas, como todas las que acontecen en tiempos de guerra. Fue una carrera contrarreloj: decenas de miles de obras maestras del arte mundial, muchas de ellas robadas por los nazis —pinturas

de Leonardo da Vinci, Jan Vermeer y Rembrandt, esculturas de Miguel Ángel y Donatello, todas ellas de incalculable valor—, se hallaban escondidas en los lugares más increíbles, algunos de los cuales han inspirado modernos iconos populares como el castillo de la Bella Durmiente en Disneylandia o *Sonrisas y lágrimas*. Y algunos de los nazis fanáticos que las custodiaban tenían muy claro que si no habían de ser para el Tercer Reich, no serían para nadie.

Al final, unos trescientos cincuenta hombres y mujeres de trece países sirvieron en la sección de Monumentos, Bellas Artes y Archivos (MFAA, por sus siglas inglesas), número llamativamente modesto si se compara con los millones de hombres que fueron movilizados en total. Al término de la guerra (8 de mayo de 1945), no obstante, sólo quedaban en Europa unos sesenta hombres de Monumentos, la mayoría estadounidenses o británicos. Italia, a pesar de su riqueza artística, disponía tan sólo de veintidós encargados de Monumentos. En los meses que siguieron al Día D (6 de junio de 1944), en Normandía había sobre el terreno menos de una docena. Otros veinticinco se sumaron a ellos gradualmente hasta el cese de las hostilidades; sobre sus hombros, la abrumadora responsabilidad de peinar todo el norte de Europa. Una tarea a todas luces imposible.

El planteamiento original de este libro consistía en narrar la historia de las actividades de estos *guerreros del arte* en Europa, con especial atención a los hechos ocurridos entre junio de 1944 y mayo de 1945, a partir de las experiencias de sólo ocho de los hombres que sirvieron en primera línea —más otras dos figuras clave, entre ellas una mujer—, valiéndome para ello de diarios de campaña, diarios personales, partes de guerra y, sobre todo, de las cartas que mandaron a sus esposas, hijos y familiares durante la guerra. Dadas la vastedad de la historia y mi intención de dar de ella fiel testimonio, el manuscrito final se alargó tanto que, por desgracia, fue necesario excluir del libro las actividades de los oficiales de Monumentos en Italia. He utilizado el norte de Europa —mayormente Francia, Países Bajos y Alemania— como crisol para comprender esta campaña de recuperación.

Los oficiales de Monumentos Deane Keller y Frederick Hartt, estadounidenses ambos, John Bryan Ward-Perkins, británico, y muchos otros, vivieron momentos increíbles durante el desempeño de su ardua misión en Italia. Durante la investigación salieron a la luz reveladoras y emotivas cartas dirigidas a sus familias donde detallaban la responsabilidad, en ocasiones agobiante, derivada de tener que proteger una de las cunas de la civilización. Las memorables vivencias de estos héroes en Italia aparecerán, en buena parte narradas con sus propias palabras, en un futuro libro.

Para favorecer la cohesión, me he tomado la libertad de recrear diálogos. En ningún caso se tratan en ellos asuntos de envergadura y todos parten de una amplia tarea de documentación. He procurado en todo momento comprender y comunicar no sólo los hechos, sino también la personalidad y el punto de vista de las personas



implicadas, así como su percepción de los acontecimientos en el preciso instante en que éstos sucedieron. Puestas en perspectiva, sus opiniones pueden contrastar a veces con las nuestras; éste es uno de los grandes retos de la historia. Cualquier error de juicio debe atribuírseme a mí en exclusiva.

El núcleo de *The Monuments Men* es una historia personal: una historia sobre personas. Se me permitirá, pues, una anécdota propia. El 1 de noviembre de 2006 volé a Williamstown, Massachusetts, para conocer y entrevistarme con el miembro de la MFAA Lane Faison Jr., quien trabajó también para la OSS (la Oficina de Servicios Estratégicos), antecesora de la CIA (la Oficina Central de Inteligencia). Lane llegó a Alemania en el verano de 1945 y se dirigió de inmediato a Altaussee, Austria, para ayudar a interrogar a un importante grupo de oficiales nazis detenidos por las fuerzas aliadas occidentales. Su misión consistía en averiguar cuanto fuera posible acerca de la colección artística de Hitler y sus planes para el Führermuseum. Terminada la guerra, Lane fue profesor de arte durante casi treinta años en el Williams College, donde formó a un buen número de estudiantes y compartió con ellos sus privilegiados conocimientos. Su legado profesional pervive en sus discípulos, sobre todo en los que han alcanzado cargos de responsabilidad en muchos de los principales museos de Estados Unidos: Thomas Krens (que dirigió la Fundación Solomon R. Guggenheim de 1988 a 2008), James Wood (director del J. Paul Getty Trust desde 2004), Michael Govan (director del Museo de Arte del Condado de Los Ángeles desde 2006), Jack Lane (director del Museo de Arte de Dallas entre 1999 y 2007), Earl A. Rusty Powell III (director de la Galería Nacional de Arte de Washington desde 1992) y el legendario Kirk Varnedoe (director del Museo de Arte Moderno entre 1986 y 2001).

Pese a contar noventa y ocho años, Lane gozaba de buena salud. Por precaución, Gordon, uno de sus cuatro hijos, me advirtió de que «hace tiempo que papá no aguanta despierto más de treinta minutos, así que no lo tome a mal si no saca gran cosa de su conversación». La charla no pudo ir mejor: duró casi tres horas, durante las cuales Lane hojeó mi primer libro, *Rescuing Da Vinci*, un homenaje fotográfico a la labor de la sección de Monumentos, deteniéndose de vez en cuando a observar algunas imágenes que parecían transportarlo hacia atrás en el tiempo. En ocasiones, los recuerdos acudían a la memoria, se le encendían los ojos y movía los brazos con entusiasmo mientras me contaba historias maravillosas. Al final, ambos sentimos la necesidad de poner punto final a la charla. Gordon no daba crédito, ni tampoco sus hermanos cuando lo supieron.

Me levanté para marcharme y me acerqué a su sillón para darle la mano y mostrarle mi agradecimiento. Lane me la estrechó con ambas manos, me hizo acercarme y me dijo: «Llevaba toda la vida esperando conocerle». Diez días después, apenas una semana antes de su nonagésimo noveno cumpleaños, falleció. Era el día de los Veteranos.

## LOS PROTAGONISTAS



**Mayor Ronald Edmund Balfour, 1.º Ejército canadiense.** Edad en 1944: 40 años. Lugar de nacimiento: Oxfordshire, Inglaterra. Historiador de la Universidad de Cambridge, Balfour era lo que los británicos llaman un *gentleman scholar*, un caballero académico: un soltero entregado a la tarea intelectual sin ambiciones de honores ni de cargos. Protestante abnegado, empezó su carrera en el campo de la historia para pasarse luego a los estudios eclesiásticos. Su más preciada posesión era su inmensa biblioteca personal.



**Soldado Harry Ettlinger, 7.º Ejército estadounidense.** Edad: 18 años. Lugar de nacimiento: Karlsruhe, Alemania (emigrado a Newark, Nueva Jersey). Judío alemán, Ettlinger escapó con su familia de la persecución nazi en 1939. Llamado a filas tras finalizar estudios secundarios en Newark en 1944, el soldado Ettlinger pasó buena parte de su servicio encallado en la burocracia castrense hasta encontrar destino por fin en mayo de 1945.



**Capitán Walker Hancock, 1.º Ejército estadounidense.** Edad: 43. Lugar de nacimiento: San Luis, Missouri. Escultor de renombre, Hancock había sido galardonado con el prestigioso Premio de Roma antes de la guerra y diseñó la Medalla del Aire del Ejército en 1942. Afectuoso y optimista, escribía con frecuencia a su esposa, Saima Natti, con la que se había casado apenas dos semanas antes de zarpar para Europa. Solía decir que le agradaba el trabajo y que su sueño era una casa con estudio en Gloucester, Massachusetts, donde él y su mujer pudieran vivir y trabajar.



**Capitán Walter Huchthausen, *Hutch*, 9.º Ejército estadounidense.** Edad: 40. Lugar de nacimiento: Perry, Oklahoma. Hutch, un atractivo soltero de aspecto juvenil, era arquitecto en ejercicio y profesor de diseño en la Universidad de Minnesota. Destinado principalmente en la ciudad alemana de Aquisgrán, tuvo a su cargo buena parte de la sección noroeste del país.



**Jacques Jaujard, director de los museos nacionales de Francia.** Edad: 49. Lugar de nacimiento: Francia. Como director de los museos nacionales franceses, Jaujard era responsable de la seguridad de las colecciones de arte públicas de Francia durante la ocupación alemana, de 1940 a 1944. Fue el jefe, mentor y confidente de la otra gran heroína del mundo cultural francés, Rose Valland.



**Soldado de primera clase Lincoln Kirstein, 3.º Ejército estadounidense.** Edad: 38. Lugar de nacimiento: Rochester, Nueva York. Kirstein fue un empresario cultural y mecenas. Hombre brillante pero de carácter inestable y tendencias depresivas, fue cofundador del legendario Ballet de la Ciudad de Nueva York y se lo considera una de las figuras capitales de su generación dentro del mundo de la cultura.

No obstante, era uno de los miembros de menor rango del MFAA, donde ejercía de ayudante del capitán Robert Posey.



**Capitán Robert Posey, 3.º Ejército estadounidense.** Edad: 40. Lugar de nacimiento: Morris, Alabama. Posey creció en una pobre granja de Alabama y se licenció en arquitectura por la Universidad de Auburn gracias a una beca del Cuerpo de Instrucción de Oficiales en la Reserva (ROTC). El solitario de la MFAA se sentía profundamente orgulloso del 3.º Ejército y su legendario comandante, el general George S.

Patton Jr. Escribía con frecuencia a su esposa, Alice, y a menudo enviaba postales y recuerdos a su hijo, el pequeño Dennis, al que llamaba *Woogie*.



**Subteniente James J. Rorimer, zona de comunicaciones y 7.º Ejército estadounidense.** Edad: 39. Lugar de nacimiento: Cleveland, Ohio. Rorimer, el niño prodigio de los museos, fue nombrado conservador del Museo Metropolitano de Arte de Nueva York (Met) siendo aún muy joven. Especializado en arte medieval, desempeñó un papel clave en la reunión de las colecciones medievales del Met, los

Claustros, con la ayuda del gran mecenas John D. Rockefeller Jr. Destinado en París, su férrea determinación, su voluntad de oposición al sistema y su amor por Francia le valieron el aprecio de Rose Valland. Su relación tendría una importancia crucial en la carrera por los tesoros ocultos de los nazis. Casado con una colega del museo, Katherine, su hija Anne nació encontrándose de servicio; no pudo verla durante más

de dos años.



**Teniente George Stout, 1.º y 12.º Ejércitos estadounidenses.** Edad: 47. Lugar de nacimiento: Winterset, Iowa. Figura destacada en el por entonces desconocido mundo de la conservación artística, Stout fue uno de los primeros estadounidenses en comprender la amenaza que los nazis representaban para el patrimonio cultural europeo y presionó a la comunidad museística y al ejército para que crearan un cuerpo profesional destinado a la conservación de obras. Como oficial de campo, fue el especialista de referencia para el resto de integrantes de la MFAA del norte de Europa, además de amigo y modelo de conducta indispensable. Pulcro y educado, exigente y meticuloso, Stout, veterano de la primera guerra mundial, dejó atrás a su mujer, Margie, y un hijo pequeño. Su hijo mayor sirvió en la Marina estadounidense en el Pacífico.



**Rose Valland, conservadora temporal del Jeu de Paume.** Edad: 42. Lugar de nacimiento: Saint-Étienne-de-Saint-Geoirs, Francia. Rose Valland, mujer de medios modestos criada en la Francia rural, fue la más peculiar de las heroínas de la cultura francesa. Trabajaba como voluntaria no remunerada en el museo del Jeu de Paume, adyacente al Louvre, cuando empezó la ocupación alemana. Mujer sencilla pero decidida, de aspecto y talante discretos, se congració con los nazis en el Jeu de Paume y, sin que éstos lo supieran, espió sus actividades durante los cuatro años que duró la ocupación. Tras la liberación de París, la envergadura y la importancia de sus informaciones, custodiadas con tesón, fueron fundamentales de cara al descubrimiento de obras de arte sustraídas en Francia.

## SECCIÓN

### I

# LA MISIÓN

1938-1944

«Nos queda un largo camino por delante. Encontraremos a quienes sean capaces de cumplir, tan cierto como que el sol sale todos los días. Quienes falsean su reputación, abundan en discursos ingeniosos y banales y buscan deslumbrar a base de apariencias serán descubiertos y arrojados por la borda. Un liderazgo firme [...] y una determinación férrea para encarar el desaliento, el riesgo y las avalanchas de trabajo sin pestañear serán siempre los atributos de quien se halle al mando de una unidad con vocación de triunfo. Deberá tener, además, una buena imaginación; de continuo me llevo las manos a la cabeza al ver cuán poco abunda la imaginación. [...] Por último, deberá ser capaz de olvidarse de sí mismo y de su suerte personal. Ya he relevado a dos oficiales por no preocuparse más que de “injusticias”, “atropellos”, “prestigio” y... ¡por el amor del cielo!».

Comandante supremo Dwight David Eisenhower, en una carta al general Vernon Prichard, 27 de agosto de 1942

«Creo que si al principio obtuvimos resultados, fue porque nadie nos conocía y nadie nos molestaba; y porque no teníamos dinero».

John Gettens, Departamento de Conservación del Museo Fogg, describiendo los avances científicos realizados con George Stout, 1927-1932

LOS HOMBRES DE MONUMENTOS

Los hombres de Monumentos fueron un grupo de hombres y mujeres de trece países, de quienes la mayoría prestaron servicio como voluntarios en la recién creada sección de Monumentos, Bellas Artes y Archivos, o MFAA. La mayor parte de los voluntarios de primera hora contaban con experiencia como directores de museo, conservadores, estudiosos y profesores de arte, artistas, arquitectos y archiveros. La descripción de su trabajo era bien simple: salvaguardar cuanto fuera posible del legado cultural europeo mientras durasen las hostilidades.

La creación de la sección MFAA fue un experimento que hizo historia. Por vez primera, un ejército marchaba a la guerra procurando reducir al mínimo posible los estragos culturales, aun careciendo de medios de transporte, pertrechos, personal o precedentes históricos. A primera vista, los hombres a quienes se encomendó esta misión tenían bien poco de héroes. Los primeros sesenta que sirvieron en los campos de batalla del norte de África y Europa hasta mayo de 1945, la primera etapa que cubre esta historia, eran en su mayoría personas de mediana edad, sobre la cuarentena. El mayor de ellos, un «viejo e indestructible<sup>[1]</sup>» veterano de la primera guerra mundial, contaba sesenta y seis años; sólo cinco estaban entre los veinte y los treinta. Los más tenían familia y un buen empleo, pero todos *eligieron* unirse a la causa bélica ingresando en la sección de Monumentos, Bellas Artes y Archivos y luchando y dando la vida por aquello en lo que creían. Es para mí un orgullo presentárselos al lector y narrarle, lo mejor que sepa, sus formidables hazañas.

## FUERA DE ALEMANIA

Karlsruhe, Alemania

1715-1938

La ciudad de Karlsruhe, en el suroeste de Alemania, fue fundada en 1715 por el margrave Carlos Guillermo de Baden-Durlach. Cuenta la leyenda local que un día, caminando por los bosques, Carlos Guillermo se quedó dormido y soñó con un palacio rodeado por una ciudad. En verdad, si abandonó su residencia de Durlach fue por enfrentamientos con las gentes del lugar. Con todo, el optimismo de Carlos Guillermo mandó disponer su nuevo asentamiento en forma de rueda, con el palacio en el centro y treinta y dos carreteras partiendo de éste a modo de radios. Como en el sueño, la ciudad empezó a florecer en torno al palacio.

Confiado en que la nueva ciudad no tardaría en prosperar y convertirse en potencia regional, Carlos Guillermo invitó a todo el mundo a instalarse donde más le pluguiera, sin distinciones de raza o credo. Extraño privilegio, sobre todo para los judíos, que en buena parte de Europa oriental se veían obligados a vivir en núcleos segregados. En 1718 se estableció una congregación judía en Karlsruhe. En 1725, un mercader judío de nombre Seligmann llegó allí procedente de Ettlingen, ciudad vecina donde su familia había vivido desde el año 1600. Seligmann logró medrar en Karlsruhe, acaso porque las primeras leyes antijudías no se promulgaron hasta 1752, cuando por fin la ciudad se vio a sí misma como potencia regional. Hacia 1800 los habitantes de Alemania fueron obligados por ley a adoptar un apellido, y los descendientes de Seligmann tomaron el de Ettlinger, en recuerdo de su ciudad de origen.

Kaiserstrasse es la calle principal de Karlsruhe, y en ella los Ettlinger abrieron en 1850 un comercio de ropa para mujeres: Gebrüder Ettlinger. Por entonces a los judíos les estaba vetado poseer tierras de labranza. Las profesiones liberales, como la medicina y las leyes, y el funcionariado eran accesibles, pero también abiertamente discriminatorias, mientras que los gremios, como el de plomeros o el de carpinteros, les negaban el ingreso. De aquí que muchas familias judías optaran por abrir pequeños comercios. Gebrüder Ettlinger quedaba a dos manzanas del palacio, y hacia finales de la década de 1890 se convirtió en uno de los comercios de moda de la región por encontrarse entre sus clientas una descendiente de Carlos Guillermo, la gran duquesa Hilda de Baden, esposa de Guillermo II de Baden. Hacia 1900 la tienda ocupaba cuatro pisos y contaba con cuarenta empleados. La duquesa perdió su posición en 1918, de resultas de la derrota alemana en la primera guerra mundial,

pero esta pérdida no hizo mella en la fortuna de la familia Ettlinger.

En 1925, Max Ettlinger se casó con Suse Oppenheimer, hija de un comerciante de textiles al por mayor de la vecina ciudad de Bruchsal cuya principal fuente de ingresos provenía del suministro de telas para uniformes de empleados del gobierno, como policías y agentes de aduanas. Las raíces de los Oppenheimer, también judíos, se remontaban a 1450, y éstos eran conocidos por su integridad, generosidad y filantropía. La madre de Suse había ocupado, entre otros, el cargo de presidenta local de la Cruz Roja. De modo que cuando en 1926 nació el primogénito de Max y Suse, Heinz Ludwig Chaim Ettlinger, al que llamaban Harry, la familia no sólo gozaba de una posición económica privilegiada, sino que su buena reputación estaba consolidada en toda la zona de Karlsruhe.

Como los niños viven en un mundo aislado, el pequeño Harry creía que la vida había sido siempre como él la conocía. No tenía amigos gentiles, pero tampoco sus padres, por lo que eso nada tenía de extraño. Conocía a los gentiles de verlos en la escuela y en los parques, y aunque el trato con ellos era cordial, en el fondo se daba cuenta de que, por alguna razón, él era distinto. Ignoraba que el mundo se encaminaba hacia una crisis económica y que los tiempos difíciles propician reproches y acusaciones. En privado, los padres de Harry estaban cada vez más preocupados, no sólo por la situación económica, sino también por la creciente oleada de nacionalismo y antisemitismo. Harry lo único que veía era que la línea entre él y el mundo exterior de Karlsruhe era cada vez más visible y difícil de cruzar.

En 1933, con siete años, a Harry se le prohibió la entrada en la asociación deportiva local. En verano de 1935, su tía abandonó Karlsruhe para instalarse en Suiza. Cuando Harry empezó quinto curso pocos meses después, de cuarenta y cinco alumnos, en su clase sólo había otro que fuera judío. Su padre era un veterano condecorado de la primera guerra mundial y había sido herido de metralla en las afueras de la ciudad francesa de Metz, razón por la que Harry quedó temporalmente excluido de las leyes de Núremberg de 1935, en aplicación de las cuales los judíos habían de ser desprovistos de la nacionalidad alemana y, por ende, de la mayor parte de sus derechos. Obligado a sentarse en la última fila, las notas de Harry bajaron de forma notable. Y no por ostracismo o intimidaciones —que las hubo, si bien Harry nunca recibió palizas ni abusos físicos por parte de sus compañeros de clase—, sino por los prejuicios de sus profesores.

Dos años más tarde, en 1937, Harry se cambió a una escuela judía. Poco después, él y sus dos hermanos pequeños recibieron un regalo sorpresa: bicicletas. Gebrüder Ettlinger había ido a la bancarrota por culpa del boicot a los negocios regentados por judíos, y su padre había entrado a trabajar con el abuelo Oppenheimer en la empresa textil. Harry aprendió a montar en bicicleta para poder moverse por Holanda, adonde la familia esperaba trasladarse. La familia de su mejor amigo planeaba emigrar a



Palestina. De hecho, casi todos los conocidos de Harry estaban intentando salir de Alemania. Poco después se supo que la solicitud de los Ettlinger había sido denegada. No iban a ir a Holanda. Poco después, Harry tuvo un accidente con la bicicleta; el hospital también se negó a admitirlo.

En Karlsruhe había dos sinagogas, y los Ettlinger, sin ser practicantes asiduos, frecuentaban la menos ortodoxa. La sinagoga de Kronenstrasse era un edificio centenario y espacioso de rica decoración. El centro de oración se elevaba hasta una altura de cuatro pisos en una serie de cúpulas ornamentadas —cuatro pisos era la altura máxima permitida, pues ningún edificio de Karlsruhe podía superar a la torre del palacio de Carlos Guillermo—. Los hombres, vestidos con traje y sombrero de copa negros, ocupaban los largos bancos de la sección inferior. Las mujeres se sentaban en los palcos de la parte superior. A su espalda, el sol penetraba a través de los amplios ventanales y bañaba la estancia con su luz.

Los viernes por la noche y los sábados por la mañana, Harry podía observar a la congregación desde su puesto en la galería del coro. La gente a la que conocía se fue marchando, obligada a expatriarse debido a la pobreza, la discriminación, la amenaza de la violencia y un gobierno que promovía la emigración como mejor «solución», tanto para los judíos como para el Estado alemán. Aun así, la sinagoga estaba siempre llena. A medida que el mundo les daba la espalda —económica, cultural, socialmente —, los judíos acudían a la sinagoga en busca de la tolerancia que el exterior les negaba. No era extraño ver a quinientas personas reunidas en el templo, cantando juntas y rogando por la paz.

En marzo de 1938, los nazis se anexionaron Austria. La adulación general subsiguiente fortaleció el poder de Hitler y reforzó la ideología del «*Deutschland über alles*» («Alemania por encima de todo»). Según el Führer, estaba formándose un nuevo imperio alemán que duraría mil años. ¿Imperio alemán? ¿Alemania por encima de todo? Los judíos de Karlsruhe creían que la guerra era inevitable. No sólo contra ellos sino contra toda Europa.

Un mes después, el 28 de abril de 1938, Max y Suse recorrieron en tren los ochenta kilómetros que había hasta Stuttgart para personarse ante el consulado estadounidense. Habían solicitado permiso para emigrar a Suiza, Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, pero todas las solicitudes habían sido rechazadas. Aquella no era una visita para solucionar papeles sino para hallar respuesta a unas cuantas preguntas, pero el consulado era un hervidero de gente y reinaba la confusión. La pareja fue de despacho en despacho, sin saber a dónde iban ni para qué. Hicieron preguntas y rellenaron formularios. Días después recibieron una carta. La solicitud para emigrar a Estados Unidos estaba en fase de tramitación. Según se sabría después, el 28 de abril fue el último día que Estados Unidos aceptó peticiones de emigración; todo aquel misterioso papeleo era la solicitud. Los Ettlinger tenían vía

libre.

Pero antes Harry tenía que celebrar el Bar Mitzvá. La ceremonia estaba prevista para enero de 1939, luego la familia se pondría en camino. Harry se pasó el verano estudiando hebreo e inglés mientras las propiedades de la familia iban desapareciendo. Algunas fueron enviadas a amigos y parientes, pero el grueso de sus objetos personales se embalaron para enviarlos a Norteamérica. A los judíos no se les permitía sacar dinero del país —lo cual convertía en superflua la tasa del cien por cien sobre el valor de los envíos destinada al Partido Nazi—, pero todavía podían conservar algunas de sus posesiones, privilegio que les sería retirado a finales de año.

En julio, la ceremonia del Bar Mitzvá de Harry se adelantó a octubre de 1938. Envalentonado por su éxito en Austria, Hitler había anunciado que si los Sudetes, una pequeña franja de territorio unida a Checoslovaquia tras la primera guerra mundial, no eran entregados a Alemania, el país iría a la guerra. El pronóstico era de lo más sombrío. La guerra no sólo parecía inevitable sino inminente. En la sinagoga, los rezos por la paz se hicieron más frecuentes y desesperados. En agosto, los Ettlinger adelantaron otras tres semanas la fecha del Bar Mitzvá de su hijo y su salida de Alemania.

En septiembre, Harry, de doce años, y sus dos hermanos recorrieron veinticinco kilómetros en tren hasta Bruchsal para visitar a sus abuelos por última vez. El negocio textil se había hundido y sus abuelos estaban a punto de trasladarse a la cercana ciudad de Baden-Baden. La abuela Oppenheimer preparó un almuerzo sencillo para los muchachos. El abuelo Oppenheimer les enseñó una última vez unas cuantas piezas selectas de su colección de grabados. Era un estudiante del mundo y un modesto mecenas. Su colección se componía de casi dos mil grabados, sobre todo *ex libris* y obras de impresionistas alemanes menores activos entre 1890 y la primera década del siglo xx. Una de las mejores era un grabado realizado por un artista local del autorretrato de Rembrandt expuesto en el museo de Karlsruhe. El cuadro era una de las joyas de la colección del museo. El abuelo Oppenheimer solía detenerse a admirarlo en sus frecuentes visitas al museo con ocasión de conferencias y reuniones, aunque por entonces llevaba cinco años sin verlo. Harry no lo había visto nunca, pese a haber vivido toda la vida a cuatro manzanas de distancia. En 1933, el museo había cerrado sus puertas a los judíos.

Finalmente, el abuelo Oppenheimer guardó los grabados y se volvió hacia un globo terráqueo.

—Pronto, niños, seréis norteamericanos —les dijo con tristeza—, y vuestro enemigo —añadió girando el globo y colocando el dedo no sobre Berlín sino sobre Tokio— será Japón.<sup>[2]</sup>

Una semana después, el 24 de septiembre de 1938, Harry Ettlinger celebraba el Bar Mitzvá en la magnífica sinagoga de Kronenstrasse. El servicio duró tres horas y

durante éste Harry se puso en pie para leer los pasajes de la Torá en hebreo antiguo, como se viene haciendo desde hace milenios. La sinagoga estaba al límite de su capacidad. La ceremonia conmemoraba su paso a la edad adulta, sus esperanzas de futuro, pero para muchos la posibilidad de seguir viviendo en Karlsruhe parecía haberse desvanecido. No había empleo, la comunidad judía padecía el rechazo y el acoso, y Hitler había retado a las potencias occidentales que osaran oponérsele. Terminada la ceremonia, el rabino se llevó aparte a los padres de Harry y les dijo que no perdieran tiempo, que no partieran al día siguiente sino esa misma tarde, en el tren de la una para Suiza. Los padres estaban desconcertados. El rabino les aconsejaba viajar en sabbat, el día de descanso. Era algo inaudito.

Las diez calles de vuelta a casa se les hicieron interminables. El almuerzo de celebración, durante el cual comieron emparedados fríos, transcurrió con calma en el apartamento casi vacío. Los únicos invitados eran los abuelos Oppenheimer, la otra abuela de Harry, Jennie, y la hermana de ésta, la tía Rosa, que habían ido a vivir con la familia tras el cierre de Gebrüder Ettliger. Cuando la madre de Harry le comunicó al abuelo Oppenheimer lo que el rabino les había aconsejado, el veterano del ejército alemán se acercó a la ventana, echó un vistazo a Kaiserstrasse y vio a docenas de soldados paseándose con sus uniformes.

—Si la guerra fuera a empezar hoy —dijo el astuto veterano—, todos estos soldados no estarían en la calle sino en los cuarteles. La guerra no va a empezar hoy.

[3]

El padre de Harry, también él un orgulloso veterano del ejército alemán, asintió. La familia no partió esa tarde, sino a la mañana siguiente, a bordo del primer tren con destino a Suiza. El 9 de octubre de 1938 desembarcaron en el puerto de Nueva York. Justo un mes después, el 9 de noviembre, los nazis aprovecharon el asesinato de un diplomático para precipitar la cruzada contra los judíos alemanes. Durante la *Kristallnacht*, la noche de los cristales rotos, se destruyeron más de siete mil negocios judíos y doscientas sinagogas. Los varones judíos de Karlsruhe, entre ellos el abuelo Oppenheimer, fueron capturados e ingresados en el cercano campo de internamiento de Dachau. La magnífica sinagoga centenaria de Kronenstrasse, donde sólo unas semanas antes Heinz Ludwig Chaim Ettliger había celebrado el Bar Mitzvá, fue quemada hasta los cimientos. Harry Ettliger fue el último muchacho que celebró la ceremonia del Bar Mitzvá en la vieja sinagoga de Karlsruhe.

Esta historia, sin embargo, no trata de la sinagoga de Kronenstrasse, ni del campo de internamiento de Dachau, ni siquiera del Holocausto judío. Trata de otro de los actos de negación y agresión perpetrados por Hitler contra los pueblos y naciones de Europa: la guerra contra su cultura. Cuando el soldado del ejército estadounidense Harry Ettliger volvió por fin a Karlsruhe, no fue en busca de familiares perdidos ni de los restos de la comunidad, sino para investigar el destino de otro legado arrebatado por el régimen nazi: la preciada colección de arte de su abuelo. Por el

camino habría de descubrir, enterrado a ciento ochenta metros bajo tierra, algo que siempre había conocido pero que jamás había esperado ver: el Rembrandt de Karlsruhe.

## EL SUEÑO DE HITLER

Floencia, Italia

Mayo de 1938

A principios de mayo de 1938, pocos días después de que los padres de Harry Ettlínger rellenaran por accidente las solicitudes para emigrar a Norteamérica, Adolf Hitler realizó uno de sus primeros viajes fuera de Alemania y Austria. El viaje era una visita de Estado a Italia, para reunirse con su aliado fascista Benito Mussolini.

Roma, con su vastedad, su monumentalismo y la fragancia imperial de sus mastodónticas ruinas, debió de ser sin duda una lección de humildad. Al lado de su esplendor —no de su esplendor de entonces, sino de los vislumbres de la antigua Roma—, Berlín no parecía más que un acuartelamiento de provincias. Roma era lo que Hitler quería para la capital alemana. Llevaba años avanzando hacia la conquista, planeando el sometimiento de Europa, pero Roma despertó en él la idea del *imperio*. Desde 1936, venía discutiendo con su arquitecto de confianza, Albert Speer, un plan de reconstrucción a escala monumental para Berlín. Después de Roma, le dijo a Speer que no había que construir pensando en el presente, sino en el día de mañana. Quería crear monumentos que con los siglos se convirtieran en elegantes ruinas para que mil años después de la creación del Reich, la humanidad pudiera seguir admirando los símbolos de su poder.

Hitler halló una inspiración similar en Floencia, la capital artística de Italia. En ella, en el reducido conjunto de edificios que fueran cuna de la Italia renacentista, se encontraba el corazón cultural de Europa. Las banderas nazis ondeaban al viento, los ciudadanos gritaban vítores, pero lo que a él le impresionaba era el arte. Pasó más de tres horas en la Galería de los Uffizi, observando embelesado sus célebres obras de arte. Tras él, Mussolini, que en su vida había pisado un museo por iniciativa propia,<sup>[4]</sup> murmuraba exasperado: «*Tutti questi quadri...*» («Todos estos cuadros»)<sup>[5]</sup> Pero Adolf Hitler no tenía prisa.

De joven había soñado con convertirse en artista y arquitecto. Su sueño quedó frustrado cuando un comité de supuestos expertos, que en su opinión debían de ser judíos, rechazaron su solicitud de ingreso en la Academia de Bellas Artes de Viena. Pasó una década predicando en el desierto, hundido en la miseria y viviendo poco menos que en la calle. Hasta que por fin se le reveló su auténtico destino: no había sido llamado a crear, sino a reconstruir. A expurgar para después recomponer. A convertir Alemania en un imperio, el mayor que el mundo hubiera visto. El más

fuerte, el más disciplinado, el de más pura raza. Berlín sería su Roma, pero un verdadero artista-emperador necesitaba una Florencia. Y él sabía dónde construirla.

Menos de dos meses antes, el 13 de marzo de 1938, Adolf Hitler había depositado una corona de flores sobre la tumba de sus padres en Linz, Austria, su ciudad natal de adopción. La tarde antes, el 12 de marzo, había visto cumplirse una de sus grandes ambiciones. Él, que en el pasado había sido despreciado y ninguneado, había cruzado de Alemania, a la que ahora gobernaba, a su Austria natal, que acababa de ser anexionada al Reich. En todas las ciudades, la multitud lo aclamaba al paso de su convoy y se agolpaba en torno a su coche. Las madres gritaban de alegría al verlo; los niños le lanzaban flores y alabanzas. En Linz fue recibido como un héroe conquistador, el salvador del país y de la raza.

A la mañana siguiente, se vio obligado a permanecer en Linz. Se habían averiado tantos camiones y tanques del convoy alemán que la carretera de Viena había quedado totalmente bloqueada. Se pasó la mañana maldiciendo a sus comandantes por haberle arruinado el momento, por haberlo puesto en evidencia ante su pueblo y ante el mundo. Sin embargo, esa tarde, solo en el cementerio, con los soldados y los curiosos a una distancia prudencial, sintió caer de nuevo sobre él la hora de la verdad, como un águila que se precipita desde los cielos para cazar un pez.

Lo había conseguido. Aquél no era sólo un hijo doliente arrodillado ante la cruz de hierro de su madre. Era el Führer. Y a partir de ese día, también el emperador de Austria. No tenía por qué bajar la cerviz ante la imagen de las caóticas industrias levantadas a la vera del río; podía reconvertirlas. Podía dotar de dinero y de prestigio a aquella pequeña ciudad industrial hasta que superase en preeminencia a Viena, esa ciudad de aire judío (pero al mismo tiempo violentamente antisemita) a la cual despreciaba.

Es posible que aquel día se acordara de Aquisgrán. Durante mil cien años, la ciudad, sepulcro de Carlomagno, emperador del Sacro Imperio Romano y fundador del primer Reich germánico en el año 800, había pervivido como monumento a la gloria de aquel hombre. Sobre sus antiguos fundamentos, Carlomagno construyó una sede imperecedera para el imperio, con su centro en la magnífica catedral de Aquisgrán. Adolf Hitler remodelaría Berlín siguiendo el patrón de Roma, pero la reconstrucción de Linz, ese páramo rural de fábricas y humo, habría de realizarse según sus propios designios. No se trataba sólo de un sueño; tenía poder suficiente para dejar un testimonio perdurable de su férreo liderazgo y su espíritu artístico. Dos meses más tarde, en la Galería de los Uffizi de Florencia, vio con claridad cuál era el destino de Linz: convertirse en el centro cultural de Europa.

En abril de 1938, Hitler había empezado a considerar la idea de un museo de arte en Linz, un espacio donde almacenar la colección personal que venía reuniendo desde los años veinte. La visita a uno de los epicentros del arte occidental le demostró que

aquel proyecto pecaba de modesto. Linz no tendría simplemente un museo; remodelaría el frente de la ciudad junto al Danubio hasta convertirlo en un distrito cultural como el de Florencia, sólo que con amplias avenidas, sendas peatonales y parques; hasta el último detalle estaría medido y controlado. Haría edificar un teatro de la ópera, un auditorio, un cine, una biblioteca y, por supuesto, un colosal mausoleo que albergara su tumba. No muy lejos de allí, en el centro de todo, se erigiría el Führermuseum, su catedral de Aquisgrán particular, el mayor, el más imponente y espectacular museo de arte del mundo.

El Führermuseum. Ése sería su legado artístico. Así se resarciría del rechazo padecido en la Academia de Bellas Artes de Viena. Con él daría forma y sentido a la purga de obras de arte «degeneradas» de los judíos y los artistas modernos, a sus museos, como la Haus der Deutschen Kunst (Casa del Arte Alemán) de Múnich, el primer proyecto público financiado por su gobierno, las grandes muestras anuales destinadas a la elevación del pueblo alemán, a su defensa del coleccionismo de arte entre las élites nazis y a su empeño, a lo largo de una década, por hacerse con una colección de arte de primera fila. Se había pasado la vida buscando la pureza y la perfección artística. El Führermuseum, creado a partir de obras maestras del mundo entero, daría una justificación a esa búsqueda.

Los mecanismos para hacerse con esas obras estaban en marcha. En 1938 había expurgado ya el estamento cultural alemán. Había reescrito las leyes, privando a los judíos de su ciudadanía y confiscando sus colecciones artísticas, su mobiliario, todas sus posesiones, incluidas las cuberterías de plata y las fotos de familia. En ese preciso instante, mientras él se prosternaba ante la tumba de su madre en su segundo día como gobernante de Austria, las tropas de las SS, bajo el mando de Heinrich Himmler, se valían de esas leyes para arrestar al patriarcado judío de Viena y confiscar sus propiedades en nombre del Reich. Las SS sabían dónde se escondían las obras de arte; tenían listados de todo. Años antes, los expertos en arte alemanes habían empezado a visitar varios países europeos, confeccionando inventarios secretos para que cuando Hitler conquistara cada país —en efecto, la conquista venía preparándose desde muy atrás— sus agentes conocieran ya el nombre y la localización de todas las obras con valor cultural y artístico.

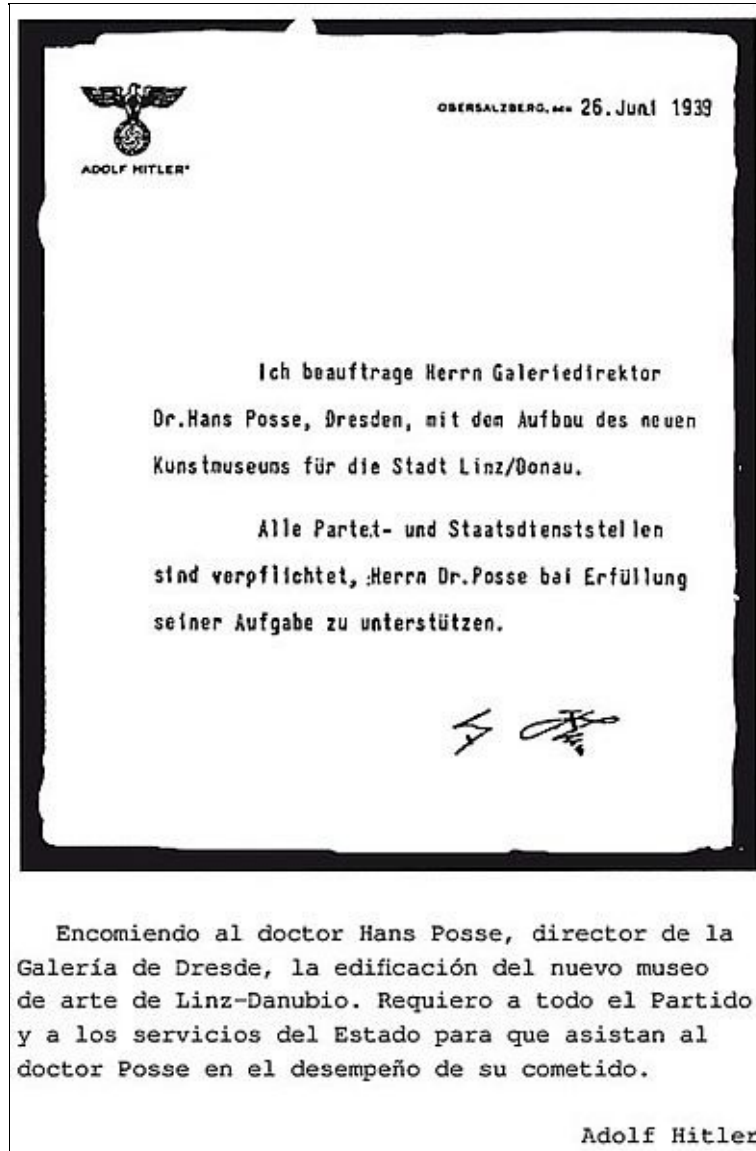
Durante los años siguientes, a medida que su poder y sus territorios crecieran, esos agentes irían extendiéndose como tentáculos. Penetrarían en todos los museos, búnkeres, torres y salones para comprar, trocar, requisar y coaccionar. Las expropiaciones por motivos raciales del líder nazi Alfred Rosenberg acabarían derivando en una operación de expolio; la ambición insaciable del Reichsmarschall Hermann Göring terminaría desembocando en una maquinaria explotadora. Hitler emplearía las nuevas leyes, sus leyes, para reunir las grandes obras europeas y expedirlas a la madre patria. Una vez ahí, se apilarían en almacenes hasta el día en

que pudieran ser expuestas en el museo más extraordinario del mundo. Hasta entonces, se irían inventariando en voluminosos catálogos para que tal vez, en un futuro no tan lejano, Adolf Hitler, al término de una larga jornada gobernando el mundo, pudiera relajarse en casa y, junto a su fiel perro y una taza de té, elegir, de entre la mayor colección artística jamás reunida, *su* colección, unas pocas y selectas piezas para alegrarle el día. En los años venideros, Adolf Hitler volvería sobre el proyecto una y otra vez. Iría repasándolo mentalmente hasta que, con la ayuda de Albert Speer, Hermann Giesler y otros, el Führermuseum y el distrito cultural de Linz —los símbolos de su espíritu artístico— se convirtieran en una idea factible a partir de la cual proyectar un plano arquitectónico de seis metros de largo y, por último, una maqueta a escala lo bastante grande como para llenar una estancia entera, en la que estarían representados todos los edificios, puentes y árboles que crecerían y prosperarían bajo sus poderosos auspicios.



26 de junio de 1939

*Carta de Hitler al doctor Hans Posse dándole instrucciones para supervisar  
la construcción del Führermuseum de Linz*



## LLAMANDO A LAS ARMAS

Nueva York  
Diciembre de 1941

Las luces navideñas brillaban desafiantes en Nueva York a mediados de diciembre de 1941. Las ventanas de Saks y Macy's resplandecían y el gigantesco árbol del Rockefeller Center avizoraba el mundo con mil ojos vigilantes. En el Centro de Defensa los soldados adornaban los árboles de navidad mientras, a su alrededor, la ciudadanía realizaba los preparativos para dar de comer a 40.000 hombres alistados en el mayor banquete jamás visto en la ciudad. En las tiendas, los letreros de los escaparates pretendían dar a entender que aquélla era una Navidad como otra cualquiera. El 7 de diciembre, los japoneses habían bombardeado Pearl Harbor, conmocionando al país y catapultándolo hacia la guerra. Mientras la mayor parte de los norteamericanos compraban, rebufaban y se decidían, por primera vez en años, a pasar unos días con sus familias —las ventas de billetes de autobús y tren alcanzaron cifras récord ese año—, los observadores rastreaban el cielo en busca de bombarderos enemigos.

Las cosas habían cambiado mucho desde que Hitler se anexionara Austria en 1938. A finales de ese año, Checoslovaquia había capitulado, y el 24 de agosto de 1939, Alemania y la Unión Soviética habían firmado un pacto de no agresión. Una semana después, el 1 de septiembre, los alemanes invadían Polonia. En mayo de 1940, la *Blitzkrieg* («guerra relámpago») viró hacia el oeste, esquivó a una guarnición franco-británica y penetró en Bélgica y los Países Bajos. En junio, para desconcierto de los franceses, que habían empezado a evacuar, los alemanes habían tomado París. La batalla por Gran Bretaña empezó en julio y siguió durante el mes de septiembre con cincuenta y siete días de bombardeos aéreos sobre Londres, en lo que dio en llamarse el *Blitz*. A finales de mayo de 1941, las bombas habían matado a decenas de miles de civiles británicos y dañado o destruido más de un millón de edificios. El 22 de junio, confiando en que Europa occidental estaba dominada, Hitler arremetió contra Stalin. El 9 de septiembre, la Wehrmacht (las Fuerzas Armadas) entró como una exhalación por el oeste de Rusia hasta Leningrado (la antigua capital, San Petersburgo). El sitio de Leningrado, que había de durar casi novecientos días, acababa de comenzar.

El resultado, por lo menos para Estados Unidos, que en teoría se mantenía neutral, fue un aumento gradual de la tensión, un lento tensarse de unas cuerdas que, a lo largo de tres años, habían acumulado una gran cantidad de energía contenida. La

comunidad museística estadounidense, como muchas otras, era un hervidero de actividad. Su principal preocupación eran los planes de protección, desde evacuaciones a la creación de cámaras subterráneas climatizadas. Cuando los nazis tomaron París, el director del Museo de Arte de Toledo escribió a David Finley, director de la todavía no inaugurada Galería Nacional de Arte, instándolo a elaborar un plan nacional: «Sé que [la posibilidad de una invasión] es remota por el momento, pero también parecía remota en Francia».<sup>[6]</sup> Los británicos habían tardado casi un año en acondicionar una enorme mina en Manod, Gales, para almacenar en ella las obras de arte evacuadas. ¿Podría permitirse otro año de preparativos la comunidad artística norteamericana?

Tras el ataque de Pearl Harbor, el peor ataque perpetrado en suelo estadounidense, la tensión se había convertido en una necesidad casi desesperada de pasar a la acción. Parecía probable que se produjera un bombardeo sobre alguna de las grandes ciudades del país, y ni siquiera cabía excluir la posibilidad de una invasión japonesa, alemana o incluso conjunta. El Museo de Bellas Artes de Boston clausuró las galerías dedicadas a Japón por miedo a los asaltos de multitudes enfurecidas. La Galería Walters de Baltimore retiró pequeños artículos de oro y joyas para evitar tentaciones por parte de los bomberos armados con hachas que quizá tuvieran que entrar en caso de emergencia. En Nueva York, el Museo Metropolitano de Arte cerraba sus puertas al atardecer por miedo a que los visitantes tropezaran o robaran objetos en caso de apagón. En el MoMA, los cuadros eran trasladados todas las noches a una zona protegida con sacos terreros y volvían a colgarse en su lugar por la mañana. La Colección Frick hizo tintar ventanas y tragaluces para que los bombarderos enemigos no pudieran localizarla en medio de Manhattan.

Todo eso gravitaba sobre la conciencia de los dirigentes culturales norteamericanos cuando el 20 de diciembre de 1941 se dirigían en taxi a la imponente escalera de entrada del Museo Metropolitano de Arte. Francis Henry Taylor, director de la Asociación de Directores de Museos de Arte, y David Finley, director de la Galería Nacional de Arte de Washington, los habían convocado vía telégrafo a través de Western Union. La mayoría de los cuarenta y cuatro hombres y las cuatro mujeres que se presentaron esa mañana en el Met eran directores de museo y acudían en representación de la mayor parte de las principales instituciones del este y el centro del país —la Frick, el Carnegie, el Met, el MoMA, el Whitney, la Galería Nacional, la Smithsonian—, así como de los más importantes museos de Baltimore, Boston, Detroit, Chicago, San Luis y Minneapolis. Entre ellos figuraban algunos de los grandes nombres del sector, como Jere Abbott, William Valentiner, Alfred Barr, Charles Sawyer y John Walker.

Uno de ellos era Paul Sachs, director asociado del Museo de Arte Fogg de Harvard. El Fogg era una institución relativamente pequeña, pero Sachs gozaba de

una influencia notable dentro de la comunidad museística. Era hijo de uno de los primeros socios del banco de inversiones Goldman Sachs (su fundador, Marcus Goldman, era su abuelo materno) y el principal nexo del sector museístico con la opulenta banca judía de Nueva York. Más importante aún, Sachs era un abanderado en materia formativa: en 1921, había creado en Harvard un curso sobre «El trabajo en el museo y sus problemas», el primer programa académico diseñado específicamente para formar y entrenar a hombres y mujeres en las labores de dirección y conservación de un museo. Aparte de los conocimientos sobre arte, el curso abordaba la faceta financiera y administrativa de la gestión de museos, con especial atención en la obtención de donaciones. Los estudiantes se reunían de forma regular con grandes coleccionistas, banqueros y la élite social estadounidense, a menudo en cenas de gala que requerían vestir de etiqueta y observar los protocolos sociales de la alta cultura. En 1941, los discípulos de Sachs empezaron a alcanzar posiciones de liderazgo en los museos norteamericanos, campo que llegarían a dominar en los años de la posguerra.

¿Cuán influyente era Paul Sachs? Baste decir que, dada su poca estatura —en torno al metro cincuenta y cinco—, colgaba los cuadros a poca altura. Cuando tras la guerra los museos estadounidenses alcanzaron prominencia, muchos de sus directores colgaban los cuadros a menor altura que sus colegas europeos. Los discípulos de Sachs lo habían aceptado como una norma, y el resto de museos siguieron su ejemplo.

Sachs, a requerimiento de George Stout, el distinguido director del gris pero innovador Departamento de Conservación e Investigación Técnica, se tomó un gran interés por el estado de los museos europeos. Ambos, junto con otros miembros del equipo de Fogg, habían preparado una breve presentación con diapositivas para concienciar a sus colegas. La tarde del primer día, en cuanto se bajaron las luces y Sachs proyectó sus diapositivas sobre la pared, los directores de los grandes museos de Estados Unidos contemplaron las muestras del terrible coste artístico que estaba teniendo el avance nazi: la Galería Nacional de Londres desierta, con sus grandes obras enterradas en Manod, la Galería Tate cubierta de cristales rotos, la nave de la catedral de Canterbury llena de tierra para absorber el impacto de las explosiones. Las diapositivas del Rijksmuseum de Ámsterdam, el más famoso de los museos nacionales de los Países Bajos, mostraban las pinturas de los grandes maestros neerlandeses amontonadas como sillas plegables contra las paredes vacías. La que tal vez era su obra más conocida, el monumental lienzo de Rembrandt titulado *La ronda nocturna*, estaba enrollado como una alfombra y precintado en una caja inquietantemente parecida a un ataúd. En París, la Gran Galería del Louvre, que por sus dimensiones y majestuosidad recuerda a una estación de ferrocarril de la Reconstrucción norteamericana, no albergaba más que marcos vacíos.

Las imágenes evocaban asimismo el robo de obras maestras en Polonia,

desaparecidas hacía años; la devastación del centro histórico de Rotterdam, arrasado por la Luftwaffe porque el ritmo de las negociaciones de paz con los Países Bajos había sido demasiado lento para el gusto de los nazis; los grandes patriarcas de Viena, encarcelados hasta que decidieran entregar a Alemania sus colecciones personales; el *David* de Miguel Ángel, que los atribulados funcionarios italianos habían encerrado en un almacén de ladrillos en el interior de su famoso museo del centro de Florencia. También estaba el museo estatal ruso del Hermitage. Antes de que la Wehrmacht cortase las líneas de ferrocarril de acceso a Leningrado, sus conservadores habían conseguido evacuar a Siberia 1,2 de los más de dos millones de obras que se estimaba que contenía. Se rumoreaba que los conservadores se habían instalado en los sótanos con el resto de las obras, alimentándose de pegamento de origen animal e incluso de velas para no morir de hambre.

La presentación de Paul Sachs surtió el efecto deseado: catalizó las energías de la comunidad museística. Al atardecer, se acordó por unanimidad que los museos estadounidenses siguieran abiertos mientras fuera humanamente posible. No se debía ceder al derrotismo, pero tampoco a la complacencia. A lo largo de los dos días siguientes, actuando con un brío poco habitual, los representantes discutieron también líneas de actuación de tipo práctico y estratégico para aplicar en caso de guerra: ¿había que abrir las puertas a los ciudadanos para que se resguardaran de un ataque aéreo? ¿Debían almacenarse de forma permanente las obras más valiosas y sustituirse por otras de menor valor? ¿Debían seguirse programando eventos y muestras extraordinarias, aun cuando pudieran formarse aglomeraciones que dificultasen una evacuación ordenada? ¿Había que mandar las obras de los museos de las regiones litorales a los museos de los estados interiores, donde el peligro era menor? ¿Y qué hacer en el caso de bombas incendiarias? ¿Y los apagones? ¿Y los cristales rotos?

La resolución final, presentada al día siguiente por Paul Sachs, hacía un llamamiento a las armas:

Si en tiempos de paz nuestros museos y galerías de arte son importantes para la comunidad, en tiempos de guerra resultan doblemente valiosos. Pues es cuando las insignificancias y trivialidades se desvanecen y nos encontramos cara a cara con valores definitivos y perdurables [...] cuando debemos recurrir a todos los medios intelectuales y espirituales para defendernos. Debemos custodiar con celo todo cuanto hemos heredado del pasado, todo cuanto seamos capaces de crear en este difícil presente y todo cuanto estemos dispuestos a preservar en un futuro inmediato.

El arte es la expresión imperecedera y dinámica de estos objetivos. Es, y ha sido siempre, la prueba visible de la actividad de las mentalidades libres [...]. Habida cuenta de lo cual resolvemos:

- 1) Que los museos de Estados Unidos están dispuestos a hacer cuanto esté a su alcance por servir a los habitantes de este país mientras dure el presente conflicto.
- 2) Que mantendrán sus puertas abiertas a quienquiera que busque nutrimento espiritual.
- 3) Que, con el sostén financiero de sus comunidades, ampliarán el ámbito y la variedad de su trabajo.
- 4) Que se convertirán en fuentes de inspiración capaces de iluminar el pasado y vivificar el

presente; que fortificarán el espíritu del cual depende la victoria.<sup>[7]</sup>

A pesar de estas rimbombantes palabras, la mayoría de los museos de la costa Este siguieron con los preparativos para la guerra. El Metropolitano cerró discretamente sus galerías menos importantes y reemplazó a su personal por bomberos. En fin de año, a altas horas de la noche, la Galería Nacional embaló setenta y cinco de sus mejores piezas y las sacó de Washington en secreto. Cuando el museo abrió por primera vez en 1942, en su lugar podían verse obras menores. El 12 de enero, las obras maestras llegaron a Biltmore, el gran palacio propiedad de los Vanderbilt en las montañas de Carolina del Norte, donde permanecerían escondidas hasta 1944.

Hay que decir que no toda la energía de aquel mes de diciembre se empleó en evacuaciones. Viendo la oportunidad que se les presentaba, Paul Sachs y su distinguido conservador George Stout invitaron a los directores al Fogg para una serie de seminarios sobre seguridad en los museos. Stout, que llevaba años en estrecho contacto con los conservadores más prestigiosos de Europa, impartió los cursos ante docenas de asistentes, a quienes instruyó acerca de los peligros que se les avecinaban. Stout les habló del moho, de los hongos, de las virtudes de la tela metálica y de los daños por calor. Explicó por qué las bombas revientan las ventanas y cuál es la mejor forma de embalar las telas para evitar que los cristales proyectados las perforen. Para la reunión de diciembre en el Met, había preparado un folleto sobre prevención de daños en caso de ataque aéreo. Durante la primavera de 1942, convirtió el folleto en un artículo aparecido en su boletín mensual *Technical Issues* que resultó ser el primer enfoque sistémico para la preservación de obras de arte en tiempos de guerra.

Al mismo tiempo, Stout presionó al sector para coordinar una respuesta conjunta. En abril de 1942, redactó un folleto en el que describía los problemas de la conservación en tiempos de guerra y lo remitió a Francis Henry Taylor, el responsable de la reunión de diciembre de 1941. En él sugería que los museos de Estados Unidos no estaban preparados para enfrentarse a una crisis, ya que «no existe un corpus general de conocimientos; no existen protocolos de actuación aceptados». Los museos tienen que «estar dispuestos a poner en común sus experiencias, a compartir sus fracasos y éxitos, a exponer sus dudas y convicciones, así como a mantener un método regular de trabajo en equipo. [...] A efectos prácticos, es inevitable que el bien común se equipare con el bien de cada uno».<sup>[8]</sup>

La solución de Stout dependía, aparte de la información compartida, de la formación de un nuevo perfil de conservadores, «trabajadores especiales» capaces de salir airoso del mayor y más peligroso revés en la historia del arte occidental. Según Stout, aunque el mundo del arte estuviera en crisis, su adiestramiento llevaría cinco años. En Europa, más de dos millones de obras se habían trasladado ya desde sus

acogedores museos a almacenes temporales poco idóneos, a menudo a través de carreteras accidentadas sometidas a los bombardeos del enemigo. Y éstas eran tan sólo las evacuaciones oficiales; la cifra excluía los rumores de los saqueos nazis, que aun siendo motivo de preocupación no habían podido confirmarse. Poner fin a ese desbarajuste requeriría de una dedicación y una inteligencia extraordinarias. Por otra parte, ¿qué hacer con respecto a los inevitables y sin duda devastadores ataques aéreos y terrestres necesarios para devolver la libertad a Europa?

En verano de 1942, en un folleto titulado «La protección de monumentos: Propuesta de consideración durante la guerra y la rehabilitación», Stout mencionaba con términos explícitos los retos que se les presentaban:<sup>[9]</sup>

A medida que los soldados de las Naciones Unidas se abran paso por los territorios previamente conquistados y ocupados por el enemigo, los gobiernos de las Naciones Unidas irán encontrando problemas de diversa índole. [...] En las zonas arrasadas por los bombardeos y el fuego se hallan monumentos de gran valor para las gentes de los distintos pueblos y ciudades: iglesias, santuarios, estatuas, cuadros, obras de todo tipo. Algunas pueden haber sido destruidas; otras, sólo dañadas. Todas corren el peligro de sufrir más desperfectos o de ser saqueadas o destruidas.

[...] La salvaguarda de estos objetos no afectará al curso de las batallas, pero sí a las relaciones entre los ejércitos invasores y los habitantes y [sus] gobiernos. [...] La salvaguarda de dichos objetos será un signo de respeto no sólo por las creencias y costumbres de tal o cual pueblo, sino también por el legado de la humanidad. La salvaguarda de dichos objetos forma parte de las responsabilidades de las Naciones Unidas. Esos monumentos no son simples objetos, ni meras pruebas del poder creador del hombre. Son expresiones de la fe, y representan la lucha del hombre por mantener sus vínculos con el pasado y con Dios.

Con la convicción de que la salvaguarda de monumentos es uno de los requisitos para el correcto desarrollo de la guerra y para la esperanza de la paz, [...] deseamos llamar la atención del gobierno de los Estados Unidos de América al respecto, así como urgirle para que halle los medios de llevarla a cabo.

Y, por supuesto, ¿quién mejor para llevar a cabo esta salvaguarda que el cuerpo altamente cualificado de «trabajadores especiales» propuesto por Stout?

17 de septiembre de 1940

*Orden del Feldmarschall Keitel relativa a la confiscación de bienes culturales*

COPIA

Jefe del Mando Supremo de las Fuerzas Armadas  
Berlín W 15, Tirpitzufer 72-76, 17 sept. 1940  
Tel.: 21 81 91

2 f 28.1.4 W. Z. Núm. 3812/ 40 g

A la atención del Jefe del Ejército del Alto Mando  
para la Administración Militar de la Francia Ocupada.

En añadidura a la orden del Führer transmitida en su momento al Reichsleiter Rosenberg relativa al registro de pabellones, bibliotecas y archivos en los territorios ocupados del oeste en busca de material valioso para Alemania y la salvaguarda de éste por parte de la Gestapo, el Führer dispone que:

La titularidad antes de la guerra con Francia, previa a la declaración de guerra del 1 de septiembre de 1939, será el criterio a seguir.

Las cesiones de propiedad al Estado francés o cesiones similares ejecutadas con posterioridad a dicha fecha se consideran irrelevantes e inválidas a efectos legales (por ejemplo, las bibliotecas polacas y eslovacas de París, las posesiones del palacio Rothschild u otras propiedades judías sin dueño). Toda reserva con respecto al registro, confiscación y transporte a Alemania fundamentada en las razones anteriores no será contemplada.

El Reichsleiter Rosenberg y/o su segundo Reichshauptstellenleiter Ebert han recibido instrucciones claras del Führer en persona concernientes al derecho de confiscación; quedan facultados para transportar a Alemania los bienes culturales que juzguen valiosos y salvaguardarlos allí. El Führer se reserva la decisión en lo tocante a su uso.

Se solicita que los servicios mencionados sean notificados de la forma correspondiente. Firmado:  
KEITEL Para información: Atención: Reichsleiter  
Rosenberg



## UN MUNDO GRIS Y VACÍO

Harvard y Maryland  
Invierno de 1942-1943

George Stout era un oficial de museos atípico. A diferencia de muchos de sus colegas, miembros de las clases dirigentes de la costa Este, Stout era un muchacho de clase obrera criado en la pequeña ciudad de Winterset, Iowa (ciudad natal también de John Wayne). De ahí pasó directamente al ejército, donde sirvió durante la primera guerra mundial como soldado en una unidad médica destacada en Europa. Por simple afición, se puso a estudiar dibujo a la vuelta de la guerra. Tras licenciarse en la Universidad de Iowa, Stout pasó cinco años subsistiendo a base de trabajos precarios mientras ahorraba para hacer una gira por las mecas culturales europeas, condición tácita para cualquiera que quisiera hacer carrera en el mundo del arte. Cuando llegó a Harvard para iniciar estudios de posgrado en 1926, el mismo año en que Harry Ettlinger nacía en Karlsruhe, Stout tenía veintiocho años y era un hombre casado que esperaba un hijo. Su joven familia no tardó en darse cuenta de que los mil doscientos dólares anuales (el alquiler mensual ascendía a treinta y nueve dólares) de la beca Carnegie apenas bastaban para mantenerse «algo por encima de la frontera del hambre».<sup>[10]</sup>

En 1928, Stout entró en el pequeño departamento de conservación artística del Museo de Arte Fogg como ayudante sin sueldo. La conservación, el arte de preservar las obras antiguas o deterioradas, era la rama con menor demanda dentro del departamento de historia del arte, y Stout era quizá el estudiante más diligente y discreto. Siendo un departamento basado en buena parte en la petulancia y en el cual las posibilidades de un estudiante dependían de sus relaciones personales con profesores consagrados como Paul Sachs, Stout era tal vez el estudiante que pasaba más desapercibido. Jugó a su favor su carácter meticuloso, rasgo que se extendía a su aspecto personal: cabellos peinados cuidadosamente hacia atrás, elegantes trajes de estambre y bigote fino al estilo Errol Flynn, una de las grandes estrellas cinematográficas del momento. George Stout era un hombre de porte distinguido, natural y absolutamente imperturbable, pero debajo de esa plácida fachada se escondía una mente brillante e inquieta, dotada de amplias miras y de una agilidad de entendimiento portentosa. Poseía además otra cualidad esencial: una paciencia extraordinaria.

Al poco de entrar en el departamento de conservación, Stout reparó en un mueble

fichero abandonado perteneciente a la biblioteca de la universidad. Sus hileras de pequeños cajones le dieron una idea. El departamento de conservación disponía de una vasta gama de materias primas para pintura: pigmentos, piedras, plantas desecadas, aceites, resinas, colas, pegamentos y bálsamos. Con la ayuda del químico del departamento, John Gettens, Stout depositó muestras en cada uno de los cajones del fichero, añadió varios químicos y observó los resultados. Tomó notas, observó y esperó durante años. Cinco años después, sin más instrumentos que un montón de retazos y un mueble viejo, Stout y Gettens se erigieron en pioneros de tres ramas de la *ciencia* de la conservación artística: los rudimentos (el estudio de las materias primas), la degradación (el estudio de las causas del deterioro) y la reparación (cómo detener y restaurar los daños sufridos).

«Creo que si al principio obtuvimos resultados —comentó Gettens poco antes de morir, en 1974— fue porque nadie nos conocía y nadie nos molestaba; y porque no teníamos dinero.»<sup>[11]</sup>

El hallazgo condujo a Stout —a quien aún hoy conocen tan sólo un puñado de expertos en el campo— hacia una nueva misión. Durante siglos, la conservación se había considerado un arte, terreno exclusivo de restauradores formados con maestros en técnicas de rehabilitación. Si había de ser considerada una ciencia, como sugerían los experimentos de Stout, se necesitaría un corpus de conocimiento científico. A lo largo de los años treinta, Stout mantuvo correspondencia regular con los grandes conservadores de la época, compartiendo información con ellos y recopilando, poco a poco, un conjunto de principios científicos destinados a la evaluación y preservación de cuadros y obras de arte visual.

Las cosas empezaron a cambiar en julio de 1936, cuando los fascistas españoles, apoyados por el poderoso arsenal y el adiestramiento militar de los alemanes, sumieron a su país en la guerra civil. En octubre cayeron bombas incendiarias en las proximidades de El Escorial, el importante monasterio-museo situado cincuenta kilómetros al noroeste de Madrid. Dos semanas más tarde, reventaban las ventanas del Museo del Prado. En primavera de 1937, Alemania se involucró en el conflicto y soltó, por primera vez, sus escuadrones de tanques y aviones, los puntales de su doctrina de la «guerra relámpago».

El mundo del arte cayó en la cuenta de que las potentes armas de los alemanes, y, sobre todo, su recurso a los bombardeos aéreos masivos, ponían en serio peligro la existencia de la mayor parte de las grandes obras artísticas del continente. Europeos y británicos confeccionaron planes de protección y evacuación a toda prisa, y, poco a poco, carta a carta, George Stout empezó a aplicar su bagaje de conocimientos a un mundo en guerra. Para la reunión de 1941 en el Museo Metropolitano había preparado un folleto sobre procedimientos a seguir en caso de bombardeo aéreo. No tenía más que unas cuantas páginas, pero era el fruto de décadas de investigación. Su

estilo era el característico de Stout: detallado, pertinente y sobrio. Stout era un hombre sin prisas, cuidadoso, puntual, preciso. «El experto, el perfeccionista, primero analiza —solía decir— y luego decide.»<sup>[12]</sup>

Durante la mayor parte del año y medio siguiente, se dedicó a formar conservadores y a presionar con vistas a la creación de un plan nacional de conservación. Viendo que las gestiones no avanzaban, en otoño de 1942, el imperturbable George Stout se dio por vencido. Se había pasado la vida entera investigando en una de las ramas más oscuras de la historia del arte, y, de repente, las circunstancias hacían que su especialidad pasara a ocupar una posición central. Era el gran momento para los conservadores de arte; si se quería preservar el patrimonio cultural mundial, no había un segundo que perder, pero nadie parecía escucharle. Más bien lo contrario: todo apuntaba a que el movimiento de conservación durante el período bélico iba a quedar en manos de los directores de los museos, los *sahibs* del mundo del arte, como los llamaba Stout. Él era un trabajador, un zapador de trinchera, y como todo buen técnico su talante pragmático le hacía aborrecer el mundo de comités, conversaciones y clientelismo en el que se desenvolvían los gerentes.

En una carta a un amigo del Museo de Arte Fogg de Harvard escribe:

Estoy harto del egoísmo y la teatralidad que parecen prevalecer en la administración del museo la mayor parte del tiempo. He intentado oponerme, pero no ha servido de nada. [...] Calculo que me quedan unos veinte años de tiempo útil. Dan para trabajar, pero no para andarse con juegucitos, y ya estoy hasta arriba de tanta sonrisita y pamema para con los ricos y de convertir las políticas y principios en modelos recortables sólo por darles gusto.<sup>[13]</sup>

Stout estaba convencido de que si se querían obtener resultados perdurables con la guerra que se avecinaba habría que confiar en su cuerpo de «trabajadores especiales», formados en la conservación artística, y trabajar mano a mano con el ejército. En su opinión, lo que los directores de los museos perseguían con sus sonrisitas y pamemas era conseguir la aprobación del presidente Roosevelt para formar un comité cultural de alto nivel que actuara como asesor del ejército, comité que, por supuesto, estaría compuesto por los propios directores.

A principios de 1943, ante la imposibilidad de hacer progresos en Estados Unidos, Stout y su colega W. G. Constable, conservador del Museo de Bellas Artes de Boston, decidieron tantear a Gran Bretaña. En una carta dirigida a Kenneth Clark, director de la Galería Nacional de Londres, los dos compañeros presentaron un esbozo de su proyecto para el cuerpo de conservadores. A Clark le pareció que la idea no tenía ni pies ni cabeza y contestó a vuelta de correo:

Me resulta difícil de creer que pueda fundarse alguna organización que lleve a cabo las sugerencias contenidas en su petición; por ejemplo, incluso suponiendo que fuera posible para un arqueólogo acompañar a cada ejército invasor, no puedo dejar de pensar que tendría grandes dificultades en disuadir a

un comandante de bombardear un objetivo militar importante simplemente porque contiene algunos hermosos monumentos históricos.<sup>[14]</sup>

Es posible que Stout no llegase a leer nunca la respuesta. En enero de 1943, con el país en pie de guerra y necesitado de hombres, había desistido de su plan de conservación y había solicitado prestar servicio activo en la Marina, de la que era reservista desde el fin de la primera guerra mundial. En una carta enviada a casa a su llegada a la Estación Aérea Naval de Patuxent River, en Maryland, admitía que:

En los últimos meses no me he sentido útil. No he hecho lo que un hombre debe hacer con los tiempos que corren. Hay gente que no me ha dejado realizar mi trabajo, que por lo demás era de tipo menor y secundario. Ahora tengo la oportunidad de hacer lo que hay que hacer, que es mucho más de lo que cualquier hombre es capaz.<sup>[15]</sup>

Aunque la censura militar no le permitía explicarle con detalle a su mujer cuál era su ocupación —realizaba pruebas con pintura de camuflaje para aviones—, le aseguraba que se sentía feliz: «Hay tanto que aprender [en el trabajo] y es tanta la responsabilidad que me siento a la vez acobardado y satisfecho. Si logramos lo que nos proponemos, o al menos una parte de ello, sabré lo que significa “aportar mi grano de arena”». <sup>[16]</sup>

Poco después, su amigo Constable le escribió diciendo que el coronel James Shoemaker, jefe de la División del Gobierno Militar estadounidense, había demostrado un interés inesperado por el trabajo de Stout y que le requería toda la información disponible sobre monumentos y conservación. Constable se mostraba cauto: «Aunque todo apunta a que el ejército tiene prevista la creación de un cuerpo de conservadores, no tengo la más remota idea de si la idea ha cristalizado, ni si es posible que nunca llegue a cristalizar». <sup>[17]</sup>

Stout contestó que:

... el hecho de que nuestro vago propósito haya tomado forma definida en manos del ejército es una gran satisfacción. [...] Francis Taylor me telefoneó hace unos días. Iba de viaje para poner en marcha su gran plan. Me dio mala impresión, parecía hartado, como si el proyecto no fuera por buen camino. Tal vez se logre más a base de modestia, constancia y esfuerzo. <sup>[18]</sup>

Pero también puso cuidado en señalarle a Constable que la Marina «lo satisfacía plenamente» y que no tenía ningún interés en dejarla. «Haré lo que pueda por ayudar —escribió—, pero no sé qué puedo hacer ni de dónde sacaré el tiempo para ello.» <sup>[19]</sup>

Dijera lo que dijera, la decisión de alistarse en la Marina lo remordía; no por el programa de conservación (pues ya había dado la batalla por perdida), sino por su familia. Stout tenía cuarenta y cinco años, estaba casado y era padre de dos hijos, y aunque le hubieran otorgado el rango de teniente, sabía que la modesta paga del ejército apenas bastaría para dar sustento a la familia, aun cuando ésta llevara una

vida de lo más sencilla, acostumbrada como estaba a malvivir gracias a su gris campo de especialidad. En el fondo, era un hombre de su tiempo, y por más que su mujer, Margie, trabajara de maestra, él se creía en el deber de llevar el pan a casa. Detestaba la simple idea de tener que abandonarla. Tras un breve preámbulo en julio de 1943 le escribe a Margie:

Éste me parece un mundo gris y vacío después de la gran alegría que ha representado pasar en casa esas horas preciosas. Gracias a ti y a Tom [su hijo de siete años], a tu valor y a tu incomprensible amor por mí, he sentido una profunda emoción. No me lo merezco pero te correspondo y juro hacer cuanto pueda por merecerlo. Debo seguir convenciéndome [...] de que estoy haciendo lo correcto y de que no os he abandonado a vuestra suerte por un arrebató de romanticismo.<sup>[20]</sup>

5 de noviembre de 1940

*Orden del Reichsmarschall Göring relativa a la distribución de los tesoros artísticos judíos*

En cuanto al cumplimiento de las medidas adoptadas hasta el día de hoy con vistas a la salvaguarda de los bienes artísticos judíos por parte del Jefe de la Administración Militar en París y del Einsatzstab Rosenberg (Chef OKW. 2 f 28.14. W. Z. Nr 3812/ 40 g), las categorías de los objetos artísticos trasladados al Louvre quedan establecidas como sigue:

1. Objetos de arte sobre cuya ulterior disposición el Führer se reserva el derecho a decidir;
2. Objetos de arte destinados a completar la colección del Reichsmarschall;
3. Objetos de arte y material bibliotecario de aparente utilidad para la construcción de la *Hohe Schule* y para las funciones del Reichsleiter Rosenberg;
4. Objetos de arte susceptibles de ser entregados a los museos alemanes; serán inventariados a la mayor brevedad, embalados y transportados a Alemania por el Einsatzstab con las debidas precauciones y con el concurso de la Luftwaffe;
5. Objetos de arte susceptibles de ser transferidos a los museos franceses y a los marchantes franceses y alemanes; se venderán en subasta en fecha a determinar y la recaudación se entregará al Estado francés en concepto de compensación a los familiares de las víctimas de la guerra;
6. Toda ulterior incautación de bienes artísticos judíos en Francia se efectuará siguiendo los eficaces métodos hasta el momento empleados por el Einsatzstab Rosenberg, en colaboración con el jefe de la Administración Militar en París.

París, 5 de noviembre de 1940

La presente propuesta se somete a la aprobación del Führer, a la espera de la cual la presente medida permanecerá en vigencia.

Göring

## LEPTIS MAGNA

Norte de África

Enero de 1943

Mientras en Estados Unidos cundía la alarma y se hacían planes, Gran Bretaña participaba ya de forma activa en las operaciones de combate dirigidas contra las potencias del Eje. En Europa, la maquinaria bélica aliada dependía principalmente de saboteadores encubiertos y de los valerosos pilotos que combatían a la Luftwaffe alemana sobre el canal de la Mancha; en la Unión Soviética, el Ejército Rojo resistía en las trincheras la agresiva ofensiva nazi; y en el Mediterráneo, la guerra se libraba con suerte alterna en los vastos desiertos del norte de África. Los británicos defendían Egipto, y una fuerza conjunta germano-italiana, Libia y Argelia, al oeste. Durante dos años, a contar desde la primera acometida italiana contra Egipto en 1940, la batalla se mantuvo encallada en el desierto. No sería hasta octubre de 1942, con la decisiva victoria de las fuerzas germano-italianas en la segunda batalla del El Alamein, cuando Gran Bretaña lograría abrir una brecha y avanzar hacia Trípoli, la capital libia.

En enero de 1943 ya habían alcanzado Leptis Magna, unas inmensas ruinas romanas situadas a sólo cien kilómetros al este de Trípoli. Fui allí donde el teniente coronel sir Robert Eric Mortimer Wheeler, de la Real Artillería del Ejército Norteafricano británico, contempló la majestuosidad de la ciudad del emperador Lucio Septimio Severo: la imponente puerta de la basílica, los centenares de columnas que delimitaban la antigua plaza del mercado, la enorme gradería del anfiteatro, con las azules aguas del Mediterráneo centelleando al fondo. Durante su apogeo, hacia el siglo III de nuestra era —después de que el emperador Severo dotara de grandes riquezas a su ciudad natal en un intento de convertirla en la capital cultural y económica de África—, Leptis Magna fue una ciudad portuaria, pero en los últimos mil setecientos años el puerto se había encenagado hasta convertirse en una dura capa de arcilla, un mundo gris y vacío.

«He aquí el poder —pensó Mortimer Wheeler—. Y un recuerdo de nuestra mortalidad».

Era una ciudad arruinada, en descomposición, medio engullida por el desierto del Sáhara, que llevaba dos mil años ganándole terreno. La mayoría de las columnas y bloques de piedra presentaban un color mortecino, semejante al de la arena rojiza, pero entre las ruinas se distinguían unos cuantos añadidos de color blanco, parte de

las muchas «mejoras» realizadas por los italianos a lo largo de la década anterior. «Un nuevo imperio se alza de entre las cenizas del antiguo —solía repetirles Mussolini a los italianos—. Estamos construyendo un nuevo imperio romano». Wheeler dio un trago a su cantimplora y oteó el cielo en busca de aviones enemigos. Nada, ni una nube. Los italianos abandonaban por segunda vez una de las piedras angulares de su «imperio» sin ni siquiera oponer resistencia.

La primera vez había sido en 1940, cuando 36.000 soldados británicos y australianos contrarrestaron el avance hacia Egipto de 200.000 hombres del 10.º Ejército italiano.

Los británicos perdieron las ruinas en 1941 cuando los italianos, con el respaldo de las tropas alemanas y bajo el mando del general Erwin Rommel, los hicieron retroceder de vuelta a Egipto. Poco después, los italianos publicaron una muestra ejemplar de propaganda cultural: *Che cosa hanno fatto gli Inglesi in Cirenaica* (Qué han hecho los ingleses en Cirenaica). El panfleto mostraba objetos robados, estatuas destrozadas y paredes pintarrajeadas en el Museo de Cirene, obra, según los italianos, de los soldados británicos y australianos. Los británicos no supieron que la denuncia de los italianos era falsa hasta poco tiempo después, al recuperar Cirene, seiscientos cuarenta kilómetros al este de Leptis Magna. Las estatuas llevaban rotas cientos de años, los pedestales estaban vacíos porque los italianos habían retirado las estatuas y las pintadas no estaban en las paredes de las galerías del museo, sino en un cuarto trasero lleno de pintadas semejantes hechas por los soldados italianos.

El episodio, sin embargo, logró empañar la imagen del Ministerio de Guerra: durante casi dos años, los británicos tuvieron que defenderse contra acusaciones que no tenían modo de confirmar ni de negar. No disponían de arqueólogos en el norte de África, y nadie había examinado el yacimiento mientras éste había estado en manos británicas. A decir verdad, nadie en el ejército había reparado en el valor histórico y cultural, y por consiguiente propagandístico, de Cirene.

Wheeler se encontraba ahora en el centro de Leptis Magna, observando estupefacto cómo los británicos volvían a caer en el mismo error. A su izquierda, los camiones de carga resquebrajaban las antiguas losas romanas. A su derecha, los soldados se encaramaban sobre los muros caídos. Luego se fijó en un vigilante árabe que no podía hacer más que agitar los brazos al ver que un tanque pasaba por su lado y penetraba en el templo. El artillero abrió la escotilla y saludó. Su compañero le sacó una fotografía. «Un día perfecto en el norte de África, ojalá estuvieras aquí». ¿Acaso el ejército británico no había aprendido nada con la debacle de Cirenaica? Si aquello seguía así, las quejas de los italianos pronto hallarían fundamento.

—¿No podemos hacer nada, señor? —le preguntó Wheeler al jefe segundo de los oficiales de Asuntos Civiles (OAC). Asuntos Civiles era el organismo responsable de administrar los territorios conquistados una vez concluido el combate. Se encargaba



de mantener la paz, aun cuando el frente se encontrase a sólo uno o dos kilómetros.

El oficial se encogió de hombros.

—Los soldados son así —respondió.

—Pero esto es Leptis Magna —protestó Wheeler—, la gran ciudad del emperador romano Lucio Septimio Severo. Son las ruinas romanas mejor conservadas de toda África.

El oficial se quedó mirándolo.

—Nunca había oído hablar de ella —fue su respuesta.

Wheeler sacudió la cabeza. Todos los oficiales habían sido advertidos de lo ocurrido en Cirenaica, pero un OAC del Ejército Norteafricano británico no había oído hablar nunca de Leptis Magna, aun cuando era sabido que el ejército tendría que combatir allí. ¿Por qué? ¿Porque no los habían acusado de profanarla? ¿Es que se iban a pasar la guerra comprendiendo sus errores sólo después de cometerlos?

—¿Son importantes? —preguntó el oficial.

—¿El qué?

—Estas casas caídas.

—Son ruinas clásicas, señor. Y sí, son importantes.

—¿Por qué?

—Son insustituibles. Son historia. Son... Como soldados tenemos el deber de protegerlas, señor. Si no lo hacemos, el enemigo lo utilizará contra nosotros.

—¿Es usted historiador, teniente?

—Soy arqueólogo. Soy el director del Museo de Londres.<sup>[21]</sup>

El oficial de Asuntos Civiles asintió con la cabeza.

—Entonces haga usted algo, señor director.

Al ver que el OAC lo decía en serio, Wheeler se puso manos a la obra. Por suerte, no tardó en descubrir que un colega arqueólogo del Museo de Londres, el teniente coronel John Bryan Ward-Perkins, estaba destinado como oficial de artillería en una unidad cercana a Leptis Magna. Entre ambos, con la ayuda del OAC, redirigieron el tráfico, fotografiaron los daños sufridos, apostaron vigilantes y organizaron trabajos de reparación en la ciudad en ruinas. «Por lo menos servirá para mantener ocupada a la tropa», pensaron.

En Londres, sus informes fueron recibidos con miradas socarronas. ¿Leptis Magna? ¿Preservar?

—Mándenselo a Woolley —dijo alguien por fin—. Él sabrá qué hacer.

Woolley era sir Charles Leonard Woolley, un arqueólogo de fama en el mundo entero que en los años previos a la primera guerra mundial había trabajado mano a mano con sir Thomas Edward Lawrence, más conocido como Lawrence de Arabia. Tenía sesenta años y servía en el Ministerio de Guerra británico, en un cargo del todo ajeno a su especialidad. Woolley, efectivamente, se interesó por aquellos antiguos

tesoros, y, en la primavera de 1943, los tres empezaron a dedicar su tiempo libre a preparar planes de conservación para los tres yacimientos de antigüedades de Libia.

Fueron Wheeler y Ward-Perkins quienes insistieron en que, además de protegerlos, «los yacimientos antiguos y los museos [del norte de África grecorromano] debieran hacerse accesibles a los soldados con el fin de despertar en ellos el interés por las antigüedades».<sup>[22]</sup> En otras palabras: un ejército culto es un ejército respetuoso y disciplinado. Y un ejército respetuoso y disciplinado es mucho menos susceptible de provocar estragos culturales. Sin saberlo, los británicos empezaban a apuntar hacia el mismo objetivo que con tanto ahínco perseguía George Stout en Estados Unidos: el primer programa de protección de monumentos situados en zona de guerra.

## LA PRIMERA CAMPAÑA

Sicilia

Verano de 1943

En enero de 1943, mientras Wheeler y Ward-Perkins formalizaban sus proyectos para Leptis Magna y George Stout se trasladaba a Maryland con la Marina, el presidente Roosevelt y Winston Churchill celebraban una cumbre secreta en Casablanca —el líder soviético, Iósif Stalin, también estaba invitado pero no pudo asistir—. Tras la expulsión de Italia de territorio argelino a manos de las fuerzas de la Francia Libre y Gran Bretaña, todo el norte de África quedaba bajo dominio aliado, aunque la Fortaleza Europea se mantenía incólume. Roosevelt, aconsejado por sus comandantes, y en especial por el general George C. Marshall, se mostraba partidario de un ataque inmediato a través del canal de la Mancha; por su parte, Churchill y sus asesores militares, con el respaldo de Dwight D. *Ike* Eisenhower, sostenían que los Aliados todavía no estaban listos. Después de diez días de reuniones, ambas potencias acordaron invadir Europa, pero no por el canal de la Mancha, sino por la puerta trasera: la isla de Sicilia, en la punta de la bota italiana.

La campaña de Sicilia sería una operación conjunta sin precedente en la historia: Estados Unidos y Gran Bretaña compartirían todas las decisiones, desde las operaciones de combate aéreo a las tareas de lavandería en la base de Argel. Ni que decir tiene que no iba a ser fácil integrar a dos ejércitos distintos. Casi de inmediato las tropas del norte de África constataron que ciertas tareas se prestaban a confusión: la comida corría a cargo de Gran Bretaña y los baños a cargo de Francia, cuando se suponía que iba a ser al revés. Era un presagio de lo que se avecinaba.

Entre las miles de responsabilidades compartidas entre las dos potencias «aliadas» aquella primavera se encontraba el incipiente programa de conservación emprendido por Wheeler y Ward-Perkins en Leptis Magna. A finales de abril de 1943, se decidió que dos oficiales, estadounidense el uno y británico el otro, serían enviados a Sicilia para inspeccionar los monumentos de los territorios ocupados «tan pronto como sea factible tras la ocupación».<sup>[23]</sup> Paul Sachs y los directores de los museos recibieron el primer revés cuando el ejército de Estados Unidos les pidió que recomendaran a alguien para ocupar el puesto de asesor estadounidense de Bellas Artes y Monumentos. Sugirieron a uno de los suyos, Francis Henry Taylor, el director del Met de cuyos «grandes planes» se burlaba George Stout, pero lo declararon inhábil para el servicio militar por razón de... su sobrepeso. El tiempo apremiaba, y

como había que elegir a alguien que formara ya parte del ejército, los directores escogieron al capitán Mason Hammond, un catedrático de clásicas de Harvard que se desempeñaba en los servicios de inteligencia de las Fuerzas Aéreas.

Desafortunadamente, nadie le explicó nada a Hammond, quien al desembarcar en Argel para incorporarse a la misteriosa misión lo único que sabía era que participaría en labores de conservación. Los primeros días fueron un no parar de sobresaltos, y no sólo por lo repugnante de la comida y lo insalubre de los baños.

Hammond llegó en junio y le informaron de que la invasión estaba programada para principios de julio.

¿Invasión? Él creía que estaba destinado al norte de África. No, le dijeron, su destino era Sicilia.

Así las cosas, lo mejor que podía hacer era ir a la biblioteca de Argel para ponerse al día, pues Sicilia quedaba fuera de su campo de especialidad. Lo lamentamos, le respondieron, nada de investigaciones públicas. Había que evitar que los espías alemanes pudieran prever el próximo movimiento del ejército.

En tal caso, estudiaría a partir de las investigaciones del ejército. Pero no pudo ser: por los mismos motivos, tampoco el ejército disponía de información.

¿Sería posible estudiar los listados y descripciones de los monumentos que supuestamente debía proteger? Por desgracia, Paul Sachs y sus colegas de Nueva York no habían terminado de confeccionarlos todavía. Tal vez tardaran semanas. Por lo demás, aun en el caso de que llegaran antes de la invasión, sería imposible consultarlos. La razón, siempre la misma: los espías alemanes. Los listados se enviarían a Sicilia, donde serían entregados a los comandantes *después* del desembarco.

En ese caso, necesitaría hablar de inmediato con el resto de expertos en arte.

¿Expertos? No había más que uno. Y era británico. Y... no se encontraba allí. Lord Woolley, que dirigía las operaciones del lado británico, habría querido en el cargo a Wheeler o a Ward-Perkins, pero ambos habían cambiado de destino desde la toma de Leptis Magna. Al saber que no podía contar con ellos, había decidido postergar su decisión.

¿Postergarla?

No había ningún otro oficial disponible. Al menos por el momento.

¿Y entre el personal que iba a ser desplegado?

No había tal personal.

¿Medios de transporte?

No había medios asignados.

¿Y máquinas de escribir? ¿Radios? ¿Linternas? ¿Mapas? ¿Papel de borrador?

¿Lápices?

Tampoco había suministros.

¿Y qué decían las órdenes?

No había órdenes. Tenía libertad para ir a donde gustara.

Hammond, al encontrarse con la realidad sobre el terreno, cayó en que, en resumidas cuentas, no había misión. Decir que tenía libertad, por lo visto, era una forma como otra de admitir que no había nada importante que hacer. Lo cual tampoco le quitaba el sueño. «Dudo que para este trabajo se requiera a un gran equipo de especialistas —le escribía a un amigo desde el norte de África—, dado que en el mejor de los casos se trata de un lujo, y los militares no verían con buenos ojos que un grupo de expertos en arte corriera por todas partes tratando de decirles que no estropearan nada.»<sup>[24]</sup> Ya el primer oficial de Monumentos, como se conocería a los expertos en conservación, vio de buen comienzo que el enfoque que el ejército estaba dando a la misión era una perfecta insensatez y una pérdida de tiempo.

Los Aliados arribaron a Sicilia la noche del 9 al 10 de julio de 1943. Hammond, que pese a formar parte de la fuerza de ocupación no estaba en un lugar prioritario en la lista de desembarque, no llegó hasta el 29 de julio, mucho después de que las tropas hubiesen abandonado la cabeza de playa. En Siracusa, su primer acuartelamiento, hacía calor pero corría una brisa agradable. Los funcionarios culturales del lugar lo recibieron con entusiasmo —los italianos de tierra firme y los alemanes les habían dispensado un trato lamentable y se alegraban de haberse librado de ellos— y se lo llevaron a visitar los monumentos locales. Pese a hallarse en plena ruta del ejército, sólo habían sufrido daños menores. En la costa sur, su próxima parada, reinaba la calma: ni rastro de nada que no fueran las colinas descendiendo con suavidad hasta el mar. Días después, al contemplar las formidables ruinas romanas de Agrigento, veteadas de sombra bajo el implacable sol siciliano, vio que presentaban graves daños, pero ninguno de ellos había sido cometido en los últimos mil años. Su predicción parecía cumplirse: aparte de consultar con unos pocos expertos sicilianos, un oficial de Monumentos no podía hacer gran cosa allí.

La realidad llamó por fin a la puerta en Palermo, la capital siciliana. Los Aliados habían bombardeado incesantemente la ciudad como parte de una campaña de distracción, arrasando la antigua zona portuaria, numerosas iglesias y catedrales, la biblioteca pública, los archivos y los jardines botánicos. Al parecer, los oficiales de la zona exigían que el Gobierno Militar Aliado hiciera algo al respecto y todos terminaban dirigiéndose al pobre capitán, que sentado sobre una silla plegable ocupaba un rincón mugriento en un despacho compartido. Los sicilianos estaban dispuestos a colaborar, pero necesitaban explicaciones, valoraciones, financiación para las restauraciones, equipo, medios y artesanos experimentados para intervenir con carácter de emergencia en los edificios con peligro de derrumbe. El arzobispo quería que se prestara una atención especial a las iglesias... y a su palacio personal. Y el general Patton, cuyas tropas del 7.º Ejército habían tomado la ciudad, quería dinero

para redecorar su cuartel, el antiguo palacio del rey de Sicilia.

Hammond no disponía de tiempo para escuchar todas las solicitudes, y tanto menos para darles respuesta. Durante más de un mes no pudo ni salir del despacho para realizar inspecciones sobre el terreno. Con su propia máquina de escribir, traída de casa, escribía largas cartas personales y los informes para el Ministerio de Guerra, en los que suplicaba información y refuerzos. La respuesta se hizo esperar hasta septiembre, cuando por fin se presentó el oficial de Monumentos británico, el capitán F. H. J. Maxse. Sin embargo, para entonces era ya demasiado tarde. Cuando los Aliados pasaron de Sicilia a la Italia continental el 3 de septiembre de 1943, el frustrado y confuso capitán Hammond seguía encallado, desesperado y sin saber qué hacer a cientos de kilómetros, en Palermo. A pesar de sus reducidas dimensiones, la rural Sicilia había desbordado las capacidades iniciales de la MFAA.

El 10 de septiembre de 1943, una semana después del desembarco aliado en la Italia continental, un Paul Sachs exultante le escribía a George Stout:

Debería haberle escrito hace algún tiempo para comunicarle que por fin su «embrión» ha tomado forma oficial y, como sabe, el presidente ha nombrado una Comisión Estadounidense para la Protección y Salvamento de Monumentos Artísticos e Históricos de Europa con el magistrado [del Tribunal Supremo] Roberts como presidente, y que me han pedido que participe en la comisión, a lo cual he accedido. [...] Me ha parecido [...] lo más indicado escribirle sin dilación, pues esta comisión no sólo es el resultado de las grandes ideas y firmes declaraciones que usted presentó durante la reunión en el Metropolitano que siguió a Pearl Harbor, sino que en verdad considero que es usted el auténtico padre del proyecto. [...] Creo con firmeza que el nombramiento de esta comisión se debe a su iniciativa, a su imaginación y a su energía.

[25]

Stout debió de quedarse algo desconcertado al leer la noticia. No cabía duda de que él era el padre, pero ¿qué era lo que había dado a luz? ¿Una nueva capa burocrática en vez del cuerpo de peritos destacados en primera línea que había previsto? Tras dos años de esfuerzos, el que había logrado imponerse era el proyecto de Paul Sachs y los directores de los museos, no el suyo.

El 13 de septiembre, mientras el 5.º Ejército estadounidense luchaba a la desesperada por mantener la cabeza de playa de Salerno, Stout le respondió a Sachs: «Mis congratulaciones al gobierno de Estados Unidos y al presidente de la comisión estadounidense por haberle aceptado —decía quitándose importancia con su habitual estilo entre mordaz y humorístico—. Es usted muy considerado al concederme tan gran parte en la puesta en marcha de esta misión, pero exagera usted de forma bárbara. No hacía falta ni mucho menos ser una lumbrera para entender lo que debería hacerse. Lo que cuenta es llevarlo a la práctica».

[26]

20 de marzo de 1941

*Informe al Führer de Alfred Rosenberg, jefe de la principal organización encargada del saqueo nazi, conocida como ERR*

Notifico la llegada del principal cargamento de «bienes culturales» [Kulturgut] judíos sin dueño al punto de salvamento de Neuschwanstein vía tren especial el sábado día 15 del presente. La protección ha corrido a cuenta de mi equipo de Tareas Especiales [Einsatzstab] de París. Dicho tren especial, facilitado por el Reichsmarschall Hermann Göring, consiste en 25 coches de carga llenos de cuadros, muebles, gobelinos y objetos de artesanía y decoraciones de gran valor. El cargamento se compone en buena medida de las piezas más importantes de las colecciones Rothschild, Seligmann, Bernheim-Jeune, Halphen, Kann, Weil-Picard, Wildenstein, David-Weill, Levy-Benzion.

Mi equipo de Tareas Especiales inició su labor confiscadora en París en el mes de octubre de 1940 en cumplimiento de sus órdenes, mi Führer. Con la ayuda del Servicio de Seguridad (SD) y la Policía Secreta del Ejército [Geheime Feldpolizei] han podido identificarse de forma sistemática todos los escondites y lugares de almacenamiento con posesiones artísticas pertenecientes a emigrantes judíos fugitivos. Dichas posesiones se han reunido en un almacén cedido por el Louvre de París. Los historiadores de arte de mi equipo han inventariado con rigor científico todo el material y fotografiado todas las obras de valor. En breve, terminada la operación, estaré en condiciones de remitirle un catálogo definitivo de todas las obras confiscadas con datos exactos acerca de su origen, además de su evaluación y descripción científicas. En estos momentos el inventario consta de más de 4.000 objetos artísticos, parte de ellos de valor artístico superior. Aparte de dicho tren especial, hace ya algún tiempo que las obras maestras escogidas por el Reichsmarschall —principalmente de la colección Rothschild— se han despachado a Múnich a bordo de dos coches especiales. Una vez allí, han sido depositadas en los refugios antiaéreos del edificio del Führer.

[...] Además del cargamento principal se encuentran a buen recaudo en París un buen número de posesiones artísticas judías abandonadas. Se procede con ellas de la manera referida con vistas a su envío a Alemania. En estos momentos no disponemos de detalles acerca de las dimensiones de este segundo cargamento. No obstante, se estima que el trabajo en los territorios occidentales podrá darse por concluido dentro de dos o tres meses. Será posible entonces realizar un segundo envío a Alemania.

Berlín, 20 de marzo de 1941 A. Rosenberg

## MONTECASSINO

Italia meridional  
Invierno de 1943-1944

El 5.º Ejército estadounidense desembarcó en las proximidades de Salerno el 9 de septiembre de 1943. En teoría se trataba de un desembarco sorpresa, sin apoyo aéreo o naval, pero en cuanto los transportes de tropas se acercaron a las costas salernitanas, los alemanes gritaron en inglés por un altavoz: «Acérquense y ríndanse. Les estamos apuntando», lo cual no impidió que los estadounidenses abrieran fuego y que aquélla se convirtiera en una de las batallas más sangrientas de la guerra. El resto de la campaña tampoco fue fácil. La batalla por los principales aeródromos de Foggia, por ejemplo, fue tan intensa que, a su término, la diezmada 82.ª División Aerotransportada tuvo que unirse al X Cuerpo británico.

Con todo, el 5.º Ejército alcanzó su objetivo primordial, la ciudad portuaria de Nápoles, el 1 de octubre. El avance prosiguió sin pausa y el 6 de octubre se ganó la elevación situada al sur del río Volturno. Ante las tropas se extendían varios cientos de kilómetros de terreno escarpado, sembrado de fortificaciones y cruzado por cuatro grandes líneas defensivas. La capitulación italiana, declarada el 3 de septiembre, el día del primer desembarco aliado en suelo peninsular, se había hecho pública el día 8, pero el hecho no cogió por sorpresa a Hitler, quien, previendo la falta de determinación de los italianos, había apostado tropas por todo el país. Al mismo tiempo que los italianos rendían las armas, los refuerzos alemanes ocupaban posiciones. Eran tropas bien adiestradas, curtidas en el campo de batalla, determinadas. Además, estaban por todas partes. El tiempo empeoró. Las lluvias torrenciales transformaron las pistas de barro en ciénagas, y éstas se convirtieron en hielo por culpa del frío. Los ríos se salían del cauce y los campamentos de las tropas se inundaban. El traicionero terreno montañoso situado al norte del Volturno permitía a los alemanes atacar y retirarse con letal eficacia. Los observadores alemanes situados en lo alto de las montañas ordenaban fuego de artillería de forma incesante. Los comandantes aliados habían planeado llegar a Roma antes del comienzo de invierno. Para cuando cayó la primera aguanieve todavía no se encontraban ni a mitad de camino.

El 1 de diciembre, el 5.º Ejército entró en el valle del Liri. Las unidades de flanco combatieron a los alemanes sobre las cumbres nevadas mientras el contingente principal avanzaba por el valle bajo un auténtico diluvio, la mayor parte del tiempo al abrigo de la oscuridad, pero en todo momento bajo fuego enemigo. Cuarenta y cinco



días más tarde llegaron al otro extremo del que ya se conocía como el valle del Corazón Púrpura, por el elevado número de soldados heridos o caídos en acto de servicio. Ante ellos se encontraba la ciudad de Cassino, el pilar de la Línea Gustav, el principal atrincheramiento de los alemanes al sur de Roma. La cadena montañosa que se alzaba sobre la ciudad dominaba todo el valle, y gracias a ello los alemanes pudieron repeler el asalto aliado del 17 de enero de 1944. La lluvia siguió cayendo durante semanas sobre el pelotón de hombres, muertos de frío a causa de las bajas temperaturas. El segundo embate aliado también fue repelido, provocando un gran número de bajas; las balas caían con tanta intensidad como la lluvia.

El ascenso a la montaña fue difícil, pero mucho peor habría de ser lo que aguardaba en la cima: la formidable, majestuosa y milenaria abadía de Montecassino. El monasterio había sido fundado por san Benito hacia el año 529, durante los últimos días del Imperio romano, en parte porque su excelente posición defensiva le ofrecía protección frente al mundo pagano. En Montecassino escribió el santo las reglas benedictinas, introduciendo con ellas la tradición monástica en Occidente. La abadía era tierra sagrada, un centro intelectual y «un símbolo de la preservación y el cultivo de los logros de la mente aun en tiempos de gran congoja».<sup>[27]</sup> Mas por aquellos días, la espléndida e imponente abadía parecía observar desafiante a los exhaustos y ensangrentados soldados aliados, como un símbolo del poderío nazi.

Los mandos aliados se resistían a destruir la abadía. Sólo unas pocas semanas antes, en una de sus últimas disposiciones antes de abandonar Italia, el general Dwight D. Eisenhower había emitido una orden ejecutiva por la cual prohibía bombardear emplazamientos de importante valor histórico-artístico. Montecassino, una de las grandes obras de la temprana cultura italiana y cristiana, era, por supuesto, un lugar protegido. Es cierto que la orden de Eisenhower contemplaba algunas excepciones: «Si tenemos que elegir entre destruir un edificio famoso y sacrificar a nuestros hombres —escribió—, entonces la vida de nuestros hombres cuenta infinitamente más y el edificio deberá caer»,<sup>[28]</sup> pero también trazaba una línea entre la necesidad y la conveniencia militar, y ningún comandante estaba dispuesto a ser el primero en averiguar dónde empezaba una y terminaba la otra.

De modo que durante un mes los mandos aliados estuvieron vacilando, y durante un mes los soldados aliados tuvieron que aguantar el tipo en las profundidades del valle de la muerte. Empezaba a hacer un frío polar y parecía que la lluvia no fuera a remitir jamás. Muchos días, las nubes eran tan espesas que las tropas no alcanzaban a ver el monasterio, y el mundo se reducía a los troncos renegridos de los árboles mordidos por las balas. Otros, las nubes se retiraban y la abadía los vigilaba sin perderlos de vista. Día tras día, los soldados avanzaban a través del barro helado y espeso, calados hasta los huesos y hostigados por los proyectiles alemanes. La prensa se hizo eco de sus adversidades e informó no sólo de la severidad de las condiciones,

sino también de la creciente lista de muertos y heridos. Con el tiempo, prensa y soldados dejaron de considerar la montaña como una maravilla para ver en ella una trampa mortal y traicionera, erizada de cañones alemanes. El nombre de Montecassino dio la vuelta al mundo: la montaña de la muerte, el valle de la tristeza, el edificio que se interponía entre las fuerzas aliadas y Roma.

La ciudadanía, consternada por el sufrimiento de los muchachos, exigió la destrucción de Cassino. Los mandos británicos se pronunciaron en el mismo sentido. También los soldados. Pero los mandos estadounidenses y franceses, a falta de pruebas que demostrasen que los alemanes se encontraban en el interior de la abadía, se oponían. El brigadier Butler, comandante segundo de la 34.<sup>a</sup> División estadounidense, señalaba: «No estoy seguro, pero no creo que el enemigo se halle en el interior del convento [*sic*]. Los disparos proceden de las lomas de la colina que quedan debajo del muro».<sup>[29]</sup> Al final, las fuerzas británicas y, sobre todo, indias, australianas y neozelandesas, designadas como primera oleada del asalto contra el atrincheramiento alemán, terminaron imponiéndose. El mayor general Howard Kippenberger, comandante de las fuerzas neozelandesas en Montecassino, resumió así la necesidad del bombardeo:

Si entonces no estaba ocupado [el monasterio], lo estaría al día siguiente, y en cualquier caso no parecía difícil que el enemigo pudiera valerse de él para introducir reservas durante un ataque o para parapetar ahí sus tropas en el caso de perder las posiciones exteriores. Era imposible pedirles a nuestros hombres que tomaran una colina dominada por un edificio intacto como aquél.<sup>[30]</sup>

El 15 de febrero de 1944, entre los vítores de los soldados aliados y los corresponsales de guerra, un bombardeo aéreo a gran escala destruyó la magnífica abadía de Montecassino. El general Eaker, de las Fuerzas Aéreas estadounidenses, lo saludó como un gran triunfo, una muestra de lo que en lo sucesivo los alemanes podían esperar de la guerra.

Pero el resto del mundo no vitoreaba. Al contrario: Alemania e Italia intentaron volver las tornas contra los Aliados, sugiriendo que si aquello era lo que el mundo podía esperar de ellos, entonces los bárbaros y los traidores eran los Aliados. El cardenal Maglione, hablando en nombre del Vaticano, tachó la destrucción de la abadía de «yerro colosal» y de «muestra de burda estupidez».<sup>[31]</sup>

Dos días después, tras una serie de ataques menores, los Aliados lanzaron un asalto a gran escala. Una vez más, las tropas fueron repelidas a balazos. Tal y como había sospechado el brigadier Butler, los alemanes no se encontraban en la abadía — pues habían respetado la importancia cultural del lugar—, y el bombardeo no había debilitado sus posiciones. Es más, las había reforzado al permitir el aterrizaje de paracaidistas en las ruinas, con el consiguiente incremento de las defensas. Para la captura de Montecassino serían necesarios otros tres meses y unos 54.000 muertos y heridos entre las filas aliadas.

El 27 de mayo de 1944, una semana después de su conquista y más de tres meses después de su destrucción, el primer oficial de Monumentos que visitó la ciudad de Cassino, el mayor Ernest DeWald, se llegó al lugar para inspeccionar las ruinas de la abadía. Se encontró con que, si bien los fundamentos y las estancias subterráneas del complejo estaban intactas, casi todo lo que sobresalía de la superficie había sido arrasado. La iglesia del siglo xvii había desaparecido; la biblioteca, las galerías de arte y el monasterio no eran más que cascotes. DeWald encontró los restos de lo que antaño había sido la basílica, pero no halló el menor rastro de sus famosas puertas de bronce del siglo xi. Ignoraba si la rica biblioteca y la celebrada colección de arte del monasterio habían quedado enterradas o habían sido destruidas, o si los alemanes se las habrían llevado antes del bombardeo. La única pieza de valor que el mayor DeWald encontró aquella tarde, removiendo entre los escombros, fueron las caras de los ángeles que habían adornado la sillería del coro. Aunque algunas estaban rotas, la mayoría seguían enteras, y sus ojos observaban sin parpadear el vasto cielo azul.

16 de abril de 1943

*Oficio de remisión de Rosenberg a Hitler anejo a los álbumes de fotografías de obras de arte robadas para el Führermuseum*

Führer:

Deseoso, mi Führer, de proporcionarle alguna alegría con motivo de su cumpleaños, me he tomado la libertad de regalarle una carpeta con fotografías de algunos de los cuadros más valiosos que mi Einsatzstab, en cumplimiento de sus órdenes, ha tomado en custodia procedentes de las colecciones artísticas judías sin dueño de los territorios occidentales ocupados. Dichas fotos vienen a sumarse a la colección de cincuenta y tres valiosas obras de arte entregadas hace un tiempo a su colección. La carpeta representa tan sólo un pequeño porcentaje del excepcional número y valor de dichas obras de arte, incautadas por mi *Dienststelle* [mando de servicio] en Francia y conservadas a buen recaudo en el Reich.

Le ruego, mi Führer, me conceda, durante mi próxima audiencia, la oportunidad de informarle de viva voz del objeto y alcance de dicha operación de incautación artística. Le ruego que acepte un breve informe escrito sobre el progreso y envergadura de la operación de incautación que servirá como base del ulterior informe oral, así como tres copias de los catálogos provisionales que, a su vez, representan tan sólo una parte de su colección. Le remitiré el resto de catálogos, actualmente en curso de confección, en cuanto estén terminados. Me tomaré la libertad, mi Führer, durante la citada audiencia, de hacerle entrega de otras veinte carpetas con fotografías, en la esperanza de que este breve recreo con las bellas obras de arte a su corazón más caras arroje un rayo de belleza y alegría en su venerable vida.

Heil, mi Führer

A. Rosenberg

## MONUMENTOS, BELLAS ARTES Y ARCHIVOS

Shrivenham, Inglaterra  
Primavera de 1944

George Stout, el distinguido conservador del Fogg reciclado en militar de Marina, respiraba las primeras brisas templadas de la primavera británica. Era el 6 de marzo de 1944, había pasado un mes desde la destrucción de Montecassino, pero todavía faltaban unos meses para la planeada invasión del norte de Francia. El sur de Inglaterra estaba repleto ya de soldados británicos y estadounidenses, más de un millón si hay que hacer caso de los rumores, lo cual no contribuía a mejorar la situación de un país cosido a bombazos tras cuatro años de ataques de la Luftwaffe y en el que la comida y los productos básicos escaseaban. «Lo malo de los yanquis es que están sobrepagados, sobresexuados, sobrealimentados y sobre nosotros», decía un dicho popular que corría por Londres.<sup>[32]</sup> Claro que ¿qué podía esperarse de aquellos jóvenes, muchos de ellos apenas adolescentes? Sin duda actuaban con prepotencia, pero sólo era una forma de ocultar su miedo. Al fin y al cabo, en breve tendrían que lanzarse a las cabezas de playa de la Fortaleza Europea y todos sabían que muchos de ellos nunca volverían a casa.

En Shrivenham, una pequeña población rural a medio camino entre Bristol y Londres, el ambiente era distinto. El cuerpo conjunto británico-estadounidense de Asuntos Civiles había convertido la escuela norteamericana (una universidad de estilo americano) en un centro de adiestramiento de Asuntos Civiles, y, quitando algún que otro pelotón de soldados marchando en uniforme, las paredes de piedra y las amplias extensiones de césped parecían muy alejadas de los horrores de la guerra.

Lo que más llamaba la atención de George Stout cuando salía del recinto eran los retoños. En los árboles despuntaban ya los primeros brotes de la primavera y, aunque Stout los juzgaba prematuros y temía que una helada tardía pudiera quemarlos, se sentía lleno de optimismo. Los rigores del invierno habían pasado y la noche anterior había recorrido ocho kilómetros a pie hasta el pub local con un par de colegas, un inglés y un norteamericano. El pub era el típico abrevadero inglés: granjeros rubicundos con pintas de cerveza, vigas de madera, paredes de piedra, la diana de los dardos en una esquina, ni un soldado a la vista. La cerveza era suave y amarga; la compañía, agradable. Echaba de menos las tablas del barco con el que había cruzado el Atlántico, la formación cerrada, el ritmo simple y preciso del mar. El paseo de

regreso a Shrivenham por la oscura y ordenada campiña de Oxfordshire, con sus campos nítidamente circunscritos y sus cuidados huertos y jardines de flores, era justo lo que Stout necesitaba para olvidar que ya llevaba allí dos semanas y que todavía no había recibido ninguna carta de los suyos.

«Un marinero destinado al ejército de tierra —pensaba para sí—. Soy como un pez fuera del agua. Aquí no me encuentra ni el cartero».

Pero aquel domingo, de camino a la aldea vecina bajo la fresca luz de la mañana, podía ver el desorden del mundo que lo rodeaba. Los bojés y los demás árboles cubiertos de hiedra. Los sinuosos muros de piedra. Los dispersos retoños, algunos entreabiertos, otros aplastados por las suelas en el barro. Los campos llenos de pisadas de animales. El enramado de los árboles. La carretera serpenteante. Todo parecía inconexo, pero por debajo de la superficie podía intuirse un orden, cierta armonía entre espacio y tiempo, una composición en aparente desorden, hasta que de pronto, uno logra apreciar la lógica de los trazos.

Aun así, Stout habría preferido no salir del barco. O estar en casa. Poder trabajar en un mundo en paz. Pero aquello era la guerra, y además tenía que admitir que la misión encomendada le venía, valga la expresión, que ni pintada: Monumentos, Bellas Artes y Archivos. Cuando lo pensaba casi le entraba la risa. La unidad de peritos con rango de oficiales destinada a hacerse cargo de la conservación artística por fin estaba en marcha.

La subcomisión de Monumentos, Bellas Artes y Archivos (MFAA) había adquirido forma definitiva a finales de 1943 como operación conjunta entre Estados Unidos y Gran Bretaña, dirigida por la rama de Asuntos Civiles del Gobierno Militar Aliado para los Territorios Ocupados (AMGOT) y supeditada en última instancia a la división M-5 del Ministerio de Guerra británico. Los escollos burocráticos eran un buen testimonio de la prioridad concedida a la operación, que se hallaba tan abajo en la cadena de mando que resultaba casi invisible. Todo el mundo tenía presentes los errores cometidos en Italia. La oficina de Hammond había sido disuelta y reemplazada por una nueva jerarquía, pero la operación de la MFAA en Italia —operación completamente al margen, dirigida por una cadena de mando distinta dependiente de la Comisión de Control Aliada (ACC)— seguía teniendo dificultades para actuar. Por poner un ejemplo: cuando se tomó la decisión de destruir la abadía de Montecassino no había ni un solo oficial de Monumentos al norte de Nápoles. Ese fracaso no sólo hizo que los oficiales de Monumentos de Italia pasaran a la acción de inmediato, sino que demostró lo difícil que era crear una organización en plena campaña militar.

Era de esperar que en el norte de Europa la situación fuera distinta. La intención de Asuntos Civiles era desplegar un grupo de oficiales sobre el terreno antes de desembarcar en Francia. La Comisión Roberts había encomendado a Paul Sachs, el

jefe de Stout en el Museo Fogg, la responsabilidad de seleccionar a los estadounidenses destinados al cuerpo, y George Stout había sido uno de los primeros elegidos. Eso ocurría en septiembre de 1943. Stout llevaba meses sin tener noticias, aunque tampoco le sorprendía, pues sabía muy bien que con proyectos como aquél era fácil que saliera el tiro por la culata, según la ingeniosa (si bien accidental) opinión de uno de sus compañeros en la Marina.<sup>[33]</sup> Por lo demás, ningún proyecto que dependiera de los directores de los museos le merecía crédito alguno.

Pese a su desconfianza, Stout envió a Sachs unas cuantas recomendaciones de cara a la operación. Cada ejército, señalaba, debía disponer de un equipo de conservadores formado por personal especializado, diez personas como mínimo, dieciséis a poder ser, incluyendo embaladores, encargados de transporte, taxidermistas (sí, taxidermistas), secretarios, chóferes y, sobre todo, fotógrafos. El personal no podía reclutarse sobre el terreno, porque Stout sabía por su experiencia en la primera guerra mundial que en el campo de batalla nadie es prescindible y ningún comandante estaría dispuesto a ceder a sus hombres. Era preciso, pues, contar con personal específico para las tareas de conservación y con un buen equipo: jeeps, camiones, cajones, cajas, material de embalaje, cámaras, aerómetros para comprobar la calidad del aire... Todas las herramientas del oficio.

En diciembre, Stout seguía sin recibir respuesta de Sachs y oyó rumores de que la operación estaba en un *impasse*. Dando por hecho que los directores se encontraban en un callejón sin salida, volvió a trabajar en camuflaje aéreo. Era una pena, pensaba, que el ejército hubiera dejado el asunto en manos de los *sahibs*.

Stout no abandonó su incredulidad ni tan sólo cuando le anunciaron su traslado en enero de 1944. En una carta a su esposa Margie escribía:

Con respecto a la operación de salvamento, pienso lo mismo que tú. Si se organiza bien, puede salir adelante y ser de mucha utilidad. Si no, surgirán irritantes dificultades, retrasos y frustraciones. En cualquier caso, creo que serán inevitables. Me guste o no, si el ejército decide llevar a cabo el plan, es probable que yo participe. [...] Una cosa es segura: si sale adelante, será un proyecto militar. No lo dirigirán los civiles desde los museos, sino el ejército y la Marina. Si la gente al mando fueran los civiles de los museos, yo me lavarías las manos. [Pero] mis compañeros serán militares, según tengo entendido. En el ejército y la Marina la eficacia es la regla y las relaciones con la gente se basan en la más completa sinceridad. Aquí las imposturas no llegan muy lejos. Así que veremos.<sup>[34]</sup>

George Stout subestimaba a los *sahibs*. La comunidad museística, en la figura de la Comisión Roberts (y después de su equivalente inglesa, la Comisión Macmillan), había posibilitado la creación del cuerpo de conservadores y había sido la gran impulsora del proyecto. Cabe dudar de que el ejército estadounidense hubiera permitido la MFAA de no ser por el prestigio de la Comisión Roberts, formada con el apoyo explícito de Roosevelt; y nadie estaba mejor capacitado que los dirigentes de la élite cultural norteamericana para reunir al grupo de «trabajadores especiales» de George Stout. La lección del norte de África y Sicilia —que el ejército estaba

dispuesto a escuchar a los conservadores, siempre y cuando fueran oficiales militares, y que dichos conservadores debían acceder al frente durante o inmediatamente después del combate, no semanas ni meses más tarde— serviría para delinear las bases de un plan factible. Y para Stout, por lo menos, había otro signo prometedor: ni un solo director de museo había entrado a formar parte del cuerpo de oficiales de la MFAA.

No, no era el perfil de los oficiales ni la finalidad de la misión lo que preocupaba a George Stout aquella mañana inusualmente cálida en que sus pensamientos giraban en torno a la inminente invasión, sino el carácter *ad hoc* de la operación. No existía ninguna declaración formal de la misión, ni siquiera una cadena de mando determinada. Nadie parecía saber muy bien cuántos hombres serían necesarios, cómo se repartirían por el continente, ni cuándo, ni si se les sumarían más soldados. Los oficiales llegaban sin más con sus documentos de traslado, sin aparente orden ni concierto. Los escritos que Stout había publicado a partir de 1942 se utilizaron para confeccionar un manual general sobre procedimientos de conservación, aunque Stout no participó de forma directa en la redacción. Contrariamente a lo previsto, los hombres de Monumentos que iban llegando no tenían formación específica. Se hacía énfasis sobre todo en puntos básicos como el inventario de monumentos protegidos en los distintos países de Europa. Que Stout supiera, ni siquiera había alguien al frente del lado militar de la operación, como la provisión de armas, jeeps, uniformes o raciones. Decir que la carrera para reunir una unidad de conservación antes de la invasión de Francia había empezado despacio era decir poco.

Aparte de eso, estaba la cuestión de las dimensiones del operativo. Stout había recomendado a Sachs una plantilla de dieciséis hombres por oficial, pero cada vez parecía más evidente que quizá no habría ni dieciséis hombres en todo el operativo de la MFAA en Europa. Stout sabía que no era fácil negociar traslados a través de la burocracia militar, y tanto menos cuando lo que se prepara es la operación más importante de la historia mundial. Además, estaba seguro de que Sachs conocía a hombres mejor cualificados; después de todo, él había formado a la mayor parte de los jóvenes trabajadores de los museos de Norteamérica, y por eso le extrañaba que los hombres destinados a la sección de Monumentos pudieran contarse con los dedos de la mano: Rorimer, Balfour, LaFarge, Posey, Dixon-Spain, Methuen, Hammett. Con un poco de suerte llegarían a la docena. En total. Menos que los hombres que compartían mesa con él durante la travesía hasta Inglaterra, y eso que el suyo era sólo un barco entre mil y que en él se daba de comer a cientos de personas todos los días.

Pensó en los oficiales de Monumentos de que disponían hasta el momento posando para un retrato imaginario en la soleada ladera que bajaba hasta las puertas de su base de Shrivensham.

Geoffrey Webb, el oficial al mando, alto y enjuto, cincuentón, titular de la cátedra



Slade de Cambridge y uno de los estudiosos del arte más prominentes de las islas Británicas.

A su lado, lord Methuen y el jefe de escuadrón Dixon-Spain, veteranos ambos de la primera guerra mundial.

El más joven del contingente británico era Ronald Balfour, menudo y medio calvo, unos cuarenta años e historiador del arte en el King's College de Cambridge — de hecho era colega de Geoffrey Webb y había entrado en la MFAA a sugerencia de éste—. Stout, que compartía cuarto con Balfour en Shrivvenham, se había sentido atraído enseguida por el talante lúcido, generoso y cortés de su compañero. Ferviente protestante, Balfour era un experto en estudios eclesiásticos, en los que se había introducido procedente del campo de la historia, que por supuesto también tenía su parte de implicaciones e imágenes religiosas. Tras licenciarse había permanecido en Cambridge y se había convertido en lo que los ingleses llaman un *gentleman scholar*, un académico profesional despreocupado de publicar o medrar, enamorado de las empresas intelectuales y las largas y reposadas charlas y discusiones con tertulianos afines a sus inquietudes.

Según Stout, con los años se había convertido en un enamorado del papel. Podría considerársele el experto en archivos y manuscritos del grupo, el único entre ellos a quien preocupaba más la salvación de los documentos históricos que de las artes visuales. Su mayor triunfo —como el propio Balfour dijo en más de una ocasión— era la biblioteca de ocho mil volúmenes que había conseguido reunir a sus cuarenta y cinco años, todos ellos libros de calidad, según él mismo se complacía en señalar. Pese a ser un hombre criado entre papeles, Ronald Balfour no era un hombre de papel: puede que su pequeña estatura y sus gafas de montura metálica no le confirieran un aspecto aguerrido, pero poseía una determinación férrea y ardía en deseos de entrar en combate. Se había educado en la disciplina militar en el centro de Inglaterra —Buckinghamshire, para ser más precisos— y conocía y respetaba la cultura castrense. Por lo demás, había tardado años en reunir su biblioteca y no estaba dispuesto a dejar que las bombas alemanas la destruyeran.

Luego estaba la sección estadounidense: Marvin Ross, antiguo alumno de Harvard, experto en arte bizantino y segundo al mando después de Webb, y Ralph Hammett y Bancel LaFarge, ambos arquitectos y expertos en edificaciones.

Walker Hancock, a sus poco más de cuarenta años, era un reputado escultor de obras monumentales. Su obra *Sacrificio*, el memorial a los soldados en San Luis, Missouri, su ciudad natal, resultaba significativa, pues Hancock, más que otros compañeros suyos, era un hombre presto al sacrificio: se había sacrificado por su padre ingresando por un tiempo en la Academia Militar de Virginia durante la primera guerra mundial. De haber sido preciso, no habría vacilado en volver a sacrificarse, pero al finalizar la guerra su vocación artística lo había llevado a volver a

su ciudad de origen para estudiar en la Universidad de Washington primero y en la Academia de Bellas Artes de Pensilvania después, hasta entrar, a finales de la década de 1920, en la Academia Americana de Roma. Era el artista del grupo y tal vez, pensaba George Stout, su miembro más condecorado. En 1925, Walker Hancock había recibido el prestigioso Premio de Roma, y en 1942, durante la instrucción básica, supo que había ganado el concurso para diseñar la Medalla del Aire, uno de los máximos honores de la carrera militar. Gracias al galardón lo habían apartado de las unidades de infantería de primera línea.

Pese a su carácter despreocupado, accesible y optimista, el sacrificio personal de Walker Hancock era evidente: apenas unas pocas semanas antes de embarcar con rumbo a Inglaterra se había desposado con su prometida, Saima, en una pequeña capilla de la catedral Nacional de Washington. Saltaba a la vista que estaba profundamente enamorado de ella, pues parecía no pensar en otra cosa. Aun así, había sacrificado su carrera y su matrimonio por cruzar el océano. No sólo eso, sino que se había presentado voluntario, ya que en un principio el ejército lo había destinado al Pentágono, y lo había hecho de buen grado. Su dedicación, sus maneras y su afabilidad eran algo fuera de lo común. A Stout le costaba imaginárselo en el campo de batalla. Cuando pensaba en él, siempre lo veía echado con Saima en el estudio de su casa en Massachusetts —Hancock ponía mucho cuidado en guardar parte de su paga para la compra de la vivienda—, con la chimenea encendida y un gran busto de Atlas a medio esculpir al fondo. Hancock se reía. Nada lo desanimaba durante mucho tiempo. Tenía un carácter positivo y bondadoso, y aseguraba disfrutar incluso con el rancho.

James Rorimer, de sólo treinta y ocho años y recién llegado, era el polo opuesto del encantador Hancock: un hombre autoritario y ambicioso, forjado en el competitivo mundo de los museos; un hombre pequeño pero robusto, de aspecto guerrero. Había entrado a trabajar en el Museo Metropolitano de Arte nada más licenciarse en Harvard, y con menos de treinta años había desempeñado un papel crucial en los planes de expansión de la colección medieval del museo. En 1934, después de sólo siete años de carrera, había ascendido al rango de conservador de arte medieval. Al abrirse en 1938 la nueva sede de la colección medieval del Met, los Claustros, en la parte alta de Manhattan, Rorimer se había convertido en uno de sus promotores y conservadores más destacados. Sólo un hombre dinámico y de gran talento habría sido capaz de subir escalafones en el Met con tanta celeridad. Quizá por eso Stout no se sorprendió al saber que Rorimer provenía de una ciudad obrera como Cleveland, Ohio, y que su padre había alterado la ortografía del apellido judío Rorheimer por miedo al antisemitismo norteamericano.<sup>[35]</sup>

Rorimer, por supuesto, no pertenecía oficialmente a la sección de Monumentos. En teoría estaba destinado en Asuntos Civiles, el departamento encargado del

complejo de instrucción de Shrivenham. Rorimer había pasado a la MFAA el 3 de marzo, y Stout sabía de buena tinta que su interés en el área de monumentos era sincero y que el comandante de la MFAA Geoffrey Webb lo quería con ellos. ¿Cómo no? Rorimer era un estudioso de primera fila, hablaba francés, conocía bien París e incluso asistía a clase seis veces por semana en Shrivenham para manejarse con fluidez en alemán.

Stout tenía que admitir que si algo tenía el muchacho, era tenacidad. Nadie en Shrivenham había trabajado tan duro por ingresar en la MFAA y nadie porfiaba tanto por mejorar sus aptitudes. James Rorimer era de los que se desviven por cumplir la tarea encomendada. Stout sospechaba que lo hacía con las miras puestas en una futura condecoración de la élite cultural norteamericana. Si es que sobrevivía a la guerra.

Luego estaba Robert Posey, el *outsider* del grupo. Stout no sabía gran cosa acerca de él. La mayor parte del tiempo permanecía callado y separado de los demás. No formaba parte del círculo de Harvard de Paul Sachs y, que los demás supieran, no era una figura especialmente destacada en su campo, la arquitectura. Había crecido en la más extrema pobreza en Alabama, algo que según Stout saltaba a la vista, y se había licenciado en la Universidad de Auburn, honor financiado de forma casi íntegra por el Cuerpo de Instrucción de Oficiales en la Reserva. Su formación y temperamento eran declaradamente militares, lo cual, sumado a los conocimientos de su ámbito de especialidad, hacía de él un hombre ideal para la unidad. Nadie sabía muy bien cómo había logrado entrar en la MFAA. Se rumoreaba que había llegado a Inglaterra desde el Círculo Ártico, afirmación demasiado inverosímil como para no ser cierta. Llegó a decir, en un arrebatado de elocuencia, que era la única persona que había destruido un tanque en Pensilvania; por lo visto, como parte de su anterior quehacer militar, había diseñado un puente experimental que resultó ser un fiasco: el primer tanque que intentó cruzarlo cayó directo al río y se hundió. Stout sabía que el resto de oficiales de Monumentos no sabían muy bien cómo tratar con Robert Posey, pero Stout se mostraba más comprensivo. Posey era un obrero, un granjero de manual criado en la América profunda. Tenían mucho en común.

Aunque ahí terminaba la foto. Balfour el erudito británico, Hancock el artista amistoso, Rorimer el conservador porfiado, Posey el granjero de Alabama y, escondido en segundo plano, el distinguido George Leslie Stout, con su fino bigote. Stout doblaba un recodo de la carretera y le entraba la risa. George Stout no era ya el hombre impecable de antaño. El peso de la colada sucia sobre el hombro —no era otro el motivo de aquella excursión dominical— le recordaba que los aseos de la escuela de instrucción dejaban mucho que desear y que él presentaba un aspecto algo más descuidado de lo deseable.

Y es que por más que el «embrión» —como decía Paul Sachs— de la operación

fuera cosa suya, en aquel cuartel George Stout no era más que un recluta cualquiera, sin autoridad sobre nadie. Mejor así. Stout profesaba un recelo instintivo hacia los líderes, aun dentro del ejército; prefería mancharse las manos trabajando de verdad y lavárselas a conciencia al terminar.

Había que admitir que era un buen grupo. Si de él hubiera dependido, tal vez habría elegido a los mismos hombres. Por desgracia no eran más que once, sin embargo los once eran excelentes. Quizá no fueran conservadores con experiencia, pero no había motivos para quejarse: eruditos, artistas, conservadores de museos y arquitectos, hombres de los que trabajan para ganarse la vida, no de los que mandan trabajar a los demás. Eran profesionales establecidos. Casi todos estaban casados y la mayoría tenían niños. Tenían edad suficiente para saber lo que estaba en juego, aunque seguían siendo lo bastante jóvenes para sobrevivir a las inclemencias del campo de batalla.

Sobrevivir. A George no le gustaba pensar en esa palabra. Aquellos hombres y él se dirigían a la guerra, y eso significaba que probablemente algunos de ellos no sobrevivirían. Pensó que era un crimen mandarlos al frente sin el equipo y el personal adecuados.

Stout le achacaba la culpa a lord Woolley, el viejo arqueólogo del Ministerio de Guerra. Ronald Balfour solía decir que era un buen tipo, pero la verdad es que estaba ahogando al grupo. Woolley mostraba un orgullo desmedido ante el hecho de que entre sólo tres personas dirigieran toda la operación de conservación —una de ellas lady Woolley, su esposa—. Con tan poco personal, ¿cómo iba a tomarse alguien en serio la misión? «Proteger las artes al mínimo coste posible»,<sup>[36]</sup> era el lema de Woolley, tomado de la oración fúnebre de Pericles. Stout sabía que la jerarquía militar apreciaba la referencia histórica. Esa argucia les sería sin duda de gran utilidad sobre el terreno.

«Si se organiza bien», le había escrito a su esposa. Ahí estaba la clave. ¿Era mucho pedir cien hombres a un ejército que tenía un millón? ¿Realmente era demasiado pedir unos pocos miles de dólares para cámaras, radios y demás equipo básico?

—¿Qué te parece, George? Ahí está —dijo Ronald Balfour con su entrecortado acento británico.

Las palabras interrumpieron los pensamientos de Stout y lo devolvieron a Inglaterra, a la primavera de 1944. Levantó la vista. Ante él había un pequeño conjunto de casas de piedra con tejado de paja. Más allá sobresalía el campanario de una iglesia, uno de los motivos por los que se habían desplazado hasta aquella pequeña aldea. Stout echó un vistazo al sol, ya alto, y a continuación consultó el reloj. El servicio debía de haber terminado hacía ya un buen rato.

—Una parada rápida para dejar esto —dijo Stout, señalando la bolsa de la colada

— y subimos.

—Perfecto —contestó Balfour sonriendo.

Era difícil no tomarle aprecio a Balfour, pensó Stout, y, sobre todo, era un hombre en quien se podía confiar. Por suerte, porque serían los hombres como Balfour los que marcarían la diferencia. Stout era un científico, un hombre de su tiempo, pero nunca se fió de las máquinas. El hábil observador, que no la máquina, era lo esencial en el oficio de la conservación. En su opinión, ése era el secreto del éxito en cualquier empresa: observar el mundo de forma meticulosa, informada y eficaz, y actuar en consecuencia con lo observado. Para tener éxito sobre el terreno, un oficial de Monumentos no podía confiar tan sólo en sus conocimientos; se requería pasión, destreza, flexibilidad y nociones de cultura militar: saber hacia dónde apunta el cañón, cuál es la cadena de mando. Stout veía en Balfour una mezcla de aguda inteligencia, instinto práctico y respeto al uniforme. Y eso le inspiraba confianza.

«Llevadnos a destino —pensó—, y cumpliremos con nuestro cometido».

De joven, Stout había pasado un verano con su tío en Corpus Christi, Texas. Trabajaban seis días por semana; al séptimo pescaban. Un día atraparon un lenguado del golfo, un pez con ambos ojos al mismo lado de la cara que habita los fondos marinos. Para un muchacho de Iowa era difícil creer que en el mundo pudieran vivir peces tan insólitos y peculiares. Aquella tarde, de regreso al puerto, el motor se averió. Stout remó durante horas, pero la barca iba a la deriva, flotando inerte por las aguas poco profundas del golfo de México hasta que apareció una goleta y lo remolcó hasta la orilla. A partir de aquel día, Stout no volvió a fiarse de los motores. Sólo creía en las mareas y los remos. Sabía que así siempre lograría volver a tierra.

A decir verdad, la sección de Monumentos no desembarcaría en Francia con las manos vacías. Disponían de mapas cedidos por importantes estructuras y museos, dibujados bajo la supervisión de los directores de museos y otros asesores y después colocados sobre fotografías de reconocimiento aéreo. Los listados de monumentos protegidos, compilados por civiles y revisados por los oficiales de Asuntos Civiles, eran más que aceptables. Tampoco podía decirse nada en contra de los manuales de técnicas de conservación, basados en el trabajo del propio Stout.

Aun así, había que seguir puliendo la operación. Los directores de museos no comprendían la dinámica del ejército y el ejército seguía sin convencerse de que todo aquello fuera una buena idea. Los hombres de Monumentos eran simples asesores, no podían obligar a los oficiales de ningún rango a acatar sus decisiones. Se les permitía circular con libertad, pero no disponían de vehículos, ni de despachos, ni de personal de refuerzo, ni de un plan de apoyo. El ejército les había dado un barco, pero no el motor. George Stout se temía que sus compañeros no sólo iban a tener que remar, sino que tendrían que hacerlo a contracorriente. Aunque él sabía que cuando uno se echa al mar y no dejar de dar bogadas, tarde o temprano aparece una goleta.

«Llevarnos a destino —pensaba Stout, aún sin persuadirse de que la operación no fuera a hacer aguas en cualquier momento—. Darnos una oportunidad».

—Neorrománica —dijo Balfour por encima del hombro de Stout—. Pequeña pero bien edificada, probablemente de finales del XIX. ¿Tú qué opinas, George?

George Stout echó un vistazo a la iglesia rural. Era sencilla, sólida, con elegantes ornamentos. Nada en ella irradiaba una belleza deslumbrante, aunque tampoco se advertían discordancias, extravagancias o deterioros, por lo que el efecto general era agradable. Quizá fuera de estilo neorrománico, pero a Stout la palabra que le vino a la cabeza fue «romántico». Romántico como un paisaje hecho a medida de los amantes, en el que él y su esposa Margie hubieran podido ser felices tiempo atrás. ¿O tal vez romántico en el sentido de optimista y lleno de buenas intenciones, como ellos, que confiaban en poder salvar edificios como aquél en los campos de batalla de una guerra moderna?

—Si encontramos una como ésta en el continente, podemos darnos con un canto en los dientes —dijo Stout, levantando la vista hacia la iglesia.

Balfour sonrió.

—Ah, George, perro viejo. Tú y tu pesimismo.

Stout pensó en los dos seguros de vida que había contratado antes de zarpar para Inglaterra, por si acaso. No le gustaba dejar las cosas al azar.

—Soy optimista, señor Balfour. Un optimista cauto, pero optimista.

## LA TAREA

Sur de Inglaterra  
Finales de mayo de 1944

El 26 de mayo de 1944, el general Eisenhower, comandante supremo de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas, promulgó la siguiente orden.<sup>[37]</sup> A diferencia de Italia, donde la orden fue emitida casi seis meses después del comienzo de la invasión de Sicilia, ésta llegaba once días antes de la invasión del norte de Europa.

Pronto entraremos en el continente europeo para librar una batalla en defensa de nuestra civilización. Durante el avance, inevitablemente encontraremos monumentos históricos y centros culturales que a ojos del mundo simbolizan todo aquello por lo que estamos luchando.

Es responsabilidad de todos los comandantes proteger y respetar estos símbolos siempre que sea posible.

En ciertos casos, la negativa a destruir estas preciadas obras puede comprometer el éxito de la operación militar. Si esto ocurre, como en Cassino, donde el enemigo se aprovechó de nuestros vínculos emocionales para consolidar su defensa, las vidas de nuestros hombres serán lo primordial. Cuando la necesidad militar lo dicte, los comandantes podrán ordenar que se tomen las acciones pertinentes aunque ello suponga la destrucción de un lugar protegido.

Sin embargo, hay muchas circunstancias en que los daños y la destrucción no son necesarios y no pueden justificarse. En estos casos, los comandantes deberán aplicar la moderación y la disciplina con el fin de preservar lugares y objetos con valor histórico y cultural. Los oficiales de Asuntos Civiles informarán a los comandantes de la localización de este tipo de monumentos históricos, tanto en la línea del frente como en las zonas ocupadas. Dicha información, junto con las instrucciones pertinentes, será transmitida por la línea de mando al personal de todas las graduaciones.

EISENHOWER

Al día siguiente, la MFAA remitió al general Eisenhower, en el Cuartel General Supremo de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas (SHAEF por sus siglas inglesas), una lista de monumentos protegidos en Francia. Militares y civiles tenían el corazón en un puño. La guerra entera dependía de un salto a lo desconocido: la Operación Overlord, el desembarco en Francia. Tras ser informado del plan, Winston Churchill le estrechó la mano a Eisenhower y le dijo con lágrimas en los ojos: «Estoy con usted hasta el final; si esto fracasa, caeremos juntos».<sup>[38]</sup> En el mejor de los casos, una derrota significaría otros dos años para reagruparse y trazar un nuevo plan; en el peor, la caída de Gran Bretaña. Nadie quería interponerse en el camino hacia la victoria, y menos que nadie los oficiales de campo encargados de aprobar las listas de áreas protegidas en la zona de batalla. Así, el listado de monumentos protegidos de la MFAA fue rechazado por los oficiales de campo por demasiado extenso y perjudicial para las maniobras bélicas.

Era hora de que los jefes de la MFAA tomaran una decisión: ¿debían doblegarse bajo la presión de los militares o defender su misión y sus convicciones? En vez de modificar la lista, Woolley decidió ampliarla. De los 210 edificios protegidos de Normandía, según comunicó al SHAEF, 84 eran iglesias. Del resto, la mayoría eran ruinas romanas o medievales, círculos megalíticos prehistóricos, fuentes y estructuras semejantes que en nada podían aprovecharle al ejército. De acuerdo con sus estimaciones, en toda Normandía sólo había 35 edificios susceptibles de uso militar legítimo vedados por las restricciones de la MFAA. Los mandos militares leyeron estas explicaciones y la lista quedó aprobada de inmediato. El 1 de junio, la MFAA ya contaba con todos los miembros que se desplazarían al campo de batalla. Quince hombres servirían en el continente, excluyendo Italia: ocho estadounidenses y siete británicos (otro estadounidense y otros tres británicos habían llegado desde la «foto de grupo» de Stout en marzo, destinados a «unidades de campo» en Francia, Bélgica y Alemania). Siete de ellos trabajarían en el SHAEF, en tareas estrictamente organizativas. Los otros ocho fueron destinados a los ejércitos británico y estadounidense y a la zona de comunicaciones. Para resaltar la naturaleza conjunta de la operación, algunos hombres no fueron asignados al ejército de su país; así, uno de los estadounidenses pasó al XXI Grupo de Ejércitos británico y uno de los británicos al 1.<sup>er</sup> Ejército estadounidense. Por imposible que pueda parecer, estos ochos oficiales eran los responsables de inspeccionar y preservar todos los monumentos importantes que las fuerzas aliadas encontraran entre el canal de la Mancha y Berlín.



SECCIÓN

II

NORTE DE EUROPA



6 de junio de 1944

*Carta de James Rorimer a su esposa, Katherine*

Queridos:

Nos han comunicado que se prepara la invasión de Europa occidental por parte de una fuerza abrumadora. He leído el periódico de la mañana y he sentido una gran satisfacción al saber que Roma se ha salvado. Ahora pienso en las tropas y en la tarea que tienen encomendada. Nosotros los viejos estamos impacientes, por un lado, por ayudar a asestar el golpe de gracia a la tiranía, pero por el otro pensamos en nuestras familias y en las obligaciones que tenemos en tanto que maridos, padres, hermanos y miembros de la comunidad en tiempos de paz.

Mi situación ha cambiado, pero poco. No tengo la menor idea de lo que me depara el futuro. Espero poder ser de utilidad. Estoy convencido de que si me cuesta encontrar destino es sólo por mi baja graduación. Ni el hecho de conocer Europa y a los europeos, ni la capacidad para trabar amistades, ni el respeto de los auténticos valores, ni una carrera de éxito, ni una mente y un cuerpo útiles, ni los contactos..., nada de esto, ni siquiera la voluntad de ser útil –eso a lo que llaman servir a la humanidad– parece valer de nada. Espero seguir como oficial de Monumentos y Bellas Artes, pero no me han dado instrucciones acerca del tipo de trabajo que tendré que hacer.

Os quiere,

Jim

## GANÁNDOSE EL RESPETO

Normandía, Francia  
Junio-agosto de 1944

El bombardeo naval de la playa de Omaha comenzó a las 5.37 de la mañana del 6 de junio de 1944. Las bombas empezaron a caer al filo del alba. La primera oleada de tropas aliadas alcanzó la playa de Omaha a la Hora H: las 6.30. No tardaron en darse cuenta de que ni el bombardeo naval ni el aéreo habían surtido éxito. Desorientados por la espesa niebla y temerosos de atacar a sus propios transportes de tropas, los bombarderos habían arrojado su carga demasiado hacia el interior, dejando intactas a las fuerzas alemanas atrincheradas en el litoral. Las unidades estadounidenses desplegadas en los extremos oriental y occidental sufrieron un gran número de bajas antes de poder llegar a la mitad de la playa. La segunda oleada, treinta minutos más tarde, se encontró con los supervivientes inmovilizados en el pequeño banco de arena que marcaba la línea de la marea alta. Al poco, también ellos quedaron inmovilizados, en la playa había tanta gente que resultaba imposible descargar el equipo y los heridos se ahogaban bajo la marea creciente. Tras seis horas de combate y muerte, los estadounidenses lograron conquistar una franja de tierra peligrosamente estrecha. La marea engullía la cabeza de playa casi al mismo tiempo que ellos iban asegurándola.

Las tropas llegaban sin cesar, oleada tras oleada. Como la senda natural por la playa estaba cortada por el fuego cruzado alemán, pequeños grupos empezaron a escalar por los peñascos. El coronel George A. Taylor replegó a los supervivientes al grito de: «En esta playa sólo van a quedar dos tipos de personas: los muertos y los que van a morir. Y ahora salgamos de aquí de una maldita vez».<sup>[39]</sup> Aquel día, 43.000 soldados cruzaron el canal de la Mancha hasta la «sangrienta Omaha»; más de 2.200 murieron. La mayoría eran soldados rasos y voluntarios, adiestrados e instruidos para la batalla pero aun así con algunos resabios de su anterior vida como profesores, mecánicos, albañiles u oficinistas. Murieron en las playas de Sword, Gold, Juno y Pointe du Hoc. En la playa de Utah desembarcaron más de 23.000 hombres que, tras salir de la niebla y las olas, avanzaron imparables hacia las líneas alemanas. Las Divisiones Aerotransportadas 101.<sup>a</sup> y la 82.<sup>a</sup> habían lanzado a 13.000 paracaidistas tras las líneas enemigas, y si los soldados desembarcados no lograban reunirse con ellos al caer la noche, los paracaidistas corrían el riesgo de ser aniquilados. Aun en el caso de encontrarse con las unidades aerotransportadas, o lo que quedara de ellas, los

soldados sabían que la batalla no estaba ni mucho menos ganada, que la cabeza de playa era precaria y que un millón de combatientes alemanes aguardaban ocultos entre los setos, prestos a enterrarlos para siempre en suelo francés.

Los alemanes habían errado sus cálculos. Habían supuesto que los Aliados no serían capaces de facilitar suministros a un ejército sin un puerto, pero los soldados desembarcados en Utah llevaban consigo munición, armas y bidones de gasolina. No sólo llegaron la primera mañana, sino día tras día, tropas de infantería la mayor parte, pero también dotaciones de tanques, artilleros, capellanes, oficiales de ordenanza, ingenieros, médicos, periodistas, mecanógrafos, traductores y cocineros. Desembarcaron desde barcos de todo tipo, y en especial desde los LST (buques de desembarco de tanques). En un área de varios kilómetros había

LST en cada playa, sus grandes fauces se abrían y arrojaban tanques y camiones y jeeps y excavadoras y artillería pesada y ligera y montañas de cajas de vituallas y munición, miles de bidones de gasolina, cajones con radios, teléfonos, máquinas de escribir, formularios y todo cuanto se necesita en medio de una guerra.<sup>[40]</sup>

En el cielo, el rugido de la aviación aliada era incesante: sólo el Día D se realizaron 14.000 despegues, más otros tantos diarios en lo sucesivo, siempre y cuando el tiempo lo permitiera. Tal era el tránsito por el canal de la Mancha que, durante un mes, para cubrir una ruta de un día se necesitaban tres. En medio de aquella tormenta, a unos pocos metros de la playa de Utah, se alzaba una pequeña y sosegada iglesia de cuatrocientos años de antigüedad.

¿Qué debieron de pensar los soldados al verla? Lo más probable es que la mayor parte de quienes tocaron tierra en los cinco kilómetros de playa de Utah ni siquiera la vieran. Otros muchos debieron de pasar sin reparar en ella, pues apenas si se la menciona en memorias y relatos de la guerra. Es posible que al principio sirviera como puesto de descanso y, más tarde, como punto de encuentro desde el cual organizar el avance hacia el interior. Sin duda hubo hombres que murieron en ella, llevados a costas por sus compañeros o abatidos por los morteros, balas y minas de los alemanes. El tejado recibió fuego de artillería y algunas vigas se astillaron, pero la capilla resistió y, con el tiempo, pasó a oficiar servicios para los miles de hombres que llegaban a la costa y los cientos que regresaban del frente.

No fue hasta los primeros días de agosto cuando un soldado se fijó en las piedras y escribió:

Capilla de Santa Magdalena. El padre McAvoy ha colocado una señal que anuncia servicios diarios a las 17.00. Buena arquitectura renacentista del siglo XVI, en estilo *Maison Carrée*. En la zona adyacente a la carretera pueden encontrarse fragmentos que podrían emplearse en la restauración. La portalada principal presenta daños por fragmentación de procedencia sur u oeste. Tejado de madera en buen estado, con sólo daños menores.<sup>[41]</sup>

A continuación sacó una fotografía para archivar y mandar a Inglaterra. El soldado era el subteniente James Rorimer, el obstinado conservador del Museo Metropolitano, quien, a diferencia de los miles de tropas que habían cruzado la playa de Utah, no estaba en Francia para servirse de la capilla para cualesquiera usos a que fuese destinada. Como oficial de Monumentos, él estaba ahí para salvarla.

Como casi todo en Normandía, el despliegue del teniente Rorimer no salió exactamente según lo planeado. Debía haber desembarcado antes, pero su pasaje quedó aplazado porque el ejército concedía prioridad al personal destinado al frente, y, cuando por fin obtuvo pasaje, perdió el barco —el capitán de servicio no quiso esperar a un hombre de Monumentos, uno de los pocos soldados que iban a cruzar sin estar adscritos a ninguna unidad, de modo que zarpó con antelación—. Al día siguiente le dieron a escoger barco, y eligió cruzar con un grupo de veteranos franceses provenientes de la campaña del norte de África. Qué mejor que pisar suelo francés con las tropas de la Francia Libre.

A finales de julio, los Aliados confiaban en conquistar Francia en un santiamén; pero tras ocho semanas sólo habían avanzado cuarenta kilómetros en un frente de menos de ciento treinta de anchura. En muchos puntos, el avance era incluso menor. A principios de agosto, el 2.º Ejército británico y su oficial de Monumentos, Bancel LaFarge, acababan de dejar atrás Caen, su objetivo para el primer día. Otros cinco hombres de Monumentos habían llegado a Francia, pero todos se encontraron con que su zona de operaciones estaba limitada por la lentitud del avance. Lo que se preveía un *sprint* había resultado ser una carrera de obstáculos, y la prensa empezaba a decir ya que la situación estaba en «punto muerto». James Rorimer, llegado el 3 de agosto, fue el último miembro de la MFAA en desembarcar durante el transcurso de las operaciones de combate a gran escala en Normandía.

El motivo se le hizo evidente enseguida: no había sitio para nadie más. Pasada la playa de Utah, Rorimer no se encontró la apacible campiña francesa que allí había existido hasta dos meses antes, sino una ciudad abarrotada de soldados. En el canal, a su espalda, la estampa era «pasmosa e impresionante», según John Skilton, oficial de Asuntos Civiles que más tarde entraría en la sección de Monumentos. El canal estaba lleno hasta el horizonte de barcos a la espera de atracadero. Las playas estaban invadidas de tropas; el agua, llena de soldados vadeando por la orilla. En el cielo, miles de globos plateados formaban una barrera de seguridad contra la aviación enemiga. Al otro lado estaban los cazas aliados. Abajo, en la playa, el tráfico era continuo. «Nunca había visto tal cantidad de vehículos de toda clase y tamaño —escribió Skilton—, la carretera forma un cinturón ininterrumpido de vehículos hasta donde alcanza la vista.»<sup>[42]</sup>

Sin embargo, Rorimer no se percató de la magnitud de la situación hasta que montó en un convoy con destino al cuartel de la Sección Avanzada. En torno a él se extendía un paisaje lunar trufado de fortines reventados, setos partidos y surcos de tierra. Grúas gigantes retiraban los vehículos destrozados; el óxido cubría cañones inservibles y fortificaciones a ambos lados de la carretera. La detonación de las bombas se confundía con la de las minas de las proximidades. La mayoría de las minas eran explosionadas por los artificieros, pero otras se activaban al paso de tropas o civiles desafortunados. «Intentar dejar constancia de los desperfectos [culturales] en medio de aquellos cráteres y restos de edificios incendiados —escribió Rorimer a propósito de sus primeras impresiones en Normandía—, sería como intentar contener vino en un barril roto.»<sup>[43]</sup>

En el cuartel de la Sección Avanzada, repartido entre distintas granjas y tiendas en un espacio de varios kilómetros, la organización no parecía mejor que en las playas. Al haber perdido el barco el día anterior, Rorimer se encontró con que nadie lo esperaba. Tuvo que caminar varios kilómetros sólo para juramentar. El oficial al mando se limitó a advertirle acerca de las bombas trampa que se estaban encontrando en cajas fuertes, bancos de iglesia e incluso debajo de cadáveres; luego volvió a sus mapas. Fin de la charla. James Rorimer estaba solo, así que se procuró un pequeño despacho, se sentó y pensó por dónde empezar.

No estuvo sentado mucho tiempo. No era un soldado de dieciocho años que sabe que se dirige hacia una lucha a vida o muerte con otro soldado de la misma edad, tan ajeno como él a los motivos de la batalla. Incluso los mayores y sargentos sabían que no se enfrentaban a monstruos, sino a militares de carrera como ellos que, dada la coyuntura, vestían un uniforme de distinto color. Para la mayor parte de los soldados, la guerra era sólo circunstancial. Pero para alguien como James Rorimer se trataba de la misión de una vida. Hitler había lanzado una advertencia inequívoca al mundo del arte en 1939, al enviar al *Blitzkrieg* de Polonia unidades destinadas al saqueo deliberado de obras de arte y a la destrucción de los monumentos culturales del país. La culminación de esa operación llegó al poco tiempo, con la confiscación del retablo de Veit Stoss —uno de los tesoros nacionales de Polonia— por parte de los nazis y su posterior transporte a Núremberg. Poco después robaron *La dama del armiño* de Leonardo da Vinci, una de la quincena de obras atribuidas a la mano del artista, junto con varias obras maestras de Rafael y Rembrandt. Estas obras —todas ellas, a excepción del retablo de Veit Stoss, parte de la famosa colección Czartoryski— se contaban entre las más importantes de Polonia. Desde entonces no habían vuelto a verse. Un año después, con la caída de Europa occidental, los hechos dieron paso a rumores y sospechas, pero fue suficiente para que el mundo del arte supiera que los museos y colecciones, tanto grandes como pequeños, estaban siendo sistemáticamente desmantelados y despachados a Alemania. El desembarco de

Normandía era la oportunidad no sólo para que los profesionales ingleses y estadounidenses descubrieran qué había ocurrido bajo el telón nazi, sino para empezar a reparar los agravios cometidos. James Rorimer no tenía ninguna intención de quedarse sentado frente a una mesa mientras la historia del arte se desplegaba ante sus ojos. Y sin embargo, más o menos eso mismo fue lo que ocurrió.

Rorimer se había presentado como voluntario en 1943. A sus treinta y siete años era una de las figuras pujantes del Museo Metropolitano de Arte y acababa de ser ascendido a conservador de los Claustros, la sección del Met dedicada al arte y la arquitectura medievales; pero como tantos otros profesionales de éxito, Rorimer fue reclutado en calidad de soldado raso y enviado al 4.º Batallón de Instrucción de Infantería en Camp Wheeler, Georgia. En febrero de 1944 nació su hija Anne. «Por lo menos, puedo estar orgulloso de ser padre —le escribió a su mujer, Kay, al conocer la noticia—, las fotos son la posesión más preciada que tengo aquí.»<sup>[44]</sup> Poco después zarpó para Inglaterra. No vería a su hija en más de dos años.

En Shrivenham, el resuelto Rorimer recibió instrucción para trabajar en Asuntos Civiles, desde donde no tardó en pasar al grupo de Monumentos. «Poco a poco voy conociendo a otros “historiadores” del arte —le escribió a su mujer tras ser destinado a la MFAA—. Nos mantendrán a la espera hasta que nos necesiten en algún sitio, si es que nos necesitan. [...] Yo me mantengo a la sombra mientras otros juegan al politiquero.»<sup>[45]</sup>

Como tenía conocimientos de arte francés y del idioma, Rorimer esperaba participar en los preparativos para la invasión de su «país europeo favorito».<sup>[46]</sup> Pero en la MFAA reinaba el desorden. En abril, con destino pero sin misión, Rorimer pensó en algo útil que pudiera hacer. El 9 de abril por fin encontró el qué: enseñar a los oficiales a conducir los camiones del ejército. Con su proverbial diligencia y dedicación, pronto se convirtió en todo un experto en camiones y daba clase ocho horas al día, pero ante Kay admitía que «me he dedicado a trabajar con los monumentos cada vez que he tenido un momento libre».<sup>[47]</sup>

Tal como estaban las cosas, cuando el 30 de abril se presentó la ocasión de pasar a otra unidad en calidad de relaciones públicas e historiador aceptó sin pensarlo, pero Geoffrey Webb, jefe de la MFAA, no estaba dispuesto a prescindir de sus servicios. «Mis funciones dependen de las circunstancias, del humor, de la política y de Webb», se lamentaba en una carta a Kay.<sup>[48]</sup> Creía en los objetivos de la sección de Monumentos, pero al igual que el distinguido conservador George Stout, quien se había pasado años intentando dar cuerpo a la unidad, confiaba muy poco en que el proyecto llegara a cristalizar algún día. «Dile a Sachs que todos mis temores se han cumplido —escribía más de un mes antes del Día D—, y que he conseguido un buen puesto enseñando conducción y mecánica.»<sup>[49]</sup> Una semana después, el 7 de mayo, había cambiado de opinión: «Hay días, incluso horas (de vez en cuando) en que uno



piensa que Asuntos Civiles es el destino más maravilloso del mundo. [...] [Los oficiales de Monumentos] tenemos ante nosotros un trabajo extraordinario y me satisface ver que las cosas se hacen todo lo bien posible».<sup>[50]</sup>

La verdad es que James Rorimer no estaba hecho para los enredos burocráticos del ejército. En el Metropolitano se había labrado un ascenso meteórico y, pese a su juventud, había sabido lidiar con las dificultades que comporta crear una sección nueva en un museo, en este caso los Claustros, gracias al mecenazgo de John D. Rockefeller Jr. y a su capacidad para organizar a un personal heterogéneo. En el ejército, en cambio, Rorimer se encontraba a la cola de la maquinaria burocrática y sin margen de actuación; aunque lo habían ascendido a subteniente, seguía siendo el oficial de menor rango del ejército y la MFAA. «La guerra lo trastoca todo —le escribía a su esposa en abril—, sobre todo si a uno lo nombran suboficial tras años cultivando éxitos en su carrera como civil. Lo único que espero es que mis deseos de trabajar no se vean defraudados por los alfeñiques que juegan a hacer política y a hacer valer sus medallas.»<sup>[51]</sup> Rorimer no recibió su primera misión con la MFAA hasta transcurridas cuatro semanas de la invasión de Normandía; poco después, ya estaba en el continente. Libre por fin de la maraña burocrática de Inglaterra y camino de la misión soñada, James Rorimer no estaba dispuesto a fracasar, por difícil e incierta que fuera su tarea.

En Normandía, cada oficial de Monumentos era responsable de una zona de batalla. La mayoría se correspondían con los grupos de batalla particulares, como el 1.º y el 3.º Ejército estadounidenses o el 2.º Ejército británico. Rorimer estaba destinado a la Zona de Comunicaciones, la porción de territorio por detrás de la línea del frente en donde se construían carreteras para permitir el transporte de suministros. El problema era que la información acerca de los límites de la Zona de Comunicaciones variaba con tanta frecuencia que resultaba casi imposible saber dónde terminaba o, en ocasiones, incluso la localización exacta de la línea del frente. Normandía estaba entrecruzada de setos, enormes diques de tierra coronados con árboles y arbustos que delimitaban los campos y resguardaban las carreteras. En ocasiones había ocho o diez en el espacio de un kilómetro y medio, lo cual restringía la visibilidad de la porción de campo inmediatamente a la vista y de la amenazadora pared formada por el siguiente seto. Como además estaban dispuestos de forma asimétrica, tras cruzar dos o tres los comandantes ya no sabían si andaban de frente o hacia atrás.

—Sigue la carretera —le aconsejó un oficial desesperado a Rorimer el primer día que se disponía a abandonar el cuartel para realizar trabajo de campo—. Y agacha la cabeza. Un oficial de Monumentos muerto no vale para nada.<sup>[52]</sup>

En el aparcamiento, un soldado comprobó sus órdenes y negó con la cabeza.

—Lo lamento, teniente, la sección de Monumentos no figura en la lista. Tendrá

que pedir que lo lleven. A todas horas salen camiones para reparar cables, transportar suministros y enterrar a los muertos. No debería tener problemas.

Rorimer salió con el primer convoy en el que encontró espacio. Tenía docenas de lugares que visitar y ningún plan ni objetivo definido. Lo único que quería era entrar en acción, ser útil. Su primera parada fue Carentan, el nexo estratégico entre las playas de Omaha y Utah. La ciudad había quedado prácticamente barrida del mapa por los bombardeos aéreos y la artillería aliada, por lo que Rorimer se llevó una sorpresa al encontrar el único edificio incluido en la lista de monumentos, la catedral, casi intacto. Sólo el campanario presentaba desperfectos, y muy leves. Rorimer bajó los prismáticos. Su cometido consistía, en primer lugar, en tomar nota del estado de los monumentos tras la batalla; en segundo lugar, en supervisar las reparaciones de emergencia, en caso de ser necesarias. Como el campanario no presentaba riesgo inmediato de derrumbe, no había motivos para permanecer en Carentan. Ordenó al arquitecto municipal de Cherburgo, un hombre mayor que se encontraba también inspeccionando las ruinas, que se encargara de reforzar el campanario, y luego se acercó a un chiquillo que lo miraba desde las sombras al otro lado de la calle.

—*Tu veux aider?* —preguntó Rorimer. «¿Quieres ayudar?».

El muchacho asintió. Rorimer sacó algo de la mochila.

—Cuando ese señor baje del campanario —dijo al niño en francés—, dile que me he ido a otra ciudad y pídele que cuelgue esto en el edificio.

Y le entregó al niño unos letreros en los que ponía en inglés y en francés:<sup>[53]</sup>

ACCESO PROHIBIDO  
a todo el personal militar  
MONUMENTO HISTÓRICO

Por orden del oficial al mando queda terminantemente  
prohibida la entrada o recogida de cualquier  
clase de materiales u objetos en este recinto

La tercera parte, y acaso la más importante, de las funciones de un oficial de Monumentos consistía en asegurarse de que ni los soldados ni la población civil produjeran ulteriores desperfectos. Aun cuando se hallaran en ruinas, nadie debía tocar los monumentos protegidos. Se quedó observando al niño mientras éste se iba hacia la catedral. Su figura harapienta avanzaba sobre un fondo de piedras y cristales rotos. Ni siquiera llevaba zapatos. Rorimer dio unos pasos hacia él, lo cogió por el hombro y le dijo: «Gracias», tendiéndole una barra de chicle. El muchacho la aceptó con una sonrisa, se dio la vuelta y salió corriendo en dirección a la catedral.

Minutos más tarde, Rorimer ya se había marchado a bordo de otro convoy para seguir visitando monumentos. Días después, le habría resultado imposible saber en cuántos lugares había estado sin la ayuda de su diario de campo y el listado de monumentos. Las ciudades se confundían unas con otras y él iba y venía buscando

medios de transporte. Tras una hora en una carretera atestada de tanques provistos de arietes —«tanques rinoceronte» los llamaban, ideales para pasar a través de los setos en lugar de por encima—, el jeep en el que iba tomaba una curva y no se veía un alma en varios kilómetros. En un tramo, los setos aparecían quemados y cortados, el suelo sembrado de restos de obuses y el fango lleno de pisadas de botas. Al siguiente, un rebaño de vacas descansaba a la sombra de una hilera de árboles, como si nada hubiera ocurrido. Algunas ciudades estaban en ruinas; otras, intactas. Dentro de una misma ciudad, podía ocurrir que un edificio presentase daños y el de al lado se encontrase en perfecto estado —hasta que el ojo se detenía en una ventana del segundo piso, rota por el impacto de una bala perdida—. Rorimer vio que la guerra no era como un huracán, que lo destruye todo a su paso, sino como un tornado, que avanza dando saltos, matando a unos y respetando a otros según dictámenes imprevisibles.

Parecía haber una sola constante en aquel impredecible torbellino de destrucción e indulgencia: las iglesias. En casi todas las ciudades visitadas por Rorimer se repetía la escena de Carentan: la iglesia intacta y la torre dañada. Los Aliados occidentales no habrían osado profanar una catedral, pero los alemanes no se mostraban tan escrupulosos. Contraviniendo las Reglas de la Guerra Terrestre acordadas en las Conferencias de La Haya, era práctica habitual entre los francotiradores y observadores alemanes esconderse en campanarios y disparar u ordenar fuego de mortero desde ellos. Los Aliados habían aprendido a defenderse derribando los campanarios y evitando causar daños al resto de la catedral. Rorimer desconocía si los Aliados hacían caso de los listados de monumentos protegidos, pero daba lo mismo: los comandantes eran conscientes de que valía la pena preservar determinadas estructuras.

No todas las catedrales salieron bien libradas. En La-Haye-du-Puits, Rorimer tuvo que desalojar a unos campesinos que acudían todos los días a rezar a la catedral; la estructura estaba muy castigada y Rorimer temía que la vibración producida por los vehículos blindados y las piezas de artillería que pasaban por la calle pudiera provocar el derrumbe del campanario. En la iglesia de Saint-Malo de Valognes, las excavadoras aliadas habían retirado los escombros de la sección central a las naves laterales con la intención de abrir una vía de suministro, que, por desgracia, pasaba por el medio mismo de los restos de la iglesia. Los ciudadanos le imploraron que lo evitase, pero cuando Rorimer les dijo que no había otra posibilidad lo comprendieron. Era el precio de la libertad.

En ocasiones no se producían males mayores de puro milagro. La histórica abadía de Saint-Sauveur-le-Vicomte, donde los alemanes habían instalado un depósito de municiones, fue destruida por los bombardeos aéreos de los Aliados. Cuando Rorimer llegó al lugar, se encontró a unos soldados estadounidenses dando su comida a un

grupo de niños; dentro había cincuenta y seis huérfanos y treinta y nueve monjas. «La abadía está bendita —le dijo la madre superiora—. La han destruido pero todos hemos salido ilesos».

Un caso significativo fue el del castillo del conde de Germigny, incendiado por las bombas aliadas. A medida que se acercaba, Rorimer podía ver los restos de las paredes con los bordes renegridos alzarse como grandes monolitos. Al pie de éstas, una excavadora daba marcha atrás, preparándose para derribar uno de los últimos muros casi enteros. Era práctica habitual derribar los muros dañados, pues el ejército utilizaba la piedra como material para la construcción de carreteras. El problema era que aquel castillo figuraba en la lista de monumentos protegidos, y aquella pared en concreto formaba parte de la capilla privada. En la parte posterior, Rorimer encontró dos estatuas del siglo XVIII de gran tamaño.

—Detenga la excavadora —le gritó al sorprendido ingeniero, quien sin duda llevaba varios días derribando paredes del castillo—. Es un edificio histórico —añadió mostrándole la lista de monumentos protegidos—. No debe ser destruido.

A los pocos minutos, se presentó el oficial al mando, trastabillando entre los escombros.

—¿Cuál es el problema..., subteniente? —preguntó mencionando adrede el rango de Rorimer, el grado inferior del cuerpo de oficiales del ejército. Los hombres de Monumentos no tenían autoridad para dar órdenes; su función era puramente consultiva, y aquel oficial lo sabía.

—Se trata de un monumento histórico, señor. Hay que evitar que sufra daños.

El oficial se quedó mirando la pared medio resquebrajada y los fragmentos de piedra.

—Eso deberían haberlo pensado los aviadores.

—Es propiedad privada, señor. Debemos respetarlo.

El oficial se encaró con Rorimer, a quien superaba en rango pero no en edad.

—Hemos venido a ganar la guerra, teniente. Mi trabajo consiste en asegurarme de que por aquí pase una carretera.

El oficial dio media vuelta para marcharse, pero James Rorimer, bajito y fornido como un bulldog, no se dejó amedrentar. Si había logrado ascender a los escalafones más altos del Museo Metropolitano, la más importante institución cultural de Estados Unidos, en menos de diez años, había sido gracias a su perseverancia y a su capacidad de trabajo. Poseía las dosis adecuadas de ambición y de fe, tanto en sí mismo como en la misión. Por lo demás, no conocía el fracaso, y a esas alturas no se planteaba la posibilidad de experimentarlo.

—He fotografiado la pared para un informe oficial.

El oficial se detuvo y se dio media vuelta. ¿Quién se había creído que era ese engreído? Rorimer sacó una copia de la proclamación de Eisenhower acerca de los

monumentos y la guerra.

—Por si acaso, señor. Órdenes del comandante supremo. ¿Quiere pasarse lo que le queda de vida explicando por qué esta demolición era una necesidad militar y no cuestión de comodidad?

El oficial clavó los ojos en los de Rorimer. Aquel tipo parecía un soldado pero se comportaba como un chiflado. ¿Acaso el muy necio no se había enterado de que estaban en guerra? Sin embargo, viendo a James Rorimer se dio cuenta de que discutir no serviría de nada.

—De acuerdo —masculló el oficial, ordenando a la excavadora que se alejara de la pared con un gesto—. Pero que me aspen si ésta es forma de ganar una guerra.<sup>[54]</sup>

Rorimer se acordó entonces de la abadía de Saint-Sauveur-le-Vicomte, donde había encontrado a los soldados dando su propia comida a los niños. Las tropas estaban acampadas bajo la lluvia porque su general se había hecho cargo del valor histórico y cultural de la abadía y les había prohibido apropiarse de las camas calientes y secas de los monjes. Tal vez aquel general no fuera muy popular entre sus hombres, pero Rorimer sabía que eran hombres como él quienes conseguían ganarse el respeto de los franceses.

—Discrepo, señor —le respondió Rorimer al oficial—. Creo que es justo así como ganaremos la guerra.

14 de julio de 1944

*Carta de George Stout a su esposa, Margie*

Querida Margie:

Hace tres días tuve un golpe de suerte y he conseguido alojarme bajo techado. Es todo un lujo y lo aprovecharé al máximo mientras pueda.

Me quito el sombrero ante la gente de Francia. No me refiero a los políticos importantes. Tal vez sean buena gente, pero no he tenido el placer. El valor de la sencilla gente del campo es conmovedor. Todo el que pasa por aquí puede verlo. Por tullidos y apaleados que estén, parecen seguir impertérritos con sus labores. Son amables con nosotros —más amables de lo que nos merecemos— y son de lo más amistosos. La tricolor cuelga en la puerta de cientos de casas de campo, así como un sorprendente número de banderas barriestrelladas. No puedo ni imaginar de dónde las han sacado. Deben de haberlas cosido con los forros de su ropa. Algunas se nota que son caseras: las barras son blancas y de un color más o menos rojo, con las estrellas cosidas encima. Cuando vamos por carretera nos pasamos el tiempo saludándolos, y ellos a menudo nos miran desde sus casas derruidas. No hay desfile de la victoria que pueda equipararse a esto [...].

Al escribir siento como si hubiera perdido uno de los sentidos. No puedo oírte ni verte, y me pregunto si tú me oyes. De una cosa estoy seguro: te quiero.

Tuyo,

George

## UNA REUNIÓN SOBRE EL TERRENO

Normandía, Francia

Agosto de 1944

Antiguo cruce de caminos, la ciudad de Saint-Lô descansa sobre una posición elevada desde donde se domina una importante vía que recorre Normandía de este a oeste. Desde principios de junio, la 29.<sup>a</sup> División de Infantería («la 29») se hallaba inmersa en un encarnizado enfrentamiento con la 352.<sup>a</sup> División alemana. A mediados de julio, apenas quedaba algún hombre en cualquiera de los dos bandos que hubiera luchado en el Día D.

El 17 de julio, una hora antes del alba, la 29 asaltó Saint-Lô a sangre y fuego, sin apartar una reserva de hombres de refuerzo. Era un ataque sorpresa; los soldados cayeron sobre las trincheras alemanas atacando principalmente con bayonetas y granadas de mano. Al amanecer habían roto las líneas enemigas y consolidado su posición a un kilómetro escaso de la ciudad. Los alemanes contraatacaron, pero la nutrida artillería aliada y los aviones de ataque a tierra neutralizaron la carga. En medio de la bruma matutina, la 29 ganó la última colina y avistó por primera vez el objetivo por el que sus hombres habían luchado y dado la vida. «Saint-Lô había sido alcanzada por los B-17 el Día D y durante los días siguientes —escribe el historiador Stephen Ambrose—. El centro de la ciudad era una inerte pila de cascotes “en la que apenas si podían distinguirse calles y aceras”.»<sup>[55]</sup>

Pero la ciudad no estaba muerta. Detrás de cada pila de escombros aguardaba un soldado alemán. Los Aliados se enzarzaron en una batalla campal, y la mayor parte del combate se libró en el cementerio anejo a la derruida iglesia de la Santa Cruz. Las balas hacían pedazos las lápidas y los tanques rinoceronte arrasaban las tumbas con sus arietes como si fueran setos, obligando a los alemanes a retroceder hacia la ciudad en ruinas. Cuando los Aliados conquistaron por fin la victoria, la 29 envolvió el cuerpo del mayor Tom Howie, antaño maestro de escuela y uno de sus oficiales más queridos, en una bandera estadounidense y lo colocaron en lo alto de una montaña de piedras en lo que hasta poco antes había sido la iglesia de la Santa Cruz. La ciudad estaba al fin en manos aliadas, pero el coste había sido tremendo. La 29.<sup>a</sup> División perdió más hombres en Saint-Lô que en la playa de Omaha.

Cuando James Rorimer fue enviado a Saint-Lô para evaluar los daños se encontró con una ciudad asolada, llena de cadáveres semienterrados entre los escombros y cuyos habitantes sin casa deambulaban removiendo los montones de madera astillada

y ceniza en busca de comida y agua. «Los alemanes han incendiado las casas con gasolina —le dijo un hombre que rebuscaba entre los cascotes—, y han colocado minas en las calles principales». De pronto una mina estalló en las inmediaciones, provocando el derrumbe de otro edificio. El arquitecto municipal se echó a llorar al ver el centro histórico de la ciudad. Los alemanes habían construido trincheras y fortines subterráneos de hormigón en torno y en el interior de los monumentos más importantes de la ciudad, arrasados por los Aliados. Los edificios públicos habían sido devastados por las bombas y devorados por las llamas. En el Hôtel de Ville, en cuya biblioteca se guardaba la carta de Guillermo el Conquistador, no quedó piedra sobre piedra, y el museo y los tesoros acumulados en él a lo largo de siglos quedaron convertidos en polvo. El centro de la iglesia de Nuestra Señora era una montaña de escombros de seis metros de altura, y según Rorimer, las partes de la iglesia que seguían en pie estaban «llenas de granadas, bombas de humo, cajas de comida y todo tipo de basura imaginable. En el púlpito y el retablo se habían colocado bombas trampa».<sup>[56]</sup>

En el cuartel, los oficiales no daban crédito al informe de Rorimer; tanto es así que el coronel al frente de Asuntos Civiles se acercó a inspeccionar el lugar en persona. Al llegar, se encontró con un escenario, si cabe, aún más terrible de lo que Rorimer había descrito. Cálculos posteriores cifraron la destrucción en un 95 por ciento, porcentaje superado tan sólo por las ciudades alemanas más severamente bombardeadas. El gran escritor irlandés Samuel Beckett, residente en Francia, describió Saint-Lô como «la Capital de las Ruinas».<sup>[57]</sup> El inventario de obras destruidas de Rorimer incluía no sólo los edificios antiguos de la ciudad sino archivos de cientos de años, una extraordinaria colección de cerámica, numerosas colecciones de arte privadas y, tal vez la pérdida más grave, una amplia selección de manuscritos iluminados, compuestos y reunidos por los monjes del monasterio del monte Saint-Michel. Los manuscritos, que habían sido trasladados a los Archivos Municipales de Saint-Lô para su mejor conservación, tenían un valor incalculable, estaban elaborados en caligrafía, decorados con miniaturas y en algunos casos se remontaban al siglo XI.

La destrucción, si bien lamentable, no fue ni mucho menos gratuita. La captura de Saint-Lô se convirtió en uno de los cimientos del éxito de los Aliados, que obtenían así un buen enclave desde el cual la artillería y la aviación podían penetrar en el corazón de las defensas alemanas. A las pocas semanas, tras el mayor bombardeo aéreo de la historia militar, el 1.<sup>er</sup> y el 3.<sup>er</sup> Ejército estadounidenses se abrieron paso por Saint-Lô, rompiendo por fin el «Anillo de Acero» alemán que había mantenido a los Aliados arrinconados en Normandía durante dos meses. Si una ciudad simboliza la complejidad de la misión de los oficiales de Monumentos, el difícil equilibrio entre la preservación cultural y el avance estratégico, ésa es Saint-Lô.



Parecía adecuado que los hombres de Monumentos sobre el terreno celebraran su primera reunión junto a las ruinas de Saint-Lô. La reunión tuvo lugar el 13 de agosto, al mismo tiempo que el general Patton, que había salido en dirección este desde la ciudad, mandaba al 3.<sup>er</sup> Ejército hacia el noroeste en un intento de acorralar al ejército alemán. Aunque la batalla de Normandía no se daba por concluida de forma oficial, la victoria parecía inminente; era el momento de echar un vistazo al pasado y sopesar planes de futuro. Habían sido unos meses duros y la dificultad de la misión empezaba a pasarles factura. James Rorimer casi se queda dormido durante el trayecto en autoestop desde el cuartel. Con él iba el capitán Ralph Hammett, arquitecto y oficial de la MFAA destinado a la Zona de Comunicaciones. El mayor Bancel LaFarge, perito en edificaciones procedente de Nueva York y el primero de los oficiales de Monumentos en desembarcar, llegó en un pequeño coche facilitado por sus colegas del 2.<sup>o</sup> Ejército británico. En febrero, LaFarge dejaría el frente para convertirse en el segundo al mando de la MFAA. El capitán Robert Posey, el arquitecto de Alabama y *outsider* del grupo, estaba adscrito al arrollador 3.<sup>er</sup> Ejército del general Patton, pero, al no encontrar medio de transporte, faltó a la reunión.

Desde fuera, la imagen del grupo no era muy halagadora: tres hombres de mediana edad vestidos con uniformes arrugados de color pardo, menos de la mitad de los ocho oficiales de MFAA que en teoría debían llegar a Normandía. No se habían visto desde Shrivvenham y al mirarse a la cara se dieron cuenta de cuánto habían cambiado desde que no eran pulcros hombres de carrera. En Normandía no había ni lavanderías ni duchas ni permisos. Llevaban semanas luchando por abrirse paso por interminables campos de batalla y ciudades machacadas, a menudo bajo los torrenciales aguaceros de verano, que transformaban los tramos de tierra en barrizales impracticables. Estaban exhaustos, sucios, frustrados..., pero vivos, tanto física como espiritualmente. Se veía en sus ojos. Después de tantos meses e incluso años de espera, era una satisfacción poder hacer algo, *lo que fuera*, con tal de contribuir a la causa aliada.

En palabras de James Rorimer a su mujer:

Creo que nunca he sido más feliz. Trabajo desde la mañana hasta la noche en la más espléndida colaboración con mi coronel y sus hombres. No sólo poseo las debidas credenciales de las autoridades superiores, sino que además el hecho de ser un esclavo de mi trabajo y de tener formación en infantería redundan en mi beneficio. Me desenvuelvo bien con el francés y hago todo lo que quería hacer desde que se declaró la guerra.<sup>[58]</sup>

Con eso no quería decir que el trabajo fuera fácil: nada más lejos. Los oficiales de Monumentos ya habían tenido ocasión de comprobar que sobre el terreno estaban solos. No había protocolos de actuación, ni una cadena de mando determinada, ni una manera adecuada de tratar con los oficiales de combate. Avanzaban a tientas, improvisando a cada momento para realizar una tarea que se revelaba cada día más

inabarcable. No tenían ninguna autoridad, su papel era el de simples asesores. A la hora de la verdad, nadie estaba ahí para ayudarlos, sólo los soldados y oficiales a los que podían convencer de la importancia de su cometido. Quienes esperasen pautas de actuación claras, poder, medios o incluso éxitos visibles iban a llevarse una decepción. Sin embargo, para quienes como James Rorimer supiesen porfiar ante las dificultades y en un entorno en ocasiones hostil, la misión se convertía en una inyección de adrenalina. Como escribió Rorimer: «Éste no es momento para consideraciones personales. [...] Tenías razón, Kay, es una experiencia emocionante».<sup>[59]</sup>

De nada valía quejarse. Aquéllos eran los parámetros de su guerra, y comparándolos con los de otros soldados presentes en la zona de combate, no eran del todo malos. Rorimer no era de los que se quejan, sino de los que actúan. Para eso estaba ahí, y ése sería su objetivo a partir de entonces y hasta que a Hitler le llegara la hora y el ejército alemán estuviera muerto y enterrado con él.

No obstante, pese a las buenas intenciones, en la reunión no tardaron en aflorar los problemas. Alguien observó que no había suficientes rótulos de «acceso prohibido» para todas las iglesias, por no hablar del resto de edificios; Hammett y Posey habían pedido cámaras, pero éstas no habían llegado todavía, y nadie disponía de radio. El suyo era un trabajo solitario. No eran una unidad; eran individuos destinados a territorios distintos y con objetivos y métodos distintos. En su aislamiento, ¿cómo iban a comunicarse con los cuarteles, y ya no digamos entre ellos, si ni siquiera disponían de radios?

Rorimer estaba a punto de sacar a colación el tema de la disponibilidad permanente de medios de transporte —o de la falta de los mismos— cuando vio acercarse un destartado Volkswagen alemán. Al volante, con el pie clavado en el acelerador, iba un estadounidense en uniforme de oficial: casco metálico, camisa de lana marrón oliva, pantalón verde o marrón oliva y botas de campaña protegidas con chanclos. Pese al calor, llevaba una guerrera para protegerse de la lluvia, que empezaba siempre sin avisar. Como el coche no tenía parabrisas, el oficial llevaba puestos unos anteojos parecidos a los de los pilotos de la primera guerra mundial. En el casco lucía una banda azul y en la guerrera las iniciales «USN», signo inequívoco de que pertenecía a la Marina. Fue gracias a ese detalle que Rorimer reconoció a su colega George Stout.

Stout bajó del coche, se quitó los anteojos y se limpió con cuidado la tierra de la cara y la ropa. Cuando se quitó el casco, que le caía casi hasta los ojos, vieron que llevaba el pelo bien cortado y peinado con esmero y la ropa limpiísima. Años después, Tom Stout describiría cómo su padre, en los últimos años, solía salir a pasear por los caminos rurales de los alrededores de su casa de Massachusetts vestido con americana, pañuelo ascot, boina y bastón en mano, parando con frecuencia a

conversar con conocidos. Aquel día en Saint-Lô lucía el mismo porte desenfadado y resuelto, empañado tan sólo por el Colt 45 y la daga que llevaba a ambos lados del cinto. Lo que en un entorno civil era mera elegancia, se elevaba a la categoría de prodigio en el campo de batalla. A diferencia del resto de sus compañeros, el distinguido George Stout estaba impecable como de costumbre.

Lo primero que le preguntaron fue de dónde había sacado el coche.

—No tiene claxon, la transmisión salta, le fallan los frenos, el árbol de dirección está suelto y no tiene techo —dijo Stout—, pero de todos modos es una suerte que los alemanes se lo hayan dejado.

—¿Entonces lo ha requisado?

—Lo he encontrado —se limitó a decir Stout. Hablaba el hombre que había revolucionado el mundo de la conservación artística con un viejo mueble fichero; tampoco él era de los que pierden el tiempo lamentándose, tanto menos cuando en los alrededores podía encontrarse de todo.

«Stout era un líder —escribió de él Craig Hugh Smyth, incorporado de forma tardía a la sección de Monumentos—, sereno, generoso, modesto, y a la vez fuerte, reflexivo y dotado de una gran creatividad. Tanto hablando como por escrito era parco en palabras, pero preciso y vivaz. Todos hacíamos caso de lo que decía; en cuanto proponía algo nos lanzábamos a ello.»<sup>[60]</sup>

La idea de la reunión había salido de George Stout, y como todo buen líder (pese a no estar por encima de nadie en la cadena de mando) sus intenciones iban más allá de un simple intercambio de impresiones. Había sido uno de los primeros oficiales de Monumentos en desembarcar, llevaba en Normandía desde el 4 de julio y durante las seis semanas siguientes seguramente había recorrido más kilómetros y salvado más monumentos que cualquiera de sus compañeros. Pero no había viajado hasta Saint-Lô para oír quejas ni felicitaciones. Estaba ahí para averiguar cuáles eran los problemas y encontrar el modo de solventarlos.

¿Que faltaban rótulos de «Acceso prohibido»? Rorimer mandaría imprimir quinientos de inmediato. En Normandía escaseaba el suministro eléctrico, pero el ejército disponía de una prensa en Cherburgo y por la noche la ponían en marcha. Entretanto, cada cual podía hacerse los suyos.

¿Que tanto soldados como civiles hacían caso omiso de los letreros? Stout también tenía la solución para eso: acordonar los lugares importantes con el precinto de los ingenieros. Ningún soldado se atrevería a husmear en un lugar marcado con la señal de «¡PELIGRO: MINAS!».

La directiva general de la MFAA invitaba a recurrir a la población civil francesa para colocar los rótulos siempre que fuera posible, de este modo los Aliados evitarían parecer invasores. Los niños, afirmó Rorimer, eran a menudo los más útiles en este sentido. Era fácil complacerlos, pues por lo general no pedían más que chicles o

chocolate. «También las autoridades locales —añadió—. Basta con darles ánimos y un par de instrucciones para que se encarguen hasta de las tareas más complicadas».

En cuanto a las cámaras, todo el mundo estaba de acuerdo en que eran imprescindibles, aunque por el momento se pasarían sin ellas.

Lo de las comunicaciones era punto y aparte. Estaban aislados en medio del campo, sin posibilidad de ponerse en contacto con los cuarteles ni de intercambiar información entre ellos. Sus informes oficiales tardaban semanas en llegar a cualquier parte, y para entonces ya no servían más que para el archivo. A menudo, tras largos y peligrosos trayectos, cuando los hombres de Monumentos llegaban a un lugar protegido se encontraban con que éste ya había sido inspeccionado, fotografiado, acordonado y que hasta se habían iniciado las reparaciones de emergencia. Y algo más: ¿y si un repentino contraataque alemán modificaba la línea del frente mientras uno de ellos se encontraba de servicio?

—Los peores son los británicos —murmuró Rorimer, descontento con el británico lord Methuen, a quien resultaba imposible seguirle el rastro—. Se salen de sus zonas y no hay manera de comunicarse con ellos.

—Los británicos están trabajando en ello —dijo el capitán LaFarge.

—Por lo que respecta a los informes —añadió Stout—, empecemos por sacar copias extra para cada uno de nosotros antes de enviarlos a la Sección Avanzada.

Al decir esto, se planteó la cuestión de los ayudantes. Stout seguía pensando que cada hombre necesitaba por lo menos un ayudante cualificado, y a poder ser, también un grupo de especialistas en el cuartel a quienes poder acudir.

El problema más acuciante, sin embargo, era la falta de medios de transporte. LaFarge tenía un coche medio desvencijado y Stout su Volkswagen sin techo, pero los demás perdían un tiempo precioso buscando a quien pudiera llevarlos o haciendo autoestop por rutas poco transitadas.

—La respuesta del ejército es siempre la misma —rezongó Rorimer—. Que la Comisión Roberts debería haber elaborado desde Washington una tabla de organización y equipo adecuada.

—Y la Comisión Roberts dice que el ejército no tolerará interferencias —replicó Stout, poniendo de relieve una vez más que la misión entera flotaba en una especie de limbo en el que nadie sabía quién mandaba. Pese a las dificultades, optimistas como siempre, Hammett y Stout habían arreglado una reunión con los oficiales del XII Grupo de Ejércitos para el 16 de agosto en la que les plantearían los puntos que estaban discutiendo.

Considerados los problemas más urgentes, la conversación derivó hacia observaciones de carácter más general. Estaban todos de acuerdo en que, dificultades aparte, la misión estaba siendo un éxito. Habían tenido suerte: se les había asignado una zona reducida y, además, en Normandía, aun siendo una región hermosa, el

número de monumentos protegidos era relativamente pequeño. Era el lugar perfecto para empezar. Eran conscientes de que en el futuro tendrían que ser mucho más eficaces, pero por el momento podían estar satisfechos. Los franceses eran gente valiente, estoica y agradecida, y los soldados aliados sentían respeto por la cultura francesa y se mostraban abiertos a sugerencias. El problema estaba en los escalafones superiores: la burocracia del ejército se negaba de forma rotunda a colaborar en su misión, aunque los mandos sobre el terreno, exceptuando al pelmazo de turno, respetaban su labor. Su experiencia confirmaba la idea de George Stout de que el trato cara a cara era lo único que podía garantizar el éxito de la misión.

En ese momento su mayor preocupación eran los alemanes. Cuanto más averiguaban acerca de su comportamiento, mayores eran sus temores. Los alemanes habían fortificado iglesias, almacenado armas en zonas habitadas por mujeres y niños, quemado casas y destruido infraestructuras, a veces por motivos estratégicos aunque a menudo sin razón alguna, y hasta se rumoreaba que sus mandos no vacilaban en disparar a sus propios hombres ante la amenaza de una desertión. James Rorimer rebuscó en sus bolsillos y extrajo una tarjeta de visita. En el anverso se veía un nombre: J. A. Agostini, funcionario cultural francés de la ciudad de Countenances. En el reverso, se leía escrito a mano: «Certifico que las tropas alemanas se han servido de camiones de la Cruz Roja para cometer pillaje, en ocasiones en presencia de sus oficiales».<sup>[61]</sup>

—Malos augurios —dijo George Stout, pensando en voz alta. Los demás ni se molestaron en asentir.

—No sea idiota —le contestó días después un oficial mucho menos comprensivo a James Rorimer al solicitar éste permiso para desplazarse 160 kilómetros para inspeccionar el monte Saint-Michel, la fortaleza medieval sita en una rocosa isla mareal frente a las costas de Bretaña—. Esto es una guerra del siglo xx. ¿A quién le importan cuatro paredes medievales y la pez hirviendo?<sup>[62]</sup>

Ése era otro problema: el ejército turnaba a los comandantes continuamente, y a veces Rorimer no sabía ni quién sería el oficial de mando con el que tendría que vérselas al regresar al cuartel ni cuál sería la actitud de éste con respecto al programa de conservación cultural. Pero la MFAA tenía de su parte al general Eisenhower, el comandante supremo, y por lo visto eso hizo mella en el oficial.

—Muy bien —dijo éste resoplando—. Vaya. Pero le diré una cosa, Rorimer, más vale que vaya y vuelva lo más aprisa posible, porque como se quede rezagado...<sup>[63]</sup>

Rorimer se dio la vuelta para que el oficial no lo viera sonreír. Suponía que el final de la frase era algo así como «tampoco sería una gran pérdida», y le hizo gracia. En el fondo disfrutaba llevándoles la contraria a los gerifaltes.

Incapaz de procurarse un medio de transporte oficial, aunque intrépido como siempre, Rorimer recurrió a un civil que había mantenido oculto su coche en un pajar durante la ocupación alemana y le pidió que lo llevara hasta la costa de Bretaña. La contraofensiva alemana había estado a punto de traspasar las líneas de Patton en las afueras de la ciudad de Avranches, pero la batalla de Normandía se aproximaba a su fin, y la zona rural al oeste de Avranches era segura. De camino hacia allí, Rorimer se acordó de su visita años atrás al monte Saint-Michel. El Monte, que es como se conoce a la rocosa isla, estaba unido a la Francia continental mediante un dique de un kilómetro y medio de largo. En las faldas de la montaña se alzaba el pueblo y en la cumbre se hallaba el monasterio del monte Saint-Michel, la célebre «Ciudad de los Libros» medieval. Rorimer se estremeció al pensar en cuántos de sus libros debían de haberse perdido en Saint-Lô. Ojalá el monasterio hubiera resistido... Recordó el claustro del siglo XIII, la abadía irguiéndose en lo alto, el laberinto subterráneo de criptas y capillas, la Sala de los Caballeros, con su bóveda de arco apuntado soportada por una triple hilera de columnas. El edificio era tan extraordinario que Bancel LaFarge le había confesado que había sido su inspiración para hacerse arquitecto. El Monte había resistido mil años de ataques y sitios, en buena medida gracias a la protección del agua y las rápidas mareas, pero con las armas modernas habría bastado una única andanada de bombas para demoler la abadía entera.

Sus temores se dispersaron pronto. El monte Saint-Michel, como podía apreciarse a más de un kilómetro de distancia, seguía en pie. El capitán Posey, el oficial de Monumentos del 3.<sup>er</sup> Ejército del general Patton, había colocado ya tres señales de «Acceso prohibido» a la entrada del dique, aunque por desgracia no habían servido para evitar la invasión de la isla: por todas partes se veían soldados peleando, gritando y, sobre todo, bebiendo. Rorimer no tardó en percatarse de que el monte Saint-Michel «era el único sitio del continente que permanecía sin vigilancia, sin daños y abierto como en un día cualquiera. [...] Cada día más de mil soldados llegaban ahí [de permiso], bebían todo lo que podían en el menor tiempo posible y luego armaban broncas que desbordaban a las autoridades locales».<sup>[64]</sup> En los restaurantes empezaba a terminarse la comida y, lo que es peor, la bebida. Las tiendas de recuerdos estaban vacías. Y aunque en teoría en uno de los hoteles se alojaba un general de brigada en compañía de una amiguita, James Rorimer no logró dar con un solo oficial que se hiciera cargo de la situación.

Por la noche, después de inspeccionar el monasterio y los edificios antiguos y de desalojar a los soldados de las zonas históricas cerrando las puertas a cal y canto, Rorimer cenó con el alcalde, cuya tienda de recuerdos había sido desvalijada días atrás. Decidieron que, aun no faltando motivos que aconsejaran lo contrario, el monte Saint-Michel debía permanecer abierto. Habían sido tres meses muy largos y había más de doscientos mil soldados aliados heridos, muertos o desaparecidos. El hedor de

la muerte —civiles, soldados, animales de granja, caballos— impregnaba el aire, el agua, la comida y la ropa. Sin embargo, el peligro había pasado, al menos por el momento. La batalla por Normandía había sido brutal, decisiva, reñida y penosa, pero se había saldado con la victoria aliada y nada podía hacer un oficial de Monumentos para evitar que los soldados lo celebraran. De modo que cuando el alcalde se marchó a casa rendido, Rorimer se fue a un bar, puso las botas encima de la mesa y se puso a pensar en el futuro dando sorbos a una cerveza.

Normandía había quedado atrás, pero les quedaba mucho trabajo por delante. Se imaginó a los soldados alemanes requisando obras de arte a bordo de las ambulancias de la Cruz Roja. Los nazis habían cometido crímenes horribles, de eso estaba seguro, de modo que si de veras quería proteger el mundo del arte tendría que encontrar la manera de salir de la Zona de Comunicaciones y obtener un traslado para el frente. Las pruebas estaban ahí fuera, a la espera de que alguien las descubriera, y Rorimer estaba decidido a ser esa persona. El primer paso, sin embargo, era llegar a París.

A la mañana siguiente un policía militar de la fuerza aérea abordó a Rorimer. El oficial le pidió ver sus documentos. La documentación debió de confirmar sus sospechas, pues el soldado sonrió, asintió y le informó de que quedaba arrestado. «Ningún oficial de tan bajo rango gozaría de las atribuciones que afirma usted tener —dijo—. Y ningún oficial, del rango que fuera, viajaría sin vehículo propio». Los oficiales del cuartel también estaban convencidos de que habían topado con un espía alemán. El policía militar no cabía en sí de contento, previendo seguramente promociones y honores. El muchacho acompañó al «espía» de vuelta al cuartel de Rorimer y entonces recibió la inesperada noticia: existía, en efecto, una sección denominada MFAA, y el subteniente James Rorimer formaba parte de ella. Puede que los hombres de Monumentos consideraran que sus primeros meses en Europa habían sido un éxito, pero era evidente que quedaba mucho camino por recorrer.

27 de agosto de 1944

*Carta de George Stout a su esposa, Margie*

Querida Margie:

He encontrado un sobre de correo aéreo, así que puedo explayarme un poco. Ha pasado una semana desde que llegué al cuartel y recibí correo. Con un poco de suerte volveré mañana y recibiré noticias tuyas, cariño.

Esta semana el trabajo ha sido agotador, pero en absoluto desagradecido. He dormido dos días en una ciudad, una ciudad de un tamaño respetable, y he disfrutado de una buena habitación en casa de una buena familia. [...] Una familia encantadora, como muchas de las que conocemos, de hecho me sorprende lo insignificantes que son las diferencias entre naciones, por lo menos entre naciones civilizadas.

A medida que el frente avanza y las pruebas se amontonan, aumenta la culpa de los alemanes. Se han portado muy mal, y en los últimos días de ocupación, como auténticos salvajes. Estando aquí, no parecen un pueblo sencillo e inocente liderado por criminales. Parecen criminales. Y me pregunto cuánto tiempo les llevará aprender a vivir en armonía con el resto del mundo.

Estando en la ciudad me siento sucio y desgarbado con mi ropa de campaña: con casco, sin corbata, generalmente sucio de polvo de la carretera, pistola al cinto. Es difícil mantenerse aseado. En los últimos días no he tenido tiempo de lavar la ropa y, como siempre voy de acá para allá, no puedo encargarme la colada a nadie.

La gente sigue dedicándonos recibimientos abrumadores. Hoy, en otra ciudad, he visto circular un jeep cubierto de flores. El cabo que lo conducía ha dicho: «Madre mía, ni que hubiéramos ganado la guerra». Ayer, en una aldea apenas tocada por la guerra, se me acercó una niña con su hermana pequeña, de unos dos años, para darme una manzana. No aceptaba un no por respuesta, y lo mismo con otro chiquillo en otra aldea, que me ha

dado un tomate. Todo el mundo quiere estrecharnos las manos [...].

Cuidate mucho. Cuando leas esto, el verano estará a punto de terminar y tú estarás pensando ya en las solemnes reuniones de profesores. No te busques nada para después de las clases. En los próximos días intentaré arreglar la paga y te mandaré el dinero.

Me imagino que oyes hablar de muertos a todas horas. Nosotros no, y tanto mejor.

Te quiero y no dejo de pensar en ti.

Tuyo,

George



## LA MADONA DE MIGUEL ÁNGEL

Brujas, Bélgica  
Septiembre de 1944

Al llegar la última semana de agosto de 1944, la campaña norteamericana había puesto en fuga al enemigo. Los alemanes habían invertido casi todas sus reservas en mantener el «Anillo de Acero» que rodeaba Normandía, por lo que cuando los Aliados occidentales lograron romperlo tuvieron el territorio entero a su disposición. Durante su avance, sin encontrar apenas resistencia, las tropas hallaron miles de toneladas de comida abandonada, cientos de cargamentos de carbón, infinidad de vehículos, soldados alemanes heridos abandonados a su suerte e incluso trenes llenos de lencería y perfumes fruto de los saqueos. Los pueblos estaban decorados con flores y sus habitantes vitoreaban y regalaban comida y vino a los liberadores. Los alemanes que quedaban con vida habían abandonado las armas y huían en dirección a su país.

El 28 de agosto, las líneas del frente habían avanzado más de ciento cincuenta kilómetros, liberando París y avanzando en dirección este desde las afueras de la ciudad. El 2 de septiembre los Aliados llegaban a Bélgica y al día siguiente atravesaban más de medio país, liberando Bruselas, la capital belga y la mayor ciudad del Estado. Cuatro días más tarde, a altas horas de la noche del día 7 de septiembre o a primeras horas de la madrugada del 8, el sacristán de la catedral de Nuestra Señora de la ciudad de Brujas se despertó al oír golpes en la puerta. Como el sacristán, que estaba poniéndose una bata, tardaba en responder, los golpes se hicieron más fuertes e insistentes. Cuando por fin llegó a la puerta seguían llamando. «Calma, calma», murmuró entre dientes.

Fuera había dos oficiales alemanes, uno de ellos vestido con el uniforme azul de la Marina alemana y el otro de gris verde. Detrás de ellos, en la penumbra de la calle, el sacristán distinguió al menos una veintena de marineros alemanes de los cuarteles de la zona. Iban montados en dos camiones con distintivo de la Cruz Roja.

—Abra la catedral —ordenó uno de los oficiales.

El sacristán llevó a los soldados a ver al deán.

—Tenemos órdenes —dijo el alemán, mostrando una hoja de papel—. Nos llevamos el Miguel Ángel para protegerlo de los estadounidenses.

—¿Los estadounidenses? —exclamó el deán riendo ante tal atrevimiento—. Dicen que quienes están a las puertas de la ciudad son los británicos. No he oído nada de estadounidenses.

—Son órdenes —repitió el oficial alemán, franqueando la puerta seguido de un grupo de hombres armados.

El mensaje era muy claro. El deán y el sacristán acompañaron a los soldados a la catedral y abrieron sus gigantescas puertas con unas viejas llaves de hierro. Detrás, la calle parecía tranquila. Bajo la ocupación alemana, nadie a excepción de los partisanos osaba pisar la calle a las dos de la madrugada, y éstos, evidentemente, no se aventuraban fuera de los callejones. Apagar las luces de la ciudad tal vez dificultaba los bombardeos nocturnos de los Aliados, pero también representaba una gran ayuda para la Resistencia.

—No podrán sacarla de Brujas —le dijo el deán al comandante mientras abría las vetustas puertas—. Los británicos ya están en Amberes.

—No se crea todo lo que oye —repuso el alemán—. Todavía queda una vía.

Una vez dentro, los alemanes actuaron con celeridad. Un grupo se apostó en la puerta, otros dieron la vuelta al santuario oscureciendo las ventanas y otros dos se quedaron vigilando al deán y al sacristán. Los demás se dirigieron directamente hacia la nave norte de la iglesia, donde se guardaba la escultura en una habitación sellada construida ex profeso por las autoridades belgas en 1940. Los alemanes abrieron las puertas. La *Madona* brilló bajo los focos de sus linternas, acaso la única fuente de luz en toda Brujas. La nobleza del rostro y las ropas de aquella radiante estatua de escala real habían sido labrados por la mano del joven maestro Miguel Ángel a partir del mejor y más puro mármol de Italia. Al reflejarse en ella las linternas de sus enemigos fue como si la *Madona* agachase la vista con expresión triste y serena, y el niño Jesús, lejos de parecer un bebé indefenso, se dispusiera a abandonar la habitación con aire desafiante.

—Coged los colchones —ordenó el comandante.

Cuatro días antes, el doctor Rosemann, jefe de la sección belga de la Kunstschutz, la organización alemana encargada de velar por los monumentos y obras de arte, había visitado la catedral. Decía que necesitaba ver la *Madona* una última vez antes de abandonar Bélgica. «Durante todos estos años he tenido una fotografía de ella encima de mi mesa», le dijo al deán. Cuando terminó de admirar la escultura, el doctor Rosemann ordenó a sus hombres que colocaran una serie de colchones en la habitación. «Para protegerla —dijo— de las bombas aliadas. Los estadounidenses no son como nosotros; son unos salvajes. ¿Cree que sabrían apreciar esto?». El deán se dio cuenta en ese momento de que los colchones eran para proteger la escultura, pero no de las bombas. Era la manera más rápida y segura de acarrear la estatua hasta los camiones.

—¿Qué hacemos con los cuadros? —preguntó uno de los marineros. Al lado de la *Madona* colgaban varias de las mejores pinturas de la catedral.

El comandante reflexionó un instante.

—Tú —le dijo a uno de los soldados apostados junto a la puerta—. Trae otro camión.

El deán aguantó la respiración al ver que los hombres se encaramaban a la base de la preciosa estatua. Era incapaz de apartar la mirada por miedo a que cada segundo fuera el último. A su lado, el sacristán se santiguaba y murmuraba plegarias, sin atreverse a mirar cómo la estatua se tambaleaba en el pedestal. Los marineros sujetaban el colchón mientras la estatua, de un metro veinte de alto, se deslizaba hacia delante, aunque el peso del mármol los derribó al suelo. Pese a la caída, la estatua seguía intacta, o al menos así se lo pareció al deán. Estaba tumbada boca abajo sobre el colchón, pero estaba sana y salva.

Mientras una docena de marineros acarrea despacio la *Madona* hacia una puerta lateral, sus compañeros colocaron una escalera. Los soldados empezaron a retirar cuadros al tiempo que el oficial al mando apagaba colillas de cigarrillo en el suelo y caminaba en círculos de un lado para otro sin parar.

—Éste es demasiado grande —gritó uno de los marineros—. Necesitamos una escalera más alta.

—Baja la voz —ordenó el comandante. Fuera, la oscuridad seguía siendo total; había tiempo de sobra—. Inténtalo otra vez.

La *Madona* ya casi estaba en la puerta. Los marineros levantaron el segundo colchón, tal como debían de haberles dicho de antemano, y lo colocaron encima de la escultura. Como protección no era gran cosa, pero serviría para ocultar el botín ante miradas indiscretas.

—Imposible, mi comandante —dijo uno de los hombres subidos a la escalera.

—Dejadlo ahí —dijo el comandante, que de pronto parecía exasperado por toda aquella operación. Eran las cinco de la madrugada y no había dormido en toda la noche. Todo por una estatua—. Olvidaos del cuadro, no es importante. Cargad todo lo demás.

Para subir la estatua a la caja del camión de la Cruz Roja necesitaron otra media hora. Los soldados se apiñaron en el segundo camión. Los cuadros se colocaron en el tercero, el que el marinero había ido a buscar una hora antes. Los suaves rayos de la primera luz del sol empezaban a acariciar el horizonte; desde el umbral de la puerta lateral, el deán y el sacristán, vestidos aún con ropa de noche, observaban cómo la *Madona* de Brujas, la única escultura de Miguel Ángel que había salido de Italia en vida de éste, desaparecía.

El deán hizo una pausa y sorbió un poco de té. Las manos todavía le temblaban, poco pero le temblaban.

—Dicen que salió de Brujas por mar —concluyó, taciturno—, claro que también pudieron sacarla en avión. Sea como sea, el caso es que ya no está.

Delante de él, el oficial de Monumentos Ronald Balfour, compañero de

habitación de George Stout en Shrivvenham, se ajustó sus gafas de profesor y siguió tomando notas en su diario de campo. El despacho del deán, con sus hileras de libros, le recordaba al suyo de Cambridge.

—¿Alguna idea de cuándo salió de Bélgica?

—Supongo que hará apenas unos días —contestó el deán con voz triste—. Puede que ayer, quién sabe.

Era el 16 de septiembre, ocho días después del robo y unos pocos días después de la entrada triunfal de los británicos en la ciudad.

Balfour cerró el cuaderno. Había faltado bien poco. La *Madona* de Brujas se le había —se le había— escurrido entre los dedos en alguna parte entre Brujas y mar abierto.

—¿Quiere una fotografía?

—No me hace falta —respondió Balfour, sumido en sus pensamientos. Llevaba en el ejército británico desde 1940. Tres años reclutando soldados de infantería en la Inglaterra rural. Ocho meses de instrucción como oficial de Monumentos. Creía que estaba preparado y en sólo tres semanas en el continente, adscrito al 1.<sup>er</sup> Ejército canadiense en el extremo septentrional de la ofensiva, el trabajo parecía escapársele ya de las manos. Una cosa era entrar en Rouen y encontrarse con el Palacio de Justicia en ruinas. Todo había comenzado con una bomba aliada lanzada por error en abril, y los alemanes habían terminado de destrozarlo al provocar un incendio accidental en el barrio mientras intentaban quemar la central telefónica el 26 de agosto. Balfour no había podido salvar el palacio por menos de una semana.

Pero aquello era distinto: no se trataba de daños de guerra ni de una decisión desafortunada producto de una retirada presurosa. Hacía tiempo que el mundo sabía que los alemanes se habían dedicado a saquear obras de arte. El hecho de que *siguieran* saqueando aun a pesar del avance en masa de los Aliados era algo que Balfour no acertaba a explicarse.

—Lléveselas —dijo el deán tendiéndole un mazo de postales—. Distribúyalas. Por favor. Usted sabe cómo es la *Madona*, pero muchos de los soldados no. ¿Y si aparece en un granero? ¿O en la casa de un oficial alemán? O... —Hizo una pausa—. O en el fondo del puerto. Lléveselas, así la reconocerán y sabrán que es una de las maravillas del mundo.

El anciano tenía razón. Balfour tomó el mazo de postales.

—La encontraremos —aseguró.

## LA CATEDRAL Y LA OBRA MAESTRA

Norte de Francia

Finales de septiembre de 1944

\*

Sur de Bélgica

Principios de octubre

A mediados de septiembre de 1944 llegó al continente el último miembro del cuerpo de oficiales original de la MFAA, el amigable capitán Walker Hancock, que voló directamente desde Londres a París. El avión se vio obligado a volar a poca altura debido a la nubosidad, pero como la Luftwaffe había desaparecido del cielo francés, ello no entrañaba ningún peligro. Desde la ventanilla Hancock pudo distinguir Rouen, donde una semana o dos antes Ronald Balfour había descubierto los restos carbonizados del Palacio de Justicia. Incluso desde el cielo podía apreciarse la destrucción de la ciudad, aunque más allá de Rouen los campos parecían tranquilos, y las granjas, las vacas y las ovejas desprendían un halo intemporal. Los terrenos bien cultivados, divididos por las escarpadas líneas de los setos, formaban una trama deliciosa. Las pequeñas aldeas, con sus sosegadas calles, daban sensación de paz y prosperidad; hasta que uno observaba más de cerca y descubría en ellas las marcas de la destrucción. Hancock se fijó en que todos los puentes habían sido derribados.

París mostraba todavía las señales de la batalla, pero a Walker Hancock se le antojó más hermosa que nunca. La Torre Eiffel dominaba el horizonte, por supuesto, aunque era en las pequeñas avenidas donde mejor se percibía el milagro de la liberación. Miles de banderas francesas, británicas y estadounidenses ondeaban en las ventanas, y de no ser por el paso ocasional de un convoy o un camión militar, las calles se veían libres de tráfico motorizado. En una carta a su mujer, Saima, escribe Hancock:

Todo el mundo se desplaza en bicicleta, lo cual significa que por todas partes se ven piernas bonitas. Parecía imposible imaginarse París sin taxis, pero yo lo he visto. A las 10 p.m. se encienden las luces — tras una larga tarde a oscuras—, aunque evidentemente no hay farolas. El metro funciona y va más lleno que el de Nueva York. Los soldados aliados suben sin pagar. Fueron los alemanes los que exigieron ese privilegio, y los franceses lo han hecho extensivo a sus «Liberadores». [...] Las primeras demostraciones de alegría han terminado, por lo que al principio cuesta percibirla. Pronto, sin embargo, se da uno cuenta de la amabilidad que se nos profesa. Ocurre a menudo que un chiquillo con guantes blancos se acerca y nos estrecha la mano con solemnidad sin decir palabra. Los niños más pobres insisten en regalarnos recuerdos, chucherías que encuentran, como los cromos que vienen (o más bien venían) con las barras de chocolate o envolturas de cigarrillo. [...] Hoy he comprado unas cuantas postales en una aldea cercana al campamento. El tendero se ha negado a cobrarme. «Todo se lo debemos a ustedes —ha dicho—, y no

tenemos cómo corresponderles».

El otoño se respiraba en el aire, y no obstante, a Hancock el mundo le parecía fresco y reluciente como el verano parisino. «He estado en París —continuaba—, y nunca dejaré de dar gracias por haber llegado a ella un mes después de su liberación.»<sup>[65]</sup>

Pasó una noche con James Rorimer, *Jimsie*, como lo llamaban sus compañeros, que había recibido el puesto que más anhelaba: oficial de Monumentos en la sección del Sena, que a la postre quería decir París. Rorimer se alojaba en el apartamento de su hermana y su cuñado, que estaba vacío desde antes de la guerra. Desayunaron huevos frescos, los primeros que Hancock probaba en meses, y hablaron de sus experiencias. Rorimer había llegado con el convoy del general Pleas B. Rogers, el primer convoy estadounidense que entró en la Ciudad de las Luces. Había visto columnas de humo elevándose sobre la ciudad, enmarcadas por la Torre Eiffel. Las balas silbaban desde los tejados; la Cámara de los Diputados estaba en llamas. Los prisioneros alemanes eran trasladados al Comptoir National d'Escompte, en la Place de l'Opéra. En los Jardines de las Tullerías, los frenos de las bocas de los cañones abandonados por los alemanes estaban calientes todavía.

—Entre los nervios y la emoción —le dijo Rorimer a Hancock—, no pude descansar hasta que me eché en la cama del Hôtel du Louvre. Parece absurdo, pero en medio de la devastación estaba ese cómodo hotel con agua corriente caliente y fría y grandes cuartos de techo alto, con cristalerías, cortinas y balcón. Por un instante me recordó al París de antes de la guerra.<sup>[66]</sup>

Walker Hancock no iba a quedarse en París. De hecho, estaba impaciente por marcharse. Le esperaba el deber, un deber en el que creía tan firmemente que, para cumplirlo, había dejado atrás una vida acomodada. A diferencia de algunos de sus compañeros, que habían ido a la guerra tanto por convicción como por obligación, Hancock podría haber seguido haciendo su vida en Estados Unidos. Era un reputado escultor de obras monumentales, entre ellas el gran caballo alado conocido como *Sacrificio* del memorial en honor de los soldados de la primera guerra mundial de su ciudad natal de San Luis. Era propietario de dos estudios, y aunque estaba endeudado (razón de más para no aceptar los bajos sueldos del ejército), con los encargos y clientes que tenía le habría bastado para vivir el resto de sus días. Por si todo esto fuera poco, un mes antes de zarpar para el viejo continente a sus cuarenta y dos años había contraído matrimonio con Saima Natti, el amor de su vida.

Y sin embargo, ningún soldado afrontaba la guerra con mejor disposición que Walker Hancock. Impelido por el sentido del deber, y pese a contar casi cuarenta años, después de Pearl Harbor solicitó su ingreso en los servicios de inteligencia de las Fuerzas Aéreas. Como suspendió las pruebas físicas, pasó a inteligencia de Marina, donde las superó con nota, y, tras ser llamado a filas, empezó la instrucción

básica. Poco después, el sargento instructor lo separó de la formación y le informó de que iban a trasladarlo. Hancock creyó que lo devolvían a inteligencia de la Marina, pero en realidad había ganado el concurso para diseñar la Medalla del Aire, una de las mayores condecoraciones militares al valor. Una vez acuñada la medalla, Hancock entró en la sección italiana del Departamento de Guerra y, finalmente, fue reclutado para la MFAA.

«¡Qué extraños designios depara la vida a los mortales! —le escribía a su prometida, Saima, en octubre de 1943—. Feliz como soy gracias *a ti*, de repente me informan de que van a mandarme a Europa para dedicarme al trabajo que más deseo dentro del ejército.»<sup>[67]</sup> El 4 de diciembre de 1943, Hancock y Saima se casaron en la ciudad de Washington. Dos semanas más tarde llegaba la orden del traslado. «Recuerdo como si fuera ayer que mientras el taxi se alejaba, dando principio a la primera etapa de mi viaje, me volví y vi a Saima de pie delante de la puerta, llorando. [...] En mi vida he vivido momento más sombrío.»<sup>[68]</sup>

Hancock perdió su barco en Nueva York —una vez más, nadie estaba al corriente de que había un oficial de Monumentos en el pasaje—, así que tuvo que presentarse todos los días en el muelle por si en algún barco quedaba una litera libre. Debía ir de uniforme y con el petate a cuestas, pero a excepción de eso no tenía nada más que hacer. A veces resultaba deprimente. «Esto de estar “disponible” todos los días es como estar en prisión —le escribía a Saima—, cuando yo lo que quiero es estar contigo. [...] Entretanto sigo en las nubes; no me acuerdo ni de darle cuerda al reloj. ¡Menudo oficial!»<sup>[69]</sup>

En ocasiones, sin embargo, no podía contener su entusiasmo y su optimismo: «Mirémoslo por el lado bueno: lo más maravilloso de todo es que sabemos cuánto nos queremos y que por eso mismo la alegría de prestar un servicio útil debería ser grande y no verse disminuida.»<sup>[70]</sup>

Saima se desplazó hasta Nueva York y se alojó con su marido en un hotel para militares. Cada mañana era posible que Hancock no volviera del muelle. Durante dos semanas volvió todos los días, hasta que por fin una tarde, al ver que no regresaba, supo que había partido. Ni siquiera habían tenido ocasión de despedirse.

«El sol, el viento y este inspirador embarcadero —le escribió a Saima nada más llegar a Inglaterra— me recuerdan que tengo el privilegio de presenciar algunos de los acontecimientos del que será el año más importante de las próximas generaciones, en vez de leer sobre ellos en las cámaras acorazadas del Pentágono.»<sup>[71]</sup> Según él, a sus cuarenta y dos años había aprendido a tener los ojos abiertos a las maravillas del mundo; lo que le preocupaba era que «la mayoría de los muchachos despertarán cuando sea demasiado tarde y se darán cuenta de lo que se han perdido.»<sup>[72]</sup>

Por fin, tras ocho meses en Inglaterra, había llegado al norte de Francia. La victoria en Normandía había hecho retroceder al enemigo y los Aliados avanzaban

hacia Alemania sin encontrar apenas resistencia entre las tropas alemanas que se batían en retirada. El general George C. Marshall, el asesor militar de confianza de Roosevelt, estaba convencido de que la batalla por Europa terminaría «entre el 1 de septiembre y el 1 de noviembre de 1944» y aconsejaba a sus oficiales que empezaran a considerar traslados al teatro de operaciones del Pacífico.<sup>[73]</sup> Por esa misma época, las lluvias veraniegas de Normandía parecieron conceder una tregua. Gracias al tiempo despejado, la primera misión oficial de Walker Hancock como oficial de Monumentos del 1.<sup>er</sup> Ejército estadounidense —un viaje en jeep con su compañero el capitán Everett *Bill* Lesley para examinar los monumentos protegidos en las proximidades de la retaguardia del 1.<sup>er</sup> Ejército— fue poco menos que un paseo. Hancock, con su acostumbrado entusiasmo, le escribió a Saima que «todos estos días cada hora ha sido de placer».<sup>[74]</sup>

Los daños eran mínimos. Los alemanes habían entrado como una apisonadora en el noreste de Francia en 1940. Cuatro años después, los Aliados lo habían reconquistado con gran rapidez, dejando amplias franjas de territorio al margen de la guerra. La mayor parte de los problemas tenían su origen en las fuerzas de ocupación nazis: museos locales saqueados, campos sembrados de minas o en cualquier caso impracticables, pequeños objetos como candelabros y pomos de ventanas de latón robados como recuerdos. Algunas pinturas habían desaparecido, aunque la pérdida más sensible era la de los invalorable muebles Luis XIV tan comunes en las antiguas casas solariegas de Francia. Muchos habían sido empleados como leña para dejar sitio a los recargados muebles modernos más del gusto de los oficiales alemanes. Las bodegas, por supuesto, habían sido vaciadas, y muchas de las botellas de las añadas más caras trocadas por vino de manzana, muy popular entre los soldados alemanes. La misión resultó idílica, puesto que la mayor parte de los lugares ya habían sido inspeccionados por el diligente George Stout, quien había cubierto una porción de terreno vastísima para alguien destacado cerca del frente.

A veces se vivían momentos espectaculares. La catedral de Chartres destacaba, como siempre, como una montaña entre los trigales, pero en la ciudad, habitualmente bulliciosa, reinaba la calma y su famoso templo se alzaba solitario y desafiante. Aún más que en sus anteriores visitas siendo estudiante en la Academia Americana de Roma, Hancock se sintió inspirado por su tamaño, su complejidad y su extraordinaria ambición. Sus formidables muros y torres, con su rica ornamentación, eran el fruto de siglos de trabajo; era imposible, pensaba, que cuatro años de guerra pudieran destruir tanta belleza.

¿Habría aumentado su amor por ella de saber que eso no era cierto, que la Wehrmacht había estado a punto de destruir en una tarde lo que había tardado cuatro generaciones en construirse? Cuando los Aliados llegaron a Chartres, descubrieron que los nazis habían colocado veintidós cargas de detonación en puentes y demás



estructuras de los alrededores, lo cual podría haber provocado daños a la catedral e incluso su derrumbe.

El experto en demoliciones Stewart Leonard, quien tras el fin de las hostilidades se convertiría en oficial de Monumentos, ayudó a desactivar las cargas y salvar la catedral. Como más tarde le confiaría a su compañero Bernie Taper tomando unas copas en un apartamento berlinés, «lo bueno de estar en la unidad de artificieros es que los oficiales no te miran por encima del hombro».

Pero Taper quería saber si el arte valía la vida de una persona. Como al resto de miembros de la sección, la pregunta lo intrigaba.

—Yo tuve que elegir —respondió Leonard—. Y elegí desactivar las cargas. La recompensa lo valía.

—¿Qué recompensa?

—Cuando terminé, fui a sentarme a la catedral de Chartres, que se había salvado en parte gracias a mí, durante una hora. Estaba solo.<sup>[75]</sup>

Walker Hancock se preguntó si las generaciones venideras comprenderían lo que significaba contemplar aquella catedral bajo la amenaza de la guerra. ¿Apreciarían más su valor si la vieran como estaba entonces, sin vidrieras, con sacos de arena apilados hasta alturas de nueve metros y con las torres llenas de aspilleras para la artillería? En el suelo podía verse el tortuoso laberinto que durante siglos los peregrinos han recorrido de rodillas en pos de la salvación. En lo alto, los cobertores de plástico de los ventanales se agitaban desafiantes con la brisa.

Sobre ella escribió Hancock:

No esperaba tanta belleza. Los ventanales estaban abiertos al cielo [...] de tal forma que veíamos a la vez el interior y el exterior de aquel fantástico edificio. Ver cómo los arbotantes penetraban el techo y se prolongaban hasta los nervios de las bóvedas fue una lección muy gráfica de ingeniería medieval. Pero eso no es todo. Vistos desde dentro, la presencia de aquellos poderosos arcos característicos de Chartres, que casi parecían doblarse bajo la presión de los muros del ábside, tenía algo de estimulante. [...] Podía uno colocarse ahí en medio y observar con una nueva luz interior las figuras de los reyes y reinas de Judá y el Cristo del Apocalipsis.<sup>[76]</sup>

Por un instante, la catedral parecía un monumento al triunfo aliado y una estructura situada fuera del tiempo, ajena a la guerra, una obra que había de durar para siempre, hasta más allá del fin del mundo.

Pero la visión no duró mucho. El sol estaba poniéndose, sus rayos se deslizaban a través de los amplios arcos de los ventanales y subían por las paredes. El frente de batalla se encontraba en la dirección contraria, hacia el este. Hancock sabía que allí se requería su ayuda. Se cargó la mochila al hombro y regresó a la guerra.

Unas semanas después, alguien despertó a Walker Hancock al poco de haberse

dormido. Junto al catre vio a George Stout, su compañero del 1.<sup>er</sup> Ejército; pese a lo intempestivo de la hora, su aspecto era tan pulcro como de costumbre.

—Tenemos trabajo —dijo poniéndose los anteojos de conducir.

Fuera llovía a cántaros. La niebla era tan espesa y el cielo estaba tan encapotado que Hancock sólo alcanzaba a distinguir la oscura silueta del gigantesco cuartel donde se acantonaba el 1.<sup>er</sup> Ejército.

Recordó con pesar que el automóvil de Stout —el destartado Volkswagen que conducía desde que estaban en Normandía— no tenía techo y que por lo tanto no podían cobijarse en él. Se ciñó el abrigo. Era el 10 de noviembre de 1944 y se intuía la llegada del invierno.

Desayunó con Stout en el comedor de la tropa. Hancock había llegado sólo una semana antes al acuartelamiento del 1.<sup>er</sup> Ejército en Verviers, ciudad del este de Bélgica a apenas una treintena de kilómetros de la frontera alemana, y todavía no se había acostumbrado al ritmo de vida del cuartel. Había partido de París con Bill Lesley a bordo de su jeep y después había hecho autoestop por el norte de Francia durante una semana. Yendo hacia el este, de camino a Bélgica, había entrado en una zona saqueada por los ocupantes alemanes. Las familias que empezaban a volver se encontraban con sus casas destruidas o desvalijadas. Los patios y jardines estaban llenos de fortines y material abandonado. La gente de los pueblos, aun cuando la comida era escasa debido a que los campos no habían sido labrados, le regalaba cebollas, tomates y frases de agradecimiento, y a pesar de su situación pedían bien poco a cambio. Todos relataban la misma historia: los alemanes «fueron maravillosamente disciplinados y “correctos” mientras tuvieron el control, pero enloquecieron cuando se hizo evidente que su visita había llegado al final».<sup>[77]</sup>

En una carta a Saima advertía:

Veo venir que a partir de ahora mis cartas serán pocas y espaciadas. De repente mi vida se ha vuelto un hervidero de actividad. Me da vueltas la cabeza nada más pensar en dónde he estado y qué he hecho en los últimos dos días. Pero estoy tan feliz y me interesa tanto lo que hago que, en comparación, los meses que he pasado a la espera, haciendo planes, teorizando e instruyendo a otros se me antojan de un gran tedio.<sup>[78]</sup>

Ahora se encontraba en otra región, en las colinas y bosques del este de Bélgica. Los montes parecían grises bajo la lluvia y Hancock los atravesó sin la sensación de maravilla de los primeros viajes. Stout conducía a velocidad constante, sin apartar los ojos de la carretera. Por lo menos estaban resguardados de la lluvia, ya que Stout había mandado a reparar el Volkswagen y le habían prestado un vehículo mejor, si bien, como se verá, sólo por un tiempo. Con todo, a pesar de que la lluvia caía con tanta fuerza que apenas dejaba ver la carretera, Hancock daba gracias a su suerte. De hecho, ni siquiera se dio cuenta de que habían cruzado la frontera con Holanda hasta que pararon al pie de una empinada colina cubierta de matorrales. En la falda se veían

unos muros de hormigón. Al principio, Hancock creyó que era un túnel ferroviario, pero la entrada estaba cerrada herméticamente por dos enormes puertas metálicas de seguridad.

—¿Qué es este sitio?

—Un depósito de arte —respondió Stout mientras las puertas se abrían y el jeep avanzaba hacia el interior.

La caverna, excavada en el siglo xvii con el objeto de proteger los tesoros holandeses del invasor francés, estaba perfectamente habilitada: los cuartos de almacenaje estaban bien iluminados, y la temperatura y la humedad, controladas. A medida que bajaban a través del fantasmagórico silencio hacia las profundidades de la montaña, a Hancock le parecía estar entrando en otro mundo. Los dos civiles a cargo del depósito los condujeron a través de unas paredes de piedra labrada iluminadas por largas hileras de luces que emitían zumbidos. Hacia el fondo había unos cuantos soportes giratorios, parecidos a los postaleros de las tiendas de recuerdos, sólo que en vez de postales de a dos centavos lo que sujetaban eran cuadros procedentes del mayor museo de los Países Bajos, el Rijksmuseum de Ámsterdam. El cuidador giró una manivela, y las obras más notables de los maestros holandeses —bodegones sobre tabla, deliciosos paisajes de ricos cielos salpicados por nubes grisáceas, retratos de burgueses sonrientes vestidos de negro— empezaron a girar. El crujido de los ejes resonaba en la bóveda desnuda.

—Asombroso —murmuró Hancock. Habría deseado poder explicárselo a Saima, pero los censores jamás habrían permitido revelar detalles tan concretos debido al eterno miedo a las interceptaciones y a los espías.

Al darse la vuelta, se fijó en un gran lienzo enrollado en torno a un eje como una alfombra. En uno de los extremos había una manivela metálica y el conjunto había sido cubierto con una caja de madera. El material de embalaje enrollado junto con la pintura sobresalía como si fueran bordes arrugados y bastos de papel de estraza.

—*La ronda nocturna* —dijo uno de los cuidadores dando unas palmadas al cajón de madera. Hancock se quedó boquiabierto. Lo que estaba viendo era el borde de uno de los lienzos más famosos de Rembrandt, la colosal obra maestra que representa a la milicia del capitán Frans Banning Cocq, pintada en 1642.

Stout apartó un poco el basto material de embalaje, examinó el borde del cuadro y arrugó el entrecejo. No es bueno almacenar óleos a oscuras de forma prolongada, porque en los bordes pueden crecer microorganismos parasitarios y las resinas empleadas en el barnizado del cuadro amarillean, apagando los colores y oscureciendo los contrastes. Ya en marzo de 1941, Stout había oído de boca de expertos holandeses que *La ronda nocturna* parecía estar adquiriendo un tono amarillento, y ahora podía comprobar que, como se temía, los tres años y medio transcurridos no habían tenido piedad del cuadro. Como siguiera allí mucho más

habría que decapararlo y rebarnizarlo, solución potencialmente peligrosa tratándose de una obra de cientos de años. Lo más preocupante, sin embargo, era el hecho de que la tela hubiera estado enrollada y fuera del bastidor durante tanto tiempo, con el consiguiente riesgo de que la pintura se agriete, se descascarille o se raye, daños estructurales irreversibles. Las grandes obras maestras no se habían concebido para ser enrolladas y enterradas en escondites de montaña. Pero por el momento no se podía hacer más. El mundo estaba en guerra, y *La ronda nocturna* recibía el mejor trato posible. Stout se preguntó por la suerte de otras obras maestras, como *El astrónomo* de Jan Vermeer, sustraído por los nazis de las paredes de la mansión parisina de los Rothschild en 1941 y en paradero desconocido desde entonces.

—¿Dónde están los guardias? —preguntó Stout.

Uno de los cuidadores le indicó a un par de agentes de policía en el extremo opuesto de la sala.

—¿Eso es todo?

El hombre asintió. Eran años difíciles y, aunque se tratara de los tesoros de una nación, sólo había unos pocos guardias disponibles. Por lo demás, tampoco eran necesarios. Hacía tiempo que los alemanes conocían la existencia del depósito de Sint Pietersberg, cerca de Maastricht. De hecho, los oficiales y soldados nazis habían supervisado un traslado anterior de *La ronda nocturna*, que había pasado por varios «escondites» antes de llegar a Maastricht, conveniente por su proximidad a la frontera alemana, en 1942. Tal vez por eso los cuidadores holandeses parecían tan sorprendentemente despreocupados ante la falta de protección. Aislados del resto del mundo en su guarida de la ladera, no habían oído la noticia del reciente robo de la *Madona de Brujas*. George Stout se percató de que no comprendían que el mayor peligro no había sido cuando los alemanes tenían el control absoluto, sino ahora que lo habían perdido y se daban cuenta de que era la última oportunidad para actuar. ¿Qué era lo que el doctor Rosemann le había dicho al deán de la iglesia de Brujas? «Durante todos estos años he tenido una fotografía de ella encima de mi mesa». ¿Qué era lo que los campesinos franceses le habían dicho a Hancock? «Los alemanes fueron maravillosamente disciplinados y “correctos” mientras tuvieron el control, pero enloquecieron cuando se hizo evidente que su visita había llegado al final».

—Conseguiremos más guardias —dijo Stout—. Como mínimo diez hasta que la zona vuelva a la normalidad.

Como las líneas telefónicas estaban cortadas, la petición de refuerzos tendría que esperar hasta que regresasen al cuartel. Saltaba a la vista que Stout estaba muy descontento ante tanta ineficacia y falta de planificación, por no hablar del peligro que entrañaba aquel retraso, pero poco después se le pasó y recuperó su habitual talante pragmático e impasible.

—Los refuerzos podrían llegar mañana —dijo de camino al coche—. Aunque

tratándose del ejército, no puedo garantizárselo. Gracias, amigos, por tan insólita visita.

«Dios mío —pensó Hancock mientras volvía al vehículo con el conservador y echaba un último vistazo a la obra maestra de Rembrandt, que a primera vista no parecía más que una alfombra a punto de ser desplegada sobre el suelo de un salón—. Qué extraña es la guerra».

## EL CORDERO MÍSTICO DE VAN EYCK

Este de Francia

Finales de septiembre de 1944

El capitán Robert Posey, granjero de Alabama y oficial de Monumentos del 3.<sup>er</sup> Ejército del general George Patton, colgó la toalla del gancho y volvió a su tienda de campaña. Era el 23 de septiembre de 1944 y acababa de darse la primera ducha caliente desde su desembarco en Normandía más de dos meses antes. Se pasó la mano por la cara caliente recién afeitada. Durante años había llevado bigote, y seguía sin acostumbrarse a su ausencia. Con el labio desnudo, parecía un niño y no un arquitecto de cuarenta años, casado, padre y soldado. El bigote, además, era una declaración de principios. Al ser llamado a filas se había afeitado las puntas, a imitación del bien conocido estilo de Hitler. Era su particular puyazo al Tercer Reich, aunque al general no le había hecho mucha gracia.

—Maldita sea, Bobby, aféitese esa porquería del labio —estalló Patton al ver la franja de pelo.<sup>[79]</sup>

A Posey no le molestaban los ocasionales arranques de malhumor del comandante. Era un honor servir en el ejército de Patton, el mejor contingente de todo el territorio europeo. La verdad es que Robert Posey se sentía más próximo a los hombres del 3.<sup>er</sup> Ejército que a sus compañeros de la sección de Monumentos, y no había tardado en adoptar su orgullo, su camaradería y su exasperación ante el hecho de que el resto de ejércitos aliados siguieran sin reconocer su evidente superioridad. Ellos eran el ejército que había roto el «Anillo de Acero» en Normandía; el que había cerrado la bolsa de Falaise, cortando la retirada de los últimos alemanes en la Francia occidental; el ejército que encabezaba la carga por el flanco sur mientras los demás ejércitos avanzaban poco a poco hacia el norte. Si Eisenhower hubiera dado vía libre al 3.<sup>er</sup> Ejército cuando Patton sugirió interceptar a los alemanes en el este, tal vez la guerra ya habría terminado. Tenían la moral alta, y todo gracias al hombre de la tienda grande, el general George S. Patton Jr. Sin duda Patton era impetuoso, arrogante y en ocasiones algo lunático, pero Posey habría hecho cualquier cosa por él. Al único que no podía sufrir era a *Willie*, el perro del general, un *bull terrier* bautizado en honor de Guillermo el Conquistador.

Se dejó caer sobre el catre, se puso la camisa y tomó entre sus manos una carta reciente de su mujer, Alice. La releyó por cuarta o quinta vez y por un momento sintió reblandecerse de nuevo el duro caparazón del soldado. La vieja y familiar

llamada del hogar. Alice se había instalado en Carolina del Sur con unos parientes durante el tiempo que durase la guerra, pero Posey pensaba en la casa que habían compartido. La pequeña parcela de jardín; el «zoo», como él lo llamaba. La sonrisa traviesa de su hijo; la elegante confusión de la dulce voz de su esposa. De pronto, le entraron ganas de abrazarla. Como los censores habían levantado la prohibición sobre incluir ciertos detalles en las cartas personales —por lo menos en los territorios ya conquistados— decidió hablarle de sus viajes:

La campaña de Francia casi ha terminado y ya podemos hablar de las ciudades que hemos visto. He visitado las grandes catedrales de Coutances, Dol, Rennes, Laval, Le Mans, Orleans, París, Reims, Châlons-sur-Marne, Chartres y Troyes. Chartres es la mayor de todas. También he visto las preciosas iglesias de muchos pueblos y muchos castillos, incluidos el famoso monte Saint-Michel y Fontainebleau. El pueblecito del que te hablé [en una carta anterior] es Les Iffs, a medio camino entre Rennes y Saint-Malo, en la península de Bretaña. Tengo muchas postales con autógrafos.<sup>[80]</sup>

Revolvió entre las postales que guardaba para Dennis, su hijo de cinco años, al que llamaba Woogie. Le gustaba mandarle pequeños trofeos de vez en cuando: postales, botones y hasta un hebilla de cinturón con una esvástica y una toalla con la enseña «*Kriegsmarine*» bordada que había encontrado en una base de submarinos alemana. Recuerdos de soldado, como los que mandaban los hombres del 3.<sup>er</sup> Ejército, a los que se sentían tan unido. Era su forma de conservar la unión con su hijo y de documentar su viaje por Europa, al que, como muy bien sabía, podía poner fin una mina o una bala en cualquier momento.

Al pensar en el viaje ahora, fresco de la ducha, le parecía increíble haber llegado tan lejos. Había crecido con el ejército y si tenía estudios era gracias al ROTC. Se había convertido en arquitecto, aunque seguía alistado en la reserva cuando los japoneses bombardearon Pearl Harbor. Habría partido para el Pacífico al día siguiente, pero eran momentos de tanta confusión que aún tardó seis meses en incorporarse al servicio activo. A mediados de verano lo mandaron a una base de Luisiana, el lugar más cálido y sofocante en el que jamás hubiera estado —lo que ya es decir para quien se ha criado en el centro de Alabama—. De allí pasó directamente a Churchill, Manitoba, el único gran puerto canadiense en el océano Ártico y con mucho el lugar más frío que hubiera pisado en su vida. La mayor parte del tiempo se dedicó a diseñar y construir pistas de aviación contra una posible invasión alemana a través del Polo Norte.

¡El Polo Norte! ¿Quién habría sido el general al que, mirando un globo del mundo, le había entrado el sudor frío al considerar esa posibilidad? Posey no vio a un solo alemán en la tundra helada, pero mantuvo contacto regular con otro enemigo: los osos polares. El pobre muchacho de Alabama había descubierto que Churchill, Manitoba, era la capital mundial de los osos polares.

Y ahora se encontraba en un cuartel ganado a los alemanes en el este de Francia.

En pocas semanas, quizá incluso días teniendo en cuenta el ritmo al que avanzaba el 3.<sup>er</sup> Ejército, entrarían en Alemania y, poco después, en Berlín..., por lo menos mientras la ofensiva dependiera de papá Patton.

Terminó la carta —añadiendo una posdata sobre el lujo de la ducha caliente— y a continuación tomó un paquete llegado unos días antes desde el SHAEF. Dentro había fotografías, descripciones e información de fondo acerca de los tesoros culturales desaparecidos en Bélgica. Dos de ellos sobresalían en importancia. Uno, la *Madona de Brujas* de Miguel Ángel, cuyo robo había sido documentado por Ronald Balfour hacía exactamente una semana. El otro, el retablo de Gante.

*La adoración del cordero místico*, más conocido como el retablo de Gante, era el tesoro artístico más importante ypreciado de Bélgica. Medía tres metros y medio de alto por cuatro cuarenta de ancho y consistía en dos hileras de paneles de madera: cuatro en el centro y cuatro en cada postigo, pintados por ambos lados. Las veinticuatro obras, individuales aunque relacionadas en virtud de la temática, estaban dispuestas de tal forma que la vista cambiara dependiendo de si el retablo estaba abierto o cerrado. El panel central, que da nombre a la obra, representaba al cordero de Dios sobre un altar, con el Espíritu Santo en forma de paloma brillando encima de él, y un corro de adoradores. El retablo fue un encargo de Hubert Van Eyck, descrito como «*maior quo nemo repertus*» («más grande que ninguno»), pero a su muerte en 1426 fue continuado por su hermano Jan Van Eyck, quien se definía a sí mismo como «*arte secundus*» («el segundo mejor en el arte»), y completado en 1432.

Su inauguración en la catedral de San Bavón de Gante fue todo un acontecimiento en Holanda. Estaba pintado en estilo realista, confiando en la observación directa y no en las formas idealizadas de la antigüedad ni en las imágenes planas de la Edad Media. Las imágenes de los paneles, incluso las de menor importancia, estaban ejecutadas poniendo una atención extraordinaria en cada detalle, desde los rostros de las figuras humanas, inspiradas en personajes reales del Flandes del siglo xv, hasta los edificios, el paisaje, la vegetación, los tejidos, las joyas, las togas y los materiales. Su minucioso realismo, logrado gracias al hábil empleo de la pintura al óleo, no conocía parangón en el mundo del arte. Gracias a él tendría lugar una transformación pictórica y daría comienzo el Renacimiento nórdico, la edad de oro de la cultura holandesa, que habría de rivalizar con el Renacimiento italiano.

Quinientos ocho años más tarde, en mayo de 1940, los cerros y praderas tan vívidamente representados en la obra maestra de Van Eyck presenciaban el asalto y la ocupación por parte de las fuerzas alemanas. Mientras medio millón de soldados británicos y franceses se retiraban hacia el norte perseguidos por la Wehrmacht, tres camiones se dirigían hacia el sur llevando a bordo las obras más señaladas del Estado belga, entre ellas el retablo de Gante. La intención era llevarlas al Vaticano para que gozaran de la protección papal, pero al alcanzar la frontera francesa Italia declaró la



guerra a los países de Europa occidental. Los camiones, hostigados por las divisiones Panzer alemanas que acudían al norte con el propósito de detener la evacuación de las tropas británicas en Dunkerque, cambiaron de ruta hasta que por fin dieron con un castillo que hacía las veces de depósito de arte en Pau, en el sudoeste de Francia, donde los aterrorizados conductores confiaron la seguridad del retablo al gobierno francés.

Hitler sabía que era imposible robar obras maestras de la categoría del retablo de Gante sin ganarse la condena de la comunidad internacional. Llevados por su mentalidad conquistadora —Hitler se consideraba con plenos derechos sobre el botín de guerra—, el Führer y los nazis no vacilaron en dictar nuevas leyes y procedimientos para «legalizar» las prácticas saqueadoras que seguirían. Una de ellas era la obligación, por parte de los países conquistados, de entregar determinadas obras de arte como parte de los términos de su rendición. De acuerdo con los designios de Hitler, los países del este de Europa, por ejemplo Polonia, estaban destinados a convertirse en yermos industriales y agrícolas en los que los esclavos eslavos producirían bienes para el consumo de la raza suprema. La mayor parte de sus iconos culturales fueron destruidos; sus edificios, demolidos; sus estatuas, derribadas y fundidas para producir balas y proyectiles de artillería. Occidente, por el contrario, sería como una recompensa para los alemanes, un lugar en el que los arios pudieran disfrutar de los frutos de su conquista. No había necesidad de privar a esos países de sus tesoros artísticos, por lo menos de entrada. Después de todo, el Tercer Reich había de durar mil años. Hitler se abstuvo de poner las manos sobre algunas obras de importancia comparable a la del retablo de Gante, como la *Mona Lisa* y *La ronda nocturna*, aun conociendo su paradero. Sin embargo, ambicionaba el *Cordero*.

En 1940, Hitler (a través de Goebbels, su ministro de Propaganda) encargó un inventario, conocido después como el Informe Kümmel por su redactor principal, el doctor Otto Kümmel, director general de los museos nacionales de Berlín. El inventario registraba todas las obras de arte de Occidente —Francia, Países Bajos, Gran Bretaña y Estados Unidos (que según Kümmel poseían nueve de estas obras)— que por derecho pertenecían a Alemania. Según la definición de Hitler, aquí se incluían todas las obras arrebatadas a Alemania desde el año 1500, todas las obras de artistas de ascendencia alemana o austríaca, todas las obras encargadas o terminadas en Alemania y todas las obras identificables como de estilo germánico. Obviamente, el retablo de Gante era uno de los pilares y emblemas de la cultura belga, pero para los nazis su estilo era lo bastante «germánico» como para considerarlo de su propiedad.

Es más: seis de los paneles laterales (pintados por ambos lados y representando un total de catorce escenas) del retablo de Gante habían pertenecido al Estado alemán antes de 1919. En aplicación del Tratado de Versalles, que puso fin a la primera

guerra mundial, Alemania se vio obligada a devolver los paneles a Bélgica en calidad de reparación de guerra. Hitler había profesado siempre un profundo odio hacia el Tratado de Versalles, al que consideraba una humillación para el pueblo alemán y un símbolo de la debilidad de los anteriores líderes de su país. Al invadir Francia en junio de 1940, Hitler decidió orquestar una revancha simbólica ordenando a sus tropas que localizaran el vagón de tren donde en 1918 se había firmado el vergonzoso armisticio para que lo trasladaran a la ciudad francesa de Compiègne, el lugar exacto donde se encontraba veintidós años atrás. Sentado sobre la misma silla que el mariscal Foch, el héroe francés de la primera guerra mundial y vencedor aquel día, Hitler obligó a los franceses a firmar un nuevo armisticio. Terminada la ceremonia, Hitler ordenó enviar el vagón a Berlín, donde fue paseado por la histórica avenida Unter den Linden y, tras cruzar la puerta de Brandemburgo, expuesto en el Lustgarten, a orillas del río Spree. La requisa del vagón de Compiègne era la prueba de que Alemania le había dado la vuelta al desastroso «crimen de Compiègne» y aplastado a su odiado enemigo. Pero también probaba otra cosa: que nada era tan grande ni tan sagrado como para que los nazis no pudieran robarlo.

El retablo de Gante, la gran obra maestra que había cambiado la historia de la pintura para siempre, representaba, pues, un doble triunfo para Hitler: corregía el «agravio» histórico del Tratado de Versalles y añadía un tesoro mundial indiscutible al Führermuseum de Linz.

En 1942, Hitler se vio incapaz de resistir ya más la tentación. En julio, mandó una delegación secreta encabezada por el doctor Ernst Buchner, director general de los museos de Baviera, al depósito de Pau. La misión no sería una demostración de fuerza —la delegación estaba formada tan sólo por un camión y un coche—, sino de discreción. Cuando el superintendente francés de Pau se negó a entregarles el retablo, Buchner se puso en contacto con la Cancillería del Reich. En cuestión de horas, llegó un telegrama de Pierre Laval, jefe del gobierno de la Francia de Vichy, controlada por los nazis, en el que se ordenaba que el retablo fuera puesto en manos de Buchner. Para cuando las autoridades artísticas francesas y belgas tuvieron noticia de la orden, el retablo de Gante ya había desaparecido en Alemania. El Gobierno belga protestó enérgicamente —llegando a acusar a los franceses de traición a su cultura—, pero no podía hacerse nada. El retablo de Gante se había esfumado.

Más de dos años más tarde, Robert Posey estaba sentado en su catre en una tienda de campaña en Francia, estudiando una fotografía de aquel irremplazable tesoro. Sabía que el mundo tenía sus esperanzas puestas en él y en sus compañeros de la sección de Monumentos. Era su deber buscarlo, encontrarlo, obtener la rendición de quienes lo custodiasen, lo codiciasen o quisieran destruirlo y devolverlo a Bélgica intacto.

## JAMES RORIMER VISITA EL LOUVRE

París, Francia

Principios de octubre de 1944

Mientras Posey disfrutaba de su trabajo en el 3.<sup>er</sup> Ejército estadounidense, el subteniente James Rorimer, el porfiado conservador del Museo Metropolitano, vivía momentos similares en París. Tomándose aquella cerveza en el monte Saint-Michel, había deseado fervientemente que lo asignaran a la Ciudad de las Luces; poco después de volver al cuartel, supo que, en efecto, se le había encomendado «la perla de los trabajos que alguien de mi trayectoria puede realizar en Europa».<sup>[81]</sup> Las autoridades francesas lo habían acogido con «los brazos y los corazones abiertos», y los sectores más acaudalados e influyentes de la sociedad parisina lo agasajaban de forma constante.<sup>[82]</sup> Ellos querían su ayuda y él quería información. Daba gusto ver que a uno se le abrían todas las puertas en calidad de liberador y amigo.

París, ese santuario maravilloso, vivía un momento álgido. Viendo los edificios y los monumentos, costaba creer que los nazis la hubieran ocupado durante cuatro años. Algunos lugares de referencia —entre ellos el Grand Palais, incendiado por los nazis en un intento de erradicar la Resistencia— habían sido destruidos, y sin embargo al pasear por cualquiera de sus amplias avenidas se descubría una ciudad bulliciosa e incólume. Costaba encontrar gasolina, pero las bicicletas abarrotaban cada esquina, sobre todo los tándems con remolque, que durante la ocupación habían servido como taxis. Ancianos con boinas y fedoras jugaban a cartas en los parques. En el estanque de los Jardines de Luxemburgo, los niños jugaban con barquitos que desplegaban sus inocentes velas blancas sobre el agua. «Al ver las largas y maravillosamente vacías avenidas que conducen al corazón de la ciudad —escribía Francis Henry Taylor, que visitó la capital francesa como representante de la Comisión Roberts— uno sentía la euforia de quien despierta del largo sueño de la convalecencia. Las ganas de vivir habían vencido. París, creación suprema de la mente del hombre, había detenido la mano que pretendía apoderarse de ella.»<sup>[83]</sup>

Pero Taylor no estuvo en París más que unos días. Una mirada más detenida a la ciudad revelaba que, si bien en la superficie la sociedad parisina era un hervidero, el miedo y la desconfianza la atenazaban como una corriente submarina. La retirada repentina de los alemanes y la caída del gobierno colaboracionista francés habían tenido como consecuencia la falta de funcionarios, por ejemplo en la policía, y no había forma de controlar las candentes emociones del pueblo furibundo. Una oleada

de revanchismo se extendió por toda la población y la gente empezó a tomarse la justicia por su mano. A las mujeres que se habían entregado a los alemanes se las sacaba a la calle y se les rapaba la cabeza en público ante la turbulenta multitud; los sospechosos de colaboracionismo comparecían ante tribunales y se los ejecutaba de forma sumarísima. Cualquiera que leyera *Le Figaro*, uno de los periódicos de la ciudad, podía hacerse idea de la gravedad de la situación. *Le Figaro* había vuelto a imprimirse el 23 de agosto de 1944, tras un lapso de dos años. Al principio, el periódico sólo tenía dos páginas, pero había una sección que se repetía a diario. La primera parte de la sección aparecía bajo el titular «*Les arrestations et l'épuration*» («Detenciones y purgas») y describía los sucesos relacionados con la persecución de colaboradores ocurridos el día anterior. Debajo del artículo aparecían dos listas: «*les exécutions capitales*» y «*les exécutions sommaires*». Rorimer sabía que hasta las condenas a muerte más ponderadas eran el resultado de juicios celebrados en pocas horas, o como mucho en un par de días.

Debido al vacío de poder —las instituciones civiles estaban paralizadas, no había sistema de garantías y entre la ciudadanía cundía la desconfianza—, la sección de Monumentos tenía más trabajo que nunca. En el *Manual de Asuntos Civiles* del ejército figuraban 165 monumentos parisinos, de los cuales 52 gozaban de protección oficial. Las víctimas del saqueo nazi se contaban por cientos, cuando no por miles. Se echaban en falta cientos de esculturas públicas, sobre todo los famosos bronce de la ciudad; habían robado incluso las lámparas ochocentescas del edificio del Senado. A esto había que añadir la confusión general de una ciudad que todavía intentaba orientarse. Encontrar información básica y suministros a menudo resultaba imposible. Las cuestiones de procedimiento podían alargarse varias horas. Incluso dar con el oficial responsable de una determinada zona o tarea podía suponer un importante dispendio de energías.

A su llegada en el mes de agosto, Rorimer había sido asignado de forma temporal al destacamento del teniente coronel Hamilton, pero a finales de septiembre seguía ligado a él. «Ningún oficial debería trabajar en exclusiva para Monumentos», le dijo Hamilton cuando Rorimer solicitó el relevo, lo cual quería decir que Hamilton necesitaba un oficial agresivo, competente y enérgico que hablara francés y que por eso mismo no estaba dispuesto a prescindir de Rorimer.<sup>[84]</sup>

Aparte, desde luego, debía asegurarse de que el ejército estadounidense no hiciera nada que pudiera causar daños a la ciudad. En agosto, cuando llegó a bordo del convoy del general Rogers, París le había parecido desierta; ahora en cambio se veían soldados estadounidenses por todas partes. No puede decirse que no estuvieran dispuestos a colaborar: un destacamento enviado por Rorimer a evaluar los daños de la Place de la Concorde contó uno a uno los impactos de bala de la descomunal plaza. Rorimer se los encontró al día siguiente contando agujeros en el Louvre. «Una

valoración general —puntualizó Rorimer—. Sólo los daños más importantes». Dadas las dimensiones del Louvre, habrían tardado un año en contar todos los agujeros uno por uno.

En opinión de Rorimer, el problema principal era que los soldados estadounidenses no comprendían a los franceses. El parque por el que estaba caminando, los Jardines de las Tullerías, era el ejemplo perfecto: el gran jardín, diseñado para Luis XIV, se encuentra en el corazón de París y es bien conocido por cualquiera que se haya paseado por la ciudad. Durante su primera mañana en la capital francesa, Rorimer lo había visto como pocos parisinos lo han visto nunca: casi vacío bajo la luz matutina. Los cañones alemanes que rodeaban el perímetro parecían ahuyentar a la gente. Bajo una pequeña arboleda, vivaqueaba una unidad de tanques que había encendido unas hogueras para preparar el desayuno. Aparte de esto, los jardines estaban desiertos.

Semanas más tarde, Rorimer se encontró con los Jardines de las Tullerías acondicionados para establecer un gran campamento aliado. Los alemanes habían cavado trincheras y colocado alambre de espino por todo el parque, pero instalar letrinas en el corazón de París, como estaban haciendo los Aliados, parecía excesivo. En una serie de interminables reuniones, intentó explicar que las Tullerías no eran el lugar idóneo para depositar los desechos de los Aliados. Los jardines eran tan necesarios para la salud y la felicidad de los parisinos como Hyde Park para los londinenses o Central Park para los neoyorquinos.

El ejército transigió, pero ¿con qué resultado? Que el famoso bulevar central de las Tullerías, por el que ahora daba la vuelta, se había llenado de camiones de diez toneladas, transportes de tropas y jeeps. Como nadie había vetado el acceso de los vehículos, por lo menos no formalmente, los jardines se habían convertido en el mayor aparcamiento de París. Seis estatuas habían caído de sus pedestales y las conducciones de terracota, instaladas en el siglo XVII, reventaban bajo el peso de los vehículos. Se necesitaron diez días de búsqueda y planificación para hallar una alternativa. Rorimer estaba convencido de que la explanada de los Inválidos podría adaptarse a las necesidades del ejército. La explanada, además, se encontraba en un distrito dedicado a la historia militar. Ya sólo faltaba convencer al ejército de que lo mejor era trasladar el aparcamiento al otro lado del río.

Rorimer dejó atrás la fuente conocida como Grand Bassin —aun a la sombra de los camiones militares, había chiquillos jugando con sus veleros—, cruzó la Terrasse des Tuileries y, tras mostrar sus credenciales a los guardias armados, entró en el patio del Louvre. A un lado se levantaban los antiaéreos estadounidenses, y todavía podía verse el recinto vallado donde los Aliados habían encerrado a los prisioneros alemanes durante su primera semana en la ciudad. Por lo menos el interior del museo seguía siendo un santuario. Dentro no se veía ni una pistola ni un guardia armado, y

mucho menos a los impertinentes que de continuo pasaban por su despacho suplicando favores. Bajo la bóveda acristalada de la Gran Galería todo estaba quieto y silencioso como una tumba, una inmensa tumba vacía, pues en aquellas paredes, en las que antaño millones de personas habían admirado las obras maestras del arte mundial, no había más que palabras garabateadas con tiza para recordar a los encargados cuál era el lugar de cada pintura.

Las obras no habían sido robadas ni estaban desaparecidas. De hecho, los alemanes ni las habían tocado. Se encontraban a buen recaudo en los depósitos a los que los franceses las habían trasladado en 1939 y 1940, justo antes de la invasión alemana. La evacuación había sido una labor extraordinaria, supervisada por uno de los grandes héroes de la causa francesa, Jacques Jaujard, director de los museos nacionales de Francia.

Jaujard no sólo era un funcionario del gobierno francés, sino también una de las figuras más respetadas en el entorno museístico de Europa occidental. Contaba cuarenta y nueve años, pero su pelo negro peinado hacia atrás y su apuesto semblante de rasgos cincelados le conferían un aspecto de joven abuelo, de vehemente patriarca descendiente acaso de alguna saga vinícola francesa. Aunque fuera un burócrata, si había que mancharse las manos no dudaba en hacerlo. Durante la guerra civil española, Jaujard había desempeñado un papel central en la evacuación de las obras de un museo de primera fila como era el Prado madrileño. En 1939 lo ascendieron a director de los museos nacionales, y lo primero que hizo fue planear la evacuación de los museos franceses, aun cuando por entonces eran pocos quienes creían a los nazis capaces de atacar, ya no digamos conquistar, un país como Francia. Bajo su atenta mirada, miles de obras maestras del arte mundial fueron embaladas, cargadas, despachadas y almacenadas. Incluso la *Victoria de Samotracia*, la colosal estatua griega que presidía la escalinata principal del Louvre, fue retirada mediante un ingenioso sistema de poleas y raíles de madera. La estatua, que representa a la diosa Nice con las alas desplegadas (aunque los brazos y la cabeza se han perdido en la noche de los siglos), medía casi tres metros treinta de alto y, pese a su sólido aspecto, estaba formada por miles de fragmentos de mármol laboriosamente ensamblados. Rorimer se imaginaba a Jaujard conteniendo la respiración mientras la estatua descendía la escalinata sobre los raíles de madera, con las alas temblando ligeramente en el aire. Si se hacía pedazos, Jaujard habría sido el responsable, pero él no era de los que echan el pie atrás ante semejantes retos. Como Rorimer, Jaujard creía preferible asumir el peso del liderazgo a pasar desapercibido.

Rorimer se detuvo y, dándose la vuelta, lanzó una mirada a la Gran Galería, enorme y vacía. Tantas obras irremplazables desalojadas, pensó. Cuánto peligro. Se acercó a un espacio vacío flanqueado por pilares en el que había escritas dos palabras que le llamaron la atención. Las palabras «*La Joconde*» parecían flotar en la pared

dentro del marco vacío. La mayoría de obras se trasladaron en masa, en ocasiones por carreteras reventadas por las bombas, pero la *Mona Lisa*, la pintura más célebre del mundo, se cargó en una camilla de ambulancia y se introdujo en la parte trasera de un camión al amparo de la noche. Con ella iba un cuidador, y la caja del camión fue sellada para garantizar una atmósfera estable. Al llegar a su destino la pintura estaba en perfecto estado, pero el cuidador casi había perdido la conciencia por falta de aire. [85]

Anécdotas como ésa había muchas. La célebre *La balsa de la Medusa* de Géricault era tan grande que se quedó enganchada con los cables del tranvía en Versalles. Por lo menos les sirvió de lección. Al llegar a la siguiente ciudad con tendido de cables a poca altura, el camión iba escoltado por una cuadrilla de técnicos telefónicos que iban levantando los cables con largas varas de material aislante a su paso. Debió de ser una imagen de lo más pintoresco: el camión avanzando entre sus escoltas armados con varas y, a su alrededor, los habitantes que evacuaban el lugar, quién sabe si contemplando maravillados los rostros agonizantes de las víctimas que navegan a la deriva sobre la balsa del cuadro de Géricault. Sin embargo, la situación tenía bien poco de pintoresco. Aquéllas eran obras de arte, no carrozas de desfile, y si no se produjeron daños mayores fue gracias a la atenta gestión de Jaujard.

A pesar de todo, ni siquiera Jaujard había previsto el ataque relámpago del *Blitzkrieg* alemán ni el humillante descalabro del ejército francés. El traslado de las obras de arte a depósitos temporales —en su mayoría casas solariegas y castillos apartados— tenía la función de evitar daños en el caso, sobre todo, de bombardeo aéreo. En el castillo de Sourches, cerca de Le Mans, los cuidadores incluso habían trazado en la hierba las palabras «Musée du Louvre» en grandes letras blancas para que los pilotos que sobrevolaran la zona supieran que debajo se almacenaban tesoros artísticos y evitaran bombardearlos. A medida que el ejército francés iba desmoronándose, Jaujard ordenaba trasladar las obras a depósitos situados más al sur y al oeste. Los alemanes dieron por fin con él en el depósito de Chambord, al sudoeste de París, mientras dirigía la evacuación. «Señor —le dijeron—, es usted el primer funcionario de alto nivel al que encontramos en el desempeño de su cargo.» [86]

Por suerte, ni las bombas ni la artillería provocaron daños, pero la ocupación nazi era inevitable. Conocían casi todas las obras que conformaban el patrimonio francés y se apresuraron a confiscarlas. París fue ocupada el 14 de junio de 1940. El 30 de junio, Jaujard ordenó a sus representantes en la ciudad que velaran por las obras de arte de las colecciones nacionales francesas, así como por las obras y documentos históricos de titularidad privada, sobre todo los pertenecientes a judíos. Dichos objetos de arte se incluirían en las negociaciones de paz. Francia sólo había firmado un armisticio, pero Hitler tenía planeado servirse de una paz formal para hacerse por la vía «legal» con los bienes culturales del país de manera semejante a Napoleón,

quien valiéndose de tratados de paz unilaterales había expoliado los tesoros culturales prusianos casi ciento cincuenta años antes. Y no era ningún secreto que sin los botines de las campañas napoleónicas el Louvre sería, sin exagerar, apenas una sombra de lo que había llegado a ser.

El influyente embajador nazi en París, Otto Abetz, no tardó en pasar a la acción, declarando que el gobierno de ocupación nazi tomaría en «custodia» los bienes culturales. Tres días después de la orden de Hitler, Abetz ordenó confiscar los fondos de los quince principales marchantes de arte de París, en su mayoría judíos. En cuestión de semanas, la embajada rebosaba obras de arte «tomadas en custodia». Así estaban las cosas, le explicó Jaujard a James Rorimer en el curso de una de sus conversaciones, cuando apareció un verdadero héroe: el conde Franz von Wolff-Metternich, funcionario artístico.

—¿Un alemán? —exclamó Rorimer, atónito.

Jaujard asintió con un brillo en sus ojos de patricio.

—No sólo un alemán —dijo—. Un nazi.

En mayo de 1940, el conde Wolff-Metternich había sido designado jefe de la Kunstschutz, el organismo de conservación cultural alemán. La Kunstschutz se había creado durante la primera guerra mundial como unidad de protección dependiente del ejército —la única precursora real de la MFAA de los Aliados occidentales—, pero en 1940 se reconstituyó como brazo del gobierno de ocupación nazi para operar mayormente en la Bélgica y la Francia ocupadas. Wolff-Metternich, especialista en arquitectura renacentista, en particular la de Renania, en el noroeste de Alemania, de donde era originario, había sido apartado de su puesto de profesor en la Universidad de Bonn para incorporarse al nuevo cargo.

Wolff-Metternich había sido elegido por ser un académico respetado cuyo crédito daba una pátina de profesionalidad y legitimidad a la Kunstschutz. No era un miembro ferviente del Partido Nazi, pero en instancias como ésta los nazis solían poner la elección de profesionales cualificados por encima de las conexiones políticas. El hecho de que los Wolff-Metternich fueran una ilustre familia alemana y que su título se remontara cientos de años atrás en la historia del Imperio prusiano fue otro factor determinante.

Wolff-Metternich no tenía instrucciones, pero sí una idea muy precisa de cuál debía ser el cometido de la Kunstschutz. «En todo momento —escribiría—, nos ceñimos como marco de referencia legal a los párrafos relevantes de la Convención de La Haya.»<sup>[87]</sup> Es decir, su definición de responsabilidad cultural era el que reconocía la comunidad internacional, no la de los nazis. «La protección de material cultural —continuaba Wolff-Metternich— es una obligación incontestable que vincula por igual a cualquier nación europea en guerra. No se me ocurre manera mejor de servir a mi país que responsabilizándome de la correcta observación de este



principio.»<sup>[88]</sup>

—El conde Metternich le plantó cara al embajador —le dijo Jaujard a Rorimer— e incluso pasó por encima de él para tratar con las autoridades militares. Había un tira y afloja muy reñido por ver quién se haría con el control de Francia, si el ejército nazi o el gobierno de ocupación. Pasados unos días, el ejército prohibió a la embajada seguir confiscando bienes culturales. A instancias mías, y por mediación de Wolff-Metternich, la mayor parte de los objetos que estaban en su posesión fueron transferidos al Louvre. Muchos de ellos estaban embalados para enviarlos a Alemania.

Jaujard no quiso colgarse medallas por aquel triunfo. Era un hombre que creía en la discreción, en el principio de que quienes realizan las mayores hazañas son quienes menos hablan de ellas. Pero Rorimer estaba al corriente de sus méritos, pues había oído hablar en repetidas ocasiones, y de distintas fuentes, de la temeraria y admirable oposición del director a la amenaza nazi. Su victoria sobre el embajador significaba tan sólo que la batalla no se perdería en los primeros días, aunque desde luego no ponía fin a la guerra por la cultura. Jaujard había trabajado mano a mano con el conde Wolff-Metternich en el asunto del embajador —mucho más de lo que reconocía— y seguirían haciendo causa común contra las repetidas tentativas de los nazis por apropiarse del patrimonio francés. Un oficial encargado de requisar documentos del gobierno francés intentó confiscar también sus obras muebles. Otros nazis sostenían que las obras de arte no estaban almacenadas de forma adecuada en los depósitos y que por lo tanto, por su propia seguridad, debían enviarse a Alemania. Wolff-Metternich rechazó este argumento inspeccionando las obras en persona. El doctor Joseph Goebbels reclamaba casi un millar de objetos «germánicos» procedentes de las colecciones nacionales francesas. Wolff-Metternich estaba de acuerdo con Goebbels en que muchos de esos objetos pertenecían a Alemania por derecho, pero discrepaba con el ministro de Propaganda en que tuvieran que ser enviados a la madre patria de inmediato. «Nunca he ocultado —escribió— que, para mí, un problema tan delicado y que afecta tan profundamente al sentido del honor de ambos pueblos sólo puede resolverse en una conferencia de paz con el pleno consenso entre las partes comparecientes en igualdad de derechos».

—Arriesgó su cargo, quizá incluso su vida —le había dicho Jaujard a Rorimer en el curso de una reunión anterior, elogiando al oficial de la Kunstschutz—. Se opuso a Goebbels de la única manera posible, mediante una interpretación estricta de la orden del Führer del 15 de julio de 1940, en la cual prohibía el traslado de obras de arte en Francia hasta la firma de un acuerdo de paz. La orden tenía como finalidad evitar que nosotros, los patriotas franceses, pudiéramos esconder las obras antes de que los nazis las reclamaran, pero Wolff-Metternich, con gran sagacidad, aplicó la orden también a sus colegas alemanes. Sin eso, no habría habido ninguna esperanza. Nosotros no nos

negábamos a nada. Negarse sólo habría servido para suscitar las iras de Goebbels. Asentíamos siempre —había continuado Jaujard—, pero... siempre surgía algún detalle que requería clarificación. A los nazis, ¿cómo decirlo?, les encantaba el papeleo. Eran muy burocráticos. No sabían tomar una decisión sin mandar antes cinco o seis despachos a Berlín.

Jaujard se limitaba a decir que él y Wolff-Metternich habían combatido la amenaza nazi sobre las colecciones nacionales francesas con argucias burocráticas, pero no reconocía lo difícil de aquella tarea: años esquivando registros por la fuerza, amenazas de violencia, el código secreto acordado con un amigo para huir de París en caso de que los nazis decidieran detenerlo. O las llamadas a Wolff-Metternich en mitad de la noche rogándole que lo ayudara a inventarse papeleo para pararle los pies a algún saqueador nazi, llamadas a las que Wolff-Metternich respondía siempre pese a sufrir serios problemas de riñón. De hecho, la enfermedad podría haberle valido la jubilación, pero él prefirió seguir, «más que nada por la confianza depositada en mí por los trabajadores de la administración de arte francesa».<sup>[89]</sup>

Lo que Rorimer no podía saber, pues Jaujard no lo mencionó nunca, era que el director de los museos tenía influencia más allá de la jerarquía nazi, que los trabajadores de los museos formaban una red que le servía para verlo y oírlo todo, que tenía contactos entre los burócratas franceses, que uno de sus socios más allegados, el mecenas Albert Henraux, era un miembro activo de la Resistencia francesa. Jaujard facilitaba a Henraux salvoconductos y autorizaciones para encubrir su trabajo para la Resistencia y le proporcionaba la información recabada por sus espías en los museos para que éste la transmitiera a los milicianos de las guerrillas. Es casi seguro que Wolff-Metternich estaba al corriente de todo. «Arriesgó su cargo, quizá incluso su vida», había dicho Jaujard, aunque esa afirmación podía aplicarse a ambos.

El «nazi bueno», como le gustaba decir a Rorimer, fue relevado de su cargo en junio de 1942, no sin antes hacer desistir a Goebbels, que a finales de 1941 había intentado apropiarse de miles de objetos «germánicos». La razón oficial de la destitución fue la oposición pública de Wolff-Metternich al robo más descarado de toda la ocupación: la confiscación del retablo de Gante, por orden directa de Hitler, en el depósito de Pau. A decir verdad, algunos nazis, en su mayoría siguiendo instrucciones del *Reichsmarschall* Hermann Göring, el número dos del Partido Nazi, llevaban meses socavando la autoridad de Wolff-Metternich, alegando que obraba «exclusivamente en interés de los franceses»<sup>[90]</sup> o que era demasiado católico. El verdadero problema era que Wolff-Metternich no hacía lo que querían. La función de la *Kunstschutz* era dar visos de legalidad al expolio. Ellos querían a alguien que se saltara las reglas en beneficio de la patria, pero Wolff-Metternich no se prestaba a ese juego. Al final se convirtió en un «alma perdida en el avispero de las hordas

hitlerianas». [91]

Poco después, su contundente denuncia del robo del retablo de Gante le costaría el puesto también a Jaujard. Como protesta, el personal de todos los museos franceses presentó en pleno su renuncia. Tal era la importancia de Jacques Jaujard entre la comunidad cultural de Francia. La medida cogió desprevenidos a los alemanes y Jaujard fue readmitido. Al final, los nazis sólo lograron quedarse con dos objetos de las colecciones nacionales, ambos de origen alemán y de importancia relativa.

Sin embargo, aún no era el momento de cantar victoria. Las colecciones nacionales francesas estaban a salvo, pero las colecciones privadas de los ciudadanos franceses seguían expuestas a la rapiña de los buitres nazis: Himmler y sus *Waffen-SS*, Rosenberg y su *Einsatzstab Reichsleiter Rosenberg (ERR)* y el *Reichsmarschall* Göring, el más peligroso de todos. Y es que la sombra de Hermann Göring era tan alargada que podía abatirse sobre cualquiera en cualquier momento.

Frente a la pared vacía de *La Gioconda*, Rorimer recordó las palabras de Jaujard sobre el *Reichsmarschall* Göring: avaricioso, insaciable, un hombre para el que nada era suficiente, que no toleraba discrepancias y que, cuando se trataba de poder y riquezas, no conocía límites morales ni éticos. Un hombre que al contemplar los tesoros culturales de una nación como Francia lo único que pensaba era en saquearlos a la menor ocasión.

—¡James!

El grito retumbó por las paredes vacías de la Gran Galería y sacó a Rorimer de sus cavilaciones. Se dio la vuelta junto a la pared donde en el pasado había colgado la *Mona Lisa* y vio a Jacques Jaujard, el guardián del Louvre, que iba a su encuentro. Rorimer y él se conocían desde antes de la guerra y cada vez que veía al viejo patriarca se sorprendía al comprobar lo bien que se conservaba a pesar de aquellos años difíciles.

—Qué bien que hayas recibido mi llamada —dijo Jaujard, palmeándole el hombro a Rorimer.

—Me alegro de volver a verte, Jacques —dijo Rorimer, estrechándole la mano—. Y esta vez tengo buenas noticias. El papeleo está arreglado. El tapiz es vuestro. Al menos por unas semanas.

—Estos burócratas —dijo Jaujard entre risas, y dando media vuelta empezó a caminar en dirección a su despacho.

«No ha perdido su brío», pensó Rorimer. Jaujard no sólo tenía un despacho en el Louvre, vivía en el museo. Rorimer se preguntó si habría abandonado el edificio ni que fuera una vez durante los cuatro años de la ocupación alemana.

O durante el mes transcurrido desde la liberación. En los febriles primeros días de emancipación, la multitud salió en busca de los prisioneros alemanes encerrados en un campo junto al Louvre. Convencidos de que iban a lincharlos, los alemanes

rompieron las ventanas del Louvre y se metieron dentro. Los encontraron entre las obras de arte que no habían sido evacuadas; varios de ellos se habían escondido en el interior del vaso fúnebre de granito rosado del emperador egipcio Ramsés III. Los problemas llegaron cuando la multitud encontró a un herido al que uno de los cuidadores del museo acompañaba a la enfermería; era la prueba definitiva de que los trabajadores del museo eran unos traidores y unos colaboracionistas. ¿Cómo, si no, se explicaba su supervivencia y la de las obras de arte que custodiaban?

Jaujard y sus leales subordinados —entre otros su secretaria, Jacqueline Bouchot-Saupique, una de las principales confidentes que arriesgó la vida por pasar información a la Resistencia— fueron conducidos al ayuntamiento entre gritos de «¡Colaboracionistas! ¡Traidores! ¡Que los maten!»,<sup>[92]</sup> y, de hecho, a punto estuvieron de ejecutarlos antes de llegar al edificio del consistorio. Si salvaron el pellejo fue gracias al oportuno testimonio de los contactos de Jaujard, entre ellos varios miembros de la Resistencia francesa.

Desde que estaba a salvo, no se permitía un momento de descanso. Al contrario, trabajaba a todas horas en la preparación de una exposición destinada a levantar la moral de la afligida ciudad. La pieza principal era el tapiz de Bayeux. Con sus apenas cincuenta centímetros de alto por setenta metros de largo, el tapiz, datado hacia 1070, era una reliquia única de la Alta Edad Media, una obra sin precedentes: su caligrafía era singular; sus figuras, más dinámicas que las representadas hasta entonces o las de los cien años siguientes. Quienquiera que fuera su anónimo autor o autora, ninguna otra obra suya ha llegado hasta nosotros. El tapiz de Bayeux, considerado una reliquia religiosa menor durante más de seiscientos años y redescubierto sólo en el siglo XVIII, era uno de los pilares de la historia cultural francesa.

El tapiz revestía asimismo una gran importancia como documento histórico, ya que relataba de forma casi contemporánea la invasión de Inglaterra por parte del noble francés Guillermo el Conquistador en el año 1066. Aparte de los pasajes narrativos bordados, en él se representaban más de quinientos elementos —personas, animales, ropa, armas, formaciones militares, iglesias, torres, ciudades, estandartes, utensilios, carros, relicarios y féretros—, proporcionando así la que es con mucho la descripción más detallada existente acerca de la vida en el alto Medioevo. Centrado en la política y en las campañas militares que culminaron con la muerte del rey anglosajón Harold II en la batalla de Hastings en 1066, el tapiz era también una de las grandes representaciones de una empresa de conquista imperial. Como tal, los nazis la habían ambicionado durante años, sobre todo el *Reichsmarschall* Göring, que tenía especial debilidad por los tapices.

En 1940, temiendo por su seguridad, los franceses trasladaron el tapiz desde Bayeux, una de las mayores ciudades de Normandía (Guillermo el Conquistador era un duque normando), al depósito del Louvre en Souches. Terminada la conquista de

Francia, los nazis convirtieron su obtención en una prioridad y ofrecieron por él toda clase de intercambios monetarios o artísticos. Como siempre, Jaujard hizo lo posible por retrasar y obstaculizar la operación. El 27 de junio de 1944, afianzadas las posiciones aliadas en las playas de Normandía, y viendo que el tapiz estaba a punto de escapárseles de las manos, los nazis lo enviaron al Louvre con una escolta militar. El 15 de agosto, con París al borde de la rebelión, el gobernador militar alemán en Francia, el general Dietrich von Choltitz, se personó en el Louvre para confirmar la presencia del tapiz. Tras la visita, en presencia de Jaujard, dio noticia a Berlín de su localización.

El 21 de agosto llegaron dos oficiales de las SS enviados por la Cancillería del Reich para llevarse el tapiz a Alemania. El general Von Choltitz salió con ellos a un balcón y señaló los tejados del Louvre. El museo estaba tomado por los miembros de la Resistencia, que disparaban ráfagas de ametralladora en dirección al Sena.

—El tapiz se encuentra ahí —dijo Choltitz a los hombres de las SS—, en los sótanos del Louvre.

—Pero *Herr* general, ¿si está ocupado por el enemigo!

—Así es, ocupado y bien ocupado. El Louvre es en estos momentos el cuartel de la Prefectura y en él se alojan los líderes de la Resistencia.

—Pero *Herr* general, ¿cómo vamos a apoderarnos del tapiz en estas condiciones?

—Caballeros —contestó el general Choltitz—, representan ustedes al mejor ejército del mundo. Les cederé a cinco o seis de mis hombres; les cubriremos las espaldas con fuego de cobertura para protegerlos mientras cruzan la *rue* de Rivoli. Bastará con forzar una puerta y abrirse paso a tiros hasta el tapiz.<sup>[93]</sup>

Cuando los liberadores entraron en París días más tarde, el 25 de agosto de 1944, el tapiz de Bayeux seguía embalado y a buen recaudo en el sótano del Louvre.

—¿Qué hay del permiso de Bayeux? —le preguntó Jaujard a Rorimer por encima del hombro. El tapiz era el orgullo de Normandía y, aunque estuviera en el sótano del Louvre, conseguir el permiso para exponerlo en público había sido una pesadilla burocrática. Rorimer había agilizado los trámites con el ejército estadounidense y el gobierno francés, pero quedaba el escollo de los funcionarios de Bayeux, que por lo común no permitían que el tapiz se expusiera fuera de la ciudad.

—Han enviado a un joven funcionario a pedir el permiso. Ha ido en bicicleta, ¿puedes creerlo? Son doscientos sesenta kilómetros.

—Por lo menos quedan funcionarios con vocación —dijo Jaujard sin acritud. El gobierno de la Francia recién liberada estaba colapsado y más valía irse haciendo a la idea—. Y ya que hemos sacado el tema —agregó, entrando en el recibidor de su despacho—, quisiera presentarte a mademoiselle Rose Valland.

—Encantado —dijo Rorimer al ver que la mujer se levantaba para recibirlos.

Valland era de proporciones generosas, robusta más que gruesa, y medía metro

sesenta y dos, más que la mayoría de mujeres. Rorimer no pudo evitar fijarse en su falta de atractivo, acentuada por su atuendo insulso y pasado de moda. Llevaba el pelo recogido en un moño, como una tía de trato afable, pero tenía la boca apretada. Una matrona. Ésa fue la palabra que le vino a la mente. Sin embargo, al mirar a Rorimer, los penetrantes ojos pardos de Valland revelaron una determinación inesperada que, aun a pesar de sus delicadas gafas de montura metálica, difícilmente podía pasarse por alto.

—James Rorimer, del Museo Metropolitano —dijo Rorimer tendiéndole la mano — y del ejército de Estados Unidos.

—Sé quién es usted, *monsieur* Rorimer —respondió Valland estrechándole la mano—. Es un placer poder agradecerle la especial atención que ha dispensado al Jeu de Paume. No todos los días se encuentra a un estadounidense tan sensible a las preocupaciones de los franceses.

Rorimer se percató de pronto de que ya habían coincidido antes, en el pequeño pabellón del Louvre conocido como el Jeu de Paume, situado en la esquina más alejada de los Jardines de las Tullerías. El edificio había sido construido por Napoleón III con el propósito de albergar una pista de tenis —o *jeu de paume*, que era el nombre que por entonces recibía dicho deporte—, pero con el tiempo se había convertido en un espacio para exposiciones de artistas extranjeros contemporáneos. El ejército estadounidense había barajado la idea de reconvertirlo en oficina de correos, pero Rorimer, tras varios días de tensas reuniones, había logrado convencer a los militares de que el pabellón formaba parte del Louvre y, por lo tanto, estaba protegido.

—Mademoiselle Valland se ha hecho cargo del museo —explicó Jaujard—. A petición mía, trabajó como funcionaria del gobierno francés durante la ocupación nazi.

—Ardua tarea, sin duda —dijo Rorimer, que pensaba en los relatos sobre la ocupación que tanto le habían repetido desde su llegada a París: la falta de carne, de café, de aceite calefactor, apenas si podían encontrarse cigarrillos. La gente desesperada arrancando castañas de los árboles de las plazas públicas para no morir de hambre, y hojas y ramas para alimentar las calderas. Mujeres obligadas a hacerse bolsos nuevos cosiendo retazos de cuatro o cinco de los viejos. Suelas de madera convertidas en tacones altos. Un engrudo que imitaba las medias de seda, pues medias de verdad no se encontraban. Algunas mujeres llegaban incluso a pintarse una línea negra en la parte posterior de la pierna imitando las costuras y se quejaban de las miradas e insinuaciones de los soldados alemanes. «¿Por qué no se irán a Montmartre?», había comentado una mujer durante una cena con productos del mercado negro, al alcance de quien dispusiera de dinero o contactos. A causa de los apagones nocturnos y los frecuentes cortes de suministro, los teatros de *varietés* del

barrio de luces rojas habían descubierto los tejados y se iluminaban con luz natural. Las prostitutas habían hecho el agosto, pero Rorimer sospechaba que hasta ellas debían de tener sus quejas de los alemanes.

No así Rose Valland, que se limitaba a sonreír y a decir: «Cada cual tenía su trabajo».

Debía de haberse tomado una pausa entre el papeleo, porque al cabo de un minuto se disculpó diciendo que debía volver al Jeu de Paume. Rorimer vio cómo desaparecía por el pasillo y pensó que seguramente Rose Valland nunca se había pintado una línea negra en la parte trasera de la pierna para imitar unas medias de seda. Se veía a la legua que no era de esa clase de mujeres. Por lo demás, le pareció una persona inescrutable. Prefirió no pensar más en ella.

—Es una heroína, James —dijo Jaujard mientras se preparaba para seguir ocupándose del tapiz y el resto de asuntos que tenía entre manos.

—Todos lo sois, Jacques —respondió Rorimer—. No lo olvidaré.

25 de septiembre de 1944

*Carta de James Rorimer a unos amigos, entre ellos familiares y el mecenas de los Claustros, John D. Rockefeller Jr.*

Queridos:

Hoy hace un mes que llegué a París. Imagino que a estas alturas no es ninguna novedad si digo que fue el mismo día que los estadounidenses entraron en la ciudad. Nuestra sección llegó al mismo tiempo que las tropas de combate. Poco después de que los alemanes rindieran su último bastión, avanzamos por las calles repletas de barricadas hasta el punto de encuentro acordado. Los alemanes pasaban su última noche en los edificios del Senado y acababan de prender fuego a la Cámara de los Diputados. Dormimos en las camas de un hotel en el que los alemanes se habían alojado menos de veinticuatro horas antes. Al día siguiente fui al Louvre a presentarle mis respetos al señor Jaujard, director de los museos nacionales, y empecé a pensar en el trabajo que me esperaba en París como oficial de Monumentos, Bellas Artes y Archivos de la Sección del Sena, que incluye Seine-et-Marne y Seine-et-Oise, como cuando estaban los alemanes.

Siendo uno de los primeros oficiales en entrar en París, me presentaron a las autoridades —tal vez sea demasiado pronto aún para dar nombres, aunque aparezcan en los periódicos locales— y me encomendaron trabajos especiales sin ninguna relación con las Bellas Artes. Tras ayudar a establecer nuestro cuartel, me pidieron que me hiciera cargo de la sección de información. Terminé dirigiendo el tablero de información durante ocho días en vez de las cuarenta y ocho horas acordadas en un principio. Conocí a todas las personas que se ocupan de las relaciones franco-estadounidenses en París. Había muchos generales, oficiales de todo tipo, gente del sector hotelero, representantes de negocios de toda especie, viejos amigos, autoridades civiles y nacionales, cerrajeros, escuadrones de artificieros y gente de inteligencia. [...] Daba órdenes y cuidaba de que se cumplieren. Cuando la situación lo requirió, tuve que obrar con rigor, dejar de lado las Bellas



Artes y dedicarme a separar a los franceses de los alemanes, los auténticos de los falsos, los débiles de los fuertes y los holgazanes de los trabajadores. Había cientos de taxistas esperando empleo e intérpretes en abundancia. A menudo se formaba una cola de más de cincuenta personas, y yo no tenía más remedio que salir de mi tablero y ayudar a engrasar la rueda del progreso. La verdad es que sí, yo también ayudé a ganar la guerra durante aquellos días agitados, emocionantes e increíbles.

[...] Heme aquí, en el mayor centro artístico del mundo. Debo examinar museos, bibliotecas, archivos, palacios y edificios públicos de todo tipo. Tenemos que brindar ayuda y aplicar nuestras directivas tomando decisiones claras y que no generen polémica. Por el momento así ha sido, y he tenido que tomar decisiones que te pondrían los pelos de punta. Cuando la guerra haya terminado podré explicar muchas aventuras acerca de cierto subteniente que se las vio para defender sus ideas. Si me relevan de mi actual puesto, nadie podrá decir que no hice cuanto estuvo en mi mano por salvar los tesoros que los siglos nos han legado. [...] Estoy dispuesto a cumplir con mi trabajo; a veces me pregunto si todo esto no será una quimera como los Claustros. Parece que los buenos tiempos han vuelto, después de largos meses enseñando mecánica e idiomas.

[...] Hay tantas cosas sobre las que podría escribir. Los años de sufrimiento de los franceses, de todos a excepción de unos pocos que supieron aprovecharse hábilmente de la ocupación —y que no se dejan ver mucho—, no han caído en el olvido, pero la alegría de una libertad desconocida embarga a todo el mundo. [...] Sólo el Señor sabe lo que ocurrió en verdad. Aunque tened por seguro que no fue algo agradable.

Con esto basta por esta noche. No he recibido ni una letra vuestra desde hace un mes, aunque hago lo que puedo para que me llegue la correspondencia. ¿A qué oficina militar de correos me escribís? Por favor, comprobad las direcciones nuevas y no me falléis.

Os quiere,

James

## ENTRANDO EN ALEMANIA

Aquisgrán, Alemania  
Octubre-noviembre de 1944

Durante dos semanas, Walker Hancock vio cómo las bombas caían sobre Aquisgrán, la ciudad más occidental de Alemania. Mediaba octubre de 1944 y el frío empezaba a notarse. Se arrebujó con la chaqueta y miró al horizonte. ¿Adónde había ido el sol de septiembre? El humo formaba volutas en el cielo gris. La ciudad estaba en llamas. A su espalda, la radio crepitaba y de vez en cuando se oían mensajes procedentes o dirigidos al frente.

Hancock se había reunido con su colega George Stout en Verviers, el cuartel avanzado del 1.<sup>er</sup> Ejército estadounidense, en el momento en que la maquinaria bélica de los Aliados occidentales empezaba a quedarse sin combustible y sin munición. En dos meses, los ejércitos habían avanzado cientos de kilómetros sin apenas resistencia hasta alcanzar la frontera alemana. Allí, al revés de lo que esperaban, no encontraron al enemigo huyendo en retirada, sino una línea de fortines, alambre de espino, campos de minas y barreras antitanque, conocida como la Línea Siegfried. Los fortines se habían oxidado con el paso del tiempo y la mayor parte de los 700.000 hombres que los ocupaban eran reclutas novatos extraídos de entre la diezmada población alemana, muchos de ellos demasiado jóvenes o demasiado mayores como para haber combatido en campañas anteriores, pero aun así, la Línea Siegfried se reveló un baluarte defensivo de difícil asalto para las desbordadas fuerzas aliadas. En Normandía, los Aliados habían quebrado las líneas alemanas arremetiendo en aplastantes oleadas, pero para cuando llegaron a la Línea Siegfried las unidades estaban dispersas, el suministro era deficiente y habían perdido el empuje del primer momento. El XXI Grupo de Ejércitos del general Bernard Montgomery (que incluía el 1.<sup>er</sup> Ejército canadiense, en el que servía Ronald Balfour) fue repelido en los Países Bajos al intentar cruzar el Rin; el 3.<sup>er</sup> Ejército de Patton quedó detenido en las proximidades de la ciudad francesa de Metz, y Hancock y el 1.<sup>er</sup> Ejército encontraron, por primera vez desde Normandía, un núcleo de resistencia en Aquisgrán.

El plan era sortear Aquisgrán, rodeándola por el norte y el sur, y reunirse en el conjunto montañoso situado al este de la ciudad. Aquisgrán, cuyo número de habitantes había pasado de casi 165.000 a 6.000 durante el avance aliado, hacía presagiar un combate prolongado, que era precisamente lo que los Aliados querían evitar, sobre todo teniendo en cuenta que la ciudad ni contaba con una importante

industria pesada ni tenía valor estratégico. Lo que sí tenía era historia. Aquisgrán había sido la sede del poder durante el Sacro Imperio Romano, al que Hitler se refería como el Primer Reich. Fue en Aquisgrán donde Carlomagno consolidó su poder y unió Europa central bajo su gobierno. Aunque fuera en Roma donde, en el año 800, el papa León III lo hubiera coronado emperador del Sacro Imperio Romano —el primero desde la caída del Imperio romano—, Carlomagno ejercía su gobierno desde Aquisgrán. La catedral de Aquisgrán era su basílica de San Pedro. A partir del año 936, el oratorio de Carlomagno, la capilla Palatina, se convirtió en la sala de coronación de los reyes y reinas germánicos y revistió esa función durante los seiscientos años siguientes. La catedral de Aquisgrán y el distrito adyacente eran tesoros históricos de indiscutible valía. Los Aliados tenían razones de sobra para no asediar la ciudad.

Por desgracia, Aquisgrán revestía un gran valor simbólico para Adolf Hitler, no sólo por ser la cuna del Primer Reich germánico (y acaso fuente de inspiración para el Führermuseum de Linz), sino también por ser la primera ciudad alemana amenazada por las tropas aliadas. De hecho, al replegarse en ella, los soldados alemanes habían sido recibidos con vítores por los habitantes de la ciudad, pese a lo cual, al aparecer los Aliados en el horizonte, los oficiales nazis cargaron un último tren con sus posesiones personales y abandonaron a la población a su suerte. A Hitler la ciudadanía lo traía sin cuidado —después de todo, dar la vida por Alemania se consideraba un gran honor—, pero tal fue su ira al ver que los oficiales nazis abandonaban una de las principales ciudades de Alemania que los destinó como soldados al frente oriental, lo cual prácticamente equivalía a una pena de muerte. Acto seguido, envió una división de cinco mil efectivos con órdenes de luchar hasta el último hombre o hasta que en Aquisgrán no quedara piedra sobre piedra.

Los Aliados vacilaron. Tras rodear la ciudad y conquistar las elevaciones de los alrededores, los mandos resolvieron que dejar un contingente enemigo de cinco mil hombres tan cerca de la línea de suministro era demasiado arriesgado. El 10 de octubre de 1944 exigieron la rendición alemana. Alemania se negó. El 13 de octubre, el 1.<sup>er</sup> Ejército atacó. Justificar la necesidad de preservar los monumentos de países conquistados como Francia o Bélgica era relativamente sencillo, pero ¿y en Alemania? A Hancock le parecía que el bombardeo aéreo era más intenso. Las tropas, por supuesto, no estaban dispuestas a tener ninguna clemencia. El lema del batallón lo decía todo: «*Knock'em all down*», «Acabad con todos». Los Aliados parecían impacientes por arrasar Aquisgrán.

La batalla se prolongó ocho días. Los Aliados ganaban en número, pero los alemanes se escondían por todas partes, hasta en el sistema de alcantarillado, y pronto el combate se convirtió en una lucha caótica casa por casa. Los bombarderos, guiados por los observadores apostados en las colinas, lanzaban bombas de detonación

retardada que en vez de estallar en los tejados penetraban varios pisos en el interior de los edificios y los hacían saltar en pedazos. El fuego de los tanques y la artillería demolía las casas de una en una. Como los edificios antiguos del centro de la ciudad eran demasiado resistentes para los tanques, los estadounidenses optaron por disparar a bocajarro contra los muros con la mayor pieza de su artillería; luego las excavadoras barrían los escombros para permitir el avance de las tropas, que se regodeaban en la destrucción. Unos cuantos kilómetros atrás, los Aliados habían cruzado una línea invisible. Ya no estaban en Francia, sino en Alemania. Según Hancock, los Aliados partían de la idea de que Aquisgrán se merecía cuanto pudiera ocurrirle y más.

El 21 de octubre, a pesar de la orden de Hitler de morir por el Reich, los alemanes que quedaban capitularon. Soldados y civiles fueron rodeados y detenidos, y Walker Hancock y sus colegas siguieron su camino hacia el interior de Alemania. Cruzaron los campos de minas de la Línea Siegfried, delimitados con cinta blanca por los ingenieros del ejército. Detrás de los campos de minas se extendían los dientes de dragón, una serie de pilones de hormigón alineados en hileras como las lápidas del cementerio nacional de Arlington, demasiado juntos y pesados para permitir el paso de los tanques. Y detrás, las alambradas y más campos de minas, nidos de ametralladoras y unos fortines de hormigón tan macizos que incluso habían resistido los ataques aéreos.

Entretanto, Aquisgrán era pasto de las llamas. Dos semanas atrás, en el depósito de Maastricht, Hancock había creído que estaba en otro mundo, pero lo que ahora tenía ante sí parecía sacado de otro universo: aquélla era la estampa «más extraña y fantástica» que hubiera visto jamás.<sup>[94]</sup> Ventanas hechas añicos, raíles de tranvía sobresaliendo de la calzada como siniestros dedos metálicos, innumerables casas convertidas en montañas de desechos. En una zona donde la destrucción era más amplia y no había más que un campo sembrado de dinteles y pilares rotos, un grupo de soldados había colocado un cartel en el que se leía una cita de Hitler: «*Gebt mir fünf Jahre und Ihr werdet Deutschland nicht wiederkennen*»; debajo, la traducción: «Dadme cinco años y no reconoceréis Alemania».<sup>[95]</sup>

Hancock se apartó de la vía de avance principal, por donde seguían circulando tanques y patrullas con suministros y órdenes, y se encaminó al centro de la ciudad. Al doblar una esquina, el mundo se cerró sobre él y de pronto se sintió totalmente solo. «Uno puede leer descripciones de toda clase acerca de la destrucción provocada por un bombardeo aéreo y ver infinidad de fotos, pero la sensación que se tiene al estar en una de estas ciudades muertas es inimaginable.»<sup>[96]</sup> Los escombros alcanzaban los seis metros de altura y las calles laterales se habían convertido en largos y claustrofóbicos corredores de fachadas partidas y resquebrajadas. De vez en cuando aparecían fantasmas: un grupo de belgas merodeando, un soldado

estadounidense a caballo tocado con unas plumas de indio sacadas de la compañía de ópera de la ciudad. «¿He visto lo que he visto?», se preguntaba Hancock, mientras el jinete desaparecía entre el humo. La ciudad desintegrada, el hormigón cayendo a pedazos a su alrededor. Observó la fachada de un edificio vacío y sin techo a través de la cual se veían pedacitos de cielo enmarcados por el hormigón roto. Las ventanas estaban hechas pedazos y los suelos se habían derrumbado. «Una ciudad esqueleto — diría más tarde— es más terrible que una totalmente arrasada por las bombas. Aquisgrán era un esqueleto.»<sup>[97]</sup>

Cerca del centro, para avanzar había que ir subiendo y bajando por una sucesión de escombros putrefactos. De vez en cuando se veía la cúpula de la catedral, milagrosamente intacta, irguiéndose por encima de los edificios desmoronados. Al torcer una esquina, desaparecía. Sólo se oía el silbido de los obuses que ambos bandos seguían disparándose. El bombardeo se intensificó. Hancock recorrió veinte manzanas a través de las sinuosas calles del casco antiguo parapetándose bajo portales y pilas de cascotes cada pocos pasos y echando a correr cada vez que estallaba un proyectil.

Las puertas de la catedral estaban abiertas. Cruzó la plaza a la carrera y entró en la capilla Palatina. Durante cientos de años, aquella estructura octogonal había absorbido a todo el que ponía los pies en ella, ya fuera fiel o peregrino, sustrayéndolo al mundo exterior y poniéndolo en las manos de Dios. Walker Hancock no fue ninguna excepción. Dentro, se sintió a salvo. Los ventanales estaban hechos añicos, pero ni siquiera eso podía perturbar aquella profunda sensación de paz y seguridad. A su alrededor, el coro estaba cubierto de fragmentos de cristal y restos de mampostería. Debajo de los escombros, podían verse colchones y mantas sucias. Recorrió despacio el pasillo central, rompiendo cristales al pisar. Los bancos estaban llenos de comida y tazas con café. Al fondo, junto a una mampara de quita y pon, se había colocado un altar improvisado. Al entrar en el coro gótico, vio que una bomba aliada había atravesado el ábside y demolido el gran altar. Hancock podía ver los alerones grises del proyectil incrustado en la madera partida. Sorprendentemente, no había estallado, gracias a lo cual se habían salvado cientos de vidas y mil años de historia.

Hancock se volvió hacia aquel campamento fantasma de mantas y tazas de café. Levantó la vista hacia las aberturas poco antes cerradas por vitrales. Los delicados marcos de piedra de los ventanales parecían recortar el cielo. Se acordó de los ventanales vacíos de la catedral de Chartres. En ese momento varios obuses explotaron en rápida sucesión; el cielo se llenó de humo y la catedral quedó sumida en la penumbra. Volvió a mirar el triste campo de refugiados en el que estaba; le llamó la atención una estatua rota que parecía observarlo desde la oscuridad. Aquello no era como Chartres.

—Durante más de once siglos —murmuró Hancock—, estos sólidos muros se han mantenido en pie. Que yo haya llegado justo a tiempo para ser el único testigo de su destrucción resulta inconcebible y, en cierta manera, reconfortante.<sup>[98]</sup>

Se encontraba de nuevo en la capilla Palatina, examinando los daños más de cerca, cuando una figura apareció entre las sombras. Hancock, más que asustarse, se asombró. Creía estar solo en un mundo paralelo.

—*Hier* —dijo la figura, invitándolo a acercarse con un gesto.<sup>[99]</sup> Era el vicario de la catedral de Aquisgrán, estaba delgado y tenía mal aspecto. En su mano temblaba una linterna. Condujo a Hancock por una estrecha escalera, pisando con cuidado entre los escombros. Al final se abrió un pasadizo angosto, apenas de la anchura de un hombro, y Hancock cayó en la cuenta de que se encontraban en el interior de los grandes muros de piedra. El vicario había dispuesto unas pocas sillas en un pequeño cuarto e invitó a Hancock a sentarse. Sólo entonces se percató de que el hombre temblaba como una hoja.

—Seis chicos —dijo el vicario temblando, en un inglés chapurreado—. Entre quince y veinte años. Nuestros bomberos. Ocho veces se ha incendiado el tejado y han salvado la cúpula. Sus soldados se los han llevado al campo de Brand. Ahora nadie puede manejar las bombas y las mangueras. Un obús, y la catedral podría perderse.

El débil reflejo de la linterna proyectaba sombras en la cara exhausta del vicario. Hancock reconoció en una esquina los viejos colchones y los restos de comida de los que se había alimentado el hombre desde el inicio de los bombardeos, seis semanas antes.

—Son buenos chicos —dijo el vicario—. Es verdad que pertenecían a las Juventudes Hitlerianas, pero —añadió llevándose la mano al corazón— no lo sentían. Tiene que salvarlos antes de que sea demasiado tarde.<sup>[100]</sup>

Hancock no supo si quería decir demasiado tarde para los chicos o para la catedral, pero en cualquier caso el vicario tenía razón. Tomó nota de sus nombres: Helmuth, Hans, Georg, Willi, Carl, Niklaus, todos alemanes.<sup>[101]</sup> Pero Hancock era lo bastante inteligente para saber que no todos los alemanes eran nazis o villanos.

—¿Cómo cuidará de ellos? —preguntó. En la ciudad no había comida, electricidad, agua corriente ni suministros básicos.

—Dormirán aquí. Hay agua y productos básicos. En cuanto a la comida...

—Tal vez pueda conseguirle algo de comida —dijo Hancock.

—Hay un sótano donde se conservará fresca.

Al mencionar el sótano, Hancock recordó algo. La catedral de Aquisgrán era famosa por sus reliquias: el busto de oro y plata dorada de Carlomagno, en cuyo interior se guardaba un fragmento de su cráneo; la cruz procesional de Lotario II, del siglo X, decorada con incrustaciones y un camafeo de César Augusto, y otros

relicarios de época gótica. Aún no había visto ninguno.

—Vicario, ¿dónde están los tesoros? ¿Están en la cripta?

El vicario sacudió la cabeza.

—Se los han llevado los nazis. Para salvaguardarlos.

Hancock se estremeció: había oído demasiadas cosas acerca de las operaciones de «salvuarda» de los nazis.

—¿Adónde? —preguntó.

—Al este —respondió el vicario encogiéndose de hombros.

## UNA EXPEDICIÓN AL CAMPO

Este de Aquisgrán, Alemania  
Finales de noviembre de 1944

El furgón militar avanzaba dando tumbos por una fangosa carretera cubierta de cráteres, con Walker Hancock al volante. Eran las postrimerías de noviembre de 1944, casi un mes después de llegar Hancock a Aquisgrán y descubrir las condiciones de la catedral. Al ritmo que habían avanzado hasta entonces, el 1.<sup>er</sup> Ejército estadounidense habría llegado ya a medio camino de Berlín, pero se habían quedado bloqueados en los densos y brumosos bosques al este de Aquisgrán. Avanzaban a razón de metros, que no kilómetros, por día, en busca de un enemigo oculto en las trincheras. Por si esto fuera poco, empezaba a sentirse el que aún hoy se recuerda como el más frío invierno de la historia reciente del norte de Europa. Incluso en las mejores carreteras, y desde luego aquélla no era una de ellas, el hielo penetraba en las rodadas y se pegaba peligrosamente al borde de las curvas.

—Con cuidado —dijo el coronel desde el asiento del copiloto—. Si tengo que morir aquí, prefiero que sea bajo las bombas alemanas, y no en un maldito accidente de coche.

Hancock se fijó en que George Stout, en el asiento trasero, ni siquiera parpadeaba.

El peligro de las bombas era real. El boquete del centro de mando de Kornelimünster, abierto apenas dos o tres días antes, así lo demostraba. Junto al boquete, en un cartel, ponía: «Cuando haya entrado en este recinto, podrá decir que ha estado en el frente».<sup>[102]</sup> Al llegar a Büsbach, Hancock estimó que se encontraban a cinco kilómetros de Kornelimünster. Aquello sí era el frente. El día anterior, en su primera visita a aquel puesto de mando aislado, Hancock se había encontrado con unos soldados cavando entre un montón de escombros en llamas. Los escombros eran los de una casita reconvertida en dormitorio; había quedado destruida apenas media hora antes de su llegada.

Al ver aquello, Hancock se acordó del Museo Suermondt de Aquisgrán, donde había pasado buena parte del último mes. A excepción de unas cuantas obras menores, todas las pinturas del museo se habían evacuado antes de la contienda. Como oficial de Monumentos, su deber era averiguar adónde habían ido, así que había tomado una silla polvorienta y se había puesto a buscar entre los maltrechos archivos que todavía quedaban en los despachos reventados por las bombas. No había



electricidad y las descomunales pilas de cascotes proyectaban extrañas sombras al enfocarlas con la linterna. Los labios se le quedaban negros constantemente debido al polvo que seguía flotando en las estancias mal ventiladas, y el agua de la cantimplora nunca le duraba lo suficiente. Pero él apenas notaba estas molestias. Había tardado años en acabar algunas de sus esculturas, a veces incluso décadas; había aprendido a ser paciente y meticuloso. Además, a pesar de aventuras puntuales como la del depósito de arte de Maastricht o la catedral de Chartres, aquél era el verdadero trabajo de un hombre de Monumentos: la criba cuidadosa de información, el estudio paciente, el ojo vigilante.

La perseverancia de Hancock tuvo su recompensa. Primero, dio con un listado de escuelas rurales, casas, cafés e iglesias donde se habían almacenado pinturas. Inspeccionó varios de esos lugares y halló un número impresionante de cuadros, aunque nada de primera categoría. Más tarde, hacia el final de las indagaciones, halló enterrada bajo un montón de escombros la clave que estaba buscando: un polvoriento catálogo de la colección del museo, con una marca roja o azul al lado de cada artículo. Una nota manuscrita en la cubierta explicaba que los artículos en rojo, que Hancock reconoció de inmediato como las obras más importantes del museo, habían sido trasladados a Siegen, ciudad situada a unos ciento sesenta kilómetros hacia el este, tras las líneas enemigas.

Hancock pensaba en todo ello mientras manejaba el vehículo —¡lujo de reyes tras tantos días haciendo autoestop y tantas noches sin comer!— por la carretera del frente. En Siegen debía de haber un gran depósito, un almacén de algún tipo, instalado tal vez en una torre de hormigón o en una iglesia o, como el depósito que había visitado con George Stout en Holanda, en la falda de una colina. Y si las mejores piezas del Museo Suermondt estaban ahí, ¿por qué no los tesoros de la catedral de Aquisgrán? El busto de Carlomagno, la cruz de Lotario decorada con el camafeo del César, el relicario con el manto de María. ¿Estarían también en Siegen?

Pero si estaban en Siegen... ¿entonces qué? Siegen era una gran ciudad. Había cientos de escondites posibles. Y no había garantías de que el depósito se encontrara en la ciudad misma. Podía estar a cinco, diez, incluso treinta kilómetros de ella.

Lo primero era encontrar un informante. Alguien tenía que saber algo, de eso estaba seguro. Pero ¿quién? Con la ayuda de un archivero de la MFAA, escrutó los registros de los centros de detención aliados, donde se había encerrado a la mayoría de los ciudadanos de Aquisgrán, cotejándolos con las listas de los líderes culturales de la ciudad, aunque no encontró coincidencias. Al fin, dio con un pintor de edad avanzada que lo condujo hasta un conservador del museo, quien a su vez lo remitió a unos arquitectos, pero nadie sabía nada de Siegen.

—No queda nadie —le había dicho el joven conservador—. Sólo los nazis más leales conocían los detalles de la operación, y se han ido todos al este con las tropas.

Pero los tesoros de la catedral de Aquisgrán y el misterioso depósito de Siegen sólo eran una parte de sus responsabilidades. Desde que había llegado a la zona de combate había pasado la mayor parte de su tiempo en tareas parecidas, examinando monumentos liberados y contestando llamadas de los comandantes. Por lo visto, los estadounidenses creían encontrar un «Miguel Ángel» entre los cuadros de flores y ninfas del bosque de cada casa en la que entraban.

Aunque tal vez aquélla fuera la gran pista. Por eso había reclamado la presencia de George Stout. Si alguien era capaz de encontrar una aguja en un pajar, ése era Stout. Hancock tenía plena confianza en sí mismo, pero le había parecido oportuno buscar ayuda. Después de todo, el cuadro había aparecido cuando todavía no sabía ni si en el pajar había alguna aguja.

Volvió a pensar en las últimas veinticuatro horas, en el momento en que vio el cuadro. Enseguida había reconocido el estilo. Flamenco. Siglo XVI. ¿Sería de Pieter Brueghel el Viejo, el gran maestro belga, o de alguien cercano a él? Había visto obras de calidad equiparable en Maastricht, pero ninguna lo había dejado sin habla. Aquélla sí. Al ver una pintura de esa calidad apoyada en la pared de un puesto de mando rodeada de balas y mugre, uno comprendía que las grandes obras de arte no existían aparte del mundo. Eran objetos pequeños y frágiles, y estaban solas y desprotegidas. Un niño que juega en un parque parece fuerte, pero un niño que camina solo por la avenida Madison de Nueva York resulta sobrecogedor.

—¿Dónde lo han encontrado? —le había preguntado al oficial de mando.

—En casa de un campesino —había contestado éste.

—¿Había algo más?

—No, nada más.

Hancock intentó recapitular los hechos. Aquél no era el cuadro de un campesino, sino una obra de museo. Era evidente que había sido robada y posteriormente abandonada por los alemanes al retirarse. Lo más probable era que fuera fruto de un saqueo aislado, que un oficial la hubiera encontrado de paso por una finca rural y que se la hubiera sacado de encima al ver que la carga ponía en peligro su vida. No era la clave de nada. Aunque eso no disminuía su valor como obra de arte.

Se había quedado mirando el cuadro y pensando en la fangosa carretera de Verviers, expuesta a las bombas de los alemanes. El jeep bastaba para proteger a una persona, pero no le agradaba la idea de cargar en él un tesoro cultural.

—Felicidades, comandante —había dicho Hancock—. Es todo un hallazgo.

Fuera, el estallido de un obús de la artillería había hecho caer astillas del techo. Hancock se había llevado un sobresalto, aunque el oficial de mando parecía no haberse dado ni cuenta.

—Lo sabía —había dicho—. Lo sabía.

—Por desgracia, señor, no dispongo de un camión. Tendré que dejarlo aquí por

ahora, pero mañana volveré.

—¿Regresa al cuartel?

—Sí, señor.

—Hágame un favor —había dicho el oficial—, pídales que nos manden una lámpara. No tenemos nada que dé luz, ni siquiera una vela, y menudo lugar es éste cuando oscurece.<sup>[103]</sup>

Al día siguiente, en el cuartel, Hancock no sólo había encontrado las lámparas, sino a un coronel recién llegado del SHAEF que ardía en deseos por ver la zona de combate y a George Stout, que acababa de terminar con su trabajo de campo. El contingente estadounidense en Europa superaba ya el millón de soldados, razón por la cual Eisenhower había creado una división administrativa sujeta al mando del teniente general Omar Bradley. El XII Grupo de Ejércitos del teniente general Bradley tenía jurisdicción sobre los Ejércitos 1.º, 3.º, 9.º y 15.º, este último de incorporación reciente. George Stout acababa de ser asignado al 12.º Ejército en calidad de oficial de Monumentos, lo que equivale a decir que su peor miedo se había hecho realidad: lo habían ascendido a labores de gestión. Hancock había notado que Stout no tenía ninguna prisa por volver a París a tomar posesión del nuevo cargo.

Stout era todo un profesional, un trabajador nato y un conservador consumado en un mundo de cuidadores, artistas y arquitectos. «El experto, el perfeccionista, primero analiza —pensó Hancock mientras conducía, recordando el consejo de Stout durante uno de sus primeros viajes juntos—, y luego decide.»<sup>[104]</sup> Hancock se alegraba de poder contar con él, ya que George Stout siempre sabía lo que había que hacer. Sabía tomar decisiones y asumir responsabilidades. Del coronel podía prescindir, pues no era más que un fanfarrón de retaguardia, uno de esos que tanto le sacaban de quicio, pero por lo menos, si se prestaba a llevarlo de visita al frente, le permitirían conducir un furgón militar en vez de uno de esos peligrosos camiones de tonelada. Después de meses sobre el terreno, Hancock se sentía como un chófer de limusina.

—Ahí está —dijo el coronel—. Ya era hora, demonio.

El puesto de mando, un destartado caserón de madera rodeado de barro, presentaba un estado lamentable. La aviación aliada rugía en las alturas cuando Hancock pisó el freno. El aire olía a humo y polvo. Hancock pensó que el combate parecía más cerca que el día anterior. «Tal vez es que el fuego es más intenso», pensó al oír el retroceso de los cañones. Podía oír el estallido de los proyectiles, pero no acertaba a discernir si provenían de uno u otro bando. Desde luego, aquél no era lugar para una obra de arte ni para un oficial de Monumentos. El plan de Hancock era bien simple: recoger la pintura y salir de allí.

Pero Stout tenía otras intenciones.

—Toma las notas tú —le dijo a Hancock, arrodillándose junto al cuadro tras un vistazo de reconocimiento.<sup>[105]</sup> Pasó los dedos con cuidado por encima de la

superficie, como un ciego saludando a un viejo amigo—. *Fiesta campestre* —dijo con firmeza—. Siglo dieciséis, flamenco, del taller de Pieter Brueghel el Viejo.<sup>[106]</sup>

«Lo sabía», pensó Stout. Del «taller» quería decir que el maestro lo había supervisado y que tal vez incluso había intervenido en persona.

Stout le dio la vuelta al cuadro.

—Soporte: panel de roble. —Sacó la cinta métrica—. Ochenta y cuatro centímetros por... ciento veinte por... cuatro milímetros. Tres miembros de igual anchura, unidos en la horizontal.

El impacto de las bombas sacudía las vigas del techo, haciendo caer polvo de yeso y pedazos de revoque. A través de la ventana, Hancock vio al coronel de pie sobre una pila de cascotes, observando la batalla con sus prismáticos.

—Bastidor: bajo, siete travesaños longitudinales de roble, diez transversales de pino. Varias combaduras. Ligeros daños por carcoma. Esquinas inferiores rotas, desbastadas en el momento de añadir el bastidor.

Stout volvió a darle la vuelta al cuadro para examinar la pintura. «Primero analiza —pensó Hancock—, luego decide». Stout nunca llevaba prisa, nunca especulaba, nunca actuaba por miedo o ignorancia, aunque en esa ocasión Walker Hancock lo habría preferido.

—Fondo: blanco, muy fino. Roto y descascarillado, poco hondo, combado: moderadamente en la parte inferior, más pronunciada en la superior.

Hancock notó que algo se movía entre las sombras. Eran soldados de infantería, jóvenes reclutas recién salidos del instituto, los primeros en entrar en combate. Llevaban meses aguantando disparos, minas, contraataques y bombas, echándose agua con el casco para lavarse —los que se lavaban—, comiendo comida enlatada y limpiando la cuchara con el pantalón. No tenían donde dormir, de modo que se echaban dondequiera que encontrasen un lugar confortable. Como siempre, Hancock quería decirles algo, darles las gracias de alguna forma, pero entonces Stout volvió a hablar.

—Pintura: óleo, rico, capas generalmente finas con película translúcida en las zonas oscuras y dibujos monocromos vagamente visibles por debajo.

Fuera, el coronel prorrumpía en ovaciones, encantado con su primer encuentro con la guerra. Dentro, los dos hombres de Monumentos seguían agachados junto a aquella pintura de cuatrocientos años de antigüedad a la tenue luz de una lámpara. El primero, arrodillado en el suelo, estudiando la superficie del cuadro como un arqueólogo en una tumba egipcia o como un médico al lado de un herido. El segundo, encorvado detrás de él, concentrado en sus notas. Los soldados, agotados y sucios, formaban en corro a su alrededor como pastores frente al pesebre, observando en silencio los expresivos rostros de los campesinos del cuadro y a aquellos dos tipos con vestimenta de soldado que inspeccionaban hasta el último centímetro cuadrado

de su superficie.

4 de octubre de 1944

*Carta de George Stout a su colega Langdon Warner*

Querido Langdon:

La noticia de la dimisión de nuestros directores [del Museo de Arte Fogg] no me llegó a través de ellos ni por ninguna otra vía. Fue Margie quien me lo dijo. [...] Supongo que debería escribirles, pero me incomoda un poco no saber qué decirles. Los «Formularios sociales y de negocios» de Hall, guía infalible en tales asuntos, presente siempre en la librería de mi padre, no contenían ningún ejemplo de carta dirigida a codirectores de museo cuya renuncia el remitente ha conocido por vías indirectas.

[...] Koehler lleva razón. Ese trabajo debería recaer sobre alguien que convirtiera el museo en parte activa —y digo parte activa— del departamento. [...] Creo que nunca he estado más seguro que ahora de que el desarrollo y la comprensión de la laboriosidad de un hombre es la necesidad fundamental del espíritu humano, ni de que no podemos aspirar a una sociedad sana hasta que esa necesidad, entre otras, haya sido satisfecha.

Tal como yo lo veo, éste [el de la sección de Monumentos] no es un mal trabajo. Durante las últimas tres semanas he estado bajo las riendas de un inglés terriblemente amargado y convencido de que lo nuestro es una pérdida de tiempo. No sé qué esperaba. Una aventura romántica, gloria personal o gran autoridad, quizá. No me convence. Todavía no hay resultados, pero me siento satisfecho, no con lo que he hecho, sino con lo que el trabajo representa. Me satisface que ésta sea una labor tan modesta e indefinida y de la que no quedará rastro. Ésta es la actitud de los hombres con quienes me encuentro. En realidad les da igual que algunas obras sufran daños, pero dan por hecho que formamos parte del juego y desean seguir adelante. Tanto soldados como oficiales, todos en la jerarquía. Ayer, un tipo con el que ya me había encontrado antes, un sargento al que conocí hace tiempo, un tipo totalmente incapaz de articular dos palabras seguidas para imprimir en el *Monitor*, quería

saber si encontramos muchos monumentos dañados. Y recuerdo que en Francia, hace unas semanas, había un tosco y viejo coronel con el que tenía que parlamentar. Le dije cuál era mi cargo, y él me miró incrédulo, con una cara como si le hubieran sacudido con uno de esos martillos que se usan para machacar la carne. «¿Qué demonios es eso?», me preguntó, así que se lo expliqué por encima. Era pasada la hora del almuerzo. Él se quedó con sus ayudantes mientras yo me comía unas raciones de combate sobre el guardabarros de mi carraca y siguieron discutiendo sobre ello hasta que tuve que irme. Esta gente siente un interés natural cuando se trata de buenas obras y no tienen ningún reparo antinatural a la hora de respetarlas. Quizá, y que los *sahibs* del Fogg me perdonen por decir esto, despertar la simple curiosidad de estos tipos sanos sea más importante que algunos de los monumentos en sí.

Quedo tuyo,

George

## EL TAPIZ

París, Francia

26 de noviembre de 1944

A más de cuatrocientos kilómetros, en París, un museo de arte más tradicional —el Louvre— volvía por fin a la vida. Las piezas expuestas procedían sobre todo de las colecciones de escultura clásica, y aunque no había tantas como él hubiera querido, James Rorimer era consciente de que aquello era ya un gran logro. El gobierno francés estaba llenando por fin el vacío de poder sobrevenido con la partida de los nazis, aunque la burocracia se había convertido en una pesadilla. Todo el mundo, en todos los niveles, parecía mirar sólo por sus propios intereses. Rorimer intentaba ejercer presión en todos los frentes pero, como alguien observaría más tarde, no tenía «mucho talento como diplomático».<sup>[107]</sup> A menudo, sus bravuconadas causaban perplejidad entre los franceses, tan formales, y más de uno se quejó de sus «tácticas de vaquero».<sup>[108]</sup> Su tenacidad no le valió de mucho.

Rorimer estaba convencido de que el problema tenía que ver con su rango. Por nada del mundo habría cambiado la instrucción recibida en infantería, pero el hecho de haberse incorporado a filas como soldado raso le suponía una grave desventaja. Había ascendido a subteniente, y no volverían a promocionarlo, aun cuando muchos de quienes lo rodeaban considerasen que por la tarea que desempeñaba merecía un rango mayor. Aquello lo irritaba. No podía evitarlo. No era simplemente cuestión de orgullo personal, aunque también. El problema era que su bajo rango interfería con su trabajo.

Pensó en el día de septiembre en que se enteró de que el despacho del general Eisenhower en Versalles estaba siendo decorado con objetos del palacio y el Louvre. Jaujard, el director de los museos franceses y héroe del Louvre, estaba al corriente de esos «préstamos», pero había accedido en aras de la cooperación aliada. No así Rorimer, que volvió corriendo a Versalles —el despacho de Eisenhower se encontraba en una casa de la ciudad, no en el propio palacio— y se encontró con cuadrillas de soldados acarreando muebles de un lado para otro. Un precioso escritorio de estilo Regencia descansaba sobre una antigua alfombra persa del Mobilier National. En la esquina, una estatua de terracota, y, apoyados en las paredes, varios cuadros y aguafuertes del Museo del Palacio de Versalles.

El capitán al mando, con el singular nombre de O. K. Todd, había seleccionado personalmente los artículos y no estaba dispuesto a perder la oportunidad de



congraciarse con el comandante supremo. Cuando Rorimer empezó a discutir con él, Todd se limitó a salir de la habitación para llamar al coronel Brown, el comandante del cuartel de Eisenhower. Rorimer le expuso sus argumentos: aquellos objetos eran poco prácticos, caros y estaban desprotegidos. ¿Era necesario todo aquello? ¿Era responsable?

—Al propio general Eisenhower se le caería la cara de vergüenza —dijo Rorimer— si se filtrase que destina obras de arte protegidas para uso militar, vulnerando órdenes explícitas. Además, ¿no han pensado que la oficina de Propaganda alemana se daría un festín si pudiera informar de que el general Eisenhower se ha apropiado de objetos de arte de Versalles para uso personal?<sup>[109]</sup>

Se había pasado de la raya.

—Veamos qué tiene que decir al respecto el general Rogers —rugió Brown, descolgando el teléfono y marcando el número del comandante de Rorimer.<sup>[110]</sup>

La suerte quiso que el general Rogers no se encontrara en su despacho, pero el coronel Brown no estaba de humor para esperar. A la mañana siguiente los objetos fueron devueltos. O. K. Todd se ganó los elogios de la ciudad de Versalles por ese acto desinteresado. Eisenhower llegó unos días más tarde y, al ver el despacho vacío, le pareció demasiado grande y espacioso, de modo que mandó instalar un tabique separador para dejar sitio a sus secretarios. Al final fue un episodio sin mayor importancia, casi una nadería, pero de no mediar aquel golpe de suerte tal vez a Rorimer le habría costado el puesto. Ése era el problema: demasiados pies que pisar, demasiados egos que desafiar, demasiado tiempo perdido. ¡Aquello era casi tan frustrante como trabajar en un museo!

Rorimer apartó esos pensamientos de su cabeza. Había pasado buena parte del último mes en la región de Île-de-France, en una serie de ancestrales fincas que ceñían París. Los grandes salones de muchos de esos *châteaux* estaban renegridos porque ni alemanes ni estadounidenses sabían utilizar sus antiguas chimeneas. Cuatro soldados norteamericanos se habían enamorado de muchachas de la zona y les habían regalado importantes pinturas. En Dampierre, los alemanes habían instalado un bar de cócteles delante del mural de *La Edad de Oro*, uno de los más famosos de Francia. En general, no obstante, había sido un buen viaje. Los daños eran mínimos y la moral seguía alta. Otra anécdota ocurrida en Dampierre parecía ser el epítome de la situación: los alemanes habían usado las célebres cartas de Bossuet de la biblioteca como papel higiénico. Tras la partida de éstos, uno de los criados encontró las cartas en el bosque y, después de limpiarlas, las devolvió a la biblioteca. ¡Eso sí es un buen servicio!

Por lo demás, no era el momento de ponerse pesimista. Era el 26 de noviembre de 1944 —el domingo después de Acción de Gracias en Estados Unidos— y James Rorimer tenía motivos de sobra para sentirse agradecido. Tras semanas de insistencia,

discusiones y ruegos, los camiones militares habían sido desalojados de los Jardines de las Tullerías y el jardín había quedado oficialmente abierto al público. El Louvre también estaba abierto. Volvían a oírse voces donde, dos meses antes, el único sonido eran los pasos de Rorimer. El tapiz de Bayeux, sobre el que había hablado con Jacques Jaujard, el director del Louvre, varias semanas atrás, se exponía en París por primera vez en casi ciento cincuenta años. Dos semanas antes, había asistido a la inauguración junto al general Rogers, y en esos momentos volvía a recorrer las galerías. El corazón de París volvía a la vida, y Rorimer no podía evitar pensar que en parte era gracias a él.

Necesitaba pensar así para animarse, porque el resto del trabajo avanzaba despacio. Desde fuera, la ciudad de París parecía majestuosa e indestructible, pero por debajo se abrían las catacumbas del robo y la destrucción nazi. Las colecciones nacionales francesas se habían salvado gracias a la astucia de Jacques Jaujard y el conde Franz von Wolff-Metternich, el nazi «bueno», pero las colecciones privadas de los ciudadanos habían sido expoliadas. Antes de la guerra, gran parte de la riqueza artística de París se encontraba en manos de ciudadanos ilustres y marchantes: los Rothschild, David-Weill, Rosenberg, Wildenstein, Seligman, Kann, todos judíos. Como las leyes nazis negaban el derecho a la propiedad de los judíos, el Estado alemán se «apropió» de sus fondos. Cuando los saqueadores agotaron estas colecciones, pasaron a confiscar las de la aristocracia judía de escalafones inferiores, para empezar después con las de la clase media y, por fin, las de cualquiera cuyo apellido tuviera reminiscencias judías —o fuera poseedor de artículos del interés de la Gestapo—. En definitiva, una operación de pillaje masivo con cuya excusa los miembros de la Gestapo no vacilaron en hundir puertas y llevarse todo tipo de objetos: obras de arte, escritorios, incluso colchones. Según las estimaciones de Jaujard, se habían robado 22.000 importantes obras de arte.

Hasta el momento, Rorimer no había conseguido ninguna información al respecto, ya que los nazis se habían llevado o destruido casi todos los archivos. En cuanto a las víctimas, la mayoría habían abandonado el país o habían desaparecido en los campos de trabajo nazis, y los testigos se mostraban reticentes a prestar declaración. La oleada de terror había remitido —se había acabado el rapar la cabeza a las mujeres en público o ejecutar de forma sumarísima a los sospechosos de colaboracionismo—, pero la confianza en el nuevo régimen era peligrosamente baja. Los riesgos de hablar eran demasiados, y las recompensas, pocas, al menos por el momento. La mayoría de los parisinos de a pie consideraban preferible beber champán en las celebraciones y mantener la boca cerrada.

A los dirigentes de los museos franceses no les iba mucho mejor. La primera reunión de la autodenominada *Commission de Récupération Artistique* (Comisión de Recuperación Artística) se celebró el 29 de septiembre de 1944. El jefe de la

comisión era Albert Henraux, mecenas y uno de los principales contactos de Jacques Jaujard en la Resistencia francesa; la secretaria, mademoiselle Rose Valland, la ayudante jefe del Museo del Jeu de Paume. A Rorimer le bastaba con eso para saber que, pasara lo que pasara, su amigo Jaujard estaría en todo momento en condiciones de ejercer una influencia considerable. Pese a los contactos de Jaujard, la comisión sólo había sido reconocida formalmente un par de días atrás, el 24 de noviembre. Y hasta donde a Rorimer le alcanzaba, tampoco habían hecho grandes avances en lo relativo a la recuperación de arte.

Al final de su recorrido por el Louvre —acaso su primera tarde de turista, pensó, desde su llegada a París tres meses antes—, Rorimer se detuvo ante la puerta del despacho de su amigo. Era casi la hora del cierre, los últimos mecenas eran invitados a abandonar el museo, pero Jaujard, como siempre, estaba frente a su escritorio. Aquel hombre era infatigable.

—Todo un éxito —dijo Rorimer, refiriéndose a la inauguración. La gente había formado cola durante horas para ver el tapiz de Bayeux, a pesar de los diez francos de la entrada (unos veinte centavos); los militares eran los únicos que podían entrar de forma gratuita.

—El público se alegra de que vuelva a haber exposiciones —respondió Jaujard—. Es un gran paso.

—Y eso que, fuera de la comunidad museística, nadie sabe el trabajo que ha costado organizarla.

—Eso le ocurre a todo el mundo, James. Estoy seguro de que los ganaderos de la leche también se quejan de que no sabemos nada de lo mucho que les cuesta sacar la leche al mercado.

—Y los soldados estadounidenses se quejan de lo difícil que es hacerles la corte a las parisinas y comprar perfumes. ¡Algunos vendedores han empezado a cobrarles!

Jaujard se rió.

—Los norteamericanos sois los únicos capaces de bromear sobre vuestra presencia aquí. Nosotros, los parisinos..., nos quejamos, pero el recuerdo de la ocupación está demasiado fresco como para no estaros agradecidos. Aunque hayamos dejado de regalároslo todo.

Siguieron charlando unos minutos sobre la exposición y la ciudad. Unidos por las circunstancias y la admiración mutua, habían terminado trabando amistad. Al rato, cuando lo consideró oportuno, Rorimer sacó el tema de la comisión.

—Me alegro de que me lo preguntes —dijo Jaujard—. Hay algo en lo que quizá puedas ayudarnos. —Hizo una pausa, como si tratara de encontrar la manera adecuada de exponer la situación—. Me imagino que ya has oído hablar del saqueo de las colecciones privadas por parte de los nazis.

—Veintidós mil obras de arte. Como para olvidarlo.

—Oh, la cifra podría ser mucho mayor. Robaron por todo París y alrededores. Como comprenderás, seguir la pista de cada fuente es casi imposible. Así que ¿por qué no empezar por el final? Antes de salir de París, las obras de arte expoliadas se enviaban a un lugar para catalogarlas y embalarlas: el Jeu de Paume. Dentro teníamos un espía.

Rorimer se inclinó hacia Jaujard. ¿Un espía? ¿Sería ésa la pista que estaba esperando?

—¿Quién? —preguntó.

—Rose Valland.

Rorimer se acordó de la administradora del Jeu de Paume, a la que había conocido casi dos meses antes en el despacho de Jaujard. Desde entonces la había visto en varias ocasiones, pero aun así le costaba recordar gran cosa de ella, a excepción de su atuendo insulso, sus delicadas gafas de montura metálica y su omnipresente moño de abuela. Una matrona. Seguía sin ocurrírsele mejor forma de describirla. Le parecía una solterona inofensiva.

Aunque en verdad... siempre había creído que tenía golpes escondidos. Y no sólo por el fuego y la inteligencia de su mirada, ni porque hubiera empezado a sospechar su grado de implicación en el mundo de Jaujard, pues hasta entonces no se le había pasado por la cabeza. A lo largo de los repetidos encuentros de aquellas semanas se había mantenido tan hermética como el primer día. Rara vez hablaba, y cuando lo hacía casi nunca revelaba nada interesante. No es que no rebatiera las hipótesis de Rorimer, pues a menudo se mostraba sarcástica, pero sus comentarios nunca dejaban huella, tanto era así que, de hecho, le costaba recordar cualquiera de ellos, lo cual por sí solo habría debido hacerle sospechar. No era una simple empleada de museo amargada, sino que era algo más. Era la espía perfecta.

Jaujard sonrió.

—Te dije que era una heroína, y no lo entendiste. Le ocurre a todo el mundo. Rose Valland no es una mujer joven ni especialmente atractiva, pero justo gracias a eso pudo cumplir con su deber. Es de mediana edad, de modales discretos, es fácil no fijarse en ella. ¿Qué estás haciendo, James?

—Mediana edad, de modales discretos... —repetía Rorimer mientras garabateaba notas en unos pedazos de papel roto.<sup>[111]</sup>

—Segura de sí misma, independiente —continuó Jaujard—. No confía en sus encantos femeninos, pero es inescrutable como el gato en el juego del gato y el ratón... Un gato capaz de hacerle creer a uno que en realidad es el ratón. Cuando se la conoce también tiene sentido del humor. Suspira antes de hablar, con algo de afectación femenina, pero siempre se muestra risueña. Y aun así, nunca subordina su fuerza de voluntad a sus artes de mujer. Es de las que siempre carga su propia maleta, por pesada que sea, ya me entiendes. Veamos: sensible, infatigable, minuciosa... ¿Es

suficiente?<sup>[112]</sup>

Rorimer levantó la vista de sus notas.

—Más que suficiente —respondió—. Sobre todo porque no sé ni por qué lo estoy apuntando.

—Porque quieres hablar con ella, James.

—¿Por qué?

—Llevas tres meses en París, en este tiempo has podido ver cuál es la situación..., la falta de confianza, las dificultades para reinstaurar un gobierno, las demoras burocráticas con las que nos vemos obligados a lidiar. No es extraño que después de cuatro largos años en el Jeu de Paume con los nazis, *mademoiselle* Valland se muestre reticente a entregar todas sus notas e información.

Rorimer recogió los pedacitos de papel y los guardó dentro del prospecto de la exposición del tapiz de Bayeux que había cogido en la puerta.

—Puede que no sepa nada —dijo.

—Eso mismo piensa McDonnell, tu colega de Monumentos. Ha estado investigando y dice que no hay nada. Pero se equivoca.

Rorimer caviló un instante.

—No tiene sentido. Si tiene información, ¿por qué no la comparte?

Jaujard se recostó en el asiento.

—La ha compartido... por lo menos una parte..., pero sólo conmigo. Ten en cuenta que se ha pasado los cuatro años de la ocupación alemana trabajando con colaboracionistas. Ése es un problema muy serio todavía hoy. Se hace difícil confiar en los paisanos. No sabe uno de quién fiarse.

—Pero de ti sí que se puede fiar.

—La confianza es sólo una parte, James. Yo soy un eslabón más en la burocracia francesa. Cada vez que me ha dado información (y créeme, era información valiosísima), he cumplido con mi deber y la he remitido a las autoridades gubernamentales competentes. Por desgracia, no siempre se han adoptado las medidas requeridas, o por lo menos no con la urgencia necesaria. El gobierno necesitó dos meses (dos meses, James) para seguir la pista de ciento doce cajones de obras de arte saqueadas sobre las cuales me había informado *mademoiselle* Valland. Durante todo ese tiempo, apenas estuvieron protegidas. Para cuando las encontramos, algunas habían sido desvalijadas. —Jaujard miró a Rorimer, pero el oficial de Monumentos no dijo nada—. Tiene que ser alguien de fuera, James —añadió—. Alguien que pueda ser expeditivo. Sólo así se fiará.

—Pero si ni siquiera me conoce.

—Puede que tú no la conozcas a ella, pero ella sí te conoce a ti. Te ha estado observando. Y la ha impresionado lo que has hecho por Francia. Ella misma te lo dijo cuando os conocisteis en mi despacho. No digas que no —dijo Jaujard levantando la

mano—. Has hecho más de lo que crees. Y cuando has tropezado con obstáculos..., pues bueno, por lo menos te has estrellado de cabeza contra el muro de la burocracia. Algo es algo. —Jaujard se levantó del escritorio—. Pero no perdamos la noche entera hablando de Rose Valland. Habla con mi amigo Alfred Henraux. Está al frente de la comisión y opina como yo. Él te lo explicará todo. —Descolgó el sombrero del perchero junto a la puerta y salió al pasillo—. Nunca me canso de mirar el tapiz de Bayeux. ¿Te puedes creer que por fin lo tengamos aquí, en el Louvre? ¿Sabes cuándo fue la última vez que estuvo en París? En 1804. Napoleón se lo llevó de Bayeux y lo trajo aquí. Planeaba invadir Gran Bretaña y quería inspirar a sus generales.

Rorimer observó las paredes, todavía vacías en aquella parte del museo. Sólo había regresado una pequeña parte de los fondos; muchas menos obras de las que los nazis habían robado a los ciudadanos de Francia, pero aun así era una visión esperanzadora.

—Odio preguntártelo, Jacques, pero... ¿cómo sabes que no estaba con ellos? Es decir, ¿cómo sabes que no trabajaba para los nazis?

—Porque espiaba para mí. Le ordené que se quedara en el Jeu de Paume, y aceptó de buen grado a pesar del peligro. Casi todas las semanas me traía información. Información valiosa. Gracias a ella, la Resistencia consiguió retrasar de forma indefinida la partida del último tren alemán cargado de valiosas obras de arte robadas de las grandes colecciones privadas francesas. —Jaujard se detuvo—. La conozco, James. Su lealtad a Francia y al arte está por encima de toda duda. Cuando la conozcas, te darás cuenta. —Echó a caminar de nuevo—. Si dudas de ella —añadió sonriendo—, pregúntale por los detalles del tren del arte. Probablemente Rose Valland salvó más obras de arte —dijo como hablando para sí mismo— de las que pasarán por las manos de muchos conservadores en toda la vida. Sobre todo las de quienes no han tenido que vivir esta maldita guerra. Ah, ya estamos.

Estaban entrando en la sala donde se exponía el tapiz de Bayeux, que ocupaba dos de las paredes. Rorimer lo recorrió despacio, absorto en la maestría de su ejecución. La efusión de los detalles, la amplitud de la narración y las estampas de la vida medieval brillaban ante sus ojos con todo su esplendor, cual si fuera una novela en imágenes.

—Hay algo que me pregunto desde mi visita de hace dos semanas —dijo Rorimer desde el otro lado de la sala. Una de las últimas escenas, que si mal no recordaba, representaba a un grupo de soldados dispersándose con las armas en alto, estaba tapada por una pared provisional—. ¿Verdad que no estaba dañado? Después de tantos siglos...

Jaujard sacudió la cabeza.

—El problema no era el estado del tapiz —dijo—, sino la inscripción: «*In fuga verterunt Agli*», «Los ingleses fueron puestos en fuga».

Rorimer recordó de pronto el significado de los soldados dispersados: las huestes inglesas retirándose ante la superioridad de los franceses. No pudo reprimir la risa.

—Qué susceptibles estamos.

Jaujard se encogió de hombros.

—Es la guerra.

## DESEOS NAVIDEÑOS

Metz, Francia  
Diciembre de 1944

El invierno de 1944 fue posiblemente el período más brutal de la guerra en el frente occidental. Las fuerzas alemanas atrincheradas en el Rin hicieron retroceder al XXI Grupo de Ejércitos conjunto del general Montgomery, integrado por tropas británicas y canadienses que dedicaron las semanas siguientes a vadear el peligroso delta del río hasta la importante ciudad portuaria de Amberes en busca de aprovisionamiento.

El 1.<sup>er</sup> Ejército estadounidense se había adentrado en el bosque de Hürtgen, un amenazante corredor de empinados valles boscosos trufado de fortificaciones alemanas, trincheras y minas. Hacia diciembre, la nieve cubría los árboles y en algunas partes el hielo era tan duro que no se podía ni cavar. El avance era penoso. En una zona donde la vegetación era especialmente espesa, el ejército tardó un mes en avanzar apenas tres mil metros y perdió a 4.500 hombres. La batalla del bosque de Hürtgen, destinada a ser la más larga de la historia militar estadounidense, duraría desde septiembre de 1944 a febrero de 1945. A su término, el 1.<sup>er</sup> Ejército había conquistado poco más de cien kilómetros cuadrados.

Más hacia el sur, el general Patton y el 3.<sup>er</sup> Ejército estadounidense asaltaron la fuertemente fortificada ciudad de Metz, en la frontera oriental de Francia. La ciudad, circundada de fortines y puestos de observación interconectados mediante trincheras y túneles, era una ciudadela desde tiempos de los romanos y había sido la última ciudad de la región en rendirse a las tribus germánicas. Desde entonces, se había convertido en un enclave estratégico en el centro-oeste de Europa, una ciudad que todos se disputaban, desde los primeros cruzados, que exterminaron a los judíos del lugar en el año 1096, a los borbones y los bandidos ingleses. En 1870, durante la guerra franco-prusiana, soportó un brutal asalto, pero cedió al sitio prusiano y terminó incorporándose al Estado alemán. Los franceses la recuperaron, aunque por la vía de la diplomacia, no del ataque directo. En noviembre de 1944, el 3.<sup>er</sup> Ejército sumó su nombre a la larga lista de fuerzas militares que habían intentado conquistar Metz.

Al ver que los bombardeos aéreos no daban resultado, Patton envió a las tropas. La lucha duró casi un mes. Los soldados escalaron fortificaciones de piedra y combatieron en túneles subterráneos cruzados de alambre de cuchillas y barras de hierro. Al final, todas las posiciones alemanas cayeron, a excepción del fuerte Driant,



su pivote defensivo, que se rindió sin ser conquistado. El avance desde el río Mosela había tenido para los estadounidenses un coste de más de 47.000 bajas y una ganancia de menos de cincuenta kilómetros. El general Patton, exasperado tanto por las defensas alemanas como por los dos palmos de agua que la lluvia había dejado durante el avance, le escribió al secretario de Guerra: «Espero que en el acuerdo de fin de la guerra insista en que los alemanes se queden Lorena, pues no me imagino mayor carga que ser el propietario de este territorio inmundo en el que todos los días llueve y donde la riqueza de los habitantes consiste en pilas de estiércol».<sup>[113]</sup>

Diciembre fue aún peor. El 8 de diciembre, el día de la rendición oficial de los alemanes en Metz, el general Patton hizo llegar a sus tropas una felicitación de Navidad con la siguiente oración:

Padre omnipotente y misericordioso, a Ti rogamos humildes que por Tu gran bondad detengas estas lluvias inmoderadas a las que hemos debido enfrentarnos. Asegúranos buen tiempo para la batalla. Atiende a nosotros, soldados que a Ti apelamos, para que, armados con tu fuerza, avancemos de victoria en victoria y aplastemos la opresión y la maldad del enemigo y establezcamos Tu justicia entre los hombres y las naciones. Amén.<sup>[114]</sup>

Pero la Oración del Buen Tiempo no fue atendida. El cielo siguió encapotado y las temperaturas cayeron en picado. La nieve llegaba por los hombros y caía de las ramas de los árboles en forma de peligrosos montones helados. La densa niebla lo sumía todo en las tinieblas para levantarse de repente y convertir a los soldados, con ropas de camuflaje oscuro, en una presa fácil en medio de la blancura de la nieve. En el bosque de las Ardenas, el suelo estaba tan helado que los soldados no podían romper su superficie ni con picos ni con palas. Por suerte, algunas unidades disponían de cartuchos de dinamita para abrir trincheras; el resto tuvieron que arreglárselas con tiendas de campaña y mantas compartidas. El frío era tan penetrante que los dedos se les congelaban incluso con guantes. La isquemia, una forma de necrosis del pie provocada por la exposición prolongada a la humedad y las bajas temperaturas, se volvió endémica entre los extenuados soldados, muchos de los cuales no podían ni quitarse las botas por culpa del frío o la hinchazón. La congelación y la hipotermia se revelaron un obstáculo añadido a la hora de tomar las posiciones de la artillería alemana, que parecían ocupar hasta el último centímetro cuadrado de tierra entre el mar del Norte y la frontera suiza. Los ejércitos occidentales, que hasta entonces habían avanzado imparables, se habían enzarzado en una salvaje guerra de desgaste a ambos lados de la frontera alemana, una guerra en la que los progresos se medían por metros y no por kilómetros.

El oficial de Monumentos Robert Posey, el arquitecto de Alabama, debió de acordarse en más de un ocasión de su primer destino en el inhóspito norte de Canadá y dar gracias al cielo por alojarse en la ciudad francesa de Nancy en vez de en una tienda. En Metz, adonde viajaba con frecuencia en misiones de inspección, los daños

culturales eran cuantiosos. La famosa colección de manuscritos medievales de la ciudad se había consumido en las llamas. Posey había encontrado la mayor parte de las obras de arte de valor en los depósitos, pero las reliquias de la ciudad, entre ellas la posesión más valiosa, la capa de Carlomagno, habían sido enviadas a Alemania por «seguridad» junto con el tesoro de la catedral. Nancy había sufrido pocos daños, y a la vista de que el 3.<sup>er</sup> Ejército pasaría buena parte del invierno acuartelado ahí, Posey decidió escribir unas breves notas acerca de su historia arquitectónica y artística. Después de sus experiencias sobre el terreno, le seducía la idea de tener un ejército culto y ávido de conocimientos.

Su vademécum se hizo muy popular entre los hombres, que encontraron en él un poco de contexto sobre la tierra por la que estaba combatiendo, aunque escribirlo no fue fácil. Nancy era un polo comercial y artístico, pero para Posey, en aquellos fríos días de diciembre, la historia tenía que ver sobre todo con lo militar. Las tropas luchaban y morían a la intemperie, y eso era algo que no podía ignorar. Se dio cuenta de que el ejército había pasado a formar parte de él tanto como la arquitectura; a su mujer, Alice, le escribió que «el ejército es mejor que la universidad a la hora de conocer gente del agrado de uno. Parece que aquí los vínculos son más fuertes».<sup>[115]</sup> Y no se refería a sus compañeros de la sección de Monumentos.

Posey no era un hombre privilegiado. Se había criado en una granja en las afueras de la pequeña ciudad de Morris, Alabama, donde por arquitectura se entendía clavar tablones de contrachapado en los laterales de la casa y por arte el reflejo del cielo en un charco de barro después de la lluvia. Pero lo que a la familia Posey le faltaba en prestigio social y comodidad material lo compensaban con la historia. Todos los miembros de la familia —por lo menos los miembros varones— se sabían de corrido la lista de sus venerables antepasados: Frances Posey, que combatió en las guerras coloniales contra los franceses y los indios; Hezekiah Posey, miembro de las milicias de Carolina del Sur durante la guerra de Independencia, herido por los Tories en 1780; Joseph Harrison Posey, que luchó contra los indios *creek* en la guerra de 1812; Carnot Posey —el hijo de Robert se llamaba Carnot en honor de su ancestro—, que sobrevivió a Gettysburg pero murió de una herida de guerra cuatro meses más tarde; el hermano de Carnot, John Wesley Posey, que luchó con la 15.<sup>a</sup> Infantería Montada del Misisipi —que cabalgaba hasta el campo de batalla pero luego combatía a pie— y fue el único de los ocho hermanos Posey que sobrevivió a la guerra civil.

En las provincias orientales de Alsacia y Lorena se encontró con historias parecidas de honor y sacrificio. Tal como atestiguaban los cementerios, casi ninguna generación había vivido en paz en la zona desde que Atila hundió el Imperio romano en las sombras. Poco antes había pasado por la ciudad de Verdún, escenario de la batalla más sangrienta de la primera guerra mundial, donde un millón de hombres fueron heridos y 250.000 perecieron. Había inspeccionado los cementerios militares

de Meuse-Argonne y Romagne-sous-Montfaucon, llenos de muertos de aquella guerra. «La gran guerra —la llamaban—, la guerra que había de terminar con todas las guerras». Sin embargo, en Montsec, el memorial a los héroes caídos en la primera guerra mundial había quedado hecho un colador por las balas de aquella nueva guerra, y en Saint-Mihiel, un cementerio militar estadounidense, los soldados alemanes habían destrozado todas las lápidas con la estrella de David.

Pensó en la Navidad. ¿Lo echaría de menos Woogie? ¿Se dejarían regalos en los calcetines y comerían pavo relleno, o también eso habría terminado con el racionamiento? En el Viejo Continente se auguraban pocas celebraciones. Navidad era un día más, como en Alabama en los viejos tiempos. Un año, como excepción, a Robert le regalaron un pañuelo y una naranja. Otro año, su padre construyó un carrito —aunque pensándolo bien, había sido en primavera, no en Navidad— y los chicos montaban por turnos para dar vueltas por el terreno tirados por la cabra de la familia. Poco después murió. El padre, y también la cabra. Robert, que a sus once años había tenido que presenciar cómo enviaban a su hermana con una tía por no poder darle de comer, empezó a trabajar en dos sitios, en un colmado y en un bar de refrescos.

El ejército llegó a su rescate. Se había alistado en el ROTC nada más cumplir la edad reglamentaria. Ahí le dieron comida, dinero y un futuro. También le pagaron el ingreso en la Universidad de Auburn. En principio iba a ir sólo por un año, luego se cambiaría con su hermano pequeño, ya que, pese a las ayudas del ROTC la familia no podía permitirse pagar dos matrículas. Robert demostró ser tan buen estudiante que su hermano insistió en que continuase. Fue entonces cuando Robert descubrió su segundo amor: la arquitectura. Y así fue a partir de entonces: el ejército y la arquitectura, mezclados de forma inextricable en su mente y en su corazón.

Dejó un instante el lápiz y alcanzó un puñado de higos y cacahuets, regalo de Navidad de Alice. Higos y cacahuets: era más de lo que habría imaginado de niño. Y todavía quedaban varias cajas de regalos por abrir, algunas de ellas incluso envueltas en papel. Se las guardaba para la mañana de Navidad.

Recordó el momento en que fue consciente de que había más mundo ahí fuera. Tenía ocho años y vio la foto de una montaña. En la cumbre había nieve, pero abajo, en el valle, se veían flores. No entendía cómo era posible, así que dejó volar la imaginación. Cuanto más lo pensaba, más compleja y maravillosa le parecía la vida. Se dio cuenta de que había tantas preguntas que se pasaría el resto de sus días intentando contestarlas.<sup>[116]</sup>

Se preguntó qué pensaría aquel muchacho si pudiera verse ahora. Había visto montañas de verdad, había visto capas de hielo de mil metros de espesor en el Ártico, había proyectado pistas de aterrizaje sobre el hielo, por si los pilotos norteamericanos tenían que volar hasta ahí, había diseñado un pontón que se había venido abajo, arrojando un tanque a las cenagosas aguas de un río de Pensilvania. Había estado en

Londres. Y en Nueva York, y no sólo de visita, sino para trabajar.

Y ahora estaba en Europa. Podía caminar por una ciudad antigua y ver la nieve amontonarse en las calles, flanqueada por las hileras de los edificios. No, no sólo estaba ahí. Era un experto; su trabajo consistía en proteger aquella ciudad. Y era un soldado. Había conocido al general George S. Patton Jr., el mejor guerrero del ejército estadounidense. Un hombre al que incluso cuando se lo insultaba —y cualquier miembro del 3.<sup>er</sup> Ejército lo había hecho alguna vez— se hacía con admiración.

Posey recordaba una anécdota escuchada en boca de unos soldados acerca de los días de Patton al frente del 7.<sup>o</sup> Ejército en Sicilia en 1943. Al ver las ruinas romanas de Agrigento, el general Patton le preguntó a un experto local:

—Eso no lo ha hecho el Séptimo Ejército, ¿verdad, señor?

—No, señor, eso lo hicieron durante la última guerra —contestó el hombre.

—¿Qué guerra es ésa?

—La segunda guerra púnica.<sup>[117]</sup>

Una anécdota simpática pero con un mensaje profundo: que aquel lugar era pura historia, y por ende importante; y que el ejército de Patton no debía escatimar esfuerzos hasta convertirse en la mayor fuerza de combate desde Aníbal, quien cruzó los Alpes a lomos de sus elefantes y por poco aplastó el joven Imperio romano. Robert Posey no era un soldado de infantería. Nunca había disparado un arma. Pero su trabajo era importante y estaba dispuesto a sudar sangre por él, a batirse contra los elementos y el peligro. En ningún lugar se habría sentido mejor que en el 3.<sup>er</sup> Ejército.

Excepto tal vez en casa.

Volvió a dejar el lápiz sobre la mesa. Miró el resto de cajas de Alice y Woogie. Era el 10 de diciembre. Dos semanas para Navidad, sin embargo no quería seguir esperando.

La primera caja contenía algunos regalos para los niños franceses. Le había advertido a Alice que no los enviara porque él cambiaba continuamente de destino y no conocía a ningún niño, pero ella los había mandado de todos modos. Al día siguiente salió con los regalos y para su sorpresa se encontró en la calle con un grupo de niños que recogían papel de aluminio para decorar sus árboles de Navidad. Los aviones alemanes dejaban caer papel de aluminio para provocar interferencias en las transmisiones de radar aliadas; era lo único de lo que había en abundancia ese año. Recordó las privaciones de su juventud y se asombró de la lucidez de Alice. Vio a un grupo de niñas francesas y les entregó los regalos, aunque con una condición: que le escribieran cartas en francés a su hijo.

29 de noviembre de 1944  
*Carta de Robert Posey a su hijo Woogie*

Querido Dennis:

Estoy seguro de que te gustará esta tarjeta de Navidad del 3.<sup>er</sup> Ejército. Espero que recibieras el parche con la insignia del 3.<sup>er</sup> Ejército que te mandé con una carta hace un par de meses.

En la tarjeta se ve a nuestros tanques rompiendo las líneas alemanas en Normandía, atravesando Bretaña, avanzando por Francia y dirigiéndose a Berlín. Yo lo he visto todo y somos tan fuertes que estoy seguro de que no tardaremos mucho en llegar a Berlín.

Todo esto es muy espectacular y vistoso pero también muy malo, porque provoca un gran sufrimiento a la gente que vive en los sitios donde tienen lugar los combates. Además, los soldados están lejos de sus hogares y eso hace que se endurezcan y, a veces, que se amarguen.

Alemania empezó esta guerra al invadir un país tras otro, hasta que por fin Francia e Inglaterra tuvieron que declararle la guerra. Nosotros ayudamos a Francia e Inglaterra, pero no empezamos la lucha. Luego Japón nos atacó y, al mismo tiempo, Alemania nos declaró la guerra. Así que tuvimos que luchar. Al principio fue difícil porque no estábamos preparados. Ahora somos fuertes; Inglaterra es fuerte; Rusia, que también fue atacada por Alemania, es fuerte; Italia, que luchó con Alemania, ha sido vencida y se ha pasado a nuestro bando; Francia, que fue derrotada por Alemania y liberada gracias a nosotros, está reuniendo un gran ejército. Grecia, Bélgica y parte de Holanda han sido liberadas con nuestra ayuda; China intenta por todos los medios deshacerse del traicionero yugo de los japoneses.

Ésas son las razones por las que creo que pronto venceremos a Alemania y Japón y les enseñaremos una lección, de tal manera que ni tú ni otros niños tengáis que volver a luchar con ellos cuando crezcáis. Espero que ningún otro país vuelva a empezar una guerra, porque las guerras son malas.

Pensar en todo esto me ayuda a sentirme satisfecho pese a estar tan lejos de ti y de mamá estas navidades. Espero que lo paséis fenomenal y recibáis montones de bonitos regalos. Haz una cosa por mí, por favor: cómprale a mamá un regalo bien bonito por su cumpleaños y por Navidad.

Y ahora me despido, te quiero.

Bob

## LA MADONA DE LA GLEIZE

La Gleize, Bélgica

Diciembre de 1944

Mientras Robert Posey trabajaba en el este de Francia, el escultor Walker Hancock conducía por los campos de Bélgica, consolidando su labor en el territorio conquistado a poca distancia de las líneas del frente. Lugares como la población belga de La Gleize, una de las paradas intermedias de su periplo, no ofrecían la espectacularidad de Aquisgrán ni la emoción de poder hallar una pintura de Brueghel; pero era una zona pacífica, poco más que un pequeño grupo de toscas casas asentadas en lo alto de una colina bajo el inmenso cielo blanco del invierno. Hancock había ido a inspeccionar la catedral, que según la descripción de su listado de monumentos protegidos databa del siglo XI. Cuando la tuvo delante sintió una profunda decepción. Al primer golpe de vista supo que el edificio era irrecuperable. La torre estaba partida y los antiguos muros de piedra habían sido destruidos. Pero aquello no era el resultado de la guerra, sino de una restauración mal concebida. Era evidente que aquel monumento no merecía figurar en la lista.

Como hacía frío decidió entrar. Nada más traspasar la puerta, sobre un pedestal colocado en mitad de la nave, vio una pequeña talla de la Virgen María. Se detuvo. Su factura era algo ordinaria, pero la devastación que la rodeaba realizaba la gracia extraordinaria de la figura. Pese a medir en torno a un metro y a su frágil aspecto, de alguna forma parecía dominar el interior de la iglesia. Tenía una de las manos sobre el corazón y la otra abierta, y aunque los dedos de la mano levantada parecían infinitamente delicados, aquel gesto habría detenido los pasos de cualquiera. Era una obra de arte tosca y simple, y sin embargo su belleza trascendía aquel humilde entorno.

El *curé* de la catedral se encontraba ausente, pero una joven que trabajaba en la oficina de turismo accedió a hacerle de guía por La Gleize. La vista del bosque de las Ardenas por encima de las lomas era de una belleza sublime, aunque la población, casi desierta, consistía en poco más que granjas y pequeñas tiendas. Hancock no le encontraba ningún tipo de atractivo; la joven, en cambio, le pareció encantadora. Su padre era el dueño de la taberna, pero como no había turistas dedicaba la mayor parte del tiempo a las tareas de labranza. La estatua, conocida como de «la *Madona* de La Gleize», era la envidia de las parroquias vecinas. Había sido esculpida en el siglo XIV, aunque la habían encontrado hacía sólo cincuenta años, en el transcurso de una

restauración. Llevaba pocos años en la nave.

La joven le regaló a Hancock una postal de la Virgen, la única fotografía disponible, y lo invitó a cenar. Vivía en una acogedora casa de madera de dos plantas construida por su padre, *monsieur* Geneen. La comida era casi demasiado buena después de un mes alimentándose a base de raciones de combate, y la compañía, grata y amena. La belleza simple de las gentes que trabajan la tierra y de la población rural que aquella misma tarde le había parecido tan ordinaria embargó a Hancock mientras seguía sentado a la rústica mesa de madera. El recuerdo de aquella cena y de la milagrosa y desconocida *madona* lo acompañaron durante los meses siguientes, a través de la lluvia y el frío, las trincheras, los bombardeos y las ciudades arrasadas. Si algún lugar parecía no haber sido tocado por la guerra, ése era La Gleize.

4 de diciembre de 1944

*Carta de Walker Hancock a su mujer, Saima*

Preciosa Saima:

Hoy es el gran día de nuestra vida: el aniversario del día más feliz de la mía. Y si hace un año te quería, tanto más te quiero hoy, cuatro de diciembre. Y es que a pesar de que sólo hemos pasado juntos una pequeña parte del año, hemos permanecido juntos todo el tiempo en el mejor sentido, y tú me has ayudado y me has dado fuerzas durante estos interesantes pero difíciles meses de una manera difícilmente posible de haber llevado una vida normal en casa. Eso llegará, y nuestra dicha no conocerá límites, pero lo que has representado para mí a lo largo de estos meses de separación es algo que jamás habría imaginado de no haberlo vivido. Tus cartas han sido mi puntal. El simple relato de lo que haces y piensas... Y entre carta y carta, pienso en ti.

Hoy ha sido un día pesado, uno de esos días en que tienes la impresión de que todo te sale del revés. Espero poder compensarlo durante la semana. Hay que aprender que en el ejército las cosas se hacen paso a paso, no vale de nada abarcar más de lo que se puede. [...] A mi lado en la litera está sentado un soldado polaco que dice que serán sus sextas navidades en el ejército y lejos de los suyos. Está muy desanimado, pero le hemos prometido que éstas serán las últimas que pase lejos de casa.

Mañana o pasado espero ver a George Stout. Me pregunto si volverá al 1.º Ejército. Así lo espero, porque por el momento hay más trabajo del que soy capaz de hacer. Miríadas de amor para ti, dulce criatura, te quiero.

Walker



# EL TREN

París, Francia

Agosto de 1944 y finales de diciembre de 1944

Rose Valland volvió a pensar en los últimos días en el Jeu de Paume. Tras la derrota del embajador Abetz por Jaujard y Wolff-Metternich, los nazis idearon un nuevo plan para sacar bienes culturales de Francia de forma «legal». El 17 de septiembre de 1940, el Führer había dado autorización al ERR (el destacamento de tareas especiales del dirigente del Reich Rosenberg) para «registrar casas, bibliotecas y archivos en los territorios ocupados de Occidente en busca de material valioso para Alemania, y para salvaguardarlo con la ayuda de la Gestapo».<sup>[118]</sup> El rol oficial del ERR era proporcionar material a las instituciones «académicas» de Alfred Rosenberg, cuyo principal objetivo consistía en demostrar de forma científica la inferioridad de la raza judía. Los nazis no tardaron en percatarse de que el ERR era la tapadera perfecta para trasladar obras de arte valiosas y tesoros culturales fuera de Francia. A finales de octubre, tan sólo unas semanas después de recibir la autorización del ERR, se estableció en el Jeu de Paume un operativo encargado de catalogar, embalar y transportar obras de arte.

Durante los cuatro años siguientes, los nazis usaron el museo, el «museo de Valland», como centro de intercambio de los despojos de Francia. Durante cuatro años, las colecciones privadas de los ciudadanos franceses, en particular de los judíos, circularon por sus galerías cual curso de agua con desembocadura en el Reich. Durante cuatro años, los guardias de la Gestapo se aseguraron de que nadie pusiera los pies en su interior a excepción de unos pocos elegidos por el coronel Kurt von Behr, comandante del Jeu de Paume y director local del ERR. Sus trabajadores nunca se caracterizaron por su gran disciplina; a decir verdad, el Jeu de Paume fue un ir y venir de puñaladas, robos e intrigas a partir del mismo instante en que los nazis lo ocuparon, y eso por no hablar más que de los líderes. Pese a todo, el expolio funcionó en todo momento con pavorosa eficacia, y los cargamentos de objetos robados fueron pasando uno tras otro por sus salas de procesamiento antes de seguir su camino a la madre patria.

La situación dio un vuelco en el verano de 1944. Los Aliados estaban en las playas de Normandía y todo el mundo estaba convencido de que sólo era cuestión de tiempo que llegasen a París. En junio, Bruno Lohse, un frío y calculador marchante de arte alemán que había logrado subir escalafones en la jerarquía del ERR, volvió de

unas vacaciones de esquí con una pierna rota y dolor de riñones, ambas cosas fingidas, según los rumores, ya que los alemanes, desesperados, estaban mandando al frente a todos los hombres en buen estado de salud. A finales de julio, los combates entraron en una fase crítica y Lohse se fue para Normandía con una pistola al cinto. Sus palabras al partir fueron: «¡A la batalla!», pero a los dos días ya estaba de vuelta a bordo de un camión cargado de pollos, mantequilla y un cordero entero. Hubo una gran fiesta en su piso y hasta el coronel Von Behr, su jefe y rival en el Jeu de Paume, asistió como invitado.<sup>[119]</sup>

Y entonces, de pronto, todo se acabó. «¡Uf! —escribió Valland en sus notas—. ¡Alivio, al fin!»<sup>[120]</sup> Pero fue un alivio teñido de inquietud. A lo largo de aquellos cuatro años en el museo había desarrollado una rutina que hacía que su aislamiento en la guarida del león fuera casi... no agradable, pero sí aceptable. Sabía lo que podía esperar. Estaba en buenas relaciones con todo el mundo. El doctor Borchers, el historiador del arte encargado de catalogar e investigar los bienes saqueados, incluso compartía confidencias con ella; él fue, sin saberlo, una de las principales fuentes de información de Valland. Muchos de los secretos desvelados por Borchers terminaban en manos de Jacques Jaujard y la Resistencia francesa. Valland sabía que Borchers no la traicionaría nunca, pues la consideraba su única... no enemiga. Por el contrario, Hermann Bunjes, un historiador del arte corrupto que se había pasado de la noble *Kunstschutz* de Wolff-Metternich al servicio del *Reichsmarschall* Göring y el ERR, le profesaba un profundo desprecio. Por su parte, el artero y cobarde Lohse hubiera querido verla muerta, y ella lo sabía. Lohse era un tipo alto y muy popular entre las mujeres de París, pero a Valland le parecía frío y calculador. Si algún oficial debía dar la orden de ejecutarla, estaba segura de que sería Lohse. Él mismo se lo dijo en febrero de 1944, cuando la sorprendió tratando de descifrar una dirección en unos certificados de transporte.

—Cualquier indiscreción podría costarle un balazo —le dijo mirándola fijamente a los ojos.

—No hay aquí nadie tan estúpido como para pasar por alto ese riesgo —contestó ella con voz calma, sin apartarle la mirada.<sup>[121]</sup>

Era la manera de lidiar con Lohse. No mostrar miedo nunca; no recular jamás. Si los nazis descubrían que alguien se dejaba acosar, lo acosaban hasta la muerte. Había que ponerles trabas, aunque no tantas como para que terminaran hartándose de uno. El equilibrio era delicado, pero Valland lo había encontrado. En repetidas ocasiones la habían expulsado del museo acusándola de espionaje, robo, sabotaje o de filtrar información al enemigo. Ella lo negaba todo con vehemencia y durante varios días seguían cayendo recriminaciones. Al final, siempre terminaban readmitiéndola. De hecho, cuanto más «sospechosa», más valiosa se volvía para los gerifaltes nazis, pues podían usarla como excusa ante cualquier problema. Sobre todo Lohse, de quien

todos sospechaban que robaba artículos para uso personal y como regalo para sus amigos y su madre. Valland sabía de sus hurtos; ya en octubre de 1942 lo había visto escondiendo cuatro cuadros en el maletero de su coche. Pero nunca dijo nada. En parte porque resultaba irónico que los ladrones se robaran entre ellos; en parte porque Lohse valoraba su silencio y la seguridad que tenía en sí misma. Le servía para desviar la atención. La propia Valland sospechaba que su peor enemigo era a la vez su protector secreto.

Eso duró mientras les convino conservarla; con el operativo de saqueo a punto de ser desarticulado y los Aliados de camino a París, Valland se había convertido en un lastre. En junio había desaparecido una secretaria francesa que trabajaba para la ERR y los nazis estaban convencidos de que se trataba de una espía. Poco después, una secretaria alemana casada con un ciudadano francés fue arrestada y acusada de espionaje. Los alemanes no sólo querían que no quedara ningún rastro de las obras de arte, sino tampoco del personal. Rose Valland estaba casi segura de ser —ironías de la vida— uno de los pocos empleados franceses libres de sospecha. Lo cual no significaba que no pudieran matarla. Si los nazis se convencían de que su causa estaba perdida, no sólo eliminarían a los espías sino también a los testigos.

El 1 de agosto empezó el final de la partida. Los alemanes habían empezado a llevarse objetos a toda prisa para dejar el museo desalojado antes de la llegada de los Aliados. Rose Valland lo vio y oyó todo. A Lohse no se lo veía por ninguna parte; Bunjes recorría los pasillos con cara de pocos amigos. En medio de todo aquel frenético ir y venir estaba el coronel Von Behr, comandante del Jeu de Paume. Valland recordó el día que se conocieron, en octubre de 1940. Él, de uniforme, estaba de pie, erguido y con gesto adusto, como los señores de la guerra alemanes que posan en ademán triunfal en los famosos grabados de la época. Alto, atractivo, los ojos ensombrecidos por la visera de la gorra —más tarde descubriría que la utilizaba para ocultar su ojo de cristal—. De carácter agradable, como buen barón alemán, tenía modales refinados y hablaba un correcto francés. Mientras confió en la victoria, el conquistador se mostró afable y dispuesto a persuadirla de que los nazis no eran unos salvajes irremisibles. Y como prueba de magnanimidad, el señor de la guerra le otorgó permiso para permanecer en el antiguo museo, convertido ahora en su reino.

Cuatro años después, su aspecto era muy distinto: atribulado, encorvado, arrugado, medio calvo. No ayudaba a mejorar su imagen el hecho de que, a lo largo de los años, Valland hubiera descubierto que el barón procedía de una rama aristocrática venida a menos y que su juventud había estado marcada por la disipación y el fracaso. Ni siquiera era soldado, sino el jefe designado por los nazis para la Cruz Roja francesa. Qué apropiado. Aunque se llamase a sí mismo coronel, no tenía rango oficial. Por no tener no tenía ni un uniforme de la Cruz Roja: su uniforme negro decorado con esvásticas recordaba sospechosamente a los de las Waffen-SS.

Era patético, aunque también peligroso. Lo que más llamaba la atención al verlo ahí mientras contemplaba el desmoronamiento de su reino era su mirada. Cuatro años antes su aspecto era sofisticado y sereno, el conquistador perfecto. Ahora rezumaba ira, la rabia de saber que pronto todo estaría perdido.

—Con cuidado —dijo entre dientes a los desafortunados soldados alemanes que juntaban los cuadros unos con otros y los introducían en los cajones sin molestarse en usar material de embalaje. En sus ojos podía percibirse el pánico, el deseo de escapar. ¿Adónde había ido a parar la tan cacareada disciplina germánica?

Rose Valland pensó en acercársele, en decirle algo para que acabara de derrumbarse, pero el coronel estaba rodeado de hombres con ametralladoras. «*Dommage*», pensó.<sup>[122]</sup> Lástima. Entonces él la miró y en sus ojos pudo ver una mezcla de rabia y amenaza. Unas palabras reverberaron en su cabeza: «Liquidad a la testigo».

—Coronel Von Behr —dijo uno de los soldados, atrayendo la mirada del barón—. Los camiones ya están casi llenos.

—Pues trae más, inútil —bramó éste.

Antes de que pudiera volver a mirarla, Rose Valland había desaparecido. No era su trabajo mofarse de Von Behr, y mucho menos liquidarlo. Su misión era espiar, actuar como la hormiga silenciosa que sin prisa pero sin pausa abre galerías bajo tierra. Cuatro años de ocupación iban a terminar en cuestión de días, si no de horas. Lo mejor era pasar desapercibido.

Su persistencia, como de costumbre, había dado resultado. Deambulando por el museo, Valland había descubierto que los camiones cargados con las últimas obras de arte francesas saqueadas no se dirigían directos a Alemania, sino a la estación de ferrocarril de Aubervilliers, en las afueras de París, para cargarlas en vagones de tren. A los camiones habría resultado casi imposible seguirles la pista, pero a un tren era más fácil. Y más sabiendo el número del convoy.

Al día siguiente, el 2 de agosto de 1944, se cerraban en Aubervilliers cinco vagones cargados con 148 cajones de pinturas robadas. El ERR se había dado toda la prisa posible en preparar el último envío del Jeu de Paume, pero pasados unos días los vagones todavía no habían salido de la estación. El tren del arte debía componerse de otros cuarenta y seis coches de objetos robados por otra organización de saqueo nazi controlada por Von Behr, la M-Aktion (*M* de *Möbel*, «mueble» en alemán). Para desesperación de Von Behr, los coches todavía no estaban cargados.

Días después, cuando Rose Valland fue a visitar a su jefe, *monsieur* Jaujard, el tren número 40044 seguía detenido en la estación de ferrocarril. Valland había copiado la orden de envío de los nazis, donde figuraban los números del tren y la locomotora, el destino de los cajones (el castillo de Kogl, cerca de Vöcklabruck, Austria, y el depósito de Nikolsburg, en Moravia) y su contenido. Lo más inteligente,

le sugirió, sería intentar retener el tren. Los Aliados llegarían de un momento a otro.

—Conforme —respondió Jaujard.

Mientras en la estación Von Behr montaba en cólera y reprendía a los guardias armados y soldados que hacían lo imposible por cargar el resto de vagones, los contactos de Jaujard en la Resistencia francesa se pusieron en marcha para detener el tren utilizando la información obtenida por Rose Valland y transmitida por Jaujard. El 10 de agosto el tren del arte estaba completo, pero para entonces un millar de empleados de ferrocarriles franceses habían ido a la huelga y no había forma de salir de Aubervilliers. Las vías volvieron a abrirse el 12 de agosto, aunque en vez de partir para Alemania el tren del arte fue arrastrado hasta una vía secundaria para dejar paso a otros trenes cargados con efectos personales y ciudadanos alemanes presas del pánico. Exhaustos después de diez días, los guardias alemanes caminaban nerviosos de un lado para otro deseando estar en casa. Se rumoreaba que el ejército francés se encontraba a pocas horas de distancia, pero como los problemas técnicos seguían sucediéndose el tren se encontraba a la cola de la lista de prioridades. El ejército francés nunca apareció. Los jóvenes soldados suspiraron aliviados. Transcurridas casi tres semanas, el tren inició por fin su viaje hacia Alemania.

No llegó más que a Le Bourget, a unos pocos kilómetros. El tren, con cincuenta y dos coches llenos de arte hasta los topes, pesaba tanto que se produjo una avería mecánica (al menos ésa fue la excusa) que provocó un retraso de otras cuarenta y ocho horas. Para cuando el problema estuvo resuelto ya era demasiado tarde. La Resistencia francesa había hecho descarrilar dos locomotoras en un importante nudo de la red ferroviaria. El tren del arte estaba atrapado en París. «Los vagones de carga con sus 148 cajones de arte —escribió Valland a Jaujard— son nuestros.»<sup>[123]</sup>

Pero la cosa no fue tan simple. Cuando la 2.<sup>a</sup> División Acorazada del ejército de la Francia Libre llegó días más tarde, la Resistencia advirtió de la importancia del tren. El destacamento enviado por el general Leclerc se encontró con que varios cajones se habían abierto por la fuerza, dos de ellos habían sido saqueados y una colección de plata entera había desaparecido. Se decidió enviar al Louvre 36 de los 148 cajones llenos de importantes obras de Renoir, Degas, Picasso, Gauguin y otros maestros. Era el grueso de la colección de Paul Rosenberg, el famoso marchante de arte parisino, cuyo hijo, por pura casualidad, comandaba la división de la Francia Libre enviada para inspeccionar el tren. Para pesar y decepción de Rose Valland, habrían de transcurrir casi dos meses antes de que el resto de los cajones fueran desalojados del tren y devueltos al museo. Aquella falta de atención la corroyó hasta las frías nieves de diciembre, mientras esperaba que el jefe de estación le mostrara los últimos contenidos del tren.

—Quisiéramos ver al jefe de estación, por favor —le dijo James Rorimer al encargado de la *gare* de Pantin, mientras se soplaban las manos para contrarrestar el frío invernal. Detrás de él, Rose Valland dio una larga calada a su cigarrillo, ensimismada en sus pensamientos. «Sé que es un vicio —le había dicho durante una de sus primeras conversaciones—, pero cuando fumo el trabajo es lo único que me importa.»<sup>[124]</sup>

Tenía por costumbre hacer esa clase de comentarios imprecisos y enigmáticos, formaban parte de su carácter misterioso. Con ella, Rorimer nunca sabía muy bien a qué atenerse. Mantenían una buena relación, al menos de eso estaba seguro. Henraux, quien al igual que Jaujard lo había apremiado para que sonsacara a Valland, se lo había confirmado al afirmar también él que la conservadora no le había quitado el ojo de encima y que lo admiraba. Además, la semana anterior, el 16 de diciembre, al devolver a la comisión un grupo de pinturas y grabados menores encontrados en una instalación militar estadounidense, la propia Valland le había dicho: «Gracias. Demasiado a menudo, sus colegas liberadores nos dan la dolorosa impresión de haber desembarcado en un país cuyos habitantes ya no importan».<sup>[125]</sup> Fue lo más parecido a un comentario personal en todo ese tiempo.

Pero ¿cuán buena era su relación? ¿Hasta qué punto Valland se fiaba de él? Se acordó de lo que Jaujard le había contado: Rose Valland defendiéndose sola de la muchedumbre de franceses que había tomado el Jeu de Paume durante las celebraciones por la llegada del general Leclerc a París. Se negó a que la multitud bajase a los sótanos, donde se habían almacenado los fondos del museo durante la ocupación.

—¡Tiene a alemanes escondidos! —gritó alguien.

—*Collaboratrice!* —El clamor corrió de un lado a otro del edificio—. *Collaboratrice!*

Con toda calma pese a tener una pistola apuntando a su espalda, Valland hizo ver a sus compatriotas que todo lo que había en el sótano eran calderas, tuberías y obras de arte. Acto seguido, pese a las protestas, les hizo desalojar el recinto. No era fácil llevarle la contraria, eso era evidente. Era fuerte, inflexible y resultaba fácil subestimarla o malinterpretarla. Tenía una concepción propia del honor y sabía mantenerse fiel a sus principios incluso con una pistola apuntándola por la espalda. Rorimer no estaba seguro de si Jaujard le había contado aquella anécdota para ilustrar su reserva y determinación o para trazar un hilo conductor entre ambos. A fin de cuentas, también Jaujard había recibido amenazas de sus compatriotas.

Había que admitir que había hecho progresos. Mientras hacía entrega de los artículos recuperados a Valland en el Jeu de Paume el 16 de diciembre, Rorimer visitó

a Albert Henraux, el director de la Comisión de Recuperación Artística, quien informó a Rorimer del paradero de otros nueve almacenes del ERR y de la existencia de los vagones todavía sin abrir. Henraux lo persuadió de que trabajara con Valland en la investigación. «Sabe más de los que nos dice, James. Tal vez tú puedas descubrir qué es».

Rorimer oyó hablar de los nueve almacenes a la propia Valland durante el trayecto. En el transcurso de sus labores de espionaje en el Jeu de Paume había recopilado las direcciones de los almacenes más importantes de París, así como los domicilios privados de los principales saqueadores nazis. Había entregado esa información a Jaujard a principios de agosto, quien a su vez se la transmitió al nuevo gobierno francés para que abriera la investigación pertinente. Algunos objetos fueron devueltos al Louvre, pero no se supo nada más. Aquélla era la primera visita de Valland a los almacenes que tanto trabajo le había costado descubrir.

No hallaron gran cosa. Uno de los depósitos contenía miles de libros raros; en otros se custodiaban obras de arte menores olvidadas tras la inspección del edificio por parte del gobierno francés. En cierto sentido, se hallaban ante otro callejón sin salida, un revés más. Y aunque en las cartas que escribía a los suyos aseguraba seguir amando su trabajo, la satisfacción de Rorimer se veía mermada por las dudas y la frustración.

Para empezar, estaba nostálgico. En Inglaterra había convenido no mandar cartas sentimentales a los suyos porque «sólo servirían para infligir trastornos emocionales innecesarios tanto al remitente como a los destinatarios».<sup>[126]</sup> Durante seis meses había observado estrictamente aquella regla, pero a finales de octubre se había derrumbado y le había escrito a su mujer que:

... pienso en tus problemas a menudo, quizá incluso de forma constante. No es que no quiera ayudarte a llevar la vida que llevas en estos momentos, pero sé que cualquier cosa que no sea planificar nuestro feliz futuro juntos sería una locura. No pregunto por nuestra hija, ni te digo cuánto me gustaría ver a Anne. No sería justo. Y no lo sería por la misma razón por la que ya antes te había dicho que no escribo cartas personales y sentimentaloides sobre emociones gastadas. Cuando veo a la hija del portero de nuestro apartamento me doy cuenta de cuánto echo de menos todos estos momentos que deberíamos estar viviendo juntos.<sup>[127]</sup>

Anne tenía ocho meses y su padre no sólo no la había visto nunca sino que ni siquiera albergaba esperanzas de verla en un futuro próximo.

Estaba agotado, rendido, extenuado. En el trabajo, las trabas —los interminables callejones sin salida, la ingente burocracia, las mil y una pequeñas molestias, la lejanía de la familia y los amigos— no hacían más que aumentar. En noviembre, un suceso más bien insignificante vino a colmar el vaso: le robaron su preciada máquina de escribir, adquirida antes de pasar a Francia. Puede que el hecho en sí fuera trivial, pero como no había más máquinas de escribir ni sabía dónde comprar una, tuvo que

escribir a casa y pedirle a su madre que le enviase una nueva, para lo cual se necesitaba un permiso especial del ejército. Su madre le pedía que escribiera a menudo, pero ¿cómo iba a hacerlo sin máquina de escribir?

Semanas más tarde (todavía sin máquina de escribir), no se explicaba por qué había explotado. No entendía que se trataba de algo más profundo y fundamental. A pesar de las cenas de sociedad, los gloriosos monumentos parisinos y su fe en el trabajo, poco a poco se había dado cuenta de que París no era el foco de la operación de monumentos. El trabajo importante no estaba ahí, sino en Alemania, y Rorimer no podía soportar la idea de encontrarse tan lejos. Nunca lo hubiera admitido, porque probablemente él mismo no era consciente de ello, pero Rorimer veía en la guerra la oportunidad de prestar «lo que llaman un servicio a la humanidad», ardía en deseos de dejar su impronta.<sup>[128]</sup>

De ahí que no se sorprendiera al ver el escaso material contenido en los almacenes del ERR. Mientras examinaba sus compartimentos vacíos, comprendió que aquello no era más que la puerta de entrada a otro mundo. Por primera vez en meses, sintió que estaba a punto de descubrir algo más grande. Bastaba con ver los almacenes que los nazis habían llenado de objetos «confiscados» para hacerse una idea del alcance y la complejidad de su operativo de saqueo. No se trataba de daños accidentales ni de represalias inspiradas por el odio, sino de una vasta red de engaños deliberados que se ramificaba por todo París y se extendía por los caminos que a través de la patria alemana conducían hasta el despacho de Hitler en Berlín. Jaujard lo había introducido en esa red. Él era el director de orquesta, el único que poseía los contactos y la clarividencia necesarios para, en la medida de lo posible, contrarrestar de forma efectiva la codicia de los nazis. Había protegido museos y colecciones de titularidad estatal pero, comparativamente, bien poco podía hacer por salvar el patrimonio artístico francés en manos privadas, por los inestimables bienes culturales propiedad de sus ciudadanos. Jaujard le había abierto las puertas de aquel mundo perdido, aunque Rorimer sabía que su guía iba a ser Rose Valland.

Los primeros nueve escondrijos identificados por Valland eran edificios. El décimo, y a todas luces el más importante para ella, era el tren del arte. Treinta y seis de las cajas que Valland había identificado durante los angustiosos últimos días de la ocupación nazi habían sido devueltas al Louvre en agosto, pero a principios de octubre se creía que las otras 112 cajas se encontraban todavía en el tren. A pesar de las continuas inquisiciones de Jaujard en este sentido, nadie en la comunidad artística había confirmado su localización. En alguna parte había alguien que sabía en qué vía se habían escondido el resto de vagones del tren del arte, sin embargo esa información no circulaba por los cauces burocráticos. El misterio se aclaró por fin el 9 de octubre, cuando la policía municipal de Pantin se puso en contacto con el Louvre. La policía había enviado varias solicitudes al gobierno, pero nadie se había



ocupado del tren, que estaba estacionado en las proximidades de Pantin, debajo del puente Edouard-Vaillant. El departamento de policía no disponía de hombres suficientes para custodiar las valiosas obras y, por si esto no bastara, el tren se encontraba peligrosamente cerca de unos vagones de carga llenos de munición. La comunidad museística se puso en marcha una vez más.

El 21 de octubre, Rose Valland transmitió una nota a Jacques Jaujard en la que le decía que entre el 17 y el 19 de octubre las últimas 112 cajas de «pinturas recuperadas» habían sido trasladadas por fin al Jeu de Paume. Le advertía de que varias habían sido objeto de pillaje y de que se temía que «la mayoría de vagones de este convoy cargado con propiedades expropiadas a judíos también han sido saqueados».<sup>[129]</sup> Esos cuarenta y seis vagones eran los que ella y James Rorimer habían ido a examinar.

—Soy el señor Malherbaud —les dijo un hombre de avanzada edad a la puerta de la estación—. Soy el jefe de estación.

—¿Es usted quien desvió el tren del arte en el que iban los Cézanne y los Monet?

El hombre examinó con detenimiento el uniforme de Rorimer y a la mujer de aspecto anodino que fumaba detrás de él. París seguía lleno de espías y saboteadores alemanes especialistas en tomar represalias. Había motivos para mostrar cautela.

—¿Por qué lo pregunta?

—Soy el subteniente James Rorimer, del ejército estadounidense, sección del Sena, y ella es la señorita Valland, de los museos nacionales. Ella fue quien informó del convoy a la Resistencia.

—Lo siento —dijo él—. Se han llevado las obras. No queda nada.

—Estamos buscando el resto del tren.

El hombre los miró sorprendido.

—Entonces síganme.

El contenido de los vagones había sido llevado a un almacén.

—Preparémonos para lo peor —dijo Rorimer a Valland cuando el jefe de estación abrió la puerta. Habían encontrado los nueve almacenes anteriores casi vacíos. Rorimer estaba impaciente por ver qué les deparaba ése.

Lo que encontraron en ese frío depósito no era ni mucho menos lo que había esperado. No sabía muy bien qué esperaba encontrar, pero desde luego no una enorme y desordenada montaña de ordinarios objetos de ajuar. Delante de él se alzaba una pila interminable de sofás, sillas, espejos, mesas, ollas, sartenes, marcos y juguetes, alta por lo menos como dos personas. La primera impresión fue de asombro, aunque a decir verdad no era gran cosa, sólo el contenido de cuarenta y seis vagones: según se supo al término de la guerra, la M-Aktion había despachado a Alemania 29.436 vagones llenos de objetos similares.

«¿Por esto retrasaron el tren del arte? —pensó Rorimer, que sintió deshinchársele

el corazón—. Todo esto es inútil. Un montón de chatarra». Acto seguido recapacitó. Todo aquello no era inútil, aquellos objetos pertenecían a alguien, eran el poso de toda una vida. Los nazis habían irrumpido en las casas de la gente y las habían desvalijado enteras, se habían llevado hasta las fotos de familia.

—No es lo que se esperaba, ¿verdad? —dijo Valland, hundiendo las manos en los bolsillos.

El mensaje implícito en las sencillas palabras de Valland cayó como una bomba sobre Rorimer. Ella conocía los números de los vagones donde se escondían los objetos; sabía, o por lo menos sospechaba, que en aquel tren no viajaba nada importante, y quería verlo con sus propios ojos. La detención del tren representaba para ella un gran triunfo personal, pero hasta entonces no le habían permitido verlo. No era más que una pequeña burócrata del gobierno, una mujer. Valland poseía la información, aunque era Rorimer, en tanto que oficial del ejército estadounidense, quien gozaba de libre acceso a todas partes. Gracias a él, Rose Valland había entrado en lugares a los que nunca se le habría permitido el paso, lugares que había descubierto poniendo en riesgo su vida.

Rorimer se preguntó qué otra información tendría aquella mujer. Ella era la clave para hacerse una idea general del operativo de saqueo nazi; sin su colaboración sería imposible encontrar y recuperar los objetos robados. El problema era que ocupaba el último escalafón en una infinita pirámide de funcionarios. Ella lo necesitaba a él tanto como él a ella.

—Usted sabe dónde están las obras robadas —le espetó Rorimer.

Ella se dio la vuelta y fue hacia la puerta.

—Sabe dónde están, ¿verdad, Rose? —repitió yendo tras ella—. ¿A qué espera? ¿A poder confiar en alguien?

—Lo sabe muy bien —respondió ella con una sonrisa.

Rorimer la agarró por el brazo.

—Por favor, comparte su información conmigo. Sabe que ambos queremos lo mismo: el bien de Francia.

Valland se soltó; la sonrisa se había esfumado.

—Se lo diré —replicó— cuando llegue el momento.<sup>[130]</sup>

## LAS ARDENAS

Frente occidental  
16 y 17 de diciembre de 1944

Robert Posey no podía seguir esperando. Se había reservado el último regalo navideño de su esposa, Alice, la caja grande donde ponía «De tu familia con amor», hasta día de Navidad.<sup>[131]</sup> Pero llevaba seis días esperando y todavía era el 16 de diciembre. No podía más, de modo que rompió el envoltorio y rebuscó entre el relleno del embalaje. Por fin sus dedos tocaron un frío objeto de plástico. Extrajo el regalo de la caja. Era un disco de fonógrafo.

Esa misma noche le escribió a Alice:

La mayor sorpresa de todas ha sido el disco con la felicitación de Navidad. Al momento he salido corriendo para la compañía de Servicios Especiales, donde el sargento lo ha puesto en una radiogramola y yo he pasado a la habitación contigua para escucharlo a través de la radio. Es el mejor regalo del mundo. Vuestras voces se oyen perfectas; hasta las instrucciones tras el micrófono que le das a Dennis para que «diga lo que quiera» se oyen sin perder una sola sílaba. Era como estar escuchando un programa de radio en el que aparecierais los dos. Bastaba con girar el botón para oírlos más alto o más bajo. La cancioncilla era encantadora. Ha sido una auténtica alegría oírlos. No he notado ningún cambio. Por alguna razón me esperaba que a Dennis le hubiera cambiado la voz desde la última vez que lo vi; pero por lo que veo sigue siendo un chiquitín y mi gatita [Alice] sigue siendo algo tímida.<sup>[132]</sup>

Más tarde, esa misma noche, tuvo otra sorpresa. El servicio de radio anunció que los alemanes habían lanzado una ofensiva y los Aliados estaban replegándose.

Walker Hancock recibió la noticia de la ofensiva de las Ardenas al día siguiente, al ser detenido por una unidad avanzada que le informó de que el pueblo que pretendía visitar, Waimes, había caído en manos alemanas. Pasó la noche siguiente viajando en dirección oeste en un convoy a oscuras, siguiendo durante horas el pequeño ojo de gato de color verde colocado en el parachoques trasero del jeep de delante. Los bombardearon una sola vez. Pasó la Nochebuena en un sótano de la ciudad belga de Lieja; a la mañana siguiente, la misa de Navidad quedó interrumpida por las bombas alemanas.

Ronald Balfour, el erudito británico destacado con el 1.<sup>er</sup> Ejército canadiense en la punta septentrional del tridente aliado, vivió la batalla desde el hospital. El 29 de noviembre, cuatro días después de entrar en Holanda, se había roto el tobillo en un grave accidente con un camión. No se reincorporaría al servicio activo hasta mediados de enero.

Pese a sus tácticas dilatorias y a la sincera esperanza de Walker Hancock en el

regreso de su mentor al 1.<sup>er</sup> Ejército, George Stout había sido oficialmente destinado al XII Grupo de Ejércitos estadounidense a principios de diciembre. Esto significaba una prolongada estancia en el cuartel de Versalles, a las afueras de París. El 14 de diciembre de 1944 inspeccionó la colección medieval del palacio junto con James Rorimer y las semanas siguientes se dedicó a redactar los informes relativos a la actividad de los hombres de Monumentos durante 1944 y a revisar los trámites oficiales. «Paso la mayor parte del tiempo encerrado —le escribió a su esposa, Margie—, trabajando frente a un escritorio. No me quejo, porque hace mal tiempo.»<sup>[133]</sup> Fue el peor invierno de los últimos meses: niebla, frío; se dice que se congelaba incluso el gasóleo. Hasta París había quedado sepultada bajo un triste manto de nieve.

Con la infantería diezmada por el repentino avance de los alemanes, el 3.<sup>er</sup> Ejército estadounidense había pedido refuerzos. Robert Posey, el oficial de Monumentos de Alabama con vocación de soldado, se presentó voluntario. Posey no estaba entrenado para entrar en combate y su vista era tan mala que no acertaba a distinguir a un soldado enemigo a cien metros, pero las instrucciones eran sencillas: «Dispara hasta que no puedas más».<sup>[134]</sup> Y eso hizo: disparar a través del helado y nevado bosque de las Ardenas hasta que se le acababa la munición y tenía que recargar. Las balas enemigas silbaban entre los árboles helados, pero cuando sus compañeros de armas empezaron a avanzar, avanzó con ellos abriéndose paso a balazos por el claro hasta el bosque cubierto de bruma.

## CHAMPÁN

París, Francia

Antes de Navidad, 1944

En París, Rose Valland también se abría paso como buenamente podía entre la nieve que cubría Europa occidental. Días antes, mientras los alemanes retrocedían ante Robert Posey y las mermadas fuerzas aliadas en las Ardenas, había enviado una botella de champán a James Rorimer. Temía haber sido un poco brusca con él durante la visita al tren del arte y no quería que se llevase una impresión equivocada. Consideraba que el sincero interés de Rorimer en su información y su comportamiento durante la inspección de los almacenes nazis eran motivos para el optimismo. Los unía el hecho de ser trabajadores de museos y el amor por el arte, pero Valland, además, admiraba sus cualidades como persona: diligente, inflexible, obstinado y lo bastante perspicaz como para hacerse cargo del alcance y el potencial de la situación. Por encima de todo, quizá, era respetuoso. Apreciaba los logros de Valland. Por su parte, Rose deseaba hacerle saber cuánto significaba para ella que fueran amigos y colegas. Por eso el champán. A cambio, él la había invitado a tomar una copa y brindar juntos. Mientras caminaba por la nieve, Valland no podía dejar de pensar que se encaminaba hacia un dilema. Lo que no sabía era de qué clase.

El camino había sido largo. Los orígenes de Valland eran modestos, ajenos a los privilegios del dinero o las artes. Creció en una ciudad de provincias y estudió Bellas Artes en Lyon antes de instalarse en París como artista bohemía, ideal romántico donde los haya hasta que uno se da cuenta de lo duro que puede llegar a ser vivir sin blanca. La realidad la empujó a sacarse un título en Bellas Artes en la Escuela de Bellas Artes y otro en Historia del Arte en la Escuela del Louvre y La Sorbona. Valland estaba decidida a triunfar en la capital artística de Europa. La primera oportunidad le llegó en el Jeu de Paume, donde comenzó a trabajar como voluntaria sin sueldo sólo para estar cerca de las obras de arte. No era algo infrecuente; la gente del mundo artístico vivía su vocación de forma apasionada y a menudo estaban dispuestos a trabajar en los museos —sobre todo tratándose de uno tan prestigioso como el Louvre— a cambio de nada. Muchos de esos voluntarios provenían de familias adineradas o de la aristocracia; no necesitaban para nada los bajos salarios que solían pagar los museos. Rose Valland, sin dinero ni contactos, era la excepción. Vivía de lo que ganaba dando clases particulares. Nunca logró un ascenso en el Jeu de Paume. Los franceses eran muy estrictos a la hora de nombrar conservadores; sólo podían nombrarse por designación oficial. Después de una década en París, Valland

sabía lo difícil que iba a ser ganarse ese honor. Aun así, estaba decidida a contribuir.

Entonces llegó la guerra.

En 1939 había ayudado a Jacques Jaujard, director de los museos nacionales, a evacuar las obras de arte de titularidad estatal. Con el avance de los alemanes en 1940, abandonó París junto con el resto de sus conciudadanos mientras los bombarderos de la Luftwaffe rugían en el cielo y, en los campos, las vacas mugían de dolor porque no quedaba nadie para ordeñarlas. Nada más terminar las hostilidades, volvió a la ciudad y recuperó su puesto en el museo, que terminaría convirtiéndose en su hogar.

En octubre de 1940 su vida dio un vuelco. Hacía cuatro meses que había empezado la ocupación nazi y Jaujard en persona le ordenó que se quedara en el Jeu de Paume para vigilar las actividades de los nazis y tenerlo al corriente de cualquier movimiento importante. Ciertamente era pedir mucho que un empleado de segunda fila aceptara, *sin cobrar*, el peligroso papel de espiar a los nazis, pero Valland aceptó sin vacilar. Se habría quedado de todos modos —fue uno de los pocos empleados franceses que siguieron yendo todos los días a trabajar al museo—, aunque el encargo de Jaujard hacía que su misión revistiera mucha mayor importancia. Era la oportunidad de realizar una labor que redundase tanto en su beneficio como en el de Francia.

Poco después, Jaujard le propuso un encargo especial. Él y el conde Wolff-Metternich, el «nazi bueno», habían negociado el traslado de objetos saqueados desde la embajada alemana a tres salas del Louvre. Como en esos momentos las salas estaban ocupadas, el coronel Von Behr y Hermann Bunjes, el historiador del arte corrupto por entonces al servicio de la Kunstschutz de Wolff-Metternich (una buena tapadera para alguien cuya mala fe todavía no había sido descubierta), habían recurrido a Jaujard en busca de espacios adicionales para guardar el arte confiscado. En aquellos días reinaba el caos, la ciudad acababa de caer y las distintas organizaciones nazis se apropiaban de todo lo que podían. A Jaujard le pareció que lo más conveniente era reunirlo todo en un solo lugar, así que se las arregló para poner el Jeu de Paume a disposición de los oficiales nazis. Pero con una condición: que los franceses pudieran inventariarlo todo. La encargada de confeccionar el inventario sería Rose Valland.

«A veces —pensaba Rose Valland viendo caer los copos de nieve de aquel diciembre de 1944—, es el destino el que sale al paso de uno».

La misión empezó con mal pie, y ella lo vio desde buen principio. Cuando la primera mañana de la ocupación nazi del Jeu de Paume, el 1 de noviembre de 1940, Valland se personó en su puesto, esperaba encontrarse con burócratas, pero quienes se presentaron fueron un grupo de militares.<sup>[135]</sup> Al momento, se dio cuenta de que lo tenían todo preparado. Las obras llegaron a bordo de varios camiones y los soldados

empezaron a descargarlas a las órdenes del coronel Von Behr. Resultaba de lo más desconcertante oír el taconeo de las botas militares y el rugido gutural de las órdenes de los alemanes en aquel museo hasta entonces tan silencioso. Y aún más ver a los soldados colocando los cajones en fila ante la puerta principal y los camiones llenos de obras estacionados fuera del edificio.

Los soldados regresaron a la mañana siguiente. Abrieron los cajones con palancas y formaron una cadena humana hasta las galerías del fondo, donde colocaron las obras contra la pared en filas de cinco o seis en fondo. La actividad era violenta, febril. Como no podía ser de otra forma en medio de aquel revuelo, hubo cuadros que cayeron al suelo y lienzos que se rompieron. Los oficiales no paraban de gritar: «*Schneller, schneller*». «Más deprisa, más deprisa». Cuando se llenaba una sala empezaban con la siguiente. Rose Valland deambulaba por el museo aturdida, observando las obras de arte, muchas de ellas sin marco, otras dañadas por el trájín y hasta pisoteadas por las botas de los alemanes. Y los oficiales seguían gritando: «*Schneller, schneller*». Al terminar la jornada se habían descargado más de cuatrocientos cajones, en muchos de los cuales figuraban los nombres de los dueños de las obras: Rothschild, Wildenstein, David-Weill.

Al día siguiente, Valland, con la ayuda de varios asistentes, colocó una mesa en el vestíbulo. A medida que las obras entraban, ellos anotaban, tan rápido como podían, título, autor y origen. Vermeer. Rembrandt. Teniers. Renoir. Boucher. Algunos de los cuadros eran tan famosos que se reconocían de inmediato, pero pasaban con tanta rapidez que no daba tiempo a apuntarlos todos. Estaba sumida en su trabajo cuando de pronto reparó en que un hombre de uniforme se había detenido delante de ella y observaba el listado. Era Hermann Bunjes, el oficial corrupto de la Kunstschutz que mano a mano con Von Behr había planificado la requisita del museo. Tenía un aspecto severo y desabrido, y a pesar de su juventud caminaba encorvado bajo el peso de su perpetuo mal humor. Bunjes, estudioso de segunda como la propia Valland, había renunciado a todo aquello en lo que creía por la quimera del poder nazi. Durante los años siguientes trabajaría codo con codo con Lohse y otros oficiales del ERR dedicados a las intrigas, el abuso y la coacción. Aquel primer día, sin embargo, se limitó a leer lo que estaba escribiendo —el inventario que él mismo y Von Behr habían pactado con Jaujard apenas dos días antes— y cerrarle la libreta de un manotazo.

—Es suficiente —dijo. Bastaron esas dos palabras para poner fin al inventario de Jaujard.

Sin embargo, no la expulsaron. El coronel Von Behr, con la generosidad de un intocable señor de la guerra, le permitió quedarse como guardia de la colección permanente del museo, merecedora de todos modos del desprecio de los nazis por incluir obras modernas como *La madre del artista*, de Whistler. «El destino no es un

golpe de suerte —pensaba mientras esperaba para cruzar una calle tranquila de aquel frío París de años después—, sino mil pequeños momentos que con intuición y trabajo duro uno termina encauzando en la dirección correcta, lo mismo que un imán con las limaduras metálicas».

Valland no tuvo que esperar mucho para encontrarse con su destino; en realidad sólo tres días a partir del encargo de Jaujard. El primero, el museo estaba vacío. El segundo, hasta el último recoveco se llenó de obras de arte apiladas. El tercero, se organizó una exposición para un rey. Cuadros y tapices se colgaron con gusto de las paredes, y se dispusieron estatuas a modo de separación adicional. Para hacer la visita más cómoda, se colocaron sofás y caras alfombras en las distintas galerías. En las esquinas, casi imperceptibles, cubiteras con champán. Los guardias esperaban en posición de firmes con brazales rojos con esvásticas en torno a la manga parda del uniforme. El coronel Von Behr, Hermann Bunjes y otros dirigentes del museo también iban de uniforme; algunos incluso se habían puesto casco, como si se tratara de un ejército a punto para la batalla. Ver a todos aquellos nazis con sus altas y enlucidas botas en posición de firmes era una imagen impresionante y terrorífica. Rose Valland sabía que esperaban a su rey.

Quien llegó no fue Hitler. Tampoco Alfred Rosenberg. El operativo de saqueo del Jeu de Paume dependía del Einsatzstab Reichsleiter Rosenberg —el destacamento de tareas especiales de Rosenberg—, pero sólo a efectos formales. Rosenberg era un racista recalcitrante demasiado ocupado en demostrar la inferioridad de los judíos. No tenía ningún interés por el arte. Era incapaz de apreciar en todo su potencial el hecho de que Hitler le hubiera concedido carta blanca para transportar a la patria todo cuanto pudiera contribuir a sus investigaciones sobre la inferioridad judía. Valland recordaba una de las raras veces que Rosenberg había visitado el Jeu de Paume. Por entonces, a finales de 1942, ya debía de haber caído en la cuenta de que se le había escapado el control. Dio una vuelta por el museo en compañía de unos pocos ayudantes. El único lujo exhibido con ocasión de aquella visita fueron unos jarrones de crisantemos en algunas de las salas. Olía como un funeral.

Nada que ver con las visitas del auténtico capitoste, el que de veras se beneficiaba del trabajo del ERR. Cuando de él se trataba, las exposiciones se preparaban con un cuidado exquisito, siempre a la medida de su gusto. No sólo se servía champán, sino que las botellas se abrían a sablazos, un método muy teatral y ostentoso en el que el sable se desliza por el cuerpo de la botella en dirección al cuello y separa el anillo, dejando el corcho intacto y la botella abierta. Los obsequiosos oficiales del ERR brindaban por su buen gusto y sus triunfos pegados a sus talones, ávidos de cumplidos y riéndole todos y cada uno de sus absurdos chistes. El capitoste quedaba encantado con las atenciones recibidas, pues Hermann Göring, el *Reichsmarschall* y mano derecha de Hitler, era un hombre lleno de codicia y vanagloria.



Rose Valland sabía que nunca olvidaría sus excesos. Tenía docenas de uniformes cortados a medida, la mayoría con bordados de oro y seda trenzada, a cual con más charreteras, borlas y medallas. Solía llevar esmeraldas en los bolsillos y le gustaba hacerlas entrechocar con los dedos como quien remueve el cambio suelto. Sólo bebía del mejor champán. El día que le presentaron la colección de joyas de los Rothschild, en marzo de 1941, tomó las dos piezas mejores y se las guardó en el bolsillo sin más, como quien roba caramelos de regaliz. Cuando de lo que se trataba era de robar obras de arte de grandes dimensiones, se limitaba a enganchar un vagón más a su tren privado, cual César llevándose el botín de guerra a remolque del carro imperial.<sup>[136]</sup> Para estar más cómodo, durante el viaje a Berlín vestía un kimono de seda roja cargado de ribetes de oro.<sup>[137]</sup> Todas las mañanas se permitía el lujo de bañarse en una bañera de mármol rojo hecha a medida para que cupiera su voluminoso cuerpo. Como no soportaba el balanceo del tren porque hacía que se le derramara el agua, cuando el *Reichsmarschall* Göring tomaba su baño el tren se detenía en medio de la vía, lo cual, a su vez, obligaba a detener el resto de trenes que circulaban por el mismo tramo. Hasta que el *Reichsmarschall* no terminaba su baño, los cargamentos de armas, equipo y soldados no podían proseguir la marcha hacia sus respectivos destinos.

Pero todo eso llegaría más tarde. En su primer día en el Jeu de Paume, el rotundo *Reichsmarschall* se dedicó a pasearse por el tinglado organizado por el ERR en el museo envuelto en un sobretodo marrón, con un fedora arrugado calado hasta las cejas y vestido con un traje de dandi rematado con una pañoleta de colores. Valland recordó lo primero que pensó al verlo: gordo, rimbombante, pretencioso, y a la vez, de un gusto formidablemente mediocre.<sup>[138]</sup>

Más tarde descubriría por qué. Además de *Reichsmarschall*, Göring era el jefe de la Luftwaffe, la fuerza aérea alemana. Se había ganado la confianza de Hitler prometiéndole que la Luftwaffe derrotaría a Gran Bretaña. Cuando se presentó en el Jeu de Paume, el 3 de noviembre de 1940, la Luftwaffe llevaba cuatro meses combatiendo en la batalla de Inglaterra y tres arrojando bombas sobre Londres, pero la victoria se le resistía. Por primera vez, los tiranos llevaban las de perder. Y Göring era el responsable.

A su vez, la batalla personal de Göring por el saqueo de Europa occidental pasaba por horas bajas. Para el avaricioso *Reichsmarschall*, éste era un contratiempo tan importante o incluso más que la batalla librada sobre el canal de la Mancha. Tras el bombardeo nazi, llegó la eclosión de los mercados artísticos de los Países Bajos y Francia. Era el caldo de cultivo propicio para indeseables, colaboradores, oportunistas y grises personajes sin escrúpulos de ninguna clase a la hora de robar, empeñar, estafar o intercambiar obras de arte por visados para salir de Europa. Cientos de alemanes se frotaban las manos dispuestos a sacar provecho del conflicto del siglo.

Göring era despiadado, eficiente y poderoso, pero también engreído y crédulo. Dedicaba buena parte de su tiempo y energías a negociar con marchantes de arte, y aun así no lograba obtener ni la mitad de lo que ambicionaba. Su visita a París tenía como propósito desterrar su pesimismo en una vorágine de compras.

Aquel frío día de invierno en el Jeu de Paume, el 3 de noviembre de 1940, sus representantes no sólo le mostraron las obras que más encajaban con sus gustos, sino que le descubrieron un nuevo mundo. Fue un golpe magistral: le enseñaron una pequeña porción de las riquezas de Francia y le hicieron ver cuán fácil era apropiarse del resto. ¿Para qué comprarlas? ¿Para qué negociar, regatear y anticiparse a sus compañeros nazis cuando Rosenberg tenía luz verde para robar? En retrospectiva, Rose Valland veía a las claras que todo había sido una pamema. El coronel Von Behr, Hermann Bunjes y Walter Andreas Hofer, el conservador privado de Göring, lo tenían todo pensado. Sabían lo que el *Reichsmarschall* quería y sabían que podían dárselo. Bastaba con hacerle ver que cualquier cosa era posible. A su manera, aquellos nazis despreciables querían aprovechar el momento, y para ello dejaban que el gran imán atrajera las limaduras metálicas de su destino. Le dijeron: somos sus hombres, su organización, y esto es lo que podemos ofrecerle. No tiene más que pedirlo.

Cuando Göring regresó al Jeu de Paume dos días después, el 5 de noviembre de 1940, era un hombre nuevo. Valland pudo apreciar el brillo voraz de sus ojos, el triunfo. Comentaba las obras de arte en tono elevado y fanfarrón con sus peritos, ensalzaba las virtudes de sus obras favoritas y descolgaba los cuadros de las paredes para examinarlos más de cerca. En sólo dos días lo había resuelto todo. Incluso había hecho aprobar una directiva: a partir de entonces, por orden del *Reichsmarschall* y con la aprobación del Führer, Hitler tendría preferencia a la hora de adquirir las obras confiscadas por el ERR. Rosenberg protestó, por supuesto, pero Hitler estaba con Göring. Rosenberg no despertaba grandes simpatías en el cuartel general nazi. Según Valland, todo el mundo lo odiaba. Hitler, evidentemente, estaba encantado de tener preferencia. El *Reichsmarschall*, lejos de distanciarse de Hitler por culpa de su codicia, cerraba filas con su superior y al mismo tiempo se aseguraba una parcela de poder sobre el patrimonio de Francia.

Con eso, el plan estaba listo: el operativo del ERR en París se convertía, a todos los efectos, en la organización de saqueo personal de Göring. Visitó el Jeu de Paume en veintiuna ocasiones, siempre en compañía de sus asistentes: el coronel Von Behr, Hermann Bunjes y el maquiavélico marchante Bruno Lohse, el representante personal de Göring en el ERR. El plan los beneficiaba porque, según la lógica nazi, su proximidad al *Reichsmarschall* conllevaba todas las ventajas del poder, un poder real, el poder de amasar una fortuna, de decidir sobre la vida de las personas y de cambiar el mundo. Los hombres del Jeu de Paume estaban dispuestos a todo porque se creían

sirvientes en la corte de un rey. El insaciable Lohse estaba dispuesto a todo con tal de enriquecerse, el arribista Von Behr se colocó en lo más alto de la jerarquía social del París ocupado y Bunjes, siempre ávido de poder, obtuvo una posición privilegiada.

Cuando Wolff-Metternich se percató de que Bunjes estaba saboteando la misión de la Kunstschutz lo despidió. Göring le ofreció a Bunjes un puesto de oficial en la Luftwaffe y lo nombró director del Kunsthistorisches Institut (Instituto de Historia del Arte) de las SS en París. Hasta entonces, Bunjes no había sido más que un estudioso y un funcionario del montón; a partir de ese instante pasó a dirigir una institución de primera línea. Tal era el poder del *Reichsmarschall*. Y los jóvenes espíritus corruptos del Jeu de Paume, sobre todo Bunjes y Lohse, idolatraban ese poder.

El viento soplaba helado por las calles de París. Hacía tanto frío que, aun a pesar del abrigo, Rose Valland abandonó la acera y se refugió en una portería. Faltaba poco para llegar a casa de Rorimer, sólo una o dos manzanas, y presentía que se acercaba el momento de decidir. Encendió un cigarrillo. Valland llevaba una vida ascética: vivía en un piso pequeño, casi sin muebles, sin grandes lujos y con pocos amigos. Era parte de su caparazón protector. No tenía ataduras de las cuales los nazis pudieran aprovecharse. No tenía amigos íntimos con quienes compartir secretos personales o profesionales. Estaba segura. Cayó en la cuenta de que tal vez la persona más cercana a ella era su jefe, Jacques Jaujard. Sentía por él una gran admiración y siempre le estaría agradecida por la oportunidad que le había brindado.

¿Era posible que Jaujard estuviese intentando acercarla a Rorimer? Llevaba una semana dándole vueltas a esa pregunta. Era innegable que el oficial de Monumentos se había ganado la confianza y la admiración de Jaujard. En varias ocasiones los había obligado a trabajar juntos, y de resultas de aquella colaboración no sólo se habían producido grandes progresos en la recuperación del patrimonio parisino, sino que se había forjado entre ellos una creciente amistad.

Pero ¿podía confiar en él? Valland se había pasado cuatro años recabando información. Cuatro años de privaciones. Los primeros meses habían sido de miedo continuo, aunque poco a poco su posición se había ido consolidando. En julio de 1941, el conservador francés del Jeu de Paume enfermó y Jaujard la puso al frente del museo en calidad de agregada, un cargo *remunerado*, y, más tarde, de «*assistante du Jeu de Paume*». ¡Tras tantos años como voluntaria! Por entonces dirigía al personal de mantenimiento para los nazis, responsabilidad que la hacía indispensable y le permitía moverse con libertad por el museo. Aparte de eso, informaba con regularidad a Jaujard, a menudo a través de Jacqueline Bouchot-Saupique, su leal secretaria. A veces escribía sus informes en folios con el membrete del Louvre, aunque lo normal era que se sirviera del primer trozo de papel que encontrara al alcance. En otras ocasiones le informaba de viva voz durante sus breves visitas al

despacho de Jaujard, ya que como agregada del Jeu de Paume se le permitía entrar en el Louvre. Sabía que gracias a su discreta apariencia, cultivada con esmero tanto tiempo, los guardias la dejaban pasar sin registrarla.

Durante los últimos años, a medida que el miedo remitía, empezó a arriesgar más. Como los comprobantes de traslado, los números de los trenes y las direcciones eran demasiado difíciles de memorizar empezó a anotarlos. Luego empezó a llevárselos a casa para copiarlos por la noche y devolverlos al archivo antes de que los nazis llegaran al día siguiente. También obtenía información a través de embaladores, secretarias y oficiales nazis. Éstos, ignorantes de que sabía alemán, hablaban sin pudor delante de Valland y ella memorizaba sus conversaciones. Los nazis eran muy escrupulosos por lo que respecta a la burocracia; todo quedaba anotado y fotografiado. Por la noche, Valland buscaba los negativos y sacaba copias, así fue como obtuvo fotografías de Hofer, Von Behr, Lohse y Göring examinando las obras robadas. Disponía incluso del registro de entradas del vigilante, donde se apuntaba el nombre de todo aquel que entraba y salía de la galería. También listados con información sobre las obras, los trenes y sus destinos.

La tarea había sido ardua. Años de noches en vela. Semanas de pánico, con miedo de no llegar a sobrevivir a la ocupación. ¿Le convenía compartir todo lo que sabía con un oficial del ejército estadounidense?

Miró hacia una portería del otro lado de la calle y vio entrar a una mujer abrigada hasta el cuello. No encontró respuesta a su pregunta, y sin embargo sintió una repentina euforia por ser capaz de decidir como una mujer de la Francia libre. Recordó la esperanza experimentada al oír los primeros disparos de la liberación, el 19 de agosto de 1944. ¿Quién podría olvidar esa fecha? Los trabajadores del metro habían sido los primeros en ir a la huelga, luego la policía y por último el servicio de correos. Se esperaba que la revuelta estallase en cualquier momento, aunque al oír los primeros disparos... los cielos de París se levantaron como la tapa de una olla a presión. La ciudad entera era un clamor de entusiasmo y alegría. Ella estaba en el Louvre con el resto de trabajadores. Querían izar la tricolor en el asta del museo, pero Jaujard no se lo había permitido. Su deber era proteger las colecciones y no podían exponerse a represalias de los alemanes.<sup>[139]</sup>

Salió del Louvre y volvió al Jeu de Paume, decidida a permanecer junto a las obras hasta el final. Fuera, en una esquina, había una torre de observación alemana. En los escalones, los cañones de las ametralladoras todavía estaban calientes. Por la noche, los Jardines de las Tullerías se convirtieron en un continuo ir y venir de unidades alemanas, que preparaban la defensa. En el extremo opuesto del parque, los partisanos talaban árboles y levantaban los adoquines para formar barricadas. Desde una de las ventanas del piso superior se veían los Citroën pintados con la divisa de la Francia Libre. Pero no ocurrió nada; durante varios días, París estuvo a la

expectativa.

La tensión explotó la noche del 24 de agosto. Un rayo encendió la noche; la policía se alzó. Los proyectiles de la artillería silbaban sobre el Sena. Los cañones de los alemanes brillaban como luces rojas en medio de la tormenta. Al día siguiente, los soldados alemanes se parapetaron detrás de las estatuas en el patio del museo, protegidos con sacos terreros. Valland los vio caer uno a uno. Presa del pánico, un joven soldado se separó de su unidad y fue abatido en las escaleras del museo. Los demás se rindieron. Al cabo de dos horas, los tanques del general Leclerc formaban en fila en la *rue* de Rivoli. Sus tropas empezaron a amontonar munición alemana y cascos en el interior del Jeu de Paume, y la ciudadanía, agolpada en el exterior, jaleaba a los soldados que pasaban por la calle.

De pronto, los cañones volvieron a rugir, la multitud corrió despavorida hacia las puertas y ventanas del Jeu de Paume. Uno de los guardas del museo, que había cometido la imprudencia de subir al tejado para presenciar la entrada de Leclerc, fue acusado de estar oteando para los alemanes. Valland tuvo que discutir con varios de los oficiales de Leclerc para que lo dejaran libre. Luego, al cerrar el paso de la multitud al sótano, donde se guardaba la colección permanente del Jeu de Paume, la acusaron de dar cobijo a los alemanes. ¡Colaboracionista! ¡Colaboracionista! Un soldado francés la encañonó por la espalda. Mientras bajaba las escaleras del sótano se acordó del joven soldado alemán al que había encontrado ese mismo día acurrucado en el interior de una de las garitas de guardia. ¿Y si encontraban a otro? Se preguntó si, después de todo lo que había pasado, valía la pena acabar así. «Yo me debo al arte», decidió entonces.

Pensó en el tren del arte y en el desastre que podía haber ocurrido: obras maestras de valor incalculable paradas en una vía muerta durante dos meses por culpa de un enredo burocrático. Le preocupaba que algunos miembros de la élite artística creyeran que obraba con egoísmo, que ocultaba información en beneficio propio. Empezaban a circular voces que afirmaban que todo era un montaje y que no tenía nada importante que compartir. Después de todo, era una simple asistente, no una conservadora. Sospechaban que lo único que quería era labrarse un nombre.

En parte quizá tuvieran razón. El 25 de octubre se había indignado al leer una noticia sobre el tren del arte publicada por *Le Figaro* en la que se atribuía el hallazgo al personal de los ferrocarriles franceses. Sin perder tiempo, envió una nota a Jaujard en la que le recordaba que el artículo «privaba a los museos nacionales del reconocimiento que merecen». Pero el verdadero motivo de su frustración se expresaba párrafos más arriba, donde ponía: «A título personal, me daría por satisfecha si esta clarificación sirve para poner las cosas en su sitio, pues de no ser por la información por mí facilitada habría sido imposible tener conocimiento y localizar dicho envío de pinturas robadas entre los numerosos convoyes con destino a

Alemania».<sup>[140]</sup>

Tiró la colilla al suelo y se quedó mirando la nieve sobre las calles de París. En efecto, quería que su trabajo fuera reconocido. Tal vez había sido cosa del destino ponerla en el lugar adecuado en el momento adecuado, pero ella había sabido aprovechar la oportunidad. Otros habían huido o se habían escondido; algunos incluso se habían pasado al bando de los nazis. No ambicionaba gloria personal. Nada más lejos. Se había limitado a proteger el arte. Había hecho lo que debía. Y si quería lo mejor para el arte, debía pasar por encima de la burocracia y las pugnas internas del gobierno francés y acudir directamente a Rorimer. No había tiempo para más. El ejército norteamericano llegaría el primero a los depósitos nazis de Alemania y Austria. Rorimer era la única persona en quien podía confiar. Además, Jaujard también confiaba en él. Estaba segura de que Jaujard quería que confiara en Rorimer, aunque nunca se lo hubiera dicho de forma explícita.

Echó a andar. Minutos después, llegó al apartamento del oficial estadounidense. El interior estaba iluminado con velas debido a los apagones nocturnos, que seguían formando parte de la cotidianidad parisina. En el hogar ardía un pequeño fuego; la habitación estaba templada. Rorimer la ayudó a quitarse el abrigo y le ofreció una silla. Se encontraban muy lejos de la fría realidad del frente, pero aun así ambos lugares estaban íntimamente relacionados. En ocasiones, los parámetros de una misión se deciden en un pequeño cuarto con una copa de champán.

Años después, Rorimer escribiría que aquella reunión navideña representó un punto de inflexión. Es posible que así fuera para él, pues fue la primera vez que Rose Valland le dejó entrever la calidad y el alcance de la información que poseía, que en pocas palabras era todo lo que la persona adecuada necesitaba para encontrar el patrimonio robado de Francia.

Para Valland, sin embargo, aquella noche fue tan sólo una señal más de que Rorimer era la persona que buscaba. Como de costumbre, el oficial fue todo confianza, respeto, inteligencia y tenacidad. Era difícil que Rorimer pudiera hacerse cargo del sacrificio que aquello suponía para ella, pero ése era un reparo personal sin importancia. Notó que ambos compartían la misma determinación. Al igual que Valland, Rorimer creía que su destino dependía de aquella información.

—Por favor, deme esa información —dijo Rorimer—. Compártala conmigo.

Valland supo que era el momento. Hasta entonces, había compartido informes y notas con Jacques Jaujard porque era su obligación, pero desconfiaba de la burocracia, tenía miedo de que el proceso pudiera quedar paralizado por la incuria o la tozudez de una persona en un eslabón cualquiera de la cadena de mando. De hecho, eso mismo fue lo que ocurrió. Meses más tarde, terminada ya la guerra, las fotografías facilitadas al SHAEF por Valland se encontraron en el cajón de un archivo en un despacho perdido junto con un montón de documentos igualmente «inútiles».

Por suerte, disponía de otra copia de los documentos para Rorimer. Pero no se la entregó, o por lo menos no en diciembre de 1944. Había una última condición. No quería que Rorimer compartiera esa información con nadie más. Valland no sabía nada de los oficiales de la MFAA desplegados ya en el frente: Stout, Hancock, Posey, Balfour, pero aun sabiéndolo habría actuado igual. Valland no quería que Rorimer compartiera la información, quería que la utilizara. Y eso significaba que tendría que trasladarse al frente.

Llevaba semanas insinuándolo, y esa noche se lo repitió una vez más:

—Pierde el tiempo aquí, James. La gente como usted es necesaria en Alemania, no en París.

—La información —insistió Rorimer.

Valland supo que iría al frente. No podría rehuir el desafío... ni la oportunidad que suponía. Sólo era cuestión de tiempo, aunque el tiempo era un lujo que no podían permitirse. Le quedaba una última baza: la información. Recapacitó. Si la retenía, sería más fácil presionarlo; era mejor esperar hasta estar segura de que solicitaría el traslado a Alemania. O quizá lo que le gustaba era la atención y el respeto que se le dispensaba gracias a sus secretos.

—Rose —dijo Rorimer tomándola suavemente de la mano.

Ella se dio la vuelta.

—*Je suis désolée*, James —murmuró—. *Je nes peux pas*.

«Lo siento. No puedo».

SECCIÓN

III

ALEMANIA





## UN JUDÍO ALEMÁN EN EL EJÉRCITO ESTADOUNIDENSE

Givet, Bélgica  
Enero de 1945

Todos los días, Harry Ettlinger, el último muchacho que celebró el Bar Mitzvá en Karlsruhe, tomaba el autobús desde su casa de Newark, Nueva Jersey, hasta el instituto, en el centro de la ciudad. Después de tres años en Estados Unidos, su padre había conseguido por fin un trabajo estable como vigilante nocturno en una fábrica de equipajes. La familia era tan pobre que al llegar el racionamiento Harry apenas notó la diferencia. En la ruta del autobús, sin embargo, sí se advertían cambios. En los pequeños terrenos de las casas de Nueva Jersey la gente cultivaba judías, zanahorias y coles, como Eleanor Roosevelt en el jardín delantero de la Casa Blanca. Los llamaban los «huertos de la victoria». Los niños incluso habían expurgado los solares para plantar judías. Esos mismos niños y sus padres montaban en «bicicletas de la victoria» hechas con caucho reciclado y piezas metálicas sin utilidad para la industria bélica. El autobús pasó por delante de un cartel pegado a un poste eléctrico: «Quien conduce solo, conduce con Hitler». La intención era promover el transporte público o, por lo menos, los vehículos comunitarios. Harry se alegraba de que su familia no tuviera coche. En realidad, ya casi nadie lo usaba; se consideraba poco menos que pecado. Se oían rumores de gente a la que habían multado por conducir yendo de paseo, sin una destinación concreta.

Llegaron a la zona industrial de Newark, donde las fábricas funcionaban día y noche. Aquélla había sido siempre una ruta poco concurrida, pero desde el principio de la guerra el autobús iba siempre lleno. En las paradas de la zona industrial subían los trabajadores que hacían el turno de noche en las fábricas de armamento y el autobús se saturaba hasta que casi no quedaba sitio ni para ir de pie. Los trabajadores aguardaban pacientes en la acera, la mayoría eran hombres mayores o mujeres y, a pesar del cansancio, se los veía orgullosos. Con el fin de ahorrar tela para uniformes y tiendas de campaña, las mujeres llevaban vestidos cortos, y mientras caminaban o esperaban el autobús siguiente, Harry se fijaba en sus piernas bien torneadas. Por la misma razón no se permitía que los hombres llevaran pantalones con vuelta. Esto último no le causó tanta impresión.

En lo que sí se había fijado era en las banderas. En todas las fábricas y en casi todas las casas ondeaba una bandera estadounidense. En casi todas las ventanas de las

zonas residenciales se veía también una banderita blanca con una estrella azul con el reborde rojo que significaba que algún miembro de la familia estaba en el ejército. Si lo que se veía en la bandera era una estrella dorada con el reborde amarillo, significaba que alguien había muerto en acto de servicio.

Harry sabía que cuando se graduase en el instituto sus padres colgarían una de esas banderas azules y rojas; quizá dos, ya que su hermano Klaus tenía la intención de alistarse en la Marina nada más cumplir los diecisiete. Algunos de sus compañeros de instituto ya estaban en el ejército, entre ellos Casimir Cwiakala, el primero de su promoción, que moriría abatido en el Pacífico. De hecho, sólo una tercera parte de los compañeros de clase de Harry asistirían a la ceremonia de graduación. Los demás estaban ya en el ejército o en la Marina, entrenándose para entrar en aviación, tanques o infantería.

Harry no tenía ninguna intención de eludir la guerra, aunque tampoco tenía prisa por alistarse. A fin de cuentas, la guerra no se acabaría de un día para otro; siempre habría sitio para él. En realidad, la idea lo incomodaba un poco, pero nunca cuestionó su deber para con el ejército. Harry Ettliger haría como el resto de jóvenes: se alistaría, cruzaría el océano y se convertiría en un soldado orgulloso, disciplinado y asustado. Era algo inevitable. Hasta entonces, su deber era ir al instituto cada mañana y, después de clase, trabajar en la fábrica para ayudar a su familia. Antes de la guerra, Shiman Manufacturing se dedicaba a la joyería; en la actualidad, producía escoplos de usar y tirar para los dentistas del ejército.

Tal y como esperaba, poco después de la graduación lo llamaron a filas, y el 11 de agosto de 1944 Harry Ettliger partió para recibir la instrucción básica. Los Aliados habían penetrado ya en Normandía, y todos los días sin falta su madre examinaba los mapas del periódico para ver cómo la línea del frente europeo se expandía hacia el norte y el este. Harry y el resto de reclutas no estaban al corriente de los avances del ejército. Les daba lo mismo. Irían a Europa, entrarían en combate y algunos de ellos morirían. Dónde exactamente no importaba mucho.

Por el momento se encontraban en un lugar llamado Macon, en el estado de Georgia, y el día a día consistía en levantarse temprano, lavarse, vestirse, hacer la litera, desayunar, marchar, desmontar y montar rifles M1, decir «Sí, señor», «No, señor», marchar, comer, marchar, limpiar, dormir, levantarse temprano y vuelta a empezar. Pasaban el día juntos, organizados en unidades de diez hombres alineados del más alto al más bajo (Harry era el cuarto), y más allá de eso era como si no existiese nada.

A mediados de noviembre, hacia el final del período de instrucción, una mañana pasaron lista y Harry Ettliger fue llamado aparte.

—Soldado Ettliger, ¿es usted ciudadano estadounidense? —le preguntó uno de los oficiales.

—No, señor.

—Es usted alemán, ¿verdad, soldado?

—Judío alemán, señor.

—¿Cuánto hace que vive en este país?

—Cinco años, señor.

—Entonces venga conmigo.

Pocas horas más tarde, ante un juez del estado, Harry Ettlinger juró la ciudadanía estadounidense. Seis semanas después estaba en la localidad belga de Givet, a pocos kilómetros de su país natal, a la espera de órdenes para partir con su unidad hacia el frente.

Givet era un centro de reemplazo (lo que entre los soldados se conocía como *repple-depple*), el lugar al que llegaban las tropas frescas para sustituir a las unidades que habían sufrido muchas bajas. En Givet, Harry Ettlinger y otros cien compañeros dormían en literas de tres pisos en un enorme granero. Fue el enero más frío del que se tenía constancia; el calor de las estufas de carbón se evaporaba enseguida y el viento helado se filtraba sin remedio entre las juntas de madera vieja del granero. La nieve era tan compacta que en todo el tiempo que pasó ahí, Harry no vio ni una brizna de hierba belga. El cielo estuvo encapotado durante dos semanas y cuando por fin se despejó y pudieron salir, se lo encontraron cubierto de aviones de punta a punta del horizonte. Aquél fue su primer contacto con la formidable maquinaria de guerra aliada. La batalla de las Ardenas había dado un vuelco. Los alemanes habían sido derrotados en Bastogne y las Ardenas, y los Aliados avanzaban de nuevo. Sin embargo, nadie se hacía ilusiones. Los alemanes no iban a rendirse, no mientras sus ciudades no fueran arrasadas y destruidas. Miles de soldados aliados y de soldados y civiles alemanes iban a morir luchando por un palmo de terreno. Con el cielo claro llegaban las bombas, la muerte y, lo que de momento era la mayor preocupación de los hombres de Givet, la caída de las temperaturas. Aquella noche fue una de las más frías en la vida de Harry.

Pocos días después llegaron las órdenes. A la mañana siguiente, más de cien camiones formaban en fila sobre la nieve delante del granero. Los oficiales gritaban los números de las unidades y los hombres montaban en los camiones con el petate, las armas y el resto del equipo. No tenían la menor idea de adónde se dirigían, sólo que debían reunirse con la 99.<sup>a</sup> División de Infantería en algún punto del frente. Harry iba en el quinto camión con los otros ocho hombres de su unidad (uno había desaparecido misteriosamente), con quienes a esas alturas llevaba viviendo ya más de cinco meses. Mientras el resto de camiones se llenaban no se dijeron gran cosa, ni tampoco al oír que el camión que iba delante de ellos arrancaba y se ponía en marcha. Había llegado el momento, estaban a punto de partir y sentían una mezcla de emoción y miedo.

De pronto, un sargento echó a correr junto al convoy indicándole con los brazos al primer camión que se detuviera. Cuando el convoy hubo detenido la marcha, el sargento se puso a recorrer la fila gritando para que todo el mundo pudiera oírlo:

—Los tres hombres que voy a nombrar que recojan su equipo y vengan conmigo.

Harry se quedó tan estupefacto al oír su nombre que ni siquiera se levantó para salir del camión.

—Te llama a ti —dijo alguien dándole con el codo.

Harry bajó del camión y dejó su equipo en el suelo, entre los pies. Vio que otros dos hombres, de un contingente de más de dos mil quinientos, bajaban de sus camiones y también dejaban su equipo en el suelo. Lanzó una última mirada a los ocho hombres de su escuadrón, sus hermanos de armas. Al mes siguiente, tres de ellos estarían muertos. Otros cuatro resultarían heridos de gravedad. Sólo uno conseguiría volver de la guerra sin un rasguño.

—Soldado Ettliger, señor —se presentó Harry al ver acercarse al sargento. Éste asintió con la cabeza, comprobó su nombre en una hoja y dio la señal para que el convoy retomara la marcha. Mientras los camiones se alejaban, Harry levantó el petate y volvió al granero sin saber muy bien adónde lo llevarían ni por qué, lo único que sabía era que no iba a ir al frente. Era el 28 de enero de 1945, el día de su decimonoveno cumpleaños. Harry Ettliger siempre lo consideró el mejor cumpleaños de toda su vida.

## SOBREVIVIENDO A LA BATALLA

La Gleize, Bélgica  
1 de febrero de 1945

Walker Hancock llegó a La Gleize una gélida tarde de febrero. Antes de la batalla de las Ardenas, había pasado allí una tarde deliciosa en compañía de una cordial anfitriona y de una formidable y desconocida talla de la Virgen María. Durante la ofensiva, había asistido consternado al desplazamiento hacia el oeste de las líneas enemigas, que tras envolver Aquisgrán y traspasar la Línea Siegfried habían alcanzado Bélgica, donde empezaron a perder empuje de forma gradual hasta detenerse por fin en el valle del Amblève. Justo ahí, bajo la aguja que señalaba el *impasse* en el mapa, se encontraba la población de La Gleize. Cada vez que miraba el mapa se acordaba de la joven mujer y de la extraordinaria *Madona*, tan alejadas de la guerra hasta sólo unas semanas antes. «Nada está a salvo de la guerra —pensaba, preguntándose si habrían sobrevivido—. Nada es inmune».

Terminada la ofensiva de las Ardenas y repelido el avance de los alemanes, Walker Hancock estaba impaciente por saber qué había sido de aquel pueblecito apacible. Bill Lesley, el primer oficial de Monumentos en acudir al valle tras la batalla de las Ardenas, había informado de que La Gleize había quedado prácticamente arrasada, pero aun así Hancock se quedó de piedra al llegar al lugar. Las casas estaban destrozadas, las tiendas quemadas y abandonadas y las calles sembradas de artilugios y cartuchos vacíos. La catedral había recibido el impacto de la artillería pesada y quedaba poco más que la estructura. Parecía tambalearse sobre la ladera de la colina, como si de un momento a otro fuera a derrumbarse, barriendo así los últimos restos del pueblo. Curiosamente, la puerta estaba cerrada. Hancock entró a través de una brecha en la pared. El techo estaba reventado y las vigas partidas se balanceaban con el viento, que arrastraba nieve y hielo. Los bancos estaban volcados y apilados a modo de barricada, y las sillas tiradas por el suelo. Entre los escombros había munición, vendas, latas de comida y pedazos de uniforme. Los alemanes habían utilizado la catedral como fortín y más tarde como hospital de campaña, y Hancock sospechaba que debajo de la nieve debía de haber cuerpos congelados, tanto alemanes como estadounidenses. «Nada está a salvo de la guerra», volvió a pensar.

Sólo una cosa: la *Madona*. Ahí estaba, en el mismo lugar donde la había encontrado dos meses antes, en medio de la nave, con una mano en el corazón y la otra en el aire en señal de bendición. Embelesada en su divinidad distante, parecía

ausente de todo lo que la rodeaba. Ante aquel telón de fondo, su aspecto se revelaba milagroso y esperanzador como nunca, y su belleza, un triunfo en medio de la devastación y la desesperanza.

El pueblo no había sido abandonado, por lo menos no del todo. Mientras recorría la calle principal, cubierta de hielo, Hancock reparó en la presencia de unas cuantas personas, todavía en estado de choque, que se asomaban entre las ruinas de sus casas. El *curé* de la catedral seguía ausente, pero un hombre llamado *monsieur* Georges, perfecta encarnación del superviviente de guerra hasta en la venda ensangrentada que le rodeaba la cabeza, se prestó a ayudarle.

—He venido por la *Madona* —dijo Hancock, sentándose a la mesa frente a *monsieur* Georges y su mujer en la pequeña cocina de su casa. Se sacó una carta firmada por el obispo de Lieja, cuya autoridad se extendía hasta aquella parroquia—. El obispo ha puesto a disposición la cripta del seminario de Lieja hasta el final de la guerra. Sé que tenemos los elementos en contra, pero no hay tiempo que perder. Tengo un camión y un buen conductor. Podemos llevárnosla hoy mismo.

*Monsieur* Georges arrugó el ceño. También su esposa.

—La *Madona* no se va de La Gleize. Ni hoy ni nunca.

De hecho, *monsieur* Georges se mostraba reticente incluso a sacarla de la catedral.

¿Y qué iban a hacer con la nieve, con el frío, con el viento, con el precario estado del techo? Hancock razonó lo mejor que supo, pero el hombre no parecía dispuesto a transigir.

—Convocaré una reunión —dijo finalmente *monsieur* Georges, zanjando la conversación. Una hora más tarde, una docena de personas —Hancock se preguntó si serían todos los supervivientes del pueblo— se presentaron en la casa de *monsieur* Georges y escucharon con el ceño fruncido mientras Hancock argumentaba en vano a favor de su postura.

—Esta casa tiene un buen sótano —dijo al final *monsieur* Georges—. El *curé* pasó la batalla aquí con nosotros. Algunos fuimos heridos por las balas que se colaban a través del ventanuco, pero ahora el peligro ha pasado. Propongo que llevemos la Virgen al sótano.<sup>[141]</sup>

La idea no satisfacía a Hancock, aunque como solución de compromiso parecía la mejor. Por lo menos la casa no amenazaba derrumbe.

—No podemos trasladarla —dijo alguien—. Es imposible separar la junta entre los hierros y el pedestal de piedra. Lo sé porque yo mismo puse el cemento.

—Estoy seguro —replicó Hancock— de que si se las ingenió para unirlos, también sabrá separarlos.

El albañil sacudió la cabeza.

—Ninguna fuerza en este mundo podría partir aquella junta. Ni siquiera yo.

—¿Y si separásemos el pedestal del suelo?

El albañil se quedó pensativo.

—Eso sí es factible.

—Nadie va a moverla —dijo otra voz.

Hancock se dio la vuelta y vio que un hombre bajito de potente mandíbula se había levantado de su asiento.

—Sé razonable... —terció *monsieur* Georges, pero el hombre siguió en sus trece. Decía que la figura había sobrevivido a la batalla y que era todo lo que les quedaba de su vida anterior. Ella encarnaba a la comunidad entera. Era una señal de la gracia de Dios, su salvación. ¿Quién era ese forastero, ese... norteamericano para decirles lo que debían hacer? Debía permanecer en la catedral, como hasta entonces. Daba lo mismo que media catedral se hubiera venido abajo.

—Estoy de acuerdo con el notario —dijo el albañil.

Algunos de los presentes torcieron el gesto. Hancock echó un vistazo a los rostros adustos llenos de vendas que ocupaban la habitación. Se dio cuenta de que para ellos la *Madona* no era una obra de arte, sino que representaba su vida, su comunidad, su alma colectiva. ¿Por qué esconderla en un sótano cuando la necesitamos más que nunca?, parecían preguntarse. La Virgen había triunfado. Después de lo ocurrido, ni se les pasaba por la cabeza que el peligro pudiera volver.

Hancock, sin embargo, sabía que el peligro estaba ahí, al menos por lo que a la escultura se refería, y que adoptaba la forma de tejado hundido y paredes inseguras.

—Vayamos a la catedral —sugirió—. Quizá podamos encontrar una solución.

La pequeña procesión cruzó el pueblo vacío abriéndose paso entre montones de nieve, carámbanos de hielo, piezas de artillería y escombros. Alguien tenía la llave, así que, aunque pocos metros más allá la pared había desaparecido, entraron a la catedral por la puerta. La nieve caía en grandes copos que se acumulaban sobre la talla. El grupo formó en corro en torno a ella como si fuera a calentarse con su brillo. Hancock observó el rostro de la figura. Tristeza, paz, acaso sorpresa.

Empezó a hablar pero justo en ese instante cedió lo que quedaba del techo. Se oyó un crujido y un gran trozo de madera se desplomó sobre el suelo, rompiendo la calma del lugar. La nieve y la tierra salieron despedidas formando una nube y empezaron a llover pedazos de hielo. Cuando el polvo se despejó, Hancock vio que el notario tenía la cara blanca como la nieve. Estaba de pie al lado de la viga caída. Le había ido de poco.

—Bueno... —dijo Hancock al mismo tiempo que un carámbano de hielo caía del techo y se clavaba a pocos centímetros del pie del notario.

—Propongo que llevemos la estatua al sótano de *monsieur* Georges —dijo el notario.<sup>[142]</sup>

El albañil tenía razón, era imposible separar la estatua de la base. Amarraron dos



de las vigas caídas al pedestal de piedra y entre unos cuantos empezaron a mover la estatua de un lado para otro para separarla del suelo. Aunque la base medía menos de metro y medio, se necesitaron ocho personas para sacarla de la catedral y bajarla hasta el centro del pueblo. Caminaban encogidos bajo el peso, pisando con cuidado a través del hielo. Hancock llevaba puestos el uniforme y el casco; los habitantes del pueblo iban con sombrero o boina, y los más ancianos vestían traje y abrigo largo. Una mujer joven abría la comitiva vestida con una capa y embozada con una capucha. La *Madona* sobresalía una cabeza por encima de ellos, solemne y serena. Fue la procesión más pintoresca jamás vista en La Gleize.

En cuanto hubieron dejado la estatua a salvo en el sótano, un joven invitó a Hancock y a su conductor a cenar. Hancock aceptó agradecido, y cuál fue su sorpresa al encontrarse compartiendo mesa otra vez con *monsieur* Geneen, el campesino y posadero cuya hija lo había acogido en su primera visita al lugar. Hancock dijo que se contentaba con su ración de combate y un poco de agua caliente para disolver el café, pero la familia insistió una vez más en prepararle comida. Y eso que la parte trasera de la casa se había derrumbado y el salón estaba a la intemperie. A través de una brecha vio una gran pila de granadas, *Panzerfauste* (cohetes antitanque de mano) y demás munición en buen estado que la familia había retirado de su terreno; a través de otra de las brechas no se veía más que oscuridad. Todo parecía trastocado, irreal. Y sin embargo eran las mismas personas, parecían mayores, cansadas, pero estaban sanas y salvas y se disponían a servirle un auténtico banquete. En medio de tanta destrucción, un plato de carne y verdura recién cocinado era una imagen de lo más maravilloso e inesperado.

Charlaron sobre el frustrado avance alemán; sobre la ingenuidad de los soldados estadounidenses; sobre su posible futuro. Hancock comió con ganas. Sus ojos iban de un rostro a otro, de la pila de explosivos tras la brecha de la pared a las dos pequeñas alcobas, hasta depositarse en el maravilloso plato de comida que tenía delante. De pronto se percató de algo.

—Ésta no es la casa de la otra vez —dijo.<sup>[143]</sup>

*Monsieur* Geneen dejó el tenedor y juntó las manos.

—Me desperté en medio de la noche —dijo— y desde la cama vi el cielo a través de un boquete abierto en la pared. Y cuando empecé a darme cuenta de dónde estaba y por qué, me dije a mí mismo: «¡Que tenga que verme así a mis años, después de toda una vida de duro trabajo! ¡Sin ni siquiera cuatro paredes para mí y mi familia!». Entonces recordé que ésta ni tan sólo era mi casa; que el amigo que vivía aquí estaba muerto; que de la casa que yo mismo me había construido no quedaba ni un tabique. Me sentí muy triste. Y de repente vi la verdad. Habíamos superado la batalla. Durante todo ese tiempo no nos faltó la comida. Estábamos vivos y podíamos trabajar. —Hizo un gesto con la cabeza hacia su familia y luego a los dos soldados norteamericanos

sentados al otro lado de la mesa—. ¡Somos unos afortunados! —agregó.<sup>[144]</sup>

La batalla había pasado. Después de aquello Hancock estuvo seguro de que la guerra no volvería a La Gleize. Sin embargo en el este, en Alemania, se seguía combatiendo.

## EL NUEVO OFICIAL DE MONUMENTOS

Luxemburgo y Alemania occidental  
5 de diciembre de 1944 - 24 de febrero de 1945

A principios de diciembre de 1944, George Stout fue informado de que varios hombres iban a incorporarse a la MFAA a través del XII Grupo de Ejércitos estadounidense. Su misión sería ayudar a los oficiales de Monumentos desplegados sobre el terreno, aunque todos ellos eran profesionales del mundo de la cultura con una gran preparación. Como de costumbre, tardarían semanas en encomendarles una misión oficial, pero por lo menos la ayuda ya estaba en camino.

Sheldon Keck, a quien Stout había nombrado ayudante de Walter *Hutch* Huchthausen, llamado *Hutch*, el nuevo oficial de Monumentos del 9.º Ejército estadounidense, era un consumado conservador de arte. Estaba en el ejército desde 1943, pero sólo en fecha reciente lo habían destinado a la sección de Monumentos. Casado y con un hijo —Keckie contaba sólo tres semanas cuando su padre se incorporó a filas—, Keck era justamente la clase de profesional que Stout tenía en mente al planificar el programa de conservación.

Lamont Moore, un conservador de la Galería Nacional que había participado en la evacuación de sus obras a Biltmore en 1941, se quedó con George Stout para echarle una mano en la dirección de la oficina de la MFAA del XII Grupo de Ejércitos, toda una responsabilidad teniendo en cuenta que Stout estaba constantemente viajando por el frente.

Walker Hancock debía recibir a un asistente cualificado, el cabo Lehman, pero su traslado se encalló en la burocracia. Por el momento, Hancock seguiría trabajando solo, aunque a menudo contaría con la ayuda y los consejos de George Stout.

La última incorporación era sin duda la más llamativa. El soldado de primera clase Lincoln Kirstein, de treinta y siete años, era un intelectual y empresario cultural conocido y bien relacionado. Hijo de un hombre de negocios hecho a sí mismo que había pasado del anonimato a colega del presidente Roosevelt, Kirstein había demostrado su extraordinario potencial desde edad temprana. En la década de 1920, siendo aún estudiante en Harvard, había fundado la Sociedad de Arte Contemporáneo de Harvard, predecesor directo del Museo de Arte Moderno de Nueva York. También había sido cofundador de la respetada revista literaria *Hound and Horn*, en la que se habían publicado textos inéditos de escritores de fama internacional como el novelista Alan Tate y el poeta e. e. cummings. En *Hound and Horn* había aparecido también el primer grito de advertencia (escrito con nombre supuesto por Alfred Barr, el primer

director del nuevo Museo de Arte Moderno) sobre la actitud de Hitler con respecto al arte.

Ya licenciado, Kirstein cultivó la novela y las artes, pero sería como mecenas, y no como creador, como se labraría un nombre. Crítico respetado, con apenas treinta años era ya una figura prominente en el panorama cultural neoyorquino, y entre sus amistades íntimas figuraban nombres como el laureado poeta Archibald MacLeish y el escritor Christopher Isherwood, cuya crónica del Berlín nazi, *Historias de Berlín*, lo catapultaría a la fama internacional e inspiraría la función *I Am a Camera* de John Van Druten, base del musical y la película *Cabaret*.

No obstante, la mayor contribución de Kirstein al mundo artístico había sido más discreta y, en el momento de estallar la guerra, no le había reportado más que un éxito moderado. En 1934, había convencido al gran coreógrafo de ballet ruso George Balanchine de que emigrase a Estados Unidos. Ambos habían fundado la Escuela de Ballet Americana, así como diversas «caravanas» de ballet ambulantes y la Compañía de Ballet Americana de Nueva York.

Como todo el mundo, Kirstein tuvo que dejar sus planes en el aire en 1942. Sin dinero para financiar sus varios proyectos, inseguro con respecto al futuro y decidido a no convertirse en un simple soldado, se alistó en la reserva de Marina. Lo rechazaron porque, al igual que la mayoría de judíos —así como negros, asiáticos y europeos meridionales—, no cumplía con el requisito de ser ciudadano estadounidense de tercera generación por lo menos,<sup>[145]</sup> y lo mismo le ocurrió en la Guardia Costera por tener mala vista, así que en febrero de 1943 se alistó en el ejército como soldado raso. «A los 36 he hecho con penas y trabajos lo que habría sido menos dificultoso a los 26 y divertido a los 16», le escribió a su buen amigo Archibald MacLeish, por entonces bibliotecario del Congreso, acerca de sus experiencias en el campamento de instrucción.<sup>[146]</sup> A otro amigo le confesó:

Soy un hombre de cierta edad y todo esto me resulta francamente duro. [...] Estoy tan cansado que no puedo ni dormir, pero creo que les da lo mismo que si sólo dormimos cuatro horas y media. [...] He aprendido (casi) a disparar y desmontar un rifle, a rodar desde tanques pequeños, a cruzar pistas de entrenamiento a paso de tortuga y a caer en toda clase de obstáculos de agua. No le encuentro ninguna gracia... aunque la mayoría sí.<sup>[147]</sup>

Por lo menos, decía a modo de chanza, había perdido veinte kilos.

Tras completar la instrucción básica, Kirstein fue rechazado otras tres veces: en la división de contraespionaje del Departamento de Guerra, en Inteligencia Militar y por último en el Cuerpo de Comunicaciones. Terminó formándose como ingeniero de combate en Fort Belvoir, Virginia, donde se dedicó a redactar manuales de instrucciones. Hastiado del lento ritmo de trabajo del ejército, Kirstein empezó a documentar las obras de arte creadas por soldados, al principio las de sus compañeros de Fort Belvoir y más tarde las de cualquier rama del ejército. Con la ayuda de sus

muchos amigos y corresponsales, el incansable Kirstein creó el Proyecto del Arte de Guerra y lo convirtió en una operación de altos vuelos con patrocinio del ejército. En otoño de 1943, nueve de esos cuadros y esculturas, seleccionados por Lincoln Kirstein, aparecieron en las páginas de la revista *Life*. Después empezó a organizar la muestra titulada Arte de Batalla Norteamericano, que se exhibiría en la Galería Nacional de Arte y en la Biblioteca del Congreso de Washington.

Fue por entonces cuando la Comisión Roberts le ofreció a Kirstein un puesto en la MFAA. Pese a no ser un oficial, la comisión había apostado por él confiando en sus extraordinarias credenciales. Durante un tiempo, Kirstein se debatió entre su querido Proyecto del Arte de Guerra y la respetable y crucial misión de la MFAA, pero finalmente optó por la conservación. Desembarcó en Inglaterra en junio de 1944, junto con otros tres hombres de Monumentos sin rango, decididos como él a contribuir a una operación militar eficaz y bien definida.

Nada más lejos. Los quince hombres de Monumentos originales se encontraban en Normandía o a la espera de cruzar el canal. La base de Shrivenham estaba llena de expertos civiles y oficiales de Asuntos Civiles, pero no había ninguna estructura militar destinada a la MFAA. De hecho, como los oficiales formados estaban sobre el terreno, era casi como si la MFAA no existiera. Al llegar a Londres, Kirstein y sus compañeros se encontraron con que nadie los esperaba y ni una de las personas con quienes hablaron había oído hablar acerca de Monumentos, Bellas Artes y Archivos. Les dijeron que esperasen hasta que se solucionara el papeleo, pero como el ejército ya estaba bastante ocupado con la batalla de Normandía no tardaron en olvidarse de ellos.

Kirstein se las ingenió para ponerse en contacto con James Rorimer, que por su ocupación como conservador del Museo Metropolitano había frecuentado los mismos círculos sociales que él. Rorimer le escribió a su mujer:

Se me hace extraño pensar que un hombre como Lincoln, autor de seis libros y numerosos artículos, seis años en Harvard, responsable del *Hound and Horn*, director de la Escuela de Ballet Amer., etc. tenga que apechar como soldado raso. «Cosa de chalados», como decimos por aquí. Claro que también Saroyan es un simple soldado. Por lo menos él escribirá obras sobre la guerra. No puede esperarse que diez millones de hombres o más se adapten al último de ellos. No estoy seguro de qué es lo que cuenta en última instancia, si la suerte, las instrucciones, los amigos, las influencias, etc. Lo que sí sé es que, por sí sola, la capacidad de uno no es ninguna garantía a la hora de obtener un rango elevado.<sup>[148]</sup>

Por desgracia para Kirstein, Rorimer estaba llegando al final de su batalla con la MFAA por obtener una misión, así que bien poco podía hacer por aquel soldado brillante al que nadie prestaba atención. Gracias a su perseverancia y a sus contactos, Kirstein consiguió que los transfirieran a Francia y posteriormente a París, pero seguía sin recibir ninguna misión. A falta de algo mejor que hacer, montó un despacho de control de cajas de embalaje. Por las mañanas, se levantaba y escribía

cartas, poemas y artículos para revistas.

Kirstein estaba inquieto y la inutilidad de su trabajo cada día hacía más mella en su ánimo. Era un patrón constante en su vida: una actividad febril seguida de un período de total desaliento. Sus épocas de actividad se traducían en grandes éxitos culturales, pero por lo general terminaba sumiéndose en la melancolía, convencido de haber desaprovechado una gran ocasión. Estos estados depresivos se originaban en una necesidad continua de llamar la atención y en una aparente incapacidad para ser constante. Kirstein era un tipo voluminoso, fornido, de ojos profundos y penetrantes y nariz aguileña, de esos que parecen atravesar las paredes con la mirada y que, al mismo tiempo, pueden ser encantadores como amigos o comensales. Por debajo de su aspecto intimidatorio, Lincoln Kirstein era un genio inseguro y en ocasiones temperamental, siempre en busca de una vía de escape en la creación.

Atrapado en la burocracia del ejército, el carácter de Kirstein fue agriándose durante el incipiente otoño de 1944, mientras los ejércitos aliados empezaban a avanzar en Europa. En octubre, en la cima de su depresión, inició un virulento intercambio epistolar con la Comisión Roberts. En sus cartas explicaba que había renunciado a un puesto como sargento en las Fuerzas Aéreas para trabajar en la MFAA, lamentaba que ser un soldado de treinta y siete años no significara nada en absoluto y que «Skilton, Moore, Keck y yo, o bien fuéramos un estorbo para la Comisión, o bien se nos relegara al olvido. [...] En primer lugar, creo que el trabajo de la Comisión ha sido, por decirlo con fineza, desconsiderado e insultante».<sup>[149]</sup> Y añadió que, a menos que se le asignase pronto una misión, no tenía «deseo alguno de seguir figurando en las listas [del ejército]».

Sus cartas surtieron un efecto relativo. La Comisión Roberts quería a Lincoln Kirstein en el frente, pero había descubierto por sorpresa que, según el reglamento militar, los soldados rasos tenían prohibido incorporarse a la MFAA. Había que hacer trámites en ambos sentidos de la cadena de mando; entretanto, los oficiales del frente no daban abasto y sus ayudantes permanecían paralizados y sin nada que hacer. Kirstein recibió órdenes por fin en diciembre de 1944, más de seis meses después de su llegada a Inglaterra, y el 5 de diciembre se incorporó de forma provisional al 3.<sup>er</sup> Ejército estadounidense. El retraso le pareció tanto más inaceptable al comprobar hasta qué punto era perentoria la necesidad de ayuda de los hombres de Monumentos del XII Grupo de Ejércitos.

George Stout, que había sido profesor de Kirstein en Harvard, era consciente del talento del nuevo soldado y, probablemente, también de sus carencias: su catastrofismo, sus cambios de humor, su descontento con la vida castrense. A propósito o por azar —y conociendo a Stout lo más probable es que fuera a propósito—, a Kirstein le tocó un compañero a su medida: el oficial Robert Posey, del 3.<sup>er</sup> Ejército del general Patton.

Posey y Kirstein formaban una pareja de lo más peculiar: un discreto arquitecto de clase humilde de Alabama y un neoyorquino maníaco-depresivo, casado, homosexual, judío y *bon vivant*. Posey era la calma; Kirstein, la pasión. Posey lo planeaba todo; Kirstein se dejaba llevar por el impulso. Posey era disciplinado; su colega, en cambio, no tenía pelos en la lengua. Posey era reflexivo; Kirstein, intuitivo y a menudo brillante. Mientras que Posey sólo se hacía enviar tabletas de chocolate Hershey's, los paquetes de Kirstein contenían queso ahumado, alcachofas, salmón y ejemplares del *New Yorker*. Pero tal vez la mayor diferencia estribaba en que Posey era un soldado, mientras que Kirstein era incapaz de soportar la rigidez y la burocracia del ejército y se aburría solemnemente en compañía de los oficiales. Posey, por el contrario, comprendía y respetaba las reglas del ejército. Es más, estaba encantado con ellas. Pese a haber resultado herido en la batalla de las Ardenas, se había reincorporado de inmediato a sus tareas no sólo por lealtad hacia la misión sino también hacia sus compañeros del 3.<sup>er</sup> Ejército. Juntos podían conseguir mucho más de lo que habrían logrado jamás por separado.

Había otros motivos de orden práctico para ponerlos juntos. Posey era uno de los oficiales de la MFAA con más experiencia. Sabía cómo había que trabajar y era un experto en edificios y materiales de construcción, aunque no tenía una gran cultura ni un gran bagaje como lector ni hablaba lenguas extranjeras. Kirstein, con su conocimiento de la cultura francesa y alemana y su familiaridad con las bellas artes, era el complemento perfecto, y además hablaba francés con soltura. Por desgracia, también tenían su talón de Aquiles: ninguno de ellos hablaba alemán con fluidez, si bien Kirstein tenía nociones básicas y podía defenderse.

Aunque no cabía duda de que Kirstein cumplía con creces los requisitos para entrar en Monumentos (en cierto modo, su preparación era mejor incluso que la de Posey, su superior), seguía alistado y debía cumplir con los mismos deberes que cualquier otro recluta recién llegado: achicar agua en sótanos inundados, buscar bozales para el perro del coronel, buscar y traer madera, servir en las comidas, cavar letrinas y, por supuesto, redactar informes y resolver papeleos. Esto último era lo peor. De cada documento debían sacarse ocho copias, y si alguien en la línea de mando descubría una errata había que empezar de nuevo. Pero ni aun así cedió al desaliento. Tras siete meses en el limbo, parecía interesado, motivado y feliz de estar en el frente.

Kirstein se formó como hombre de Monumentos en la ciudad francesa de Metz. Posey y Kirstein pasaron las últimas semanas de enero recorriendo la helada carretera que conectaba el cuartel del 3.<sup>er</sup> Ejército en Nancy con la ciudad amurallada de Metz, capturada por el 3.<sup>er</sup> Ejército en otoño tras una dura refriega. Posey le explicó que durante la ofensiva de las Ardenas, los alemanes habían lanzado paracaidistas camuflados con uniforme estadounidense tras las líneas aliadas. La única forma de

descubrirlos era haciendo preguntas sobre temas muy locales, como el béisbol. Eso los descolocaba.

Poco después, yendo de excursión por una carretera secundaria hacia algún chalé o algún pueblo apartado, Kirstein oyó disparos entre los árboles. Como todavía no habían alcanzado la línea del frente, creyó que serían los Aliados haciendo prácticas de tiro. Hasta el día siguiente no supo que los alemanes les habían estado disparando. A Posey parecía traerle sin cuidado; formaba parte del trabajo. Kirstein era de otro parecer. Su único consuelo era pensar que el viejo dicho debía de ser cierto: los *Jerries* (así llamaban a los alemanes en el ejército) no sabían disparar recto. De todos modos, a partir de entonces prefirió no transitar por carreteras secundarias.

Durante buena parte de enero se ciñeron a la carretera principal. Desde el fin de la ofensiva de las Ardenas, Robert Posey intentaba averiguar dónde habían ido a parar los tesoros de Metz. Para ello había que interrogar a los funcionarios y suboficiales de la ciudad y el cercano campo de detención aliado, ya que los verdaderos criminales nazis habían huido hacia el este. Era una tarea agotadora, sobre todo teniendo en cuenta lo poco que sabían aquellos funcionarios de segundo rango. Generalmente, cuando se les presionaba, terminaban dando nombres o direcciones de personas que, quizá, y sólo quizá, podían saber algo.

Lincoln Kirstein pronto fue consciente de que el trabajo de la MFAA consistía en eso: en encontrar e interrogar a funcionarios recelosos hasta dar con la persona indicada. Era como jugar al ping-pong: Posey averiguaba un nombre, encontraba a esa persona, obtenía algo más de información y un par de nombres, encontraba a más personas y seguía preguntando hasta que, a base de esfuerzo y tesón, comenzaba a hacerse una idea general de la situación. Raras veces obtenían la solución de una única fuente. Lo más habitual era realizar interrogatorios, por lo general infructuosos, hasta que poco a poco, una a una, iban apareciendo las piezas del rompecabezas.

A la hora de tratar los casos más delicados, como el del doctor Edward Ewing, un archivero cuyo nombre se mencionó en varios interrogatorios, Posey recurría a George Stout, del XII Grupo de Ejércitos. Kirstein no tardó en percatarse de que Stout, el impulsor de la misión desde la reunión de 1941 en el Met, era el experto de referencia para todos los oficiales de Monumentos. Si había que conseguir algo, Stout sabía cómo.

Posey llamó a Stout el 15 de enero. Dos días después, éste interrogó al doctor Ewing mientras Kirstein tomaba notas. Al principio no hubo mucho que consignar. El doctor Ewing parecía sereno y respondía sin titubear. La propaganda alemana llevaba tiempo proclamando que los Aliados, y en particular los estadounidenses, planeaban confiscar las obras de arte europeas para luego —demasiado zafios para apreciarlas— venderlas al mejor postor. Uno de los mayores aciertos de la MFAA había sido excluir de sus filas a marchantes de arte y conceder prioridad a expertos procedentes



de la esfera pública y académica. Fue la confianza que inspiraban sus hombres lo que los hizo triunfar por encima de los oficiales de arte europeos, incluso por encima de los nazis. Y nadie inspiraba más confianza que George Stout, cuya erudición, profesionalidad, amor y respeto hacia los bienes culturales saltaban a la vista.

Por fin, Ewing empezó a hablar. Desde la perspectiva de los nazis, dijo, Metz era una ciudad alemana. Francia la había recibido de Alemania al final de la primera guerra mundial, de modo que ése era su verdadero origen. Naturalmente, la historia de la ciudad era más compleja, pero a los nazis les gustaba simplificar las cosas. Y citando a Hitler añadió: «La masa sólo es capaz de memorizar las ideas más simples mil veces repetidas».<sup>[150]</sup>

Durante los veinte minutos que duró el interrogatorio, Ewing le hizo ver a Kirstein los retos que tenían por delante. A quien se atreviera a sugerir que los Aliados alcanzarían la madre patria se lo castigaba con la muerte o con el traslado al frente oriental, lo cual era peor que la muerte. Incluso tomar medidas en previsión de tal posibilidad se consideraba traición, por eso los expertos de Metz habían catalogado sus tesoros pero no habían elaborado ningún plan para su traslado. Hasta que el avance aliado fue irremediable no empezó la evacuación. Ewing, por supuesto, no habló de evacuación, sino de custodia temporal de los objetos, que serían restituidos en su totalidad en cuanto Alemania ganara la guerra.

«La negación es un rasgo característico —le dijo Stout a Kirstein al terminar—. Hablan siempre en tercera persona, no en primera. Insisten en que han sido otros quienes han cometido delitos. A nosotros nos da lo mismo; nuestro trabajo no es juzgar, sino salvar el arte».

Los tesoros de Metz habían sido llevados a distintos lugares: un hotel, la cripta de una catedral, una mina. Ewing señaló varias ciudades sobre un mapa de Stout. Kirstein reparó en que Stout sólo parecía interesado en una de ellas: Siegen.

¿Qué sabía del retablo de Gante?

Ewing estaba al corriente de su apropiación y estaba seguro de que el retablo seguía en Alemania, tal vez en un búnker subterráneo próximo a Coblenza. O en Carinhall, la residencia de Göring. O en el Berghof de Hitler, en Berchtesgaden. «O quizá —agregó— se hayan llevado *La adoración del cordero místico* a Suiza, Suecia o España. Francamente, no tengo la menor idea».

La revelación de Kirstein llegó algo más tarde, aunque ni él mismo se explicaba dónde ni cuándo: «No hay una sola clase de alemanes. Muchos de ellos nunca han sido nazis, pero han callado por miedo. Tampoco hay una sola clase de nazis. Algunos se unieron al partido para sobrevivir, para medrar o por devota obediencia al poder. Aparte están los casos extremos, los creyentes convencidos. Es posible que no encontremos lo que estamos buscando hasta que el último de éstos haya muerto».

## LOS MAPAS DE GEORGE STOUT

Verdún, Francia

6 de marzo de 1945

El oficial de Monumentos George Stout examinó los paquetes medio abollados, uno de ellos con el sello «Recibido en condiciones defectuosas» estampado por el jefe de la sucursal militar de correos. Cogió el primero y le dio la vuelta. Se oyó un ruido sospechoso, como si algo se hubiera roto durante el trayecto. La letra en la etiqueta de envío era sin duda la de Margie, su mujer, pero aparte de eso nada hacía pensar que el paquete hubiera sido enviado desde casa. El matasellos llevaba fecha de primeros de diciembre de 1944, y estaban a 6 de marzo de 1945. George Stout daba casi por hecho que serían, por fin, los regalos de Navidad. Eso le hizo pensar en todo lo que había ocurrido en los últimos tres meses.

La batalla de las Ardenas, el avance de los Aliados occidentales, el frío glacial del invierno... Y por supuesto su traslado al XII Grupo de Ejércitos, al mando del grueso del ejército estadounidense. El traslado suponía abandonar la zona de guerra para retroceder hasta Francia, pero por lo menos le aseguraba una cama caliente. Lo de «caliente», en realidad, era un decir —estuvo maldiciendo su «férrea conciencia» todo el invierno por no haberse quedado un saco de dormir guateado que los alemanes se habían olvidado el otoño anterior—,<sup>[151]</sup> aunque cualquier cosa era mejor que la procesión de trincheras que el ejército, cual colonia de topos, iba abriendo en dirección a Alemania. En Francia por lo menos podía desayunar huevos de verdad y, durante la cena, tomar algo de vino confiscado. El XII Grupo de Ejércitos le permitía asimismo disponer de un escritorio, un pequeño despacho y autoridad sobre cuatro ejércitos que sumaban un total de 1,3 millones de hombres, de los cuales sólo nueve eran miembros de la MFAA.

A simple vista parecía un ascenso, pero el nuevo puesto se convirtió bien pronto en su peor pesadilla. George Stout era un mando intermedio y en Francia todo eran papeleos, reuniones e intercambios de mensajes entre el SHAEF y las tropas del frente. Las anotaciones de su diario en aquella época son todas más o menos así:

Puestos de administración de la MFAA, exámenes, selecciones, calificaciones, pagas, períodos de ejercicio, rendición de cuentas a la autoridad; problemas de la centralización de la administración de los museos; procedimientos para microfilmear los documentos obtenidos por la MFA&A sobre el terreno; solicitud de información acerca de la MFA&A y demás personal civil; información sobre los depósitos de Alemania.<sup>[152]</sup>

El traslado al cuartel avanzado de Verdún, cerca de la frontera con Alemania y en plena zona de combate, supuso un cambio para mejor. En el este, las ventajas de su puesto se hicieron más evidentes, y poco a poco fue sintiéndose cómodo en su nuevo papel. Como primer oficial de la MFAA, su radio de actuación ya no estaba circunscrito al área limítrofe, sino que podía viajar a cualquiera de los territorios del XII Grupo de Ejércitos —con el correspondiente salvoconducto, que a veces tardaba días en llegar—, y a partir de entonces sus oficiales empezaron a reclamar su presencia cada vez que hacían un hallazgo importante. Recientemente había estado con Walker Hancock en Bélgica, supervisando los daños sufridos en las pequeñas aldeas del valle del Amblève durante la batalla de las Ardenas, en Metz con el 3.<sup>er</sup> Ejército estadounidense para interrogar a los prisioneros y en Aquisgrán, evaluando los desperfectos causados durante el asalto a la ciudad por parte del 1.<sup>er</sup> Ejército en octubre de 1944. Su presencia daba unidad y fuerza a la misión. Gracias a él, los hombres repartidos por el terreno tuvieron por primera vez la sensación de formar parte de una fuerza organizada y de no estar solos en la lucha por el legado cultural europeo. Con su inesperado ascenso al XII Grupo de Ejércitos, George Stout se había convertido por accidente en una figura indispensable, el puntal de la misión de recuperación de monumentos en el norte de Europa.

O quizá no fue un accidente. Tal vez era inevitable. No en vano, desde aquella primera reunión neoyorquina en diciembre de 1941, pasando por Shrivenham y los setos de Normandía hasta la frontera alemana, la presencia de George Stout había sido siempre imprescindible. La diferencia era que ahora ostentaba un cargo.

El ascenso había llegado justo a tiempo, pues el 6 de marzo de 1945 lo peor todavía estaba por llegar. Stout dejó a un lado los paquetes recibidos —los abriría más tarde, cuando pudiera disfrutar del momento— y desenrolló un mapa.

El 2.<sup>o</sup> Ejército británico avanzaba por los Países Bajos, en el extremo septentrional. Sin duda, su antiguo compañero de habitación, el erudito británico Ronald Balfour, tenía controlada la situación, aunque todavía no hubiera localizado su objetivo principal, la *Madona de Brujas* de Miguel Ángel.

En el extremo meridional del avance, el 7.<sup>o</sup> Ejército estadounidense aún no contaba con ningún oficial de Monumentos. El único consuelo era que se dirigía hacia la región industrial del sudoeste de Alemania, una zona con un número de monumentos relativamente escaso. No obstante, pronto necesitarían a alguien de la MFAA, y confiaba en que los oficiales del SHAEF encontrarían a la persona indicada.

Stout tenía autoridad en la zona que se encontraba entre esos dos ejércitos, la zona ocupada por los Ejércitos 1.<sup>o</sup>, 3.<sup>o</sup>, 9.<sup>o</sup> y 15.<sup>o</sup>.

Bill Lesley, transferido desde el 1.<sup>er</sup> Ejército, estaba al frente de las tareas de conservación del 15.<sup>o</sup> Ejército.

Al sur, en el valle del Mosela, se encontraba el 3.<sup>er</sup> Ejército del general Patton, que el 29 de enero de 1945 había logrado atravesar la Línea Siegfried en las afueras de Metz y marchaba directo hacia el corazón de Alemania. Por lo que había visto en las últimas semanas, estaba seguro de que Posey y Kirstein eran la pareja perfecta para el trabajo.

El 9.<sup>o</sup> Ejército era el responsable, entre otras cosas, de velar por Aquisgrán. Su oficial de Monumentos era el capitán Walter Huchthausen, profesor de arquitectura en la Universidad de Minnesota. Stout no conocía a Hutch en persona antes de llegar al frente y no sabía a ciencia cierta cuándo ni cómo había entrado en la MFAA. Lo único que sabía era que Hutch había sido herido durante uno de los bombardeos de la Luftwaffe sobre Londres en 1944, lo que quizá explicase su ausencia en Shrivensham antes del Día D. Por lo visto, Hutch debía formar parte de la primera remesa de hombres de Monumentos.

Sin duda cumplía las condiciones: culto, viajado, profesional, motivado. Había estudiado arquitectura y diseño y estaba familiarizado con la cultura europea. Acababa de cumplir los cuarenta, la edad media de los miembros de la sección de Monumentos, pero para Stout seguía siendo joven, y no sólo por el paternalismo inherente a la graduación: Hutch era rubio y su aspecto añorado encarnaba el ideal clásico americano, sin duda el poso de una juventud transcurrida en la pequeña ciudad de Perry, en Oklahoma.

Pero, más que su carácter afable y su encanto juvenil, lo que llamó la atención de George Stout fue la entrega del nuevo oficial. Había logrado formar un *Bauamt* — organismo de control de edificaciones— con los ciudadanos de Aquisgrán para supervisar las reparaciones de emergencia y había convertido el Museo Suermondt, donde en otoño de 1944 Walker Hancock había descubierto el catálogo de los depósitos alemanes, en un punto de recogida para las obras de arte recuperadas en territorio del 9.<sup>o</sup> Ejército. Las obras de arte empezaban a llegar no sólo desde el campo de batalla, sino también desde los escondrijos utilizados por la ciudadanía alemana para protegerlas de su propio gobierno. Durante una visita reciente, Stout había visto más retablos en el Museo Suermondt de los que imaginaba pudieran existir en toda Renania. La intención de la sección de Monumentos era inspeccionarlos, restaurarlos y devolverlos a sus propietarios legítimos.

Sin embargo, la principal preocupación de Stout en aquel instante era el 1.<sup>er</sup> Ejército, donde su colega Hancock lo había sustituido en diciembre. La fuerza militar norteamericana estaba luchando por abrirse paso en Renania, una zona densamente poblada y una de las regiones culturalmente más ricas de Alemania. Stout enrolló su voluminoso mapa de campaña y extendió un plano de Renania. Cada pocos días lo actualizaba, razón por la cual estaba lleno de círculos y triángulos con la supuesta posición de tal o cual funcionario de arte alemán o tal o cual depósito. Todos se

encontraban en el lado alemán del frente, pero para alcanzar muchos de ellos bastaba con cruzar el Rin, lo cual era una auténtica tentación. Sabía que era posible que los alemanes intentasen trasladar las obras de arte hacia el este a medida que los Aliados progresaran en su avance, tal como había ocurrido en Metz y Aquisgrán. Pero para embalar y transportar tal cantidad de material se requerían camiones, gasolina y hombres, algo que los alemanes no podían permitirse. Había motivos para creer, o al menos esperar, que las obras siguieran allí, al otro lado del Rin.

Colocó el dedo sobre la ciudad de Colonia, el próximo objetivo del 1.<sup>er</sup> Ejército, y lo deslizó hacia el sur resiguiendo el Rin hasta el gran triángulo de Bonn, que representaba el último paradero conocido del conde Franz von Wolff-Metternich, ex jefe de la Kunstschutz en París y en la actualidad *Konservator* de la provincia del Rin. Wolff-Metternich era probablemente uno de los oficiales de arte más cultos de Alemania y, si había que juzgar por los informes que llegaban de París, uno de los más dispuestos a colaborar con los oficiales aliados.

Pero el dedo de Stout no se detuvo en Bonn: su mente tendía siempre a anticiparse e ir uno o dos pasos por delante. Más allá del Rin, unos centímetros más hacia el este, se encontraba Siegen.

Dio un par de toquitos sobre la ciudad. Siegen. Aquel nombre se repetía una y otra vez: en Aquisgrán, en Metz, en otras fuentes nazis. Stout estaba seguro de que allí había un depósito de arte, seguramente uno de proporciones considerables. Por fuerza tenía que ser eso. En todos los territorios liberados hasta entonces, desde la costa de Bretaña a la propia Alemania, faltaban obras de arte. Y no obras cualesquiera, sino las obras de los inmortales, de Miguel Ángel, Rafael, Rembrandt, Vermeer. Habían desaparecido, pero tenían que estar en alguna parte.

Aparte de eso estaban las reliquias, los rollos de torás, las campanas de iglesias, los vitrales, las joyas, los archivos, los tapices, los objetos históricos, los libros. Se rumoreaba que habían robado hasta los tranvías de Ámsterdam. A la variedad de los artículos sustraídos sólo la superaba la cantidad. Después de todo, cinco años daban para mucho, y las personas implicadas en las operaciones de saqueo se contaban por millares: peritos en arte, vigilantes, embaladores, ingenieros. Miles de trenes, decenas de miles de litros de combustible. ¿Era posible arrebatarse un millón de objetos? Parecía imposible, aunque Stout empezaba a creer que los nazis lo habían conseguido. Su afán de saqueo no conocía límites y, después de todo, su eficacia, su economía y su brutalidad eran proverbiales.

Sin embargo los nazis, pese a su celo artístico, no eran grandes conservadores, por lo menos ésa era la impresión de Stout hasta la fecha. Los depósitos designados por los gobiernos de Europa occidental eran lugares limpios y bien iluminados, aparecían en los mapas y habían sido habilitados con varios, a veces incluso cientos de años de anticipación. Los británicos, por ejemplo, dedicaron un año entero a

acondicionar el depósito subterráneo de la cantera de Manod, en Gales. En cambio, los oficiales nazis interrogados por Stout en Metz aseguraban que los alemanes no se habían preocupado por habilitar depósitos hasta 1944. De hecho, muchas de las obras de arte recuperadas por los Aliados habían aparecido apiladas en sótanos húmedos, lo cual hacía que amarillearan o se cubrieran de moho. Los lienzos de algunas pinturas estaban agrietados o partidos, y muchas obras estaban mal embaladas o sencillamente sin embalar. Las prisas no habían dejado lugar a la planificación.

¿Cómo era aquella frase que Hancock solía repetir cuando estaban juntos? «Los alemanes fueron maravillosamente disciplinados y “correctos” mientras tuvieron el control, pero enloquecieron cuando se hizo evidente que su visita había llegado al final».

¿Y si los alemanes decidían destruir las obras de arte como venganza? ¿Y si lograban borrar las pruebas de sus crímenes? ¿Y si grupos de nazis o delincuentes comunes aprovechaban la coyuntura para robar obras de gran valor? A fin de cuentas, cuando corren tiempos difíciles, las obras de arte sirven a menudo como pago a cambio de comida, pases o incluso de la propia vida. Durante la escalada al poder de los nazis no había sido distinto.

¿Y si los nazis intentaban trasladarlas? Las obras corrían el riesgo de ser destruidas en el caso de que los aviadores aliados decidieran atacar una columna de camiones alemanes que, en vez de tropas, transportasen, por ejemplo, una escultura de Miguel Ángel. ¿Y si los camiones activaban una mina? ¿O si quedaban atrapados en medio de un bombardeo? Por si todo esto fuera poco, empezaba a vislumbrarse un nuevo peligro: los soviéticos habían lanzado un ataque con dos millones de hombres contra el frente oriental. ¿Quién se atrevía a asegurar que no llegarían los primeros a las obras?

Stout se acordó de su antiguo compañero, el jefe de escuadrón Dixon-Spain, que había abandonado el contingente de la MFAA no sin antes regalarle un sabio consejo: «En la guerra, nunca hay que tener prisa».<sup>[153]</sup> Tras la conquista de Colonia, la misión de la sección de Monumentos parecía haberse convertido en una carrera contra Hitler, los ladrones del propio Partido Nazi y el Ejército Rojo. El primer impulso era darse toda la prisa posible, aunque lo mejor era ser previsor. Avanzar paso a paso pero con pie seguro, en lugar de pretender abarcar demasiado. Era una de las lecciones que el tiempo le había enseñado a George Stout.

Apartó los mapas y siguió con el papeleo. Había despachado los informes mensuales al ejército dos días antes. Poco después, el informe mensual para la Marina. El informe acerca de la última ronda de inspecciones, terminado hacía unos días, estaba firmado y archivado. Los informes correspondientes al mes de febrero de Lesley, Posey, Hancock y Hutch estaban revisados. De los 366 monumentos bajo protección de la MFAA en la zona ocupada, sólo 253 habían sido inspeccionados.

En total, casi cuatrocientos monumentos, y eso contando sólo el territorio al oeste del Rin. En cuanto el XII Grupo de Ejércitos cruzara el río tendrían que cubrir una zona de aproximadamente dos mil quinientos kilómetros cuadrados con sólo nueve oficiales. Por suerte disponían de otros cuatro hombres. Por lo visto el SHAEF compartía la filosofía de Dixon-Spain: no había que tener prisa.

Stout por lo menos tenía su Volkswagen; la mayoría de oficiales de Monumentos ni siquiera disponía de vehículo propio. De momento tenían que conformarse con las nuevas cámaras suministradas por el SHAEF. Esta vez incluso les habían facilitado carretes. Eran cámaras francesas de segunda mano, pero mejor era eso que nada.

Malditos alemanes. ¿Por qué se empeñaban en seguir luchando? La guerra había quedado sentenciada con la victoria aliada en las Ardenas. Todo el mundo lo sabía. La victoria era segura, sólo faltaba saber cuándo llegaría... y cuál sería su coste en soldados y civiles, inocentes o culpables, jóvenes o ancianos. Por no hablar de los edificios históricos, los monumentos y las obras de arte. Una cosa era la victoria en el campo de batalla y otra la victoria en la preservación del legado cultural de la humanidad, cada una se medía según sus propios patrones. A veces, Stout tenía la impresión de estar librando una guerra completamente distinta, una guerra dentro de la guerra, como si estuviera atrapado en un remolino en mitad de una corriente. «¿Y si ganamos la guerra pero perdemos los últimos quinientos años de nuestra historia cultural?», se preguntaba.

En una carta a su mujer escribió:

Me preguntas que por qué los alemanes no se rinden y ponen fin a esta carnicería. Sabes muy bien que nunca he tenido a los alemanes en un pedestal, y mi confianza en ellos mengua cada día que pasa. Por fuera parecen inmaduros, perversos y maquinadores, y por dentro, inmaduros y de un cretinismo sin igual. Parten de la estúpida idea de que rindiéndose no lograrán nada; combatir es para ellos una forma de seguir aferrándose a la ilusión de la gloria militar.<sup>[154]</sup>

Lo cual no era óbice para que George Stout estuviera dispuesto a todo con tal de proteger la cultura alemana.

Consultó el reloj. Había pasado la hora de la cena, la cantina estaba cerrada. Otra vez. Le sonaron las tripas, pero sabía que no era hambre, sino la gripe que venía arrastrando en los últimos días. Enrolló con cuidado el mapa de Alemania, lo guardó en su tubo y lo devolvió a la estantería. Luego colocó la caja marrón en el centro de la mesa. Era como un artefacto llegado de otro mundo, una conexión con su vida anterior. Se quedó mirándola con cariño. Por fin se decidió a romper la cinta adhesiva y abrió los bordes. Dentro, rodeado de regalos envueltos, había un *plum-cake*. Pensó en su cocina y en su mujer batiendo los ingredientes en un bol, y en sus hijos, el pequeño, que debía de seguir aferrado a las faldas de la madre, y el mayor, recién alistado en la Marina. Stout creía en el deber y en el honor, aunque sentía nostalgia igual que todo el mundo. Sintió ganas de arrancar un pedazo de bizcocho y llevárselo

a la boca, pero su sentido del decoro le decía que era mejor usar un cuchillo. Sacó la navaja y cortó un pedazo con cuidado. Todavía estaba jugoso y delicioso. «Parece mentira —pensó—, cuánto puede cambiar el mundo en lo que tarda en comerse un bizcocho».

Luego, como casi siempre al finalizar el día, tomó la pluma. <sup>[155]</sup>

Querida Margie:

Son pasadas las ocho y, excepto por una llamada que estoy esperando, por hoy he terminado. Mientras espero, me tomo el placer de decirte que esta tarde he recibido los dos paquetes de Navidad. Han llegado un poco aplastados... pero me he sentido muy feliz. El bizcocho estaba perfectamente y ya he dado buena cuenta de él. Todo me ha gustado mucho. Los calcetines me vienen como anillo al dedo, y el resto de cosas también me han hecho mucha ilusión. Al ver el pañuelo de Bertha me han entrado ganas de gritar, y lo mismo las preciosas cintitas y el envoltorio. La vela de Navidad es todo un detalle. Aquí estas cosas tienen mucho valor porque no son fáciles de obtener.

[...] Hay mucho que hacer. Ahora mismo estamos un poco desbordados, pero saldremos adelante. Si se trabaja con método, al final todo se arregla. Y si no, siempre me queda el consuelo de saber que la culpa es de la situación y no de los caprichos de algún chalado, que es lo que ocurría en el Fogg y me sacaba de quicio. Me pregunto qué nos espera de ahora en adelante.

Muchas gracias, eres un encanto.

Te quiere,

George



## ARTE EN MOVIMIENTO

La mansión de Göring en Carinhall

13 de marzo de 1945

Tras arrebatarse Polonia a los nazis, el Ejército Rojo cruzó el Oder y entró en Alemania el 8 de febrero de 1945. Durante los días anteriores, convoyes de autobuses y camiones habían empezado a evacuar Carinhall, la quinta que Hermann Göring utilizaba como pabellón de caza, galería de arte y palacete imperial, situada en el bosque de Schorfheide, al noreste de Berlín. Los artículos se llevaron hasta una estación próxima, donde se los cargó a bordo de los dos trenes privados de Göring, a los que tuvieron que engancharse once vagones adicionales. El cargamento era predominantemente de arte.

Un mes después, el 13 de marzo de 1945, Walter Andreas Hofer, el hombre a cargo de la colección de arte de Göring, llenó otro tren con más artículos de la preciosa colección del *Reichsmarschall*. Göring, más preocupado por el destino de sus posesiones privadas que por la pérdida del este de Alemania, había visitado Carinhall y elegido en persona las piezas que debían incluirse en cada remesa. Su primer impulso fue renunciar a las obras adquiridas a través del ERR en París. Göring, que se jactaba de su honestidad, sabía que, llegado el caso, no sería difícil demostrar que aquellas piezas habían sido obtenidas de manera ilegítima. Pero Hofer, que no estaba de acuerdo, logró convencer al *Reichsmarschall*, y al final, la mayor parte de las obras procedentes del Jeu de Paume fueron trasladadas, junto con otros cientos, a las residencias que Göring tenía más al sur, lejos del Ejército Rojo.

Él y su mujer se llevaron consigo varias pinturas importantes de pequeño formato, entre ellas seis de Hans Memling y una de Rogier Van der Weyden. Según Göring, las obras representaban una garantía económica en caso de desastre. Su esposa se llevó también consigo una de las posesiones más queridas por el *Reichsmarschall*, el *Cristo con la mujer adúltera* de Jan Vermeer. Después de haber perdido frente a Hitler otros dos Vermeer (de los treinta y ocho que por entonces se creía que había pintado el maestro), Göring no estaba dispuesto a dejar que ése se le escapara de las manos. Lo había obtenido a cambio de la friolera de 150 cuadros.

Otras piezas tuvieron que quedarse en Carinhall. Tras años de «adquisiciones» — Hofer no quería ni oír mencionar la palabra «saqueo»—, el *Reichsmarschall* había reunido miles de valiosas obras de arte. Las paredes de los pasillos y salones de Carinhall estaban repletas de cuadros, colgados a veces en columnas de tres debido a la continua falta de espacio. Había cuadros colgando incluso encima de las puertas y

alrededor de los muebles, sin distinción alguna de períodos o estilos. A falta de buen gusto, en el *Reichsmarschall* primaba la cantidad por encima de la calidad, y aquel ostentoso despliegue era la prueba. La mayoría de marchantes europeos sabían que era un hombre incauto e incapaz de resistirse a la tentación de un nombre famoso, y a menudo intentaban endosarle obras menores de artistas famosos. Poseía treinta pinturas del maestro holandés Jacob Van Ruisdael, un número casi igual de obras de François Boucher y más de cuarenta cuadros del pintor holandés Jan Van Goyen, además de sesenta obras de su artista preferido, el gran maestro alemán Lucas Cranach el Viejo.<sup>[156]</sup> Hofer había intentado dar un poco de forma y empaque a la colección trasladando las piezas de menor calidad a las residencias secundarias de Göring en Veldenstein y Mauterndorf y almacenando lo mejor de la colección en el búnker antiaéreo de Kurfürst, pero aun así era del todo imposible que dos trenes, por largos que fueran, bastasen para contener los tesoros de Carinhall. Con el Ejército Rojo a menos de ochenta kilómetros, Hofer sabía que quizá el segundo cargamento fuera el último, y la idea de tener que abandonar algunas obras le revolvía las tripas.

El último cargamento partiría a principios de abril, pero ni así se logró vaciar Carinhall. Muchas de las estatuas de mayor peso y obras decorativas habían sido enterradas en el terreno de la mansión. Algunos de los cuadros de mayores dimensiones y varios muebles saqueados por el ERR seguían en su lugar en los salones. El cuerpo de la primera mujer de Göring, Carin, en cuyo honor se había bautizado la casa, se enterró en un bosque cercano.<sup>[157]</sup> Después de esto, la mansión se llenó con varias toneladas de explosivos. Göring había dado órdenes a los expertos de la Luftwaffe para que se encargaran de destruir la casa. El *Reichsmarschall* no tenía ninguna intención de dejar sus preciadas posesiones en manos de los soviéticos, aunque ello supusiera volar por los aires su palacete imperial y todo cuanto éste contenía.

## DOS PUNTOS DE INFLEXIÓN

Cléveris, Alemania  
10 de marzo de 1945

\*

París, Francia  
14 de marzo de 1945

En Cléveris, Ronald Balfour, el oficial de Monumentos británico adscrito al 1.<sup>er</sup> Ejército canadiense en el flanco norte del avance aliado, inspeccionaba las condiciones de embalaje de los tesoros de la iglesia de Cristo Rey, que había sido severamente bombardeada y se encontraba al borde del derrumbe. Las provisiones, como siempre, eran escasas, y el único medio de transporte disponible en la ciudad era una carretilla de madera. Cuatro civiles alemanes tiraban de ella para llevar su carga a la estación de ferrocarril de Cléveris, designada como lugar de evacuación temporal.

«Con un camión sería más fácil», pensaba Balfour, aunque desde el accidente de camión que a finales de noviembre de 1944 lo había mantenido dos meses alejado de la misión las cosas se habían complicado. Los dos oficiales que conocía en el cuartel del 1.<sup>er</sup> Ejército canadiense habían sido reemplazados y los nuevos siempre tenían alguna excusa. Primero dijeron que el ejército no disponía de más vehículos; luego, que no podían asignarle un nuevo camión porque ya había perdido uno. Balfour encontró el primer camión en el campamento, pero entonces le dijeron que no bastaba con haberlo localizado, sino que además necesitaba «un certificado BLR» —¡fuera lo que fuera eso!— para que pudieran asignarle un vehículo. Evidentemente, los nuevos oficiales le denegaron el certificado, y cuando por fin logró obtenerlo le dijeron que en el último reparto de vehículos no se contemplaba la entrega de ningún camión para uso de la MFAA.

A todo esto, seguían sin llegar noticias de la *Madona* de Brujas, lo cual no era de extrañar teniendo en cuenta la caótica situación que se vivía en Bélgica. En cierta manera, esa falta de información se añadía a la pátina de misterio que envolvía a la obra, cuya existencia, desde siempre, había estado rodeada de enigmas. El propio Miguel Ángel había insistido al venderla en que nadie pudiera verla sin permiso. En otras palabras, que no pudiera exponerse al público. Algunos estudiosos creían que la medida obedecía a cierto pudor ante la calidad del producto acabado, pero había otra explicación más plausible: la escultura, destinada al papa, fue vendida bajo mano a

una familia de mercaderes flamencos, los Mouscron, que le ofrecieron a Miguel Ángel, por entontes un joven de poco más de veinte años, una suma difícil de rechazar.<sup>[158]</sup>

Los Mouscron sacaron discretamente la escultura de Italia y se la llevaron a la ciudad de Brujas en 1506. Durante el siglo xv, Brujas había sido un importante centro comercial y hogar de algunos de los más conocidos artistas de Bélgica —los hermanos Van Eyck, creadores del retablo de Gante, tan codiciado por Hitler, y Hans Memling, uno de los favoritos de Göring—. Sin embargo, en 1506 el puerto de Brujas, vital para el comercio de la época, había quedado impracticable debido al depósito de sedimentos y la ciudad había entrado en franca decadencia. La *Madona*, pues, llegó a una ciudad agonizante cuyos habitantes ni siquiera habían oído hablar de aquel joven artista llamado Miguel Ángel, y cayó en la oscuridad. El famoso biógrafo del artista, Giorgio Vasari, que escribió a mediados del siglo xvi, sabía tan poco acerca de la estatua —la única obra que salió de Italia en vida del maestro— que incluso la creía hecha en bronce y no en mármol.

No obstante, basta un simple vistazo a la *Madona* —el hermoso rostro de la Virgen, la textura de los ropajes, tan similares a los de la contemporánea *Piedad*, en la que la madre, en vez de sostener en brazos al niño Jesús, lo tiene de pie sobre los pliegues del regazo— para reconocer en ella un aura de grandeza. No fue hasta el siglo xvii, ya consagrado Miguel Ángel, cuando los belgas empezaron a considerarla la estatua un tesoro nacional. Un siglo después, los franceses empezaron a codiciarla, y en 1794, tras la conquista de Bélgica durante las guerras napoleónicas, exigieron que la *Madona* de Brujas se trasladara a París. La estatua fue devuelta veinte años más tarde, tras la derrota de Napoleón, pero ¿le estaría reservada la misma suerte a la *Madona*, y al mundo entero, esta vez?

Ronald Balfour creía que la respuesta estaba en la localidad holandesa de Flushing, ciudad portuaria situada en la desembocadura del Rin. De haberla evacuado por mar —¿y cómo si no, si los Aliados bloqueaban carreteras y vías férreas y la estatua era demasiado pesada para transportarla por aire?—, la *Madona* de Brujas tenía que haber pasado por Flushing. Balfour había peinado el Rin sin éxito. Flushing era, pues, su última oportunidad para encontrar una pista sólida. Pero Balfour no pudo llegar a viajar a la ciudad hasta los últimos días de febrero, y para entonces la pista se había esfumado. Nadie sabía nada, y todos los oficiales alemanes de alto rango que pudieran tener noticia del cargamento habían huido. Una vez más, la *Madona* se le había escapado entre las manos.

Hasta cierto punto, el desengaño de Flushing quedó compensado en Cléveris. Seguía haciendo frío, pero las nieves de primeros de marzo realzaban la belleza de la ciudad natal de la cuarta esposa de Enrique VIII, Ana de Cléveris. Como estudioso y amante de los documentos históricos, era para él un honor rescatar los archivos y

tesoros de la ciudad. Echó un vistazo al otro lado de la calle, hacia los cuatro alemanes que tiraban de la carretilla cargada de cálices de oro, togas de seda y reliquias de plata. El mundo se maravillaba ante tanta grandeza, y sin embargo Balfour lo habría cambiado todo por el suave y cálido tacto del papel antiguo.

Levantó la mirada y vio que la estación quedaba a media manzana.

—Esperen —le dijo a Hachmann, el sacristán de la iglesia de Cristo Rey, que iba detrás de la carretilla por el lado contrario de la calle—. Vuelvo enseguida.

Aunque la ciudad estaba desierta y no había tráfico, miró a ambos lados de la calle por pura costumbre, y entonces, nada más bajar el bordillo, hubo una tremenda explosión.

El sacristán cayó al suelo por efecto de la onda expansiva y quedó envuelto en una nube de humo. Los oídos le pitaban como alarmas de incendio. Cuando el humo se disipó, vio que los edificios seguían en su lugar pero que estaba solo en medio de la calle. Los cuatro alemanes habían corrido a refugiarse. A una decena de metros estaba Ronald Balfour, recostado en una verja y cubierto de sangre.

El 14 de marzo de 1945, cuatro días después de la explosión de Cléveris y al día siguiente de la segunda evacuación de Carinhall, el teniente primero James Rorimer, recientemente ascendido, se dirigía en bicicleta al apartamento de Rose Valland en el quinto *arrondissement*, en la zona conocida como el Barrio Latino. Antes de la guerra, el barrio era muy popular entre los turistas, aunque Rorimer sospechaba que pocos de ellos habrían visitado el área residencial de clase media donde vivía Valland, una franja apartada justo detrás de una zona incendiada por culpa de un bombardeo alemán en agosto de 1944. Mientras subía por la escalera con la ayuda de su linterna —siete meses después de la liberación, la luz seguía sin llegar a ciertas partes de París—, Rorimer pensaba en lo fácil que lo habrían tenido los nazis para hacer desaparecer a Valland.

Lo enviaban al frente. Por fin. Había discutido la opción de un traslado con sus superiores el 28 de diciembre de 1944, poco después de la conversación con Valland entre copas de champán. Cuando supo que los franceses ya habían sugerido su traslado no se sorprendió, pues sabía que durante una reunión de personal organizada por Jaujard en el Louvre el 26 de agosto de 1944, éste había descrito la entrada de Rorimer en París y más de uno no había podido contener las lágrimas.<sup>[159]</sup> Estaba seguro de que aquella promoción tan esperada se debía al trabajo en la sombra de Jacques Jaujard y Rose Valland. Ella no cesaba de repetir que lo necesitaban en el frente, y él la conocía lo suficiente como para saber que, a su discreta manera, Valland había abogado por dicho traslado también en sus informes. Con todo, se necesitaron más de dos meses, hasta el 1 de marzo de 1945, para que Rorimer

recibiera la confirmación oficial como hombre de Monumentos del 7.º Ejército estadounidense.

Valland lo llamó poco después y lo invitó a su apartamento. En los últimos meses le había ido confiando información en pequeñas dosis. Rorimer quería averiguarlo todo, y Valland lo sabía. A medida que su relación fue avanzando, Rorimer se dio cuenta de que Valland le facilitaría la información deseada cuando la necesitase, no antes. Con cada descubrimiento, aumentaba su emoción. Juntos habían visitado el apartamento de Lohse en París, pero éste había pasado a manos de un coronel francés que nada sabía del anterior inquilino. Lejos de desanimarse, Rorimer había vuelto al día siguiente y se había pasado una hora delante del edificio «reparando» un neumático deshinchado de la bicicleta. Sin embargo, como aquello no era una película, no había visto entrar ni salir a nadie del edificio.

Al llegar al apartamento de Rose Valland, notó un cambio en su comportamiento. Conocía la noticia de su traslado al 7.º Ejército y estaba casi tan emocionada como él. Había preparado toda la información que Rorimer podía necesitar.

—Éste es Rosenberg —dijo mostrándole la primera fotografía de un gran mazo—, el hombre designado por Hitler para velar por el desarrollo espiritual y filosófico de los nazis. En otras palabras, su ideólogo racista.

Estaban sentados en el salón, iluminado tan sólo por un pequeño fuego y una bombilla de poca intensidad. En la mesita de centro había un jarrón con flores y en el mueble una botella de coñac. Mientras Valland le enseñaba las fotografías —de Göring, Lohse, Von Behr y el resto de pesos pesados del partido y el ERR—, Rorimer intentó demostrar interés por los pastelitos que ella había preparado especialmente para aquella visita. Pero la ordinaria apariencia de aquella reunión no podía ocultar la extraordinaria naturaleza de aquellos descubrimientos.

Le enseñó más fotografías de Göring examinando obras de arte al lado de Walter Andreas Hofer, Bruno Lohse y el coronel Von Behr. En otra, el *Reichsmarschall*, con una pañoleta anudada al cuello y puro en mano, sostenía un pequeño paisaje. Había otra con Lohse acercándole un cuadro a su jefe, Von Behr de uniforme detrás de su enorme escritorio y el resto de sus lacayos sentados en sillas. En la mayoría, Rorimer reconocía a los presentes antes de que Valland mencionara sus nombres. Cayó en la cuenta de que los conocía porque Valland se los había descrito de forma muy gráfica en varias ocasiones.

«Me está preparando —pensó—. Todo este tiempo ha estado preparándome.»<sup>[160]</sup>

Valland desapareció y volvió con más material. Recibos, copias de documentos ferroviarios, todo cuanto los Aliados pudieran necesitar para demostrar qué obras habían sido robadas y enviadas a Alemania a través del Jeu de Paume. Se levantó y fue a por otro montón: eran fotografías de algunas de las obras, muchas de ellas sin los marcos para facilitar su transporte y colgadas en las paredes con cuidado. En otra

de las fotografías se veía una sala, tapada normalmente por una cortina, con las paredes y varios mostradores atestados de obras.

—*El astrónomo* de Vermeer —dijo Volland, deteniéndose en esa emblemática obra—. La ERR lo robó de la pared del salón de Edouard de Rothschild. Göring tenía una fijación con las pinturas de Vermeer.

Cuando terminaron, Rorimer no daba crédito. *El astrónomo* estaba considerado una obra maestra de primera categoría.

—¿Pasó a la colección privada de Göring?

—No. Éste fue a parar Hitler. Dicen que lo deseaba más que cualquier otra obra de Francia. Göring se lo mandó en noviembre de mil novecientos cuarenta, y poco después decidió ponerse al frente de las operaciones del ERR en lugar de Rosenberg. Göring quería demostrarle a Hitler que la operación redundaría en beneficio de la gloria de Alemania, y que las mejores obras, las destinadas a Hitler, se despachaban a Alemania nada más encontrarlas. Muchas otras, sin embargo, pasaron a la colección privada de Göring.

—¿Y el resto?

—Algunas las quemaron —respondió Volland—. En verano de mil novecientos cuarenta y tres. La mayoría eran obras de maestros modernos, a los que los nazis calificaban de degenerados por su manera de representar el mundo. Algunas las conservaron para venderlas. Las que no tenían «valor» las rajaban con un cuchillo y las guardaban en el Jeu de Paume para después quemarlas en los jardines. Según mis cálculos, un camión entero, unas quinientas o seiscientas. Klee, Miró, Max Ernst, Picasso. Lo primero que prendía eran los marcos y los bastidores, después los cuadros estallaban con una llamarada, ardían y poco a poco quedaban reducidos a cenizas. Era imposible salvar nada.<sup>[161]</sup>

—Como en Berlín en mil novecientos treinta y ocho —dijo Rorimer, recordando la hoguera de obras de arte moderno que, en tiempos más inocentes, había conmocionado al mundo. A esas alturas, el mundo había comprendido ya que los nazis estaban dispuestos a cualquier cosa.

—¿Y los demás? —preguntó.

Volland se levantó y fue al dormitorio. Volvió con otro montón de pruebas.

—Los demás están en Alemania —dijo, entregándole documentos relativos a los depósitos de arte de los nazis en Heilbronn, Buxheim y Hohenschwangau, nombres todos ellos que ya le había oído mencionar con anterioridad.

Mientras Volland le hablaba de su localización e importancia, Rorimer reparó en que todos los depósitos se encontraban en el sur de Alemania, lo cual quería decir que terminarían cayendo en manos del 7.º Ejército. Su ejército. Su territorio. De pronto, sintió que lo oprimía un gran peso. Durante más de cuatro años, Volland había sido la responsable de la conservación de esas obras; esa noche, la carga —el privilegio, la

obligación— pasaba a ser compartida.

Valland cogió una foto y se la alargó. No hacía falta ser un experto en historia del arte para reconocer en ella las prominentes torres del grandioso castillo de Neuschwanstein.

—Los nazis han reunido miles de obras robadas en Francia en este castillo —dijo Valland—. Si va allí, encontrará todos los registros y la documentación del ERR junto con las obras de arte. —Hizo una pausa—. Sólo espero que los nazis no paguen su derrota con nuestros tesoros.

Rorimer observó la fotografía. El mundo identificaba Neuschwanstein con las excentricidades románticas de Luis, el rey loco de Baviera, y Valland acababa de insinuar que tal vez albergaba el mayor tesoro jamás conocido. Pero Neuschwanstein se encontraba en lo alto de una elevación rocosa en los Alpes bávaros, aislado y casi inaccesible con los vehículos modernos. Transportar cientos de pesados cajones llenos de obras de arte hasta tal lugar era una tarea titánica, tanto más cuanto que muchos tendrían que ser llevados a mano. Se hacía difícil creer que las veinte mil piezas del Jeu de Paume documentadas por Valland se encontrasen ahí.

—¿Está segura? —le preguntó.

—Confíe en mí —contestó Rose Valland—. No se trata tan sólo de intuición femenina.<sup>[162]</sup>



## EL DECRETO NERÓN DE HITLER

Berlín, Alemania

18 y 19 de marzo de 1945

Albert Speer, el arquitecto personal de Hitler y ministro nazi de Armamento y Producción Bélica, estaba totalmente desconcertado. Speer no era miembro de primera hora del Partido Nazi —su número de afiliado era el 474.481—, aunque mantenía una estrecha relación con Hitler desde mediados de la década de 1930. Al Führer le gustaba dárselas de arquitecto aficionado y profesaba especial simpatía hacia los «artistas». Durante el decenio que trabajaron juntos, Speer no había desobedecido nunca una orden directa, pero en los últimos tiempos Hitler había concebido un plan para destruir las infraestructuras alemanas —puentes, vías férreas, fábricas, almacenes— con el propósito de impedir el avance del enemigo. Durante semanas, Speer había logrado mantener a Hitler dentro de los límites de la prudencia y la contención.

Sin embargo, el 18 de marzo de 1945, Speer recibió la noticia de que cuatro oficiales habían sido ejecutados a instancias de Hitler por negarse a volar el puente de Remagen, permitiendo con ello que los Aliados cruzasen el Rin. Temeroso de que la caída de Remagen fuera la excusa que Hitler necesitaba para poner en práctica su política de «tierra quemada», Speer se apresuró a redactar un memorando de veintidós páginas acerca de los efectos nefastos de una destrucción planificada. En él se lee: «Si se vuelan los numerosos puentes de ferrocarril que hay sobre los pequeños canales y valles del Ruhr, o se destruyen los viaductos, la cuenca ni siquiera podría volver a producir lo necesario para reconstruirlos».<sup>[163]</sup> Más pesimista aún se mostraba con respecto al efecto sobre las ciudades alemanas: «La consecuencia de las voladuras de puentes previstas para Berlín habría sido la insuficiencia en los abastecimientos alimenticios de la ciudad y habría hecho, además, imposible durante años la producción industrial y la vida en ella. Así pues, estas voladuras habrían supuesto la muerte de Berlín».

El 19 de marzo, tan sólo un día más tarde, recibiría la respuesta del Führer, que llegó en forma de orden a todos los oficiales militares:<sup>[164]</sup>

El Führer  
Cuartel del Führer  
19 de marzo de 1945

La lucha por la existencia de nuestro pueblo obliga, también dentro del territorio del Reich, a emplear

cualquier medio que pueda debilitar la combatividad del enemigo e impedir que continúe su penetración. Deben aprovecharse todas las posibilidades para dañar al máximo, directa o indirectamente, la potencia de ataque del enemigo. Es una equivocación creer que las instalaciones (de transporte, de comunicaciones, industriales o de abastecimiento) no destruidas o sólo temporalmente paralizadas podrán ser utilizadas en nuestro beneficio una vez que se hayan reconquistado los territorios perdidos. En su retirada, el enemigo sólo dejará una tierra quemada y no tendrá ninguna consideración hacia la población de dichos territorios.

Por consiguiente, ordeno:

1. Serán destruidas todas las instalaciones militares, de transporte, de comunicaciones, industriales y de abastecimiento, así como los valores muebles que haya dentro del territorio del Reich y que el enemigo pueda utilizar inmediatamente o a corto plazo para proseguir el combate.
2. Serán responsables de poner en práctica estas medidas de destrucción las jefaturas militares cuando se trate de objetivos de índole militar, incluidas las instalaciones de transporte y de comunicaciones, y los jefes regionales y comisarios de defensa del Reich cuando se trate de industrias e instalaciones de abastecimiento y cualesquiera otros bienes muebles. Las tropas prestarán a los jefes regionales y comisarios de defensa del Reich la ayuda necesaria para llevar a cabo sus cometidos.
3. Esta orden será puesta con la mayor rapidez posible en conocimiento de todos los mandos de tropa, e invalida todas las instrucciones que se opongan a ella.

Adolf Hitler

## EL 1.<sup>er</sup> EJÉRCITO CRUZA EL RIN

Colonia y Bonn, Alemania

10-20 de marzo de 1945

Walker Hancock, oficial de Monumentos del 1.<sup>er</sup> Ejército estadounidense, pisó el acelerador del jeep para cruzar lo antes posible la periferia de Bonn. Había pasado varios días de viaje con George Stout, disfrutando de la compañía y la experiencia de su nuevo superior (y antiguo compañero). Había recorrido Aquisgrán. Allí se encontró con un restaurante abierto, unas cuantas personas en la acera, una de ellas con una bolsa de comida apoyada sobre la cadera. En la siguiente esquina, Aquisgrán parecía una ciudad muerta, un cementerio de alambres partidos, metal oxidado, cascotes y heces de perro. Viendo algunas de aquellas calles, pensaba que nadie volvería a vivir en ellas jamás. Quizá, pensaba, estaban todos muertos. Se le ocurrió que nada podía ser peor que Aquisgrán. Pero entonces llegó a Colonia.

La línea de actuación consistía en someter a Alemania por las bombas. Hancock lo sabía muy bien porque lo había oído mencionar a menudo, pero hasta entrar en Colonia no comprendió el verdadero significado del término «bombardeo aéreo masivo». La ciudad había sido alcanzada varias veces por los aviones aliados —262 para ser exactos, aunque Walker Hancock no podía saberlo— y la zona del centro estaba arrasada. No es que hubiera sufrido desperfectos, sino que había sido barrida hasta los cimientos para después seguir bombardeándola una y otra vez hasta convertirla en polvo. «La devastación —le escribió a Saima— es mayor de cuanto pueda concebir la imaginación humana.»<sup>[165]</sup> George Stout estimó que un 75 por ciento de los monumentos de la zona habían sido destruidos. Los que se habían salvado se encontraban en las afueras de la ciudad. En el centro no quedaba nada. Lo único que se conservaba en pie era la catedral, el *Dom*, intacta en mitad de una tierra baldía. Podía interpretarse como una imagen alentadora, un ejemplo de la compasión de los Aliados occidentales, pero a Hancock no se lo pareció. Dolía constatar la magnitud de la destrucción, la brutalidad de la campaña aliada por doblegar la terquedad alemana. Era como si en el fondo de todo aquel sinsentido se ocultara un mensaje: «Podríamos haber salvado cualquier edificio y éste es el único que hemos elegido».

«Todo esto —le confesaba Hancock a Saima— ha hecho que dedique más tiempo a evadirme en pensamientos hacia *nuestro* mundo, *nuestros* planes y esperanzas. En cierto sentido parecen más reales que lo que mis ojos han visto.»<sup>[166]</sup>

Los Aliados estaban furiosos. No había otra explicación. Los Aliados estaban furiosos con Alemania y con todo lo que ésta representaba. Era una furia que llevaba meses gestándose, quizá desde Normandía, pero que se había acelerado durante aquel terrible invierno. Antes de la guerra, Colonia tenía una población de casi 800.000 habitantes; según las estimaciones de Hancock, quedaban menos de 40.000 personas. Quienes se habían quedado parecían traumatizados, amargados o algo peor. «He sentido [su] amargura, su odio, igual que puede sentirse el afilado vendaval del norte —escribió Stout refiriéndose a los ciudadanos de Colonia—. Por pura curiosidad, seguí buscando un atisbo de sentimiento en sus rostros. Parecía siempre el mismo. Una mezcla de odio y algo semejante a la desesperación, cuando no una inexpresividad total.»<sup>[167]</sup>

Al ver aquellos rostros ajados e inexpresivos, Walker Hancock se acordaba de Saima y de sus planes de construirse una casa (para eso ahorra los cheques del ejército), de asentarse, de formar una familia. Había algo que no podía dejar de preguntarse: si cenara con una familia de Colonia, ¿sentiría lo mismo que con *monsieur* Geneen y su familia en La Gleize? ¿O acaso sus sentimientos se regían por el hecho de que Geneen era belga, una víctima y no un agresor?

Otra cosa que se decía a menudo era que salvar la cultura de los aliados de uno entraña poco mérito. Apreciar la cultura del enemigo, arriesgar la propia vida y la de los demás por salvarla, devolvérselo todo al enemigo nada más vencida la batalla... sonaba descabellado, pero ése era exactamente el plan de Walker Hancock y el resto de hombres de Monumentos.

Los tesoros de Aquisgrán tenían que estar en alguna parte. Era su deber encontrarlos. Aunque su conducta no era resultado tan sólo de su sentido del deber, sino de una convicción, de la creencia de que la misión de la sección de Monumentos no sólo era justa, sino *necesaria*. No podía ser una cuestión de mero deber; tenía que ser una pasión. Y cuanto más destrucción presenciaba, tanto más aumentaba la pasión de Hancock.

Colonia no proporcionó nuevas pistas. Las obras de arte susceptibles de traslado se habían evacuado antes de la destrucción. Hancock y Stout conocían los nombres de varios funcionarios locales, recabados durante los interrogatorios realizados en otras ciudades devastadas, pero no consiguieron dar con ninguno de ellos. Los monumentos se habían convertido en polvo. Al día siguiente, Stout fue a inspeccionar algunas de las pequeñas poblaciones de los alrededores; Hancock se dirigió hacia Bonn, a la última oficina conocida del ex jefe de la Kunstschutz en París, el conde Wolff-Metternich. Desde París habían llegado rumores de que Wolff-Metternich era un buen hombre que no sólo había simpatizado con la causa francesa, sino que había participado en ella de forma activa. De hecho, si había perdido su puesto, había sido por ponerse demasiadas veces del lado de los franceses en contra de sus superiores

nazis. Si alguien poseía información, tenía que ser él. En caso de que hubiera desaparecido, siempre quedarían los documentos. Los nazis estaban obsesionados con la burocracia. Hancock presentía que los meses de búsqueda infructuosa estaban a punto de llegar a su fin.

El sol relucía en las afueras de Bonn. Los edificios estaban intactos, pero como en tantas otras ciudades, cuanto más hacia el sur, mayores eran los daños. Buena parte del centro de la ciudad estaba en ruinas como consecuencia de los bombardeos aliados, pero aun así pudo encontrar cerezos en flor descollando entre los escombros. Se detuvo frente a una casa del siglo XVIII. El arco de piedra de la entrada quedaba a pocos metros de la calle; partes de la reja metálica colgaban de la dovela, pero todavía se podía entrar. Hancock penetró en el oscuro vestíbulo y subió por la pequeña escalera de madera hasta el piso superior, donde, sobrecogido, vio la habitación donde había nacido Ludwig van Beethoven. En los barrios de las afueras había visto a los campesinos empujando carretillas desvencijadas en las que llevaban todas sus posesiones, minas de carbón incendiadas, edificios renegridos por el humo. Y sin embargo, aquel santuario, aquella reliquia artística, se había salvado. Pensó en los cerezos. Incluso en Alemania, se adivinaban todavía vislumbres de esperanza y belleza, de arte y felicidad.

El despacho del *Konservator* se encontraba en un barrio ignorado por los pilotos aliados. Hancock se sentía optimista, alegre incluso, contagiado por la paz de la habitación de Beethoven. En ese instante dobló la esquina y vio un espacio vacío en medio de una hilera de casas. No tuvo ni que comprobar la dirección; enseguida supo lo que había ocurrido. Sólo uno de los edificios de aquella manzana había sido derruido, y era el del número 9 de Bachstrasse, el despacho del *Konservator*. ¿Qué se creía? Era evidente que los nazis habrían preferido volarlo antes que dejar caer información en manos del enemigo. Hancock se sentó en el jeep frustrado y abatido. Luego se caló el casco y empezó a llamar a puertas.

«*Nein, nein*». Nadie quería hablar. «*Wir wissen nichts*». Nadie tenía nada que decir.

Por fin dio con un hombre dispuesto a hablar con él, pero no sabía gran cosa acerca del edificio, sólo que había habido un despacho y que lo había destruido una bomba.

Le preguntó si sabía algo de los documentos, los archivos, los inventarios. El hombre se encogió de hombros. No sabía nada. Suponía que los habrían trasladado.

—Salieron hace meses para Westfalia —dijo—. Se lo llevaron todo.

Hancock frunció el entrecejo. Westfalia seguía detrás de las líneas enemigas y estaba seguro de que, en cuanto los Aliados llegaran ella, Wolff-Metternich y sus archivos volverían a desaparecer.

—Sé de alguien que sí se quedó —prosiguió el hombre—. Un arquitecto, el

ayudante del *Konservator*. Vive en Bad Gronesberg. Se llama Weyres.

—Gracias —dijo Hancock, aliviado. Por suerte, no se encontraba en un callejón sin salida, al menos de momento. Se disponía a dar media vuelta cuando el hombre lo interrumpió.

—¿Quiere su dirección?

Walker Hancock llamó a su jefe, George Stout, desde Bonn. Stout acababa de recibir terribles noticias. Su antiguo compañero de cuarto, Ronald Balfour, había muerto en Cléveris por heridas de metralla en la espina dorsal.

Walker Hancock no conocía mucho a Balfour, pero sin duda la pérdida repentina de uno de sus hermanos de misión fue un duro golpe. Recordó su sonrisa irónica cuando estaban juntos en Shrivenham, el brillo de sus gafas de estudiante, la formidable fuerza que animaba su cuerpo más bien menudo. El *gentleman scholar* era, en efecto, un auténtico *gentleman*, un buen compañero de cervezas. Aunque Hancock no había tenido mucho trato con él. Se preguntó si tendría mujer, niños, familia que pudiera llorarle, retahílas de promesas sin cumplir o de deseos frustrados.

Walker Hancock pensó en su amada Saima, su esposa desde hacía más de un año, si bien apenas habían podido disfrutar de unas pocas semanas juntos como marido y mujer. La muerte de Balfour era un recordatorio del peligro de la misión; la separación de Saima podía convertirse en algo más que un paréntesis temporal en medio de esa larga vida de amor y felicidad que tanto anhelaba.

Sin duda, la muerte de Balfour también le hizo sentirse más solo, más aislado de los amigos y compañeros en medio de un ejército de un millón de hombres. Hacía diez días que Ronald Balfour había muerto y ninguno de sus compañeros de la sección de Monumentos había conocido la noticia hasta entonces. Hancock no tenía ayudantes. Se preguntó si, después de tanto tiempo en zonas de combate distintas, sería capaz de reconocer a Robert Posey o a Walter Huchthausen. Después del torbellino de acontecimientos de la guerra, en la que nueve meses eran como nueve años, se habían convertido en simples nombres escritos en los informes. George Stout era el único que siempre estaba ahí, en carne y hueso, cuando se lo necesitaba.

A pesar de tantos pesares, por fin Hancock tenía buenas noticias para su jefe. Había dado con Weyres, el ayudante del conde Wolff-Metternich, en Bad Godesberg. El hombre podía ser una mina de información, y Hancock quería saber cómo abordarlo. Stout, absorto quizá en el recuerdo de Balfour, se limitó a decirle: «No es necesario que le diga lo que tiene que hacer, Walker».

A la mañana siguiente, Hancock ya estaba enviando información detallada acerca de los depósitos de arte a las unidades avanzadas del 1.<sup>er</sup> Ejército. A los pocos días, retransmitió a las tropas del frente la posición de 109 depósitos situados al este del Rin, lo cual doblaba el número de depósitos conocidos en toda Alemania.

Una semana más tarde, el 29 de marzo de 1945, un comandante estadounidense se

abrió paso a través de la zona de combate y llamó a la puerta del *Bürgermeister* de Siegen. Cuando el atónito alcalde abrió la puerta, el comandante le espetó: «¿Dónde están los cuadros?».

## EL MAPA DEL TESORO

Tréveris, Alemania  
20-29 de marzo de 1945

A finales de marzo de 1945, el capitán Robert Posey y el soldado Lincoln Kirstein, la brillante y extraña pareja al frente de la sección de Monumentos del 3.<sup>er</sup> Ejército del general Patton, atravesaban el valle del Sarre bordeando la frontera franco-alemana. A su alrededor, las tierras yermas y las arruinadas fábricas cubiertas de óxido atestiguaban los efectos de la ocupación alemana. Se decía que costaba tanto encontrar carne que la rutabaga se había convertido en alimento básico. Los habitantes del lugar, que en su mayoría simpatizaban con la causa aliada, solían ofrecerles ayuda a cambio de un simple cigarrillo, tan escasos que durante años mucha gente había satisfecho las ansias de fumar con las colillas arrojadas por los prisioneros de guerra de camino a los campos de concentración del interior del territorio alemán. El 3.<sup>er</sup> Ejército había establecido almacenes y una zona de suministro en ese territorio depauperado por la guerra, cuya belleza, pese a todo, seguía siendo visible a ojos de Kirstein: las ondeantes colinas reverdecidas a medida que la nieve se fundía, los perezosos valles fluviales, los oscuros bosques, evocadores de los cuentos de los hermanos Grimm. Las granjas parecían tan viejas como la tierra, y las antiguas puertas y torres de los pueblos le recordaban a los reinos fantásticos que asoman al fondo de los grabados de Albrecht Dürer.

Tras cruzar el Mosela y entrar en Alemania, Robert Posey le escribió a su esposa Alice:

Ésta es la oportunidad para observar la actitud del pueblo alemán hacia nosotros. El avance es tan veloz que muchos pueblos ni siquiera resultan dañados. En éstos, incluso en los más perjudicados, la gente forma en fila en las aceras para ver pasar nuestros convoyes, lo mismo que en Normandía. Ellos, por supuesto, no nos jalean, pero a veces pensamos si no será porque son menos emotivos que los franceses. Sus rostros evidencian una viva curiosidad. A los ancianos se les ilumina el rostro al ver nuestros espléndidos equipos en manos de soldados enérgicos y sanos. Los niños nos gritan cosas y las niñas sonríen alegres y nos saludan con la mano. Se supone que debemos hacer como si nada, pero yo, que soy de natural blando, me veo incapaz de no corresponder a sus saludos. La multitud se agolpa para ver cómo nuestros ingenieros construyen un nuevo puente de madera al lado del que sus propios soldados volaron hace unos días en un intento de postergar la inevitable destrucción de su ejército. En vez de desplegar la tricolor como en Francia, en las casas ondea la bandera blanca de la rendición incondicional. [...] Una mujer mayor, frágil, encogida y de pelo cano, se secaba las lágrimas con la punta del delantal, supongo que acordándose de su hijo, sacrificado tal vez en nombre de Hitler. [...] Cuando nuestras excavadoras apartan los largos postes que bloquean las carreteras, la gente observa hasta que terminamos y entonces sierran los troncos y los parten para hacer leña. Las más mozas intentan flirtear cuando están seguras de que nadie las ve. La situación no es desesperanzadora, lo que me pregunto es por qué continúan luchando.<sup>[168]</sup>



El 20 de marzo de 1945, los hombres de Monumentos llegaron a la base del 3.<sup>er</sup> Ejército en Tréveris, una de las ciudades con más historia del norte de Europa. «Tréveris fue levantada mil trescientos años antes que Roma; siga, pues, en pie y disfrutando de la paz eterna», dice una famosa inscripción en una de las casas de la plaza del mercado. La fecha de su fundación es inventada, aunque sí es cierto que Tréveris era una plaza fuerte ya antes de la llegada de los legionarios romanos en tiempos de Augusto. Por desgracia, durante la segunda guerra mundial no salió tan bien parada como el «sereno y conquistado» valle del Sarre.<sup>[169]</sup>

Posey, en un resumen del avance del 3.<sup>er</sup> Ejército, dijo de Tréveris que había sido «aplastada».<sup>[170]</sup> Kirstein sospechaba que el estado de la ciudad nunca había sido tan lamentable desde la Edad Media. «La desolación permanece helada», escribió,

... como si de pronto el momento de la combustión se hubiera detenido, y el aire hubiera perdido su capacidad de mantener unidos los átomos, y distintos centros de gravedad se disputaran la materia y la materia perdida. Por alguna razón desconocida, uno de los puentes resistió intacto. [...] Como todo se había derrumbado sobre las calles, sólo había espacio para circular en un sentido. La ciudad estaba prácticamente vacía. De 90.000 habitantes, quedaban sólo 2.000, que vivían en las bodegas. Parecían alegres, las mujeres vestían pantalones, y los hombres, ropa de trabajo ordinaria. Está estipulado que debemos hacer como si fueran invisibles. En algunas casas cuelgan sábanas blancas o fundas de almohada. Apenas queda nada. Fragmentos de canalones del siglo XV, frontones barrocos y torres góticas mezcladas en formidable desorden con cortadores de carne, botellas de champán, carteles de viaje, flores de azafrán púrpuras y amarillas y un día encantador, gas y descomposición, carteles esmaltados y candelabros de plata dorada, un páramo espantoso, cuarteado, hundido y vacío. Es verdad que Saint-Lô estaba mucho peor, pero tampoco había nada de importancia. Aquí todo era de época paleocristiana, romana, románica o del maravilloso barroco.<sup>[171]</sup>

Los nazis habían invertido grandes sumas de dinero en la restauración de Tréveris, sobre todo la plaza del mercado, ahora destruida, y Simeonstrasse, conocida como la «Calle de la Historia de Alemania». La fachada de la catedral y el claustro adyacente, así como las casas de los alrededores, habían sufrido graves desperfectos. El palacio barroco de los condes de Kessel se había venido al suelo. La casa natal de Karl Marx, nacido en Tréveris en 1818, había sido reconvertida en una oficina de prensa por los nazis, y los Aliados la habían arrasado durante un bombardeo aéreo.

Y sin embargo, los edificios que seguían en pie eran monumentos de primera categoría. Según Kirstein,

... el interior de la catedral estaba intacto, de no ser por la campana, que ha caído por el interior de la torre; la Liebfrauenkirche estaba quemada pero en pie; Saint Paulinus, una orgía absoluta de fantasías rococó rosas y azules, había recibido un impacto porque los nazis, los muy idiotas, habían estacionado tanques en la esquina de la fachada; la Porta Nigra [una antigua puerta romana] estaba intacta excepto los puntos en que los idiotas de turno habían apostado metrallas; la Abtei Saint Matthias [iglesia de la abadía benedictina de San Matthias], indemne a excepción de la sacristía desvalijada.<sup>[172]</sup>

Los tesoros de la catedral, incluida la Túnica Santa, supuestamente sustraída por los soldados romanos a Cristo agonizante, se encontraron ocultos en búnkeres

secretos contruidos entre los antiguos fundamentos de piedra de la ciudad.

Posey y Kirstein enseguida pusieron en práctica un plan para que los soldados cobraran conciencia de las maravillas de la ciudad. Las notas históricas de Posey sobre Nancy y Metz habían sido muy bien acogidas, de modo que para cuando el 3.<sup>er</sup> Ejército entró en Tréveris, él y Kirstein habían compilado un tratado sobre la historia y la importancia de la ciudad y sus edificios. Temían que las tropas, al encontrarse en territorio del enemigo, se mostraran menos respetuosas con los monumentos históricos y más inclinadas al saqueo. Los oficiales de Monumentos esperaban que dándoles a conocer la gran cultura alemana prenazí despertarían el interés y el aprecio de los soldados, lo cual se traduciría en una buena conducta.

Aunque ni siquiera ellos se abstuvieron de llevarse unos cuantos recuerdos. Posey solía enviarle pequeños objetos a Woogie, sobre todo postales y monedas alemanas. Desde Tréveris, le envió un mástil de aluminio, diciendo que habían quemado la bandera nazi y que el mástil «debe de haber visto toda la guerra. Hace tres o cuatro años que los alemanes no tienen metal ni para aviones».<sup>[173]</sup>

Posey y Kirstein conocían el nombre de la mayoría de funcionarios de la ciudad gracias a los interrogatorios llevados a cabo en Metz y en otras ciudades, y utilizaron esa información para crear un comité de expertos de cinco miembros encargado de «salvar fragmentos, apuntalar muros dañados, realizar reparaciones provisionales donde sea posible, recopilar documentos dispersos, abrir pasadizos secretos [...] y ofrecer asesoramiento en materia de cuidados de emergencia» bajo la dirección del Gobierno Militar Aliado.<sup>[174]</sup> Dos días después de que Tréveris cayera en manos del 3.<sup>er</sup> Ejército, el comité ya estaba en marcha. Sus miembros —uno de los cuales se descubrió que era miembro del Partido Nazi y fue expulsado—, al mismo tiempo, facilitaban información sobre los oficiales alemanes destacados en el este. El sistema establecido en Tréveris —en el que la formación y la participación local iban de la mano— marcaría el modelo a seguir por los hombres de Monumentos del 3.<sup>er</sup> Ejército durante el resto de la campaña.

Pero el 29 de marzo de 1945, Robert Posey sufría un terrible dolor de muelas y lo último que le preocupaba era la próxima ciudad a conquistar. Como para tantos otros soldados, para él la guerra había sido sinónimo de dolor: en Normandía, un sargento le había pisado la mano de camino a la barcaza de desembarco y Posey había caído desde varios metros hasta una torreta de ametralladoras en la que se había lesionado la espalda. En las Ardenas, se había roto el arco del pie. Un oficial del 3.<sup>er</sup> Ejército lo había propuesto para el Corazón Púrpura, pero Posey rehusó, ya que el Corazón Púrpura era una condecoración destinada a soldados heridos *por el enemigo* en combate, y no a soldados que hubieran caído en agujeros tapados por la nieve.

Sin embargo, ninguna de esas lesiones había sido tan lacerante como el dolor de muelas. Por desgracia, el dentista militar más próximo se hallaba a más de ciento

cincuenta kilómetros, en Francia. Intentó aguantar, pero el dolor era constante y se hacía insufrible. Como ni él ni Kirstein hablaban bien alemán, este último terminó parando a un chiquillo rubio en la calle —los niños solían ser la mejor fuente de información— y le indicó por señas que su colega tenía dolor de muelas. A cambio de tres barras de chicles Pep-O-Mint, el muchacho tomó a Kirstein de la mano y lo acompañó hasta una puerta de estilo gótico unas cuantas manzanas más abajo, de donde colgaba un letrero con forma de diente.

El dentista era un hombre de edad avanzada que hablaba inglés con un fuerte acento y que «cotorreaba más que un barbero».<sup>[175]</sup> Parecía conocer a todos los habitantes de Tréveris y se mostró tan interesado en la misión de recuperación de la cultura alemana de la sección de Monumentos como en la cura de la muela del juicio del pobre Posey.

—Tal vez les interese hablar con mi yerno —dijo en cuanto hubo terminado, mientras apartaba el instrumental y se lavaba la sangre de las manos—. Ha estudiado arte y conoce Francia. Estuvo ahí durante la ocupación. —Hizo una pausa—. Lo que pasa es que me temo que vive a varios kilómetros de aquí. Podría llevarles si dispusieran de un coche.

Los tres hombres salieron conduciendo en dirección este. Las carreteras estaban llenas de munición y artillería, y algunas granjas ardían todavía. Los árboles estaban verdes y medio cubiertos de hojas primaverales, pero los campos estaban desnudos y de color marrón y las vides sin cuidar. Dejaron atrás a un niño que se quedó quieto, mirándolos al pasar con ojos adustos y torvos. El dentista no cabía en sí de entusiasmo.

—Qué maravilla —exclamaba cada vez que cruzaban un pueblo—. Qué maravilla. Parece que hace una eternidad que hemos salido de Tréveris. —Cada vez que llegaban a una granja, se excusaba y bajaba a visitar a algún amigo o a comprar comestibles en alguna tienda—. Qué maravilla —repetía al volver con la comida en la mano—. Hace meses que no tomamos leche fresca.

—¿Crees que es una buena idea? —le preguntó Kirstein a Posey mientras esperaban al dentista en la puerta de la posada de un pueblo medio destruido. Estaban a veinte kilómetros de Tréveris y a cada kilómetro que avanzaban las lomas colindantes se hacían más amenazadoras. Los pueblos estaban abandonados y en las casas ya no se veían fundas de almohada ondeando en señal de rendición. «De repente no hay nadie —pensó Kirstein—. Nadie quiere ser visto».

—Probablemente no —respondió Posey, que en vez de seguir hablando se limitó a contemplar la cresta que formaban las colinas al fondo del valle. Tenía la boca como si le hubieran dado con una almádena, pero las molestias también formaban parte del trabajo. Empezó a preguntarse dónde estaba la delgada línea que separaba el cumplimiento del deber de la voluntad de supervivencia. ¿Qué sería de Woogie si se

quedaba sin padre?

El dentista volvió sonriendo con un puñado de verdura fresca.

—Qué maravilla —exclamó—. De verdad, qué maravilla.

—Se acabaron las paradas —espetó Posey, pasándose la lengua por las encías reseca. Estaba seguro de que el dentista era un farsante inofensivo, pero cuantas más paradas hicieran y más se acercasen al fondo del valle, mayores las probabilidades de que la excursión terminase convirtiéndose en una trampa.

Por fin, en la base del valle, el dentista les dijo que pararan. Al pie de una colina había una gran casa de revoque blanco tras la cual se abría un bosque.

—Por aquí —indicó el dentista, rodeando la casa. En mitad de la ladera había una pequeña construcción, una casa de vacaciones apartada, perfecta para tenderles una emboscada a un par de incautos expertos en arte. Posey y Kirstein intercambiaron una mirada. ¿Estaban a punto de cometer una estupidez? Aun en el caso de que el yerno fuera de veras un experto en arte y estuviera solo en casa, ¿qué podía saber? Posey empezó a subir la ladera sin tenerlas todas consigo.

Por dentro la casa era clara y estaba limpia, homenaje a Francia y a una vida dedicada a la belleza y el estudio. Las paredes estaban atestadas de fotografías de la Torre Eiffel, Notre-Dame, Versalles y otros lugares emblemáticos de París. Había unos cuantos jarrones con flores, recogidas seguramente en las colinas de los alrededores. Las estanterías estaban repletas de libros de arte e historia, desde los más típicos a los más raros. Evocaba, sobre todo para Kirstein, la «atmósfera apacible de la vida refinada de un estudioso, hogareña, intensa, alejada de la guerra».<sup>[176]</sup> Desde que habían entrado en Alemania, ése era el primer domicilio que encontraba ocupado aún por su propietario, y eso lo hacía sentir como en casa.

El yerno era un hombre bien parecido y sorprendentemente joven, sobre los treinta y cinco años. Al principio de su carrera tuvo que haber sido un joven efusivo y entusiasta, pero en ese momento su aspecto era más bien frágil y decaído. Kirstein pensó que la guerra había inoculado su veneno a todo el mundo, incluso a un estudioso de provincias como aquél. Con todo, el joven tuvo suficiente presencia de ánimo para recibir con una sonrisa a los oficiales aliados.

—*Entrez* —dijo en francés con tono enérgico—. Llevo tiempo esperándolos. No he hablado con nadie desde que salí de París veinticuatro horas antes de la llegada de su ejército. Desde entonces, no hay día que no extrañe esa gran ciudad.

Les indicó dos asientos y se volvió para presentarles al resto de ocupantes de la casa.

—Les presento a mi madre. Y a mi mujer, Hildegard. —Lanzó una mirada nerviosa en dirección al padre de ella, el dentista—. Mi hija, Eva. Y mi hijo, Dietrich —prosiguió orgulloso, señalando al bebé que su esposa sostenía en brazos.

Posey le acercó un dedo al niño, pero éste lo rechazó. No se parecía a Woogie,

aunque de una forma u otra todos los niños le recordaban al chiquillo que había dejado en casa.

—Mi suegro me ha dicho que son ustedes expertos en arte al servicio del ejército estadounidense —dijo el hombre, tomando asiento—. Me imagino que Tréveris les ha parecido una maravilla. He oído que Paulinerkirche no ha sufrido daños, a Dios gracias. El techo es único en su especie, una verdadera obra de arte, aunque no tenga más de doscientos años. Mi campo de estudio es la Edad Media: el fin del viejo mundo, el nacimiento del nuestro. Dicho así suena un poco teatral. A fin de cuentas, sólo soy un historiador del arte, un estudioso con cierta autoridad en materia de escultura medieval francesa. Ahora mismo estoy terminando un libro sobre la escultura del siglo doce en Île-de-France. Empecé a escribirlo con un inglés, Arthur Kingsley Porter, puede que hayan oído hablar de él.

—Por supuesto —contestó Kirstein, acordándose de su viejo profesor de historia del arte en los primeros años de universidad—. Lo conocí en Harvard.

—Yo también —dijo el alemán—. Hice ahí mi trabajo de posgrado. Todavía conservo buenos recuerdos de su mujer. La mujer más alocada e inteligente que he conocido en mi vida.<sup>[177]</sup>

Se dio la vuelta de golpe hacia su esposa.

—*Kognak* —dijo.

Cuando ella, los niños y el dentista hubieron salido de la habitación, el tono de su voz cambió. Se inclinó hacia delante y empezó a hablarles con rapidez.

—No voy a mentirles —dijo—. Conocí a Göring en París. Y a Rosenberg. Trabajé con ellos. Como experto, ya me entienden, nada importante, pero estuve observándolos a ellos y a su operativo. Estaba ahí cuando Göring envió el primer tren cargado de obras de arte. Le advertí que ese trato de los tesoros artísticos confiscados a los judíos contravenía el Reglamento de La Haya sobre la Guerra Terrestre y la interpretación de las órdenes de Hitler por parte del ejército. Me pidió que me explicara. Cuando terminé, se limitó a decir: «En primer lugar, son mis órdenes las que debe acatar usted. Actuará de acuerdo con mis órdenes».<sup>[178]</sup>

»Cuando repuse que el mando militar en Francia y los *Juristen*, es decir, los representantes legales del Reich, seguramente no compartirían su opinión, me dijo: “Mi querido Bunjes, deje que yo me ocupe de eso; yo soy el primer jurista del Estado”.

»Eso mismo fue lo que me dijo, caballeros. Palabra por palabra, el 5 de febrero de 1941. ¿Qué podía hacer un simple historiador? Por lo demás, el arte estaba más seguro en manos de Göring que repartido entre los miles de oficiales nazis de segunda fila que también lo ansiaban. Como ven, lo que hice fue intentar proteger el arte. Conservación por adquisición, podríamos llamarlo».

Su mujer entró con el coñac.

—*Ich danke dir, darling* —dijo sirviendo un vaso para él y para Kirstein. Posey rechazó la invitación y prefirió encender un cigarrillo. Ambos necesitaban distraerse. Era todo lo que podían hacer si no querían quedarse escuchando con la boca abierta. Aquel hombre, aquel erudito rural, había estado en París. Sabía lo que estaba en juego. Tal vez tuviera las respuestas que llevaban meses buscando.

—Mis conocimientos también tienen un precio —dijo después de hacer girar unas cuantas veces la copa—. Salvoconducto para salir de Alemania para mí y mi familia. Lo único que quiero es terminar mi libro y vivir en paz. A cambio, no sólo les diré qué se llevaron, sino también dónde lo tienen.

—¿Por qué necesita un salvoconducto? —preguntó Kirstein.

—Fui capitán de las SS. Durante cinco años. Sí, así es. Como pueden imaginarse, sólo con fines profesionales, siempre al servicio del arte. Pero si los habitantes del valle lo supieran... no lo entenderían. Lo más probable es que me pegaran un tiro. Nos culpan... de todo esto.

Posey y Kirstein intercambiaron miradas. Habían interrogado a muchos funcionarios relacionados con el arte, pero nunca a un oficial de las SS. ¿Qué clase de historiador era ése?

—No tengo potestad para ofrecerle ningún trato —dijo Posey mientras Kirstein traducía.

El alemán suspiró. Dio un trago de coñac, pareció considerar sus posibilidades, se puso en pie y salió de la habitación. Momentos después volvió con un volumen encuadernado. Era un catálogo de obras de arte robadas en Francia: título, dimensiones, tasa de cambio, precio, propietario original. Les dio unas cuantas explicaciones, traduciendo a partir del texto alemán. Luego les pidió que desplegaran los mapas sobre la mesa y empezó a mostrarles el paradero de las obras. Parecía tenerlo todo memorizado, hasta los detalles más nimios.

La colección de Göring ya no está en Carinhall —les confió—. Ha ido a Veldenstein. Aquí. Aunque no puedo asegurarles que vaya a permanecer ahí.

Les habló de los entresijos del mundo artístico alemán, de cómo los tesoros de Polonia y Rusia se habían distribuido por varios museos alemanes, de los marchantes berlineses que comerciaban con arte robado, de las obras maestras francesas escondidas en Suiza y de las que incluso habían logrado entrar en Alemania.

—¿Qué puede decirme del retablo de Gante? —preguntó Posey.

—¿*La adoración del cordero místico* de Van Eyck? —dijo el historiador, que había entendido el nombre de la obra a pesar de que Posey habló en inglés—. Los paneles pasaron a formar parte de la vasta colección de obras maestras de Hitler. —Movié el dedo en dirección sudoeste hasta el corazón de los Alpes austríacos, no muy lejos de Linz, la ciudad de juventud del Führer—. Aquí, en la mina de sal de Altaussee.

¿La colección de Hitler? Posey y Kirstein no dijeron nada. Ni siquiera se miraron. Tantos kilómetros de carretera, tantas entrevistas infructuosas, tantos meses de penalidades reuniendo información pieza por pieza, y de pronto alguien les brindaba en bandeja todo lo que siempre habían querido saber y más. No sólo les había revelado información; les había descubierto el camino hacia la sala del tesoro del Führer. Hasta entonces, nadie en el bando aliado sabía ni siquiera que el Führer dispusiera de una sala del tesoro.

—Los nazis son zafios —dijo el historiador—. Unos completos negados. No entienden la belleza del arte, sólo saben que es valioso. Robaron la plata de los Rothschild y la usaban como cubertería ordinaria en el Aeroclub de Berlín. Me ponía enfermo cuando los veía llevarse la comida a la boca con esos tenedores que no tienen precio.

Se puso en pie y se sirvió otro coñac. Cuando volvió a sentarse, se puso a hablar de su trabajo, de París, de las catedrales, y del siglo XII y su notable estatuaria fúnebre, de todo lo que desde entonces se había perdido por culpa de la erosión del tiempo y el sinsentido de las guerras. «Aquí —escribió Kirstein—, en la fría primavera del Mosela, alejado de la carnicería de las ciudades, trabajaba un estudioso alemán enamorado de Francia, enamorado con pasión, con ese fatalismo frustrado y sin esperanza» tan característico de los alemanes.<sup>[179]</sup> Inevitablemente, Kirstein le tomó aprecio.

—Caballeros, les ofrezco mis servicios —dijo finalmente el historiador—. Pídanme lo que quieran. Lo único que quiero es volver a París con mi familia.

Como si hubiera estado esperando el momento oportuno, su mujer apareció de repente con el bebé bajo el dintel.

—Veré qué puedo hacer —dijo Posey mientras él y Kirstein se levantaban para marcharse. Aparentaban calma, pero la procesión iba por dentro. Habían averiguado más cosas en veinte minutos que en veinte semanas. Ahora tenían una misión, y una misión de peso: encontrar y recuperar el tesoro oculto de Hitler.

El historiador sonrió y les tendió la mano. Si estaba decepcionado por no haber podido llegar a un trato, no se le notó.

—Ha sido un placer, amigos —dijo con cordialidad—. Gracias por venir.

—Gracias a usted, doctor Bunjes. Ha sido de gran ayuda.

No tenían la menor idea de que habían pasado la tarde conversando con el oficial corrupto de la Kunstschutz de Göring, uno de los principales implicados en la infame operación de saqueo del Jeu de Paume.

## FRUSTRACIÓN

Teatro de operaciones del norte de Europa  
30 y 31 de marzo de 1945

El soldado de primera clase Richard Courtney se sentía frustrado. Como la mayoría de sus compañeros del 1.<sup>er</sup> Ejército, venía jugándose en primera línea desde Normandía. Había traspasado el anillo de fuego alemán en las playas y había sobrevivido a la Línea Siegfried. Había luchado por ganar Aquisgrán en septiembre y había vuelto a luchar por reconquistarla tras la batalla de las Ardenas. En esos momentos, realizaba el registro de una hacienda rural —lo que en el ejército se conocía como «despejar»— al otro lado del Rin, cerca de la pequeña población de Breidenbach, y aunque llevaba nueve meses luchando, todavía le costaba creer lo que veía. A los soldados les habían dicho que la casa pertenecía a un dirigente del Partido Nazi, y mientras pasaban de una habitación a la siguiente contemplaban boquiabiertos las extraordinarias colecciones de pinturas, cristalería, plata y estatuas. El coleccionismo de arte estaba en boga entre la élite nazi, estimulado sin duda por el deseo de granjearse el favor del Führer y el *Reichsmarschall*. Saltaba a la vista que aquel nazi en concreto había «coleccionado» objetos por toda Europa.

Pero cuando el soldado Courtney se quedó de veras pasmado fue al entrar en el sótano y ver, apilados hasta el techo, una serie de cajones de la Cruz Roja destinados a los prisioneros de guerra estadounidenses. ¿Por qué estaban ahí? ¿Para qué quería un alto oficial nazi galletas y tiritas? Cuanto más observaba las cajas, más crecía su cólera. Finalmente, agarró una palanca y empezó a romper cosas: cajas, espejos, porcelana, obras de arte, candelabros. En su frenesí, golpeó incluso los interruptores de la pared. Nadie intentó detenerlo.

—¿A qué ha venido eso? —le preguntó uno de sus compañeros cuando se le hubo pasado el arrebato.

El soldado Courtney dejó caer la barra y contempló la destrucción que lo rodeaba.

—Lo he hecho por los compañeros que están en los campos —respondió.

Entretanto, en el centro de reemplazo de Lieja, el soldado Harry Ettlinger jugaba a los dados. Llevaba un mes resistiéndose, pero no había nada más que hacer. Durante la primera semana, se jugó los sesenta dólares mensuales de la paga y ganó mil quinientos. Al día siguiente lo perdió todo. Salió del barracón y escrutó el cielo nocturno. Tenía la impresión de encontrarse a miles de kilómetros de cualquier parte.



Llevaba dos meses sin hacer nada. No es que ardiera en deseos de ir al frente, pero los compañeros que llevaban tiempo estacionados en el centro de reemplazo lo deprimían. Uno de los soldados había comprado perfume durante su estancia en París y se dedicaba a venderlo con amplios márgenes de beneficio. El olor a perfume apestaba el campamento entero, pero el tipo no hacía más que esperar el momento de volver a París para renovar existencias. Harry Ettlinger no quería convertirse en esa clase de soldado. En el este, la guerra seguía su arrollador avance sin contar con él. Estaba seguro de que había —tenía que haber— un papel reservado para él, sólo que todavía no tenía la menor idea de por qué lo habían hecho bajarse de aquel camión el día de su decimonoveno cumpleaños. Nadie le había dicho nada al respecto.

En París, James Rorimer recibió la orden de incorporarse al frente como oficial de Monumentos del 7.º Ejército estadounidense, que hasta el momento había pasado sin representantes de la MFAA. El territorio del 7.º Ejército en Alemania ocupaba una extensión de 450 kilómetros, con una anchura media de 130 kilómetros. Sería el único miembro de la sección de Monumentos en esos 62.400 kilómetros cuadrados. Claro que él poseía algo que no poseía ningún otro de sus colegas: la información que Rose Valland le había facilitado dos semanas antes y los datos que le había ido revelando a lo largo de los últimos meses. Gracias a Valland, sabía exactamente adónde ir: al castillo de cuento de hadas de Neuschwanstein. Durante meses, ese nombre reverberaría en sus sueños. Qué encontraría allí o cómo lograría llegar lo antes posible..., eso seguía siendo una incógnita.

«El general Rogers vino a verme anoche a París durante la cena para felicitar me por mi buen trabajo —le escribió Rorimer a su mujer—. Mi jefe, el teniente coronel Hamilton, invitó a cócteles a todo mi grupo y terminamos llorando en cuanto me separé de ellos para ir a Alemania. Sí, me había ganado un lugar entre ellos, y ahora debo volver a ganármelo en condiciones nuevas y muy distintas.»<sup>[180]</sup>

No tenía dudas. Aquélla era la verdadera misión, la que más había anhelado. Es de creer que mientras preparaba los bártulos para la partida recordara con afecto los días vividos en la Ciudad de las Luces, pero seguro que también pensaba con impaciencia en las aventuras que tenía por delante: los grandes depósitos del ERR, los villanos nazis, la oportunidad de salvar el patrimonio de Francia. Y a pesar de su excitación —o acaso debido a ésta—, se acordó de Rose Valland. Jacques Jaujard estaba en lo cierto: era una heroína. Tal vez la gran heroína de la cultura francesa. ¿Qué sería de ella a partir de entonces? Había delegado en su protegido el trabajo por el que había puesto en juego su vida. ¿Qué hace el maestro cuando el alumno prosigue su camino?

Rorimer siguió dándole vueltas hasta que se dio cuenta de que ya conocía la

respuesta. Rose Valland, a menudo subestimada aunque nunca marginada, andaba buscando un cargo en el ejército francés. Estaba convencida de haber encontrado al hombre adecuado en James Rorimer, pero la importancia de rescatar el patrimonio francés era demasiado grande como para confiarle el trabajo a cualquiera. Rose Valland no era ni una timorata ni una fante; era una luchadora oculta bajo una fachada engañosa. Y su intención no era otra que acudir al frente para encontrar el precioso arte de Francia.

En Berlín, Albert Speer se reunió una vez más con el Führer. La artillería soviética y los bombarderos aliados estaban azotando la ciudad, y Adolf Hitler, el hombre indispensable, se había refugiado en su impenetrable búnker debajo de la Cancillería del Reich. Se había aislado de todo, incluso de los catálogos de arte del futuro museo de Linz, que en tiempos mejores arrojaban luz sobre sus días más negros. Ya no podía, por ejemplo, admirar la fotografía de *El astrónomo* de Vermeer, su pintura más preciada, en la que un gran hombre de ciencia, ligeramente oculto a la mirada del espectador bajo la luz derramada desde la ventana, tiende la mano hacia un globo terráqueo como si quisiera aferrar el mundo. Pese a todo, Hitler se había llevado al búnker los planos de Linz. (La maqueta a escala de Linz se encontraba cerca, en uno de los sótanos de la Nueva Cancillería). Seguía teniendo aquella visión. Podía estar demacrado y exhausto, pero todavía tenía una voluntad de hierro; sabía que pasaba por momentos difíciles, y sin embargo todavía no había comprendido que su imperio estaba condenado al desastre.

Estaba al corriente de todo lo que sucedía. Sabía por su secretario personal, Martin Bormann, que Speer había estado en el Ruhr para convencer a los *Gauleiter* de que desobedecieran el Decreto Nerón de Hitler y conservaran intactas las infraestructuras alemanas.

Speer no lo negó. Hitler, propenso a los arrebatos de furia pero todavía no a la paranoia, sugirió a su amigo y ministro de Armamento que se tomara un permiso por enfermedad.

—Speer —dijo—, cuando se convenza de que la guerra no está perdida, podrá seguir al frente del gabinete.

—No podría ni con toda la voluntad del mundo —respondió Speer—. Además, tampoco querría ser uno de esos cerdos que lo rodean, que le aseguran que creen en la victoria sin creer en ella.

—Tiene veinticuatro horas para meditar su respuesta —declaró Hitler, girando sobre los talones—. Mañana me dirá si sigue confiando en que podemos ganar la guerra.<sup>[181]</sup>

En cuanto Speer se hubo marchado, Hitler ordenó a su jefe de transportes que

emitiera un télex confirmando el «Decreto Nerón». Speer anota que, dentro de lista de instalaciones destinadas a ser destruidas, se incluían

... toda clase de puentes, vías férreas y garitas de señales, todos los servicios técnicos de los centros de maniobras, fábricas y talleres, y también las esclusas e instalaciones de nuestras vías de navegación fluvial. Al mismo tiempo, había que destruir por completo todas las locomotoras, los vagones de pasajeros y de mercancías, los barcos mercantes y las gabarras, y debían bloquearse eficazmente ríos y canales mediante el hundimiento de barcos.<sup>[182]</sup>

Hitler pretendía nada más y nada menos que la completa destrucción del Reich. Esa misma noche, Speer le escribió una carta a Hitler en la que decía:

Ya no puedo seguir creyendo en el triunfo de nuestra Buena Causa si en estos meses críticos procedemos deliberada y sistemáticamente a destruir las bases de la vida de nuestro pueblo. Se trata de una injusticia tan grave para con él que, de llevarla a cabo, el destino ya no podrá estar de nuestro lado. [...] Por lo tanto, le suplico que no ejecute estas medidas contra el pueblo. Si usted pudiera desistir de algún modo de dar semejante paso yo recuperaría el valor y la fe necesarios para seguir trabajando con la mayor energía. Ya no está en nuestra mano decidir el curso del destino. Sólo la Providencia puede cambiar aún nuestro futuro. Lo único que podemos hacer nosotros es mantener una conducta firme y una fe inquebrantable en el eterno futuro de nuestro pueblo. [...] Que Dios proteja a Alemania.<sup>[183]</sup>

Hitler se negó a aceptar la carta y exigió una respuesta de viva voz. El 30 de marzo de 1945, ante el Führer al que tan devotamente había servido, Albert Speer sintió zozobrar su ánimo y declaró: «Estoy incondicionalmente con usted, *mein Führer*».<sup>[184]</sup>

Tres días después, 560 kilómetros al oeste de Berlín, Walker Hancock y George Stout se aproximaban a la ciudad que durante tantos meses los había atormentado con su misterio y la promesa de los tesoros artísticos: Siegen.

4 de abril de 1945

*Carta de Walker Hancock a su mujer, Saima*

Querida Saima:

Los últimos días han sido los más increíbles de toda mi vida. Por poner un ejemplo, el otro día hice un largo viaje con George Stout y el vicario de Aquisgrán para visitar un lugar donde se ocultan los mayores tesoros artísticos de Alemania occidental. Entramos en la ciudad el mismo día que fue tomada. Sólo podía circularse por una carretera, porque todavía quedaban «bolsas de resistencia» en las colinas de los alrededores. De vez en cuando se oía fuego de mortero y ametralladora. (En realidad no corriamos ningún peligro, pero eso aumentaba la emoción.) La ciudad había sido bombardeada sin remisión durante tres meses y durante dos semanas se había luchado casa por casa, así que puedes imaginarte (o no) el estado en que se encontraba. De cuando en cuando un civil se aventuraba a salir de su escondite, pero por lo demás todo era desolación; un charco de sangre en torno a un casco estadounidense resumía muy bien lo ocurrido; la ruina que tan bien conocemos era visible por todas partes.

El sacerdote que nos hizo de guía se reunió con nosotros en la entrada de los túneles donde se habían escondido las obras de arte. A diferencia de la ciudad desierta, aquello era un hormiguero de infelices. Nos introdujimos a través de la galería hacia la oscura y sofocante mina. La gente estaba tan hacinada que parecía un milagro que hubieran sobrevivido en esas condiciones. Nadie había salido de ahí en quince días. Nos adentramos más y más en la ladera y cuando nuestros ojos se acostumbraron a la oscuridad y nuestros oídos a los susurros, cobramos conciencia de la dramática situación. (Nuestro olfato fue el que no pudo acostumbrarse al hedor.) Éramos los primeros estadounidenses a los que veía esa gente. «Amerikaner! Amerikaner! Sie kommen!», murmuraban. Las madres llamaban a sus hijos muertas de miedo.

Pero otros no tenían miedo. Un chiquillo tomó a George de la mano y siguió así durante buena parte del camino. Algunos trataban de hablarnos en inglés. Jóvenes, viejos y enfermos se amontonaban en literas o se agolpaban todos juntos. Seguimos caminando como medio kilómetro hacia el interior de la colina.

Walker

4 de abril de 1945

*Carta de George Stout a su mujer, Margie*

Querida Margie:

No te he escrito en cuatro días; tuvimos un viaje y no encontré un momento libre [...] [pero] anteayer ocurrió algo que por su condición merece más que el torpe bosquejo que en estos momentos estoy en condiciones de dar. No puedo decirte el nombre de la ciudad -bastante al este del Rin- porque por ahora no se nos permite revelar sus contenidos. Por informaciones recibidas en noviembre [en Aquisgrán] sabíamos de un depósito de almacenamiento, y desde entonces no habíamos dejado de recabar indicios. Sabíamos que estaba en alguna parte de una mina de hierro en las afueras de la ciudad. Dimos con un sacerdote alemán, un tipo intrépido donde los haya, que había estado ahí y que se ofreció a hacernos de guía.

La primera en llegar fue una fuerza blindada, a la que siguieron parte de un regimiento de infantería. Durante el día hubo combates, pero la mayor parte de las tropas alemanas fueron expulsadas. Nosotros, Walker Hancock, dos soldados rasos, el sacerdote y yo, entramos a las 4.30 (16.30). Las calles no eran muy seguras para los vehículos por culpa de los escombros y los cables de tranvía caídos. El fuego de artillería era débil y esporádico. Los soldados alemanes eran apresados sin resistencia aparente. Vimos a tres civiles, dos enfermeras alemanas y un hombre que renqueaba, un hombre joven. Dijo que iba a buscar a su hermana al otro lado de la ciudad y quería saber si era peligroso ir allí. Hasta aquí nada fuera de lo común, hemos visto cosas así mil veces.

Dejamos a uno de los soldados a cargo del vehículo. Los demás caminamos casi un kilómetro por la ciudad en ruinas hasta llegar a la mina. Nuestro intrépido sacerdote no tenía muy claro dónde estaba la entrada. Lo que ocurrió entonces sí que fue fuera de lo común.

Junto a un agujero de la empinada ladera vimos a una veintena de personas. Retrocedieron y entramos. El túnel -un antiguo pozo de mina- medía como metro

ochenta de ancho por algo más de dos de alto, y se abría en forma de arco sobre la piedra viva. A medida que nos alejamos de la entrada, el aire se llenaba de vapor y nuestras linternas apenas dejaban una mancha en la penumbra. Dentro había gente. Pensé que serían unos cuantos rezagados que se habían resguardado ahí por precaución y que no tardaríamos en dejarlos atrás. Pero no fue así.

Se hacía difícil calcular distancias en un sitio como aquél. Caminamos algo más de medio kilómetro, seguramente menos de uno, por aquel pasadizo. De él nacían otros pozos. En algunas partes su anchura era de seis metros.

Durante todo el tiempo caminamos por un espacio de no más de medio metro. El resto era gente comprimida. Algunos estaban de pie o sentados sobre troncos o piedras. Otros estaban tendidos en catres y camillas. Eran los habitantes de la ciudad, todos los que no habían podido escapar. En un momento dado el sacerdote tuvo que pararse a hablar con una mujer enferma. Debía de haber muchos enfermos. El aire era húmedo y pestilente. Los bebés lloraban con insistencia.

Éramos los primeros americanos que veían. Sin duda les habían dicho que éramos salvajes. Los rostros pálidos y sucios que enfocábamos con las linternas rezumaban miedo y odio. La gente apartaba a los niños a nuestro paso. Delante de nosotros se corría una voz, casi un susurro: «Amerikaner». Ésta fue la parte más extraña de la aventura, el impacto del odio y el miedo en los corazones de aquella gente, y el hecho de que todo se debiera a nosotros.

También había quien se mostraba indiferente. Había un niño de unos diez años que soplaba una taza. En alguna parte en medio de la humedad y la peste había conseguido algo caliente para beber e intentaba rebajarlo a una temperatura razonable. No nos hizo el menor caso. Se palpaba algo, pero no era ni miedo ni despreocupación. Debíamos de estar ya a medio camino. Noté que algo me tocaba la mano que me quedaba libre y dirigí la luz hacia allí. Era un niño de unos siete años. Sonrió, me tomó de la mano y caminó conmigo. No debería haberle dejado, pero le dejé y me alegro. Me pregunto por qué lo haría. No sé qué vería en mí para

saber que no era un monstruo. Él y otro niño nos siguieron hasta una zona donde el aire era más limpio.

Encontramos el depósito detrás de otra puerta, aunque no me arrepiento de haber entrado por la puerta equivocada.

Es una carta larga e impertinente, pero he pensado que habrías querido que te lo contase.

Te quiero mucho, cariño,

George

## DENTRO DE LA MONTAÑA

Siegen, Alemania

2 de abril de 1945

George Stout alzó el puño y llamó a una puerta cerrada, enterrada casi un kilómetro en el interior de una colina. Había sido un largo camino, había recorrido una ciudad en ruinas, y luego casi un kilómetro por la galería equivocada hasta llegar a ese túnel secundario, aunque después de meses de espera la molestia valía la pena. La puerta se abrió. Stout esperaba poco menos que los tesoros culturales y artísticos se desparramaran por el túnel, pero todo lo que vio fue a un hombrecillo de gesto adusto.

Después de lo que habían pasado, ya casi nada podía sorprender a los hombres de Monumentos, pero por lo visto no podía decirse lo mismo del guardia, que se quedó mirando maravillado al soldado, luego al vicario de Aquisgrán y por último a los otros dos soldados estadounidenses que iban con él.

—Hola, Etkorn —saludó el vicario.

Stout y Hancock habían perdido un tiempo precioso aquella mañana buscando un «guía» a instancias del cuartel, pero el vicario Stephany había resultado ser todo un hallazgo. El vicario era el hombre al que Hancock había encontrado en la catedral de Aquisgrán y que le había pedido que intercediera en favor de la brigada de bomberos. Al volver a encontrarse, el vicario se mostró sorprendido y reconoció que desde el principio había sabido de la existencia del depósito de Siegen, pese a haberle dicho a Hancock que no tenía la menor idea del paradero de los tesoros de la catedral.

—Hola otra vez, vicario —respondió con aspereza el hombrecillo que respondía al nombre de Etkorn, mientras se apartaba receloso para dejar entrar a los soldados. En cuanto cerró la puerta, un grupo de alemanes uniformados, aparentemente guardias, se cuadraron pero los dejaron pasar. Detrás de ellos había una puerta acorazada. *Herr* Etkorn sacó la llave antes de que se lo pidieran.

Gracias al foco de la linterna, al abrir la puerta Hancock distinguió una gran galería abovedada con revestimiento de ladrillo. Al momento le llegó una vaharada de aire caliente y húmedo. Las bombas aliadas habían averiado sin remedio el sistema de ventilación y el techo filtraba agua. George Stout fue el primero en entrar en la cámara y enfocó con la linterna un conjunto de grandes armazones de madera. Hancock se fijó en que los armazones llegaban hasta el techo y en que estaban llenos a rebosar de obras de arte: esculturas, pinturas, objetos de decoración, retablos, todo hacinado igual que la gente de aquel horrendo túnel. Bajo la luz de la linterna,

Hancock reconoció obras de Rembrandt, Van Dyck, Van Gogh, Gauguin, Cranach, Renoir y, sobre todo, Peter Paul Rubens, el gran pintor flamenco del siglo XVII nacido en Siegen. Vio que en algunos de los lienzos se había formado moho y que la pintura de varios paneles de madera estaba hinchada o desconchada.

—¡Aún está aquí! —gritó el vicario en un rincón a oscuras.

Stout y Hancock corrieron hacia el último de catorce grandes paneles de plataformas. Dentro había seis voluminosos cajones con la marca: «Catedral de Aquisgrán».

—El sello está intacto —observó Stout.

—Hace dos semanas, el *Oberbürgermeister* de Aquisgrán... —empezó a decir el hombrecillo de semblante severo llamado Etkorn.

—El ex alcalde —corrigió el vicario Stephany.

Etkorn fingió no advertir la animadversión del vicario hacia un funcionario del partido.

—El *ex Oberbürgermeister* de Aquisgrán —dijo de nuevo— intentó llevarse los tesoros al saber que se acercaban los americanos. Pero los cajones pesaban demasiado.

Hancock acarició la madera con la mano. Dentro estaba el busto de plata dorada de Carlomagno con fragmentos de su cráneo, el manto de la Virgen María, la cruz procesional de Lotario decorada con el camafeo de Augusto y numerosos relicarios de oro y metal forjado. Con cuidado, deslizó la tapa de un cajón sin marcar. Dentro estaba el relicario de san Heriberto de Deutz, del siglo XII.

—¿Eso es oro? —musitó una voz sobrecogida.

Hancock se había olvidado del soldado que los había acompañado a la mina. Hacía meses que los oficiales de Monumentos conocían la existencia de aquel depósito. Tenían una ligera idea de lo que podían encontrar, pero la presencia de aquellos vestigios del pasado de la humanidad resultaba impresionante incluso para ellos, tanto más teniendo en cuenta lo improbable e inapropiado del lugar.

—Oro y esmalte —respondió Hancock, indicándole al soldado que le echase una mano con la pesada tapa.

—¿Cuánto vale?

—Más de lo que ninguno de nosotros pueda imaginar.

Etkorn les enseñó el resto de sala. La mayoría de las plataformas contenían las obras de los museos del oeste de Alemania, en especial los de Bonn, Colonia, Essen y Münster. Otras contenían los tesoros de las iglesias renanas. Para su decepción, las únicas obras extranjeras de Siegen procedían de Metz, que de hecho ya sabían que se encontraban ahí. El patrimonio cultural robado del resto de Europa occidental estaba escondido en otra parte, tal vez en otra mina, a la espera de ser encontrado.

Etkorn señaló un conjunto de cuarenta cajas.



—De la casa de Beethoven en Bonn. El manuscrito original de la *Sexta Sinfonía* corre por alguna de las cajas.

—Yo estuve ahí —murmuró Hancock, recordando los cerezos en flor en medio de las ruinas.

Cerca de la entrada había dos enormes tablas de roble. Hancock reconoció en ellas un conjunto de paneles que representaban la vida de Cristo en bajorrelieve. Sintió el impulso de tocarlas con sus manos de escultor, de sentir las viejas hendiduras del cincel. Eran tallados de factura primitiva, pero también eran historia, objetos portadores de una magia inefable para las gentes que las contemplaban en la Edad Media.

—Las puertas de Santa María del Capitolio de Colonia —dijo Etzkorn, con emoción sincera—. Conozco bien esa parroquia.

Hancock asintió con la cabeza aunque no hizo ningún comentario. Santa María había sido destruida. Las puertas, sospechaba, eran todo cuanto quedaba de ella.

—Sé lo que está pensando —le dijo Stout a Hancock cuando terminaron la inspección preliminar—. Parece una locura dejarlo todo aquí. La humedad, el aire viciado... y los guardias tampoco parecen de fiar. Pero no tenemos camiones, ni embaladores, ni transportistas. Ni siquiera tenemos un lugar mejor adonde llevarlas. Apostaremos un guardia armado de la división de infantería, volveremos mañana y estudiaremos qué es lo que hay. Pero no podemos sacarlas. No hasta que realicemos los preparativos necesarios. No se preocupe, Walker, por lo menos están seguras. Ahora ya nada puede dañarlas.

Salieron por un túnel más corto que los dos anteriores, por lo visto la entrada principal al depósito. Al igual que el primero, estaba lleno de personas desplazadas que habían ido a refugiarse del asalto aliado. La mayoría de los desplazados, sin embargo, llevaba uniforme. Los había de todos los cortes y colores, muchos de ellos desconocidos para Walker Hancock. Al verlos pasar, muchos de ellos se cuadraban y saludaban.

—*Quand pourrons-nous rentrer en France?* —gritó alguien.<sup>[185]</sup>

Hancock se dio la vuelta y vio a un grupo de prisioneros franceses que lo miraban expectantes. ¿Los Aliados habían llegado para rescatarlos? Hancock no lo sabía, así que se limitó a decirle que durante las últimas semanas había visto camiones con antiguos prisioneros dirigiéndose hacia el oeste. Ya en la entrada, un hombre de avanzada edad agarró a Hancock por la manga y farfulló algo sobre la crueldad de los nazis. Le preocupaba el destino de su familia y estaba tan agitado que escupía espuma por las comisuras de la boca. Intentó seguirlos, pero estaba demasiado débil. Hancock lo dejó al pie de la colina, junto al resto. Cuando se dio la vuelta, el hombre seguía ahí, viendo cómo se alejaban. Hancock se sintió fatal, pero estaba molido y tampoco podía hacer nada. Sólo había pasado bajo tierra una tarde, y sin embargo le parecía

una eternidad.

Se dio la vuelta una última vez. Bajo la luz sesgada del atardecer parecía una colina como cualquier otra, yerma, desolada y sembrada de escombros. Nada dejaba entrever las maravillas y los horrores que se ocultaban en su interior.

## PERDIDOS

Este de Aquisgrán, Alemania

4 de abril de 1945

Al norte de Essen y al este de Aquisgrán, en la zona conocida como la bolsa del Ruhr, el capitán Walter Huchthausen y su ayudante el sargento Sheldon Keck, representantes de la sección de Monumentos en el 9.º Ejército estadounidense, se dirigían al frente de batalla para cerciorarse de ciertos rumores acerca de un retablo. Hutch, soltero y muy sociable, ya estaba recuperado de las heridas sufridas durante el bombardeo de Londres y a sus cuarenta años empezaba a dar lo mejor de sí. Keck, casado y proveniente del ámbito de la conservación, se había incorporado a filas en 1942, cuando su hijo Keckie no contaba más que tres semanas. Desde entonces no había vuelto a verlo, pero su mujer, Caroline, conservadora de arte también ella, no se lo echó en cara ni una sola vez. Caroline había estudiado en Berlín durante los años treinta, cuando la comida era escasa, el empleo inexistente y la corrupción endémica. En la universidad se suicidaban unos quince estudiantes al mes, hasta que al final clausuraron su facultad. Por dos veces vio hablar a Hitler en directo, y sus palabras todavía la estremecían hasta los huesos. Habría querido que Sheldon volviera, pero se hacía cargo de la importancia de la misión. Además, por lo menos en los primeros años, el pequeño Keckie ni siquiera echaría en falta a su padre.

—No hay mucho tráfico por aquí —observó Keck tras veinte o treinta minutos conduciendo. Los mapas habían resultado inútiles, como de costumbre, pues muchas de las carreteras eran intransitables por culpa de los desperfectos o por la presencia de combatientes enemigos. Los oficiales de Monumentos estaban acostumbrados a perderse, pero también lo estaban a ver pasar jeeps, tanques y camiones de camino al frente. Ese día, sin embargo, no se veía un alma.

—Preguntemos —resolvió Keck.

No se veían puestos militares aliados a los lados de la calzada, aunque dos o tres kilómetros más adelante Hutch divisó un grupo de soldados norteamericanos en el terraplén de la vía.

—Gracias a Dios —dijo mientras aminoraba.

Pero nada más pisar el freno hubo una ráfaga de disparos. Sheldon Keck, en el asiento del copiloto, oyó una explosión repentina y, casi al mismo tiempo, notó que un peso caía sobre él y lo arrojaba al suelo del vehículo. Apenas le dio tiempo a ver que los soldados subían el terraplén, sintió una subida de adrenalina y, de pronto, todo se volvió negro y el mundo se esfumó. Cuando recuperó la conciencia, vio unas

manos que lo introducían en una trinchera. El jeep estaba en la carretera, agujerado como un colador. Los soldados sólo pudieron decirle que a Hutch se lo había llevado una ambulancia, «que le salía sangre de la oreja, que su rostro estaba blanco como la nieve».<sup>[186]</sup>

Sheldon pasó los dos días siguientes corriendo frenético de hospital de campaña en hospital de campaña en busca de su superior. Nadie sabía nada; el nombre de su amigo no encajaba con la placa identificativa de ninguno de los soldados heridos. Terminó dando con él, pero no en un hospital sino en el listado de muertos. Walter Huchthausen había sido alcanzado por un proyectil de arma de fuego y había muerto en el acto en la carretera al este de Aquisgrán. Su cuerpo era el peso que había derribado a Keck, protegiéndolo de las balas y salvando así su vida. Sería algo que Sheldon Keck —y su hijo Keckie, que gracias a Hutch pudo conocer a su padre— nunca olvidaría.

La noticia de la muerte de Hutch, como la de Balfour, se corrió poco a poco por las filas de la MFAA. Era el segundo hombre que perdían de un total de nueve. Reaccionaron con calma y resignación, con una parsimonia equiparable a la del oficial que acudió a la pequeña casa de Dorchester, Massachusetts, para comunicar a la anciana madre de Walter Huchthausen que su hijo había fallecido.

Semanas más tarde, temiendo que la labor de Hutch cayera en el olvido, Walker Hancock le escribiría a su mujer, Saima:

Era un tipo estupendo y estaba convencido de la bondad fundamental de la gente. Bill [Lesley] lo conocía mejor que yo —eran viejos amigos—, pero la actitud de Hutch con respecto a su misión en la guerra es uno de mis mejores recuerdos. [...] Los edificios que, como joven arquitecto, soñaba construir ya no existirán jamás [...] aunque gracias a él las pocas personas que lo vieron en acción —tanto amigos como enemigos— deben de tener un mejor concepto de la raza humana.<sup>[187]</sup>

## UNA SEMANA PARA EL RECUERDO

Merkers, Alemania  
8-15 de abril de 1945

El 6 de abril de 1945, dos días después de la muerte de Walter Huchthausen, un jeep estadounidense alcanzó a dos figuras que caminaban arrimadas la una a la otra por la polvorienta carretera.

—Buenos días, señoritas —dijo uno de los policías militares, con el dedo en el gatillo de su pistola—. Saben que se ha declarado el toque de queda, ¿verdad? Órdenes del general Patton.

Nada más decir esto, se dio cuenta de que una de las mujeres estaba embarazada.

Eran desplazadas francesas y se dirigían a la vecina ciudad de Kieselbach en busca de una partera. Tras consultar con el jefe de la Policía Militar del XII Cuerpo, los agentes se ofrecieron para llevarlas a la ciudad. En las afueras de Merkers, el conductor se fijó en una colina erosionada y preguntó de qué era la mina por la que estaban pasando. Una de las mujeres señaló una portezuela y dijo: «*Or*», oro en francés.

Los agentes se detuvieron.

—*Or*? ¿Está segura?

La mujer asintió con la cabeza.

—*Lingots d'or*.

Robert Posey y Lincoln Kirstein, los oficiales de Monumentos del 3.<sup>er</sup> Ejército estadounidense, llegaron a la mina dos días después, la tarde del 8 de abril de 1945. La entrada era inconfundible. Cada pocos pasos había un grupo de soldados de guardia y a lo largo de la estrecha carretera se habían instalado dispositivos antiaéreos. Posey calculó que debía de haber una compañía entera (más de cien hombres), pero a medida que iban dejando atrás puestos de inspección y vigilancia corrigió sus estimaciones a medio batallón (doscientos hombres como mínimo). En realidad, Merkers estaba custodiado por dos batallones de infantería al completo, reforzados por miembros de otros dos batallones de tanques.

El montacargas, lleno de oficiales enviados desde el cuartel de Frankfurt para verificar la presencia de oro y divisas, olía a azufre y crujía como los tablones de madera de una vieja escalera. A Kirstein empezaron a dolerle los oídos debido a la presión.

—¿Qué profundidad tiene la mina? —le preguntó al operario.

—Seiscientos treinta metros, más de medio kilómetro —respondió el oficial—. Por cierto, el capataz es un cabeza cuadrada, no entiende una palabra.

—Espero que no sea un oficial rezagado de las SS.<sup>[188]</sup>

—Pierda cuidado, soldado. Hay oficiales de tres estrellas por todas partes. Ni se fijará en ustedes.

El montacargas se abrió y asistieron a una escena sacada del infierno dantesco: oscuridad, sombras, hombres corriendo en todas direcciones, vapor, agua, cables, instrumentos metálicos semejantes a insectos tirados por el suelo, oficiales gritando órdenes y el eco de cada sonido rebotando en la piedra. Las luces, al menos las que funcionaban, proyectaban imágenes deformes en las paredes y reflejaban la película acuosa que cubría los cuellos y brazos de la mayoría de los hombres. Hombres y equipo eran regados con mangueras, y el agua se acumulaba formando charcos fangosos en el suelo. Bastaron unos segundos para que Kirstein empezara a sudar de la humedad. Con una mano se secó el sudor de las cejas y se masajeó la dolorida garganta.

—Son las sales minerales de las paredes —dijo alguien, alargándole un trapo—. Cúbrase la nariz con esto. Y cuando vuelva arriba úselo para frotarse las botas. Esta agua salada podría comerse el cuero en sólo un día.

Pasaron por delante de unos soldados de guardia y un grupo de hombres que transportaban una gran pila de papel moneda que alguien había dejado junto al montacargas. Los empleados de la banca nazi habían intentado evacuar el dinero la semana anterior, pero como era domingo de Pascua no había nadie de servicio en la estación. Detrás del dinero, un muro de sacos terreros protegía un nido de artillería ocupado por una pareja de soldados silenciosos protegidos con casco. A su espalda había una gran puerta de acero, como las de las cajas fuertes de los bancos. Por lo visto, nadie tenía la llave, pues se había abierto un boquete en el muro de ladrillo que la rodeaba, de casi un metro de grosor. Posey y Kirstein entraron por él. Lo primero que vieron fue a un oficial estadounidense sacándose una foto con un casco a rebosar de monedas de oro; detrás de él se encontraba la Sala Número 8, la gran cámara del tesoro nazi.

Lincoln Kirstein levantó la vista. Encima de él, el techo de piedra maciza brillaba con el reflejo de un centenar de focos. Calculó que debía de medir al menos cuarenta y cinco metros de largo, sin una sola columna de soporte, por unos veintidós de ancho. ¿Y de altura? Unos seis metros, con una hilera de lámparas colgando en el centro de la estancia. Debajo de las luces había una vía férrea y, al fondo de la habitación, unas cuantas carretillas cargadas con cajas. A Posey le pareció que la fila de cajas no era muy larga; luego se dio cuenta de que era por culpa de la perspectiva. En realidad, las cajas eran más altas que los soldados que las cargaban en las carretillas. Delante de las cajas, ocupando buena parte del suelo, había miles de

bolsas. Eran todas idénticas: de color marrón, del tamaño de una hogaza de pan y atadas por la parte superior. Formaban montones de cuatro bolsas de alto por cinco de ancho, con veinte hileras por sección, separadas unos treinta centímetros las unas de las otras. Kirstein intentó contar las secciones, pero era imposible. Las últimas quedaban tan alejadas que no alcanzaba a distinguir el paso de separación entre ellas. Eran como puntos en la distancia. Y todas y cada una de aquellas bolsas —mil, diez mil, cien mil— estaban llenas de oro.

Las obras de arte, almacenadas en una cámara cercana, eran en su mayoría pinturas. Algunas estaban guardadas en cajas; otras en contenedores marcados con tapas de bisagra cerradas con candado; otras aún envueltas en papel de estraza. Muchas de ellas estaban amontonadas en posición vertical en compartimentos de madera, como si fueran carteles de saldo. Kirstein les echó un vistazo. Un delicioso cuadro de Caspar David Friedrich de una goleta lejana presentaba un rasgón en el cielo, aunque el resto parecían en perfectas condiciones.

—Tampoco es para tanto —dijo Posey.

—Oh, esto no es todo —dijo un oficial que pasaba por ahí, y soltó una carcajada—. Abajo hay kilómetros de túneles.

Los pasajes exteriores eran menos espectaculares que la Sala Número 8. La actividad también era menor y en ellos podía sentirse la claustrofobia de encontrarse en un corredor angosto a setecientos metros bajo tierra. Kirstein se imaginaba detonadores escondidos y a los alemanes a la espera de los peritos en arte para volar los túneles y convertirlos en una tumba subterránea, como si su plan consistiera en atraerlos hacia las profundidades, como el villano del barril de amontillado en el cuento de Edgar Allan Poe.

—A saber cuántas toneladas de tierra hay encima de nosotros ahora mismo —comentó Kirstein mientras se introducía por el estrecho pasaje. Y pensaba en la pequeña goleta de Caspar David Friedrich bajo el cielo inmenso.

—Sólo hay una cosa peor que ser soldado en estos túneles —dijo Posey—, ser el minero que los cavó.

Lo que no podía saber era que todas aquellas toneladas de oro y obras de arte habían sido llevadas al subsuelo por trabajadores forzados, judíos de Europa del este y prisioneros de guerra en su mayoría.

Poco a poco, Posey y Kirstein empezaron a hacerse cargo de la cantidad de material oculto en las minas de Merkers. Esculturas embaladas aprisa y corriendo, con fotografías de los catálogos de los museos pegadas en la caja para saber cuál era su contenido. Antiguos papiros egipcios en cajas de metal que la sal de la mina había reducido a la consistencia del cartón mojado. No había tiempo para examinar las antigüedades de inestimable valor, pues en otras salas se acumulaban antiguas obras decorativas griegas y romanas, mosaicos bizantinos, alfombras islámicas y carteras

de cuero y bucarán. Escondidos en una cámara lateral que pasaba casi inadvertida, encontraron las planchas originales de la famosa serie del *Apocalipsis* de Albrecht Dürer, de 1498, aparte de más cajones con pinturas de Rubens, Goya, Cranach, junto con otras obras menores.

—No siguen ningún orden —observó Kirstein—. Se mezclan períodos y estilos distintos, obras maestras con piezas nuevas, cajas procedentes de varios museos. A saber qué ha ocurrido aquí.

—Los han juntado por tamaño —dijo Posey, fijándose en la uniformidad de los cuadros de una de las cajas.

Salieron de la mina al atardecer y regresaron en coche a Frankfurt para dar parte de los descubrimientos. Con ellos iba el mayor Perera, un oficial enviado por el 3.<sup>er</sup> Ejército para examinar el oro y las reservas de dinero. Perera notificó en un primer momento que se habían encontrado 8.198 lingotes de oro, 711 sacas de monedas de veinte dólares de oro estadounidenses, más de 1.300 sacas con monedas de oro de distinta procedencia, cientos de sacas de divisas y 2.760 millones de dólares en marcos del Reich, así como divisas de varios países, plata, platino y las planchas utilizadas por el gobierno alemán para acuñar moneda.<sup>[189]</sup> Un empleado de banca al que se encontró en la mina, *Herr Veick*, confirmó que se trataba del grueso de las reservas del tesoro nacional de Alemania.

Posey indicó que, a juzgar por la evaluación preliminar, las obras de arte también procedían de Berlín. Las habían embalado con prisa y torpeza, probablemente a causa de la impaciencia por trasladar todo cuanto fuera susceptible de ser transportado. La mina contenía miles de obras de arte y, a primera vista, ninguna parecía proceder del saqueo de otros países.

A la mañana siguiente, Robert Posey llamó a George Stout. Por pura casualidad, el oficial al mando de la MFAA, Geoffrey Webb, el erudito británico, estaba reunido con Stout en Verdún, de modo que Posey aprovechó para reclamar inmediatamente la presencia de ambos. Hecho esto, él y Kirstein salieron para la cercana ciudad de Hungen, recién invadida por el 3.<sup>er</sup> Ejército. Pocas horas más tarde, en el *Schloss Braunfels*, un castillo edificado como fortaleza en 1246, encontraron suficientes incunables, manuscritos antiguos y textos sagrados judíos como para llenar un museo entero. El material saqueado estaba destinado a los institutos de estudio de la raza del cerebro del ERR, Alfred Rosenberg, cuyo propósito era demostrar la inferioridad de la raza judía.

Por la noche, Posey le escribió a su mujer, Alice: «Supongo que es mejor escribir una carta corta y trivial que no escribir nada en absoluto. El caso es que estoy tan ocupado que cada día trabajo hasta caer rendido e incapaz de hilvanar unos pocos pensamientos sobre el papel. Cuando uno trabaja dieciséis horas al día siete días por semana, no le queda mucho tiempo libre».<sup>[190]</sup>



A medida que la guerra se acercaba a su fin y su trabajo adquiría mayor relevancia, los miembros de la MFAA tenían menos tiempo y libertad para relatar sus experiencias a sus seres queridos.

George Stout llegó a Merkers el 11 de abril de 1945. Tras su visita a Siegen, donde había logrado convencer a la 18.<sup>a</sup> División de Infantería de que apostara un número de guardias suficiente, esperaba encontrar una mina semiabandonada. Nada más lejos: Merkers era un hervidero de oficiales aliados, guías alemanes y peritos de todas las ramas de Asuntos Civiles. La guardia ascendía a casi cuatro batallones (más de dos mil hombres), incluido un batallón de infantería enviado desde el frente, y aun así, el número de militares parecía inferior al de corresponsales extranjeros. Tal como escribió Kirstein: «Debido al hecho de que las obras de arte [...] se encontraron junto a las reservas de oro del Reich, la noticia recibió un tratamiento insólito por parte de la prensa».<sup>[191]</sup> En otras palabras, los periodistas no estaban muy interesados en las grandes obras de arte de Alemania —prueba de ello es que muchas de sus informaciones estaban equivocadas: hubo, por ejemplo, quien se refirió al busto de la reina Nefertiti como una momia—, pero una mina llena de oro nazi era un titular irresistible. Patton estaba tan furioso de que hubiera habido una filtración que destituyó al censor responsable pese a no tener autoridad para ello. No obstante, el daño ya estaba hecho. El *Stars and Stripes* publicaba noticias sobre Merkers a diario, y los periódicos de todo el mundo siguieron su ejemplo. Tres días más tarde, un hallazgo todavía más espectacular saltó a los titulares del mundo entero: al fin alguien cayó en la cuenta de que el nombre de la nueva mina «Mercedes» se escribía en realidad «Merkers».

Stout había sido convocado a las 15.00 horas sin Geoffrey Webb, quien pese a ostentar mayor rango era británico. La división financiera de Asuntos Civiles le había negado el pase a Webb. Stout llegó a las 14.45 en un jeep cedido por el 3.<sup>er</sup> Ejército y fue conducido sin dilación ante un teniente coronel que lo acompañó a una sala y le comunicó que no podría salir hasta nueva orden. La sala estaba llena de miembros de la división financiera. A las 21.15, el coronel Bernstein, asesor financiero de Ike Eisenhower en materia de asuntos civiles y gobierno militar, apareció e informó a Stout de que sería el oficial de la MFAA al frente de la operación. Cuando Stout protestó por la exclusión de Geoffrey Webb, Bernstein le mostró una carta de Patton en la que se decretaba que Bernstein estaba a cargo de la mina. El mensaje era claro y no admitía réplicas: aquélla era una operación norteamericana, y sintiéndolo mucho por Webb, los oficiales británicos no tenían cabida en ella. Por lo demás, se trataba de una operación de tipo *financiero*. La cuestión de las obras de arte era secundaria. Alicaído, Stout mandó a Lincoln Kirstein para que le diera a Webb la mala noticia de

que Patton no quería «ni un maldito anglo» en la mina<sup>[192]</sup> y pasó el resto de la noche entrevistando al doctor Schawe, un bibliotecario alemán al que encontró «torpe e innecesariamente vengativo».<sup>[193]</sup>

A la mañana siguiente, Stout se reunió con el doctor Paul Ortwin Rave, un experto en arte alemán que llevaba desde el 3 de abril viviendo en la mina con su familia, su biblioteca personal y su preciada colección de alfombras. La prensa había publicado que Rave era director adjunto de los museos nacionales prusianos. En realidad era el ayudante del director, pero no era un subordinado cualquiera. Trabajador dedicado y profesional, su carrera había quedado obstaculizada al haberse negado a afiliarse al Partido Nazi.

Rave explicó que, al principio de la guerra, los tesoros de los museos nacionales alemanes se habían retirado de las galerías y depositado en cajas fuertes de bancos y torres antiaéreas de Berlín y las afueras. En 1943, Rave sugirió evacuar las colecciones del área de Berlín, que empezaba a convertirse en blanco de los bombardeos aéreos de los Aliados. Le contestaron que su postura era derrotista y peligrosa..., tal vez demasiado. Al año siguiente volvió a intentarlo, pero su propuesta se rechazó de nuevo y las amenazas contra su vida se repitieron. La autorización para trasladar las obras a Merkers no llegó hasta que los soviéticos empezaron a castigar la ciudad con artillería de largo alcance. Hubo que dejar cuatrocientos cuadros de grandes dimensiones —incluidas obras de Caravaggio y Rubens— en las torres de Berlín, junto con numerosas esculturas y antigüedades varias. Rave calculó que se necesitarían ocho semanas para trasladar todo lo demás; le dieron dos. El último envío llegó el 31 de marzo de 1945. Cinco días después, el 3.<sup>er</sup> Ejército invadía la zona.

«Dos semanas para transportar esta abrumadora cantidad de obras —observó Stout cuando terminó de escuchar el relato de Rave—. Menudo lujo. A nosotros nos han dado seis días».

Los generales —Dwight Eisenhower, comandante supremo del teatro de operaciones europeo; Omar Bradley, comandante del XII Grupo de Ejércitos; Manton Eddy, comandante del XII Cuerpo, y George Patton, el irreductible titán del 3.<sup>er</sup> Ejército— viajaron a Merkers la mañana del 12 de abril. El general de brigada Otto Weyland, comandante del XIX Mando Táctico Aéreo del 9.<sup>o</sup> Ejército, se reunió allí con el resto de generales. Acompañados por unos cuantos miembros del personal y un operador de montacargas alemán, los generales descendieron seiscientos metros hasta la mina principal de Merkers. El trayecto, completamente a oscuras, duró varios minutos. A mitad de él, sin más sonido que el crujido del solitario montacargas, Patton bromeó:

—Como esta cuerda de tendadero se parta habrá una avalancha de promociones

en el ejército estadounidense.<sup>[194]</sup>

—Basta ya, George —dijo la voz de Eisenhower en medio de la oscuridad—. Se acabaron los chistes hasta que volvamos a la superficie.

Bajar a una mina de potasio —o de cobre, o de sal, o cualquier otro tipo de mina alemana— era una experiencia incómoda. Eran minas operativas, no atracciones turísticas, y las galerías eran abruptas, angostas y estrechas. Buena parte del equipo era viejo y, como la guerra había provocado recortes de personal y materiales, estaba mal mantenido. Los alemanes habían elegido la seguridad de las minas para instalar sus depósitos, de modo que sus soldados estaban acostumbrados a adentrarse medio kilómetro bajo tierra y recorrer después otro medio por las profundidades. Vivir en la oscuridad perpetua, muy por debajo del nivel de la superficie, sin mapas de la mina ni garantías de que la siguiente galería no estuviera llena de bombas trampa ni el siguiente depósito repleto de dinamita, era una experiencia que ponía los nervios de punta. Por si con esto no bastara, como la mayoría de las minas se encontraban en zonas bombardeadas, sus fuentes de energía habían sido destruidas. Eran oscuras, frías y húmedas.

Así las cosas, es comprensible que los generales quisieran darse prisa. En la Sala Número 8, en la que sólo quedaba el personal imprescindible, examinaron incontables hileras de lingotes de oro y billetes por valor de varios millones de dólares. En la siguiente sala ojearon las pinturas. Patton opinaba que debían de valer «unos dos dólares con cincuenta y que eran ideales para el salón»,<sup>[195]</sup> aunque lo que en realidad tenía delante eran las piezas de la colección del mundialmente famoso Museo Kaiser-Friedrich de Berlín. Otras salas, reservadas para las SS, abundaban en fuentes y jarrones de oro y plata, deformados a martillazos para facilitar su almacenamiento. Había baúles enteros llenos de joyas, relojes, plata, ropa, gafas y pitilleras de oro, últimos vestigios de un enorme botín que las SS todavía no habían tenido tiempo de fundir. Había ocho sacas de anillos, muchos de ellos alianzas de matrimonio. Uno de los soldados abrió otra saca y sacó un puñado de empastes de oro. Los habían sacado de los dientes de las víctimas del Holocausto.

—¿Qué haríais con todo ese botín? —preguntó Eisenhower durante el almuerzo, refiriéndose a los lingotes y el papel moneda.

Patton, con su acostumbrada brusquedad, contestó que se lo gastaría en armas o en medallas de oro «para todos los cabronazos del 3.<sup>er</sup> Ejército».<sup>[196]</sup> Los generales se echaron a reír, pero la cuestión era seria. Para desesperación de Stout y sus hombres de Monumentos, Bernstein procedía dando por sentado que todo el contenido de la mina, incluidas las obras de arte, pertenecía al botín del enemigo. Habrían de pasar meses antes de que se convenciera de que no era cierto.

La alegría tocó a su fin aquella misma tarde, cuando los generales visitaron Ohrdruf, el primer campo de trabajo nazi liberado por las tropas estadounidenses.

Ohrdruf no era un campo de exterminio, como Auschwitz, adonde se enviaba a los «indeseables» para su aniquilación, sino un lugar en el que se esclavizaba a los seres humanos hasta la muerte. Los generales y sus oficiales recorrieron el campo en silencio. El general Bradley escribiría al respecto:

El olor a muerte nos abrumó aun antes de cruzar la empalizada. Más de 3.200 cuerpos desnudos y consumidos yacían en tumbas poco profundas. Otros estaban tendidos en el suelo, en el mismo lugar donde habían caído. Los piojos saltaban por la piel amarillenta de sus enjutos y huesudos cuerpos. Un guardia [aliado] nos enseñó la sangre coagulada en gruesas costras de color negro allá donde los prisioneros muertos de hambre habían arrancado las vísceras de los muertos para comérselas [...]. Tenía el estómago demasiado revuelto para decir nada. La muerte en ese lugar estaba tan marcada por la degradación que nos quedamos de piedra, incapaces de reaccionar.<sup>[197]</sup>

Algunos de los supervivientes, reducidos a puros sacos de huesos, se levantaban sobre las piernas reseca y saludaban a los generales al pasar. Éstos caminaban en medio de un silencio sepulcral, apretando los labios. Varios miembros de su personal, hombres curtidos por muchos meses de guerra, rompieron a llorar abiertamente. El propio Patton, el viejo «Sangre y Agallas», se escondió detrás de un edificio y vomitó.

Eisenhower insistió en que todos los estadounidenses, militares o civiles, debían ver aquello. «Se nos dice que los soldados norteamericanos no saben por qué luchan. Ahora, por lo menos, sabrán contra qué luchan.»<sup>[198]</sup>

Patton fue aún más explícito: «Nadie sabe lo malnacidos que pueden llegar a ser los cabeza cuadradas hasta que ve ese agujero infecto con sus propios ojos».<sup>[199]</sup>

No fue hasta medianoche cuando Patton, agotado tras dos de las más notables y terroríficas expediciones de la historia, se echó a dormir. Antes de apagar la luz se dio cuenta de que se le había parado el reloj. Sintonizó la BBC para ponerlo en hora y en ese instante oyó una noticia de última hora: el presidente Franklin Delano Roosevelt había muerto.

Mientras los generales inspeccionaban las cámaras principales de Merkers, Stout exploraba las minas de los alrededores. El complejo de Merkers estaba formado por más de cincuenta y cinco kilómetros de túneles y una docena de entradas.<sup>[200]</sup> No existía inventario alguno de las obras guardadas en las minas, pero el doctor Rave poseía una lista de los museos y colecciones de donde procedían. Las colecciones de los museos berlineses habían sido las primeras en llegar y se habían almacenado en la mina de Ransbach. Rave se había mostrado poco satisfecho con la mina, por lo que los envíos siguientes se habían llevado a Merkers. Este punto preocupaba a Stout, pues Merkers, húmeda y salada, distaba de ser un emplazamiento ideal para las obras de arte, aunque como el montacargas de Ransbach no funcionaba resultaba imposible

inspeccionar sus contenidos.

Daba lo mismo, trabajo no faltaba. Al bajar a la mina de Philippstal, Stout encontró libros de referencia y mapas. Lincoln Kirstein, por su parte, fue a la mina de Menzengraben, donde sufrió un corte de suministro y se quedó atrapado en una oscuridad y un silencio absolutos a cientos de metros bajo tierra. «En vez de subir a pie una altura equivalente a dos veces el Empire State —escribió a su familia—, decidí explorar un gran depósito de uniformes de la Luftwaffe y me llevé un paracaídas y un cuchillo como recuerdo.»<sup>[201]</sup>

La mañana del 13 de abril, George Stout calculó el material necesario para embalar y transportar las obras: cajas, cajones, archivos, cinta adhesiva, miles de metros de material de embalaje. La conclusión: «Imposible obtenerlo.»<sup>[202]</sup>

Cuando el montacargas estuvo reparado, bajó a la mina de Ransbach acompañado por el irritante doctor Schawe. La mina era casi el doble de profunda que el pozo principal de Merkers y mucho más abrupta. Los libros ocupaban la práctica totalidad del espacio. Stout estimó que debía de haber un millón de volúmenes, tal vez dos. Las cuarenta y cinco cajas con obras de arte procedentes del museo de Berlín seguían donde Rave las había dejado. Siete estaban abiertas, pero las grandes obras de Dürer y Holbein estaban intactas. El fondo de vestuario de la Ópera Nacional había sido saqueado. «Los trabajadores rusos y polacos», masculló uno de las guías alemanes. Stout sabía que se refería a los trabajadores *forzados* y le costó echarles la culpa del pillaje.

De vuelta en Merkers, Stout supo por Bernstein que había habido un cambio de planes. La evacuación del 17 de abril se había adelantado al 15. «Una medida precipitada —anotó en su diario—, motivada por necesidades militares.»<sup>[203]</sup>

Hablar de necesidad era excesivo. La comodidad, contra la que Eisenhower había alertado en sus primeras resoluciones sobre la conservación cultural, parecía un término más adecuado. El general Patton planeaba seguir avanzando y no estaría dispuesto a dejar atrás cuatro batallones para vigilar una mina de oro. A todo esto, Bernstein también tenía motivos para querer actuar deprisa. En la Conferencia de Yalta de finales de febrero, Roosevelt, Churchill y Stalin habían dividido el Estado alemán en distintas zonas de control. Merkers, y todos sus tesoros, se encontraban en la zona soviética. Si el Ejército Rojo llegaba antes de que la mina hubiera sido evacuada —y circulaban fuertes rumores de que patrullas avanzadas estadounidenses y rusas ya se habían encontrado en la «tierra de nadie» del centro de Alemania—, sus contenidos desaparecerían en sus manos. De los soviéticos no podía esperarse que fueran ecuanímes, y con razón: habían sufrido millones de bajas durante la brutal y devastadora invasión nazi en su país. Sólo en Stalingrado se había cobrado más de un millón y medio de vidas. Las fuerzas que en esos momentos se abrían paso a uñas y dientes por territorio alemán incluían brigadas de trofeos: oficiales especializados en

arte y finanzas cuya misión consistía en encontrar y requisar bienes enemigos, tanto saqueados como de cualquier otro tipo. Stalin confiaba en el oro, la plata, el mármol labrado y las obras de arte como pago en especie por las pérdidas sufridas por su pueblo.

Pasados treinta minutos de la medianoche del 15 de abril, George Stout puso punto y final a los planes para evacuar Merkers. A falta de material de embalaje, había requisado mil abrigo de piel de oveja del depósito de uniformes de la Luftwaffe que Kirstein había encontrado en Menzengraben, de los que los oficiales alemanes utilizaban en el frente ruso. La mayor parte de las cuarenta toneladas de obras de arte se envolverían con los abrigo y se embalarían con obras similares para más tarde organizarlas por colecciones. Fue a ver al coronel Bernstein. El oro pesaba demasiado para cargarlo en la caja de los camiones, de modo que se alternaría con los cuadros para aprovechar al máximo el espacio. Las operaciones de carga empezarían en una hora, a las 02.00, treinta y seis horas antes del plan inicial. A las 04.30, se llevaron a la superficie las obras que ya estaban en cajas. «No hay tiempo ni para dormir», escribió Stout.<sup>[204]</sup> Había que preparar los recibos y las instrucciones para descargar y almacenar las obras en Frankfurt.

A las 08.00, una hora antes de la partida del primer convoy, Stout se puso manos a la obra con los cuadros sin caja. La idea era trasladarlos de forma provisional a un edificio a nivel de superficie, pero pese a disponer de veinticinco hombres la tarea se demostró imposible. Hacia última hora de la tarde el grupo había ascendido a cincuenta y Stout decidió embalar las pinturas bajo tierra. Por desgracia, el tamaño de los cajones dificultaba las maniobras, y más teniendo en cuenta la confusión que reinaba en las galerías, ya que los jeeps que se habían bajado a la mina para ayudar a sacar el oro bloqueaban algunos corredores. Por si esto fuera poco, los gases de escape enrarecían el aire y el petardeo del motor reverberaba amenazador por los túneles de piedra. El oro se rociaba con agua para retirar la corrosiva sal de la mina y en la galería que conducía al montacargas el agua cubría hasta el tobillo. Los soldados corrían en todas direcciones acarreando sacas de dinero, bolsas de oro y arte antiguo, y Stout no sabía ya qué hacer para que sus hombres no se dispersaran con todo aquel desbarajuste, ralentizando aún más el trabajo.

A las 00.05, pasados cinco minutos de la medianoche del 16 de abril, Stout dejó escrito que «todos los cuadros [se encuentran] a nivel de superficie, en tres lugares. Todas las cajas de grabados, a nivel de superficie en dos lugares. Las obras embaladas bajo tierra, parcialmente reordenadas, apiladas y listas para subir al montacargas».<sup>[205]</sup> En Ransbach, las labores de carga empezaron a las 08.30; en Merkers, media hora más tarde, con la participación de setenta y cinco hombres y

cinco oficiales. A las 13.00, se recurrió a la ayuda de los prisioneros de guerra. A las 21.00, todas las pinturas estaban cargadas. Stout se dirigió a la mina de Dietlas, a la que se llegaba a través de un pasaje subterráneo desde el pozo principal de Merkers, y allí encontró equipos fotográficos, cuadros modernos y organizadores de archivos. Un lote procedente de Weimar llevaba la inscripción 933-1931, mil años de historia municipal. «Inspección terminada a las 23.00 —escribió—. Vuelvo a Merkers, ceno, informo.»<sup>[206]</sup>

El convoy del arte —treinta y dos camiones de diez toneladas con una escolta de infantería motorizada y cubierto desde el aire— partió con destino a Frankfurt a las 08.30 y llegó a las 14.00. Stout anotó tan sólo: «Complicaciones con la descarga. L. Kirstein ha sido de gran ayuda. Tarea realizada por ciento cinco PG [prisioneros de guerra] en mal estado de salud. Almacenado en ocho salas provisionales a nivel de sótano y una gran sala subterránea». El inventario de Stout consignaba 393 pinturas (sin caja), 2.091 cajas de grabados, 1.214 cajas y 140 piezas textiles, o lo que es lo mismo, la mayor parte de los tesoros nacionales prusianos. «Tarea finalizada y zona asegurada a las 23.30.»<sup>[207]</sup>

«La última vez que las vi —escribió Lincoln Kirstein relatando la operación—, el teniente Stout estaba muy serio e iba con un aerómetro por todos los rincones de su nuevo hogar para determinar el grado de humedad.»<sup>[208]</sup> Se había pasado casi cuatro días sin dormir, pero como siempre George Stout había terminado su trabajo, y además de forma satisfactoria.

El 19 de abril, Stout le escribió a Margie con su habitual comedimiento:

No sabes cuánto lamento no haberte escrito durante estos cinco días. He estado realmente ocupado [...], un trabajo de lo más singular y estafalario, en unas minas de sal entre 360 y 750 metros bajo tierra. Habrás leído algo al respecto en los periódicos. Se publicó por error y las consecuencias hubieran podido ser gravísimas. Como es natural, nos está terminantemente prohibido hablar de ello, así que por el momento no puedo decir más.

Hoy ha hecho mucho calor y he salido a caminar una hora y media. El sol me prueba y, después de esta carrera de locos, empiezo a recordar que no soy sólo un mecanismo de repetición. A veces es bueno sentirse una simple pieza de engranaje, porque entonces no sueñas con estar en casa ni deseas placeres inalcanzables. Pero no quiero ponerme morbosos. El trabajo es interesante. Y hay que hacerlo. Y estoy muy bien.<sup>[209]</sup>

La carta termina diciéndole a Margie que Merkers ha tenido su premio: un par de abrigo forrados de piel del frente soviético que le sirven de saco de dormir. Esos abrigo y un cuchillo de paracaidista fueron los únicos recuerdos que se llevó.

Robert Posey, que a ratos había colaborado con Stout en Merkers, describió la operación de una forma más directa en una carta fechada a 20 de abril, pocos días después de abandonar la mina:

En la mina de oro me llenaron el casco con monedas de veinte dólares de oro y me dijeron que podía quedármelas. No pude ni levantarlo del suelo —había treinta y cinco mil dólares—, así que volvimos a

guardarlo en las sacas y ahí lo dejamos. Creo que no tengo ninguna clase de apetencia por el dinero, porque no sentí absolutamente nada al ver tanto ahí reunido. Tu poema significa más para mí.<sup>[210]</sup>

Habían sido unas semanas inolvidables, pero los hombres de Monumentos no lo celebraron. Si los Aliados habían topado con Merkers, cabía esperar que pudieran topar con algo igual de extraordinario e inesperado, como pronto habría de comprobar Walker Hancock. Además, en alguna parte del territorio bajo dominio nazi, tenían que estar los dos grandes tesoros robados del arte europeo: las grandes obras del patrimonio artístico francés, que según Rose Valland se encontraban en el castillo de Neuschwanstein, y la cámara del tesoro de las profundidades de Altaussee, en los Alpes austríacos, donde se guardaban muchas de las mejores obras de arte del mundo.



SECCIÓN  
IV

EL VACÍO



# SAL

Altaussee, Austria

1100-1945

Los Alpes, la cordillera montañosa más alta y escarpada de Europa, se elevan hasta una cota de unos mil seiscientos metros sobre el nivel del mar a lo largo de la frontera entre Alemania y Austria. Conforman un terreno de abruptos picos rocosos, llenos de montañas cubiertas de nieve y pintorescos chalés. La carretera desde Salzburgo, la vía de entrada más importante desde el norte, serpentea sinuosa montaña arriba para dejarse caer luego hasta los verdes valles boscosos, a cual más remoto. Durante kilómetros, los bosques son tan espesos que no se ven más que árboles. Entonces, como salido de la nada, aparece un lago alpino y, al otro lado de éste, un pueblecito de maqueta de tren, de tejados pronunciados y relieves ornamentales, asentado al pie de la ladera. A unos setenta kilómetros de Salzburgo se halla el puerto de Pötschen. La carretera que lleva a él es tan empinada, tortuosa e insegura que apenas resulta transitable. El puerto termina desembocando en un valle alpino, al fondo del cual se encuentra el pequeño pueblo de Bad Aussee y, por fin, pasados unos kilómetros, a orillas de otro espectacular lago, la aldea de Altaussee, más pequeña aún.

Desde ahí, la carretera inicia un ascenso tan pronunciado que, en comparación, el puerto de Pötschen parece un suave desnivel. Junto a la carretera corre un claro y espléndido arroyo; a lo lejos pueden verse las montañas, inmensas e imponentes. Son masas de piedra caliza, formadas en las profundidades de un antiguo mar, y hasta en los días más soleados se ven de un color gris pálido bajo las capas de nieve. Un inhóspito edificio de piedra, colgado de mala manera al borde de un precipicio de trescientos metros, señala el principio del fin. Más allá, hay sólo una construcción de formas irregulares y un muro de piedra, la inclinada ladera del monte Sandling. Un pequeño túnel se abre en la montaña, la entrada principal a una antigua mina de sal. La leyenda local asegura que hace tres mil años que se extrae sal del yacimiento, desde antes de la fundación de Roma, en tiempos del antiguo Imperio egipcio. Los documentos locales, sin embargo, se remontan tan sólo hasta el año 1100.

Por aquel entonces, en torno al primer milenio, la sal era uno de los fundamentos de la civilización. Sin ella, la comida no podía conservarse ni transportarse, es decir, que sociedades enteras sobrevivieron gracias a la sal. En ocasiones, a los legionarios romanos se les pagaba con sal (de ahí la palabra «salario»), y los mercaderes cubrían las rutas de la sal con sus grandes caravanas, conectando Europa y Occidente con Asia y Arabia. En el Tíbet, Marco Polo descubrió que la sal se prensaba en láminas

que, marcadas con la efigie del Gran Kan, se empleaban como dinero. Tombuctú, la gran civilización perdida de África, concedía a la sal el mismo valor que el oro. Los primeros alemanes, cuyos ancestros visigodos saquearon Roma y sumieron a la civilización en una edad oscura, dependían económicamente de sus minas de sal y, sobre todo, de los impuestos procedentes de las rutas derivadas de su comercio. La ciudad de Múnich, uno de los primeros feudos de poder del Partido Nazi, fue fundada en 1158 para que el gobernante de Baviera pudiera recaudar con mayor facilidad el impuesto sobre la sal transportada desde la ciudad de Salzburgo (en alemán, «castillo de sal»).

A través de los siglos, mientras ciudades e imperios florecían y caían, la mina de Steinberg, en el monte Sandling, justo pasada la aldea y el lago de Altaussee, siguió produciendo sal. La sal no se extraía a pico y pala, sino disolviéndola en un curso de agua regulado por medio de conductos y esclusas especiales. El agua descendía desde la montaña, sobre todo durante los deshielos primaverales, y bajaba hasta la mina. Ahí se impregnaba de la sal de las rocas y se mandaba montaña abajo hacia Bad Ischl, a una treintena de kilómetros, donde la salmuera se evaporaba para obtener cristales de sal pura. Un grupo de ciento veinticinco mineros se ocupaba de mantener los conductos y las esclusas, apuntalar las grutas para resistir la presión de la montaña y asegurarse de que aquel vasto laberinto de salas y túneles no confluyeran, poniendo en peligro la estabilidad de la estructura.

Desde el siglo XIV, dicho trabajo era competencia de los miembros de un reducido núcleo de familias residentes en las colinas o en las proximidades de la mina. Con el paso de los siglos, la estatura media del ser humano fue en aumento, pero no así la de los mineros, que parecían encogerse debido a las exigencias del trabajo en la mina y la cantidad de tiempo que pasaban bajo tierra (aunque la dieta y la endogamia fueran las causas más probables). Aún a principio del siglo XX, esta pequeña comunidad aislada hablaba un dialecto de resonancias medievales. Exploraban los túneles con antorchas de acetileno y vestían las ropas de lino blanco y los sombreros de pico característicos de los mineros de la Edad Media.

Sin embargo, en el invierno de 1943-1944, la mina de sal de Altaussee recibió la embestida del mundo moderno. Los primeros en llegar fueron los vehículos impulsados por orugas necesarios para maniobrar en las carreteras durante el invierno, cuando la nieve alcanza los cinco metros y llega casi hasta las copas de los árboles. Siguieron los jeeps de suministros y por último una hilera casi interminable de camiones que iban y venían por los empinados puertos de montaña. Los oficiales nazis se erigieron en guardianes de la mina. Los trabajadores empezaron a ampliar las oquedades y a construir suelos de madera, paredes y techos en docenas de cámaras de sal. En las profundidades de la montaña se armaron grandes plataformas de madera, algunas de hasta de tres pisos de altura. Peritos y funcionarios se trasladaron al lugar;

se instaló un taller en el interior de la mina, en el que los técnicos pudieran trabajar e incluso vivir durante días. Y todo por el arte.

Los museos vieneses fueron los primeros que almacenaron sus tesoros en Altaussee, pero poco después Hitler requisaría la mina para su uso personal. Alarmado por el incremento de los bombardeos aéreos de los Aliados, el Führer ordenó que todos los tesoros destinados al gran museo de Linz, hasta entonces dispersos por distintos lugares, se guardaran en un sitio aislado. Altaussee era el lugar ideal, no sólo por su remoto emplazamiento o su relativa proximidad a Linz, que distaba apenas ciento cincuenta kilómetros, sino porque además, aun cuando los bombarderos lograsen localizarla en la inmensidad de la cordillera de Sandling, la mina, por estar cavada en la ladera en roca viva, quedaba a salvo de las bombas. La sal de las paredes absorbía el exceso de humedad, manteniéndola a un nivel constante del 65 por ciento. La temperatura variaba entre los 4,4 (en verano, cuando la mina era más fría) y los 8,3 grados centígrados (en invierno). El ambiente facilitaba la conservación de la pintura y los grabados, y los objetos metálicos tales como las armaduras podían protegerse sin problemas de la corrosión mediante una fina capa de grasa o gelatina. Nadie, ni siquiera Hitler, podría haber concebido un escondite mejor para todas aquellas toneladas de bienes saqueados.

Los mineros siguieron trabajando como habían hecho durante cientos de años, desviando el agua hacia corredores vacíos para que se impregnara con la sal y fluyera montaña abajo hasta Bad Ischl. La actividad de la mina no cesó entre 1944 y 1945, mientras seguían llegando obras de arte a la misma. A menudo llamaban a los mineros para que ayudaran a descargar los cargamentos, muchos de ellos con el distintivo «A. H. Linz». Entre mayo de 1944 y abril de 1945 llegaron más 1.687 cuadros procedentes del Führerbau, los despachos de Hitler en Múnich. En otoño de 1945, el retablo de Gante fue enviado allí desde Neuschwanstein. La *Madona* de Brujas de Miguel Ángel llegó poco después, tras su traslado desde Bélgica en barco, en octubre de 1944.

El 10 de abril de 1945, y tres días después, el 13 de abril, llegaron a la mina otros ocho cajones que no pertenecían a los líderes nazis de Berlín, sino a August Eigruber, el *Gauleiter* (gobernador) local. Los cajones llevaban la marca «*Vorsicht-Marmor-Nicht stürzen*» («Atención, mármol, no dejar caer»).[211] Pero no contenían estatuas, como creían los mineros que las trasladaron al interior de la mina. El *Gauleiter* Eigruber, ferviente nazi, había abrazado sin reservas el Decreto Nerón de Hitler. Los cajones no contenían obras de arte, sino bombas de quinientos kilos, cada una de ellas lo bastante grande para que seis hombres pudieran sentarse encima. Eigruber estaba decidido a destruir la mina..., así como sus valiosísimos contenidos.

El general Dwight Eisenhower, comandante supremo de los Aliados, examinó con temor el mapa de Alemania. El destino de ese país había quedado sentenciado con el cruce del Rin por parte de las fuerzas aliadas, unido al avance del Ejército Rojo hacia el río Oder. Churchill, entre otros, apremiaba a los Aliados occidentales para que empezaran a pensar en la posguerra, lo que a corto plazo significaba, sobre todo, llegar a Berlín antes que los soviéticos. Al principio, Eisenhower se había mostrado de acuerdo, pero las circunstancias sobre el terreno le estaban haciendo replantearse la conveniencia de marchar sobre Berlín. El 27 de marzo, durante una conferencia de prensa, le preguntaron a Eisenhower si creía que eso era posible. Los Aliados occidentales se encontraban todavía a más de trescientos kilómetros de la capital alemana; los soviéticos, a sólo cincuenta. «Considerando las distancias —admitió Eisenhower—, creo que eso les corresponde [a los soviéticos].»<sup>[212]</sup>

En esos momentos, lo que más le preocupaba no era el Ejército Rojo. Tal vez los alemanes estaban sentenciados, pero todavía no habían sido ni mucho menos derrotados. La Wehrmacht seguía luchando en todos los frentes al amparo de una fortaleza casi inexpugnable: los Alpes.

Durante meses, los cerebros de las fuerzas aliadas habían dado por sentado que la frontera entre Alemania y Austria —la zona entre Salzburgo al norte, Linz al este y el paso del Brennero, cerca de la frontera italiana, al oeste— sería el último baluarte del nazismo. Era sabido que la región, el territorio natal de Hitler, contenía grandes arsenales y reservas de alimentos, y se creía que estaba plagada de fortines y posiciones defensivas. Un informe del SHAEF resumía así la situación: «Teniendo en cuenta el terreno, la zona resulta casi impenetrable».<sup>[213]</sup>

El miedo de Eisenhower, y el de sus asesores más cercanos, como el general Bradley, era que Hitler lograra escabullirse de Berlín y refugiarse en las montañas. Los agentes de inteligencia confirmaron que tropas de primera de las SS llevaban semanas desplazándose desde Berlín hacia el sur, a una zona situada al oeste del frente soviético y al norte del teatro de operaciones italiano. El repliegue parecía localizado en Berchtesgaden, una pequeña población de montaña donde Hitler y sus adláteres poseían residencias de verano y a menudo trataban asuntos de gobierno. Con Hitler al timón —e incluso sin él—, Eisenhower temía que incluso un número modesto de tropas bien adiestradas guarecidas en las montañas pudiera mantener en jaque durante años a las fuerzas aliadas.

Eisenhower despreciaba a los alemanes. Los culpaba de la guerra y de su a menudo inhumano afán de destrucción. Además, todavía tenía reciente el recuerdo del campo de trabajo de Ohrdruf, que había visitado junto a algunos de sus generales el mismo día que Merkers. Esto es lo que le escribió a su superior, el general

## Marshall:

No hay palabras para describir lo que vi. Mientras caminaba por el campo me encontré a tres hombres que habían sido reclusos y que, de una forma u otra, habían logrado evadirse. Los entrevisté con la ayuda de un intérprete. Las pruebas visuales y el testimonio verbal del hambre, la crueldad y la brutalidad eran tan apabullantes que hasta empecé a marearme. Patton incluso se negó a entrar en una sala donde había apilados veinte o treinta hombres desnudos, muertos de inanición. Dijo que si entraba, vomitaría. Yo entré de forma deliberada, para poder ofrecer testimonio *de primera mano* de esos hechos en el caso de que, en el futuro, se desarrolle la tendencia a calificar esas alegaciones de mera «propaganda».<sup>[214]</sup>

Con su mujer, Mamie, se mostró más explícito: «¡Jamás soñé que tanta crueldad, brutalidad y barbarie fuera posible en este mundo! Aquello era espantoso».<sup>[215]</sup> Eisenhower no tenía intención alguna de conceder a los nazis escapatoria ni esperanza.

El 12 de abril de 1945, el día de la visita a Merkers y Ohrdruf, el comandante supremo le comunicó a Patton que el 3.<sup>er</sup> Ejército estadounidense se dirigiría al sur, hacia Núremberg y Múnich. Por el momento, su objetivo principal era asegurar el sur de Alemania y aplastar a los nazis que quedasen en los Alpes.

Patton se opuso con vehemencia. «Sería mejor tomar Berlín lo antes posible —repuso—, y seguir hacia el Oder», la frontera oriental del país.<sup>[216]</sup> Ansioso de que Estados Unidos se llevara el gran trofeo de la guerra, manifestó que el 3.<sup>er</sup> Ejército podía plantarse en Berlín en cuarenta y ocho horas.

Eisenhower estaba seguro de que los Aliados occidentales podían tomar Berlín, pero no lo estaba tanto de que fueran los primeros en llegar. En cualquier caso, ¿era conveniente? El general Bradley estimaba que la captura de la ciudad costaría unas cien mil vidas, precio excesivo por un «objetivo de prestigio».<sup>[217]</sup>

Así las cosas, en abril de 1945, los Ejércitos 3.<sup>o</sup> y 7.<sup>o</sup> se pusieron en marcha no hacia Berlín, sino hacia Austria y el último refugio nazi, la zona conocida en la jerga militar como el «Reducto Alpino». Sólo los miembros de la sección de Monumentos —y en especial Robert Posey, Lincoln Kirstein y James Rorimer, los hombres asignados a dichos ejércitos— comprendieron que la decisión de Eisenhower ponía en su camino los dos mayores depósitos de arte del Reich: Neuschwanstein y Altaussee. No obstante, ni siquiera ellos conocían las intenciones del *Gauleiter* August Eigruber ni de las tropas de las SS que se batían en retirada.

## HORROR

Centro y sur de Alemania  
Segunda semana de abril de 1945

Walker Hancock se sintió una vez más como si hubiera entrado en otro mundo. El 1.<sup>er</sup> Ejército estadounidense estaba abriéndose camino hacia el este a través de una región de espesos bosques y escasamente poblada del centro de Alemania. La Wehrmacht parecía haberse disuelto de no ser por los ocasionales ataques de mortero o algún pequeño tiroteo, y muchas de las aldeas estaban intactas. O mejor dicho, estaban llenas de desechos militares, y algunos edificios presentaban daños, pero en comparación con lo que Hancock había visto en los alrededores de la frontera aquello no era nada. «Hemos dejado atrás la zona de destrucción total —le escribió a Saima—, me equivocaba al suponer que nunca vería una ciudad alemana que no estuviera en ruinas.»<sup>[218]</sup>

Sin embargo, se lamentaba de su distanciamiento emocional y físico. «El ejército avanza tan rápido que nuestros campamentos parecen las casetas de una feria ambulante —le comentaba a su mujer en otra carta—. Se hace extraño estar en un lugar como éste y que no se te permita participar lo más mínimo en su día a día. Es como estar en una jaula de cristal observando lo que pasa fuera.»<sup>[219]</sup>

Parecía no darse cuenta de que su desapego tal vez no se debía tan sólo al inevitable endurecimiento del soldado en guerra, sino al deseo intencionado de distanciarse de todo lo alemán. El 3.<sup>er</sup> Ejército estadounidense había liberado el campo de concentración de Buchenwald el 12 de abril de 1945. Walker Hancock se encontraba en la ciudad de Weimar cuando llegó a sus oídos la noticia de los horrores cometidos a sólo unos pocos kilómetros. Oyó describir por primera vez los campos de exterminio y las cámaras de gas, y escuchó con repugnancia las historias acerca de supervivientes famélicos escondidos bajo los cuerpos de sus amigos y seres queridos. Relatos inhumanos que escapaban a toda comprensión. Hancock supo que si veía aquellos horrores quedaría marcado para siempre —él, que había visto las flores crecer entre la destrucción—, por lo que decidió no visitar los campos.

Al respecto escribió:

Algunos de nuestros oficiales han ido a visitar el campo. Yo no he ido porque mi trabajo depende en buena medida de estar a buenas con los civiles alemanes, y me daba miedo que, tras presenciar los horrores del campo, mis sentimientos hacia esa gente inocente se vieran afectados. (Varios de los oficiales que acudieron al campo no pudieron comer por algún tiempo; algunos de ellos sobrevivieron a base de whisky durante varios días.)<sup>[220]</sup>



Días más tarde se encontró por casualidad con un amigo suyo, un capellán judío que había estado en Buchenwald dirigiendo servicios religiosos para los supervivientes, los primeros desde su internamiento. El relato del capellán fue «desgarrador; indescriptiblemente emotivo», sobre todo al mencionar su angustia por la falta de una Torá.

—No sabía dónde conseguir una —dijo en tono de queja—. Las habían destruido todas.

—No todas —dijo Hancock. Él tenía una en su despacho; se la habían llevado ese mismo día desde el cuartel local de las SS.

—Es un milagro —dijo el capellán, y se marchó corriendo a Buchenwald con el rollo.

«Pronto volvió a mi despacho —escribió Hancock—, para decirme cómo la habían recibido: la gente lloraba, alargaba las manos para tocarla, la besaba, la alegría lo había invadido todo al ver el símbolo de su fe.»<sup>[221]</sup> Walker Hancock había encontrado su particular rosa en las ruina, pero ¿a qué precio?

Por fortuna, el trabajo lo mantenía tan ocupado que nunca tuvo que plantearse la pregunta seriamente. El ejército avanzaba deprisa hacia el punto de encuentro con el Ejército Rojo en Dresde y, a falta de un ayudante, Hancock se conformaba con cubrir el expediente. Las jornadas de trabajo se alargaban hasta dieciséis horas, de las cuales, según le decía a Saima, la mitad las pasaba desgarrado por el «dolor de ver la belleza destruida sin necesidad por quienes teníamos la esperanza de que mostraran más signos de civilización», y la otra mitad contemplando feliz cómo la primavera volvía a la Alemania rural.<sup>[222]</sup> Las noches las pasaba en vela pensando en su mujer, y en la casa que algún día comprarían, y en los monumentos que no le daba tiempo a visitar, y en la disparatada cantidad de café que había consumido. Pero a veces el café era lo único que lo mantenía activo.

En una carta a Saima leemos:

¡Cómo describir la insólita combinación de experiencias que este hermoso lugar me reporta cada día! Es un festín continuo para la vista. La primavera toca a su fin. En todas partes hay árboles floridos, y tanta frescura realza el encanto de estos románticos pueblos y esta campiña de cuento de hadas, salpicada de castillos. Y en medio de todo: miles de extranjeros sin hogar vagando sin rumbo en patéticas manadas. Alemanes de uniforme, la mayoría sin brazos, piernas o a saber qué más. Chiquillos amistosos, ancianos que nos odian, siempre los crímenes en el primer plano de la vida. Abundancia, miseria, reproches, compasión. Imágenes *exageradas* de la vida del hombre en el mundo de Dios. Si esto no basta para demostrar que tiene que haber un Cielo, entonces no sé qué podría bastar. Creo que toda esta belleza que se alza entre los escombros y la ruina no es más que una prefiguración de aquello para lo que estamos destinados.<sup>[223]</sup>

Más hacia el sur, Lincoln Kirstein tenía uno de sus días negros. La energía y el optimismo que sentía antes de Merkers se habían extinguido. Al igual que Hancock, había evitado ir a Buchenwald con Posey al día siguiente de su liberación, aunque no

había forma de sustraerse al horror. Era algo que se respiraba en el aire, que emanaba de la tierra alemana en la que hundía sus pasos. En su imaginación, podía ver las marcas que los supervivientes habían dejado sobre el polvo. Posey había visto a gente morir antes sus ojos por intentar ayudarlos: estaban tan desnutridos que eran incapaces de digerir la carne que los soldados estadounidenses les daban para comer. Caían como moscas, abrazándose el estómago con un rictus de dolor. Bastaba con oír aquellas historias para que un hombre hecho y derecho sintiera ganas de agarrarse el estómago y desplomarse al suelo.

No ayudaba en absoluto el hecho de haber entrado en «el vacío», un mundo regido por la anarquía, sin lógica ni normas aparentes. El gobierno nazi estaba derrumbándose; el ejército alemán, escindido; no existía autoridad ni estructura social. Kirstein sabía que era una situación temporal, un intervalo entre el fin de una realidad y el principio de la siguiente. *Götterdämmerung*, lo llamaban en alemán, el instante en que la lucha de los dioses pone fin al mundo. Los pueblos ardían, los civiles aguardaban en las calles a que alguien les dijera qué hacer. A menudo se les unían soldados alemanes de uniforme, que esperaban a que alguien los capturase o los atacase. Y pese a todo, la guerra seguía adelante. Sin frente definido, sin forma de distinguir amigos de enemigos. Los días transcurrían sin incidentes y entonces, como de la nada, la Wehrmacht se atrincheraba junto a un puente o las ametralladoras impedían el paso por una carretera. La única constante, la omnipresente destrucción.

Según Kirstein:

Cada vez la misma total y absoluta aniquilación del centro de cualquier ciudad considerada de un mínimo interés. La mayoría de los monumentos interiores han quedado bajo la protección de la Kunstschutz y no sufrirán daños, pero las iglesias y palacios barrocos que encarnaban la verdadera gloria de las regiones del sur [de Alemania] están hechos pedazos y ni siquiera como ruinas resultan románticos. Me pregunto cómo piensan reconstruir las ciudades, donde los escombros alcanzan los seis metros de altura, donde no hay maquinaria ni mano de obra, y donde la gente no puede ni huir a las afueras porque ahí la situación es igual de mala o aún peor.<sup>[224]</sup>

Y sin embargo no puede decirse que sintiera piedad. Ya casi había renunciado a aprender alemán porque, según admitía, no quería involucrarse lo más mínimo con el pueblo alemán. No sentía compasión por él y lamentó cada minuto que pasó en el país. Sabía que el vacío era una etapa transitoria, la última fase de una larga y dolorosa misión, pero eso no significaba que pudiera ver su fin.

En una carta a su hermana escribe:

Lo peor es que dentro de cinco años no habrá paz ni nada que se le parezca; tal como están las cosas en Alemania, creo que seguirán luchando durante un buen tiempo. A pesar del derrumbe de la Wehrmacht y el triunfalismo de los periódicos, hasta ahora no ha podido ganarse ningún lugar sin matar a un elevado número de personas. [...] Espero verte antes de jubilarme.<sup>[225]</sup>

Con todo, pese a su aversión hacia el pueblo alemán, Lincoln Kirstein se sentía

horrorizado ante la destrucción de la cultura alemana. La imagen de los monumentos carbonizados y, sobre todo, los fragmentos de edificios que todavía se conservaban le crispaban los nervios:

Supongo que la espantosa desolación de las ciudades alemanas debería henchir de orgullo nuestros pechos. Si algún día tenía que llegar la hora de la venganza mosaica, hela aquí. Ojos y dientes, pestañeando y sonriendo hipnotizados por la catástrofe. Lo triste es que los constructores del Kurfürstliches Palais, del Zwinger, de los grandes edificios de Schinkel y de las plazas del mercado de las grandes ciudades alemanas no fueron quienes construyeron Buchenwald o Dachau. Ninguna época histórica ha conocido tanta ruina ilustre. Sin duda, comparadas con las de la antigüedad, son casi delicadezas de filigrana; todo lo que no tienen de romántico se compensa con la extensión de la superficie que ocupan.

[...] De poco sirve intentar imaginar qué es lo que habría que hacer: ¿deberían reconstruirse las ciudades en torno a las catedrales que se han salvado? ¿Podrá la Iglesia reunir las fuerzas necesarias para la restauración? ¿Dónde se obtendrán los medios de transporte, la gasolina, la mano de obra y los materiales para barrer estas ruinas antes de plantearse siquiera qué obras vale la pena reconstruir?

[...] Resumiendo a grandes rasgos: probablemente las colecciones nacionales y privadas de objetos muebles no hayan sufrido daños irreparables. No obstante, el hecho de que los nazis contasen en todo momento con ganar la guerra, sin contemplar las represalias ni la derrota, es lo que ha provocado la destrucción de los monumentos urbanos de Alemania. Siendo como es menos majestuosa que Italia y menos noble que Francia, yo lo compararía con la pérdida de las iglesias de Wren en Londres, demasiada elegancia como para barrerla de la faz de la tierra.<sup>[226]</sup>

## EL GAULEITER

Altaussee, Austria  
14-17 de abril de 1945

Frente al despacho de August Eigruber en Linz se había congregado una gran multitud. El doctor Emmerich Pöchmüller, director general de las operaciones mineras de Altaussee, se abrió paso a través del gentío, entre el que había no sólo hombres de negocios sino también comandantes de las SS. Todos gritaban y gesticulaban, exigiendo ver al *Gauleiter*. Uno de ellos era un viejo amigo suyo, el director de la planta energética de Oberdonau (la región del Alto Danubio). Pöchmüller advirtió que el pobre hombre estaba pálido y sudado.

—Pretende volar la planta energética —dijo el hombre.

Pöchmüller notó que el corazón le daba un vuelco.

—Has venido para convencerle de que no lo haga..., ¿verdad?

—Así es. ¿Y tú?

—Yo he venido para convencerlo de que no vuele la mina de sal.<sup>[227]</sup>

El 14 de abril de 1945, Pöchmüller había descubierto que los arcones de Eigruber contenían bombas en lugar de mármol. Llamó al *Gauleiter* para quejarse, pero nadie atendió su llamada. Pasados dos días, el ayudante de Eigruber llamó para decir que la decisión del *Gauleiter* era irrevocable. La mina sería destruida.

El 17 de abril, Pöchmüller decidió llegarse a Linz. Habían llegado nuevas órdenes de Albert Speer en las que se declaraba que si las instalaciones podían «inutilizarse» de modo que el enemigo no pudiera servirse de ellas, no sería necesario proceder a su destrucción. A continuación, Martin Bormann, el ayudante personal de Hitler, había confirmado por radiotelegrama —después de que Pöchmüller apelara a su ayudante, el doctor Helmut von Hummel— el deseo del Führer de que «las obras de arte no cayeran bajo ningún concepto en manos del enemigo, y que en ningún caso debían destruirse».<sup>[228]</sup> Esto debería haber bastado para hacer desistir a Eigruber, pero desde que había llegado al despacho del *Gauleiter*, Pöchmüller se había percatado de que cada uno de los presentes tenía un motivo para pedir la salvación de la infraestructura a la cual representaba. Lo cual era como decir que probablemente no se salvaría ninguna.

Por fin, logró que le concedieran cinco minutos. El *Gauleiter* ni siquiera lo invitó a sentarse. Antiguo trabajador del hierro, el *Gauleiter* era un adepto incondicional del partido y había sido miembro fundador de las Juventudes Hitlerianas de la Alta

Austria. A los veintinueve años ya era jefe de distrito. Su lealtad estaba con el Führer, o al menos con la imagen que tenía de éste: la de una fuerza de aniquilación sin piedad ni remordimientos. Eigruber recelaba de las órdenes «impuras» de quienes como Speer pretendían moderar el Decreto Nerón del Führer. Para alguien como él, que se había criado batiendo hierro en las plantas de la Austria rural, resultaba inconcebible que el Führer se permitiera hacer excepciones, y menos por una causa como la preservación artística. Si las órdenes de Berlín eran contradictorias, August Eigruber tenía el derecho —o mejor, la obligación— de interpretarlas. Y él conocía los designios del Führer. ¿Acaso el gran hombre no había abogado toda su vida por la destrucción de los judíos, los eslavos, los gitanos, los enfermos y quienes no pudieran valerse por sí solos? ¿Acaso no había tenido el valor de ordenar su exterminio, orden acatada con entusiasmo por Eigruber en el campo de concentración de Mauthausen y en miles de otros campos repartidos por Europa oriental? ¿No había condenado la naturaleza corrompida y degenerada del arte moderno? ¿No había quemado obras de arte en una gran pira en el centro de Berlín? ¿No había preferido destruir Varsovia y Róterdam antes que dejarlas en manos del enemigo? ¿No había marcado el rostro de la artística Florencia? De no haber sido por aquel estúpido alfeñique del general Von Choltitz, París sería una ciudad en ruinas asolada por las epidemias. Eigruber no estaba dispuesto a permitir, por lo menos en sus dominios, el triunfo de la debilidad. Había jurado que nada de valor caería en manos del enemigo. Y ni por un instante dudó que el Führer lo habría secundado.

—Haz lo que creas necesario —dijo Eigruber, mientras Pöchmüller insistía en el radio de actuación de las bombas—. El principal objetivo es la destrucción total. Eso es irrevocable.<sup>[229]</sup>

## LA MINA INUNDADA

Heilbronn, Alemania

16 de abril de 1945

James Rorimer llegó por fin a la ciudad de Heilbronn, en el sur de Alemania, su primer objetivo como oficial de Monumentos del 7.º Ejército estadounidense, el día 16 de abril de 1945. El viaje había sido, por decirlo con delicadeza, un desastre absoluto. El 7.º Ejército había cruzado el Rin y avanzaba a tal velocidad que nadie sabía muy bien dónde se encontraba el cuartel. La Oficina de Transporte Ferroviario lo había enviado en un primer momento a Lunéville, donde un oficial le recomendó que se dirigiera a Sarrebourg, lugar en el que terminaba la línea. Al enterarse de su situación, un soldado tuvo la consideración de llevarlo a Worms a bordo de un camión de dos toneladas y media. Desde ahí hizo autoestop hasta los cuarteles del Gobierno Militar, donde le informaron de que el 7.º Ejército se encontraba en ese momento al sur de Darmstadt, al otro lado del Rin.

—Llevo meses esperándolo —espetó el teniente coronel Canby cuando Rorimer se personó en el cuartel del 7.º Ejército—. Acepté su traslado a este cuartel en enero.

Cuando ya se hubo instalado, Canby le dijo sin contemplaciones:

—Aquí no hace falta nadie que se ocupe de los monumentos. Las Fuerzas Aéreas del ejército han arrasado por completo casi todas las grandes ciudades del sur de Alemania, y las tropas de tierra se están ocupando del resto. Por lo que a mí respecta, su trabajo consiste en localizar las obras de arte robadas en los países aliados occidentales. El 3.º Ejército ha cubierto su cupo de popularidad —añadió refiriéndose a Merkers, que había ocupado los titulares del mundo entero—, ya es hora de que el 7.º Ejército encuentre su propia mina de sal.<sup>[230]</sup>

Rorimer supo qué entendía Canby por destrucción total cuando llegó a las afueras de Heilbronn. El 2 de abril, el mismo día en que George Stout y Walker Hancock habían entrado en la mina de Siegen, habían llegado a la ciudad contingentes del IV Cuerpo del 7.º Ejército. Habían penetrado como una exhalación en los centros industriales de la zona centro-meridional de Alemania de camino a Stuttgart y no esperaban encontrar mucha resistencia en una ciudad de tamaño medio como ésa. Imaginaban que Heilbronn sería como el resto de ciudades arrasadas por los bombarderos británicos; durante un bombardeo llevado a cabo en diciembre de 1944 se habían destruido el 62 por ciento de las infraestructuras, provocando la muerte de miles de civiles, entre ellos un millar de niños menores de diez años.

Sin embargo, las apariencias podían llevar a engaño, sobre todo dado el vacío de poder en que se encontraba el sur de Alemania. Cuando el 7.º Ejército intentó cruzar el Neckar la mañana del 3 de abril, la ciudad en ruinas volvió a la vida. El Neckar tenía una anchura de un centenar de metros y la Wehrmacht, oculta en las colinas situadas al este de la ciudad, disponía de una posición privilegiada para atacar las pesadas barcasas de asalto aliadas, que tuvieron que retroceder para no acabar en el fondo del río. Los ingenieros del ejército intentaron instalar un pontón, pero los alemanes atacaron con fuego de mortero y hundieron dos tanques. Las tropas que lograron alcanzar la orilla opuesta fueron abatidas por el fuego enemigo. Los morteros alemanes disparaban cada tres minutos, aumentando la frecuencia cada vez que los objetivos aparecían en el río o en la orilla. Para cuando las tropas aliadas lograron llegar a la ciudad, se encontraron con que sus habitantes habían convertido los despojos de sus casas y negocios en barricadas y que las tropas de élite alemanas habían tomado posiciones defensivas. Durante nueve días, la ciudad fue el escenario de una de las batallas más cruentas de la guerra, y el 7.º Ejército tuvo que combatir calle por calle, casa por casa, habitación por habitación, para adentrarse en la ciudad devastada.

James Rorimer, estancado en París la mayor parte del tiempo que pasó en Europa, no había visto nada como aquello desde su visita a Saint-Lô, en Normandía. «Lo que lees en los periódicos no es ninguna exageración —le escribiría a su mujer—. Las ciudades fantasma son algo increíble. Lo peor es justo después de que se hayan rendido.»<sup>[231]</sup>

Sólo había una ruta abierta, el resto de calles eran intransitables. La ciudad estaba desierta, ni rastro de las excavadoras que deberían haber estado retirando los escombros. En cuanto a los alemanes, parecía que sólo quedaban los muertos. El hedor era insoportable.

Según los agentes de inteligencia alemanes capturados, las obras de arte se encontraban en la mina de sal de la ciudad, cuya superestructura —una cuadrícula metálica que soportaba los mecanismos de los montacargas— era visible a un kilómetro y medio. Rorimer cruzó la calle de la Sal, la plaza de la Mina de la Sal y finalmente la calle de la Salina, desde donde pudo ver por fin el edificio de ladrillo y hormigón que albergaba el pozo de la mina. Había sido una batalla sin cuartel; varios edificios seguían ardiendo. En la calle, había apiñadas unas cuantas personas de aspecto desaliñado, pero por lo menos estaban vivas. Rorimer se detuvo junto a una pareja de hombres y les preguntó por la mina.

—*Russo* —dijeron éstos, negando con la cabeza. Eran trabajadores esclavos soviéticos.

—*Deutsch?* —preguntó. ¿Sabían de alguien que hablase alemán?

Se encogieron de hombros. Nunca nadie sabía nada.

Rorimer localizó por fin a dos mujeres alemanas aterrorizadas en el complejo de viviendas de la mina. Le dijeron que los alemanes querían destruir la mina, pero que los mineros se habían negado.

—Saldremos adelante sin los nazis —dijeron—, pero no sin la sal.

Debajo de Heilbronn había cincuenta kilómetros cuadrados de sal, suficiente para proporcionar trabajo a varias generaciones. Los mineros no estaban dispuestos a volarla, y los nazis, por fortuna, tenían otras preocupaciones. Al final, la crudeza de la batalla había supuesto la salvación de la mina.

Pero quedaba el problema del agua.

La mina, excavada a una profundidad media de ciento ochenta metros, consistía en varias docenas de cámaras a dos niveles, superpuestos el uno al otro. Buena parte del sistema de túneles quedaba por debajo del lecho del Neckar, por lo que el agua se filtraba continuamente por las grietas de la roca. Para evitar que la mina se inundase había que bombear el agua ocho horas al día, pero como el suministro se había cortado las bombas no funcionaban. La falta de suministro también había dejado fuera de servicio el único montacargas. Nadie había entrado en la mina, aunque las mujeres daban por seguro que a esas alturas la mina ya debía de estar llena de agua.

Rorimer había previsto que aquélla fuera una parada rápida. Había varios depósitos de camino a Neuschwanstein y no podía permitirse inspeccionarlos todos. Heilbronn, sin embargo, parecía al borde del desastre y valía la pena dedicarle un tiempo, así que se dirigió de inmediato al cuartel del Gobierno Militar con el alcalde de Heilbronn para solicitar un equipo de ingenieros. El ejército sólo estaba dispuesto a apostar un centinela, de modo que al día siguiente volvió al cuartel de Darmstadt, donde el coronel le dijo sin rodeos: «No podemos prescindir de nadie. La mina es responsabilidad suya. Repárela usted mismo». El 7.º Ejército acariciaba la gloria de hacerse con un gran depósito y, no obstante, se negaba a destinar un solo hombre — aparte de Rorimer— para garantizar su seguridad.

Rorimer regresó a Heilbronn y recurrió directamente al alcalde. Éste mandó buscar al jefe de ingenieros de la mina, el doctor Hans Bauer, que había huido de la ciudad. Bauer confirmó que la mina había sido utilizada como depósito de obras de arte, pero negó que la dirección de la mina dispusiera de inventario alguno. Bauer recordaba un famoso Rembrandt, *San Pablo en la cárcel*, y las vidrieras de la catedral de Estrasburgo, entre otros objetos. A pesar de que el filtraje de agua era un problema serio —el Neckar filtraba a la mina unos 440.000 litros de agua al día—, le dijo a Rorimer que lo más probable era que las obras todavía estuvieran a tiempo de salvarse, pues se encontraban en el nivel superior, que seguramente tardaría días, o incluso semanas, en inundarse.

—¿Está seguro?

—No, pero hay una forma de averiguarlo.



Bauer condujo a Rorimer hacia un agujero en el suelo del edificio de la mina.

—La salida de emergencia —dijo. A un lado del agujero había una escalera endeble y en mal estado. Apenas medio metro dentro del agujero, la escalera desaparecía en la oscuridad.

—¿Cuántos metros baja?

—Ciento ochenta.

Rorimer se quedó escrutando la oscuridad, preguntándose si era absolutamente necesario inspeccionar la mina.

—¿Ha oído eso? —preguntó.

Se asomaron al agujero y se apartaron al ver salir de las tinieblas a una pareja de hombres empapados y sucios.

—Soldado de primera clase Robert Steare, Compañía B, 2726 de ingenieros, señor —dijo uno de ellos, cuadrándose.

No era más que un chiquillo.

—¿Qué hacías ahí dentro, hijo?

—Explorando la mina, señor. Con uno de los mineros.

—¿Por orden de quién?

—De nadie, señor.

Rorimer miró su rostro exhausto y mugriento, preguntándose qué podía empujar a un crío a descender ciento ochenta metros por una mina inundada. La locura y la audacia de la juventud, suponía.

—¿Qué has visto?

—Ahí abajo no funciona nada, señor. Todo está negro como la pez. Hay casi un metro de agua, hasta las bombas están inundadas. Al fondo del corredor hay unas cámaras de almacenamiento cerradas a cal y canto. No hemos intentado abrirlas.

—¿Algún indicio de qué puede haber dentro?

—En una de ellas ponía «Estrasburgo» escrito con tiza. En otras ponía «Mannheim», «Stuttgart» y «Heilbronn». Pero no he visto nada más.

—¿Y el agua las había alcanzado?

—Oh, sí, señor. Hay agua por todas partes.

Bauer necesitó dos semanas, hasta el 30 de abril, para poner en marcha un plan factible. Los motores de vapor de refuerzo aún podían recuperarse y había carbón suficiente para alimentarlos varios meses. Una vez reparados y ajustados, los montacargas y las plataformas usados para subir la sal desde el fondo de la mina a la superficie podrían volver a funcionar. Modificando las plataformas y soldando un gran barreño al suelo del montacargas podría extraerse el agua de la mina. No evitaría que siguiera filtrándose, pero por lo menos la mantendría a un nivel aceptable mientras se reparaban las bombas y la planta eléctrica. Dadas las circunstancias, era una solución plausible. Una parte de la muerta ciudad de Heilbronn volvería a la vida:

las manos de hierro de la mina de sal achicarían el agua para salvar las obras de arte.

Para cuando el plan pudo ponerse en la práctica, Rorimer ya se había marchado. El 7.º Ejército se aproximaba a Múnich y no había tiempo que perder.

## EL ÚLTIMO CUMPLEAÑOS

Berlín, Alemania  
20 de abril de 1945

El 20 de abril de 1945, el día del quincuagésimo sexto y último cumpleaños del Führer, la cúpula nazi se reunió brevemente en la Cancillería del Reich para proceder a una celebración apresurada y unas cuantas «despedidas». Los mandamases del Reich habrían dado cualquier cosa por encontrarse lejos de Berlín. Aunque era el cumpleaños del Führer, la ocasión no se prestaba a festejos. Ese mismo día, las tropas aliadas habían tomado Núremberg, la primera base de operaciones del Partido Nazi, y habían izado la bandera estadounidense en el estadio donde antaño los nazis habían organizado sus multitudinarios mítines anuales. La ciudad natal del legendario Albrecht Dürer había sido duramente castigada; los pisos superiores del edificio que poco tiempo antes había albergado unas de las obras más estimadas del Führer, el retablo de Veit Stoss, sustraído en Polonia al principio de la guerra, habían sido demolidos. Por suerte, el retablo estaba a salvo bajo tierra.

Este hecho podría haber sido un consuelo para el mundo, pero a los hombres reunidos en el *Führerbunker* los traía sin cuidado. Su mundo se hacía más pequeño cada día y el tiempo se les estaba acabando. Pocas cosas podían recordarles tanto que estaban condenados como esa fiesta improvisada. En años anteriores, habían celebrado grandes fiestas en las que algunos de ellos agasajaban a su líder con regalos, a menudo obras de arte saqueadas, que eran lo que más apreciaba. En esos instantes, sin embargo, el Ejército Rojo asolaba Berlín y las explosiones de su artillería eran audibles incluso desde las profundidades. Quienes no estaban destacados en Berlín no veían el momento de abandonar la ciudad; quienes estaban con Hitler, desesperaban por salvarse. En los últimos días, en el búnker había reinado un clima contradictorio. El humor alternaba entre la esperanza y la desesperación. Los rumores de victoria degeneraban en sórdidas especulaciones acerca de la conveniencia de desertar o capitular. A Hitler apenas si se lo veía. El principal tema de conversación era el suicidio: ¿mejor con cianuro o de un balazo? La ocupación principal, la bebida.

El aspecto de Adolf Hitler, que llegó tarde a su propia fiesta, no contribuía a levantar el ánimo de sus acólitos. De repente, parecía un anciano, gris y ceniciento. Arrastraba el pie izquierdo y el brazo le colgaba sin fuerzas del costado. Parecía tan abatido que se diría que la cabeza se le había hundido entre los hombros. Todavía era capaz de mostrarse agresivo con sus subordinados, sobre todo con los generales, pero

en vez de su antiguo ardor, ahora desplegaba una rabia gélida.<sup>[232]</sup> Se consideraba traicionado. En todo veía muestras de debilidad. No obstante, durante la fiesta no logró ni siquiera aparentar desprecio. Estaba tan deprimido que habían tenido que medicarlo antes de comparecer ante sus socios más leales, los hombres y mujeres que lo habían seguido hasta el último acto de aquella función. Sus ojos, en los que antaño reluciera el carisma capaz de arrastrar a una nación a la locura, estaban vacíos.

Después de estrecharle la mano a Hitler y explicarle que debía reunirse con sus hombres, Hermann Göring abandonó el edificio, sabiendo que nunca volvería. Albert Speer observó que se sentía como si estuviera «viviendo un momento histórico. El liderazgo del Reich se despedía».<sup>[233]</sup> Al día siguiente, el 21 de abril, Göring llegó a Berchtesgaden, el refugio nazi en el corazón del Reducto Alpino. Allí le esperaba Walter Andreas Hofer, su conservador personal. Su colección artística había salido de su propiedad de Veldenstein a principios de abril y, tras numerosos retrasos debidos al precario sistema ferroviario alemán, llegaron a Berchtesgaden el 16 de abril. Ocho días después, ocho vagones cargados con obras de arte partieron en dirección noroeste hacia Unterstein. A la llegada de Göring, los únicos coches que quedaban en Berchtesgaden eran los dos o tres que contenían los muebles, los archivos y la biblioteca. Uno de ellos hacía las veces de casa para Hofer.

Göring era muy consciente de que la coyuntura era nefasta. El Führer estaba claramente enfermo; cualquiera con un mínimo de sentido común sabía que el *Führerbunker* no tardaría en convertirse en su tumba. La guerra estaba perdida; la opulencia de los últimos años, dispersada; el movimiento nazi, hecho pedazos. El *Reichsmarschall*, a salvo por el momento en los Alpes alemanes, se veía como la única persona capaz de recomponer las piezas del Reich y hacer un llamamiento a la paz. Después de todo, él era el sucesor designado por Hitler.

El 23 de abril, Göring transmitió un radiotelegrama a Hitler. Sabedor de que Berlín estaba rodeada y que no había esperanza posible, el *Reichsmarschall* estaba preparado para dar un paso al frente y asumir el mando del Partido Nazi. Si no recibía respuesta antes de las diez en punto de esa noche, entendería que Hitler estaba incapacitado y se haría con el mando. Hitler no respondió hasta el 25 de abril de 1945 y su reacción fue furibunda y concluyente: ordenó a las SS que arrestaran a su lugarteniente. El Tercer Reich corría hacia su desintegración.

Entretanto, en Altaussee, el restaurador de arte Karl Sieber acariciaba su mejor obra. «Por aquí se partió el panel —pensó, recorriendo la madera con los dedos—. Y por aquí se abombó la pintura». Antes de la guerra, Sieber era un modesto pero respetado restaurador de arte de Berlín, un hombre tan discreto, paciente y enamorado de su trabajo que mientras que algunos veían en él al último artesano honrado de Alemania,

otros lo consideraban un perfecto bobalicón. Aconsejado por un amigo judío, se había afiliado al Partido Nazi por el bien del negocio y de resultas de ello empezó a prosperar. Numerosas obras de arte aflúan a Berlín procedentes de los territorios conquistados, y aunque hubiesen sido robadas o adquiridas por medios poco claros requerían cuidados y restauración. De hecho, con más razón todavía, ya que los funcionarios nazis no eran tanto amantes del arte como acaparadores codiciosos, y a menudo no trataban sus posesiones con la delicadeza necesaria. Sieber había trabajado en más obras maestras en cuatro años de las que la mayoría de restauradores ven al cabo de toda una vida, pero nunca había imaginado que trabajaría en una pieza de tal magnitud, una de las maravillas de la civilización occidental: el retablo de Gante. Y jamás había imaginado que realizaría su trabajo en tales condiciones: en las profundidades de una montaña, en una remota mina de sal austríaca.

Rodeó el panel para observar el rostro de san Juan. ¡Cuánta humanidad en sus ojos! ¡Qué destreza a la hora de evocar los detalles más precisos! Cada cabello estaba pintado de un solo trazo con una única cerda de pincel. Casi podían palpase los pliegues de la capa, la vitela de la Biblia, la tristeza y el temor de los ojos del santo. Lo único que ya no podía apreciarse era la grieta abierta en el panel durante el traslado de la obra, el desperfecto al que tantos meses había dedicado para hacerlo completamente invisible incluso al ojo más experto.

Era una pena tener que dejarlo en aquella cámara tan poco segura, pero el panel era más alto que él y demasiado pesado para llevarlo a cuestas. Necesitaba ayuda para llevarlo a las cámaras más interiores, adonde él y otros habían estado transportando las mejores piezas desde el día anterior. Se dio la vuelta para mirar *El astrónomo*, pintado por Jan Vermeer en 1668, casi doscientos cincuenta años después que el retablo de Gante, aunque dotado de la misma delicadeza de trazo y de igual atención por el más mínimo detalle.

Sin embargo, el parecido terminaba ahí. El retablo de Gante había sido una obra maestra reconocida y estimada a partir del momento mismo de su creación, la pieza de referencia del Renacimiento holandés. Vermeer, en cambio, era un pintor de provincias de Delft y murió endeudado, siendo un completo desconocido para casi todo el mundo. El reconocimiento le llegó a finales del siglo XIX, doscientos años después de su muerte. Actualmente se lo considera uno de los máximos exponentes de la edad de oro de la pintura holandesa, el gran maestro de la luz, el cronista insuperado de la vida doméstica. Su *Joven de la perla* era conocido como la «Mona Lisa holandesa»,<sup>[234]</sup> pero aquel cuadro, *El astrónomo*, era igual de poderoso y enigmático. Representaba a un estudioso en su cuarto que, con un libro abierto sobre la mesa, escruta con detenimiento el objeto de sus obsesiones: un globo celeste. ¿Qué artesano, qué científico o qué restaurador no ha experimentado un instante como ése,

en que el resto del mundo se desvanece y lo único que queda son los hechos al alcance de la mano? ¿Quién no se ha enamorado de un descubrimiento o ha sentido esa sed de saber?

Y sin embargo, ¿quién podría dilucidar lo que le pasa por la cabeza a alguien en momentos parecidos? El gesto del astrónomo es delicado, casi tímido. La luz natural entra por la ventana abierta y baña el globo y la mano extendida del astrónomo. ¿Realiza una más entre una serie infinita de mediciones o por el contrario ha encontrado lo que andaba buscando? He aquí a un hombre absorto en su trabajo, un instante universal y único, trascendental e insignificante.

Y pese a todo, una imagen irreal. No existe ningún astrónomo incondicionado, como no existe ningún artesano libre. El gran restaurador de Altaussee lo sabía mejor que nadie. Puede enterrarse a un hombre en una montaña, a cientos de kilómetros de la civilización, puede facilitársele el trabajo de su vida y todos los recursos necesarios para realizarlo, y aun así, seguirá sujeto a los caprichos del mundo.

Tras un último vistazo al estudioso —que se le antojó temeroso de sus propios descubrimientos—, Karl Sieber levantó la pintura favorita de Hitler y, dando una ojeada por encima del hombro, desapareció con ella en la oscuridad del pasadizo. Volvía a la parte más interna de la montaña, a la Schoerckmayerwerk, una de las pocas cámaras de la mina que creía —esperaba— serían capaces de resistir incluso el impacto de la más catastrófica de las bombas.

## PLANES

Alemania central, Alemania meridional  
y Altaussee, Austria  
27-28 de abril de 1945

El 27 de abril de 1945, un joven capitán de ordenanza se presentó en el despacho del jefe de personal de la sección avanzada del 1.<sup>er</sup> Ejército estadounidense. Sonriendo, depositó sobre la mesa una pequeña vara metálica y una bola. El comandante se quedó mirándolas por un instante, luego cogió la vara y la examinó de uno a otro extremo. La pieza, intrincadamente labrada y con incrustaciones de joyería, parecía el cetro de un rey. Y de hecho, es lo que era. Lo que el soldado había traído era el cetro y el orbe de coronación de Federico el Grande, el famoso rey prusiano del siglo XVIII.

—¿Dónde lo ha encontrado?

—En un depósito de armas, señor.

—¿Dónde?

—En un zulo en el bosque, en medio de la nada, señor.

—¿Hay algo más?

—Señor, no se va a creer lo que hay ahí.

Dos días después, la mañana del 29 de abril de 1945, George Stout recibió una llamada de Walker Hancock, el oficial de Monumentos del 1.<sup>er</sup> Ejército.

Stout acababa de remitir una petición urgente al cuartel del SHAEF en Francia en la que solicitaba camiones, jeeps, material de embalaje y un mínimo de doscientos cincuenta hombres para custodiar los depósitos. No le habían dado garantías de nada.

—Estoy en las afueras de Bernterode, una pequeña ciudad del norte del bosque de Turingia —dijo Hancock, casi trabucándose con las palabras—. Hemos encontrado una mina con cuatrocientas mil toneladas de explosivos.<sup>[235]</sup> Por teléfono no puedo decirle qué más hemos encontrado, pero es importante, George. Puede que más importante que Siegen.

Mientras Hancock exploraba la mina de Bernterode, el director general de Altaussee, Emmerich Pöchmüller, estaba sentado en su despacho de la mina de sal. Entre las manos sostenía una orden que acababa de mecanografiar; en la parte inferior, estaba su firma. Ver su nombre escrito de su puño y letra le hizo sentir náuseas.

Se resistía a expedir la orden, pero no veía alternativa. Tras semanas de

insistencia, se le había conferido autoridad sobre el destino de la mina de sal, aunque la autorización no procedía de Eigruber, sino de un funcionario de museos menor que actuaba siguiendo información de tercera mano, proveniente por lo visto del ayudante de Martin Bormann, Helmut von Hummel, que se encontraba en Berchtesgaden. En el mejor de los casos se trataba de rumores; muy probablemente fuera pura invención. Si la orden de Pöchmüller llegaba a manos de Eigruber, el *Gauleiter* lo consideraría insubordinación y decretaría su arresto... o su ejecución inmediata. Sin embargo, con el psicópata de Eigruber en el poder, y a falta de noticias de Berlín, cada día más aislada, Altaussee estaba condenada. Algo había que hacer. De camino al despacho de Otto Högler, el jefe de ingenieros de la mina, Pöchmüller no pudo evitar sentir que estaba a punto de entregar su sentencia de muerte.

—Nuevas órdenes —dijo Pöchmüller, entregándole a Högler la hoja de papel—. Me voy a Bad Ischl. No me esperéis.<sup>[236]</sup>

28 de abril de 1945

Sr. Ingeniero de Minas Högler  
Mina de Sal de Altaussee

Asunto: Depósito

Por la presente me dirijo a usted para ordenarle que proceda a retirar las ocho cajas de mármol almacenadas recientemente en las minas de acuerdo con el *Bergungsbeauftragter* doctor Seiberl, que deberán depositarse en un recinto apropiado, según su criterio, como depósito de almacenamiento temporal.

Otrosí, que disponga la parálisis pactada lo antes posible. El momento exacto para proceder a dicha parálisis le será indicado por mí en persona.

El Director General,  
Emmerich Pöchmüller

El mismo día —28 de abril de 1945—, el diario *Stars and Stripes* informaba de que el 7.º Ejército estadounidense había llegado a Kempten, ciudad cercana al castillo de Neuschwanstein. Era la noticia que James Rorimer había estado esperando desde su partida de París. Nada más enterarse, telefoneó solicitando una confirmación, a lo que el mayor al cargo le contestó que la información del *Stars and Stripes* era incorrecta.

—De todos modos, si hay algo de verdad en ella —insistió Rorimer—, nuestras tropas deberían llegar pronto a Neuschwanstein. El castillo contiene un alijo incalculable de obras de arte robadas en Francia. Llevo meses siguiéndole la pista. Debo llegar ahí lo antes posible. Tiene que enviarme en cuanto pueda.<sup>[237]</sup>

—Estamos haciendo todo lo posible.

Si su petición sonaba desesperada era porque, durante la semana transcurrida desde la partida de la mina de Heilbronn, se había llevado un par de sustos. Por un lado, había encontrado el altar de Riemenschneider intacto en un húmedo sótano de



Rothenburg, la ciudad amurallada medieval más famosa de Alemania. Tras convencer al oficial del Gobierno Militar para que sacasen el altar de aquella húmeda bodega, declaró con gran satisfacción ante la prensa que se había exagerado mucho sobre los daños sufridos por la ciudad.

Pocos días más tarde surgieron las preocupaciones cuando, durante una misión en un depósito del ERR, descubrió que el puente sobre el río Kocher había sido dinamitado. La zona seguía parcialmente bajo control alemán, pero eso no desalentó a Rorimer en su búsqueda de un paso alternativo. Por desgracia, su chófer no tardó en perderse sin remedio por los espesos bosques alemanes. Según iba anocheciendo, se dieron cuenta de que no lograrían dar con el camino de vuelta a la carretera principal. Pasaron dos veces por la misma aldea en llamas, cuyas brasas eran la única luz en la negrura de la noche. Hacia el alba, divisaron a dos soldados aliados caminando junto al margen de la carretera.

—Por Dios bendito —exclamaron los soldados, tras indicarles el camino del campamento—, ¿han estado conduciendo toda la noche? El bosque está lleno de alemanes.

A última hora de la mañana, tras echar una breve cabezada, Rorimer y su chófer vadearon el Kocher acompañados por un camión aliado. Más tarde ese mismo día, llegaron por fin a su destino: el castillo local. Tal como le había advertido Rose Valland, se trataba de otro depósito repleto de obras de arte de incalculable valor.

Lo que más miedo le daba a Rorimer no era el hecho de que más de un tesoro se hubiera salvado por los pelos —al igual que lo que más lo estimulaba no era concluir con éxito una operación—, sino el haber dejado escapar una importantísima fuente de información. Encontrándose acuartelado en Darmstadt, Rorimer había sabido que el barón Kurt von Behr, el azote del Jeu de Paume, se encontraba en su castillo de Lichtenfels, situado en una zona que acababa de caer en manos de los norteamericanos. Como estaba demasiado ocupado para viajar a Lichtenfels en persona, Rorimer envió un telegrama al Cuartel General Supremo en el que solicitaba que se enviara a alguien de inmediato para arrestar al nazi que mejor conocía las operaciones de saqueo del ERR en Francia. Pasados unos días, supo que el telegrama se había atascado en Heidelberg, a la espera de que alguien lo clasificara como «prioritario» u «ordinario». Para cuando las tropas estadounidenses llegaron al castillo de Lichtenfels, el coronel Von Behr se les había escapado. Aristócratas hasta el fin, él y su mujer se habían suicidado en la biblioteca tomando una copa de champán envenenado.

## EL DOGAL

Berlín, Alemania, y sur de Alemania

30 de abril de 1945

El 30 de abril de 1945, Adolf Hitler se quitó la vida en su búnker de la Cancillería del Reich, en la ciudad de Berlín. El día 22, en el transcurso de una reunión táctica, había sufrido un ataque de nervios en el que había admitido ante sus comandantes que Alemania estaba perdida. El Partido Nazi se había desmoronado. La nueva Berlín era pasto de las bombas y la artillería. Sus amigos y generales lo habían traicionado, o eso creía él en su paranoia. Era propenso a terroríficos arrebatos de ira durante los cuales arremetía contra quienes lo habían abandonado, insistía en que la victoria era posible y prometía seguir luchando; a esto había que añadir que el odio y las ansias de destrucción no le permitían razonar: se proponía matar a tantos judíos como fuera posible; arrojar a los ejércitos, incluidos ancianos y jóvenes, contra las líneas enemigas como carne de cañón; destruir de raíz las infraestructuras alemanas para que el país que lo había traicionado, que con su cobardía había demostrado pertenecer no a la raza dominante sino a la más débil, retrocediera hasta la Edad de Piedra. El fracaso de sus hombres lo había despojado de todo; el único consuelo que le quedaba a su retorcido corazón en aquellos últimos días —tal vez lo único que lo hacía humano, y por eso mismo verdaderamente terrible—, en aquel búnker excavado en las profundidades de la Cancillería berlinesa, con el sonido de la artillería soviética explotando pocos metros más arriba, era el amor por el arte.

Durante los meses anteriores, solía pasar horas solo o en compañía de sus más fieles colaboradores —el *Gauleiter* August Eigruber lo visitaba con regularidad— contemplando su maqueta de Linz en el sótano de la Nueva Cancillería: las formidables arcadas, los caminos, la imponente catedral del arte. En ocasiones se ponía a gesticular con energía, llamando la atención sobre un elemento de diseño brillante o una verdad esencial. En otras, se inclinaba lentamente hacia delante en la silla, aferrándose sin darse cuenta el guante de la mano izquierda cada vez con más fuerza, los ojos desorbitados bajo la visera de la gorra militar, mientras observaba en silencio, a saber si por última vez, el símbolo de todo lo que fue o pudo haber sido.

A finales de abril todo había terminado. Durante la cena del día 28, a pocas horas de contraer matrimonio con su compañera de tantos años, Eva Braun, Hitler miró a su secretaria, Traudl Junge, y le dijo: «*Fräulein*, la necesito ahora mismo; traiga el bloc de taquigrafía y un lápiz. Quiero dictarle mi testamento».<sup>[238]</sup>

[Sello]

[ADOLF HITLER]

Mi última voluntad y testamento

Considerando que no debía aceptar la responsabilidad, durante los años de conflicto, de contraer matrimonio, decido ahora, antes de terminar mi carrera en la tierra, tomar como esposa a la mujer que, después de años de fiel amistad, entró por voluntad propia en la ciudad sitiada con el fin de compartir conmigo su destino. Es por su propia voluntad que irá a la muerte conmigo como mi esposa. Ello nos compensará por todo cuanto hemos perdido a causa de mi trabajo al servicio de mi pueblo.

Cuanto poseo pertenece —por cuanto pueda tener de valor— al Partido. En el caso de que éste no existiere, al Estado; en el caso de que también éste fuere destruido, no es necesaria ninguna otra disposición por mi parte.

Mis pinturas, en las colecciones que he comprado en el curso de los años, nunca han sido coleccionadas con propósitos privados, sino exclusivamente para la ampliación de las galerías de mi ciudad natal de Linz a. d. Donau.

Es mi más sincero deseo que este legado sea debidamente ejecutado.

Nombro Albacea a mi más fiel camarada del Partido, Martin Bormann.

Esto le confiere autoridad jurídica para llevar a cabo cualquier tipo de decisión. Le será permitido tomar todo cuanto posea valor sentimental o sea necesario para llevar una vida modesta y sencilla, para mis hermanos y hermanas, y sobre todo para la madre de mi esposa y mis fieles colaboradores, de él bien conocidos, a destacar mis secretarias *Frau Winter*, etc., quienes durante muchos años me han ayudado con su trabajo.

Yo y mi mujer —al propósito de escapar a la deshonra de la deposición o la capitulación— elegimos morir. Es nuestro deseo que se nos queme de forma inmediata en el lugar donde he realizado la mayor parte de mi labor diaria en el curso de doce años de servicio a mi pueblo.

Otorgado en Berlín, a 29 de abril de 1945, a las 4.00 horas.

(Fdo.) A. Hitler

Su familia y socios leales eran consideraciones prácticas. El partido, a su entender, había tocado fondo. Su flamante esposa, Eva Braun, era tan sólo «la mujer», a pesar de que pocas horas más tarde se envenenaría a su lado. Todo aquello por lo que había trabajado había desaparecido, había sido destruido, pero aún al final de su vida uno de los peores psicópatas del siglo xx entrevió la posibilidad de dejar un legado: la finalización de su museo de Linz, su museo, donde debían exhibirse los tesoros que había saqueado por toda Europa.

Al día siguiente, horas antes de la muerte de Hitler, tres correos salieron en motocicleta del *Führerbunker* llevando cada uno un original del testamento de Hitler. [239] Partieron en direcciones distintas pero con un mismo objetivo: asegurarse de que la última voluntad del líder del Partido Nazi sobreviviera a la total destrucción que él mismo había planeado para su pueblo, su país y el mundo entero.

En esos momentos, los seguidores de Hitler —algunos por confusión y lealtad mal entendida, otros por interés propio, por miedo o llevados por la fundamental convicción de que el hombre que les había ordenado aniquilar a millones de personas

y destruir ciudades enteras jamás les pediría que salvaran nada, tanto menos algo tan decadente e insignificante como el arte— se aplicaban para frustrar sus deseos y destruir la colección de arte robado que con tanto afán había reunido.

En ninguna parte era esto tan cierto como en los Alpes austríacos, donde el *Gauleiter* August Eigruber se reafirmaba en su propósito de destruir por completo la mina de sal de Altaussee. Y lo que es peor: había descubierto que Pöchmüller se proponía frustrar sus planes. Su adjunto, el inspector de distrito Glinz, se había enterado de que Högler, el capataz de la mina que había recibido la orden de Pöchmüller, había hecho traer camiones para proceder a retirar las bombas del *Gauleiter*.

—Las cajas se quedan donde están —le dijo Glinz a Högler, desenfundando su pistola—. Ya veo lo que está ocurriendo aquí. Como se atreva a tocar esas cajas, lo mato.<sup>[240]</sup>

Högler le suplicó a Glinz que hablara con Pöchmüller, que se encontraba montaña abajo, en otra mina de sal, en Bad Ischl. Durante una tensa conversación telefónica con Glinz, Pöchmüller insistió en que la orden del Führer del 22 de abril —que las obras de arte debían defenderse a toda costa del enemigo, sin destruirlas en ningún caso— era inequívoca. Las obras de arte no debían sufrir daños.

—El *Gauleiter* considera que la orden del veintidós de abril ha prescrito —respondió Glinz—, y que por lo tanto queda sin efecto. Considera que todas las órdenes posteriores son inciertas porque no proceden del Führer en persona.<sup>[241]</sup>

Con Hitler muerto, parecía imposible hacer desistir al *Gauleiter* de su empeño, pero Helmut von Hummel se dejó convencer de nuevo por los responsables de la mina. El 1 de mayo, Von Hummel remitió una carta a Karl Sieber, el restaurador de Altaussee, en la que declaraba que «la semana pasada» el Führer había confirmado que «las obras de arte de la zona de Oberdonau no debían caer en manos del enemigo, pero que bajo ningún concepto debían destruirse».<sup>[242]</sup>

Sin embargo el telegrama no sirvió de nada. Cuando Pöchmüller regresó a la mina, se encontró con que el *Gauleiter* había apostado otros seis guardias fuertemente armados en la entrada. Las bombas seguían dentro; faltaban tan sólo los detonadores... y éstos se encontraban ya de camino hacia la mina.

Para Robert Posey, no había peor lugar que el sur de Alemania: un mundo sin reglas. La sociedad se había desmoronado. Ciudades y aldeas arrasadas se acumulaban una tras otra, destrozadas por las fuerzas aliadas, nazis desesperados o *Gauleiter* locales empeñados todavía en llevar a cumplimiento el Decreto Nerón de Hitler. Los barcos se hundían en los ríos, las fábricas ardían, los puentes estaban cortados. Por todas partes se veía a civiles vagando en busca de comida y cobijo. No era raro ver a

grupos de un centenar o más de desplazados caminando sin rumbo fijo. Provenían de las poblaciones de la zona, pero también del este, donde la gente huía de las represalias del avance soviético.

¿Habría cruzado la línea del frente? Imposible saberlo. En muchos lugares, los soldados alemanes se movían en convoyes en un intento desesperado de rendirse a los estadounidenses. A lo largo de las carreteras, Posey podía ver sus rostros tras el alambre de espino, la mayoría sonrientes ahora que para ellos la guerra había terminado. De repente, sin embargo, llegaban a una población donde las fuerzas alemanas seguían atrincheradas y dispuestas a combatir hasta el último hombre. Las oscuras ventanas de algunas aldeas abandonadas servían de refugio a los francotiradores. Nidos de ametralladoras inadvertidos abrían fuego de improviso sobre la carretera. Algunas unidades estadounidenses apenas si llegaron a entrar en combate; otras perdieron a más hombres durante el vacío de poder que durante los seis meses anteriores. Paz y violencia se alternaban de forma aleatoria y caótica. De nada servían los mapas. A veces, Posey se preguntaba si su brújula seguía apuntando al norte; parecía no haber magnetismo, ninguna fuerza que mantuviera la unión entre las cosas. Las leyes de la naturaleza —todas las leyes, de hecho— parecían abolidas. La única recomendación que el ejército podía dar a sus soldados era que no se separasen de sus unidades y que bajo ningún concepto se movieran en solitario. Pero ¿y quienes no tenían unidad? ¿Qué ocurría con quienes, por la propia idiosincrasia de su trabajo, se veían obligados a recorrer aquella tierra calcinada sin apenas compañía?

Posey pensaba a menudo en Buchenwald, aun cuando en torno a él el mundo estuviera desmoronándose. En un despacho abandonado del campo había encontrado el retrato de un oficial alemán. El hombre posaba en posición de firmes con una radiante sonrisa en el rostro, sosteniendo una de sus más preciadas posesiones: el dogal con el que ejecutaba a sus reos en el garrote. Posey guardaba el retrato en su bolsa y a menudo se quedaba mirándolo antes de apagar la luz por la noche. A veces, la sonrisa del oficial lo ponía hecho una furia; en otras, lo entristecía hasta las lágrimas. Posey veía al terrible oficial en los rostros de cualquier alemán, incluso en el de los niños, que durante tanto tiempo le habían recordado a su hijo. Toda aquella destrucción no hacía mella en su ánimo, y eso lo preocupaba. Un día, lejos del campamento y sin comida, él y Kirstein se encontraron con una compañía de infantería que habían decidido matar y cocinar un conejo que habían visto en una conejera detrás de una casa de campo. Al entrar en el terreno, apareció una mujer en la puerta.

—Por favor —dijo chapurreando inglés—, el conejo es de mi hijo.

Los soldados no se dieron por enterados.

—Por favor —repitió la mujer—. Mi marido era oficial de las SS. Es terrible, lo sé, pero a estas alturas ya debe de estar muerto. Le regaló el conejo a mi hijo antes de

partir para la guerra. Mi hijo tiene ocho años, el conejo es lo único que le queda de recuerdo de su padre.

Robert Posey se quedó un buen rato con los ojos clavados en la mujer y entonces echó mano a su bolsa. Sacó un trozo de papel, pero no era la fotografía de Buchenwald, sino una de las señales de «Acceso prohibido» de las que colocaba en los monumentos protegidos. En la parte inferior escribió: «Por orden del capitán Robert Posey, 3.<sup>er</sup> Ejército de los Estados Unidos», y colgó la señal en la jaula.

—Nadie le hará nada al conejo de su chico —dijo, y se marchó con los miembros de la compañía.<sup>[243]</sup>

Días después le escribió a Alice:

Lo que explicabas [en la última carta] sobre el niño de dos años de color, me recordó por alguna razón los grandes horrores que vi hace unos días. Ocurrió en el campo de concentración nazi de cerca de Weimar que visité al día siguiente de su rendición. Todavía no creo lo que vi. Fue demasiado inverosímil. Ninguna de las cosas que he leído acerca del cruel sadismo de los nazis me parece ya exagerada. Dice mucho de Roosevelt que les plantase cara prácticamente en solitario, mientras el resto del mundo vivía sometido. Las gentes de Weimar, que queda a sólo seis kilómetros, aseguran que ignoraban lo que estaba ocurriendo, cuando él, sin embargo, lo sabía pese a encontrarse a seis mil kilómetros. Aun así, me pregunto si la nuestra es una sociedad sana cuando una familia es capaz de abandonar a un chiquillo negro a su suerte. Quizá es que soy un blandengue. Cuando me alojo en una casa alemana, ni que sea tan sólo por una noche, salgo a buscar los pollos, los conejos y mascotas y, si puedo, les doy agua y comida. Generalmente, las familias huyen con tanta precipitación que no les da tiempo de ocuparse de esas cosas. Me imagino que el mundo es para los fuertes y los crueles. Si es así, debería sentirme satisfecho de procurar vivir cada día dentro de los límites de mi conciencia y dejar los aplausos para quienes están dispuestos a pagar el precio que cuestan.<sup>[244]</sup>

## DESCUBRIMIENTOS

Turingia y Buxheim, Alemania

1 de mayo de 1945

George Stout llegó a Bernterode el 1 de mayo de 1945. Tal y como Walker Hancock había descrito durante su conversación telefónica, la mina se encontraba en una zona rural en la cual no había más que bosques. Los nazis incluso habían evacuado una pequeña aldea de las proximidades para que nadie notase la frenética actividad que tenía lugar en la mina. El único signo de civilización, si así podía llamársele, era el campo de concentración para personas desplazadas, en su mayoría franceses, italianos y esclavos soviéticos que habían trabajado en la mina. El pozo principal bajaba hasta quinientos cuarenta metros, y los túneles se extendían a lo largo de casi veinticuatro kilómetros por debajo de la tierra. Al principio, el cometido principal de los trabajadores consistía en cargar y descargar municiones, dado que Bernterode era uno de los mayores centros de producción armamentística de Alemania central. Según las estimaciones del personal de ordenanza estadounidense a cargo de la exploración del yacimiento, la mina contenía cuatrocientas mil toneladas de explosivos. «Si alguien entraba con una cerilla en la mina, lo molían a azotes o cosas peores», le había dicho uno de los trabajadores franceses a Walker Hancock.

—Los civiles fueron desalojados hace seis semanas —informó Hancock a Stout mientras descendían por el largo, lento y oscuro hueco del montacargas hasta el fondo de la mina—, los soldados alemanes empezaron a llegar al día siguiente. La operación se realizó en el más absoluto secreto. Dos semanas después sellaron la mina. Fue el 2 de abril, George, el día que entramos en Siegen.

El montacargas se paró al final del pozo y los dos hombres encendieron sus linternas. En el techo había lámparas eléctricas, pero la iluminación era muy débil y la corriente iba y venía.

—Por aquí —dijo Hancock señalando el corredor principal.

Se encontraban a más de medio kilómetro bajo tierra y no se oían más que sus pasos. Del túnel partían ramales con cavidades excavadas en la roca que se perdían en la oscuridad. Cuando Stout enfocaba las cavidades con la linterna se veían pilas de proyectiles de mortero y explosivos. Cuatrocientos metros más adelante llegaron a una pared recién sellada con mortero. Como no había puerta —los nazis no esperaban que nadie entrara en ese depósito—, se había practicado un butrón. Al otro lado del corredor había un gran alijo de dinamita.

—Usted primero —dijo Hancock.

George Stout se introdujo por el boquete de la pared, que conducía a una sala cuyo contenido resultaba inimaginable incluso para alguien que, como él, hubiese estado ya en Siegen y Merkers. En ella, había un pasadizo central bien iluminado y flanqueado por plataformas de madera y compartimentos de almacenaje. De los compartimentos colgaban 225 banderas y estandartes desplegados y ornados con objetos decorativos. Eran estandartes militares alemanes que databan de las antiguas guerras prusianas y de la primera guerra mundial. Cerca de la entrada de la cámara había varias cajas y pinturas, y en las plataformas podían verse, cuidadosamente dispuestos, tapices y otras obras ornamentales. Stout notó que en algunas de las plataformas había unos ataúdes de grandes dimensiones.<sup>[245]</sup> Tres de ellos no presentaban decoración de ningún tipo; uno de ellos lucía una corona, cintas rojas y un nombre: Adolf Hitler.

—No es él —dijo Hancock por encima del hombro de Stout—. Los muchachos de ordenanza creían que sí, pero no.

Stout subió a la plataforma en la que estaba el ataúd. Las banderas colgaban sobre su cabeza, algunas de las más viejas protegidas con redecillas para conservarlas de una pieza. Por el suelo había cajas de munición y las cintas estaban decoradas con esvásticas. Hancock tenía razón; no era Hitler. En un burdo cartel, rotulado con lápiz rojo y sujeto con cinta adhesiva, se leía: «*Friedrich Wilhelm I, der Soldaten König*». Federico Guillermo I, el Rey Soldado, muerto desde 1740. En ese momento, Stout reparó en que las condecoraciones eran el homenaje de Hitler al fundador del moderno Estado alemán.

Examinó el resto de ataúdes, cada uno con su tosco rótulo a lápiz rojo sujeto con cinta adhesiva. Ahí yacían el *Feldmarschall* Von Hindenburg, el máximo héroe alemán de la primera guerra mundial, y a su lado, *Frau* Von Hindenburg, su esposa. El cuarto ataúd contenía los restos de «*Friedrich der Grosse*», Federico el Grande, el hijo del Rey Soldado.

¿De dónde había sacado Hitler aquellos ataúdes?, se preguntaba Stout. ¿Habría profanado sus tumbas?

—Es una sala de coronaciones —apuntó Hancock—. Pretendían coronar a Hitler emperador de Europa.

—O del mundo —agregó Stout, examinando las fotos de una cajita metálica. Había fotografías y retratos de todos los líderes militares del Estado prusiano, desde el Rey Soldado hasta Hitler. En otras tres cajas se guardaban algunos de los trofeos de la monarquía prusiana: la espada imperial del príncipe Alberto, forjada en 1540; el cetro, el orbe y la corona empleados en la coronación del Rey Soldado en 1713. Las joyas se habían extraído de la corona debido, según rezaba una etiqueta, a una «venta honorable».<sup>[246]</sup>

Stout examinó el resto de la sala. Las cajas de acero para munición contenían



libros y fotografías de la biblioteca de Federico el Grande, y los 271 cuadros colocados en la última plataforma de almacenaje procedían de sus palacios de Berlín y el Sanssouci de Potsdam.

—No, no es una sala de coronaciones —dijo Stout—. Es un relicario. Aquí guardaban los artículos más valiosos del estado militar alemán. Esta sala no estaba destinada a Hitler, sino al próximo Reich, para que pudiera constituirse sobre un pasado glorioso.

Hancock se echó a reír.

—Y ni siquiera han conseguido mantenerlo oculto hasta el final de éste.

Quinientos cincuenta kilómetros al sur, James Rorimer recibía por fin las noticias que había estado esperando: el 7.º Ejército estadounidense se aproximaba a Neuschwanstein. Salió de inmediato hacia el depósito de transportes, donde le dijeron que, puesto que la unidad de mando se disponía a partir en breve para Augsburgo o Múnich, no había vehículos disponibles.

Astuto y decidido como de costumbre, y más estando tan cerca su objetivo después de todos aquellos meses, logró que un amigo le apartase un jeep de la Cruz Roja y se puso en camino sin dilación. Como Neuschwanstein no estaba liberado todavía, se desvió hacia Buxheim, donde Rose Valland le había dicho que los nazis habían ido depositando lo que no cabía en Neuschwanstein desde 1943. Sin vacilar lo más mínimo, un agente de policía alemán le indicó cómo llegar a un monasterio, situado a unos pocos kilómetros de la ciudad, donde todo el mundo sabía que se guardaban las obras de arte de los nazis. Los soldados estadounidenses destacados en el lugar, no obstante, parecían desconocer la existencia de la mercancía. Los ladrones habían saqueado las salas exteriores del monasterio y las tropas aliadas estaban muy ocupadas evitando que los hambrientos desplazados arramblasen con los comestibles saqueados a los franceses. En la parte posterior de una de las habitaciones, completamente ignorada por las tropas norteamericanas, Rorimer encontró una serie de cajas con estatuas marcadas con las letras «D-W», las siglas de Pierre David-Weill, uno de los mayores coleccionistas de arte del mundo. En la sección principal del monasterio, incluso los pasillos estaban llenos de muebles renacentistas robados. Las celdas, donde se alojaban un sacerdote, treinta monjas y veintidós niños refugiados, estaban a rebosar de cerámica, pinturas y obras decorativas. El suelo de la capilla estaba cubierto con unos treinta centímetros de alfombras y tapices, muchos de ellos directamente robados de las paredes y los suelos de varias de las propiedades de los Rothschild.

Los supervisores alemanes del monasterio pusieron el máximo empeño en ser lo menos serviciales posible, aunque Rorimer tuvo mejor suerte con Martha Klein, una restauradora de Colonia nombrada supervisora del depósito. Gracias a Klein, Rorimer

descubrió que el monasterio era el más importante de los talleres donde se restauraban los objetos sustraídos por el ERR en Francia. Alrededor podían verse los utensilios del oficio: cámaras, cepillos, pintura, espátulas, luces, instrumentos de medición y leche, utilizada en la preparación de los lienzos. Rorimer se fijó en una pintura de pequeño tamaño tumbada sobre una de las mesas. Klein le dijo que era un Rembrandt, descubierto por los nazis en la cámara de seguridad de un banco de Múnich. En cuanto Rorimer se lo pidió, Klein le facilitó el listado de pinturas que ella y sus colegas habían restaurado entre aquellas estrechas paredes a lo largo de los últimos dos años.

«Pocos museos hay en el mundo que puedan presumir de tener una colección como la que aquí [en Buxheim] hemos encontrado —escribiría Rorimer más tarde—. Resultaba imposible pensar en las obras de arte en términos ordinarios: nos las veíamos con salas, camiones, castillos enteros.»<sup>[247]</sup>

Y aquello no eran más que las sobras. Neuschwanstein todavía estaba a unos cuantos kilómetros de distancia.

## EL DOGAL SE ESTRECHA

Alemania y Austria 2 y 3 de mayo de 1945

Evidentemente, la guerra no la libraban tan sólo los Aliados occidentales. En Italia, las fuerzas alemanas presentaron su rendición oficial el día 2 de mayo. En el frente oriental, los más de dos millones de hombres del Ejército Rojo habían atravesado Polonia como una apisonadora y avanzaban hacia el interior de Alemania, obligando a las tropas nazis y a la población civil a huir hacia el oeste para no ser masacrados. El 4 de mayo, las fuerzas estadounidenses atraparon a Hans Frank, el infame gobernador general de la Polonia ocupada, en su residencia de Neuhaus, a orillas del lago Schliersee, a sólo quince kilómetros de la frontera austríaca.

El reinado de Frank en Polonia había sido despiadado y sangriento. «No debemos mostrarnos escrupulosos a la hora de admitir que [en Polonia] se ha fusilado a un total de 17.000 personas —aseveró durante un discurso ante los adeptos del partido en 1943—. Ahora tenemos el deber de cerrar filas; quienes estamos hoy aquí reunidos figuramos en la lista de criminales de guerra del señor Roosevelt. A mí me cabe el honor de encabezarla.»<sup>[248]</sup> En cierta ocasión, durante una visita a otro territorio, captó su atención un letrero que proclamaba la ejecución de siete partisanos, y ante su séquito se jactó de que, si hiciera poner un cartel por cada siete polacos que había matado, habría que talar un bosque entero.

En contraste con su presteza a la hora de sentenciar al prójimo, Frank demostró una gran debilidad a la hora de afrontar sus propios crímenes. Impotente y desesperado, sólo tuvo presencia de ánimo para entregar los cuarenta y tres volúmenes de sus diarios a sus captores. Durante su primera noche de cautiverio, intentó suicidarse cortándose las muñecas y la garganta. Incluso en eso fracasó. Durante el registro de su vivienda, los soldados encontraron nueve grandes obras pictóricas, entre ellas dos de las tres obras maestras hurtadas de la colección Czartoryski de Cracovia: el *Paisaje con el buen samaritano* de Rembrandt y la *Dama con armiño* de Leonardo da Vinci. La tercera, el *Retrato de un joven* de Rafael, figuraba como desaparecida en las listas oficiales.

En los sótanos de una prisión próxima a Tréveris, Hermann Bunjes hizo recapitulación de su vida y quedó consternado. Los oficiales de Monumentos Robert Posey y Lincoln Kirstein no habían regresado para aceptar su propuesta de ayuda; en vez de ello, Posey envió a un interrogador del ejército al pequeño escondite del

historiador en las afueras de Tréveris. Poco después, Bunjes era arrestado por las fuerzas aliadas.<sup>[249]</sup> Había sido cómplice del pillaje de Göring en Francia; había acosado a Rose Valland en el Jeu de Paume; había renunciado a todas sus credenciales como hombre de cultura, como estudioso y como persona por acceder a la cúpula nazi y, aun así, había logrado convencerse de que al final saldría bien parado. Tal vez creía que podría escapar aprovechando la confusión desatada por el avance aliado, o que podría comprar su libertad revelando a Posey y a Kirstein el paradero de la cámara del tesoro de Hitler en Altaussee. Pero Bunjes había vendido su alma, y eso es algo irrecuperable ni aun al más alto precio. Hermann Bunjes ambicionaba el poder, la riqueza y el prestigio, aunque todo ello no era más que un cruel espejismo fruto de los delirios de un orate.

En Baviera, Hermann Göring, ataviado con las borlas y oropeles de su elevado rango (pese a haber sido oficialmente depuesto por Hitler pocos días antes), viajaba en un coche descapotable custodiado por las SS. La escolta tenía la orden de asesinar al *Reichsmarschall* y a su familia, pero hasta las SS eran conscientes de que el país atravesaba un vacío de poder e hicieron caso omiso de la orden. El convoy se dirigía hacia Mauterndorf, una de las muchas residencias de Göring; el *Reichsmarschall* tenía previsto aguardar allí hasta que Eisenhower le concediese audiencia. Estaba convencido de que se reuniría con él y conversarían de militar a militar.

En el ínterin, sus obras de arte estaban en tránsito hacia la ciudad de Unterstein, a nueve kilómetros y medio de Berchtesgaden. En las últimas dos semanas, habían recorrido un azaroso trayecto por las bombardeadas líneas férreas alemanas. Primero habían ido a Berchtesgaden, donde se habían desenganchado tres vagones a pesar de que los refugios antiaéreos eran húmedos y demasiado pequeños para contener la colección entera. El resto de los vagones habían seguido rumbo a Unterstein, pero al llegar, el *Reichsmarschall* se desdijo de su decisión y prefirió devolver la colección a los refugios de las afueras de Berchtesgaden. Las pinturas se cubrieron con tapices para protegerlas y las puertas del refugio se sellaron con una capa de treinta centímetros de hormigón y se camuflaron con maderos que parecían vigas de tejado. Por supuesto, no hubo espacio para el grueso de la colección, de modo que, mientras las bombas asolaban Alemania, las tropas aliadas avanzaban sobre los escombros de lo que fueran grandes ciudades y los nazis más fanáticos planeaban la voladura de vías férreas, fábricas y puentes, el *Reichsmarschall* mandó el remanente de su descomunal colección de pinturas, esculturas, tapices y demás tesoros culturales robados de vuelta a Unterstein. Él y su mujer se quedaron tan sólo con las diez pequeñas obras maestras que llevaban consigo desde la partida de Carinhall, suficientemente valiosas como para que ambos pudieran vivir como reyes el resto de

sus vidas.

Al otro lado de la frontera austríaca, en el Reducto Alpino, entre los defensores de Altaussee reinaba la confusión. Eigruber había mandado un equipo de demolición para armar y explosionar las bombas. Un informante de confianza —el marido de una amiga de uno de los mineros— había visto a la brigada de derribos en un valle a unos pocos kilómetros, a la espera de una escolta de la Gestapo. Días atrás, Pöchmüller y Högler habían discutido sobre la conveniencia de enviar a alguien a Salzburgo para que informase de la situación a las fuerzas de los Aliados occidentales. Concluyeron que era demasiado arriesgado. La idea de rebelarse contra los guardias armados parecía un desatino, sobre todo a la vista de la inminente llegada de la Gestapo con la brigada de derribos. Por lo demás, no disponían de tiempo ni de medios para sacar las pesadas bombas de la mina.

En ese momento crucial, uno de los mineros, Alois Raudaschl, tuvo una idea. El doctor Ernst Kaltenbrunner, jefe de la policía secreta de Hitler y segundo en la jerarquía de las SS, había huido del búnker de Hitler en Berlín y se encontraba de camino hacia la zona, donde vivía su amante. Raudaschl, como miembro del Partido, sabía cómo ponerse en contacto con él. ¿Podría ayudarles Kaltenbrunner?

Era una opción atractiva. En tanto que jefe de seguridad nazi, Kaltenbrunner estaba por encima de Eigruber. Había estado en el búnker y conocía los designios de Hitler. Además, lo tenía todo para despertar la admiración del *Gauleiter*: austríaco de nacimiento, era famoso por su firme adhesión a las más abyectas prácticas de Hitler, como el establecimiento de campos de concentración, la ejecución de prisioneros de guerra y la desaparición de miles de «indeseables» de los territorios bajo ocupación alemana. En pocas palabras: un malnacido sin escrúpulos ni corazón, justo el tipo de persona capaz de ganarse el respeto de August Eigruber.

La pregunta era si un hombre de esas características estaría dispuesto a tomarse alguna molestia por salvar obras de arte.

## LA CARRERA

Berchtesgaden y Neuschwanstein, Alemania

4 de mayo de 1945

La 3.<sup>a</sup> División de Infantería del 7.<sup>o</sup> Ejército estadounidense, «la Roca del Marne», había combatido en el norte de África, Sicilia, Anzio, Francia y el sur de Alemania hasta llegar finalmente a los Alpes bávaros. Había tomado parte en la captura de Múnich a finales de abril y había pasado por el cercano campo de exterminio de Dachau. El 2 de mayo de 1945, el 7.<sup>o</sup> Regimiento de Infantería, conocido como los *Cottonbalers*, avanzó sobre Salzburgo, la puerta austríaca del Reducto Alpino. Esperaban encontrar oposición, pero en los últimos días había desaparecido todo atisbo de resistencia, por lo que pudieron tomar la ciudad sin disparar una sola bala. Desde ahí estaban en perfectas condiciones para hacerse con el trofeo definitivo: el baluarte nazi de Berchtesgaden, el corazón del Reducto Alpino.

La mañana del 4 de mayo, el comandante de la 3.<sup>a</sup> División de Infantería, el mayor general John *Iron Mike* O'Daniel, visitó al coronel John A. Heintges, comandante del 7.<sup>o</sup> Regimiento de Infantería.

—¿Cree que conseguiremos llegar a Berchtesgaden? —le preguntó.

—Sí, señor —respondió Heintges—. Ya tengo el plan preparado.

Heintges había ordenado a sus ingenieros que trabajaran toda la noche para reforzar un puente de la zona por si acaso la división recibía órdenes de avanzar.

Al cabo de una hora, los Batallones 1.<sup>o</sup> y 3.<sup>o</sup> marchaban en formación de tenaza hacia Berchtesgaden. Mientras el 1.<sup>er</sup> Batallón avanzaba ojo avizor por los puertos de montaña, el 3.<sup>er</sup> Batallón bajó en formación abierta por la autopista. El 1.<sup>er</sup> Batallón entró en Berchtesgaden a la 15.58 horas del 3 mayo de 1945, seguida dos minutos más tarde por el 3.<sup>er</sup> Batallón.

Las calles estaban llenas de oficiales alemanes vestidos con sus abrigos grises en posición de firmes. Uno de ellos dio un paso al frente, desenfundó la pistola y la daga y se las entregó al coronel Heintges. Era Fritz Göring, el sobrino del *Reichsmarschall*. Heintges aceptó la rendición e invitó al joven a una *Gasthaus* local para tomar una botella de vino. El *Reichsmarschall* había partido hacía poco; Fritz se había quedado para hacer entrega de los archivos de la Luftwaffe a los Aliados.

Mientras Heintges conversaba con el oficial, otros *Cottonbalers* caminaban montaña arriba en dirección al Berghof de Hitler, en el monte Kehlstein. La casa había sufrido las bombas de la RAF británica y un incendio provocado por las SS,

pero las despensas seguían llenas de comida y las paredes tachonadas de anaqueles con licores. Isadore Valentini, médico y antiguo minero del carbón, se sentó en el gran salón de Hitler y descorchó el vino del Führer con sus amigos.

La bandera nazi desplegada sobre el Berghof fue arriada y hecha trizas, y sus fragmentos, repartidos entre los oficiales de la 3.<sup>a</sup> División de Infantería. En una casa cercana, un soldado tomó la Luger del teniente general Gustav Kastner-Kirkdorf, que éste había empleado para suicidarse. Poco después, los hombres del 7.<sup>o</sup> Regimiento de Infantería hacían rodar gigantescas ruedas de queso por las calles y daban buena cuenta de la colección personal de licores de Göring, que constaba de dieciséis mil botellas. Quedaba claro que el tal Reducto Alpino, tan temido por Eisenhower y sus consejeros, no existía. El último bastión de la resistencia nazi había caído sin apenas un disparo.

Neuschwanstein estaba situado al final de una larga y traicionera carretera de curvas que atravesaba las montañas de la frontera entre Alemania y Austria. Adecuada metáfora, pensó James Rorimer, de los derroteros que había seguido su búsqueda desde que había conocido a Rose Valland en París. Rorimer había acudido a la Ciudad de la Luz con la esperanza de salvar sus grandes monumentos y edificios, y en esos momentos conducía un camión de la Cruz Roja por la campaña alemana con la esperanza de encontrar, oculta en un castillo remoto, una de las mayores colecciones de obras de arte jamás reunida. ¿La habrían trasladado o, lo que era peor, destruido? ¿Seguirían allí los documentos del ERR, cruciales para esclarecer dónde y a quién se había robado cada pieza? Es más, ¿se dirigía al lugar correcto?

«Sí, en Neuschwanstein hay obras de arte —le había dicho Martha Klein, la restauradora a la que había conocido en Buxheim—. Pero la mina de Altaussee es, con diferencia, el escondite más bien surtido».

Al oír aquello le había embargado la duda, pero fue sólo un instante. Los Aliados no habían tomado todavía la región de los alrededores de Altaussee, un valle rural en lo alto de las montañas y alejado de cualquier objetivo, así que no había elección.

Por si eso fuera poco, llevaba meses soñando con Neuschwanstein. Imposible echarse atrás estando tan cerca y después de las promesas que le había hecho a Rose Valland. Con un poco de suerte, le quedaría tiempo para ir también a la mina.

Cualquier duda que pudiera quedarle, se disipó al divisar el castillo, que describió con estas palabras:

El castillo de cuento de hadas de Neuschwanstein, cerca de Füssen, se construyó en un fantástico estilo seudogótico por orden de Luis de Baviera, el rey loco. Al verlo, según nos acercábamos desde el norte a través de un valle abierto, en lo alto de la montaña, se nos antojó el prototipo de todos los castillos de los cuentos. Un castillo construido en el aire a mayor gloria de unos locos egocéntricos sedientos de poder; un emplazamiento pintoresco, romántico y remoto, ideal para que un atajo de bandidos pudiesen llevar a

Las grandes puertas de hierro estaban protegidas por dos cañones montados sobre vehículos blindados. Aparte de eso, los alemanes habían huido, dejando el lugar totalmente indefenso. La unidad estadounidense que había tomado el castillo no había informado de focos de resistencia y el arsenal confiscado a los alemanes que todavía se encontraban allí no pasaba de un par de escopetas. Gracias a la información de Rose Valland y al empeño de Rorimer, la unidad se había hecho cargo de la importancia del castillo y nada más capturarlo lo había precintado y acordonado. Nadie, con independencia de rangos, había accedido a las cámaras del tesoro.

Con el custodio de toda la vida del castillo como guía —los nazis habían mantenido al personal del servicio del castillo de antes de la guerra, confiando en él más que en sus propios hombres—, James Rorimer, su nuevo ayudante, John Skilton, y un pequeño retén de guardias entraron en el castillo. El interior era un laberinto de escaleras proyectado no por un arquitecto, sino por un diseñador de decorados teatrales por quien el rey loco sentía gran admiración. Las escaleras eran empinadas y poco seguras, y en lo alto de cada tramo había una puerta que los guardias alemanes se encargaban de ir abriendo y cerrando a su paso con la ayuda de un juego de llaves de grotescas dimensiones. Detrás de la mayoría de puertas se abrían habitaciones claustrofóbicas con paredes de dos palmos y estrechas ventanas. Otras conducían a magníficos salones, en ocasiones a un balcón con vistas a la montaña, de donde partía otro tramo de escaleras por el exterior del edificio. El castillo ascendía formando ángulos aparentemente imposibles y las habitaciones se sucedían las unas a las otras, a cual más extravagante, llenas todas de cajas y cajones, armazones y plataformas, donde se almacenaba el patrimonio de Francia expedido desde París. En algunas estancias no había más que ornamentos de oro; en otras, las pinturas se amontonaban sobre estantes o pilas de cajones con las iniciales «ERR» pintadas sobre los distintivos de los coleccionistas parisinos. Rorimer comprobó que muchas de las cajas no se habían abierto todavía.

Otras secciones del castillo estaban atestadas de muebles. Otras contenían tapices; otras, servicios de mesa, copas, candelabros y todo tipo de artículos de ajuar. Había varias habitaciones con libros y valiosos grabados introducidos al azar entre los lomos o caídos por detrás de las estanterías. Detrás de una puerta de acero, cerrada con dos llaves, se encontraba la colección de joyas de los Rothschild, de fama mundial, y más de un millar de objetos de plata pertenecientes a Pierre David-Weill. «Atravesé las habitaciones como en trance —escribió Rorimer—, con la esperanza de que los alemanes hubieran hecho honor a su reputación de metódicos y tuvieran fotografías, catálogos y registros de todos aquellos artículos. De lo contrario, se necesitarían veinte años para identificar tamaña acumulación de botín.»<sup>[251]</sup>

En el *Kemenate*, una parte del castillo donde estaba el salón de la chimenea y a la



cual se accedía por una puerta separada, los nazis habían quemado uniformes y documentos. Rorimer vio la firma de Hitler, todavía visible en la retorcida esquina del papel chamuscado, y temió que los archivos hubieran sido destruidos, pero por suerte la habitación siguiente estaba repleta de archivadores donde se guardaban fotografías, catálogos y registros. A cada confiscación realizada por el ERR en Francia —más de veintiuna mil en total, incluidos los envíos que habían ido a parar a otros depósitos— correspondía una ficha de catalogación. Las fichas no sólo atestiguaban buena parte del botín sustraído en Europa occidental, sino que, tal y como había dicho Rose Valland al hablarle de la importancia de Neuschwanstein, resultaban absolutamente imprescindibles para identificar los artículos y restituirlos a sus dueños.

—Que nadie entre aquí —le dijo Rorimer al sargento de la guardia que seguía al equipo de inspección—. Ni siquiera los centinelas. Queda prohibido el acceso a este edificio.

En el suelo había una trampilla. Rorimer mandó sellarla con clavos e hizo colocar un baúl de acero encima. Las pesadas puertas del *Kemenate* quedaron cerradas a cal y canto. A continuación, James Rorimer, en un gesto al más puro estilo teatral, recogió un viejo sello que había encontrado entre los tesoros del saqueo —SEMPER FIDELIS, «siempre fiel», se leía en él— y lo estampó en el lacre que cerraba la ranura entre las puertas.

## LOS ÚLTIMOS DÍAS

Berlín y sur de Alemania

5 y 6 de mayo de 1945

El 2 de mayo, las tropas del Ejército Rojo penetraron en la mitad superior de una zona del centro de Berlín donde se alojaban varios de sus famosos museos. Las tropas alemanas habían abandonado la zona, conocida como la Isla de los Museos, apenas unas horas antes, después de que los cuidadores responsables del altar de Pérgamo lograran persuadirlos de que no utilizaran las piezas del famoso altar griego como barricada protectora para el combate.

Una vez controlados los museos de la ciudad, los expertos del Ejército Rojo volvieron su atención hacia las colosales *Flakturm* (torres antiaéreas), que contenían muchas de las pinturas de mayor tamaño y otras obras de arte que no habían podido ser evacuadas a Merkers y el resto de depósitos alemanes. La *Flakturm* del zoológico, la mayor de las tres, medía 40,5 metros y tenía seis plantas bajo tierra. Las paredes de hormigón tenían dos metros y medio de espesor y las ventanas estaban protegidas con postigos de acero. Además de un hospital, un cuartel militar, una estación de radio de alcance nacional, almacenes de munición y el depósito de obras de arte, tenía cabida para treinta mil personas.<sup>[252]</sup>

El 1 de mayo, las tropas soviéticas habían invadido la *Flakturm* del zoológico en busca de oro, el cadáver de Hitler y nazis de alto rango, pero sólo habían encontrado soldados y civiles heridos, atendidos por un grupo de médicos desesperados sobre las cajas que contenían los altorrelieves del altar de Pérgamo, los tesoros de la antigua Troya (conocidos como el Oro de Príamo) y un sinfín de otras obras de primera magnitud. El 4 de mayo, los heridos habían sido evacuados y la *Flakturm* se encontraba bajo el control de las brigadas de trofeos de Stalin, a cargo de transportar todo cuanto pudiera ser de valor (desde obras de arte a comida o maquinaria) a la Unión Soviética en concepto de reparación informal en especies por la devastación perpetrada por los nazis. Las brigadas de trofeos se pusieron de inmediato a organizar envíos; un mes después, la torre estaba prácticamente vacía.

La *Flakturm* de Friedrichshain, que contenía 434 importantes pinturas de gran tamaño, cientos de esculturas, objetos de porcelana y antigüedades (tesoros que Rave no había podido trasladar a Merkers), corrió distinta suerte. Entre el 3 y el 5 de mayo, las tropas soviéticas inspeccionaron la torre y comprobaron que había sido saqueada. Había ochocientos mil trabajadores esclavos procedentes de Europa del Este vagando

por la ciudad, y un número mucho mayor de alemanes desesperados arreglándoselas como podían para sobrevivir al vacío de poder. La rapiña estaba a la orden del día. Los ladrones habían asaltado la *Flakturm* atraídos por la comida acumulada en el primer piso, pero no habían tocado ni uno de los valiosos cuadros almacenados al lado. Lo cual no quería decir que los tesoros se encontraran a salvo, pues la noche del 5 de mayo se declaró un incendio en la torre. Los víveres y las obras depositadas en el primer piso fueron pasto de las llamas.

¿Fueron delincuentes comunes quienes provocaron el incendio? ¿Lo provocaron las antorchas que muchos utilizaban a falta de electricidad? ¿O fueron fanáticos nazis y oficiales de las SS que, desesperados por mantener los tesoros del Estado alemán alejados de las manos de los soviéticos, hicieron extensivo el Decreto Nerón a las obras de arte?

La respuesta no tenía gran importancia, por lo menos no para las brigadas soviéticas. Tanto es así que ni se molestaron en apostar centinelas, aun cuando en el segundo y el tercer piso seguía habiendo obras de arte intactas. Mientras las brigadas de trofeos registraban la *Flakturm* del zoológico, la de Friedrichshain quedó abandonada a la rapacidad de la gente desesperada.

No tardó en declararse un segundo incendio, más virulento que el primero. Se dio por hecho que el contenido de la torre —esculturas, porcelanas, libros, además de las 434 pinturas, entre ellas un Botticelli, un Van Dyck, tres Caravaggio, diez Rubens y cinco del artista favorito de Göring, Lucas Cranach el Viejo— había quedado destruido, últimas víctimas del vacío.

Frenéticos y hambrientos, los habitantes de Unterstein, espoleados por el rumor de que los trenes contenían licores, cayeron sobre el tren privado de Göring. Algunos se llevaron pan y vino —el *Reichsmarschall* había hecho enganchar varios vagones de carga llenos de víveres para llevárselos al exilio—, mientras que, tal y como descubriría más tarde el investigador y oficial de Monumentos Bernard Taper,

... quienes llegaron más tarde tuvieron que conformarse con cosas como un cuadro del taller de Rogier Van der Weyden, un relicario de Limoges del siglo XIII, cuatro tallas de madera de estilo gótico tardío y demás fruslerías; todo cuanto encontraron. Un auténtico tumulto. Tres mujeres que se disputaban una alfombra de Aubusson desencadenaron una riña que duró hasta que un dignatario local les dijo: «Señoras, compórtense, repártansela». Y así lo hicieron. Dos de ellas utilizaron su parte como colcha, y la tercera cortó la suya en pedazos para hacer cortinas.<sup>[253]</sup>

Todos los días, al caer la noche, Robert Posey y Lincoln Kirstein, la brillante pareja de oficiales de Monumentos del 3.<sup>er</sup> Ejército, observaban el gran mapa clavado en la pared de la base de operaciones avanzadas. El mapa estaba forrado con acetato y cada jornada se marcaban en él los avances con lápiz rojo. Por la noche, a medida que los

rumores se contrastaban y se tomaban por ciertos, se actualizaban las posiciones. Estadounidenses y soviéticos se habían reunido en Torgau a finales de abril. Italia se había rendido. Un suboficial aseguraba haber ido y vuelto de Bohemia sin encontrar resistencia. Posey y Kirstein detectaron una constante: la zona bajo control alemán era cada vez más pequeña, pero la mina de sal de Altaussee quedaba siempre en el territorio fuera del alcance de los Aliados occidentales.

No fue su única decepción. A medida que los ejércitos aliados cerraban posiciones en torno a los Alpes austríacos, se hizo evidente que Altaussee no caería en manos del 3.<sup>er</sup> Ejército estadounidense, tal y como Posey y Kirstein habían creído y esperado, sino del 7.<sup>o</sup> Ejército. James Rorimer sería el hombre a cargo de la mina; Posey y Kirstein tendrían que contentarse con un montón de ciudades en ruinas y unos cuantos castillos menores.

Robert Posey consideraba que era injusto, no tanto por él —como todos los hombres de Monumentos, en cuanto recibía información siempre la compartía— como por el 3.<sup>er</sup> Ejército. Le parecía absurdo que otro grupo de ejércitos se adjudicase los honores de un hallazgo como el de Altaussee cuando había sido el 3.<sup>er</sup> Ejército el que, durante los primeros meses, había barrido a todo un ejército alemán al este del río Mosela, cruzado el Rin y propinado un golpe fatídico a la moral del enemigo con sus ofensivas hacia el corazón de Alemania. ¿Acaso no había sido el 3.<sup>er</sup> Ejército el que había liderado el avance en Francia? ¿El que había tomado la inexpugnable ciudadela de Metz? ¿El que había peinado las regiones industriales de la Alemania centromeridional? ¿Y acaso no habían sido él y Lincoln Kirstein, hombres del 3.<sup>er</sup> Ejército, quienes habían descubierto no sólo la existencia sino la localización de la cámara del tesoro de Hitler?

En una carta a Alice en la que hace gala del habitual orgullo de los soldados del 3.<sup>er</sup> Ejército escribe:

Lamento que no fuera nuestro ejército el que debía reunirse con los rusos, si era eso lo que esperabas con tanta expectación. Puedo asegurarte que este ejército es la joya de los ejércitos aliados; nos toca siempre el papel más difícil, y por eso mismo el más importante. Nuestro equipo es como un equipo de fútbol que va siempre a la cabeza. El resto de ejércitos tienen fama de buenos, pero no de brillantes, y quienes abandonan la zona de combate no son merecedores de nuestra consideración. Estando en Inglaterra no eran más que civiles de uniforme. Quienes no piensan así, se convierten poco a poco en algo distinto. Cuando esto ocurre, suele ser por propia elección, pues formar parte de un grupo que no duda en declarar a gritos que es el mejor de todos los tiempos sería demasiado para soldados sin fuertes convicciones.<sup>[254]</sup>

Kirstein, por su parte, lejos de sentirse motivado por la camaradería imperante en el 3.<sup>er</sup> Ejército, opinaba que todo aquello era deprimente:

Cuando uno pasa demasiado tiempo trabajando entre los esqueletos de edificios importantes, pensando en el amor y el cuidado que se puso en levantarlos, en lo irrelevante de su destrucción, en la energía que se requiere para restaurarlos de forma aproximada —preguntándose, incluso, si será posible restaurarlos—, al

final la confusión hace que lo vea todo negro. Después de ver los espectaculares despojos de Mainz y Frankfurt, Wurzburg, Núremberg y Múnich, siempre era un alivio descubrir una pequeña población mercantil respetada por la guerra.<sup>[255]</sup>

Pocos días después, ni siquiera esas pequeñas ciudades intactas representaban un consuelo. Los alemanes —y en especial la aristocracia alemana— lo asfixiaban tanto como la destrucción. El 6 de mayo, escribió:

Últimamente vamos de locura en locura. Siguiendo el rastro del saqueo, hemos descubierto que la aristocracia local vive en una serie de enormes castillos repartidos por toda esta pintoresca provincia llenos de cajas con los contenidos de los museos, además de cajas de efectos personales, libros y marchantes que fueron invitados a instalarse en los *Schloss* para que pudieran salvar la vida ante el avance del ejército ruso-judío-negro-americano. Una encantadora condesa ya anciana nos recibió en la cama. Estaba enferma, oh, muy enferma, y su casa se había convertido en un hospital para heridos alemanes (de poca consideración). Pese a la elegancia de su antigua mansión, disponía tan sólo de una pieza pobre y pequeña, y a buen seguro que por poco se parte la crisma metiéndose en cama al oírnos entrar en el patio. La vieja era una zorra italiana que se había casado con un gran nombre alemán y estaba dando cobijo a un atajo de marchantes artísticos y de jóvenes condes y barones «enfermos» [...] que, pobres, lo mal que lo han pasado. Por poco no salen de París a tiempo, tan delicados del pulmón [...]. Esperaba que sus encantadores muchachos (saca retratos), dos chicos de buena planta, sus dos adorables oficiales de las SS, tuvieran el privilegio de rendirse a los americanos, que son todos gente deliciosa (entre quienes he estado toda la vida), y no a los antidemocráticos y sucios rusos-judíos-polacos, a quienes DEBEMOS enfrentarnos sin tardanza, aparte de eso sólo quería hacernos una petición de lo más insignificante. Por lo visto, a unos rusos-judíos-polacos-americanos-negros les había dado por disparar a los ciervos del coto fuera de temporada, y eso traía al guarda forestal DE CABEZA [...]. Hizo castañetear la mandíbula postiza. Su hermana, una princesa soltera de cincuenta y ocho años, por lo menos se mostraba sincera dentro de la infamia. Dijo que quería estrecharnos la mano, si se lo permitíamos. Me reí: por favor, en tiempos de guerra me da lo mismo a quién le estrecho la mano. Debo decir que al final la vieja condesa nos fue útil, descubrimos lo que queríamos descubrir y en unos papeles con un membrete que era una corona nos apuntó el nombre de todas sus primas, que vivían en otros castillos, todos y cada uno de ellos un nido de serpientes venenosas [...]. Los marchantes [de arte] tampoco tenían nada que envidiarles en cuanto a ruindad [...]. Todos se habían enriquecido a punta de pistola; nunca compraban mercancía expropiada de colecciones judías a menos que las colecciones hubieran sido purificadas tras pasar por dos o tres intermediarios que se llevaban su parte del pastel. Era de esperar que los americanos no los harían desprenderse de propiedades adquiridas de tan buena fe. Por lo que respecta al destino último de los objetos, porcelanas finas, buenos maestros menores sin interés, sellos, cajetillas de rapé, muebles, etc., no me importan lo más mínimo si sus dueños originales, que sin duda están muertos, o sus dueños actuales, que sin duda son gente encantadora, amante de perros y caballos, los recuperan, los conservan o los dejan que se pudran y se ajen en sus sótanos. Lo único que me interesa es una pequeña porción de la historia del arte. Cuándo llegaré a casa.<sup>[256]</sup>

Lo inacabable de la operación, la desmesurada envergadura del saqueo, la presunción y las excusas, eso era lo que le deprimía, a pesar de que él y Posey se encontraban cada vez más cerca de la región alpina que albergaba la mayor parte de los depósitos de arte robado de los nazis. En una carta a su familia resume así la situación: «Como ves, mi humor mejora y el pelo se me cae a medida que pasan los días, que transcurren indistinguibles, innumerables y como a la pata coja. Me siento apático como nunca antes, y eso que los acontecimientos se vuelven cada vez más espectaculares [...]. No me interesa el maldito futuro de la maldita Alemania».<sup>[257]</sup>

## EL TRADUCTOR

Múnich, Alemania

7 de mayo de 1945

Mientras los oficiales de Monumentos destacados sobre el terreno avanzaban a pasos agigantados hacia sus objetivos, el soldado Harry Ettlinger permanecía de brazos cruzados en una enorme *Kaserne*, o cuartel militar alemán, de las afueras de Múnich. Era el 7 de mayo, habían pasado casi cuatro meses desde que lo apearan de aquel camión en Bélgica y desde entonces no había hecho otra cosa que comer y dormir. Los pensamientos de Harry empezaron a girar en torno a cierta tarde semanas atrás, en el campamento de las afueras de Worms, en Alemania, el último lugar donde había dormido al raso, después de subir a una colina de las proximidades. Por fin el tiempo era más cálido y los árboles florecían. Notó una sombra y alzó la vista esperando ver aviones. No era más que una bandada de pájaros. Carretera abajo, distinguió una figura solitaria. Durante veinte minutos se quedó observando al hombre que subía. Cuando estuvieron a pocos metros, Harry se dio cuenta de que llevaba una pierna ortopédica. Se ofreció a echarle una mano, pero el hombre se negó. Era el párroco de la capilla situada en lo alto de la colina. Había perdido la pierna más de dos años antes, en el frente soviético. No se dijeron gran cosa, aunque al marcharse, Harry tuvo la sensación de que por primera vez en meses había conversado de veras con otro ser humano. Hasta el momento, había sido su único contacto con el enemigo.

—Me han dicho que hablas alemán —dijo alguien de forma inesperada, interrumpiendo sus recuerdos. Harry levantó la vista para comprobar si el soldado se dirigía a él.

—Sí, señor —respondió el soldado Harry Ettlinger, que había estado a punto de saludar antes de reparar en que su interlocutor era de su mismo rango.

—He estado haciendo de traductor durante los últimos dos días —dijo el hombre—. Es un trabajo interesante, pero no es lo mío. Quiero entrar en inteligencia militar. Cuatro soldados norteamericanos violaron a una muchacha alemana y quiero investigarlo. ¿Te interesa?

—¿La violación?

—No, el trabajo de traductor.

—Sí, señor —respondió Harry otra vez, sin pararse siquiera a pensar en el trabajo.

El soldado lo mandó a un despacho al otro lado del patio de desfiles de la *Kaserne*, en lo que resultó ser el cuartel del 7.º Ejército estadounidense. El despacho

era un pequeño cuarto del segundo piso, lleno de mesas y papeles. En las mesas había dos hombres trabajando; en medio había otro dando órdenes.

—¿Es usted el nuevo traductor? —le espetó el hombre.

—Sí, señor. Soldado Harry Ettlinger, señor.

—Ettlinger suena alemán.

—Soy americano, señor. Judío alemán de nacimiento. De Karlsruhe.

—¿Lo han asignado a alguna unidad, Ettlinger?

—No que yo sepa, señor.

El hombre le tendió una pila de papeles.

—Léase estos documentos y díganos que pone. A grandes rasgos, y atento con los detalles: nombres, localizaciones, obras de arte.

—¿Obras de arte?

Antes de que Harry pudiera articular la pregunta, el hombre ya se había dado la vuelta y se había marchado. «A eso lo llamo ser expeditivo», pensó Harry. Sabía que si hacía un buen trabajo con los documentos, el hombre lo asignaría a su sección, fuera cual fuera, y visto lo visto, no se le ocurría un lugar mejor. Sólo más tarde descubriría que, antes del cambio de unidad, lo habían asignado al cuerpo de traductores de los juicios de Núremberg. Por lo visto, ésa era la razón por la que había pasado cuatro meses esperando.

—Un tipo de cuidado —dijo Harry, volviéndose hacia uno de los hombres que había en el despacho.

—Pues no ha visto nada —contestó éste—. Está intentando asegurarse los dos edificios más buscados de Múnich, el gabinete de Hitler y la antigua sede del Partido Nazi. Patton quiere instalar ahí su cuartel regional, pero conociendo al teniente, pronto se convertirán en puntos de recogida de la MFAA. Tendremos el edificio entero para nosotros. Es decir, para nosotros y para los cientos de miles de cosas de que se habla en esos documentos.

Harry echó un vistazo a los papeles.

—¿De qué trata todo esto?

El hombre se echó a reír.

—Bienvenido a la sección de Monumentos. Soy el teniente Charles Parkhurst, de Princeton.

—Harry Ettlinger, de Newark —dijo, y se quedó en silencio—. ¿Y él quién era? —preguntó finalmente.

—Era el teniente James Rorimer, tu nuevo jefe.

Nuevo jefe. Sonaba bien.

—¿Adónde ha ido?

—A Salzburgo. Va a organizar una expedición armada para ir a las minas de sal de Altaussee.

## SONRISAS Y LÁGRIMAS

Bernterode, Alemania

7 de mayo de 1945

George Stout decidió tomarse su tiempo en Bernterode. Se había reunido un equipo de más de veinte personas para retirar los tesoros de la mina —compuesto por la unidad de ordenanza que había encontrado el santuario, un pequeño grupo de ingenieros y catorce ex trabajadores esclavos franceses que habían pasado los últimos años trabajando ahí—, y todo el mundo quería terminar cuanto antes mejor. La mina era oscura y olía a humedad, había filtraciones de agua y con frecuencia sufría cortes de suministro que podían prolongarse varias horas. Incluso Walker Hancock, que a esas alturas tenía ya una dilatada experiencia en la remoción de obras de arte, estaba ansioso por acabar. Después de todo, la operación se estaba realizando bajo la amenaza de cuatrocientas mil toneladas de explosivos.

Pero George Stout no estaba dispuesto a ceder. Lo que ocurría en el mundo exterior, donde circulaban rumores acerca del final de la guerra, no tenía ninguna repercusión sobre lo que sucedía en el bosque de Turingia, a quinientos cuarenta metros bajo tierra. Antes de trasladar nada, era precisa una inspección a fondo. Por suerte, la unidad de ordenanza había examinado ya la mayor parte de los veinticuatro kilómetros de túneles. No habían encontrado más tesoros, aunque sí varios depósitos de suministros militares. Stout mandó cortar las botas antigás para hacer topes de goma e impedir así que los objetos se rozaran unos con otros; las mantas antigás eran ideales para envolver las pinturas, lo cual, teniendo en cuenta las filtraciones de la mina, resultaba de vital importancia. Una vez obtenido el material de embalaje, se pasó a inventariar los contenidos de la mina y a disponerlos para su traslado. Walker Hancock levantó la cabeza una tarde —que era por la tarde es un supuesto, pues llevaba dos días viviendo en la oscuridad más absoluta— y vio que Stout lo observaba con el ceño fruncido. Hancock cayó en que había estado pensando en Saima, en su casa y en los hijos que quizá tendrían un día, y que mientras pensaba en ello había ido enrollando la cuerda con movimientos ampulosos y cadenciosos, como los pescadores de Massachusetts a los que solía observar cuando estaba en casa. Stout, por el contrario, mantenía sujeta su cuerda con la mano y el codo y la enrollaba a conciencia con giros acompasados y precisos.

En cuanto Stout se dio la vuelta, el tipo que estaba al lado de Hancock murmuró: —¿Hasta cuándo se ha creído que vamos a estar preparando cuerdas de cincuenta



y nueve con sesenta y nueve centímetros y colocándolas un grado al este?<sup>[258]</sup>

El tipo era Steve Kovalyak, un teniente de infantería destinado a ayudar a los oficiales de Monumentos después de que Walker Hancock entregara la parafernalia de la coronación a los mandamases de Frankfurt. Para Hancock, que ya había visto de todo, un cargamento de piezas de oro cubiertas de diamantes no significaba gran cosa, aunque a los muchachos del cuartel se les saltaban los ojos. Hancock se había limitado a tomar prestado el jeep de Stout para llevar los paramentos reales a Weimar, pero el general Hodges no quería correr riesgos y le puso una escolta compuesta de dos motocicletas, tres jeeps, dos vehículos blindados, una camión de carga y quince soldados, aun a pesar de que el recorrido entre Weimar y Frankfurt estaba limpio de fuerzas enemigas y, a juicio de Hancock, era más seguro que la carretera Merritt de Connecticut. Se preguntó qué habría opinado el general de la primera parte del viaje, cuando Hancock conducía los cargamentos de joyas a solas por los bosques de Turingia por una carretera donde sólo una semana antes seis convoyes habían sido objeto de emboscadas.

—No te preocupes —le dijo Hancock al joven teniente—, George Stout sabe lo que hace. —Y les explicó a Kovalyak y a unos cuantos oficiales de ordenanza cercanos lo ocurrido en Büsbach, donde Stout había tenido tiempo de realizar el examen exhaustivo de un cuadro a pesar de que fuera caían las bombas—. Hace tiempo que trabajo con George Stout —agregó—, y os aseguro una cosa: comparados con él, somos todos unos aficionados.

Horas después, hubo un corte de corriente y la mina quedó a oscuras. Otra vez. Hancock encendió la linterna. El haz de luz iluminó libros, oro, pinturas, ataúdes y, de repente, la cara de Georges Stout. Hancock dio un brinco del susto.

—Enviaré a Kovalyak —dijo éste. Era el procedimiento habitual durante los apagones: enviar al teniente Kovalyak a persuadir al *Burgermeister* para que mantuviera los generadores en funcionamiento, pese a que Kovalyak era uno de los pocos oficiales presentes que no hablaban palabra de alemán. Era una labor tediosa, que dependía más de la maña que de la fuerza; por suerte, los años pasados en infantería le habían enseñado los trucos necesarios para lidiar con los gerifaltes locales, trámites absurdos y papeleos burocráticos. Hancock tenía la impresión de que en más de una ocasión había estado al borde del consejo de guerra, en ocasiones por placer, aunque en la mayoría por querer hacer las cosas bien hechas.

Hancock se encontró solo en la oscuridad, y, como siempre que esto ocurría, se puso a pensar en la vuelta a casa. Todo parecía tan cerca —la nueva casa, la vuelta a la escultura, los abrazos de Saima— y, a la vez, más lejano que nunca. Estaba en un agujero en medio de un bosque alemán, totalmente a oscuras. Hasta la claridad del día parecía encontrar se a años luz. ¡Al diablo el ahorro de pilas! Encendió la linterna, arrastró una caja hasta el centro de la cámara y, sirviéndose del bastidor de madera de

un Cranach de cuatrocientos años de antigüedad como mesa, le escribió una carta a Saima:<sup>[259]</sup>

Preciosa Saima:

Nunca te imaginarías en qué extrañas circunstancias te escribo esta carta. Ahora no puedo explicártelo; lo que quería era escribirte unas líneas desde uno de los lugares más increíbles [...]. Geo. Stout está aquí para ayudarme; con el repentino derrumbe de Alemania se nos ha venido tal avalancha de trabajo encima que lo último en que pensábamos era en escribir cartas [...]. Ahora no puedo seguir; sólo quiero decirte que te amo más de lo que podría expresar con palabras, claro que eso no es ninguna novedad. Pronto podré instalarme en una habitación con una cama y una mesa y ponerme al día con la correspondencia.

Devotamente tuyo,

Walker

El embalaje empezó el 4 de mayo, pero tuvo que suspenderse por culpa de otro apagón general. Kovalyak salió de la mina para ir a ver al alcalde de la ciudad más próxima; el 305.º Batallón de Ingenieros de Combate instaló un generador de emergencia a quinientos cuarenta metros bajo tierra; los trabajadores franceses, antigua mano de obra esclava, se fueron por las galerías laterales, como de costumbre en estas situaciones; Hancock sacó la linterna y, utilizando esta vez el ataúd del *Feldmarschall* Von Hindenburg como mesa, le escribió a Saima: «Son días de mucha nostalgia», a pesar de la emoción que suponía el trabajo.<sup>[260]</sup> Era una persona a la que le gustaba rodearse de gente con almas gemelas, ya fueran los soldados o los amigos que lo visitaban en su salón de Massachusetts, y la soledad de los últimos meses, sin ni siquiera un ayudante para hacerle compañía, lo deprimía. «Geo. Stout está aquí para darme ánimos, que falta me hace. A veces uno necesita a los amigos.»<sup>[261]</sup>

El 5 de mayo se dividió el equipo de embalaje en dos turnos, uno de 0800 a 1600 y otro de 1600 a 2200. No era una tarea apta para claustrofóbicos, porque la cámara y las galerías estaban llenas a rebosar de gente. Al terminar el día siguiente, la mayoría de los objetos habían sido protegidos, envueltos, aislados y cargados en el montacargas para el lento ascenso a la superficie, donde volvieron a apilarlos en un cobertizo. Sólo entonces se dio cuenta Steve Kovalyak de lo útil que había sido planear las cosas con tanto esmero y tomarse tantas molestias con los trozos de cuerda.

«Otro discípulo de George Stout», pensó Hancock.

Al día siguiente llegó el turno de los ataúdes. El de *Frau* Von Hindenburg, el más ligero, fue el primero. Había cuatrocientos metros entre la cámara y el pozo principal. Dos soldados se santiguaron al verlo subir a bordo del destartado montacargas.

—Nunca volverá a estar enterrada a tanta profundidad —dijo Stout, a suerte de bendición.

Luego le llegó el turno al Rey Soldado, y por último, con Walker Hancock de pie encima del ataúd, al *Feldmarschall* Von Hindenburg. Ya no quedaban más que los

restos mortales de Federico el Grande y su formidable ataúd de acero. Los ingenieros insistieron en que el ataúd no cabría en el montacargas, pero Stout les recordó que si habían podido bajarlo, también podrían subirlo. Volvieron a tomarle las medidas; si lo encajaban bien en el montacargas, tenía que sobrar un centímetro y medio de espacio.

Por desgracia para ellos, según sus cálculos el ataúd pesaba entre 540 y 630 kilos. En primer lugar hubo que balancearlo para poder introducir una serie de cuerdas por debajo, sacarlo por la puerta de la cámara y conseguir girarlo para embocar el oscuro, irregular y húmedo pozo. El cortejo fúnebre avanzó despacio, los portadores gritaban a cada tirón. Tardaron casi una hora entera en introducir el enorme armatoste de acero en el montacargas, porque había que hacerlo entrar centímetro a centímetro. Por fin, justo antes de las 23.00, estuvo listo para subir a la superficie. Habían necesitado el día entero para desenterrar los cuatro ataúdes.

El montacargas empezó a subir lentamente, palmo a palmo, y de pronto se detuvo. George Stout y seis de sus ayudantes saltaron al cable inferior de la caja y, poco a poco, el montacargas siguió su ascenso. Tardó catorce minutos en remontar los quinientos cuarenta metros, y durante todo ese tiempo Stout y los demás no pensaron en nada más que en que ojalá el viejo montacargas fuera capaz de soportar una tonelada de peso, porque eso era más o menos lo que pesaban entre todos. Según se aproximaban a la superficie, empezaron a oír música. Alguien había encendido una radio; sonaba el himno estadounidense. En cuanto el féretro emergió en medio de la oscura y serena noche siguió otra canción: *Dios salve al Rey*. Era el 7 de mayo de 1945, los alemanes habían presentado su rendición incondicional en Reims. Los Aliados habían ganado oficialmente la guerra.

## EL FINAL DEL CAMINO

Altaussee, Austria  
12 de mayo de 1945

La noticia llegó por sorpresa: el 3.<sup>er</sup> Ejército estadounidense se dirigía al sur. Serían ellos, y no el 7.<sup>o</sup> Ejército, quienes penetrarían en los Alpes, a poca distancia de Altaussee. James Rorimer, que había estado planeando una expedición armada a la mina de sal, fue desviado hacia Berchtesgaden, donde los rumores acerca de los tesoros y los saqueos a manos de la población desplazada corrían como la pólvora. De pronto, Altaussee pasaba a ser responsabilidad de Robert Posey y Lincoln Kirstein. Por desgracia, se encontraban a más de trescientos kilómetros, enfrascados en otra misión.

Por una vez, los hombres de Monumentos no tuvieron que esperar mucho para obtener autorizaciones y un vehículo, a pesar de que la información referente a la zona era vaga y los informes sobre la mina inexistentes. Se lanzaron sin perder tiempo a las tierras baldías del sur de Alemania, donde incluso las carreteras habían sido bombardeadas y reducidas a gravilla. A falta de banderas, los civiles alemanes izaban fundas blancas de cojín sobre las casas en señal de rendición, aunque a pesar de ello, las ventanas tenían un aspecto oscuro y siniestro. Circulaban numerosas historias sobre soldados acibillados en poblaciones aparentemente tranquilas, sobre algunos miembros de las Juventudes Hitlerianas que, inflamados de ignorancia y pasión adolescente, aguardaban a oscuras junto a las ventanas de los segundos pisos de las casas con las pistolas apuntadas hacia el cabo de la calle. Entre los grupos de desplazados se contaban muchos soldados, la mayoría procedentes del frente oriental, que se habían deshecho de sus uniformes para confundirse mejor con la población civil. Muchos de estos grupos traslucían desesperación y, a la vez, turbias intenciones. Durante uno de sus desplazamientos, Kirstein giró por el lugar equivocado y se encontró de pronto en medio de un convoy de soldados alemanes. Como no había espacio para dar la vuelta, él y Posey pasaron unos cuantos minutos de tensión rodeados por el enemigo, preguntándose quién era prisionero de quién. Al final, salieron bien librados y los alemanes siguieron avanzando sin más.

Cuando los hombres de Monumentos cruzaron la frontera austríaca, fue como si el horror hubiera quedado atrás y por fin pudiesen respirar. En lugar de fundas de cojín, en las casas ondeaban banderas rojiblancas, el símbolo de la Resistencia austríaca. Las carreteras empezaron a serpentear, encaramándose por las colinas. A lo

lejos se alzaban las cumbres cubiertas de nieve y las dispersas aldeas alpinas, con sus coloridos chalés y sus decorados de madera tallada, parecían pueblecitos de maqueta ferroviaria.

Pasado Bad Ischl se encontraron con el 6.º Ejército alemán, que ocupaba un área de más de un kilómetro y medio de largo «entre cocinas de carbón, caballerías enganchadas a ambulancias y camiones averiados. Había mujeres y heridos, unidades Panzer búlgaras a pie, sin blindaje; miles de soldados agotados, rumbo a casa y, en su mayoría, contentos».<sup>[262]</sup>

Hicieron una breve parada en una posada próxima al pueblo de Altaussee, una aldea impoluta resguardada por el bosque a orillas de un cristalino lago alpino. Fuera, oficiales de las SS pulcramente vestidos ofrecían sus servicios a los liberadores, pues según creían no tardarían en entrar en combate con los soviéticos. Como los Aliados rechazaban el ofrecimiento, los oficiales se rendían, con la condición de poder conservar las armas. Temían que sus propias tropas pudieran dispararles por la espalda.

Dentro de la posada, los soldados norteamericanos estaban de fiesta. Guiados por montañeros austríacos, algunos de sus compatriotas habían seguido por las montañas durante buena parte de la noche a Ernst Kaltenbrunner, el infame jefe de la policía secreta nazi, hasta apresarle por fin al amanecer. El astuto nazi había arrojado sus medallas a un lago y se había hecho pasar con éxito por médico, aunque lograron identificarlo cuando su amante gritó su nombre y lo saludó con la mano al verlo pasar junto a un grupo de prisioneros alemanes por un pueblo de los alrededores.

Posey y Kirstein apretaron el paso. Ya sólo quedaba una última y sinuosa pendiente hasta la mina, pero al ver la carretera inhóspita y vacía, tuvieron la sensación de que tal vez habría sido mejor no adelantarse en solitario. Para su sorpresa, los edificios de fuera de la mina —un cuartel y un búnker de oficinas a la sombra de la imponente montaña— bullían de actividad. Dos jeeps y un camión de tropas de la 80.ª División de Infantería habían logrado hacerse con los edificios sin hallar resistencia, aunque nadie sabía a ciencia cierta qué era exactamente lo que habían conquistado. Entre los enemigos —mineros, expertos en arte, guardias, nazis— parecían no ponerse de acuerdo acerca de lo ocurrido ni, sobre todo, de quién lo había hecho.

Tras una fugaz charla con el oficial al mando, el mayor Ralph Pearson, quien aseguró que no había bombas trampa en el pozo principal, Posey y Kirstein tomaron unas cuantas lámparas de acetileno y se dirigieron a la mina. El túnel entraba directo hacia el interior de la ladera de la montaña. Aunque medía algo más de dos metros de alto, Posey y Kirstein agacharon la cabeza por puro instinto. La luz de las linternas oscilaba de un lado a otro a medida que avanzaban, abriendo y cerrando la oscuridad a su paso. Kirstein tocó la pared y notó un calambre: cables de demolición rotos o

cortados, no estaba claro. Cuatrocientos, quizá ochocientos metros más hacia delante —era difícil saberlo con aquella oscuridad—, el suelo se llenaba de escombros. Siguieron adelante. Kirstein notó que en la pared había un agujero lleno de tubos, y pese a su escasa formación armamentística supo que se trataba de dinamita. Lista para detonar, sólo faltaba prenderla. Pasó por encima de los bloques de piedra y saltó al suelo de tierra apisonada para seguir a su capitán montaña adentro. Sus pasos dejaban oír un eco que iba y venía entre los escombros desperdigados por el suelo. Las linternas oscilaban hacia atrás y hacia delante. Hacía frío, aunque no tanto como para hacerlos tiritar como Kirstein, cuando Posey se detuvo de repente y levantó su lámpara de acetileno. Frente a ellos se alzaba una gruesa pared de rocas derrumbadas sobre las cuales se reflejaba la tenue luz de las linternas. La mina había sido volada.

## SECCIÓN V

### EL DESENLACE

«No queremos destruir sin necesidad aquello a lo que los hombres han dedicado tanto tiempo, cuidado y destreza [...] [pues] estas muestras de arte nos hablan de nuestros antecesores. [...] Si estas piezas debieran perderse, romperse o destruirse, perderíamos una parte sustancial del conocimiento que tenemos de nuestros antepasados. Ninguna época existe aislada; todas las civilizaciones están formadas no sólo por sus propios logros, sino por su herencia del pasado. Si estos vestigios debieran destruirse, perderíamos una parte de nuestro pasado, y ello nos haría más pobres».

Ronald Balfour, oficial de Monumentos británico, discurso ante los soldados con ocasión del llamamiento a filas, 1944

«Todas las obras de arte por cuyo destino temblamos todavía volverán a nosotros, trayendo consigo la luz de su belleza, que atraerá, como antaño, a peregrinos del mundo entero e inspirará pensamientos de paz».

Cesare Fasola, bibliotecario de los Uffizi, *The Florence Galleries and the War*

## COMPRENDER ALTAUSSEE

Altaussee, Austria

30 de marzo-5 de mayo de 1945

Hace tiempo que las intenciones de Hitler con respecto al tesoro de Altaussee son objeto de debate. Con todo, parece claro, a la vista de su testamento, el último documento sobre el que estampó su firma, que nunca tuvo intención de destruir las obras de arte.

Por algún motivo, la significación de su firme y explícito deseo —que las «pinturas» reunidas para el gran museo de Linz se donaran al Estado alemán— ha pasado desapercibido a los historiadores que han examinado el documento. Tomando en consideración el contexto general y las ambiciones artísticas de Adolf Hitler, el testamento debería bastar para descartar que quisiera destruir las obras. Lo cual, no obstante, no debe redundar a su favor, pues resulta igual de evidente que mientras estuvo en el poder sus decisiones hicieron casi inevitable la destrucción de la mina de Altaussee. Al negarse a planificar la derrota o la rendición cuando ya todo estaba perdido, creó un vacío de poder que permitió que un sector de desaprensivos decidieran el destino de decenas de miles de vidas, edificios y tesoros artísticos. Asimismo, es cierto que no declaró en términos inequívocos que las obras de arte no debían destruirse.

Lo que aquí nos interesa más es que las decisiones que adoptó en el transcurso de muchos años —las quemas de libros, la destrucción de arte «degenerado», el pillaje de propiedades privadas, el arresto, detención y aniquilación sistemática de millones de seres humanos, la destrucción intencionada de grandes ciudades a modo de represalia— dejaron a las obras de arte y a todo cuanto cayó en manos de los nazis en cualquier parte del mundo en una posición francamente peligrosa. El oficial de Monumentos S. Lane Faison Jr. declaró en una ocasión que Hitler «escribió un libro titulado *Mein Kampf*. Y si alguien lo hubiera leído con atención, habría visto que en él anticipaba todo lo que ocurrió [...], la cuestión judía consta ahí negro sobre blanco».<sup>[263]</sup> Lo mismo vale para la mayor parte de sus medidas. Al autorizar a sus seguidores para desatar la violencia y la furia sobre sus territorios, el Decreto Nerón del 19 de marzo de 1945 no hacía más que formalizar lo que había propugnado y llevado a cabo durante las dos décadas anteriores. En manos de alguien como August Eigruber equivalía a un mensaje mesiánico.

¿Qué fue exactamente lo que sucedió en las remotas montañas de Austria entre la



caída del poder de Hitler y la llegada de la sección de Monumentos? ¿Quién fue el responsable último de lo ocurrido allí? ¿A quién debía culparse del desenlace de los acontecimientos? El marco general de la situación se conoce desde hace tiempo, pero hicieron falta varias décadas para reconstruir la verdadera secuencia de los hechos y el papel que desempeñaron los gerentes de la mina, los mineros, los oficiales nazis, los milicianos de la Resistencia y las tropas aliadas occidentales. Todavía hoy, al revisar los documentos alemanes originales, es posible encontrar nuevas pistas acerca de uno de los más cruciales (y ampliamente desconocidos) puntos de inflexión en la historia de los logros culturales de la humanidad. Como en tantas otras cosas en la vida —y en la historia—, no se trata tan sólo de analizar qué ocurrió, sino también qué pudo haber ocurrido.

Los hechos básicos no los cuestiona nadie.

De no haber sido por la acción heroica de unos pocos individuos, el depósito de arte de Altaussee habría sido destruido por las bombas colocadas en la mina por orden de August Eigruber. Sin embargo, no quedó destruido; es más, las obras de arte que allí se encontraban ni siquiera sufrieron daños irreparables. Según parece, en algún momento entre el 1 y el 7 de mayo (las fuerzas estadounidenses, lideradas por el mayor Ralph Pearson, llegaron el 8 de mayo) las ocho potentes bombas fueron retiradas y escondidas junto a la carretera entre un grupo de abetos, y los túneles de la mina se llenaron de dinamita. Las explosiones resultantes —los conspiradores se referían a ellas como la «parálisis»—<sup>[264]</sup> provocaron el derrumbe de los túneles y sellaron la mina, dejando las obras de arte fuera del destructivo alcance de Eigruber. La pregunta es: ¿quién ordenó y ejecutó la parálisis?

En un artículo para la revista *Town and Country* aparecido en otoño de 1945, Lincoln Kirstein admitía que «había tantas versiones como testigos, por lo que cuanto más información acumulábamos menos verdad parecía contener ésta».<sup>[265]</sup> No obstante, él creía que los héroes habían sido los mineros austríacos. Según la hipótesis de Kirstein, que se convirtió en la explicación oficiosa de la MFAA, los mineros descubrieron por accidente que los cajones de Eigruber contenían bombas y las retiraron en secreto de las cámaras en el silencio de la noche. A continuación sellaron los accesos a la mina, conscientes de que era la mejor manera de evitar que la fuente de su sustento sufriera daños mayores. De rebote, salvaron las obras de arte. Cuando Eigruber descubrió la traición, «mandó fusilar a todos los austríacos, pero era demasiado tarde; los estadounidenses se encontraban al otro lado de la montaña. Era el 7 de mayo».<sup>[266]</sup>

Los mineros confirmaron esta versión de los hechos en 1948, cuando en un informe destinado al gobierno austríaco firmado en nombre de los «Luchadores por la Libertad de Altaussee» alegaron haber actuado por su cuenta para salvar la mina.<sup>[267]</sup> Entre otras inconsistencias, su testimonio omite el hecho de que los mineros nunca

habrían podido planificar la compleja «parálisis» (las explosiones controladas) sin el asesoramiento técnico de ingenieros como Högler y Mayerhoffer. Pese a todo, el gobierno nunca puso en duda su declaración.

De hecho, el gobierno austríaco fue una de las más importantes fuentes de desinformación en todo el asunto de Altaussee. Sin duda, la opinión de Kirstein se vio influenciada por un error de base muy extendido: que los austríacos fueron víctimas inocentes de los nazis, y no sus cómplices voluntarios. Se trata de una idea errónea, como demuestran filmaciones y documentos de la época. El gobierno austríaco, sin embargo, fomentó desde el principio una imagen de inocencia e incluso elaboró una defensa de sus acciones conocida como el *Libro rojo-blanco-rojo* (al que muchos llaman, no sin sorna, «La mascarada vienesa») en 1946.<sup>[268]</sup> En él, una autodenominada Resistencia austríaca asegura tener conocimiento de los tesoros artísticos ocultos en Altaussee y haber obligado a punta de pistola a Kaltenbrunner a desobedecer la orden de destrucción de Hitler. Afirmación absurda, pues si bien estuvo activa en la zona de Altaussee, la Resistencia austríaca no tenía constancia de la existencia de las obras de arte ni ejercía influencia alguna sobre las actividades de la mina. No sería hasta semanas más tarde cuando adquiriría un papel relevante, como refuerzo de la exigua guardia estadounidense. Y sin embargo, en 1948 la Resistencia, con el apoyo del gobierno austríaco, se arrogaba un papel primordial en la salvación de Altaussee. Con el tiempo, habría incluso quien asegurase que los mineros eran miembros de la Resistencia, cuando la verdad es que muchos de ellos estaban afiliados al Partido Nazi.

Aprovechando este clima de rebeldía prefabricada, surgieron muchos individuos que aseguraron ser los responsables de la frustración de los planes de Eigruber. Sepp Plieseis, uno de los líderes de la Resistencia austríaca (a diferencia de los autores del *Libro rojo-blanco-rojo*), afirmaba que su brigada era la que había salvado la mina.<sup>[269]</sup> Otro austríaco, Albrecht Gaiswinkler, aseguraba haber saltado en paracaídas sobre la zona con la ayuda de los británicos para organizar la resistencia.<sup>[270]</sup> Entre otros despropósitos pretendía haber obligado a Kaltenbrunner a desobedecer el mandato de Hitler, haber ordenado el traslado de las obras de arte a cámaras más seguras y, en sólo una noche, haber supervisado la colocación y detonación de las cargas de dinamita, un procedimiento de lo más complejo que, en realidad, llevó varias semanas. En 1946, aseguró que Eigruber había ordenado que las obras fueran destruidas con lanzallamas. Gracias a esas mentiras consiguió los votos necesarios para ingresar en la Asamblea Nacional de Austria. No obstante, a medida que la verosimilitud de sus historias disminuía, empezó a perder apoyos y, en 1950, fue expulsado de la Asamblea.

Mucho más efectivos fueron los intentos del doctor Hermann Michel, jefe del Departamento de Mineralogía del Museo de Historia Natural de Viena.

Supuestamente, Michel sería quien habría puesto sobre aviso al mayor Pearson, comandante de la unidad de infantería que formaba la cabeza de lanza del 3.<sup>er</sup> Ejército, de los tesoros escondidos en Altaussee, entre ellos las joyas de la corona de Hungría. (Dichas joyas no se hallaban en la mina, sino que fueron encontradas en un barril de gasolina hundido en un pantanal cerca del pueblo de Mattsee, en Baviera). A pesar de que Posey y Kirstein intentaron por todos los medios alertar a las tropas estadounidenses del tesoro de Hitler, ésa fue la primera noticia que Pearson tuvo de Altaussee. El mensaje, pues, existió en realidad, pero no es seguro que Michel fuera la persona que lo envió.

Cuando Pearson llegó el 8 de mayo con dos jeeps y un camión de soldados de infantería, Michel estaba ahí para recibirlo. Haciéndose pasar por experto, acompañó al comandante norteamericano a visitar el lugar y le explicó que en el interior de la mina derruida se encontraban tesoros culturales valorados en quinientos millones de dólares. Asimismo, insinuó —y más tarde lo reiteró con la ayuda de documentos obtenidos por la fuerza— que había participado de forma directa en un complot para retirar las bombas de Eigruber. Pearson dio crédito a las declaraciones de Michel por una razón muy simple: era la única persona de la mina que hablaba inglés. En verdad, el papel de Michel en Altaussee fue tangencial en el mejor de los casos.

En 1938, el doctor Michel había sido depuesto de su cargo de director del Museo de Historia Natural de Viena, a pesar de sus denodados esfuerzos por granjearse las simpatías de la élite nazi.<sup>[271]</sup> Con el nuevo director, el museo se convirtió en un instrumento propagandístico al servicio de la ideología racial. El escarmentado Michel, relegado a jefe del Departamento de Mineralogía, se mostró abiertamente favorable a programar exposiciones centradas en las divisiones raciales entre humanos, en el aspecto «racial y emocional» de los judíos y en el hombre y la mujer «ideales», nórdicos por supuesto.<sup>[272]</sup> Habló en público en varias ocasiones a favor de Hitler, ingresó en el Rotary Club «con el objetivo de debilitar la influencia judía»<sup>[273]</sup> y se convirtió en encargado de relaciones públicas de la delegación local del Partido Nazi.

Michel era menos un racista que un oportunista amoral.<sup>[274]</sup> Se pasó años agasajando a los racistas y asesinos más recalcitrantes de la historia, pero supo ver antes que la mayoría que las nuevas potencias serían los liberadores de lugares como Altaussee. El vacío de poder entre abril y mayo de 1945 representó la oportunidad de enterrar o maquillar hechos pasados y de sembrar mentiras que el día de mañana pudieran convertirse en verdades. Quienes tomaran pronto la iniciativa no sólo salvarían el cuello, sino que se convertirían en actores indispensables para los conquistadores Aliados.

Fue un proceso común en toda Alemania y Austria: personas de todos los bandos —tanto nazis empedernidos como intrépidos resistentes— procuraron asegurarse una

buena posición en el nuevo orden mundial, algo que no le pasó por alto a George Stout: «Estoy harto de todos estos manipuladores —escribió—, de todos estos sapos que se arrastran para conseguir una posición ventajosa y sacar beneficio personal o un prestigio egoísta de tanto sufrimiento».<sup>[275]</sup> Posey, que se mostraba igual de suspicaz, hizo detener a la mayoría de nazis de Altaussee, pero no acertó a descubrir las intrigas de Michel. El experto en mineralogía no tardó en aparecer en la prensa estadounidense como el héroe de Altaussee.

Luego todo volvió a la calma. A pesar de su significación para el mundo del arte, los acontecimientos de Altaussee pronto quedaron eclipsados por noticias de más peso: Auschwitz, la bomba atómica, el distanciamiento de la Unión Soviética, que terminaría desembocando en la guerra fría. Kirstein había anticipado ya ese estado de cosas el 13 de mayo de 1945, cuando escribe que «puede que cuando recibas esta carta ya lo hayas leído [el hallazgo de Altaussee], aunque, a la vista de que la mayoría de nuestros corresponsales están en París de celebración y de su inusual naturaleza, es posible que nadie se ocupe de ello». Pero añadía: «Aunque lo dudo».<sup>[276]</sup> Después de todo, ¿cómo era posible que uno de los más importantes e increíbles hitos de la historia del arte —por no decir de la historia de una guerra mundial— quedara en una simple nota al pie?

Y sin embargo, eso mismo fue lo que ocurrió. En los años siguientes aparecieron unos cuantos artículos y libros, aunque no pasó mucho tiempo antes de que incluso la comunidad artística se olvidara de los trascendentales acontecimientos de Altaussee. Habría que esperar hasta la década de 1980 para que un historiador austríaco, Ernst Kubin, localizase los materiales necesarios —cartas, órdenes, entrevistas y testimonios personales— para determinar qué era lo que de veras había ocurrido en Altaussee. Dicho material, revisado para la escritura del presente libro, cuenta una historia sorprendente, protagonizada por unos héroes si cabe aún más sorprendentes. Ofrece, además, un resumen casi perfecto de lo ocurrido durante el vacío de poder y de cómo la historia es a menudo una confusa amalgama de intenciones, valentía, preparación y azar.

Si, como creo, las órdenes de Hitler proporcionaron el impulso y la ocasión para destruir las mayores obras de arte de la historia, fue su fiel sirviente Albert Speer quien dio el paso necesario para subvertirlas. El 30 de mayo de 1945, Speer convenció a Hitler para que modificara los términos del Decreto Nerón y, en vez de «destruir totalmente» las infraestructuras no industriales, se limitase a «inutilizarlas de forma duradera». Acto seguido, Speer emitió por su cuenta varias órdenes secretas para minimizar los efectos de dichas directrices. Fueron sus órdenes las que brindaron a los gerentes de Altaussee la coartada y el valor necesarios para oponerse al plan de Eigruber.

Al contrario de lo que creía Kirstein, no se habían enterado del plan por

casualidad, sino que fueron informados el 13 de abril de 1945 por el doctor Helmut von Hummel, quien, como secretario de Martin Bormann en el búnker de Hitler, tenía acceso a la mayoría de comunicaciones del Tercer Reich.<sup>[277]</sup> La intención de Von Hummel era disuadir a Eigruber, pero nunca adoptaría tal posición públicamente — los últimos días del Tercer Reich estuvieron plagados de peligros y Von Hummel era el típico nazi acobardado—, dejando que fuera el director de la mina, el doctor Emmerich Pöchmüller, quien se confrontase con Eigruber sin el respaldo del partido. Cuando Eigruber se negó a responder a la llamada telefónica de Pöchmüller, el director de la mina se desplazó en coche hasta Linz el 17 de abril con la esperanza de una reunión cara a cara. Si no conseguía hacer entrar en razón al *Gauleiter*, trataría de engañarlo. Con la ayuda del director técnico de la mina, Eberhard Mayerhoffer, Pöchmüller había diseñado un plan para volar los accesos a la mina y sellar las bombas dentro, con lo que Eigruber se quedaría sin medios para detonarlas. La idea era endosarle el plan al *Gauleiter* como una manera de multiplicar la potencia de las bombas y garantizar la destrucción de la mina.

Eigruber, que estaba muy ocupado (como ya se ha dicho, había una multitud reunida a las puertas de su despacho), consintió. No obstante, cuando recalcó que seguía «decidido»<sup>[278]</sup> a destruir totalmente el yacimiento y que él mismo se encargaría de «arrojar granadas en la mina»<sup>[279]</sup> si los nazis perdían la guerra, Pöchmüller comprendió la seriedad de la situación. El 19 de abril discutió los pormenores del plan con su asesor, el capataz Otto Högler. Iba a ser un trabajo difícil y complejo para el que se requerirían cientos de partes móviles y una planificación exhaustiva para garantizar, en la medida de lo posible, que las deflagraciones no provocasen derrumbamientos indeseados en las numerosas cámaras donde se almacenaban las obras de arte. El 20 de abril se pusieron manos a la obra. Högler estimaba que necesitarían por lo menos doce días —hasta el 2 de mayo— antes de terminar.

El 28 de abril de 1945, Pöchmüller firmó lo que pudo haber sido su sentencia de muerte al ordenar a Högler que retirase las bombas. La «parálisis pactada», que debía tener lugar en el momento «indicado por mí en persona» (véase la página 392 para el texto íntegro), se refería, pues, a las explosiones que tenían que bloquear los accesos a la mina.<sup>[280]</sup> Pöchmüller debió de verse perdido cuando, dos días después, el adjunto de Eigruber, el inspector de distrito Glinz, oyó a Högler solicitando camiones para retirar las bombas y descubrió la orden. Al terminar ese mismo día, se apostó a seis guardias armados leales a Eigruber a la entrada de la mina.

El 3 de mayo la situación era desesperada. Los estadounidenses se habían quedado bloqueados en Innsbruck, a doscientos cuarenta kilómetros, los centinelas de Eigruber controlaban el acceso a la mina, las bombas seguían dentro y alguien había divisado una brigada de demolición en un valle cercano. Pero no todo estaba perdido.

Las cargas de «paralización» ya casi estaban listas y Karl Sieber, el restaurador de arte y confidente de Pöchmüller, había convencido a dos de los guardias de Eigruber de que el plan del *Gauleiter* era una barbaridad.<sup>[281]</sup> Mientras tanto, entre los mineros se había corrido la voz de que los cajones contenían bombas y no esculturas, como indicaban los rótulos exteriores. Un minero llamado Alois Raudaschl, activista nazi, sabía que Ernst Kaltenbrunner, un muchacho de la región que había llegado a los escalafones más altos del Partido Nazi, estaba de camino al lugar y sugirió ponerse en contacto con el destacado oficial de las SS y jefe de la Gestapo.

A las 14.00 horas del 3 de mayo de 1945, Raudaschl se reunió con Kaltenbrunner en casa de un amigo común. Poco después, Kaltenbrunner se reunió con Högler y acordaron que ni las obras de arte robadas por Hitler ni el medio de vida de los mineros debían destruirse de forma innecesaria. Cuando Högler preguntó si podía contar con el permiso de Kaltenbrunner para retirar las bombas, el oficial de las SS respondió: «Sí, retírelas».<sup>[282]</sup>

Por la noche, los mineros retiraron las bombas, con la aprobación implícita de los centinelas de Eigruber. La operación duró cuatro horas. Los mineros ignoraban que aquello era la culminación de tres semanas de planificación y valor; creían que estaban actuando por iniciativa propia. Su desconocimiento hizo que los estadounidenses y la historia creyeran una versión de los hechos completamente distinta.

A medianoche llegó a Altaussee otro de los adjuntos leales a Eigruber, el sargento de unidad de tanques Haider, quien advirtió que si las bombas se retiraban Högler sería declarado responsable y «eliminado sin compasión».<sup>[283]</sup> Las bombas debían permanecer en la mina a toda costa, de no ser así, el *Gauleiter* se presentaría «en Altaussee a la mañana siguiente para colgar a los culpables».<sup>[284]</sup> (Los mineros lo interpretaron como una amenaza, cuando en realidad quienes estaban en peligro eran los confabuladores). La amenaza llegó a oídos de Kaltenbrunner y éste llamó por teléfono a Eigruber a la 1.30 de la noche del 3 al 4 de mayo. Tras una violenta discusión, el *Gauleiter* desistió.<sup>[285]</sup> Su única exigencia fue que las bombas se depositaran junto a la carretera para que sus hombres pudieran llevárselas, en vez de arrojarlas al lago tal como pretendía Högler.

Al día siguiente, el 5 de mayo de 1945 al alba, Emmerich Pöchmüller y Otto Högler, dos de los verdaderos héroes de Altaussee, se encontraban en la entrada de la mina. Los mineros habían trabajado veinticuatro horas seguidas para terminar los preparativos de la parálisis, que incluía no sólo las seis toneladas de explosivos sino también 386 detonadores y 502 temporizadores. A las órdenes de Pöchmüller, se activaron los detonadores y setenta y seis deflagraciones sacudieron la montaña, sellando así 137 de los túneles de las antiguas minas de sal de Altaussee.<sup>[286]</sup>

## EVACUACIÓN

Altaussee, Austria

1 de mayo-10 de julio de 1945

Cuando Robert Posey y Lincoln Kirstein llegaron a Altaussee el 12 de mayo de 1945, la pequeña aldea minera estaba bajo el control de un puñado de soldados de infantería estadounidenses. Había también docenas de mineros y varios funcionarios austríacos y alemanes, cada cual con su propia versión de los hechos. Según Kirstein, «corrían rumores de toda especie: la mina había sido volada; no podíamos ver nada; de nada habría servido intentar entrar».<sup>[287]</sup> Aun así, entraron en la fría mina y avanzaron hasta encontrarse con el talud de tierra y rocas provocado por la orden de Pöchmüller. La intención era que las cargas levantaran una barrera de doce metros de profundidad, aunque nadie estaba seguro de si se había logrado. Tampoco se sabía qué era lo que había ocurrido al otro lado.

Los mineros calcularon que se tardarían dos semanas en abrir un paso entre las rocas. Posey, gracias a su formación como arquitecto, estaba seguro de que los ingenieros militares lograrían abrirlo en menos de una semana. Los mineros, ahora bajo las órdenes de los estadounidenses, se pusieron manos a la obra con sus viejos picos y palas. A la mañana siguiente, habían abierto una pequeña grieta en la parte superior del túnel lo bastante ancha como para que un hombre pudiera introducirse por ella a rastras.

Robert Posey fue el primero, seguido por Lincoln Kirstein. Al otro lado de la pared los esperaba un mundo aparte: polvo, oscuridad y un silencio fantasmagórico. Sus viejas linternas de acetileno iluminaron unos cuantos metros de un corredor cuajado de escombros. Las puertas de seguridad de hierro, reventadas por la violencia de las detonaciones, colgaban aún de las bisagras. El aire era húmedo, lo cual auguraba la rotura de algún conducto y la inundación de las cámaras. Detrás de la primera puerta que encontraron había un almacén de dinamita. Del otro lado de la puerta partía un estrecho pasaje lateral que se adentraba en la montaña. La segunda puerta era de acero macizo y necesitaron dos llaves para abrirla. Dentro, encontraron la Virgen María de Van Eyck, leyendo su libro en silencio. Junto a ésta, encima de cuatro cajas de cartón vacías, estaban otros siete paneles del retablo de Gante. «Las milagrosas alhajas de la Virgen coronada parecían atraer la luz de nuestras titilantes lámparas de acetileno —escribiría Kirstein más tarde—. Sereno y hermoso, ahí estaba el altar.»<sup>[288]</sup>

Posey y Kirstein volvieron sobre sus pasos y, transitando por oscuras galerías medio ocultas, sortearon las partes dañadas por las explosiones. Un guía los condujo hacia el frío corazón de la montaña a través de pasajes con bifurcaciones hasta llegar a una amplia cámara con el techo de piedra. La luz de las linternas iluminó un conjunto de plataformas llenas de cajas de pino con algunas de las grandes obras maestras del arte mundial hasta que fue a posarse en la inmaculada superficie de la *Madona de Brujas* de Miguel Ángel. Estaba tumbada de lado sobre un mugriento colchón de rayas marrones y blancas, muy probablemente el mismo sobre el que la habían tendido pocos días antes de la llegada de Ronald Balfour a Brujas, ocho meses atrás. El oficial de Monumentos Thomas Carr Howe Jr. (que llegó en junio) escribiría más tarde: «La luz de nuestras linternas jugueteaba con los suaves pliegues del manto de la Virgen y la delicada fisonomía de su rostro. Sus ojos graves miraban al suelo y parecía apercibirse sólo a medias del robusto Niño que se acurrucaba frente a ella, con una mano unida estrechamente a la suya».<sup>[289]</sup> Días después, en una cámara interior, los hombres de Monumentos descubrieron los últimos cuatro paneles del retablo de Gante, *El estudio del artista* de Vermeer y, en uno de los recovecos al fondo de la cámara, el Vermeer de la familia Rothschild, *El astrónomo*.

El 18 de mayo, a medida que iba revelándose la magnitud del hallazgo, Lincoln Kirstein fue enviado de regreso al cuartel para buscar a «un experto en aire, humedad y química pictórica con el fin de averiguar el estado en que se encontraban los cuadros. El experto —añadía— es, como siempre, George Stout, que es quizá la persona más agradable del mundo».<sup>[290]</sup>

Indispensable como siempre, Stout llegó a Altaussee el 21 de mayo. Lo primero que hizo fue tomar nota de los contenidos conocidos de la mina, que constaban en un informe redactado por Karl Sieber y Max Eder, y que Stout recibió de manos del solícito doctor Michel:<sup>[291]</sup>

- 6.577 pinturas
- 230 dibujos y acuarelas
- 954 grabados
- 137 piezas escultóricas
- 129 piezas de armas y armaduras
- 79 cestas con objetos varios
- 484 cajones, supuestamente de archivos
- 78 piezas de mobiliario
- 122 tapices
- 181 cajones de libros
- 1.200-1.700 cajones, supuestamente de libros o similares
- 283 cajones de contenidos desconocidos



A continuación, empezó a entrevistarse con el personal de la mina y a inspeccionar las cámaras. «Era fascinante —escribió Kirstein— oír cómo comparaba los métodos norteamericanos para determinar la humedad absoluta o relativa con los métodos austríacos empleados por el profesor de Mineralogía de la Universidad de Viena [el infame doctor Michel], quien había estado en el depósito en todo momento y nos mostró sus credenciales del Movimiento de Resistencia Austríaco.»<sup>[292]</sup> Después de tres días de estudios, Stout declaró que las obras de la mina podían aguantar a salvo un año más. Entonces dejó la mina en manos de Posey y se desplazó a la retaguardia del 3.<sup>er</sup> Ejército para exigir que una investigación por crímenes de guerra esclareciera lo ocurrido en la remota mina de sal de los Alpes austríacos. Dicha investigación nunca se llevó a cabo.

El 14 de junio, George Stout volvió a Altaussee con el teniente Steve Kovalyak, su nuevo discípulo de Bernterode. Al día siguiente, las galerías de la mina quedaron por fin libres de obstáculos, y todos los túneles «paralizados» volvieron a abrirse. La operación requirió que los mineros realizasen 253 turnos de trabajo, durante los que retiraron 879 carretadas de escombros.

Diez días después, el 25 de junio, Stout recibió noticias preocupantes. El presidente Harry Truman había cedido ante Stalin. Los Aliados occidentales no conservarían los territorios conquistados, sino que se retirarían hasta las fronteras de posguerra establecidas por los Tres Grandes (Roosevelt, Churchill y Stalin) en la Conferencia de Yalta de febrero. Los altos cargos militares norteamericanos temían que un buen número de depósitos quedaran dentro de la Zona de Ocupación Soviética. Stout se dio cuenta de que los contenidos de Altaussee terminarían en posesión de Stalin. Contrariamente a lo que había supuesto, la sección de Monumentos no disponía de un año entero para retirar los tesoros de Altaussee, sino sólo hasta el 1 de julio. Cuatro días.

Stout se vio obligado a sacar el látigo. Karl Sieber y los dos nuevos ayudantes de Stout, Thomas Carr Howe Jr. y Lamont Moore, fueron enviados al interior de la mina para seleccionar las piezas más importantes y concederles prioridad en el traslado. Stout había llevado consigo los abrigo de piel de oveja con los que había envuelto las obras de Merkers e hizo lo propio con las piezas de Altaussee. Una vez protegidas y embaladas, las obras se colocaron sobre unas pequeñas vagonetas (conocidas como «perros de mina») que circulaban por unos estrechos raíles a lo largo de toda la mina. Los mineros caminaban junto a las vagonetas mientras un pequeño motor las arrastraba hacia la superficie. Una vez fuera, las obras se cargaban en camiones que, escoltados por dos semiorugas, las conducían carretera abajo por el escabroso trazado de la montaña hasta un centro de recogida de arte de la MFAA conocido como Punto de Recolección de Múnich, establecido por James Rorimer. En él, se descargaban los camiones y, acto seguido, las pieles de oveja —así como los cajones y demás material

de embalaje disponible— volvían a Altaussee para proceder a la remesa siguiente.

Las condiciones no tardaron en empeorar. Empezaron los retrasos y Stout impuso jornadas de trabajo de dieciséis horas, de cuatro de la madrugada a ocho de la noche. Fuera llovía incesantemente, lo que complicaba el cargamento de los camiones y dificultaba incluso el trayecto a pie hasta los barracones. Dentro, los sistemas eléctrico y lumínico, dañados por las explosiones de Pöchmüller, seguían sin funcionar. Faltaba espacio para dormir, la comida era escasa y las comunicaciones con el mundo exterior eran casi inexistentes. Stout, además, cogió una infección por culpa de una rozadura de los nudillos con las paredes de la mina; cada noche tenía que poner varias horas los dedos en un casco lleno de agua caliente para bajar la inflamación. «Las manos refunfunan», escribió en su diario, con su discreción habitual.<sup>[293]</sup>

El plazo del 1 de julio no pudo cumplirse. Por suerte, las altas esferas políticas discrepaban acerca de si el plazo debía aplicarse sólo a Alemania o también a Austria. El traslado siguió adelante. Durante el desayuno del día 10 de julio, George Stout anunció que era «un buen día para los productos de clase superior».<sup>[294]</sup> Él y Steve Kovalyak habían dedicado varios días a envolver con abrigos, papel y cuerda la *Madona* de Brujas, que, en palabras de Stout a su ayudante Thomas Carr Howe Jr., parecía «un jamón anudado».<sup>[295]</sup> Un jamón de una tonelada en el que el menor rasguño quedaría a la vista de los ojos del mundo para siempre. Pero Stout se mostraba confiado. Con la ayuda de un sistema de sogas y poleas diseñado a tal efecto, cargó la estatua con cuidado sobre una vagoneta y afirmó: «Creo que podríamos lanzarla de monte en monte hasta Múnich sin provocarle daños».<sup>[296]</sup> Dicho esto, acompañó la vagoneta y la estatua hasta la entrada de la mina.

A continuación le tocó el turno al retablo de Gante, cuyos paneles se encontraban ya guardados en sus respectivos cajones. El camión se preparó de forma parecida a las docenas de vehículos que hasta entonces habían partido de la mina transportando el resto de tesoros. En primer lugar, el suelo de la caja se cubrió con papel impermeable del que la Wehrmacht utilizaba como protección contra los ataques con gas. Sobre el papel se colocó una capa de fieltro y, encima, una de «salchichas». Las salchichas, un invento de Stout, no eran otra cosa que cojines de cuarenta y cinco centímetros de ancho hechos a base de tela de cortina de color crudo hallada en la mina. En el caso del altar, los cajones se colocaron en posición vertical sobre los cojines, con una serie de cajas de carga dispuestas a los lados para equilibrar el peso y absorber posibles impactos. Una vez colocados los doce paneles en el camión, se cubrieron con otra capa de fieltro y papel impermeable y se amarraron firmemente a los lados.

El embalaje de la *Madona* de Brujas y el retablo de Gante tuvo que realizarse con el máximo cuidado y llevó casi un día entero. A la mañana siguiente, con George

Stout a la cabeza y seguidas por varios semiorugas, dos de las mayores obras maestras europeas iniciaron el trayecto de doscientos cuarenta kilómetros por las empinadas laderas alpinas hasta Múnich. El viaje de vuelta a casa había empezado.

Menos de un mes después, el 6 de agosto de 1945, George Stout partió de Europa. También él iba a volver a casa: tenía cuarenta y siete años y estaba cansado, pero había resistido hasta el final. En poco más de trece meses, había descubierto, analizado y embalado decenas de miles de obras de arte, incluidos los ochenta cargamentos de Altaussee. Había organizado a los oficiales de campo de la MFAA en Normandía, había logrado que el SHAEF diera apoyo a la sección de Monumentos, había sido el mentor del resto de oficiales de la sección tanto en Francia como en Alemania, había interrogado a un buen puñado de importantes funcionarios artísticos nazis y había inspeccionado la mayor parte de los depósitos nazis al sur de Berlín y al este del Rin. No sería exagerado decir que recorrió ochenta mil kilómetros a bordo del destartado Volkswagen y que visitó casi todos los territorios bajo dominio del XII Grupo de Ejércitos estadounidense. Durante todo este tiempo, descansó tan sólo un día y medio.<sup>[297]</sup>

17 de mayo de 1945

*Carta de James Rorimer a su esposa, Katherine*

Puede que estés molesta por no haber recibido noticias mías durante los últimos días. Nunca en mi vida había trabajado a un ritmo tan frenético ni con mejores resultados que en las últimas dos o tres semanas, que me han llevado dos veces a Salzburgo y Füssen [la ciudad más próxima al castillo de Neuschwanstein], a la devastada Múnich, a Worms, Frankfurt, Darmstadt, Mannheim, Heidelberg y docenas de sitios más pequeños. Te habrás dado cuenta de que por fin nos permiten mencionar los nombres de los lugares, cosa que teníamos prohibida desde que salí de casa hace más de un año. Por el momento, estoy acuartelado en Augsburgo, aunque apenas he tenido ocasión de ver la ciudad porque cuando no estoy ocupado en el cuartel siempre surge alguna urgencia. He recopilado información y documentos de lo más impresionante acerca del saqueo artístico de los nazis en Europa y he estado trabajando con los antiguos gerifaltes nazis, comparando pistas y recuperando tesoros artísticos que jamás esperé encontrar. Kuhn [de la sección de Monumentos] y el teniente coronel McDonnell estuvieron otra vez por aquí para ver algunas de las cosas que he descubierto. He dado con algunos de los máximos culpables del operativo y con datos que, si no me equivoco, encabezan titulares en todo el mundo. Mira las noticias y lo verás por ti misma. Mi contacto con la prensa internacional tendrá que ser a través de ti.

La colección de arte de Göring, su tren privado, su casa de Berchtesgaden, así como la de Hitler y la Braunhaus de Múnich y los castillos de Füssen [Neuschwanstein] y los monasterios donde se escondieron las obras han sido algunos de los escenarios de mi trabajo. Llevo bastante retraso con los informes, pero mi diario está al día. Cuántas anécdotas emocionantes para el libro que tengo previsto publicar. Ahora sí puedo decir que he cumplido mi deber en esta guerra. Tuve una agradable entrevista con el mayor general Taylor de la 101.<sup>a</sup> Aerotransportada, que mandó llamarme el otro

día. Volveré a verlo el domingo. Harry Anderson, del Instituto Americano, se ocupa de las cosas de Göring bajo mi supervisión, por así decirlo. Él es capitán. Espero que me envíen a otro ayudante en los próximos días. Calvin Hathaway [de la sección de Monumentos] sigue aquí y me es de gran ayuda. Skilton también está aquí y sin duda también algunos de los soldados me echarán una mano; menuda vida para un teniente de primera. Creo que por fin me he librado de París gracias al desacuerdo de dos generales. La verdad es que me alegro de estar aquí. Cada dos por tres se anuncian trenes cargados de obras de arte. No tengo tiempo ni de poner mis pensamientos en orden [...].

Todavía no he visto mención alguna en la prensa de mis actividades, que han consistido en dar con los altos cargos, la información y las obras de arte del Einsatzstab Rosenberg. Éste era mi mayor deseo al alistarme, al entrar en Asuntos Civiles, al comparecer ante la junta de la Escuela Americana de Shrivenham y al trabajar en otros asuntos durante ocho meses en París. Por poco no me envían a Alemania. No me explico cómo ha conseguido nuestro ejército llegar a todos estos sitios, que, con dos destacables excepciones, son los más importantes [...]. Ahora mismo mi mayor deseo es dar por terminada mi carrera militar y regresar a la vida civil.

No te molestes en mandarme nada [...]. Por el momento no hay nada que pueda serme de mucha utilidad, ya que subsisto con lo que llevo en el petate. Desconozco cuál será mi próximo destino, aunque me esperan más traslados.

Ahora debo volver al trabajo. Te mando mi amor y mucho más para cuando las cosas estén más calmadas.

Jim

## EL VIAJE DE VUELTA

Heilbronn, Alemania  
Septiembre-noviembre de 1945

El cese efectivo de las hostilidades no supuso el fin de la actividad de la sección de Monumentos. Ni mucho menos. Como había quedado demostrado en Altaussee, el hallazgo de los tesoros saqueados por los nazis era sólo el primer paso de un largo proceso. Había que inspeccionar y catalogar los tesoros para poder embalarlos y sacarlos de las minas, castillos, monasterios o simples zulos donde estaban almacenados. En casi todos los depósitos había archivos, que a su vez había que trasladar para que los investigadores pudieran determinar la procedencia de las obras e identificar a sus dueños legítimos. Inevitablemente, los archivos conducían al descubrimiento de nuevos depósitos, lo mismo que las entrevistas con los nazis detenidos en el fracasado Estado germano-austríaco. Casi a diario, las unidades del ejército localizaban formidables tesoros escondidos en sótanos, vagones de tren, almacenes de alimentos y barriles de combustible.

El 4 de junio, a apenas un mes del fin de las hostilidades, habían aparecido 175 depósitos sólo en el territorio del 7.º Ejército estadounidense. La MFAA enviaba oficiales y soldados tan pronto como podía —la inmensa mayoría de los trescientos cincuenta hombres y mujeres que sirvieron en la fuerza multinacional de la MFAA se incorporaron una vez terminados los combates—, pero aun así sólo había podido vaciarse una pequeña parte de todas las minas y castillos. Cada obra recuperada debía llevarse a alguna parte. Por suerte, el diligente y perspicaz James Rorimer había conseguido adjudicarse los edificios más buscados de Múnich: el complejo donde se ubicaba la antigua sede del Partido Nazi. Las obras de arte y otros objetos de interés cultural robados empezaron a llegar a los edificios, conocidos ahora como Punto de Recolección de Múnich, procedentes de Austria y todo el sur de Alemania. En julio, ya casi no quedaba espacio útil, por lo que Rorimer tuvo que conseguir otro edificio de igual capacidad en Wiesbaden. Semanas después, se requisó un edificio de la Universidad de Marburgo para albergar la colección de archivos. Walker Hancock, el entusiasta oficial de Monumentos del 1.º Ejército, fue nombrado responsable.

Entretanto, James Rorimer estuvo cambiando de destino constantemente. Con él, en calidad de traductor, iba Harry Ettliger, el soldado estadounidense de origen judeoalemán que se había personado en su despacho un día antes de la capitulación de Alemania. De un día para otro, Harry salió de la rutina y el aburrimiento y se vio

inmerso en un torbellino de actividad.

A mediados de mayo, Rorimer se lo llevó a una cárcel de Múnich para interrogar durante cuatro horas a un ciudadano alemán. Rorimer llevaba días preparando el terreno: había intentado ganarse la complicidad del interrogado a base de cigarrillos y supuestas deferencias. Finalmente, el nazi había bajado la guardia, y Rorimer necesitaba a Harry para recabar información detallada acerca de su colección artística. El hombre en cuestión era Heinrich Hoffmann, amigo íntimo de Adolf Hitler y su fotógrafo personal. ¿Cómo debió de sentirse un judío alemán perseguido al verse delante de alguien que había compartido mesa con el Führer de forma asidua y que durante más de veinte años había sido su seguidor y confidente? Hoffmann, como es natural, alegó que era inocente. Dijo que había sacado fotografías propagandísticas de Hitler sólo porque cobraba derechos cada vez que se imprimían, incluso cuando aparecían en los sellos alemanes. También dijo que había comprado obras de arte de dudosa procedencia de manos de «reputados» marchantes con el único objetivo de sacar reproducciones fotográficas. Tal vez se hubiera enriquecido con el nazismo, pero nunca había sido un... partidario convencido, tan sólo alguien que había aprovechado una oportunidad económica. ¿Acaso no era ésa la filosofía norteamericana?

Poco después, Harry acompañó a Rorimer a Berchtesgaden. Mientras Rorimer se ocupaba de las obras de arte del pueblo —el *Reichsmarschall* no era el único jerarca alemán que había escondido su botín cerca del antiguo baluarte nazi—, Harry subió al Berghof, el chalé que Hitler tenía en lo alto de la montaña. Se quedó solo en el salón del Führer y miró por la enorme ventana (sin cristal desde hacía tiempo) desde la que tantas veces Adolf Hitler había contemplado su imperio. ¿Qué debía de sentir un judío alemán cuyos amigos y parientes habían fallecido en el Holocausto al encontrarse entre los conquistadores en el salón del dictador sometido? Una sensación agradable. Las tropas habían limpiado ya la casa, pero aun así Harry logró hacerse con unas cuantas charreteras y unas hojas de papel con el membrete de un importante general de las SS. Lanzó una mirada sobre Alemania, libre por fin, y a su cabeza acudieron cuatro palabras: «Qué sensación tan agradable».

Hacia finales de mayo, el capitán Rorimer se llevó al soldado Ettliger a Neuschwanstein. ¡Neuschwanstein! Harry Ettliger lo vio alzarse sobre el valle alpino igual que James Rorimer semanas antes, con sus torres irguiéndose hacia un cielo inconmensurable. Sólo Altaussee podía rivalizar con el castillo en situación y en la calidad de las obras robadas, pero perdía en el terreno histórico. Como muchos niños alemanes, Ettliger había crecido oyendo historias sobre el castillo y sus incalculables riquezas; franquear sus puertas era como entrar en uno de los cuentos de hadas de su infancia. Aquélla era la Alemania de las leyendas, la de la famosa sala del trono dorada, pero también la Alemania del presente, la de interminables

estancias llenas de obras de arte robadas. En la entrada, Ettliger había visto cómo Rorimer negaba la entrada a un general de dos estrellas británico. Rorimer fue categórico: no se permitía la entrada a nadie. Y sin embargo ahí estaba Harry Ettliger, un soldado raso, admirando obras de arte y tesoros —¡los tesoros de los Rothschild!— que superaban los más fabulosos sueños de su infancia en Karlsruhe. Llevaba semanas traduciendo documentos, pero no se trataba más que de palabras y números. Tener los cuadros auténticos de artistas como Rembrandt apilados ante los ojos era algo muy distinto. «Empecé a tener verdadera conciencia del Holocausto — confesaría Harry más tarde— al caer en la cuenta de que la gente no sólo perdía la vida (eso lo supe mucho más tarde), sino que también se la privaba de todas sus posesiones [...]. [Para mí] Neuschwanstein supuso el descubrimiento de una cara de la historia que nunca debería olvidarse.»<sup>[298]</sup>

En septiembre de 1945, James Rorimer envió a Harry Ettliger a Heilbronn, la mina que había salvado de inundarse el mes de abril anterior. Los sonidos de la guerra eran cosa del pasado, pero sus ecos perduraban. El Hotel Kronprinz, donde Harry se alojó junto con otros veinte reclutas, era el único edificio que se mantenía en pie en una calle antes llena de construcciones de piedra. Las calles estaban vacías de gente aunque invadidas de escombros, y nadie había hecho nada por retirarlos. En el devastado centro de la ciudad apenas se apreciaban señales de vida. De camino a la mina de sal, el principal punto de referencia era la estación de ferrocarril Bockingen, completamente destruida también. Al otro lado de la estación, había un gran refugio antiaéreo hecho de hormigón cuya entrada había quedado inutilizable después del devastador bombardeo aliado del 4 de diciembre de 1944. El refugio se había incendiado y dentro estaban todavía los restos de los dos mil alemanes que se habían cobijado en él. Por si necesitaba más pruebas de los horrores de la guerra, Harry no tenía más que fijarse en Ike, un superviviente de Auschwitz y Dachau al que su destacamento había «adoptado». Pesaba poco más de treinta kilos.

Gracias a James Rorimer, la mina de Heilbronn había vuelto a entrar en funcionamiento; a simple vista era el único foco de vida en aquella tierra adormecida. Las bombas habían sido reparadas para que pudieran achicar el agua del Neckar de las cámaras subterráneas. Las plataformas de extracción sacaban grandes cantidades de rocas de sal a la superficie. Desde ahí, las rocas se enviaban a un gran horno, donde se las licuaba a 648 grados centígrados para poder extraer los cristales de sal. Los hornos se alimentaban con coque, un derivado del carbón, y gracias al exceso de coque de la mina se había podido abrir también la fábrica de cristal que había al lado. En medio del dolor y la destrucción, cuando hasta los restos de comida o una cama decente representaban un bien precioso, la fábrica producía botellas de Coca-Cola por millares.

En Heilbronn, el soldado Harry Ettliger cobró conciencia por primera vez de la



inmensa tarea de la MFAA. En la ciudad había tan sólo dos oficiales de Monumentos, y sobre ellos recaía la responsabilidad de rescatar varias toneladas de obras de arte enterradas bajo tierra. Ahí estaba el comandante de la operación, el teniente Dale Ford, un diseñador de interiores a quien la Comisión Roberts había enviado desde el Norte de África, donde estaba adscrito a una unidad de camuflaje. Ford y tres alemanes —un historiador del arte, un administrador y un antiguo miembro de bajo rango del ERR destacados en París durante la guerra (posiblemente en el Jeu de Paume, aunque este extremo nunca llegó a esclarecerse)— pasaban los días encerrados en un pequeño despacho contiguo al montacargas de la mina, indagando en los archivos del ERR. Su misión era encontrar las valiosas piezas enterradas bajo los escombros.

La de Harry, en cambio, era transportarlas a la superficie. Cada mañana, después de dejar atrás el refugio inutilizado y la planta embotelladora de Coca-Colas, le entregaban una lista de objetos con su localización. A continuación, bajaba en penumbra doscientos diez metros por el pozo acompañado por dos mineros alemanes. En realidad se habían utilizado dos minas (la segunda, situada no muy lejos, era la de Kochendorf), y entre las dos sumaban varios kilómetros de cámaras. En el interior de dichas cámaras había más de cuarenta mil cajones de los que Harry debía recuperar varias docenas de piezas cada día. Era una tarea de enormes proporciones, pero dos factores jugaban a su favor. En primer lugar, los archivos del ERR eran de una gran precisión y en ellos figuraba hasta el número de estante y caja donde se encontraba cada pieza. En segundo lugar, tal como el ingeniero jefe de la mina le había dicho a Rorimer en abril, todas las obras estaban guardadas en una serie de cámaras de menor tamaño en el nivel superior de la mina. Los niveles inferiores, en buena parte inundados durante o después de la batalla de Heilbronn, sólo contenían maquinaria.

La mina era oscura y fría. Los túneles se ramificaban en varias direcciones, por lo que una vez fuera del pozo principal era fácil perderse. El número de cámaras era tal que habría desalentado a cualquiera, y por si esto fuera poco cada una de ellas contenía cientos de cajas marrones de aspecto parecido en cuyo interior podía haber obras de arte, monedas de oro, bombas, trampas... o cosas tan corrientes como fotografías personales. Era un trabajo impredecible. Harry se dio cuenta de ello al cabo de pocas semanas, al encontrarse con una cámara sellada con ladrillos. Nadie sabía qué podía haber detrás, así que mandó derribar el muro. Dentro había una serie de largas mesas con botellas. Cada botella contenía un poco de líquido y un poso de sedimentos. Los mineros supieron enseguida qué era aquello: nitroglicerina. Se dio la alarma y salieron todos de la mina. Se buscó a una brigada de especialistas para que retirara las botellas de la mina con cuidado. Los mineros le explicaron a Harry que cuanto mayor era la separación entre los líquidos, más volátil se volvía la solución. Un mes más y habrían estallado. Parecía indudable que quien había hecho levantar la

pared tenía en mente un «accidente» de esa clase.

Pese al peligro, las tareas de recuperación siguieron su curso. A medida que iba acercándose el fin de la guerra, empezaron las discusiones sobre qué hacer con los tesoros descubiertos en Alemania y Austria. Finalmente, se decidió que todos los objetos de interés cultural, *incluidos los pertenecientes a Alemania*, serían restituidos a sus países de origen. Una vez adoptada la resolución, los Aliados occidentales se aplicaron a devolver los tesoros lo antes posible. El ejército no disponía de personal suficiente para ello. Además, no había precedentes de restituciones a tan gran escala, por lo que era comprensible que la gente albergara dudas. Después de haber sacrificado sus fortunas nacionales y a una generación de jóvenes, ¿los Aliados occidentales iban a devolver el botín de la victoria?

A finales de verano, el general Eisenhower dio una contestación rotunda a esa pregunta. Consciente como siempre de la importancia de sus aliados de Occidente, ordenó la devolución inmediata de las obras de arte más importantes a sus respectivos países hasta que pudiera ponerse en marcha un plan de restitución más sistemático. Lo primero en devolverse sería el retablo de Gante. Pronto seguirían otras piezas, entre ellas las famosas vidrieras de la catedral de Estrasburgo, que Francia consideraba un tesoro nacional. El mensaje recorrió toda la cadena de mando hasta llegar al soldado Harry Ettlinger, a doscientos metros bajo tierra. Encontrar las vidrieras no era difícil —pues eran enormes—, pero sacar piezas tan delicadas de una mina de sal en funcionamiento era un proceso que requería mucho temple. Luego había que embalarlas: setenta y tres cajas en total. A mediados de octubre, las vidrieras estaban inventariadas, embaladas y listas para partir. En vez de llevarlas a un punto de recolección de la MFAA, las vidrieras viajaron directamente desde la mina a Estrasburgo en un convoy. El 4 de noviembre de 1945 se celebró su retorno con la organización de una fastuosa ceremonia durante la cual se condecoró a James Rorimer con la Legión de Honor, convirtiéndose así en el primer oficial de Monumentos galardonado con tan alta distinción.

Entretanto, a Harry se le había encargado otra importante misión. La historia del saqueo nazi, después de todo, no terminaba con el expolio de los tesoros nacionales ni con la usurpación de los hitos culturales e históricos de la humanidad. Por encima de todo, los nazis habían robado a las familias: les habían quitado el sustento, las oportunidades, las reliquias, los recuerdos, todo lo que las identificaba y las definía en tanto que seres humanos. Harry Ettlinger recibió una carta del abuelo Oppenheimer en octubre de 1945. Justo antes de abandonar Alemania en 1939, el abuelo se había visto obligado a depositar en un almacén cerca de Baden-Baden su colección de ex libris y grabados. Apuntó el nombre de la nave, el número de almacén y la combinación de los cerrojos con la esperanza de que su tesoro personal sobreviviera a la guerra y pudiera volver a sus manos en el futuro. Seis años después,

su nieto estaba acuartelado en el centro de Alemania adscrito a la sección de Monumentos, encargada precisamente de la recuperación de obras de arte. El abuelo Oppenheimer esperaba que Harry pudiera facilitar el retorno de la colección... si es que existía todavía.

La oportunidad no se presentó hasta el mes de noviembre, cuando el ayudante personal del gobernador de la Zona de Ocupación Francesa se alojó en el Hotel Kronprinz. El ayudante, de nombre Jacques, era experto en reparación de automóviles y se encontraba en la zona para estudiar los motores Mercedes que se fabricaban en la cercana ciudad de Stuttgart. Harry le preguntó si podía acercarlo a Baden-Baden, que se encontraba en zona francesa. Jacques aceptó de buen grado.

Así que un soleado día de noviembre de 1945, Jacques, el soldado Harry Ettlinger e Ike, el superviviente del Holocausto «adoptado» por su destacamento, partieron en un jeep en busca de la colección de grabados y ex libris que representaban los recuerdos de una vida honrada. El viaje duró aproximadamente una hora. Encontraron el almacén sin dificultad. Al abrir las puertas, el corazón de Harry Ettlinger empezó a latir al galope, como aquel lejano día, en Bélgica, en que el sargento lo había hecho bajar del convoy destinado al frente. En aquella estancia oscura y polvorienta se encontraban las maravillas que Harry había visto de niño: miles de ex libris originales, cientos de grabados de los impresionistas alemanes del cambio de siglo y un precioso grabado autografiado del Rembrandt de Karlsruhe. Todo estaba tal cual lo había dejado el abuelo Oppenheimer.

Jacques le dio una palmada en la espalda a Harry y sugirió que fueran a comer para celebrarlo. Se dirigieron a un valle, donde comieron trucha recién pescada en el arroyo y brindaron con la especialidad local: el licor de cereza. Cuando dejaron a Jacques en Baden-Baden, Harry e Ike estaban la mar de contentos. Tal vez demasiado. Ike, que se había regalado a placer con el licor, se salió de una curva en la montaña de regreso a Heilbronn y cayeron a la cuneta. Se necesitaron diez hombres para devolver el jeep a la vía, pero entonces se dieron cuenta de que la canalización de freno se había roto. Ike dio media vuelta y deshicieron como pudieron los cinco kilómetros que los separaban de Baden-Baden.

Harry, que no había solicitado permiso para pernoctar fuera, podía ser declarado desertor, lo cual se castigaba con pena de internamiento en una prisión militar. Y lo que es peor, por el momento ni él ni Ike tenían donde dormir. Decidieron seguir la pista de la única persona a la que conocían en la ciudad, Jacques, que por suerte tenía una novia que trabajaba en el mejor hotel de la ciudad. Ésta los hizo entrar por la puerta trasera y los acompañó escaleras arriba hasta el único sitio donde a ninguno de los trabajadores del hotel se le ocurriría mirar: la suite del ático. El superviviente de Auschwitz y el soldado raso del ejército estadounidense —judío alemán al que las despiadadas purgas nazis habían obligado a emigrar de su patria— pasaron la noche

durmiendo en las camas del káiser Guillermo de Alemania. Ni siquiera Adolf Hitler y Eva Braun pudieron permitirse nunca tal lujo.

Semanas después, mientras en Estrasburgo miles de personas se aglomeraban para admirar las vidrieras recién instaladas en la grandiosa catedral, llegó a la mina de Heilbronn otro camión cargado de objetos preciosos. Allí, Harry Ettlinger y los dos mineros alemanes los embalaron con el mismo cuidado con que habían embalado las vidrieras de la gran catedral y las pinturas de los maestros antiguos. Sin embargo, el destinatario de aquellos preciosos objetos no era ningún gobierno europeo ni ningún gran coleccionista de arte, sino la familia que vivía en el tercer piso del viejo edificio sito en el 410 de la avenida Clinton de Newark, Nueva Jersey. El tesoro de los Oppenheimer-Ettlinger volvía a casa tras la guerra.

## HÉROES DE LA CIVILIZACIÓN

Alemania, Gran Bretaña, Estados Unidos y el mundo,  
entonces, ahora y para siempre

La reconstrucción de Europa después de la segunda guerra mundial fue una de las empresas internacionales más vastas y complejas de la historia contemporánea. Había que reconstruir la identidad y las infraestructuras de las naciones de Europa, y la devolución de los bienes culturales representaba una parte significativa de dicho proceso. En total, los Aliados occidentales descubrieron más de mil depósitos sólo en el sur de Alemania, donde se guardaban millones de obras de arte y otros tesoros culturales, entre ellos campanas, vidrieras, objetos religiosos, archivos municipales, manuscritos, libros, bibliotecas, vino, oro, diamantes e incluso colecciones de insectos. La labor de embalaje, transporte, catalogación, fotografía, archivo y devolución del expolio a sus países de origen —los distintos estados serían los responsables de restituírseles a los dueños individuales— recayó casi exclusivamente sobre la MFAA. Se tardarían seis largos años.

A pesar de los esfuerzos de los hombres y mujeres de la MFAA, cientos de miles de obras de arte, documentos y libros siguen sin aparecer. El caso más conocido es tal vez el del *Retrato de un joven* de Rafael, robado de la colección Czartoryski en Cracovia, del cual lo último que se sabe es que se encontraba en posesión del infame gobernador general nazi Hans Frank. Decenas de miles de obras fueron sin duda destruidas. Entre éstas, la colección personal del jefe de las SS, Heinrich Himmler, que fue quemada por las tropas de asalto de las SS antes de que las tropas británicas pudieran intervenir. Los célebres paneles de ámbar de Pedro el Grande, robados del palacio de Catalina en las afueras de San Petersburgo (antes Leningrado), son seguramente otra de las víctimas de la guerra, pues lo más probable es que fueran destruidos por la artillería durante los combates de Königsberg, con la excepción de algún que otro mosaico de menor tamaño, como el que apareció en Bremen en 1997. Miles de pinturas y demás obras de arte nunca han sido reclamadas, ya porque no se puede determinar su procedencia o porque sus dueños se cuentan entre los millones de personas que murieron o fueron asesinadas durante la cruzada militar y racial de Hitler. Hay que lamentar que no todos los museos, depositarios en el ínterin de algunas de esas obras de arte, hayan mostrado la determinación de los oficiales de Monumentos a la hora de localizar a los legítimos propietarios o herederos.

Transcurridos más de sesenta años desde la muerte de Adolf Hitler, seguimos viviendo en un mundo alterado por su legado. Sus posesiones personales están

dispersas, aunque muchas hayan pasado a formar parte de colecciones y museos públicos. La mayoría de sus libros se encuentran en la División de Libros Raros y Colecciones Especiales de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, y otros ochenta han pasado a la colección de Libros Raros de la Biblioteca John Hay de la Universidad Brown. Muchas de sus pinturas y acuarelas se guardan en la Colección de Arte del Ejército del Museo Nacional del Ejército Estadounidense. Los duplicados originales de su testamento político se encuentran en los Archivos Nacionales de College Park, Maryland, y en el Museo Imperial de la Guerra de Londres. Su querida Haus der Deutschen Kunst (Casa del Arte Alemán) sigue en pie en Múnich, aunque hoy se llama Haus der Kunst y alberga exposiciones temporales de arte contemporáneo. Pero el perdurable impacto de su amargo gobierno se mide mejor con datos más efímeros: cincuenta millones de seres queridos que nunca regresaron de la guerra para reunirse con sus familias o crear las suyas propias; brillantes y creativas contribuciones que nunca vieron la luz porque un gran número de científicos, artistas e inventores perdieron la vida demasiado jóvenes o nunca llegaron a nacer; culturas cimentadas a lo largo de generaciones reducidas a ceniza y polvo por culpa de un ser humano que decidió que comunidades enteras de otros seres humanos valían menos que la suya.

Los altos cargos del gobierno de Hitler fueron juzgados por crímenes contra la humanidad en los procesos iniciados en Núremberg en octubre de 1945. El futuro sucesor de Hitler, y su competidor por los tesoros de Europa, el *Reichsmarschall* Hermann Göring, fue arrestado por los soldados norteamericanos el 9 de mayo de 1945. Ataviado con su mejor uniforme y bastón de mando en mano, pretendía entrevistarse con el comandante supremo Eisenhower, pero en vez de ello ingresó en una prisión de Augsburgo. Al igual que otros dirigentes del partido enjuiciados en Núremberg, en un primer momento negó su papel en el Holocausto asegurando que «siento veneración por las mujeres y me parece muy poco deportivo matar niños. [...] Por lo que a mí respecta, no me siento en absoluto responsable de los asesinatos en masa».<sup>[299]</sup> Al final, no obstante, fue uno de los pocos encausados en reconocer su participación en las acciones más truculentas del Reich.

Sí negó en todo momento las acusaciones relacionadas con su colección artística: «De todos los cargos de que se me acusa —leemos en *Las entrevistas de Núremberg* —, el llamado saqueo de obras de arte es el que me causa más angustia».<sup>[300]</sup>

En otra sección de *Las entrevistas de Núremberg*, expresa su punto de vista:

Han tratado de dar de mí una imagen de saqueador de tesoros artísticos. En primer lugar, en una guerra todos saquean un poco. Sin embargo, nada de lo que me acusan era ilegal. [...] Siempre pagué por ellos o me llegaron por conductos oficiales, a través de la División Hermann Göring, que, junto con la Comisión Rosenberg, fue la que me suministró la colección de arte. Quizá una de mis debilidades haya sido que amo estar rodeado de lujo y que poseo un temperamento tan artístico que las obras de arte hacen que me sienta vivo y radiante en mi interior. Pero siempre tuve la intención de donar esos tesoros artísticos [...] a un

museo estatal después de fallecer o antes a mayor gloria de la cultura alemana. Considerándolo desde ese punto de vista, no veo qué tiene de reprochable éticamente.<sup>[301]</sup>

Para el *Reichsmarschall*, el golpe más duro fue enterarse en prisión de que una de sus posesiones más preciadas, el *Cristo y la mujer adúltera* de Jan Vermeer, a cambio del cual había entregado ciento cincuenta pinturas, era una falsificación. (El falsificador, Han Van Meegeren, había sido arrestado en Holanda por colaboración con los nazis y por el expolio del patrimonio holandés. Al saberse que había embaucado al odiado *Reichsmarschall*, algunos lo jalearon como a un héroe). Stewart Leonard, de la sección de Monumentos, fue quien le dio la noticia a Göring; más tarde diría que «pareció darse cuenta por primera vez de que en el mundo hay maldad».<sup>[302]</sup> Al final, se demostró que el *Reichsmarschall*, que se tenía por un hombre del Renacimiento, no era más que un loco inculto y avaricioso.

Hermann Göring no apeló la sentencia del tribunal de Núremberg. Pidió tan sólo que lo ejecutaran con dignidad, frente a un pelotón de fusilamiento, y no ahorcado como un vulgar delincuente. La petición fue denegada. El 15 de octubre de 1946, la noche previa al ahorcamiento, el consternado *Reichsmarschall* se suicidó con una cápsula de cianuro potásico. Sigue sin estar claro cómo llegó el veneno a su celda.

Alfred Rosenberg, jefe del ERR y principal ideólogo racial de Hitler, no dio muestras de arrepentimiento y negó su complicidad en cualquier fechoría. Fue declarado culpable y ejecutado en la horca el 16 de octubre de 1946.

Ernst Kaltenbrunner, el jefe de la Gestapo, fue declarado culpable del asesinato en masa de civiles, de segregación y ejecución por motivos raciales y políticos, de crear campos de concentración, de ejecutar e infligir trabajos forzados a prisioneros de guerra y multitud de otros atroces e inconcebibles crímenes. También él fue ejecutado en la horca el 16 de octubre de 1946. Su intercesión a favor de los tesoros artísticos de Altaussee resultó ser la única acción virtuosa de una vida por lo demás abyecta y miserable.

Hans Frank, el infame gobernador general nazi detenido en posesión de obras maestras robadas al final de la guerra, recuperó su fe católica y expresó algún remordimiento por su reinado de terror en Polonia. Dio muestras de alivio al ser ahorcado junto a otros líderes nazis, pero nunca reveló la localización del Rafael desaparecido.

Albert Speer, el arquitecto personal y amigo de Hitler que intentó oponerse al Decreto Nerón del Führer, fue el único alto cargo nazi que expresó arrepentimiento por las acciones cometidas. Fue declarado culpable de crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad y, tras agrias disputas entre el jurado, sentenciado a veinte años de prisión. Tras su puesta en libertad en 1966, se dedicó a escribir. Sus tres libros acerca de la vida en tiempos del gobierno de Hitler y, sobre todo, sus *Memorias* son documentos de incalculable valor para los historiadores. Speer murió de apoplejía en

1981.

August Eigruber fue arrestado en mayo de 1945 y juzgado en Mauthausen en marzo de 1946. Lo declararon culpable de cometer crímenes de guerra en el campo de concentración de Mauthausen, entre otras cosas por la ejecución de prisioneros de guerra. Muchas de las pruebas utilizadas para su condena procedían de los archivos hallados en la mina de sal de Altaussee, tal vez otra de las razones por las cuales se había mostrado tan obstinado en destruir la mina. El 28 de mayo de 1947 subió a la horca sin mostrar arrepentimiento. Sus últimas palabras antes de abrirse la trampilla fueron: «*Heil Hitler!*».

Hermann Bunjes, el historiador del arte que vendió su alma en París e intentó recuperarla revelando la existencia de Altaussee a Posey y Kirstein, se colgó de la ventana de su celda el 25 de julio de 1945. Lincoln Kirstein añadiría más tarde, y multitud de libros de historia se harían eco de ello, que Bunjes no sólo se había suicidado sino que había acabado a tiros con la vida de su mujer y sus hijos. El dato no es cierto. Su familia se empobreció y pasó hambre y miedo en una Alemania hundida, pero siguió con vida. De hecho, su esposa, Hildegard, vivió hasta agosto de 2005. Se fue a la tumba asegurando que «mi marido no era un nazi activo, sino un idealista».<sup>[303]</sup>

Bruno Lohse, el representante de Göring ante el ERR en París, fue arrestado por James Rorimer el 4 de mayo de 1945. Rorimer encontró su nombre en el libro de registros de Neuschwanstein y averiguó que se encontraba en una clínica de una aldea cercana. Al encontrarse cara a cara con él, Lohse intentó hacerse pasar por un simple cabo de la Luftwaffe (que de hecho era su rango). Rorimer, advertido por Valland de que Lohse era un «sinvergüenza traicionero y muy poco de fiar» no se dejó burlar<sup>[304]</sup> y puso al «cabo» bajo arresto.

Lohse admitió su implicación en el operativo ERR en el Jeu de Paume, pero insistió en que no había cometido falta alguna. Alegó que por estar al servicio de Göring todas sus acciones habían sido legítimas. A medida que sus interrogadores fueron dándole detalles sobre los negocios de Göring, se fue desmoronando, sobre todo al saber que el *Reichsmarschall* nunca se molestó en saldar su deuda con el ERR. Lohse había sido un ferviente admirador de Göring y se llevó un gran disgusto al saber que su jefe era tan mezquino que ni siquiera había pagado el bajo precio al que los temerosos asesores de París tasaban las obras saqueadas.

A cambio de una reducción de la pena, Bruno Lohse testificó contra sus compañeros de saqueo y ayudó a los franceses a localizar varios alijos de arte robado. (El suicidio de sus compañeros de conspiración, Kurt von Behr y Hermann Bunjes, obró en su beneficio). En 1950 salió de prisión y poco después se estableció como marchante «legal» de arte en Múnich. Mediada la década, negó públicamente haber cometido cualquier delito y trabajó con ahínco por recuperar la reputación perdida.



Muchos de sus esfuerzos fueron encaminados a intimidar y acosar a su denunciante principal, Rose Valland. En una carta de 1957, Valland advirtió a James Rorimer, con quien siguió manteniendo una buena amistad, de que

... Lohse, que ante ustedes adopta el papel de víctima, se comporta de forma muy distinta cuando está en Múnich, a juzgar por ciertas conversaciones que han llegado a mi conocimiento, y se convierte de nuevo en un nazi ávido de venganza y de desacreditar a las instituciones. Por ejemplo, lamenta no haber seguido las órdenes de Von Behr y haberme hecho desaparecer (deportándome y ejecutándome), de acuerdo con los planes de Von Behr. En Alemania se ha convertido en el valedor de toda la pobre gente que se vio obligada a obedecer las órdenes de la policía nazi y cuyos sentimientos hemos herido al exigirles que respondieran de sus acciones.<sup>[305]</sup>

Lohse murió en marzo de 2007 a la edad de noventa y cinco años, tras vivir sus últimas décadas en una calma y un anonimato relativos. En mayo de ese año, se descubrió en un banco de Zúrich una caja fuerte a su nombre. Dentro había un cuadro de Camille Pissarro sustraído por la Gestapo en 1938, así como algunas pinturas de Monet y Renoir. Según los registros, al menos otros catorce cuadros habían salido de dicha caja a partir de 1983. La investigación a escala internacional sigue abierta.

Aparte están quienes desempeñaron papeles menores en Altaussee, gente corriente, desconocida de las autoridades, que encontró el modo de reintegrarse aprovechando el caos reinante en la Austria y la Alemania de la posguerra. La búsqueda era complicada ya que, aunque por lo visto pertenecían al Partido Nazi, ninguno de ellos era un miembro activo. En la Austria y la Alemania de los años treinta, la afiliación al partido era obligatoria para ocupar cualquier puesto, por lo que la «desnazificación» de Alemania en los años de posguerra se llevó por delante tanto a culpables como a inocentes y, en ocasiones, incluso a algunos héroes.

Uno de éstos fue Otto Högler, el capataz de la mina cuya ayuda y experiencia hizo posible ejecutar el plan de Pöchmüller en Altaussee. Högler fue arrestado el 9 de mayo de 1945, al día siguiente de la llegada de los estadounidenses. Resulta interesante una copia del parte de detención remitido al doctor Michel junto con una nota en la que se comunica a éste que «el parte ha sido firmado tan sólo por quienes están claramente comprometidos con la causa». ¿Se facilitó la detención de Högler para que Michel pudiera atribuirse el rescate de Altaussee? Imposible saberlo. Högler pasó ocho meses detenido. Fue puesto en libertad en diciembre de 1945, pero volvieron a detenerlo tres meses más tarde. Lo habían despedido de la mina y se había puesto a trabajar como exterminador de ratas.

Högler salió de prisión en 1947 y, tras años de solicitudes, logró que la empresa adjudicataria de la mina lo readmitiera en 1951, a condición de no mencionar nunca más una palabra acerca del rescate de las obras de arte. No obstante, tras jubilarse en 1963, dedicó grandes esfuerzos a esclarecer los hechos. No lo consiguió. En 1971, resumió la situación en una carta a una revista en la cual había aparecido hacía poco

información errónea acerca del rescate: «Su artículo dice una cosa que es cierta: nadie mostró gratitud hacia la persona que salvó los tesoros artísticos (tal vez por culpa de uno o dos impostores), y posiblemente sea éste el motivo por el cual algunos se han apropiado de una acción tan meritoria para pergeñar toda clase de novelas de gánsteres». En 1972, en un último intento, elaboró un informe con la ayuda de varios mineros en el que daba cuenta de lo sucedido de verdad entre abril y mayo de 1945. El gobierno austríaco acogió el informe con cordialidad pero no lo examinó nunca. Otto Höglner murió en 1973.<sup>[306]</sup>

El doctor Herbert Seiberl, el funcionario de arte austríaco que inició la conspiración con Pöchmüller, perdió su empleo y se le prohibió volver a trabajar en su campo por su afiliación al Partido Nazi. Intentó trabajar como fabricante de postales navideñas, pintor, restaurador y escritor, aunque sin éxito. Murió en 1952 a la edad de cuarenta y ocho años, dejando mujer y cuatro hijos. Su familia se salvó de acabar en la indigencia gracias a las atenciones de una tal señora Biondi y un tal señor Oppenheimer, propietarios ambos de algunas de las obras de arte rescatadas en Altaussee.<sup>[307]</sup>

Karl Sieber, el restaurador, se quedó en la mina y se convirtió en una valiosa fuente de información para los estadounidenses. Aunque nunca habló en público de su papel, su versión de lo ocurrido en la mina quedó recogida en el libro *Salt Mines and Castles*, de Thomas Carr Howe Jr., el ayudante de George Stout. El libro dio pie a algunas teorías que atribuían la salvación de las obras al discreto restaurador. Los estadounidenses lo ayudarían a volver a Alemania y lo salvarían más tarde de un arresto domiciliario, pero Sieber nunca volvió a ejercer como restaurador. Murió en 1953.<sup>[308]</sup>

Por desgracia, el peor destino fue el que le tocó en suerte al héroe anónimo de Altaussee, Emmerich Pöchmüller. El director de la mina fue arrestado en Altaussee el 17 de junio de 1945, acusado de intentar volar las obras. Durante el interrogatorio, recibió una brutal paliza de un oficial estadounidense, perdió seis dientes y no pudo caminar durante todo un día. En noviembre de 1945, su hermana consiguió entrevistarse con el ministro de Educación austríaco. Le mostró el diario de su hermano, donde se detallaba su actividad en la mina. La respuesta del letrado fue que «lo que su hermano escribe es correcto. Lo hemos comprobado. Pero no podemos ejercer ninguna influencia para eximirlo».<sup>[309]</sup>

Pöchmüller salió por fin en libertad en julio de 1947 y enseguida se puso manos a la obra para rehabilitar su imagen. En otoño de 1947 se enfrentó al doctor Michel por las falsas declaraciones vertidas en la prensa durante los dos últimos años. El 15 de diciembre de 1947, Michel escribió al ministerio austríaco detallando el verdadero papel de Pöchmüller en Altaussee. (Más tarde, Michel se retractaría de estas afirmaciones, las únicas veraces que hizo nunca sobre el asunto de Altaussee.)<sup>[310]</sup>

Mayerhoffer, el ingeniero con quien planeó la «parálisis», confirmó que Pöchmüller era un patriota y un héroe. La investigación policial en la mina no halló indicios de abuso de poder ni de actividad nazi por parte de su director. El arzobispo de Viena intercedió a su favor y su expediente oficial en el gobierno austríaco reconocía que había «realizado una labor inestimable en la salvación de los tesoros artísticos».<sup>[311]</sup> No obstante, la solicitud de medidas de clemencia (desestimación de los cargos por actividades nazis ilícitas) de Pöchmüller fue rechazada en 1949. La solicitud contó con avales suficientes para llegar al despacho del presidente, pero éste la refutó de forma sumaria. Los grandes beneficiados con las mentiras de Altaussee trabajaron desde la sombra para oponerse a su petición.

Sin dichas medidas de clemencia, Pöchmüller no podría volver a trabajar. Se había afiliado al Partido Nazi en 1932 y en 1934 lo nombraron miembro honorario del Cuerpo de Motoristas Nacionalsocialistas, una rama más bien apolítica de industriales y hombres de negocios. La afiliación al partido le vetaba cualquier oportunidad de empleo en Austria y Alemania. En 1950, los tribunales alemanes resolvieron que los titulares de puestos honorarios como ése quedaban fuera de las listas de ex nazis, permitiendo así la reincorporación de Pöchmüller al mercado laboral. Con todo, el estigma seguía ahí y no le fue posible encontrar trabajo. Sin empleo, vilipendiado y arruinado, su salud fue deteriorándose.

Por fin, una pequeña editorial accedió a publicar su libro, *Welt-Kunstschätze in Gefahr* (Los tesoros artísticos mundiales en peligro), aparecido a expensas del autor en 1948. Karl Sieber acudió en su ayuda escribiendo que «todos los hechos descritos en este informe son, por lo que yo mismo pude ver, verídicos. Considerando los hechos que no pude ver, pero que corresponden con el testimonio de distintas personas a las que conozco, concluyo que el ingeniero E. Pöchmüller ha puesto el máximo cuidado en escribir un testimonio absolutamente objetivo y veraz».<sup>[312]</sup> Nadie le escuchó. Del libro se imprimieron pocos ejemplares y a día de hoy resulta muy difícil encontrarlo (aunque no imposible, como al fin hemos descubierto).

Abatido y amargado, Pöchmüller presentó un pleito amparándose en una ley austríaca según la cual quien hubiera salvado obras de arte en beneficio de un tercero podía reclamar el diez por ciento de su valor en concepto de recompensa. Pese a declarar públicamente que no deseaba el dinero, sino la medida de clemencia y el reconocimiento público de su rol en el rescate de las obras, la prensa y algunas partes interesadas —como el doctor Michel— lo tacharon de codicioso y egoísta.

A lo largo de la década de 1950 siguió presentando pleitos en un intento de limpiar su nombre, con resultados más bien limitados. En 1954, se lo declaró «menos culpable», con lo que pudo empezar a buscar trabajo en su antigua profesión. Por fin, en 1955, obtuvo un empleo, pero en Alemania, no en su querida Austria. En 1959 emprendió un último intento para lavar su imagen escribiendo al gobierno austríaco

que «quisiera que mi lucha por salvar los tesoros artísticos fuera reconocida de forma oficial, a fin y efecto de que se cumpla mi deseo (por motivos familiares) de poder volver a ocupar un puesto apropiado en Austria. A cambio, estoy dispuesto a renunciar a todo lo demás». Nunca hubo respuesta.

El doctor Emmerich Pöchmüller murió de infarto en 1963, sin que su tarea fuera nunca reconocida y sin ver disipadas las sospechas y censuras que sobre él recaían. Su larga lucha por la justicia terminó venciénolo.

Mientras, el doctor Hermann Michel tampoco salió del todo bien parado. Aunque recuperó su antiguo puesto de director del Museo de Historia Natural de Viena, pendió siempre sobre él la sombra de la sospecha. En 1945, convenció al ministro de Educación de que había ingresado en el Partido Nazi «para poder realizar con mayor facilidad su trabajo a favor de la Resistencia en el museo».<sup>[313]</sup> El ministro de Interior no quedó convencido e incluyó su nombre en la lista de ex nazis en 1947.

En 1948, cuando las declaraciones de Pöchmüller salieron a la luz, Michel tuvo que rendir cuentas por escrito de sus actividades en Altaussee. Michel retrasó la redacción de su testimonio hasta 1950, y aun entonces entregó tan sólo un esbozo parcial. Al preguntársele el porqué, alegó haber recibido amenazas de Pöchmüller, quien según él iba detrás del dinero del rescate.

El informe nunca llegó a manos del gobierno y su tupida red de mentiras comenzó a tambalearse. Empezó a atacar a sus compañeros e incluso llegó a demandar a uno de sus conservadores acusándolo de haber robado al museo. El juez declaró inocente al encausado y dijo que «en cuanto al testigo, el doctor Michel, hay algo que debe quedar bien claro. Es evidente que el testigo ha declarado con falsedad. Además, ha intentado influenciar a otro testigo, por lo que resulta culpable de incitación al perjurio».

Michel se acogió a un permiso administrativo en diciembre de 1951 mientras se investigaban las acusaciones. En mayo de 1952 se vio obligado a aceptar la jubilación anticipada. Murió en octubre de 1965. A pesar de su salida poco honorable, el Museo de Historia Natural —en un intento desesperado por sacudirse de encima el sambenito de su pasado nazi— declaró en 1987 que «el doctor Michel, junto con los luchadores por la libertad, evitó la destrucción de los tesoros artísticos [de Altaussee]».<sup>[314]</sup>

Mientras, en Francia, Jacques Jaujard era saludado como un héroe nacional por su papel en la protección de las colecciones nacionales de manos de los nazis. Lo nombraron comandante de la Legión de Honor, recibió la Medalla de la Resistencia y fue promovido a secretario general de asuntos culturales por el gobierno francés durante el ministerio de André Malraux. Cuando se retiró a la Academia de Bellas Artes en 1955, su predecesor lo elogió como salvador de las artes diciendo que «encara el futuro siguiendo la formidable estela de todas las obras maestras que ha

salvado».<sup>[315]</sup>

A diferencia de muchas otras figuras prominentes del entorno museístico francés, Jaujard nunca escribió acerca de su época como director de los museos nacionales del país durante la segunda guerra mundial ni acerca de su papel en la salvación del patrimonio francés. Prefirió mostrarse discreto, convencido de que tal vez quienes guardaban silencio habían hecho más que quienes exponían sus proezas en público. El único testimonio escrito de que se tiene noticia es una descripción de siete páginas de los servicios prestados por Rose Valland durante la ocupación alemana de París. Si lo escribió a petición de Valland o con el fin de contestar a quienes ponían en duda el heroísmo de ésta, no se sabe. Lo que sí queda claro es que se erigió en valedor suyo.

Jacques Jaujard murió improvisamente de un infarto en 1967. Tenía setenta y dos años. Su amigo, el célebre historiador André Chamson, escribió en su elogio fúnebre:

[Su] momento trascendental llegó con los años de la ocupación, [un] interminable momento de la verdad, en el que todo dependía, sin excepciones ni matices, del valor y la lucidez [...]. Luchó como un soldado, con la cabeza fría, con hábil persuasión, al servicio de los deberes que había sumado a las obligaciones propias de su cargo, responsable ya frente a la patria liberada de la República que había de renacer.<sup>[316]</sup>

En 1974, se publicó en edición limitada un libro donde se exponía la forma de pensar de Jaujard. Uno de sus principios era: «Poco importa si tienes miedo, siempre y cuando consigas ocultarlo». Otro: «Hay luchas que se pierden sin menoscabo del propio honor; no es la lucha lo que le hace perder el honor a uno».<sup>[317]</sup> Y su amigo Albert Henraux, el líder de la Resistencia francesa, citaba el modesto lema que tantas veces oyeron los empleados de Jaujard en el Louvre: «*Mantenir*». Conservar.<sup>[318]</sup>

El conde Franz von Wolff-Metternich, el funcionario de la Kunstschutz que ayudó a Jaujard a desbaratar los planes de los nazis, también fue calificado de héroe por parte de Francia. Terminada la guerra, ayudó a los Aliados occidentales a devolver las obras alemanas. Luego pasó al Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania Occidental, desde donde siguió el rastro de las obras saqueadas. En 1952, Metternich fue nombrado director de la importante Biblioteca Hertziana de Roma, que Hitler había confiscado. Murió en 1978.

Rose Valland, la colaboradora de Jaujard, siguió adelante con su defensa del patrimonio cultural francés mucho después de que James Rorimer hubiera dejado París. El 4 de mayo de 1945, casi un mes después de la incorporación de Rorimer al 7.º Ejército estadounidense, Valland recibió un encargo del 1.º Ejército francés, sobre el cual escribió:

En las carreteras [de Alemania] asistí a desgarradoras procesiones de refugiados que desfilaban frente a mí como los fantasmas de cinco años atrás [cuando la evacuación de París de 1940] [...]. Su sufrimiento era el mismo [...]. Fue entonces cuando desapareció de mí aquella idea tan clara del enemigo que hasta entonces me había guiado. Aprendí que la victoria sólo puede saborearse de veras cuando se han dejado atrás los horrores de la guerra.<sup>[319]</sup>

Valland llegó a Neuschwanstein en algún momento entre el 14 y el 16 de mayo de 1945, apenas una semana y media después que Rorimer. Allí, al parecer, terminaba su trayecto, en aquel lugar inaccesible que había adquirido proporciones míticas durante sus años en el Jeu de Paume, pero por el cual había puesto su vida en juego en un sinnúmero de ocasiones. Llegó hasta la entrada, donde el centinela estadounidense, ignorando quién era, le denegó el acceso. Rorimer había ordenado que no debía pasar nadie, sin excepciones. Y como Rorimer se encontraba ausente, ocupado sin duda en otros asuntos, de nada habría valido discutir. Así fue como Rose Valland se despidió de su mayor conquista.

Podría volver a intentarlo en el futuro. Permaneció varios años en Alemania como oficial de bellas artes adjunta al 1.<sup>er</sup> Ejército francés. Le encantaba la compañía de los hombres y se conservan varias fotografías suyas en los puntos de recolección de la MFAA con su uniforme de capitana junto al resto de oficiales varones. Normalmente aparece con una sonrisa en la cara y un cigarrillo en la mano.

Lejos de ser la «conservadora tímida y apocada» que nos pinta la historia, Rose Valland fue una mujer que luchó sin descanso por la restitución de las obras de arte. Cuando convenía, sabía cómo pasar desapercibida, pero no temía cuestionar ni los métodos ni las acciones de nadie en cualquier momento; prueba de ello es que Bruno Lohse la amenazó diciendo que «cualquier indiscreción podría costarle un balazo».<sup>[320]</sup> Al regresar de Alemania en 1951, Valland siguió con la búsqueda de obras de arte francesas expoliadas. Su éxito en ésta y en otras empresas demuestra que no era ninguna mosquita muerta, sino una mujer audaz, decidida, valerosa e inteligente a la que espoleaba la pasión por cumplir el destino que Jaujard le había reservado en 1940.

Todos estos esfuerzos le valieron a Rose Valland la Legión de Honor y la Medalla de la Resistencia. Fue nombrada comandante de la Orden de las Artes y la Letras, convirtiéndose así en una de las mujeres más condecoradas de Francia. También recibió la Medalla de la Libertad de los Estados Unidos en 1948 y la Cruz de Oficial de la Orden del Mérito de la República Federal de Alemania. En 1953, tras veinte años al servicio de la cultura francesa, ascendió por fin al cargo de «conservadora». Su libro de 1961, *Le front de l'art*, fue adaptado al cine en 1965 con la película *El tren*, protagonizada por Burt Lancaster. La película es el relato ficticio del rescate del tren del arte; tanto el Jeu de Paume como el personaje de «*mademoiselle Villard*», supuesto trasunto de Rose Valland, apenas aparecen.

A pesar de sus medallas y condecoraciones, las hazañas de Rose Valland nunca fueron ampliamente conocidas ni admiradas en Francia. Esto puede deberse en parte a sus orígenes: fue una mujer de medios modestos, procedía de una pequeña ciudad de provincias y se dedicó a un campo dominado por varones aristocráticos. El hecho de que, en palabras de Jaujard, «la señorita Valland, con el fin de salvar miles de

obras de arte de la guerra y recuperarlas después, asumió el riesgo de ceder su información directamente a un estadounidense»,<sup>[321]</sup> fue interpretado por algunos sectores de Francia como un grave error de protocolo lindante con la traición a la patria. Además, su infatigable búsqueda de información acerca de los nazis y las restituciones de arte robado incomodó a muchos de sus contemporáneos. Durante cierto período, fueron muchos quienes prefirieron olvidar las penosas vivencias de la guerra; Valland decidió no olvidar. Es posible que, pese al apoyo de Jaujard, el destino le tuviera reservada una posición secundaria.

Rose Valland pasó las últimas dos décadas de su vida con relativa calma y murió el 18 de septiembre de 1980. Tras una ceremonia en los Inválidos, fue enterrada en una modesta tumba en su población natal, Saint-Étienne-de-Saint-Geoirs. Magdeleine Hours, compañera suya en el Louvre, afirmaría más tarde:

No siempre gozó de la comprensión de sus colegas; desató envidias y pasiones, y fuimos pocos quienes la admiramos. El día de su funeral en los Inválidos, el director de la administración de los museos de Francia, el conservador jefe del departamento de dibujo y yo misma, junto con unos cuantos guardas del museo, fuimos casi los únicos que acudimos a presentarle nuestros respetos, tal como se merecía. Esta mujer, que arriesgó su vida en tantas ocasiones y con tanta persistencia, que honró al cuerpo de conservadores y salvó las propiedades de tantos coleccionistas, recibió de muchos un trato indiferente, cuando no hostil.<sup>[322]</sup>

El 27 de abril de 2005, pasados cincuenta años de la finalización de la guerra, se colocó por fin una placa en la pared sur del Jeu de Paume para conmemorar los extraordinarios servicios de Rose Valland y su compromiso «por salvar una parte de la belleza del mundo».<sup>[323]</sup>

Si bien la historia y el pueblo de Francia nunca acabaron de entender ni de reconocer el heroísmo de Valland, no ocurrió lo mismo con los hombres de Monumentos. En los años siguientes no se cansarían de describir a Rose Valland como una gran heroína durante la guerra y una de las personas indispensables en la operación de preservación de monumentos. Es posible que sin ella, la MFAA no hubiera encontrado nunca los miles de obras de arte robadas en Francia ni los importantísimos archivos del ERR.

Como Valland, los miembros de la sección de Monumentos siguieron ocupándose de preservar las obras de arte aun después del fin de las hostilidades, aunque por lo general sirvieron por períodos más bien breves.

El 21 de agosto de 1945, el retablo de Gante salió del Punto de Recolección de Múnich con destino a Bélgica. Era la obra de arte de mayor valor robada por los alemanes y fue, por lo tanto, la primera en devolverse. Se fletó un avión especial y se colocaron los doce paneles del retablo en el compartimento de pasajeros. Sólo quedaba espacio para un pasajero más: Robert Posey.

A las dos de la madrugada del 22 de agosto, el avión tocó tierra en un aeródromo militar de Bélgica. Debía haber aterrizado horas antes en el aeropuerto de Bruselas,

pero una fuerte tormenta obligó a hacer un cambio de planes. El aeródromo estaba desierto, ni rastro de la gran recepción planificada por el gobierno belga. Posey telefoneó a un oficial estadounidense que hizo salir por la fuerza de los bares a una veintena de soldados. Se procedió a descargar los paneles bajo un fuerte aguacero y a las tres y media de la madrugada llegaban al Palacio Real de Bruselas. Horas después, Posey abandonaba el lugar con un resguardo de entrega. Al llegar de nuevo al cuartel del 3.<sup>er</sup> Ejército tras una breve estancia en París, el oficial de mando le entregó su recompensa: la Orden de Leopoldo, uno de los máximos honores de Bélgica. El gobierno belga tenía previsto entregársela durante la ceremonia de bienvenida, pero no hubo ocasión. Más tarde, recibiría también la Legión de Honor de Francia.

Fue la última gran hazaña militar de Posey; con el tiempo terminaría aborreciendo las labores de posguerra y tendría algún que otro encontronazo con los nuevos hombres de Monumentos. A principios de mayo, antes del fin de las hostilidades, se burlaba de quienes abandonaban la zona de combate diciendo que «no son merecedores de nuestra consideración. Estando en Inglaterra, no son más que civiles de uniforme». En cuanto Alemania se convirtió en un país «civil», se quedó desorientado. Estaba de acuerdo con la rígida disciplina de su jefe, el general Patton, que insistía en que los hombres del 3.<sup>er</sup> Ejército, incluida la sección de Monumentos, desayunaran a primera hora de la mañana, como antes de la capitulación. Los nuevos hombres de Monumentos, sin embargo, querían dormir hasta tarde. Es más, incluso contrataron a una exuberante secretaria alemana sabiendo que estaba prohibido dar empleo a ciudadanos alemanes (incluidas las rubias de generoso busto); Posey la despidió.

Posey dejó Europa en septiembre de 1945, un mes después de la devolución del retablo de Gante y tres meses antes de que su ídolo y mentor, el general George Patton Jr., falleciera a causa de las heridas sufridas en un accidente automovilístico cerca de Mannheim, en diciembre. En 1946, Posey retomó su trabajo de arquitecto y empezó a labrarse una carrera en la importante firma Skidmore, Owings & Merrill. Siendo ya socio, participó en proyectos tan notables como el edificio de Union Carbide y la Lever House de Nueva York, o la torre Sears de Chicago. Se jubiló en 1974 y murió en 1977.

Su compañero Lincoln Kirstein, que ya casi daba por hecho que no se iría «antes de que empiecen a pagarme la jubilación»,<sup>[324]</sup> regresó a Estados Unidos en septiembre de 1945 gracias a un permiso por causa de fuerza mayor al diagnosticársele un cáncer a su madre. En 1946, él y su socio, el coreógrafo George Balanchine, formaron una compañía de danza, la Sociedad de Ballet (que cambió su nombre a Ballet de la Ciudad de Nueva York en 1948), una de las compañías de danza más influyentes del siglo xx. Kirstein ejerció de director general hasta 1989.



Los poemas que compuso durante su estancia en el ejército se publicaron en 1964 con el título de *Rhymes of a PFC* (Versos de un soldado de primera). Aparte de esto, rara vez se manifestó acerca de su presencia en Europa, si bien mantuvo correspondencia con Posey durante varios años y hasta barajaron la idea de escribir un libro a cuatro manos. Incluso intentó convencer a George Stout para escribir juntos un libro acerca de la sección de Monumentos, aduciendo que «no es un álbum de fotos, sino una historia».<sup>[325]</sup> Lejos de vanagloriarse de su papel durante la guerra, a menudo Kirstein se sentía culpable por no haber vivido el peligro más de cerca. Era de esas personas a las que les cuesta sentirse satisfechas aun a pesar de los considerables triunfos obtenidos.

Al final de su vida, a Lincoln Kirstein se lo consideraba una de las figuras más sobresalientes de su generación dentro del mundo cultural y tal vez el mecenas artístico más destacado. «Fue uno de esos raros portentos que alcanzan a tocar todo el abanico de la vida artística de su tiempo —escribió el crítico Clement Crisp—. Ballet, cine, literatura, teatro, pintura, escultura, fotografía, todo fue objeto de su atención.»<sup>[326]</sup> En 1984, Ronald Reagan le hizo entrega de la Medalla Presidencial de la Libertad. Además, recibió también la Medalla Nacional de las Artes (1985) y, junto con Balanchine, la Medalla de Oro Nacional al Mérito de la Sociedad Nacional de las Artes y las Letras. Lincoln Kirstein murió en 1996 a la edad de ochenta y ocho años.

Walker Hancock abandonó Europa a finales de 1945, tras el establecimiento del Punto de Recolección de Marburgo. Volvió a Estados Unidos y construyó la casa que durante tantos meses había soñado; él y su esposa Saima vivieron y trabajaron en Gloucester, Massachusetts, el resto de sus vidas. Se reincorporó a la enseñanza en la Academia de Bellas Artes de Pensilvania y permaneció allí hasta 1967. Siguió siendo un escultor de éxito, y entre sus obras se cuentan piezas monumentales como el famoso relieve de los generales confederados en la montaña de Piedra, en las afueras de Atlanta, Georgia. Tal vez su obra más imperecedera sea el Memorial de la Guerra de Pensilvania, situado en la estación de ferrocarril de la calle 30 de Filadelfia. Terminada en 1952, la obra es un homenaje a los mil trescientos empleados de ferrocarril que perdieron la vida en la segunda guerra mundial y en él se ve a un soldado en brazos de san Miguel, el arcángel de la resurrección. Una de sus últimas piezas fue el busto oficial del presidente George H. W. Bush.

Hancock recibió la Medalla Nacional de las Artes (concedida por el primer presidente Bush) en 1989 y la Medalla Presidencial de la Libertad en 1990. Su querida Saima falleció en 1984; Walker Hancock la sobrevivió catorce años, hasta que en 1998 murió a la edad de noventa y siete años, estimado hasta el final por cuantos tuvieron ocasión de conocerlo. Su carácter optimista lo acompañó hasta el último instante; en 1997, con noventa y seis años, escribía: «Aunque he vivido una vida excepcionalmente feliz y en todo momento me ha acompañado la buena estrella,

tengo, como es natural, mi lista de recuerdos dolorosos, algunos de ellos trágicos de veras. No obstante, me he atenido al precepto —con la vejez, quizá, la necesidad— de pensar lo menos posible en tales cuestiones». [327]

James Rorimer se quedó en Europa hasta principios de 1946 con el cargo de jefe de la MFAA del 7.º Ejército/Distrito Militar Occidental. Luego volvió al Museo Metropolitano de Nueva York para ocupar, en 1949, el puesto de director de los Claustros, la sede de las colecciones de arte medieval del Met que él mismo, de joven, había contribuido a crear. En las cartas a su familia había dejado entrever que estaba interesado en escribir un libro; tras varios inicios infructuosos, *Survival* (Supervivencia), recuerdo de sus vivencias en la MFAA, se publicó en 1950. Por entonces el país estaba inundado de memorias de la guerra y el libro no acabó de calar entre el público. Fue uno de los pocos desencantos de una vida por lo demás llena de satisfacciones. En 1955, James Rorimer, tenaz y trabajador como de costumbre, sucedió a Francis Henry Taylor, miembro de la Comisión Roberts, en uno de los máximos escalafones del entorno museístico estadounidense: la dirección del Museo Metropolitano de Arte.

En muchos aspectos, James Rorimer estuvo siempre en el lugar adecuado en el momento adecuado, lo cual tampoco debe atribuirse por entero al azar, pues hombres de la energía, ambición e inteligencia de James Rorimer casi siempre terminan encontrando su lugar en el mundo. Entre finales de la década de los cuarenta y principios de la de los cincuenta, Estados Unidos dejó de ser un páramo cultural para convertirse en el escenario principal del mundo de la cultura y las artes. La segunda guerra mundial sirvió para que millones de jóvenes hombres y mujeres de Estados Unidos descubrieran el arte y la arquitectura de Europa y Asia y, prácticamente de la noche a la mañana, surgió un interés y una estima por las artes que, en condiciones normales, habría requerido una gestación de varias generaciones. La «nueva» nación gozaba por vez primera —y de forma repentina— de un gran público dispuesto a conocer, descubrir, asombrarse y disfrutar con la pintura, la música y la escultura. Los propios miembros de la sección de Monumentos, iluminados por sus experiencias al otro lado del océano, fueron de los primeros en brindarles esa oportunidad a sus compatriotas. Valiéndose de la perspicacia y las habilidades diplomáticas que de tanto le habían servido en la guerra, James Rorimer aprovechó el clima de efervescencia del país para aumentar la proyección del Met como uno de los mejores museos del mundo, convertir la Biblioteca Watson en una de las mayores bibliotecas de arte del país y adquirir algunas de las obras más famosas de la colección del museo, como el *Aristóteles contemplando el busto de Homero* de Rembrandt y la *Anunciación* (conocida también como el retablo de Mérode) del antiguo maestro neerlandés Robert Campin. Durante su mandato, el Met experimentó un enorme incremento en el número de visitantes, que aumentaron de dos a seis millones anuales.

Orgullosa de su paso por la MFAA, Rorimer se calzaba sus botas de combate casi todos los días, hasta para ir a trabajar e incluso cuando vestía de traje o esmoquin. En 1966, su inesperada muerte, de infarto durante el sueño, fue una terrible pérdida tanto para la memoria de la sección de Monumentos como para el mundo del arte. Tenía tan sólo sesenta años.

Sus funerales se celebraron en los Claustros; era la primera vez que un servicio de esa clase tenía lugar en el museo. Acudieron más de mil de sus muchos amigos y admiradores, pues la fama de James Rorimer daba la vuelta al mundo. «Hizo historia —dijo de él su compañero en la sección de Monumentos Sherman Lee—, cultivó las virtudes de la paciencia y la mesura. Dotado del don de la calidad y la erudición, conoció y sopesó el valor del legado humano y decidió, en medio de continuos cambios, preservar y difundir dicho legado para que quien quisiera pudiera acceder a él.»<sup>[328]</sup>

Pero tal vez sean las palabras del propio Rorimer las más indicadas para resumir su vida. Preguntado por la fórmula de su éxito respondió: «Un buen comienzo, voluntad —incluso vocación— para trabajar más de lo estrictamente necesario y saber ver las oportunidades antes de que se presenten. En otras palabras, lo importante es encontrar el camino y recorrerlo».<sup>[329]</sup> Se diría que estaba describiendo la MFAA y el papel que tuvo en ella.

En verano de 1946, sólo dos de los miembros originales de la sección de Monumentos seguían en el continente: los dos que allí habían dejado la vida.

Walter Huchthausen, muerto en Alemania occidental, fue enterrado en el cementerio militar estadounidense de Margraten, en Holanda. En octubre de 1945, la Universidad de Harvard recibió una carta de Frieda Van Schaïk, que había trabado amistad con Hutch durante la estancia de éste en Maastricht con el 9.º Ejército estadounidense y se ocupaba de su tumba:

Después de nuestro primer encuentro, nos visitó en repetidas ocasiones y terminamos siendo buenos amigos [...], la noticia de su repentina muerte nos provocó una honda pena [...]. Sería mi deseo ponerme en contacto con su familia. Está enterrado en el gran cementerio militar estadounidense de Margraten, en Holanda (a nueve kilómetros y medio de donde vivo), y durante este tiempo he estado cuidando de su tumba [...]. Les estaría muy agradecida si me hicieran llegar la dirección de la madre de Walter Huchthausen, si la conocen.<sup>[330]</sup>

Uno de sus superiores en el SHAEF escribió a su madre diciendo que, «cuando lo visité en Maastricht el pasado mes de febrero estaba muy contento de su trabajo y muy orgulloso de lo que estaba haciendo. Pueden estar —como los estamos nosotros— orgullosos de él. Ha sido una gran pérdida».<sup>[331]</sup> No le faltaba razón a Walker Hancock cuando dijo que «las pocas personas que lo vieron en acción —tanto amigos como enemigos— deben de tener un mejor concepto de la raza humana».<sup>[332]</sup>

Ronald Balfour fue enterrado en el cementerio británico de las afueras de

Cléveris, Alemania. En 1954, se colocó en el restaurado edificio de los archivos municipales una fotografía suya junto a una placa en la que se lee: «El mayor Ronald E. Balfour, profesor del King's College de la Universidad de Cambridge, murió en acto de servicio en marzo de 1945 junto al monasterio de Spyck. En su calidad de oficial de Monumentos británico, salvó valiosos archivos y objetos medievales de las ciudades del Bajo Rin. Honor a su memoria».<sup>[333]</sup> Cuando la madre de Balfour visitó Cléveris al año siguiente, en el décimo aniversario de su muerte, el equipo de gobierno de la ciudad le aseguró que tenían «en muy alta estima la memoria de un hombre de su calidad»<sup>[334]</sup> y le prometieron «hacer lo posible por tener en todo momento especial cuidado de su tumba».<sup>[335]</sup> Un gesto que, no obstante, no podía compensar la muerte de su hijo.

El último miembro de la sección de Monumentos original en abandonar el servicio activo fue, como no podía ser de otra manera, George Stout. Partió de Europa para Estados Unidos a finales de julio de 1945, pero con un permiso de sólo dos meses. Había solicitado el traslado al teatro de operaciones del Pacífico. Llegó a Japón en octubre de 1945, donde fue jefe de la División de Arte y Monumentos del Cuartel General Supremo de las Fuerzas Aliadas en Tokio. Abandonó Japón a mediados de 1946. En reconocimiento a sus años de servicio, Stout recibió la Estrella de Bronce y la Medalla de Encomio del Ejército.

Tras su paso por Japón, Stout volvió por un breve período al Museo Fogg de Harvard. En 1947 lo nombraron director del Museo de Arte de Worcester, en Massachusetts, donde estuvo hasta convertirse en director del Museo Isabella Stewart Gardner de Boston. El Museo Gardner, con su colección permanente, se reveló el lugar ideal para George Stout.

Al jubilarse en 1970, Stout estaba considerado uno de los pesos pesados en el ámbito de la conservación artística. En 1977 publicó un artículo sobre sus inicios en el Fogg —promocionado entonces como «el primer departamento de conservación artística de Estados Unidos»—. En 1978, junto con su amigo el químico John Gettens, fue saludado por las revistas del sector como uno de los «dos imprescindibles padres fundadores del Fogg» que habían marcado el comienzo de la era moderna de la conservación.<sup>[336]</sup> Según otra revista, su gran aportación fue la unión de las nuevas tecnologías con «la sensibilidad estética de la restauración artística tradicional y la erudición académica».<sup>[337]</sup> Fue, en otras palabras, un modernizador que nunca olvidó la importancia de los individuos tras las máquinas.

Su participación en la segunda guerra mundial, en cambio, no fue muy publicitada. En gran parte porque el propio Stout apenas hablaba de ello. Cuando el Smithsonian lo entrevistó a principios de 1978 para la colección de los Archivos de Arte Norteamericano, Stout, modesto como siempre, se limitó a decirle al entrevistador que lo reclutaron para la sección de Monumentos y que cumplió con su

misión como cualquier otro soldado. Ni siquiera mencionó el hecho de que la estructura y hasta la existencia misma del grupo de Monumentos se debían en gran parte a él. A su muerte en Menlo Park, California, en julio de 1978, la necrológica mencionó tan sólo que «gozó de fama internacional como autor experto en restauración artística» y que durante la segunda guerra mundial había desarrollado técnicas de camuflaje para pasar «más tarde al grupo del general Dwight D. Eisenhower como miembro del personal de Monumentos, Bellas Artes y Archivos».

[338]

Quienes lo conocieron, sin embargo, sabían muy bien cuál era el alcance de su contribución a la MFAA y la preservación de la cultura europea. El ejército, en su informe oficial, consignaba que «debido a la urgencia de la misión, pasó en solitario la mayor parte de su tiempo de servicio, sin mostrar objeción alguna ante la falta de medios y de comodidades personales [...], sus relaciones con las muchas unidades tácticas con las que colaboró se caracterizaron por su tacto y su gran capacidad de trabajo en equipo».

[339] Vale la pena traer a colación aquí las palabras del oficial de Monumentos Craig Hugh Smyth, que trabajó con Stout hacia el final de su etapa europea: «Stout era un líder: templado, generoso, modesto, y a la vez, fuerte, reflexivo y sorprendentemente innovador. Tanto al hablar como al escribir, era hombre de pocas pero precisas y vívidas palabras. Cosa que decía, cosa que creíamos; cosa que proponía, cosa que hacíamos sin dudar».

Ninguno de estos testimonios, no obstante, da plena razón del valor de Stout ni del aprecio y la estima que por él sentían sus compañeros de la sección de Monumentos. Sus cartas y recuerdos abundan en alabanzas del carácter incansable, eficaz y amistoso de su superior, aunque tal vez las palabras de Kirstein sean las más valiosas por ser también las menos retóricas: «[George Stout] fue el mayor héroe bélico de todos los tiempos; él fue quien salvó las obras de arte de las que los demás tan sólo hablaban».

[340]

De todos modos, no debe sorprendernos que la contribución de George Stout a la MFAA nunca fuera plenamente reconocida, pues, durante las décadas que siguieron a la guerra, tanto la MFAA como su labor quedaron ocultas tras las brumas de la historia. En parte debido a las circunstancias. Los hombres de Monumentos eran hijos de la «Gran Generación» y tendían a restar importancia a su papel en la guerra. Además, como no formaban una unidad específica, no hubo una historia oficial. Algunos de ellos trabaron y mantuvieron fuertes lazos, pero la mayoría o no llegaron a conocerse o no tuvieron tiempo de ahondar en su relación. Tampoco tuvieron ningún líder individual que se erigiera en figura emblemática, y mucho menos que diera cuenta de sus hazañas.

Quizá por eso el ejército poco menos que dejó caer en el olvido la operación de rescate de monumentos. En 1957, Robert Posey se presentó voluntario para servir

como oficial de Monumentos en la guerra de Corea. Lógicamente, como tenía cincuenta y tres años y ya no estaba en la reserva, el ejército rechazó su solicitud. Pero lo importante aquí es que, aunque lo hubieran aceptado, no habría habido sitio para él, pues no se creó ninguna unidad equivalente a la sección de Monumentos, Bellas Artes y Archivos durante la guerra de Corea, ni, de hecho, se ha vuelto a crear ninguna desde entonces.

La labor de la sección de Monumentos, Bellas Artes y Archivos quedó immortalizada en las palabras de la oficial de Monumentos Edith Standen, quien declaró que «no basta con ser virtuoso, es necesario parecerlo».<sup>[341]</sup> Standen comprendió, como el presidente Roosevelt y el general Eisenhower antes que ella, que las primeras impresiones son las que dejan más huella. Que el mundo ignore el legado de los hombres de Monumentos tiene efectos catastróficos. Un ejemplo: hace años hablé con uno de los principales oficiales encargados de seguir el rastro de algunas de las quince mil obras de arte saqueadas del Museo Nacional de Irak en Bagdad durante y después de la invasión liderada por Estados Unidos en 2003. Admitió que nunca había oído hablar de ellos.

Oficiales y soldados de Asuntos Civiles, unidos a expertos civiles, entre ellos el coronel Matthew Bogdanos (retirado), el mayor Corine Wegener (retirado) y el profesor John Russell, han trabajado con denuedo por reparar los daños sufridos en este extraordinario museo y a día de hoy han logrado encontrar y devolver más o menos la mitad de los objetos desaparecidos. Además, imparten seminarios de formación a las tropas de la sección de Asuntos Civiles. Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, la primera impresión de la gestión por parte de Estados Unidos del saqueo del Museo Nacional de Irak será la que perdurará en el imaginario colectivo.

Más grave sea tal vez que incluso la comunidad artística haya vivido durante décadas de espaldas a los logros de ese extraordinario grupo de hombres y mujeres. Concluida la guerra, los hombres de Monumentos volvieron a sus respectivos países y pasaron a ocupar puestos de relevancia en importantes instituciones culturales. Sólo en Estados Unidos, tenemos el Museo Metropolitano de Arte, el MoMA, la Galería Nacional de Arte, el Museo de Arte de Toledo, el Museo de Arte de Cleveland, la Colección Frick, el Museo Fogg de Arte, el Museo de Brooklyn, el Museo de Arte Nelson-Atkins, el Museo Isabella Stewart Gardner, el Museo de la Legión de Honor de San Francisco, la Galería de Arte Universitaria de Yale, el Museo de Arte de Worcester, el Museo de Arte de Baltimore, el Museo de Arte de Filadelfia, el Museo de Arte de Dallas, el Museo Amon Carter y la Biblioteca del Congreso, entre otros. Los hombres de Monumentos y sus asesores fueron esenciales para la creación de dos de los organismos culturales más potentes del país: la Fundación Nacional para las Humanidades y la Fundación Nacional para las Artes. Es más, si se consulta la nómina de cualquiera de las grandes instituciones culturales norteamericanas entre

los años cincuenta y sesenta, es casi seguro que aparecerá el nombre de algún antiguo miembro de la sección de Monumentos, Bellas Artes y Archivos del ejército estadounidense. Lo extraño es que muy poca gente en estas organizaciones sepa que sus antiguos directores o conservadores ayudaron a preservar el legado cultural del planeta durante y después de la segunda guerra mundial.

Los hombres de Monumentos y sus increíbles logros quedaron por lo general relegados a un segundo plano incluso al reanudarse la búsqueda y repatriación de obras de arte robadas por los nazis en los años noventa. Algunos de ellos acudieron a reuniones, pero sólo cuando interesaba conocer sus experiencias. Parafraseando a una de las figuras destacadas de ese movimiento de restitución, podría decirse que ni siquiera la gente más cualificada presente en aquellas reuniones supo ver que el verdadero tesoro no eran los cientos de miles de millones de dólares en obras desaparecidas, sino los trescientos cincuenta veteranos de la MFAA. Aún hoy, las noticias acerca de la recuperación o devolución de obras de arte se centran casi exclusivamente en el valor monetario de las obras y se limitan a observar que fueron «devueltas por las Fuerzas Aliadas al término de la guerra», cuando, en verdad, fueron los hombres de Monumentos quienes hicieron posibles esas restituciones.

No fue hasta 2007 cuando la MFAA empezó a recibir parte del reconocimiento que se merece. El 6 de junio de 2007, en el sexagésimo aniversario de los desembarcos del Día D en Normandía, las dos cámaras del Congreso de Estados Unidos reconocieron por primera vez de forma oficial la contribución de los hombres y mujeres de trece países que integraron la sección de Monumentos. Dichas resoluciones, apoyadas tanto por los liberales como por los conservadores de los Representantes y el Senado, se aprobaron por unanimidad.

Poco después, los hombres de Monumentos y su principal grupo de representación, la Fundación Hombres de Monumentos para la Preservación del Arte, obtuvieron la Medalla Nacional de Humanidades de 2007, considerada el equivalente estadounidense a un título de nobleza. Cuatro de los doce hombres de Monumentos todavía vivos viajaron a Washington para asistir a la ceremonia, entre ellos Harry Ettlinger, enérgico a pesar de sus ochenta y un años. Harry, recién salido del instituto en el momento de su incorporación a filas, era veinte años más joven que la mayoría de miembros de la sección de la MFAA desplegados en la zona de guerra.

A diferencia de la mayoría de sus compañeros, Harry Ettlinger no hizo carrera en el campo del arte tras la guerra. Se licenció en agosto de 1946 y, al volver a Nueva Jersey, empezó estudios universitarios con una beca del ejército. Obtuvo un título en ingeniería mecánica y trabajó como supervisor en la fábrica de motores de máquinas de coser Singer. A mediados de 1950 se pasó a la industria de defensa, trabajó en indicadores de vuelo, sistemas portátiles de radar, sonares, y terminó su carrera como subdirector del programa de desarrollo y producción de sistemas de guía de misiles

Trident para submarinos.

Asimismo, participó activamente en grupos de veteranos y de defensa de la causa judía. De hecho, fue a través de sus compañeros del grupo de Veteranos de Guerra Judíos como Harry tuvo conocimiento de Raoul Wallenberg, un rico diplomático suizo de confesión luterana. En 1944, Wallenberg promovió la salvación de cien mil judíos húngaros. En enero de 1945, los soviéticos lo detuvieron junto a su chófer y nunca más se supo de ellos. Tras jubilarse en 1992, Harry codirigió un comité de recaudación de fondos para erigir una escultura en honor de Wallenberg y ayudó a fundar la Fundación Wallenberg de Nueva Jersey, cuyo objetivo es ayudar a estudiantes que, por su valía, puedan contribuir a crear un mundo mejor y menos despiadado. Fue entonces cuando Harry descubrió nuevos datos acerca de las minas de Heilbronn y Kochendorf.

Supo que los niveles inferiores de la mina habían servido como fábricas. En sus cámaras de suelo de hormigón, de dieciocho metros de ancho por doce de alto, había líneas eléctricas para dar suministro a la maquinaria. En la mina de Kochendorf se utilizaron en secreto una o más cámaras para la producción en masa de uno de los más importantes inventos de los nazis: el motor a reacción. Si los nazis hubieran podido poner en funcionamiento la fábrica de Heilbronn —por lo visto faltaban pocas semanas cuando llegaron los estadounidenses—, tal vez la guerra habría seguido un curso distinto. Quizá por eso la Wehrmacht defendió con tanto tesón las montañas de Heilbronn.

En 2001, Harry supo de lo ocurrido en la mina Kochendorf gracias a dos de los pocos supervivientes de aquel terrible período. La mano de obra de la mina, encargada de la ampliación de las cámaras subterráneas, corría a cargo de mil quinientos judíos húngaros procedentes de Auschwitz. En septiembre de 1944, Heilbronn quedó reducida a polvo por las bombas británicas, dejando inutilizada la planta energética y sumiendo a la región en la oscuridad y el silencio. Al alejarse el rugido de los aviones, un misterioso cántico se elevó en el corazón de la mina. Al principio, resultaba apenas audible. Luego se repitió más fuerte, y una tercera vez más fuerte aún, claramente perceptible ya desde la superficie. Era el Yom Kipur, el día de la Expiación, y los judíos húngaros entonaban la oración del Kol Nidre. Para casi todos ellos sería la última vez. En marzo de 1945, menos de un mes antes de la llegada de los estadounidenses, el contingente de trabajadores esclavos fue trasladado a Dachau. La mayoría murieron de frío a lo largo de los cinco días de viaje. Al resto los enviaron directamente a las cámaras de gas.

En la actualidad, Harry Ettlinger vive en un bloque de pisos en la zona noroeste de Nueva Jersey. Sigue participando en las actividades de la Fundación Wallenberg, en grupos de veteranos de ámbito local, estatal y nacional, y en iniciativas relacionados con el Holocausto y la comunidad judía. La preciada colección de arte



de su abuelo se encuentra repartida entre sus descendientes, pero Harry sigue en posesión de buena parte de ella. Según admite, muchas de las piezas están guardadas en un armario. El grabado del Rembrandt está colgado en un lugar discreto, aunque cuando las circunstancias lo requieren lo traslada a un lugar de honor encima del sofá.

El único recuerdo visible de los años de guerra de Harry es una pequeña fotografía colocada sobre una mesa de apoyo. Tomada en Heilbronn a principios de 1946, en ella se ve al oficial de Monumentos Dale Ford y al (recién ascendido) sargento Harry Ettlinger observando el autorretrato de Rembrandt. El cuadro está de pie sobre una vagoneta de la mina, con las paredes de piedra y los raíles perfectamente visibles. En 1946, el ejército utilizó la fotografía con fines promocionales y repartió reproducciones por todo el mundo. El pie de foto dice tan sólo: «Soldados estadounidenses con un Rembrandt». Por lo visto, a nadie le interesó que el cuadro fuera el Rembrandt del museo de Karlsruhe, ni que el soldado de diecinueve años que aparece a su lado fuera un judío alemán que se había criado a tres calles de dicho museo y que, por puro azar, descendió doscientos diez metros hasta el fondo de una mina para contemplar, por primera vez, aquel cuadro del que siempre había oído hablar pero que jamás se le había permitido admirar.

# LOS PERSONAJES

## *Figuras secundarias*

**John Edward Dixon-Spain:** Veterano de la primera guerra mundial; oficial de Monumentos británico adscrito al 1.er Ejército estadounidense con George Stout.

**S. Lane Faison Jr.:** Sirvió en la OSS, precursora de la CIA; interrogó a numerosos nazis involucrados en el expolio artístico y cultural.

**Dale V. Ford:** Diseñador de interiores; oficial de Monumentos adscrito al 7.º Ejército estadounidense tras el cese de las hostilidades; trabajó con Harry Ettlinger en la mina de Heilbronn.

**Ralph Hammett:** Arquitecto; oficial de Monumentos adscrito a la zona de comunicaciones.

**Mason Hammond:** Filólogo clásico; asesor de Bellas Artes y Monumentos en Sicilia; aunque no de forma oficial, fue el primer hombre de Monumentos.

**Albert Henraux:** Presidente de la Comisión para la Recuperación Artística en Francia.

**Thomas Carr Howe Jr.:** Director del Palacio de California de la Legión de Honor en San Francisco; oficial de Monumentos destinado a Altaussee.

**Sheldon Keck:** Conservador; oficial ayudante de Monumentos con Walter Huchthausen en el 9.º Ejército estadounidense.

**Stephen Kovalyak:** Entrenador de atletismo; oficial de Monumentos encargado de la evacuación de varios depósitos.

**Bancel LaFarge:** Arquitecto; primer hombre de Monumentos en desembarcar en Normandía, adscrito al 2.º Ejército británico; promovido al cuartel del SHAEF en Francia a principios de 1945.

**Everett Bill Lesley:** Profesor; oficial de Monumentos del 1.er Ejército estadounidense junto con Walker Hancock y, más tarde, del 15.º Ejército.

**Lord Methuen:** Oficial de Monumentos británico destinado a la zona de comunicaciones.

**Lamont Moore:** Responsable de formación de la Galería Nacional de Arte de Washington; oficial ayudante de Monumentos en el XII Grupo de Ejércitos estadounidense, primero con el 1.er Ejército y más tarde con el 9.º Ejército.

**Paul Sachs:** Fundador de los cursos de formación museística de Harvard y

jefe de George Stout en el Museo Fogg; director de grupo de Harvard responsable de la elaboración de mapas de monumentos y de las guías de campo; destacó como miembro de la Comisión Roberts durante el reclutamiento del núcleo de oficiales de Monumentos para el norte de Europa.

**Francis Henry Taylor:** Director del Museo Metropolitano de Arte; presidente de la Asociación Norteamericana de Directores de Museos; miembro destacado de la Comisión Roberts.

**John Bryan Ward-Perkins:** Especialista en arqueología; oficial de artillería británico en el Norte de África y ayudante en labores de conservación; más tarde subdirector de la MFAA en Italia.

**Geoffrey Webb:** Historiador de arquitectura; asesor británico de la MFAA en el SHAEF y máximo responsable de la MFAA en el norte de Europa.

**Sir Eric Mortimer Wheeler:** Oficial de artillería británico y arqueólogo del Museo de Londres; sus labores de conservación de ruinas romanas y griegas en el Norte de África en 1942 fueron las primeras de este tipo por parte de los Aliados.

**Sir Charles Leonard Woolley:** Asesor arqueológico británico del Ministerio de Guerra y líder civil de la MFAA; dirigió la MFAA bajo el lema «Proteger las artes al mínimo coste posible», a menudo en su perjuicio.

### *Alemanes y nazis*

**Coronel barón Kurt von Behr:** Jefe de la Dienststelle Westen dentro del Einsatzstab Reichsleiter Rosenberg (ERR); supervisor del operativo de saqueo nazi en Francia, situado en el Museo del Jeu de Paume.

**Martin Bormann:** *Reichsminister*; secretario personal de Hitler.

**Dr. Hermann Bunjes:** Ex empleado de la Kunstschutz en Francia, destacó como uno de los más importantes colaboradores del ERR en París; leal a Von Behr y al *Reichsmarschall* Göring.

**August Eigruber:** Nazi fanático y *Gauleiter* (jefe de distrito) de Oberdonau, territorio que incluía Linz, la ciudad de los años juveniles de Hitler, y la mina de Altaussee.

**Dr. Hans Frank:** *Reichsleiter*; gobernador general de Polonia.

**Hermann Giesler:** Arquitecto de Linz.

**Hermann Göring:** *Reichsmarschall* de la Alemania nazi; jefe de la Luftwaffe; segundo al mando en la jerarquía nazi y rival de Hitler en

el saqueo de Europa.

**Heinrich Himmler:** *Reichsführer* de las SS; jefe de las Waffen-SS y de la Gestapo.

**Adolf Hitler:** Führer del Reich; «purificador» y «glorificador» de Alemania, y destructor de arte moderno; a él se atribuye la idea de que el Reich debía apropiarse de los tesoros culturales de Europa, muchos de ellos destinados a ser expuestos en el Führermuseum de Linz.

**Walter Andreas Hofer:** Marchante de arte; director de la colección artística de Göring y figura crucial en el operativo de saqueo del Jeu de Paume en París.

**Dr. Helmut von Hummel:** Asistente personal de Martin Bormann, el secretario personal de Hitler, y principal transmisor de las informaciones procedentes y destinadas a Berlín durante los últimos días del Reich.

**Ernst Kaltenbrunner:** Alto oficial nazi austríaco; jefe de la Reichssicherheitshauptamt (RSHA, Oficina Principal de Seguridad del Reich); *Obergruppenführer* (jefe de grupo) de las SS; jefe de la policía secreta (Gestapo) y del SD.

**Prof. Dr. Otto Kümmel:** Director de los museos nacionales de Berlín, compilador del listado con todas las obras de arte «germánico» en Europa y autor de la justificación para su devolución a la madre patria.

**Dr. Bruno Lohse:** Representante de Hermann Göring en el operativo de saqueo del ERR en el Museo del Jeu de Paume.

**Dr. Hans Posse:** Director original del Führermuseum de Linz; falleció de cáncer en 1943.

**Alfred Rosenberg:** Jefe del Einsatzstab Reichsleiter Rosenberg (ERR), organización racista que se convertiría en el principal canal «legal» para el saqueo nazi en Europa occidental.

**Prof. Dr. Albert Speer:** Arquitecto personal de Hitler y confidente de éste; *Reichsminister* de Armamento y Producción Bélica.

**Prof. Dr. conde Franz von Wolff-Metternich:** Jefe de la Kunstschutz en París, el programa de protección de obras de arte y monumentos alemanes.

### *Figuras destacadas en Altaussee*

**Max Eder:** Ingeniero.

**Glinz:** *Gauinspektor* (inspector de distrito) a las órdenes de Eigruber.

**Otto Högler:** Ingeniero y asesor de minas (*Oberbergrat*).

**Eberhard Mayerhoffer:** Ingeniero; director técnico de las minas de sal (*Oberberggrat DI*).

**Prof. Dr. Hermann Michel:** Ex director del Museo de Historia Natural de Viena y director del Departamento de Mineralogía del museo.

**Ralph E. Pearson:** Coronel del ejército estadounidense con el 318.º de infantería; líder de la «Fuerza de Tareas Pearson» en la mina de sal de Altaussee.

**Dr. Emmerich Pöchmüller:** Director general de las minas de sal de Altaussee.

**Alois Raudaschl:** Minero y miembro del Partido Nazi.

**Dr. Herbert Seiberl:** Funcionario austríaco; Instituto para la Preservación de Monumentos de Viena.

**Karl Sieber:** Restaurador berlinés; trabajó en la mina de sal.

### *Abreviaturas*

OAC	Oficina de Asuntos Civiles
ERR	Einsatzstab Reichsleiter Rosenberg
MFAA	Monumentos, Bellas Artes y Archivos
ROTC	Cuerpo de Instrucción de Oficiales en la Reserva
SHAEF	Cuartel General Supremo de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas

# BIBLIOGRAFÍA

## *Libros*

- AKINSHA, KONSTANTIN; GRIGORII KOZLOV, *Beautiful Loot: The Soviet Plunder of Europe's Art Treasures*, Random House, Nueva York, 1995.
- AKSENOV, VITALI, *Favorite Museum of the Führer, Stolen Discoveries*, Neva, San Petersburgo, 2003.
- AMBROSE, STEPHEN, *Citizen Soldiers: The U. S. Army from the Normandy Beaches to the Bulge to the Surrender of Germany, June 7, 1944, to May 7, 1945*, Simon and Schuster, Nueva York, 1997.
- , *D-Day: June 6, 1944; The Battle for the Normandy Beaches*, Pocket Books, Londres, 2002; *El día D: la batalla culminante de la Segunda Guerra Mundial*, traducción castellana de Montserrat Amenteras, Salvat, Barcelona, 2002.
- , *Eisenhower: Soldier, General of the Army, President-Elect 1890-1952*, Easton Press, Norwalk, CT.
- BOUCHOUX, CORINNE, *Rose Valland: La Résistance au Musée*, Geste Editions, La Crèche, 2006.
- BRADLEY, OMAR N.; CLAY BLAIR, *A General's Life: An Autobiography by General of the Army Omar N. Bradley*, Simon and Schuster, Nueva York, 1983.
- BULL, GEORGE, *Michelangelo: A Biography*, St. Martin's Press, Nueva York, 1995.
- BUSTERUD, JOHN A., *Below the Salt: How the Fighting 90th Division Struck Gold and Art Treasure in a Salt Mine*, Xlibris Corporation, 2001.
- BUTCHER, CAPT. HARRY C., *My Three Years with Eisenhower: The Personal Diary of Captain Harry C. Butcher, USNR, Naval Aide to General Eisenhower, 1942-1945*, Simon and Schuster, Nueva York, 1946.
- Che cosa hanno fatto gli inglesi in Cirenaica*, Ministero della Cultura Popolare, Roma, 1941.
- DAVIDSON, EUGENE, *The Trial of the Germans: An Account of the Twenty two Defendants Before the International Military Tribunal at Nuremberg*, Macmillan, Nueva York, 1996.
- D'ESTE, CARLO, *Patton: A Genius for War*, HarperCollins, Nueva York, 1995.

- , *Eisenhower: A Soldier's Life*, Henry Holt, Nueva York, 2002.
- DUBERMAN, MARTIN, *The Worlds of Lincoln Kirstein*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 2007.
- DULLES, ALLEN W., *Secret Surrender: The Classic Insider's Account of the Secret Plot to Surrender Northern Italy During WWII*, Lyons Press, Guilford, CT, 2006.
- EDSEL, ROBERT M., *Rescuing Da Vinci: Hitler and the Nazis Stole Europe's Great Art, America and Her Allies Recovered It*, Laurel Publishing, Dallas, 2006.
- EISENHOWER, DAVID, *Eisenhower at War, 1943-1945*, Random House, Nueva York, 1986.
- EISENHOWER, DWIGHT D., *At Ease: Stories I Tell to Friends*, McGraw-Hill, Nueva York, 1988.
- ESTEROW, MILTON, *The Art Stealers*, Macmillan, Nueva York, 1966.
- FASOLA, CESARE, *The Florence Galleries and the War*, Casa Editrice Monsalvato, Florencia, 1945.
- FELICIANO, HÉCTOR, *The Lost Museum: The Nazi Conspiracy to Steal the World's Greatest Works of Art*, Basic Books, Nueva York, 1995; *El museo desaparecido: la conspiración nazi para robar las obras maestras del arte mundial*, versión del autor, Destino, Barcelona, 2004.
- FEST, JOACHIM, *Inside Hitler's Bunker: The Last Days of the Third Reich*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 2002; *El hundimiento: Hitler y el Tercer Reich*, traducción castellana de Carmen Gauger, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2005.
- FLANNER, JANET, *Men and Monuments*, Harper & Brothers, Nueva York, 1957.
- FRIEMUTH, CAY, *Die Geraubte Kunst*, Westermann, Berlín, 1989.
- GOLDENSOHN, LEON, *Nuremberg Interviews*, Knopf, Nueva York, 2004; *Las entrevistas de Núremberg*, traducción castellana de Teresa Carretero, Amado Diéguez Rodríguez y Miguel Martínez-Lage, Taurus, Madrid, 2004.
- GRAY, MARTIN; A. NORMAN JEFFARES (eds.), *A Dictionary of Quotations*, Barnes and Noble Books, Nueva York, 1995.
- HAMMER, KATHARINA, *Glanz im Dunkel: Die Bergung von Kunstschatzen im Salzkammergut am Ende des 2. Weltkrieges*, Österreichischer Bundesverlag, Viena, 1986.
- HANCOCK, WALKER; EDWARD CONNERY LATHEM, *A Sculptor's Fortunes*, Gloucester, MA: Cape Ann Historical Association, 1997.

- HAPGOOD, DAVID; DAVID RICHARDSON, *Monte Cassino: The Story of the Most Controversial Battle of World War II*, Da Capo, Cambridge, MA, 2002.
- HIRSHON, STANLEY P., *General Patton: A Soldier's Life*, Perennial, Nueva York, 2003.
- HASTINGS, MAX, *Victory in Europe: D-Day to VE Day in Full Color*, Little, Brown, Boston, 1985.
- HITLER, ADOLF, *Mein Kampf*, traducción inglesa de Ralph Manheim, Houghton Mifflin, Nueva York, 1943; *Mi lucha*, traducción castellana de Francisco Hellwagner, Librería El Galeón, Madrid, 2002.
- HOBBS, JOSEPH, *Dear General: Eisenhower's Wartime Letters to Marshall*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1999.
- HOWE JR., THOMAS CARR, *Salt Mines and Castles*, Bobbs-Merrill, Nueva York, 1946.
- HUGHES, ANTHONY, *Michelangelo*, Phaidon, Londres, 1997.
- JOACHIMSTHALER, ANTON, *The Last Days of Hitler: The Legends-The Evidence-The Truth*, traducción inglesa de Helmut Böglér, Arms and Armour Press, Londres, 1996.
- KIRSTEIN, LINCOLN, *The Poems of Lincoln Kirstein*, Atheneum, Nueva York, 1987.
- KUBIN, DR. ERNST, *Sonderauftrag Linz: Die Kunstsammlung Adolf Hitler, Aufbau, Vernichtungsplan, Rettung. Ein Thriller der Kulturgeschichte*, ORAC Buch-und Zeitschriftenverlag, Viena, 1989.
- KURTZ, MICHAEL J., *America and the Return of Nazi Contraband: The Recovery of Europe's Cultural Treasures*, Cambridge University Press, Cambridge, 2006.
- LINKLATER ERIC; *The Art of Adventure*, Macmillan & Co., Londres, 1947.
- LÖHR, HANNS CHRISTIAN, *Das Braune Haus der Kunst: Hitler und der «Sonderauftrag Linz»*, Akademie Verlag, Berlín, 2005.
- MAJDALANY, FRED, *Cassino: Portrait of a Battle*, Cassell & Co., Londres, 1999.
- METHUEN, LORD, *Normandy Diary: Being a Record of Survivals and Losses of Historical Monuments in North-Western France, Together with Those in the Island of Walcheren and in That Part of Belgium Traversed by 21st Army Group in 194445*, Robert Hale Limited, Londres, 1952.
- Nazi Conspiracy and Aggression*, vol. III, U. S. Government Printing Office, Washington, D. C., 1946.
- NICHOLAS, LYNN H., *The Rape of Europa*, Vintage, Nueva York, 1995; *El*



- saqueo de Europa: el destino de los tesoros artísticos europeos durante el Tercer Reich y la Segunda Guerra Mundial*, traducción castellana de Hugo Mariani, Ariel, Barcelona, 2007.
- PETROPOULOS, JONATHAN, *Art as Politics in the Third Reich*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1996.
- , *The Faustian Bargain: The Art World in Nazi Germany*, Oxford University Press, Oxford, 2000.
- PIÑA, LESLIE A., *Louis Rorimer: A Man of Style*, Kent State University Press, Kent, 1990.
- PÖCHMÜLLER, DR. ING. EMMERICH, *Welt-Kunstschatze in Gefahr*, Pallas-Verlag, Salzburgo, 1948.
- PUYVELDE, LEO VAN, *Van Eyck: The Holy Lamb*, Collins, Londres, 1947.
- RAYSSAC, MICHEL, *L'exode des musées: histoire des oeuvres d'art sous l'occupation*, Éditions Payot & Rivages, París, 2007.
- Report of the American Commission for the Protection and Salvage of Artistic and Historic Monuments in War Areas*, U. S. Government Printing Office, Washington, D. C., 1946.
- RIEDL-DORN, CHRISTA, *Das Haus der Wunder: Zur Geschichte des Naturhistorischen Museums in Wien*, Holzhausen, Viena, 1998.
- RORIMER, JAMES J., *Survival: The Salvage and Protection of Art in War*, Abelard Press, Nueva York, 1950.
- ROXAN, DAVID; KEN WANSTALL, *The Rape of Art*, Coward-McCann, Nueva York, 1964.
- SASSER, CHARLES W., *Patton's Panthers: The African-American 761st Tank Battalion in World War II*, Pocket Books, Nueva York, 2005.
- SCHRENK, CHRISTHARD, *Schatzkammer Salzbergwerk: Kulturgüter überdauern in Heilbronn und Kockendorf den Zweiten Weltkrieg*, Stadtarchiv, Heilbronn, 1997.
- SCHWARZ, BIRGIT, *Hitlers Museum. Die Fotoalben Gemäldegalerie Linz*, Böhlau Verlag, Viena, 2004.
- SERENY, GITTA, *Albert Speer: His Battle with Truth*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1995; *Albert Speer, su batalla con la verdad*, traducción castellana de Aníbal Leal, Ediciones B., Barcelona, 2006.
- SHIRER, WILLIAM L., *Berlin Diary: The Journal of a Foreign Correspondent: 1934-1941*, The Easton Press, Norwalk, 1991; *Diario de Berlín*, traducción castellana de Javier Calzada, Debate, Barcelona, 2008.
- , *The Rise and Fall of the Third Reich: A History of Nazi Germany*, vols. I y II, The Easton Press, Norwalk, 1991; *Auge y caída del III*

- Reich*, traducción castellana de Jesús López Pacheco, Planeta, Barcelona, 2010-2011.
- SIGMUND, ANNA MARIA, *Die Frauen der Nazis*, Wilhelm Heyne Verlag, München, 2000; *Las mujeres de los nazis*, traducción castellana de Carlos Fortea, Plaza & Janés, Barcelona, 2000.
- SIMON, MATILA, *The Battle of the Louvre: The Struggle to Save French Art in World War II*, Hawthorne Books, Nueva York, 1971.
- SIMPSON, ELIZABETH (ed.), *Spoils of War*, Harry N. Abrams, Nueva York, 1997.
- SKILTON JR., JOHN D., *Défense de l'art européen: souvenirs d'un officier américain «spécialiste des monuments»*, Les Éditions Internationales, París, 1948.
- SMYTH, CRAIG HUGH, *Repatriation of Art from the Collecting Point in Munich after World War II*, Abner Schram Ltd., Nueva Jersey, 1988.
- SPEER, ALBERT, *Inside the Third Reich*, Macmillan, Nueva York, 1970; *Memorias*, traducción castellana de Ángel Sabrido, El Acantilado, Barcelona, 2001.
- SPOTTS, FREDERIC, *Hitler and the Power of Aesthetics*, Overlook Press, Woodstock/Nueva York, 2002.
- Trial of the Major War Criminals before the International Military Tribunal: Nuremberg 14 November 1945-1 October 1946*, Tribunal Militar Internacional, Núremberg, 1947.
- TUTAEV, DAVID, *The Consul of Florence*, Secker and Warburg, Londres, 1966.
- VALLAND, ROSE, *Le front de l'art: 1939-1945*, Librairie Plon, París, 1961.
- VASARI, GIORGIO, *Lives of the Artists*, vol. I, traducción inglesa de George Bull, Penguin, Londres, 1987; *Las vidas*, traducción castellana de Helena Aguilà, Mercedes Fernández García, Giovanna Gabriele, Javier Gutiérrez Carou, Rosario López Gregoris, María Teresa Méndez Baiges, Juan Montijano, Scherezade Zaramella, Cátedra, Madrid, 2002.
- WHEELOCK, ARTHUR K. (ed.), *Johannes Vermeer*, Royal Cabinet of Paintings, Mauritshuis and the Board of Trustees, National Gallery of Art, Washington, La Haya, 1995. Publicado conjuntamente con la muestra «Johannes Vermeer» de la Galería Nacional de Arte de Washington y el Royal Cabinet of Paintings Mauritshuis de La Haya.
- WHITING, CHARLES, *Bloody Aachen*, Stein and Day, Nueva York, 1976.
- WOOLLEY, LT. COL. SIR LEONARD, *The Protection of the Treasures of Art and History in War Areas*, His Majesty's Stationery Office, Londres,

1947.

YEIDE, NANCY, *Beyond the Dreams of Avarice: The Hermann Goering Collection*, Laurel Publishing, Dallas, 2009.

### Artículos

«A l'Institut: Gaston Palewski fait l'éloge d'un grand défenseur des Beaux-Arts Jacques Jaujard», *Le Figaro*, 21 novembre de 1968.

BRADSHER, GREG, «Nazi Gold: The Merkers Mine Treasure», *Prologue Magazine*, 31, n.º 1 (primavera de 1999).

CANADY, JOHN, «James Rorimer Left Cloisters to Excel in a Bigger Job», *New York Times*, 12 de mayo de 1966.

CHAMSON, ANDRÉ, «In Memoriam, Jacques Jaujard», *Musées et Collections Publiques* (1967), pp. 151-153.

COHN, MARJORIE B., «George Stout's Legacy», *Journal of the American Institute for Conservation*, 18, n.º 1 (1978).

ESTEROW, MILTON, «Europe is Still Hunting its Plundered Art», *New York Times*, 16 de noviembre de 1964.

GIBSON, MICHAEL, «How a Timid Curator with a Deadpan Expression Outwitted the Nazis», *ARTnews*, 80 (verano de 1981), pp. 105-111

HAMMETT, RALPH, «Comzone and the Protection of Monuments in North-West Europe», *College Art Journal*, 5, n.º 2 (enero de 1946), pp. 123-126.

HAMMOND, MASON, «The War and Art Treasures in Germany», *College Art Journal*, 5, n.º 3 (marzo de 1946), pp. 205-218.

HANCOCK, WALKER, «Experiences of a Monuments Officer in Germany», *College Art Journal*, 5, n.º 4 (mayo de 1946), pp. 271-311.

HOUGHTON JR., ARTHUR A., «James J. Rorimer», *The Metropolitan Museum of Art Bulletin* (verano de 1966, segunda parte).

KIRSTEIN, LINCOLN, «Quest for the Golden Lamb», *Town and Country*, 100, n.º 428 (septiembre de 1945), p. 115.

MCGREGOR, NEIL, «How Titian Helped the War Effort», *The Times* (Londres), 5 de junio de 2004.

MCMANUS, JOHN C., «The Last Great Prize», *World War II Magazine* (mayo de 2005), pp. 51-56.

NORRIS, CHRISTOPHER, «The Disaster at Flakturm Friedrichshain; A Chronicle and List of Paintings», *The Burlington Magazine*, 94, n.º 597 (diciembre de 1952), pp. 337-347.

«1,000 Pay Tribute at Rorimer Rites», *New York Times*, 17 de mayo de

1966.

- PLAUT, JAMES S., «Loot for the Master Race», *Atlantic Monthly*, 178, n.º 3 (septiembre de 1946), pp. 57-63.
- , «Hitler's Capital», *Atlantic Monthly*, 178, n.º 4 (octubre de 1946), pp. 73-78.
- POSEY, ROBERT, «Protection of Cultural Monuments During Combat», *College Art Journal*, 5, n.º 2 (enero de 1946), pp. 127-131.
- RAYSSAC, MICHEL, «Extrait de Historail: Janvier 2008», disponible en: <http://www.rosevalland.eu/hist-train.htm>.
- STANDEN, EDITH, «Report on Germany», *College Art Journal*, 7, n.º 3 (primavera de 1948), pp. 209-215.
- STONER, JOYCE HILL, «Changing Approaches in Art Conservation: 1925 to the Present», en *Scientific Examination of Art: Modern Techniques in Conservation and Analysis*, National Academies Press, Washington, D. C., 2003.
- STOUT, GEORGE, «Our Early Years at the Fogg», *Art Dealer & Framer* (junio de 1977), pp. 10-13, 16, 92-93, 96-97.
- TAYLOR, FRANCIS HENRY, «The Rape of Europa», *Atlantic Monthly*, 175 (enero de 1945), p. 52.
- VON CHOLTITZ, DIETRICH, «Pourquoi en 1944 je n'ai pas détruit Paris - IX: Hitler: Vous réduirez Paris en un tas de décombres», *Le Figaro*, 12 de octubre de 1949.

#### *Materiales inéditos*

- DUNCAN, SALLY ANNE, *Paul J. Sachs and the Institutionalization of Museum Culture Between the World Wars*, tesis doctoral, Universidad Tufts, 2001.
- ETTLINGER, HARRY, *Ein Amerikaner: A Collection of Anecdotes in the life of Harry Ettliger*, Nueva Jersey, 2002.
- HOBBS, JERRY R., *A Michelangelo in Belgium?*, The Bruges Madonna, Menlo Park, CA, 2004.

#### *Películas*

- BERGE, RICHARD, BONNI COHEN, *The Rape of Europa Collector's Edition*, Agon Arts & Entertainment, Dallas, 2008.
- BRICKEN, JULES, JOHN FRANKENHEIMER, *The Train*, MGM Home

Entertainment, Santa Monica, 1964.  
EICHINGER, BERND, OLIVER HIRSCHBIEGEL, *El hundimiento*, Sony Pictures/Newmarket Films/Constantin Film, Culver City, 2005.  
HELLER, ANDRÉ, OTHMAR SCMIDERER, *Blindspot: Hitler's Secretary*, Sony Pictures Classics Release DOR Film, Culver City 2002.

### *Colecciones públicas*

#### **Archivos de los Museos Nacionales, Francia:**

Documentos Rose Valland

#### **Archivo Municipal de Linz, Austria:**

Nachlass Dr. Ernst Kubin

Högler, Otto. Documentos, Sch 0018

Michel, Prof. Dr. Hermann. Documentos, Sch 0008, Sch 0011, Sch 0042-0046

Plieseis, Sepp. Documentos, Sch 0042-0046

Pöchmüller, Dr. Ing. Emmerich. Papers, Sch 0016, Sch 0032

#### **Archivo e Historia de la Ciencia de los Museos de Historia Natural, Viena, Austria:**

Annalen, 56. Band, 1948

#### **Archivo Documental de la Resistencia Austríaca, Viena, Austria:**

Eder, Max. Documentos, DÖW 10610

Michel, Prof. Dr. Hermann. Documentos, DÖW 8378

Seiberl, Dr. Herbert. Documentos, DÖW 3296a 1-2, DÖW 3296b

Sieber, Karl. Documentos, DÖW 3296a 1-2, DÖW 3296b

#### **Centro de Archivos del King's College, Cambridge:**

Documentos de Ronald Edmond Balfour, Misc. 5

#### **Museo Metropolitano de Arte, Nueva York, Archivos de los Claustros:**

Documentos James J. Rorimer

#### **Galería Nacional de Arte, Washington, D. C.:**

Archivos Centrales de la Galería  
Documentos Walter Farmer  
Documentos James J. Rorimer  
Documentos Edith Standen

**Administración Nacional de Archivos y Registros, Washington, D. C.:**

RG 165, 238, 239 y 331  
OSS, Informes de la Unidad Investigación sobre el Saqueo del Arte, 1945-1946, M1782

**Biblioteca Pública de Nueva York para las Artes Interpretativas,  
División de Danza Jerome Robbins, Archivos:**

Documentos Lincoln Kirstein, ca. 1913-1994 MGZMD 123  
Documentos Lincoln Kirstein, ca. 1914-1991 MGZMD 97  
[Los escritos de Lincoln Kirstein están registrados con fecha de 2009 a nombre de la Biblioteca Pública de Nueva York (Fundaciones Astor, Lenox y Tilden) y no se permite su reproducción sin autorización escrita.]

**Archivos de Arte Americano Smithsonian, Washington, D. C.:**

Documentos W. G. Constable  
Documentos James J. Rorimer  
Documentos George Stout

**Archivos de Arte Americano Smithsonian, Entrevistas para la  
Historia Oral:**

George Stout

*Colecciones privadas*

Documentos Dale V. Ford, East Grand Rapids, Michigan  
Documentos Walker Hancock, Gloucester, Massachusetts  
Documentos Robert Posey Papers, Scarsdale, Nueva York  
Documentos James J. Rorimer, Nueva York

*Entrevistas y conversaciones con el autor*

Horace Apgar

Daniel Altshuler  
Richard Barancik  
Anne Olivier Bell  
Corinne Bouchoux  
Dr. Bruce Cole  
Jill Croft-Murray  
Harry Ettlinger  
S. Lane Faison Jr.  
Betsy Ford  
Dorothy Ford  
Deanie Hancock French  
Thomas Hoving  
William Keller  
Kenneth Lindsay  
James Mullin  
Lynn Nicholas  
Alessandro Olschki  
Charles Parkhurst  
Edmund Pillsbury  
Emmanuelle Polack  
Seymour Pomrenze  
Dennis Posey  
Robert Posey  
Alain Prévét  
Hedy Reeds  
James Reeds  
Agnes Risom  
Anne Rorimer  
Louis Rorimer  
Craig Hugh Smyth  
Richard Sonnefeld  
Salvatore Scarpitta  
Mark Sponenberg  
Thomas Stout  
Bernard Taper  
Nancy Yeide

*Entrevistas cedidas por Actual Films*

Harry Ettlinger

S. Lane Faison, Jr. Kenneth Lindsay

Charles Parkhurst Seymour Pomrenze Craig Hugh Smyth Bernard Taper

*Archivos de Arte Americano Smithsonian Entrevistas para la Historia Oral*

William Constable

S. Lane Faison, Jr.

Walker Hancock

Thomas Carr Howe, Jr.

Charles Parkhurst

James Plaut

George Stout



## AGRADECIMIENTOS

Trece años de curiosidad y toma de conciencia, nueve años de dedicación y cinco de investigación: a menos que uno haya dado a luz un proyecto de tal magnitud, resulta difícil hacerse cargo de la importancia de la sección de agradecimientos de un libro. Con independencia del propio sacrificio personal, logros como éste rara vez son obra de una sola persona. Es mucha la gente que, con su afinidad de intereses o con sus contribuciones específicas, me ha ayudado a relatar esta historia.

Nadie ha hecho más sacrificios personales por ayudarme en todas las formas posibles que Christy Fox. Su fe en la historia, su amor por los hombres de Monumentos y su inquebrantable respaldo a lo largo de este largo viaje están presentes en cada página. La calma y serena experiencia de mi abogado y consejero, Michael Friedman, demuestran por qué el título de «consejero» pesa más que el de «abogado». Peter McGuigan y su equipo de Foundry Literary & Media, incluidas Stéphanie Abou y Hannah Brown Gordon, compartieron mi visión sobre la magnitud de la historia. Él ha sido mi hábil representante ante el mundo editorial. Fue él también quien me presentó a Bret Witter, cuya profesionalidad y ética laboral sólo son equiparables a su desinteresado compromiso a la hora de contar una historia únicamente con palabras. La nuestra ha sido una feliz colaboración. Michelle Rapkin, mi editora, se apasionó con la historia de los hombres de Monumentos desde el primer instante. Su apoyo y su aval a mi trabajo han sido ejemplares, tanto más teniendo en cuenta la repentina pérdida de su amado esposo, Bob. Su equipo en Center Street ha mostrado su compromiso con el proyecto en todas sus etapas. En especial, Pamela Clements, Preston Cannon y Jana Burston, del equipo de márketing y publicidad de la editorial; Chris Barba, Chris Murphy, Gina Wynn, Karen Torres, el equipo de ventas al completo de Hachette y Jody Waldrup merecen también un agradecimiento. Rolf Zettersten y Harry Helm mostraron su entusiasmo por el libro desde el principio, y por ello les doy las gracias.

Cuando uno aborda el tema de la segunda guerra mundial, el volumen de documentos, fotografías y filmaciones es abrumador. En ocasiones traducir, para este libro, del francés, el alemán y el italiano se ha convertido en un tremendo reto. Por suerte, he tenido a mi lado a dos excelentes investigadores. Elizabeth Ivy Hudson echó los dientes ayudándome en mi primer libro, *Rescuing Da Vinci*, y ha sido la investigadora principal de este libro. Dorothee Schneider se unió al equipo durante el último año de investigación y su aportación ha sido incalculable, entre otras cosas gracias a su dominio del alemán y a su capacidad para estar siempre allí donde se la necesitaba. Estoy muy orgulloso de ambas. James Early, Karen Evans, Jamie Lewis, Tom Rupreth y Anne Edsel Jones también han contribuido. Viajar para consultar archivos y realizar entrevistas es una responsabilidad inmensa que mi ayudante

Michele Brown ha asumido con paciencia y buen talante. Arlette Quervel, su marido, Yves, y Carol Brick-Stock nos han ayudado con las traducciones.

El personal de los distintos archivos que hemos visitado ha mostrado en todo momento una gran competencia y solicitud. La Administración Nacional de Archivos y Registros de College Park, Maryland, es una maravilla que vale la pena contemplar. Estoy en deuda con los doctores Greg Badsher y Michael Kurtz y los atentos trabajadores de la NARA. En la Galería Nacional de Washington, quisiera dar las gracias a Maygene Daniels y a su ayudante Jean Henry. Charles Perrier, de la Biblioteca Pública de Nueva York, también ha sido sumamente atento. En el Museo del Louvre de París tuvimos la suerte de contar con el entusiasmo y la ayuda de Alain Prévét, capaz de localizar de memoria la mayoría de los documentos. Gracias asimismo a Catherine Granger, Nicholas Jenkins, Laura Moore, Gene Fielden, Corinne Bouchaux y Désirée Wöhler.

El Dr. Bruce Cole, el Dr. Edmund Pillsbury, Jim Mullen, Claire Barry y Emmanuelle Polack ayudaron cada cual a su manera, pero todos tienen algo en común: un vínculo directo con los hombres de Monumentos. No obstante, ningún vínculo es tan importante como el de los propios hombres de Monumentos y sus familiares. Algunos tenían sus cartas y documentos familiares organizados y disponibles; otros tuvieron que dedicar una cantidad considerable de tiempo y esfuerzo en localizarlos. Poner a disposición de alguien cartas de naturaleza tan íntima requiere una confianza absoluta, razón por la cual estaremos siempre en deuda con sus familias. Quisiera dedicar unas palabras de agradecimiento sobre todo a Deanie Hancock French, Anne Rorimer, Tom Stout, Robert y Dennis Posey, y Dorothy y Elizabeth Ford.

Durante la investigación, tuve ocasión de conocer y trabar amistad con quince hombres de Monumentos y sus familias. En el momento de escribir estos agradecimientos, nueve de ellos siguen entre nosotros. A aquellos que nos han dejado —Lane, Craig, Salvatore, Charles, Sherman y Ken— y a aquellos que siguen aquí —Seymour, Bernie, Anne, James, Horace, Richard, Mark, Robert y Harry— y sus familias, gracias por creer y confiar en mí para preservar y utilizar su extraordinario legado.

Es de rigor dedicar un agradecimiento especial a Lynn Nicholas, cuya labor académica en el ámbito del saqueo nazi durante la segunda guerra mundial sigue siendo una fuente esencial para cualquiera que se dedique a este campo.

Nueve figuras clave asumieron el riesgo de dar visibilidad a los hombres de Monumentos. Cada uno a su manera, han prestado una ayuda esencial. Por habernos dado esta oportunidad, deseo expresar mi agradecimiento a la congresista Kay Granger, Steve Glauber, Charlie Rose, Randy Kennedy, Melik Kaylan, Eric Gibson, Susan Eisenhower, Dick Bass y al desaparecido William F. Buckley Jr.

Varios amigos me han ayudado a conservar la moral. En este sentido, gracias a George y Fern Wachter, Leslie Tcheyan, June Terry, Mike Madigan, Allen Cullum y Rod Laver. La música de Keith Jarrett me ha ayudado a aplacar mi alma, con frecuencia atormentada.

Por último, quisiera dedicar un agradecimiento especial a Kathleen Kennedy-Marshall, cuyas precisas e insistentes inquisiciones me llevaron, hace ya años, a descubrir esta historia.

## ¿CUÁL ES TU VÍNCULO CON ESTA HISTORIA?

Para el listado completo de los hombres y mujeres de Monumentos de trece países, y para acceder a documentos nazis y cartas de los hombres de Monumentos no recogidos en el presente libro, puede visitarse el sitio web [www.monumentsmen.com](http://www.monumentsmen.com).

La Fundación Hombres de Monumentos para la Preservación del Arte es una organización sin ánimo de lucro del tipo 501(c)(3) reconocida por la agencia fiscal estadounidense que se dedica a recabar información acerca de los hombres y mujeres de Monumentos de trece países, así como de los funcionarios de arte locales y los voluntarios que con gran riesgo ayudaron a proteger los grandes tesoros artísticos de Europa durante la segunda guerra mundial. Asimismo, continúa la misión de los hombres de Monumentos a la hora de localizar y restituir algunas de los cientos de miles de obras de arte que siguen desaparecidas, así como los documentos robados durante la segunda guerra mundial. Si el lector dispone de información acerca de los hombres de Monumentos u otras de las personas que ayudaron a salvar los grandes tesoros de la civilización durante la guerra, o si posee obras de arte o documentos que sospecha que pudieron ser robados o «liberados» durante la guerra, se agradecerá que se ponga en contacto con la Fundación Hombres de Monumentos en [www.monumentsmenfoundation.org](http://www.monumentsmenfoundation.org).

Quien desee más información acerca del Programa Educativo Mayor Robo de la Historia, puede visitar [www.greatesttheft.com](http://www.greatesttheft.com).

# Anotaciones

## *Abreviaturas*

AAA	Archivos de Arte Americano Smithsonian, Washington D. C.
DÖW	Dokumentationsarchiv des Österreichischen Widerstandes (Archivo Documental de la Resistencia Austríaca), Viena
NHM	Naturhistorisches Museum, Viena
NARA	Administración Nacional de Archivos y Registros, College Park, Maryland
NGA	Galería Nacional de Arte, Washington D. C.
RG	Grupo de Registro

Los epígrafes del libro proceden de: Franklin D. Roosevelt, «Remarks made at the dedication ceremony of the National Gallery of Art, March 17, 1941», Gallery Archives, NGA; y Robert Edwin Herzstein, *World War II: The Nazis*, Time-Life Books, Alexandria, VA, 1980, p. 107 (trad. castellana de Rafael Marín: *Los nazis*, Folio, Barcelona, 1996, vol. 2, p. 107).

## I. LA MISIÓN

Los epígrafes de esta sección proceden de Eisenhower, *At Ease*, p. 254; y Stout, «Our Early Years at the Fogg», p. 13.

### CAPÍTULO 2: EL SUEÑO DE HITLER

El documento de la p. 40 (Muy importante: en estos casos, el número de página es la de la edición del libro en papel) procede de Aksenov, *Favorite Museum of the Führer*, foto 3; la instantánea está tomada de Unidad de Investigación del Saqueo del Arte, «Consolidated Interrogation Report, núm. 4, Linz», adjunto 1, NARA.

### CAPÍTULO 3: LLAMANDO A LAS ARMAS

El documento de la p. 50 procede de *Nazi Conspiracy and Aggression*, vol. III, p. 186.

#### CAPÍTULO 4: UN MUNDO GRIS Y VACÍO

El documento de la p. 58 procede de *Nazi Conspiracy and Aggression*, vol. III, pp. 188-189.

#### CAPÍTULO 6: LA PRIMERA CAMPAÑA

El documento de las pp. 70-71 procede de *Nazi Conspiracy and Aggression*, vol. III, pp. 40-41.

#### CAPÍTULO 7: MONTECASSINO

El documento de la p. 78 procede de *Nazi Conspiracy and Aggression*, vol. III, p. 1.

### II. NORTE DE EUROPA

El documento de la p. 99 procede de los Documentos Rorimer, colección privada.

#### CAPÍTULO 10: GANÁNDOSE EL RESPETO

La carta de la p. 114 procede del rollo 1421, Documentos Stout.

#### CAPÍTULO 11: UNA REUNIÓN SOBRE EL TERRENO

La carta de las pp. 128-129 procede del rollo 1421, Documentos Stout.

#### CAPÍTULO 12: LA MADONA DE MIGUEL ÁNGEL

Algunos detalles de este capítulo proceden de «Removal of Works of Art from the Church of Notre-Dame at Bruges», 24 de septiembre de 1944. Centro de Archivos del King's College, Cambridge, Documentos de Ronald Edmond Balfour, Misc. 5.

#### CAPÍTULO 15: JAMES RORIMER VISITA EL LOUVRE

La carta de las pp. 176-177 procede de los Documentos Rorimer.

#### CAPÍTULO 17: UNA EXPEDICIÓN AL CAMPO

La carta de las pp. 194-195 procede del rollo 1421, Documentos Stout.

#### CAPÍTULO 19: DESEOS NAVIDEÑOS

La carta de las pp. 215-216 procede de los Documentos Posey.

#### CAPÍTULO 20: LA MADONA DE LA GLEIZE

La carta de la p. 219 procede de los Documentos Hancock.

#### CAPÍTULO 24: UN JUDÍO ALEMÁN EN EL EJÉRCITO ESTADOUNIDENSE

Los materiales de este capítulo proceden de la entrevista del autor con Harry Ettlinger, 2008; y de Ettlinger, *Ein Amerikaner*.

#### CAPÍTULO 29: DOS PUNTOS DE INFLEXIÓN

Los detalles de la muerte de Balfour proceden de «Translation of Article in Rheinpost 12th September 1985, Hachmann, The Sexton, Eyewitness of Major Balfour's Death», Centro de Archivos del King's College, Cambridge, Documentos de Ronald Edmond Balfour, Misc. 5.

#### CAPÍTULO 33: FRUSTRACIÓN

La carta de las pp. 328-329 procede de los Documentos Hancock.

La carta de las pp. 330-332 procede del rollo 1421 de los Documentos Stout.

#### CAPÍTULO 40: LA MINA INUNDADA

Los detalles de la escena de Heilbronn proceden de Rorimer, *Survival*, 135-143.

### CAPÍTULO 43: EL DOGAL

Los detalles sobre el testamento, la boda y el suicidio de Hitler proceden de Joachimsthaler, *The Last Days of Hitler*, pp. 128-130.

### CAPÍTULO 46: LA CARRERA

Los detalles de la captura de Berchtesgaden proceden de McManus, «The Last Great Prize», pp. 51-56.

### CAPÍTULO 48: EL TRADUCTOR

El material para este capítulo procede de la entrevista del autor con Harry Ettlinger (2008) y de Harry Ettlinger, «Ein Amerikaner».

## V. EL DESENLACE

Los epígrafes de esta sección proceden de Balfour, «Draft Lecture», p. 9, Documentos Balfour, y Fasola, *The Florence Galleries and the War*, p. 75.

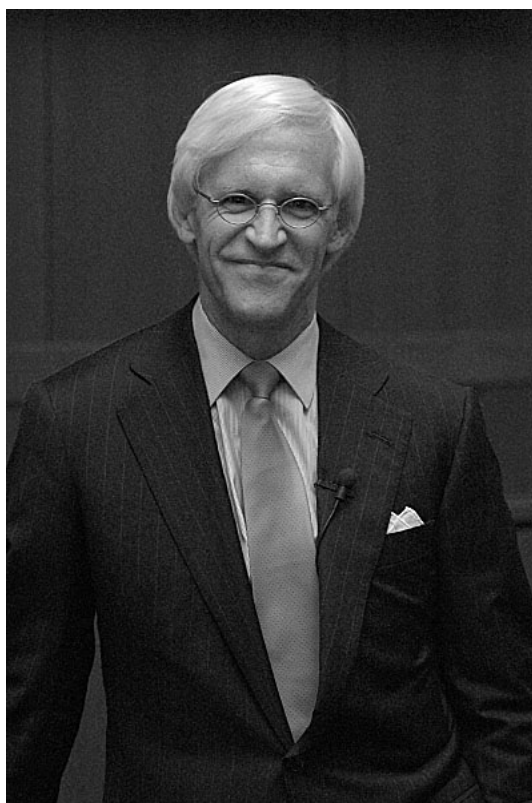
### CAPÍTULO 52: EVACUACIÓN

La carta de las pp. 459-460 procede de los Documentos Rorimer.

### CAPÍTULO 53: EL VIAJE DE VUELTA

Los detalles sobre Harry Ettlinger y Heilbronn proceden de la entrevista del autor con Harry Ettlinger (2008) y Ettlinger, «Ein Amerikaner».





ROBERT M. EDSEL nació en Oak Park, Illinois (EE. UU.) el 28 de diciembre de 1956.

En 1981, comenzó su carrera de negocios en la explotación de petróleo y gas.

En el año 2000 decidió dedicar su vida a la divulgación del legado de los hombres de la sección de Monumentos. Es el fundador de la Monuments Men Foundation for the Preservation of Art, que recibió en 2007 la medalla nacional de Humanidades de Estados Unidos, y coproductor de *The Rape of Europa*, un documental, ganador de varios premios, sobre el expolio nazi.

En el año 2005 comenzó a escribir *Rescuing Da Vinci*, un repaso a lo ocurrido a través de fotografías de la época y que fue publicado en 2006. En 2009 publicó el libro *The Monuments Men*, un relato de la historia de los hombres que formaron la sección de Monumentos y que ha sido llevada al cine en 2014.

# Notas

[1] Stout a Margie, 16 de junio de 1994, rollo 1421, Documentos Stout.<<

[2] Ettliger, *Ein Amerikaner*, p. 18.<<

[3] *Ibidem.*<<

[4] Spotts, *Hitler and the Power of Aesthetics*, p. 323. <<

[5] Tutaev, *The Consul of Florence*, p. 11. <<

[6] Carta de Godwin a Finley, 5 de diciembre de 1940, RG 7, caja 77, Correspondencia Museística, Conservación de Recursos Culturales, Defensa, Archivos de la Galería, NGA. <<



[7] «Minutes of a Special Meeting of the Association of Museum Directors on the Problems of Protection and Defense Held at the Metropolitan Museum of Art», pp. 134-135, RG 7, caja 77, Publicaciones, Museo Metropolitano, Conservación de Recursos Culturales, Defensa, Archivos de la Galería, NGA. <<

[8] Stout a Taylor y Constable, «General Museum Conservation», 31 de diciembre de 1942, sección 6a, Documentos W. G. Constable, Smithsonian AAA. <<

[9] Stout, «Protection of Monuments: A Proposal for Consideration During War and Rehabilitation», 6a, Documentos Constable. <<

[10] Stout, «Our Early Years at the Fogg», p. 11. <<

[11] *Ibidem*, p. 13. <<

[12] Hancock, «Experiences of a Monuments Officer in Germany», p. 279. <<

[13] Stout a Warner, 4 de octubre de 1944, rollo 1421, Documentos Stout. <<

[<sup>14</sup>] Nicholas, *The Rape of Europa*, p. 214 [*El saqueo de Europa*, p. 262]. <<



[15] Stout a Margie, 20 de marzo de 1943, rollo 1420, Documentos Stout. <<

[16] Stout a Margie, 16 de marzo de 1943, rollo 1420, Documentos Stout. <<

[17] Constable a Stout, 1 de junio de 1943, 6a, Documentos Constable. <<

[18] Stout a Constable, 3 de abril de 1943, 6a, Documentos Constable. <<

[19] Stout a Constable, 28 de marzo de 1943, 6a, Documentos Constable. <<

[20] Stout a Margie, 12 de julio de 1943, rollo 1420, Documentos Stout. <<

[21] En la actualidad, la colección del antiguo London Museum forma parte del Museo de Londres (Museum of London). <<

[22] Woolley, *The Protection of Treasures of Art and History in War Areas*, p. 14. <<



[23] Woolley, *The Protection of Treasures...*, p. 18. <<

[24] Hammond a Reber, 24 de julio de 1943, RG 165, NM-84, entrada 463, NARA.

<<

[25] Smyth, *Repatriation of Art from the Collecting Point in Munich after World War II*, p. 77. <<

[26] Carta de Stout a Sachs, 13 de septiembre de 1943, RG 239, M1944, rollo 57, fotograma 180, NARA. <<

[27] *Report of the American Commission for the Protection and Salvage of Artistic and Historic Monuments in War Areas*, p. 68. <<

[28] *Ibidem*, pp. 48. <<

[29] Majdaleny, *Cassino*, p. 122. <<

[30] *Ibidem*, pp. 121-122. <<



[31] Hapgood y Richardson, *Monte Cassino*, p. 227. <<

[32] Ambrose, *Eisenhower*, p. 177. <<

[33] Stout a Margie, 31 de octubre de 1943, rollo 1420, Documentos Stout. <<

[34] Stout a Margie, 17 de enero de 1944, rollo 1421, Documentos Stout. <<

[35] Piña, *Louis Rorimer*, p. 123. <<

[36] Woolley, *The Protection of Treasures...*, p. 6. <<

[37] *Report of the American Commission...*, p. 102. <<

[38] Ambrose, *Eisenhower*, p. 301. <<



[39] Bradley y Blair, *A General's Life*, p. 251. <<

[40] Ambrose, *Citizen Soldiers*, p. 43. <<

[41] Rorimer, *Survival*, pp. 3-4. <<

[42] Skilton, *Defense de l'art Européen*, p. 19. <<

[43] Rorimer, *Survival*, p. 2. <<

[44] Carta de Rorimer, 4 de febrero de 1944, Documentos Rorimer. <<

[45] Carta de Rorimer, 10 de marzo de 1944, Documentos Rorimer. <<

[46] Carta de Rorimer, 6 de junio de 1944, Documentos Rorimer. <<



[47] Carta de Rorimer, 30 de abril de 1944, Documentos Rorimer. <<

[48] *Ibidem.* <<

[49] *Ibidem.* <<

[50] Carta de Rorimer, 7 de mayo de 1944, Documentos Rorimer. <<

[51] Carta de Rorimer, 6 de abril de 1944, Documentos Rorimer. <<

[52] Rorimer, *Survival*, p. 4. <<

[53] *Ibidem.*, p. 8. <<

[54] *Ibidem.*, p. 14. <<



[55] Ambrose, *Citizen Soldiers*, p. 75. <<

[56] Rorimer, *Survival*, p. 15. <<

[57] «La capital de las ruinas» es el título de un breve reportaje escrito por Samuel Beckett en 1946. <<

[58] Carta de Rorimer, sin fecha, Documentos Rorimer. <<

[59] *Ibidem.* <<

[60] Smyth, *Repatriation of Art*, p. 16. <<

[61] Rorimer, *Survival*, p. 19. <<

[62] *Ibidem*, p. 37. <<



[63] *Ibidem.* <<

[64] *Ibidem*, p. 39. <<

[65] Hancock a Saima, 20 de septiembre de 1944, Documentos Walker Hancock, Gloucester, Massachusetts. <<

[66] Rorimer, *Survival*, p. 47. <<

[67] Hancock a Saima, 30 de octubre de 1943, Documentos Hancock. <<

[68] Hancock, *A Sculptor's Fortunes*, p. 129. <<

[69] Hancock a Saima, 31 de octubre de 1943, Documentos Hancock. <<

[70] Hancock a Saima, 30 de octubre de 1943, Documentos Hancock. <<



[71] Hancock a Saima, 28 de enero de 1944, Documentos Hancock. <<

[72] Hancock a Saima, 11 de abril de 1944, Documentos Hancock. <<

[73] Ambrose, *Citizen Soldiers*, p. 110. <<

[74] Hancock a Saima, 6 de octubre de 1944, Documentos Hancock. <<

[75] Entrevista con Bernard Taper. <<

[76] Hancock, *A Sculptor's Fortunes*, p. 136. <<

[77] Hancock a Saima, 6 de octubre de 1944, Documentos Hancock. <<

[78] Hancock a Saima, 10 de octubre de 1944, Documentos Hancock. <<



[79] Entrevista con Robert Posey. <<

[80] Posey a Alice, 23 de septiembre de 1944, Documentos Robert Posey, Scarsdale, Nueva York. <<

[81] Carta de Rorimer, 8 de septiembre de 1944, Documentos Rorimer. <<

[82] *Ibidem.* <<

[83] Taylor, «The Rape of Europa», p. 52. <<

[84] Diario de Rorimer, entrada del 27 de septiembre de 1944, 28MFAA-J:1-1, Documentos James J. Rorimer, Archivos de la Galería, Galería Nacional de Arte, Washington D. C. <<

[85] Simon, *The Battle of the Louvre*, p. 26. <<

[86] Chamson, «In Memoriam, Jacques Jaujard», p. 151. <<



[87] Franz Graf Wolff-Metternich, «Concerning my activities as Adviser on the Protection of Works of Art to O. K. H. from 1940-1942 (Kunstschutz)», p. 3, RG 239, M1944, rollo 89, fotogramas 352-372, NARA. <<

[88] *Ibidem.* <<

[89] *Ibidem*, p. 12. <<

[90] *Ibidem*, adjunto «Re: Professor Dr. Graff Franz Wolff-Metternich, born 31.12.99 in Felkingen, Catholic, married, Provinzialkonservator for the Rhine, living in Bonn, Blücherstrasse 2». <<

[91] Rayssac, *L'exode des musées*, p. 853. <<

[92] *Ibidem*, p. 706. <<

[93] Von Choltitz, «Pourquoi en 1944 je n'ai pas détruit Paris». <<

[94] Hancock a Saima, 25 de octubre de 1944, Documentos Hancock. <<



[95] Fotografía n. 00060179, Ullstein Bild. <<

[96] Hancock a Saima, 25 de octubre de 1944, Documentos Hancock. <<

[97] Hancock, «Experiences of a Monuments Officer in Germany», p. 273. <<

[98] Hancock, *A Sculptor's Fortunes*, p. 139. <<

[99] *Ibidem*, p. 140. <<

[100] *Ibidem.* <<

[101] Diario de Hancock, Documentos Hancock. <<

[102] Hancock, «Experiences of a Monuments Officer in Germany», p. 277. <<



[103] *Ibidem.* <<

[104] *Ibidem*, p. 279. <<

[105] *Ibidem.* <<

[106] Las notas sobre el análisis proceden del diario de Hancock, 18 de noviembre de 1944, Documentos Hancock. <<

[107] Canady, «James Rorimer Left Cloisters to Excel in a Bigger Job». <<

[108] Rayssac, *L'exode des musées*, p. 695. <<

[109] Rorimer, *Survival*, p. 93. <<

[110] *Ibidem.* <<



[111] Notas de Rorimer referidas a Valland, 38MFAA-J:2-11, Documentos Rorimer.

<<

[112] *Ibidem.* <<

[113] Charles W. Sasser, *Patton's Panthers*, p. 127. <<

[114] D'Este, *Patton*, p. 685. <<

[115] Posey a Alice, 9 de julio de 1944, Documentos Posey. <<

[116] Posey a Dennis, 1 de marzo de 1945, Documentos Posey. <<

[<sup>117</sup>] Nicholas, *The Rape of Europa*, p. 224 [*El saqueo de Europa*, p. 274]. <<

[118] *Nazi Conspiracy and Aggression*, vol. III, p. 186. <<



[119] Nota de Rose Valland, 28 de julio de 1944, R32-1, Archivos de los Museos Nacionales. <<

[120] Nota de Rose Valland, 16 de agosto de 1944, R32-1, Archivos de los Museos Nacionales. <<

[121] Nota de Rose Valland, febrero de 1944, R32-1, Archivos de los Museos Nacionales. <<

[122] Nota de Rose Valland, 20 de agosto de 1944, R32-1, Archivos de los Museos Nacionales. <<

[123] Michel Rayssac, *Historail*, enero de 2008. <<

[124] Rorimer, *Survival*, p. 112. <<

[125] Valland, *Le front de l'art*, p. 218. <<

[126] Carta de Rorimer, 23 de abril de 1944, Documentos Rorimer. <<



[127] Carta de Rorimer, 22 de octubre de 1944, Documentos Rorimer. <<

[128] Carta de Rorimer, 6 de junio de 1944, Documentos Rorimer. <<

[129] Carta de Rose Valland, 21 de octubre de 1944, Archivos de los Museos Nacionales. <<

[130] Manuscrito de Rorimer, 28MFAA-J:3-14, Documentos Rorimer. <<

[131] Posey a Alice, 16 de diciembre de 1944, Documentos Posey. <<

[132] *Ibidem.* <<

[133] Stout a Margie, 10 de enero de 1945, rollo 1421, Documentos Stout. <<

[134] Entrevista del autor con Robert Posey. <<



[135] Los detalles de la llegada de los alemanes al Jeu de Paume proceden de Valland, *Le front de l'art*, capítulo 7. <<

[136] *Ibidem*, p. 67. <<

[137] *Ibidem*, p. 68. <<

[138] *Ibidem*, p. 59. <<

[139] Los detalles de la liberación de París proceden de Valland, *Le front de l'art*, capítulo 23. <<

[140] Carta de Valland, 27 de octubre de 1944, Archivos de los Museos Nacionales. <<

[141] Hancock, «Experiences of a Monuments Officer in Germany», p. 285. <<

[142] *Ibidem.* <<



[143] *Ibidem.* <<

[144] *Ibidem.* <<

[145] Duberman, *The Works of Lincoln Kirstein*, p. 273. <<

[146] *Ibidem*, p. 387. <<

[147] *Ibidem.* <<

[148] Carta de Rorimer, 27 de junio de 1944, Documentos Rorimer. <<

[<sup>149</sup>] Carta de Kirstein a Cairns, 13 de octubre de 1944, caja 13-202, MGZMD, 97, Documentos Lincoln Kirstein, ca. 1914.1991, Biblioteca Pública de Nueva York de Artes Interpretativas, División de Danza de Jerome Robbins, Archivos. <<

[150] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, citado por Martin Gray y A. Norman Jeffares, eds., *A Dictionary of Quotations*, Barnes and Noble, Nueva York, 1995, p. 323. <<



[<sup>151</sup>] Stout a Margie, carta sin fecha, 30 de enero-8 de febrero de 1945, rollo 1421, Documentos Stout. <<

[152] Entrada del diario, 29 de enero de 1945, rollo 1378, Documentos Stout. <<

[153] Stout a Margie, 6 de marzo de 1945, rollo 1421, Documentos Stout. <<

[154] Stout a Margie, 6 de abril de 1945, rollo 1421, Documentos Stout. <<

[155] Stout a Margie, 6 de marzo de 1945, rollo 1421, Documentos Stout. <<

[156] Yeide, *Beyond the Dreams of Avarice*, p. 17. <<

[157] Sigmund, *Die Frauen der Nazis*, p. 65. <<

[158] Hobbs, «A Michelangelo in Belgium?». <<



[159] Carta de Rorimer, 18 de febrero de 1945, Documentos Rorimer. <<

[160] Del Manuscrito Rorimer, ERR 20, caja 3-9, Documentos Rorimer. <<

[161] Los detalles de la quema de arte por los nazis proceden de las notas de Rose Valland y Jacqueline Bouchot-Saupique, basadas en el testimonio visual de Valland, 20 y 23 de julio de 1943, Archivos de los Museos Nacionales. Esta versión ha sido puesta en tela de juicio por algunos historiadores, entre ellos Matila Simon en *The Battle of the Louvre*. <<

[162] Rorimer, *Survival*, p. 114. <<

[163] Speer, *Inside the Third Reich*, p. 437 [*Memorias*, p. 782]. <<

[164] *Ibidem*, p. 562 [*Memorias*, p. 792]. <<

[165] Hancock a Saima, 12 de marzo de 1945, Documentos Hancock. <<

[166] *Ibidem.* <<



[<sup>167</sup>] Stout a Margie, 19 de marzo de 1945, rollo 1421, Documentos Stout. <<

[168] Posey a Alice, 18 de marzo de 1945, Documentos Posey. <<

[169] Kirstein a Groozle, 24 de marzo de 1945, caja 2.25, MGZ-MD 97, Documentos Kirstein. Kirstein emplea distintos sobrenombres para referirse a las personas de su círculo, la mayoría variaciones sobre «Goosie», razón por la cual resulta difícil identificar con certeza a los destinatarios de sus cartas. <<

[170] «St. Lô to Alt Aussee», Documentos Posey. <<

[171] Kirstein a Groozle, 24 de marzo de 1945, caja 2.25, MGZ-MD 97, Documentos Kirstein. <<

[172] *Ibidem.* <<

[173] Posey a Denis, 23 de marzo de 1945, Documentos Posey. <<

[174] Posey, «Protection of Cultural Monuments During Combat», p. 130. <<



[175] Kirstein, «Arts and Monuments», *The Poems of Lincoln Kirstein*, p. 264. <<

[176] Kirstein, «Quest for the Golden Lamb», p. 183. <<

[177] Kirstein, «Arts and Monuments», p. 265. <<

[178] Carta de Bunjes presentada ante el tribunal de Núremberg, *Nuremberg Trials*, volumen 9, pp. 547-549. <<

[179] Kirstein, «Quest for the Golden Lamb», p. 183. <<

[180] Carta de Rorimer, sin fecha, Documentos Rorimer. <<

[181] Speer, *Inside the Third Reich*, pp. 452-453 [*Memorias*, p. 809]. <<

[182] *Ibidem*, p. 453 [*Memorias*, p. 810]. <<



[183] *Ibidem*, pp. 453-454 [*Memorias*, p. 811]. <<

[184] *Ibidem*, p. 455 [*Memorias*, p. 813]. <<

[185] Hancock a Saima, 4 de abril de 1945, Documentos Hancock. <<

[186] Nicholas, *The Rape of Europa*, p. 332 [*El saqueo de Europa*, p. 399]. <<

[187] Hancock a Saima, 25 de noviembre de 1945, Documentos Hancock. <<

[188] Kirstein, «The Mine at Merkers», caja 13-206, MGZMD 97, Documentos Kirstein. <<

[189] Bradsher, «Nazi Gold: The Merkers Mine Treasure», p. 8. <<

[190] Posey a Alice, 9 de abril de 1945, Documentos Posey. <<



[191] Kirstein, «The Mine at Merkers». <<

[192] Kirstein, «Hymn», *The Poems of Lincoln Kirstein*, p. 274. <<

[193] Diario de Stout, 11 de abril de 1945, rollo 1378, Documentos Stout. <<

[194] Bradsher, «Nazi Gold: The Merkers Mine Treasure», p. 8. <<

[195] D'Este, *Eisenhower*, p. 686. <<

[196] David Eisenhower, *Eisenhower at War*, p. 763. <<

[197] Bradley, *A General's Life*, p. 428. <<

[198] D'Este, *Eisenhower*, p. 720. <<



[199] *Ibidem.* <<

[200] Kirstein, «The Mine at Merkers». <<

[201] Kirstein a Ma y Goosie, 13 de abril de 1945, caja 2-24, MGZ-MD, Documentos Kirstein. <<

[202] Diario de Stout, 13 de abril de 1945, rollo 1378, Documentos Stout. <<

[203] *Ibidem.* <<

[204] Diario de Stout, 15 de abril de 1945, rollo 1378, Documentos Stout. <<

[205] Diario de Stout, 16 de abril de 1945, rollo 1378, Documentos Stout. <<

[206] *Ibidem.* <<



[207] Diario de Stout, 17 de abril de 1945, rollo 1378, Documentos Stout. <<

[208] Kirstein, «The Mine at Merkers». <<

[209] Stout a Margie, 19 de abril de 1945, rollo 1421, Documentos Stout. <<

[210] Posey a Alice, 20 de abril de 1945, Documentos Posey. <<

[211] Fotografía, Documentos Posey. La palabra *stürtzen* estaba mal escrita en la caja; la ortografía correcta sería *stürzen*. <<

[212] Ambrose, *Eisenhower*, p. 392. <<

[213] *Ibidem*, p. 391. <<

[214] Hobbs, *Dear General*, p. 223. <<



[215] Ambrose, *Eisenhower*, p. 400. <<

[216] Hirshon, *General Patton*, p. 628. <<

[217] Ambrose, *Eisenhower*, p. 393. <<

[218] Hancock a Saima, 9 de abril de 1945, Documentos Hancock. <<

[219] Hancock a Saima, 12 de abril de 1945, Documentos Hancock. <<

[220] Hancock, *A Sculptor's Fortunes*, p. 157. <<

[221] *Ibidem*, p. 158. <<

[222] Hancock a Saima, 20 de abril de 1945, Documentos Hancock. <<



[223] Hancock a Saima, 15 de abril de 1945, Documentos Hancock. <<

[224] Kirstein a Goosie, 20 de abril de 1945, caja 2-24, MGZMD 97, Documentos Kirstein. <<

[225] *Ibidem.* <<

[226] Kirstein a la señorita Marshall, 24 de abril de 1945, caja 8.90, MGZMD 123, Documentos Kirstein. <<

[227] Pöchmüller, *Welt-Kunstschätze in Gefahr*, p. 57. <<

[228] Kubin, *Sonderauftrag Linz*, p. 100. <<

[229] Pöchmüller, *Welt-Kunstschätze in Gefahr*, p. 58. <<

[230] Rorimer, *Survival*, p. 137. <<



[231] Carta de Rorimer, 25 de abril de 1945, Documentos Rorimer. <<

[232] Joachimsthaler, *The Last Days of Hitler*, pp. 105-106. <<

[233] *Ibidem*, p. 97. <<

[234] Wheelock, ed., *Johannes Vermeer*, p. 168. <<

[235] Diario de Stout, 1 de mayo de 1945, Documentos Stout. <<

[236] Pöchmüller, *Welt-Kunstschätze in Gefahr*, p. 68. <<

[237] Rorimer, *Survival*, pp. 160-161. <<

[238] Adolf Hitler, «Last Will and Testament», 30 de abril de 1945, RG 238, entrada 1 NM-66, Consejo Estadounidense para el Procesamiento de los Crímenes del Eje, caja 189, F:3569-PS, NARA. <<



[239] Hitler dictó un «testamento político» y un «testamento privado» el 29 de abril de 1945. Al día siguiente se suicidó. Por lo menos tres —pero probablemente cuatro— copias fueron firmadas ante testigos. Tras la muerte de Hitler, se despacharon tres copias desde el refugio subterráneo de la cancillería del Reich; la primera, destinada al gran almirante Dönitz (a través de Zander); otra (sin el «testamento privado») al mariscal de campo Schörner (a través de Johannmayer), y la tercera a los archivos del Partido Nazi de Múnich (a través de Lorenz). Ninguno de los tres correos que transportaban el documento llegó a su destino y los testamentos fueron descubiertos más tarde ocultos en distintos lugares. La copia destinada a Dönitz se encuentra actualmente en los Archivos Nacionales de College Park, Maryland, y las demás se encuentran depositadas en el Museo Imperial de la Guerra de Londres. Es posible que Bormann llevara consigo el tercer «testamento privado» al abandonar el búnker la noche del 1 de mayo de 1945. Parece posible que una cuarta copia pudiera entregarse al teniente general soviético Vasili Ivánovich Chúikov en el transcurso de las infructíferas negociaciones de alto el fuego del general alemán Hans Krebs el 1 de mayo de 1945. Parece poco probable que Hitler destinara una cuarta copia a los rusos. Más plausible parece que Göbbels y Bormann ingeniaran esta maniobra la noche del 30 de abril de 1945. Dependiendo de si la firma de Hitler en la cuarta copia fuera o no falsa, podría determinarse si tenía o no conocimiento de esta cuarta copia (los testigos, no obstante, debieron de permanecer dentro del búnker para firmarla en persona, y tanto Bormann como Göbbels pudieron haber hecho que *Frau Junge* introdujera un cuarto papel carbón en la máquina de escribir). Podría ser también que la cuarta copia estuviera destinada al *Generalfeldmarschall* Kesselring, quien el 29 de abril de 1945, pese a negociar una rendición por separado con los Aliados en Italia, seguía gozando de la confianza de Hitler. No hay pruebas de que en el momento de otorgar testamento Hitler le hubiera retirado la confianza a Kesselring, quien por consiguiente pudo ser el destinatario en potencia de una cuarta copia del «testamento político» y del «testamento privado». <<

[240] Högler, *Bericht über die Verhinderung der von Gauleiter Eigruber geplanten Vernichtung der Kunstschatze im Salzbergwerk Altaussee*, 30 de diciembre de 1945, Archivo de Linz, caja 0018, Documentos Högler, 4. <<

[241] *Ibidem.* <<

[242] Kubin, *Sonderauftrag Linz*, p. 115. <<

[243] Entrevista con Robert Posey, 2008. <<

[244] Posey a Alice, 18 de abril de 1945, Documentos Posey. <<

[245] Los detalles sobre los ataúdes de Bernterode proceden de Hancock, *A Sculptor's Fortunes*, pp. 159-160. <<

[246] *Ibidem*, p. 160. <<



[247] Rorimer, *Survival*, pp. 181-182. <<

[248] Davidson, *The Trial of the Germans*, p. 439. <<

[249] Rayssac, *L'exode des musées*, pp. 758-760, 803. <<

[250] Rorimer, *Survival*, p. 183. <<

[251] *Ibidem*, p. 803. <<

[252] Los detalles de las torres antiaéreas de Berlín proceden de Akinsha y Kozlov, *Beautiful Loot*, pp. 52-95. <<

[253] Bernard Taper, «Investigating Art Looting for the MFAA», en Simpson (ed.), *Spoils of War*, p. 137. <<

[254] Posey a Alice, 2 de mayo de 1945, Documentos Posey. <<



[255] Kirstein, «Quest for the Golden Lamb», p. 183. <<

[256] Kirstein a Grooslie, 6 de mayo de 1945, caja 2-25, MGZMD 97, Documentos Kirstein. <<

[257] *Ibidem.* <<

[258] Hancock, «Experiences of a Monuments Officer in Germany», p. 299. <<

[259] Hancock a Saima, 4 de mayo de 1945, Documentos Hancock. <<

[260] Hancock a Saima, carta sin fecha n. 151, Documentos Hancock. <<

[261] Hancock a Saima, carta sin fecha n. 150, Documentos Hancock. <<

[262] Kirstein, «Quest for the Golden Lamb», p. 184. <<



[263] Entrevista con S. Lane Faison Jr., cortesía de Actual Films. <<

[264] Pöchmüller, Welt-Kunstschätze in Gefahr, pp. 57-59. <<

[265] Kirstein, «Quest for the Golden Lamb», p. 184. <<

[266] *Ibidem*, p. 185. <<

[267] Freiheitskämpfer von Altaussee, *Bericht über die Aktion zur Rettung und Sicherstellung de rim Salzbergwerk verlagerten Wert-und Kunstgegenständen Europas in den April-und ersten Maitagen des Jahres 1945*, febrero de 1948, Archivo de Linz, caja 0042-0046, Documentos Michel. <<

[268] Kubin, *Sonderauftrag Linz*, pp. 231-238. <<

[269] Plieseis, carta al director de la revista Neuer Mahnruf, 27 de octubre de 1960, Patrimonio Kubin, Archivo de Linz. <<

[270] Kubin, *Sonderauftrag Linz*, pp. 211-225. <<



[271] Michel, «Bergungsmassnahmen und Widerstandsbewegung», *Annalen des Naturhistorischen Museums in Wien*, n. 56 (1948), AuW, NHM, pp. 3-6. <<

[272] Riedl-Dorn, *Das Haus der Wunder*, p. 220. <<

[273] Kubin, *Sonderauftrag Linz*, p. 196. <<

[274] Michel, *Bericht über die ereignisreiche und denkwürdige Bewahrung unschätzbare Kunstwerke in den Salzberg-Anlagen in Alt Aussee vor nazistischer Zertörung durch die Eigruber-Bande*, informe sin fecha, Archivo de Linz, caja 00420046, Documentos Michel. <<

[275] Rollo 1421, Documentos Stout. <<

[276] Kirstein a Goosie, 13 de mayo de 1945, caja 13-206, MGZ-MD 97, Documentos Kirstein. <<

[277] Kubin, *Sonderauftrag Linz*, p. 99. <<

[278] Pöchmüller, *Welt-Kunstschätze in Gefahr*, p. 58. <<



[279] *Ibidem*, p. 51. <<

[280] *Ibidem*, p. 68. <<

[281] Sieber, *Bericht über die Verlagerung von Gemälden innerhalb des Salzberges*, Altaussee, 12 de mayo de 1945, DÖW 3296a/b. <<

[282] Högler, *Berich über die Verhinderung der von Gauleiter Eigruber geplanten Vernichtung der Kunstschatze im Salzbergwerk Altaussee*, Archivo de Linz, caja 0018, Documentos Högler, p. 11. <<

[283] *Ibidem*, p. 12. <<

[284] Pöchmüller, *Welt-Kunstschätze in Gefahr*, pp. 82-83. <<

[285] Kubin, *Sonderauftrag Linz*, p. 128. <<

[286] *Ibidem*, p. 85. <<



[287] Kirstein, «Quest for the Gold Lamb», p. 184. <<

[288] *Ibidem*, p. 186. <<

[289] Howe, *Salt Mines and Castles*, p. 183. <<

[290] Kirstein a Grooslie, 22 de mayo de 1945, caja 13-206, MGZ-MD 97, Documentos Kirstein. <<

[291] Eder, *Zusammenfassung der mir bekannten Einlagerungen im Salzberwerk Altaussee*, DÖW 10610, p. 4. <<

[292] Kirstein, «Quest for the Gold Lamb», p. 190. <<

[293] Diario de Stout, 3 de julio de 1945, Documentos Stout. <<

[294] Howe, *Salt Mines and Castles*, p. 159. <<



[295] *Ibidem.* <<

[296] *Ibidem.* <<

[297] Nicholas, *The Rape of Europa*, p. 373 [*El saqueo de Europa*, p. 448]. <<

[298] Entrevista con Harry Ettliger, cortesía de Actual Films. <<

[299] Goldensohn, *Nuremberg Interviews*, p. 132 [*Las entrevistas de Núremberg*, p. 186]. <<

[300] *Ibidem*, p. 129 [*Las entrevistas de Núremberg*, p. 183]. <<

[301] *Ibidem*, p. 128 [*Las entrevistas de Núremberg*, p. 182]. <<

[302] Bernard Taper, «Investigating Art looting for the MFAA», en Simpson (ed.), *Spoils of War*, p. 138. <<



[303] Rayssac, *L'exode des musées*, p. 955. <<

[304] Rorimer, *Survival*, p. 187. <<

[305] Valland a Rorimer, 25 de junio de 1957, Documentos Rorimer, NGA. <<

[306] Kubin, *Sonderauftrag Linz*, pp. 189-191. <<

[307] *Ibidem*, p. 191-192. <<

[308] *Ibidem*, p. 193-194. <<

[309] *Ibidem*, p. 172-189. <<

[310] Michel, carta al Ministerio de Educación, 1947, Archivo de Linz, caja 0042-0046, Documentos Michel. <<



[311] Kubin, *Sonderauftrag Linz*, p. 175. <<

[312] *Ibidem*, p. 194. <<

[313] Michel, «Bergungsmassnahmen und Widerstandsbewegung», *Annalen des Naturhistorischen Museums in Wien*, n. 56 (1948), AuW, NHM, pp. 3-6. <<

[314] Kubin, *Sonderauftrag Linz*, pp. 195-204. <<

[315] Rayssac, *L'exode des musées*, p. 847. <<

[316] Chamson, «In Memoriam, Jacques Jaujard», p. 152. <<

[317] «À l'Institut: Gaston Palewski fait l'éloge d'un grand défenseur des Beaux-Arts Jacques Jaujard», *Le Figaro*, 21 de novembre de 1968. <<

[318] «Albert Henraux (1881-1953)», p. XXII, Archivos de los Museos Nacionales. <<



[319] Valland, *Le front de l'art*, p. 221. <<

[320] Nota de Rose Valland, febrero de 1944, R32-1, Archivos de los Museos Nacionales. <<

[321] Jacques Jaujard, «Activités dans la Résistance de Mademoiselle Rose Valland Conservateur des Musées Nationaux», R32-1, Archivos de los Museos Nacionales.

<<

[322] Rayssac, *L'exode des musées*, p. 850. <<

[323] *Ibidem.* <<

[324] Kirstein a Goosie, 20 de abril de 1945, caja 2-24, MGZMD 97, Documentos Kirstein. <<

[325] Carta de Kirstein a Stout, 16 de marzo de 1947, Documentos Stout. <<

[326] Véase: [http://en.wikipedia.org/wiki/Lincoln\\_Kirstein](http://en.wikipedia.org/wiki/Lincoln_Kirstein). <<



[327] Hancock, *A Sculptor's Fortunes*, p. vii. <<

[328] «1,000 Pay Tribute at Rorimer Rites», *New York Times*, 17 de mayo de 1966. <<

[329] Houghton, «James J. Rorimer», p. 39. <<

[330] Carta a Harvard de Frieda von Schaik, noviembre de 1945, Documentos Huchthausen, Universidad de Harvard. <<

[331] Carta de Marvin Ross, Documentos Huchthausen. <<

[332] Hancock a Saima, 25 de noviembre de 1945, Documentos Hancock. <<

[333] Carta al señor Kenneth Balfour, 1 de octubre de 1954, Documentos Balfour. <<

[334] Carta al señor y la señora Balfour, 17 de noviembre de 1955, Documentos Balfour. <<



[335] Carta al señor Kenneth Balfour, 1 de octubre de 1954, Documentos Balfour. <<

[336] Stoner, «Changing Approaches in Art Conservation», p. 41. <<

[337] Cohn, «Georges Stout's Legacy», p. 8. <<

[338] «George L. Stout, at 80; Expert on Restoration of Works of Art», *New York Times*, 3 de Julio de 1978. <<

[339] «Report on Lieutenant George L. Stout, USNR, by Damon M. Gunn», 19 de noviembre de 1944, rollo 1421, Documentos Stout. <<

[340] Duberman, *The Worlds of Lincoln Kirstein*, p. 403. <<

[341] Standen, «Report on Germany», p. 213. <<